hombre de la mejor pasta del mundo, pero uno de aquellos liberalotes crecidos bajo el influjo del ministro Ratazzi. (Un corazón de oro, una bondad excepcional, como concuerdan los testimonios de los viejos de Pontecurone). A pesar de ello, permitía que mi madre (una santa) fuese a la iglesia tantas veces como quisiera y me llevase a mí: después del Señor a ella debo verdaderamente mi vocación. En efecto, con mi ingreso al Seminario, también mi padre se convirtió en un cristiano practicante" <16>.

Este tercer "secreto" revela el verdadero fondo del misterioso acuerdo entre el Santo y Luis. La primera parte del "suceso" tiene un sabor un poco fantástico, casi de apuesta entre jóvenes amigos... de niñería, como dirá el mismo Don Orione. Pero, en la tercera condición, la niñería se esfuma y aparece nítidamente la profundidad del compromiso del sobrenatural coloquio. Dejamos el juego para entrar en lo eterno. Aquí se trata de la salvación de un alma, y del alma más querida - junto a la de su madre - para Luis, y el resultado es espléndido: Víctor Orione se confiesa, recibe a Jesús Eucaristía y se convierte en un buen cristiano practicante: nada fácil para un "italiano liberalote" del 1870...

Pero la relación sobrenatural entre Don Bosco y Luis no se cierra aquí: "Las gracias más extraordinarias - escribirá Don Orione, el fundador - Don Bosco me las concedió después, y continúa acompañándome paso a paso en mi obra. ¿No me había dicho: 'Nosotros seremos siempre amigos'?" <17>.

Nada menos parecido a una niñería en esta continua asistencia sobrenatural de maestro a discípulo, de padre a hijo: es toda una correspondencia de valores ultraterrenos y de cotidiano heroísmo.

<13> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 260 y ss; "La palabra de Don Orione", 21.10.1933; 12.11.1939; 27.1.1940; memoriales D. Mezzacasa, 17, III. <14> "Biogr. Don Orione", vol. 1, pág. 292; "La palabra de Don Orione", 22.9.1919; 9.7.1931; 13.8.1939. <15> "Biogr. Don Orione", vol. 1, pág. 301; "Memorias biográficas de Don Bosco", vol. XVIII, pág. 538. <16> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 374 y ss; "Fanfulla", San Pablo, Brasil, 3.4.1937. <17> Cierto día, Don Bosco, mirándome fijo me dijo algo hermoso: "Recuerda que seremos siempre amigos" ...No es exacto que me hubiera preanunciado la Congregación; nada me dijo de cuanto otros le hicieron decir sobre mí; quizás se lo dijo a otros. Y siempre que me encontré en dificultades, me sentí reconfortado por esta expresión de amor paternal y espiritual que me dijo, creo, la última vez que me confesé con él, palabras que quedaron grabadas en mi corazón: "¡Seremos siempre amigos!..." (Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 264 y ss).

"Desde Valsalice fui a mi casa, suspendiendo por el momento la solicitud para el noviciado salesiano.

"Cuando mi párroco, que no quería otra cosa, lo supo, avivó el fuego y sin más me reservó un puesto en el seminario de la diócesis. Al mismo tiempo me presentó el formulario de la solicitud oficial para que lo copiase y firmara. Insistió una docena de veces, pero me mantuve en mis trece. Trataba de contemporizar diciendo que aún necesitaba pensarlo. Hasta que por fin, el párroco perdió la paciencia y me llevó ante el Obispo en persona.

"Este, dijo el párroco, es el muchacho de quien tanto le hablé, Excelencia, pero no quiere decidirse a hacer la solicitud. - Bueno, lo acepto sin ella -, respondió tranquilamente el señor Obispo.

"Segunda señal: no me dejaría tomar las medidas para la confección del hábito; si a pesar de todo me lo hacían, era señal... de que debía entrar en el seminario.

"En aquellos días de vacaciones me había ocupado dando lecciones particulares al hijo de una señora vecina. Como compensación, la señora le dijo a mi madre que quería regalarme la primera sotana que debía ponerme al entrar en el seminario.

"Me rogaba hacerme tomar las medidas o mandárselas. Pero no hubo forma ni modo de que pudieran hacerlo. Con todo, debo confesar que en este caso recibí un poco la complicidad de mi madre. Por razones personales, no sentía ningún placer en que fuese esta señora la que me hiciera el primer hábito talar. El hecho fue que, después de quince o más días de inútiles tentativas, la señora pareció darse por vencida y no me molestó más. Muy contento, yo había comenzado a pensar en una "señal" fallida, cuando me llevaron a casa el hábito nuevo, flamante, hecho a la perfección, incluso sin haberme tomado las medidas. "Diablos de mujer - pensé - ¿cómo habrá hecho?".

"Mientras tanto se aproximaba el día de ingreso al seminario, el 15 de octubre, fiesta de Santa Teresa. Pese a que dos de las tres señales se habían manifestado, no quería decidirme. La última noche que pasé en casa, en vez de dormir no hice más que llorar... hasta que me dormí y soñé. ¡Oh, qué hermoso sueño! Lo vuelvo a ver como si hubiese sido ayer.

"Me parecía estar en el oratorio de Valdocco, en el patio de los alumnos del cuarto curso, ubicado entre el departamento de pequeñas habitaciones de Don Bosco y el por entonces llamado "Palacio Audisio". Pero ya no era nuestro polvoriento patio. Se había transformado en un jardín cubierto de perfumadas y blancas azucenas. ¡Ah, me parece sentir aún todo aquel perfume embriagador! En el medio había una verde montañita. Quise subir hasta la cima para gozar más de aquel espectáculo, y cuando estuve allí, de pronto, imprevistamente, se abre el azul del cielo y desciende Don Bosco en persona. Llevaba entre los brazos un hábito desplegado: el mismo de la famosa señora. En un instante me lo puso. Don Bosco no dijo palabra: solamente me miró con una sonrisa dulcísima, la misma que tantas veces me había infundido serenidad y alegría cuando recurría a él con el alma llena de inquietud...

"Me desperté anegado en lágrimas, pero era un llanto reparador: finalmente estaba seguro que Dios me quería en el seminario.

"Preguntaréis: ¿y la tercera señal?

"Fue la siguiente: la conversión de mi padre. Entendámonos: mi padre era un

Don Bosco. Durante el recreo, éste entró en el patio y, como siempre, la bandada de muchachos se abalanzó hacia él y se apretó a su alrededor; como nunca, en aquel reencuentro después de las vacaciones, cada uno ambicionaba hacerse reconocer, recibir un saludo, una palabra, la sonrisa del Padre. El secreto de Don Bosco era precisamente ése: decir a cada uno la palabra, ofrecer la mirada que necesitaba...

También Luis se coloca en primera fila. Don Bosco no lo ve, Luis insiste, pero el santo mira a otros; sonríe a uno, saluda a otro, una palabra aquí, un gesto allá... La búsqueda de Luis se prolonga: ¿es posible que el Padre no tenga para él una mirada, aunque sea para advertir que está ahí?

Y sin embargo, es así. Don Bosco no... se da cuenta de la presencia de Luis. entonces reflexiona, hace un examen de su conducta, por un momento se repliega sobre su pasado reciente... Ha llegado tarde, las vacaciones se prolongaron, y la causa profunda Don Bosco la ignora... <14>.

¿Es éste el motivo? ¿O quizá es la enfermedad que ya está minando la vida del Grande y debilita su prodigiosa facultad de reconocer a todos y de hacer felices a todos con una atención multiplicada hasta el milagro?

Después de algún tiempo, el santo enferma: sus íntimos advierten que se trata de una cosa grave.

De las distintas Casa salesianas se elevan súplicas. En Valdocco seis muchachos - entre los mejores - ofrecen su propia vida a cambio de la de Don Bosco; entre ellos está Luis. El 29 de enero, fiesta de San Francisco de sales, Don Joaquín Berto celebra la Santa Misa y pone alrededor de la Hostia grande seis hostias pequeñas destinadas a quienes habían de comulgar <15>.

Aquel día Luis ayuda a Misa y cada mañana repite el ofrecimiento de su propia vida.

El 31 de enero de 1888... muerte de San Juan Bosco.

Después de la muerte del Santo, ocurre uno más de esos imprevistos de los que abunda la vida de Don Orione, como una "caja de sorpresas": "Don Bosco había muerto - contará él mismo - cuando, después de cursar el cuarto año del liceo, fui a Valsalice para los ejercicios espirituales que precedían la solicitud del noviciado salesiano. Que sí, que no, yo que nunca tuve una duda sobre mi vocación de salesiano, por esos días pensé en entrar en el Seminario diocesano. Pensé que era una tentación del demonio y la combatí con todas las fuerzas. Peor que peor.

"Estabamos ya en la antevíspera de la clausura de los ejercicios. Me encontraba muy agitado. ¿Qué dirían mis compañeros, especialmente Don Rúa, Don Barberis y los otros superiores? Si había alguien seguro de su vocación salesiana, había sido yo. Quise consultar a Don Bosco, cuya tumba, como es sabido, se encuentra en medio del jardín en el patio inferior. La última noche esperé a que todos durmiesen y sigilosamente me levanté y bajé. Permanecí toda la noche llorando y rezando sobre la tumba del amado Padre. Y nos pusimos de acuerdo en esto: si verdaderamente debía entrar en el seminario, se verificarían tres señales. ¿Una niñería? Así ocurrió... <3> "Primera señal: entrar en el seminario sin hacer la solicitud por escrito. En aquellos tiempos era prácticamente imposible. Yo juré que no haría el pedido. Y no lo hice. En vano lo buscarán en los archivos de la diócesis de Tortona.

GIORGIO PAPASOGLI





II- El encuentro decisivo

Hace semanas que Luis no deseaba otra cosa, desde que supo que puede entrar a formar parte de la familia salesiana (4 de octubre de 1886). Ahora el sueño se realiza, se encuentra en la casa grande, en el patio, donde un centenar de muchachos corren persiguiéndose, juegan al fútbol, alborotan: en el vano de una puerta aparece Don Bosco y casi todo el batallón corre a su encuentro y lo rodea. Están los recién llegados y entre ellos Luis; la turbación le hace palpitar el corazón... Don Bosco sonríe, parece sonreir a cada uno en particular, se informa de dónde llovieron tantas golondrinas, algunos aún pichones de nido:

- A ver, tú - pregunta, luego de las primeras palabras afectuosas, que infunden confianza -, a ver, ¿cómo es la luna en tu pueblo? ¿Es más grande que en Turín?

Cuando distingue a Luis, lo llama "fafiuché" (copo de nieve) y consiente que se confiese con él aunque no pertenezca al grupo de los más grandes, de segundo año en adelante. La emoción es grande. Confesarse con un santo..., porque sobre esto Luis tiene convicciones muy precisas: Don Bosco es un padre y un santo. Se prepara con el mayor cuidado: para mayor seguridad, escribe sus pecados, no quiere olvidarse ni siquiera de una nimiedad, sino hacer una confesión general.

Muchos años después relatará: "Para estar seguro de no olvidarme nada, había consultado dos o tres formularios impresos que ayudaban a hacer examen de conciencia, detallando los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los siete pecados capitales, los pecados contra natura, etc., llenando tres cuadernos. Me acusaba de todo: de haber sido insidioso con el prójimo, de haber mentido a sabiendas, de... Sólo en una pregunta contesté negativamente: "has matado". "¡Esto no!, escribí al lado.

"Con una mano en la bolsa de los cuadernos y la otra en el pecho esperaba de rodillas, temblando, mi turno. ¿Qué dirá Don Bosco - pensaba - cuando lea todo esto? Llegó mi turno. Don Bosco me miró un instante y sin que yo alcanzase a abrir la boca, tendiendo la mano, me dijo: 'Dame tus pecados'. Le alcancé el primer cuaderno, que había sacado enrollado del bolsillo. Lo tomó y sin siquiera abrirlo lo rompió. 'Dame los otros'. Corrieron la misma suerte. 'Bueno - concluyó - ya te has confesado, no pienses más en lo que escribiste y olvida el pasado'. Y me sonrió como sólo él sabía hacerlo" <13>.

El Santo tuvo para con el fafiuché una actitud paternal, dulce y firme; existen algunos testimonios según los cuales Don Bosco entrevió el porvenir del muchacho; por su parte, Luis vivió en la atmósfera que irradiaba Don Bosco, aun cuando no lo veía ni lo escuchaba. La irradiación espiritual del Santo flotaba entre los jóvenes y lejos de producirles dudas, actitudes introvertidas, dificultades o problemas estériles, los tonificaba, robustecía su espiritualidad y los hacía más vivaces: acrecentaba en ellos la alegría de crecer, de servir, de amar.

El Santo era consciente de este don de Dios: quizá por eso prefería que los jóvenes permaneciesen cuanto fuera posible en el instituto, incluso sin demasiadas vacaciones en verano, las necesarias para la familia y la salud, pero nada más.

En el verano de 1887, Luis, retenido por el amor de su madre, se quedó más de lo previsto en su casa; cuando regresó a Valdocco tenía muchos deseos de volver a ver a

"Entonces pedí una gracia - agregaba - y a medida que envejezco, siento que Jesús me la ha concedido" ("Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 57 y 144). <5> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 185 y ss; fasc. 42-205; documentación Orione, 4. L. <6> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 159 y ss; memoriales E. Lugano, 2. V. <7> "Cartas de Don Orione", ed. Paravia, pág. 149. <8> De los que tienen bocio (hinchazón de la tiroides, en la garganta). <9> "Biogr. Don Orione", vol. 1, pág. 217; memoriales P. Salsa, 15, IV. <10> "Biogr. Don Orione", pág. 218 y ss; "La palabra de Don Orione", 17.8.1928, 4.10.1938. <11> "Don Orione y la Virgen", págs. 21, 168, 516, 653. <12> "Biogr. Don Orione", págs. 215 y ss; memoriales P. Salsa, 15, IV.

Agradecimiento

Debo agradecer profundamente al Reverendo P. Zambarbieri, Director General de la Pequeña Obra de la Divina Providencia, porque me dio la posibilidad de acercarme a la figura de Don Orione sugiriéndome escribiera su vida y por permitirme estudiar actas y documentos entre los cuales se encuentra el luminoso perfil del Siervo de Dios que él mismo trazó con su declaración en los Procesos.

Al Reverendísimo Don Terzi, Vicario General, por las conversaciones que me concediera sobre la espiritualidad de Don Orione y porque, a través de las bellísimas páginas interpretativas por él escritas, me fue posible penetrar en el secreto del alma del Fundador.

Al Reverendísimo Don Pirani, Postulador General, por la generosa atención con que ha seguido mi trabajo y por la abundancia de datos y textos inéditos que puso a mi disposición.

Al Reverendísimo Don Venturelli, por la inmensa cantidad de noticias concernientes al Siervo de Dios que logró reunir, creando una riqueza de elementos ya coordinados cronológicamente y, en cierto modo, ya estructurados biográficamente, a los que pude acudir hasta tal punto que sin esta recolección monumental, la biografía no se hubiera podido concretar.

Al Reverendísimo Don Sparpaglione, porque fue el primero que narró en páginas límpidas, penetrantes, la vida y la obra de Don Orione, cuyo trazo pude así seguir en amplios pasajes.

Agradezco también a mi hija Benedicta, a quien debo las páginas sobre el Modernismo y sobre algunos "encuentros con Don Orione" de la presente obra, y también por la ayuda que me brindó respecto a otros problemas.

EL AUTOR

intuir que se está jugando la propia vida. Ahora comprende el llanto del padre, llegado súbitamente, y la angustia de la madre que debe permanecer en la hospedería del convento a causa de la clausura. El padre está como paralizado, no lograr pronunciar una palabra.

Alrededor del muchacho, los pronósticos son sombríos; el segundo o tercer día, un hermano lego entra en la habitación trayendo un cesto con ropa: la mortaja.

"Estaba fuera de mí. No sé si me hallaba despierto o dormido. Vi cómo la pared del fondo de la celda desaparecía y se me apareció una hilera de jóvenes sacerdotes que me sonreían, todos con una túnica blanquísima: un candor de nieve" <10>.

...Extraño sueño o delirio que tendrá una gloriosa confirmación en la realidad cuarenta y cuatro años después: en 1928 el convento será abandonado por los franciscanos transferidos a otro lugar; ¡D. Orione lo tomará a su cargo llenándolo con más de un centenar de postulantes! ¿Cuántos pasarán por allí durante los años siguientes, cuántos?..., anticipos previstos por el sueño de un muchachito atacado de alta fiebre por una enfermedad que pudo ser mortal <11>.

Los días más peligrosos corren lentísimos para el padre y la madre, suspendidos entre la esperanza y la congoja; sin embargo, la crisis se resuelve, y luego de una semana Luis está fuera de peligro.

El enfermito conserva una fuerte palpitación del corazón y una debilidad general que le impide levantarse temprano, estudiar y cumplir con las prácticas comunes... El doctor Odisio le pronostica pocos meses o, cuando más, un año de vida; Luis no quiere de ninguna manera dejar el convento, antes renunciará a ser sacerdote y será hermanos lego si no puede estudiar; los frailes tratan de contentarlo y con la esperanza de que recobre sus fuerzas, permiten que haga la colecta con fray Benito; pero, aunque llega el verano, no se repone y los frailes se ven obligados a licenciarlo: "Estaba tan reducido que parecía un cadáver ambulante... Lloré tanto al dejar el convento, a pesar de insistir con mis lágrimas..." <12>.

Comienza entonces la convalecencia bajo un nuevo apremio, psicológico: ¿que dirán en Pontecurone cuando vean retornar al "frailecito" fracasado?... Cuanto más se repone, tanto más agudo se hace el aguijón interno... Gritarán que ha fracasado, se reirán del pequeño conquistador de santidad que habiendo partido con tanta osadía regresa ahora rápidamente anonadado.

Pero el muchacho se vence a sí mismo, cumple un acto de confianza absoluta en el Señor: ¿Qué podrán importarle los posibles chismes pueblerinos? Es la oportunidad de ofrecer los primeros sufrimientos al Señor.

De ahora en adelante, su vida de muchacho no es sino una espera. Un día le llega una novedad importante: su protector, don Milanese, arcipreste de Molino de Torti, ha logrado ubicarlo en el instituto salesiano de Valdocco.

Allí tendrá lugar el encuentro entre Luis Orione, muchacho de catorce años, y San Juan Bosco.

<1> "Cartas de Don Orione", vol. 1, pág. 475; "Biogr. Don Orione", vol. 1, pág. 71. <2> "Biogr. Don Orione", vol. 1, pág. 5. <3> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 4, 12, 31 y ss. <4> Luis Orione fue bautizado en la Colegiata de la Asunción, pero tomó su primera comunión en la otra iglesia de San Juan Bautista, en fecha que se fijaba en los 8 años.

paraíso muy próximo que lo espera, hecho a su medida... Llega al convento, baja del carro, agradece al hombre con cinco liras (se quedó con los bolsillos vacíos: quiere ir al encuentro de Jesús sin una moneda), entra y permanece quieto, esperando junto al baulcito que, quiérase o no, le acerca todo el perfume de la casa de la que se ha desprendido hace apenas una hora. En un momento, como en un relámpago, siente que quiere profundamente al padre, a la madre, a los hermanos, a toda su casa, paredes, muebles, cama, pisos...

Mira a su alrededor, el convento es grande, hermoso; llega un fraile con un paso arrastrado y lento, lo saluda indiferentemente, sin ningún entusiasmo.

- ¿Qué traes en esa cosa? - le pregunta señalando con el pie el baúl. - ¿Tus trapos?

En aquel instante Luis piensa que allí dentro está todo lo más hermoso que la madre pudo reunir para él: veladas enteras tejiendo, con los ojos cansados y tal vez empañados por el llanto; su propia alcancía rota para siempre y tantas piedras destrozadas por el padre...

El fraile insistente, continúa: - ¿De dónde vienes?

- De Pontecurone.

- ¡Ah! ¡Ah! - bromea, - eres de la región de los "guccioni" <8>.

Luis lo mira con los ojos muy abiertos. Si Jesús quiere que sea sacerdote - piensa como en un relámpago - no quiero ser como éste...

Su primera y penosa impresión es inmediatamente borrada por la llegada del Padre Lucio, el Guardián, quien recibe al muchacho paternalmente, todo afecto y alegre dulzura. Incluso la imagen del otro, del burlón, se transforma y se humaniza bajo la impresión de tanta milagrosa ternura.

Es el 4 de setiembre de 1885. Luis Orione tiene trece años, y el convento, en resumen, le gusta. Los frailes, los compañeros son buenos, y hay tanto espacio abierto; sobre todo se reza, se estudia, existe alegría, una alegría diferente de aquella de la escuela o de la calle: un verdadero regocijo. Hay anhelos que deben cumplirse en breve, por ejemplo, cuatro o cinco postulantes esperan vestir el hábito de San Francisco apenas llegue el Padre Provincial. Es una perspectiva fascinante, y si para vivirla es necesario esperar, crecer, madurar, ¡bien vale la pena! "Yo - recordará Luis muchos años después - no soñaba otra cosa sino con el Hábito con capucha y cordón blanco"...<9>.

Luego, la noticia fulminante: el Provincial llegó para imponer el hábito a los postulantes, y entre estos está Luis; y aquí otro recuerdo que años después relatará: "Era el Jueves santo de 1886, y mientras el Santísimo era llevado al "monumento", comencé a sentir temblar todos mis huesos... Hacía varios días que no me sentía bien. Tal vez fuera producto del poco dormir, pues sabiendo que debía recibir el hábito, de noche me levantaba para arrodillarme sobre el piso frío; acaso provenía del hecho de poner trozos de leña entre la sábana y el jergón para mortificarme. Suficiente. Cuando estábamos delante del "monumento", sentí algo que no pude entender y luego me encontré en la cama. Me había desmayado en la iglesia. Tenía pulmonía...".

La enfermedad es grave y se agrava aún más. El muchacho sufre porque no pudo recibir el hábito, escucha los comentarios de los frailes que vienen a visitarlo y llega a

I- Recuerdos de la Infancia

"Mi madre me puso a mí, su cuarto hijo, los trajes de mi hermano mayor que tiene trece años más, y, pobre mujer, ya los había hecho usar por los tres anteriores; mas dejó un poco de dinero, que en parte fue a parar a los primeros huerfanitos de la Divina Providencia; nos ha criado bien, como se dice, para honor del mundo; sabía combinar todos los retazos, haciéndonos la ropa que usábamos; de tal modo la familia florecía en medio de la pobreza honesta y discreta... Aquella pobre vieja campesina de mi madre, se levantaba a las tres y comenzaba a trabajar; parecía siempre una lanzadera en movimiento y siempre se las ingeniaba para hacer al mismo tiempo de madre y de padre, porque el nuestro estaba lejos, trabajando en Monferrato. Sabía manejar la guadaña para cortar la hierba, la afilaba ella misma, sin llevarla al afilador; confeccionaba las telas con hilado hecho en casa y mis hermanos se repartieron tantas sábanas, ¡la más hermosa lencería! ¡Pobre mamá!

"Guardaba como si fuesen cosas da valor los cuchillos rotos, y ellos constituyeron mi única herencia. Sólo compraba cuando era necesario y cuando murió (1908, en la Casa de la Divina Providencia de Tortona) le pusimos su vestido de novia, después de 51 años de haberse casado: se lo había hecho teñir de negro y todavía le quedaba bien; era su vestido más hermoso" <1>.

A tantos años de distancia, Don Luis pintaba a su madre de esta manera.

La familia vivía en Pontecurone, aldea entre Voghera y Tortona; allí nació el 23 de junio de 1872 y fue bautizado en la iglesia parroquial de Santa María de la Asunción, el 24 de junio, siendo padrino su hermano Benito. Antes que él, habían nacido tres hermanos: Luis, muerto muy niño, Benito, un muchachón ya, y Alberto, que sólo tenía 4 años <2>.

El padre estaba lejos, en Monferrato; sentado sobre un montón de grandes piedras descargadas en el cordón del camino, golpeaba desde el amanecer hasta la tarde, porque su oficio era ése: y su golpear y despedazar que parecía desesperando, era en realidad rítmico y sabio. Acaba un montón, empezaba otro, y mientras tanto subía el sol y quemaba como si quisiese consumir a hombres y piedras.

Pavimentador en verano e invierno, Víctor Orione, cuando volvía a casa el sábado - y no todos los sábados, si la distancia era grande -, encontraba a Carolina con los tres hijos bien encaminados, como si lo hubiese hecho él mismo. En el invierno, las veladas transcurrían en una especie de club que las familias habían formado en un establo, a la luz de una lámpara de aceite que pendía de la viga central: algunos bancos de tres pies alrededor de la mesa, o colocados desordenadamente, y las amas de casa hilando tranquilas lanas y charlas, mientras por su lado los hombres jugaban a la escoba de quince. Luis, el más chico de los Orione, permanecía sentado sobre sus talones cerca de la madre, sobre todo cuando las mujeres rezaban el rosario.

Las reuniones comenzaban después del día de Todos los Santos y terminaban cerca del día de san José. A Luis le gustaba incluso la vuelta a casa, ese hundirse en la nieve y el frío cortante después de haber respirado la pesada atmósfera del establo, y la oscuridad espesa, todo cuanto le habría producido miedo si no hubiese conocido la proximidad de la tibieza de la casa: el brasero con las brasas que la madre dejó encendidas.

La casa no era propiedad de Víctor, sino una pequeña habitación que servía de custodia a una hermosa residencia cuyos propietarios eran grandes señores, famosos dentro y fuera de Italia. A los Orione se los admitía por cortesía y utilidad: cuidaban la residencia y de cuanto contenía, porque los dueños sólo aparecían en verano y por un tiempo bastante corto.

¡Era una vida magnífica la de estos "señores" que hospedaban a los humildes Orione! El era Urbano Rattazi, uno de los italianos más famosos en el decenio 1860-70; ella, la princesa Bonaparte, Salm por su primer matrimonio, casada luego con Rattazi.

Inteligente, amable, de ideas modernas, tenía en Turín y posteriormente en la ciudad capitalina de Florencia, un célebre salón al que concurrían políticos, literatos, gente de sociedad, hombres de negocios; no faltaba algún sobreviviente de la vieja aristocracia borbónica y lorenesa que se aproximaba, entre sonriente y despectivo, en puntas de pie...

Mary era una reina, así como Urbano contaba más que tantos reyes depuestos y quizá en ciertos momentos sabía imponer sus propias ideas a la nueva Italia mucho mejor que el mismo rey Víctor Manuel, quien, a decir verdad, no era un débil. Por lo demás, sus inclinaciones de hombre de Estado se orientaban hacia la habilidad diplomática y la eficacia del ejército. Un día, en el portón de entrada de la residencia, tomó en brazos al pequeño Luis, de once meses, y dijo a Víctor Orione (sabía bien que éste había sido militar por varios años, había combatido por la unidad de Italia y era un "italiano"):

- ¿Qué haremos de él, un "jesuita"? - y dirigiéndose a sí mismo -: "Haremos un general"...<3>.

Pero por los cuatro o cinco años, el niño dio señales de una disposición muy distinta.

Un día, caminando con sus compañeros a lo largo de un cerco de campanillas blancas, los chicos comenzaron a cortarlas; él tomó una y, como si estuviese ayudando a misa, la sacudió como si se tratara de una campanita: la flor tintineó. La sacudió nuevamente... y la escuchó: sonaba, suave pero nítidamente, como si fuese de bronce. Desde aquel día cada vez que veía en cualquier sendero las campanillas, las tomaba y las "escuchaba". ¿Quién sabe si en algunos momentos no habrá soñado con los ojos abiertos con ser un hombre hecho para exaltar a Jesús Eucaristía en el mundo?... <4>.

Años infantiles que se revelan de una piedad extraordinaria. De índole vivaz, todo relampagueo de ojos y carreras y travesuras, e incluso pequeñas uñas de "fughein" - es decir de gatito salvaje, de esos que en los momentos decisivos arañan - emergía de ella un amor, singularísimo en aquella edad, hacia el Padre, hacia Jesús, hacia la Virgen: purificaba todo, dulcificaba todo, carácter, fantasía, palabras, gestos, relaciones en la casa y fuera de ella.

Después de un cierto tiempo, elige seguir al padre en su duro oficio, por lo menos provisionalmente: hará de aprendiz pavimentador.

Mientras tanto, ¡cuántas enseñanzas extraídas de aquel martillar y despedazar de piedras! En primer lugar, comprende mejor al padre y al mismo tiempo su corazón se inclina hacia los trabajadores humildes, laborando bajo el sol o en plena helada en cientos de oficios distintos: ¡qué lecciones recibe del pensamiento de tal sacrificio anónimo e innumerable! ¿Cuántos son los "pequeños" y los "desdichados" del quehacer

humano?

En aquel período, el futuro apostolado social brota de la experiencia directa, no solamente desde el punto de vista ideológico, sino también en lo concerniente a la formación del carácter del hombre: pareciera que el esfuerzo físico le refuerza mucho más el temple que los músculos.

Mientras tanto, se multiplican ideas y sentimientos tan numerosos como las astillas bajo el golpe del martillo: ideas y sentimientos de Dios. La vocación sacerdotal permanece siempre como un soplo animador y, en los momentos difíciles, se aviva, se hace poesía y realidad al mismo tiempo <5>.

A los diez años, Luis se hospeda en casa de una tía, Josefina, en el caserío de San Carlos de Casalnoceto, no lejos de Pontecurone: es un invierno frío, muy frío. Por las noches, la conversación se entabla en la tibieza del establo y por casualidad la gente habla de un santuario situado a pocos kilómetros de allí, dedicado a la Virgen de la Fogliata. Tiempo atrás había florecido como meta de numerosos peregrinos y como vivero de innumerables devociones y cantos; ahora, por el contrario - se lamentaban los presentes - está abandonado del todo, en ruinas... La gente habla con nostalgia, afuera sigue nevando, mientras el niño escucha.

Esa noche no logra dormir, tiene ante sus ojos la alegre casa de otrora, la casa de la Virgen y se imagina ver ahora ruinas de muros abandonados. Cuando se despierta percibe los blanquísimos campos y escucha el silencio tan particular, acolchonado, de la campiña. Se viste, se desliza rápidamente sobre la gran alfombra blanca, los zapatos se hunden en ella, pero no importa, con premura recorre algunas millas y llega al santuario... Es exactamente como lo había imaginado: algunos restos de muros emergen de la nieve en un lugar destinado a hora a la soledad. El niño se arrodilla, nadie ve sus ojos bañados de lágrimas... Ruega. Pide una gracia a la Virgen de la Fogliata: que lo ayude a ser sacerdote, y algún día él, con la colaboración de Dios, reconstruirá el Santuario.

...Cuántas veces, después de muchos años. D. Orione vendrá a hospedarse en el Santuario reconstruido (1907); allí predicará, encenderá las almas de amor hacia la Madre Santísima <6>.

En este momento aparece en nuestro relato un recuerdo de Luis hecho hombre: "No olvidaré jamás los días de mi infancia, cuando iba desde mi pueblo a Molino para pedirle al Señor Arcipreste me recomendase a los frailes para hacerme franciscano" <7>.

Este "Molino" es Molino de Torti, el arcipreste es Don Francisco Milanese, ex vice-párroco de Pontecurone, quien alienta al muchacho a seguir el camino elegido.

Un día de abril, el pavimentador Víctor Orione recibe del cartero, en el momento mismo en que está trabajando sobre un montón de piedras, una carta que le comunica que Luis fue aceptado por los frailes de Voghera.

Se levanta, vuelve a casa y revela la noticia a la familia...

En setiembre, entre alegrías y lágrimas escondidas, se prepara un baulcito lleno de la mejor lencería para el pequeño viajero, que se despide de los suyos en la puerta de casa: papá y mamá son demasiado pobres para acompañarlo, y parte sobre un carrito tirado por un asno y guiado por un buen hombre a quien la presencia de Luis lo tiene sin cuidado: de ese modo vive sin ataduras su momento de dolor y de esperanza. A medida que se aproxima a Voghera comienza a grabársele intensamente la expectativa de un

- En el barrio de San Bernardino.

Un kilómetro de la ciudad; había que arreglarla.

Fueron a verla, luego visitaron a papá Stassano. Era un buen cristiano, formaba parte de la Conferencia de San Vicente, instituida en la ciudad por el maestro José Perosi, y le parecía casi providencial que la casa llegara a usarse como instituto religioso: la había heredado del tío sacerdote don Domingo y se le ocurrió que la herencia alcanzaba la finalidad más adecuada. Quedaba un punto por aclarar: puesto que era necesario pagar el alquiler, levantó la mano derecha y restregó el índice y el pulgar para preguntar:

- ¿Y... el dinero?

- ¿Cuánto quiere?

- Cuatrocientas liras.

El pedido, evidentemente, era por un alquiler anual.

- Está bien.

Stassano quedó helado: era el primer negocio en su vida sin el ritual del tira y afloje, y no lo concluía con un gran señor rebosante de oro, sino con el clérigo, más miserable de Tortona. "¿Qué asunto es éste?...", pensó para sí, y arriesgó en voz alta:

- ¿Lo tenéis?

- Ya verá - respondió Orione, seguro, - la Providencia ayudará.

El otro era padre de familia, acostumbrado a la cautela, y concluyó:

- Bien, haremos así: le mantengo la palabra por seis días. Si dentro de esos días me trae un anticipo, trato hecho; de lo contrario, libres y frescos como el pájaro en el aire.

- De acuerdo.

Orione se encaminó a la catedral, a la piecita en la bóveda. La mañana había sido intensa, y ahora se trataba de intensificarla más: cuatrocientas liras..., le daban vueltas en la cabeza, parecía que rebotaban, tocaban y bailaban en el vacío del cerebro.

Vacío perfecto. ¿Dónde encontrar cuatrocientas liras?

Mientras caminaba, apenas pasado el puente sobre el Ossona, escuchó una voz que lo llamaba en dialecto tortonés: una viejecita que conocía bien, Angelina Poggi.

- ¿Qué hace aquí, Orione?

- Pues, estoy por abrir un colegio.

- ¡¿Un colegio?!

Angelina tenía una joroba en el pecho y otra en la espalda y era la sirvienta de un cura, un tal don Muratori, también viejo. Reñían a menudo... eran buenos cristianos".

Eso sí que es hermoso. Si es así, te mando mi sobrino. Se llama Armando... tiene una bellísima voz, sabe cantar, es tan inteligente. ¡Es mi sobrino!

- No hay más que hablar, aceptado.

III- Las migajas bajo la mesa

Cuando Don Orione llegó al seminario diocesano de Tortona, era ya una personalidad joven, en muchos sentidos formada en el espíritu salesiano. Esta impronta no se borrará, y preparará en él, desde entonces, al fundador.

Pero, como ya observamos en otras circunstancias de la adolescencia de D. Orione, durante esta permanencia en el seminario episcopal se renueva el elemento "sorpresa", tan frecuente en su vida y en su espiritualidad. En Turín, tuvimos oportunidad de conocer a un alumno salesiano bueno, aplicado, pero no diferente de muchos otros; ahora vamos a conocer a un seminarista singular, o, como dirán sus compañeros, "extraño" casi hasta el misterio.

El 16 de octubre de 1889 Luis viste el hábito de seminarista; el año académico 1889-1890 está por comenzar. Luis recibe el hábito en un día que seguirá siendo grande para él: lo revivará a través de muchos recuerdos y en varias circunstancias <18>. Se trata ahora de ubicarse entre los compañeros, que son numerosos, y se diferencian individualmente y entre clase y clase. El rector, el óptimo Don Ambrosio Daffra, de trato cordial y rico en experiencia, lo conduce hasta el clérigo teólogo Fausto Bianchi y se lo confía con una eficaz presentación: "Es un joven aplicado, que viene de los salesianos de Turín; prestadle especial atención" <19>.

Evidentemente, el rector intuye que, para quien viene desde los exuberantes corrillos de Valdocco, es difícil adaptarse al régimen de vida del seminario. ¿Cómo encontrar allí la desenvoltura salesiana, el gran sentido de la alegría familiar que llega hasta el desorden en el recreo? Y, en especial, ¿cómo encontrar el fondo, tranquilo y confiado hasta el entusiasmo, de la espiritualidad de Don Bosco? <20>

Luis se aplica sobremanera, pero, desde el comienzo, tiene la impresión de que - para insertarse en el grupo - debe romper una especie de frente cerrado. Le ocurre lo que siempre sucede a quien llega a un ambiente formado desde hace tiempo. Una tarde, el 30 de enero de 1890, durante las horas de estudio, en medio del gran silencio, se oye un sollozo; varios se dan vuelta: Luis está allí, con algunas páginas entre las manos, y llora con fuerza.

El prefecto piensa en una noticia dolorosa, se acerca, le pide leer las hojas; no, ninguna novedad triste; el escrito es un simple cuadernito de recuerdos reunidos por el mismo Luis: todo lo que pudo recordar, de más querido, en el afecto que le demostró Don Bosco...

Pero, hablábamos de lo imprevisto. Se trata de algo muy diferente de este más que legítimo malestar. Luis se comporta, en realidad, como un joven extremadamente aplicado o, si se quiere, fuera de medida. Ciertos detalles que en la atmósfera ardiente de Valdocco habrían sido "naturales", aquí pueden parecer excesivos. Mencionemos uno: por humildad, y acaso por un sentimiento aún más complejo, Luis cuando está sentado a la mesa con sus compañeros, se inclina a levantar los trocitos de pan caídos en el piso, o recoge los que quedaron olvidados y hasta con un poco de moho encima, y se los come, antes que el pan fresco de su ración...

Hay una especial delicadeza en el gesto. Se advierte también cierto respeto, aprendido en la frugalísima mesa familiar, en la que derrochar el tesoro "pan", don de la

Providencia, se consideraba una especie de pequeño sacrilegio; pero entre los vecinos de mesa algunos están muy lejos de valorar la cosa bajo esta perspectiva. Ven en su comensal a un chiflado, acaso a un hipócrita. Un poco para ponerlo a prueba, un poco para escarnecerlo, cuando se inclina a recoger una sobra, alguno rápidamente la estruja bajo la suela del zapato: Luis recoge y come, a pesar de todo.

Pero todavía: lo toman por extraño, por alguien que simula mortificarse, y redoblan el escarnio. En ciertas ocasiones, se convierte en blanco de bromas y burlas: estando a la mesa, llega la comida, y no falta quien le pase un tenedor bajo el brazo y le robe el alimento del plato. El, como si no se hubiese dado cuenta, finge que empieza a comer... y entonces, como es fácil imaginarlo, estallan a su alrededor las risas y el alboroto. Un día, llueven sobre él cáscaras de manzanas y papas; otro día, uno de los compañeros, como desprecio máximo, le escupe en la cara... <21>.

La cosa llama la atención de los superiores y el prefecto advierte al rector, quien llama a Luis y lo retiene durante un largo coloquio en la rectoría: debes evitar la singularidad, no mostrarte demasiado diferente a los otros, inclusive en cuestión de mortificaciones externas, y después veremos cómo van las cosas - le dirá.

La noticia de que Luis ha sido "llamado a informar" colma de curiosidad a los compañeros, quienes imaginan las admoniciones y reconvenciones que le habrá dirigido Don Daffra, o acaso sospechan alguna defensa y contra-acusación dirigida contra ellos; consecuencia: muchos escuchan y espías detrás de la puerta, pero se llevan un chasco al verlo salir tranquilísimo y retomar su forma de ser habitual.

¿Qué ocurrió? No lo saben, y sólo el prefecto barrunta algo cuando el rector le advierte: "Si se hace el extraño, no te preocupes, déjalo hacer..."

Naturalmente, también el prefecto se siente interesado en el asunto y comienza a prestarle más atención al inverosímil seminarista. Lo observa, lo sigue para espiarlo, en cierto momento lo ve apartarse de los juegos en el patio y alejarse, entrar en la capilla, arrodillarse y rezar con un fervor que el prefecto quizá no ha visto en otros. Es una plegaria en la que se revela toda el alma. Después, Luis saca un cuadernito, escribe unas líneas, lo cierra, y vuelve abajo, con los compañeros, a hacer bulla.

El cuadernito queda sobre el banco, en la capilla, entre los libros de devoción, en el lugar de Luis. El prefecto se acerca, lee: "Por amor de Jesús, cada día encontraré un nuevo medio para hacerme despreciar..." <22>.

Es el acostumbrado "imprevisto" de Luis Orione, y el misterio queda aclarado. El prefecto comprende ahora el "déjalo hacer" del rector, y que, si se quiere seguir teniendo en la casa al singular candidato, es necesario habituarse a sus "incógnitas". Por lo demás, es un poco lo que comprendemos también nosotros, exégetas tardíos; por eso, a medida que vayamos conociendo más a nuestro personaje, debemos estar dispuestos a los sobresaltos.

En tanto, él sigue estudiando y participa en la vida del seminario en todos sus aspectos, rodeado por la incomprensión de algunos compañeros. Hay que señalar, además, y está bien insistir sobre el particular, que no todos los compañeros, ni siquiera la mayoría, se muestran despreciativos para con él; en realidad, es una minoría, pero una minoría que se las arregla para envolver su figura en un halo triste de ridículo... Un día, sin embargo, tenemos otra vez el acostumbrado imprevisto de Luis Orione: es el onomástico de un profesor y se ha proyectado una pequeña "academia", para la cual dos

almas de los innumerables hermanitos y todo el oratorio. De ahora en adelante, tú eres nuestra patrona... ¡Tú eres nuestra madre! ¡Oh, María, salva a tus hijos!" <32>.

La Virgen respondió, en primer lugar, dándole fuerzas.

En setiembre de 1893 vemos al indómito jefe de la minúscula tribu infantil, al implacable perturbador del orden público, Luis Orione, en un diálogo con su Obispo exponiéndole esperanzas y proyectos para ayudar a los pobres.

Monseñor Bandi, benévolo, lo escuchó con interés y luego interpuso mil objeciones, como si quisiera probar el campo del apostolado que Orione le había propuesto; él le respondió que había considerado las dificultades atentamente, hasta sus fundamentos, pero que su fe en Dios era mucha:

- ¡Su aprobación y su bendición, Excelencia, y todo saldrá bien!

- Si es así, te concedo ambas - respondió el Obispo.

Parecía que el diálogo iba a ser largo, muy particularizado, y en cambio se resolvió con un final rápido y constructivo. Probablemente el Obispo había sentido que, en realidad, bajo el entusiasmo de Luis no falta un sustrato de reflexión sólida y de valoración práctica. Más que de ardor fantástico, se trataba de seguridad recogida en la realidad misma de la situación, porque si era verdad que las vocaciones pobres requerían tanta ayuda - lo cual era indudable - tampoco se podía dudar de que Dios daría esa ayuda.

Por otra parte Monseñor Bandi no podía ignorar los enormes obstáculos que implicaba el proyecto: una constelación de dificultades pequeñas, grandes, inmediatas, a largo plazo. ¿Cuándo? ¿Cuándo se podría concretar un instituto - ¡justamente un instituto! - para las vocaciones de los pobres?

Cuando Orione salió, el Obispo siguió con la vista su paso rápido, alegre... "¡Bendita juventud!", debió pensar.

En realidad, su interlocutor salió como quien va a resolver cosas urgentes...: iba a recorrer la ciudad en busca de... una casa.

Era la fiesta de la Dolorosa, en 1893.

Se encontró con un alumno de los salesianos, Luis Stassano, que le preguntó:

- ¿Dónde vas?

- Abro un colegio...

- ¿Un colegio? ¿De verdad?

- Pero sí, claro.

- Entonces yo me paso allí. ¿Dónde está el colegio?

- Ahora voy a buscar casa.

Pero he aquí que el joven tenía a su Padre, Pascual Stassano, y éste tenía una casa para alquilar.

- ¿Dónde está ubicada? - preguntó Orione.

proteger y hacer todo lo posible para robustecer desde la primera adolescencia, las respuestas del alma a Dios y la fuerza de la perseverancia contra obstáculos, peligros, desilusiones. Ampliar los seminarios, crear viveros nuevos especialmente organizados para favorecer a los muchachospobres: ¡qué inmenso el campo del bien que se abría a los ojos ávidos de Luis, pobre entre los pobres, pero ilimitadamente confiado en la Providencia.

Las imágenes del paisaje que huían rápidas a través de la ventanilla le daban la sensación de la conquista humana lanzada a través de valles y montes; lo que lo apremiaba a él eran otras conquistas; otros abismos que salvar, otras cimas que investigar... <31>.

¡Ay, qué contraste entre ese arrojo íntimo, entre ese ímpetu, y la vuelta a Tortona! ¡Qué despertar! El descontento con el oratorio de los "tunantes", de los pequeños "tunantes" que alborotaban alrededor de su jefe, Luis Orione, crecía visiblemente y ... audiblemente.

Según los que protestaban, el desorden continuaba, un poco aquí, un poco allá; los muchachos eran cada día más vivaces y por lo tanto más ruidosos y los murmuradores invocaban más que nunca los nombres de... Voghera y Alessandria.

Monseñor Bandi le tomó el pulso a la psicología de la ciudad: ritmo acelerado y fuertes murmullos. Lo que resultaba más grave y lo cuestionaba directamente a él, el Gran Pastor, el jefe de la diócesis, era el recurso frecuente de los desconocidos al obispo y a la autoridad episcopal, las lamentaciones, las denuncias.

Monseñor suspiraba y se parecía al que se encuentra cerca del lecho de un enfermo que se agrava y va apagándose. En cierto momento, con el corazón apretado, tomó una de esas decisiones que eran las que más le costaban: suspendió el oratorio "ad tempus", hasta que las brasas se extinguiesen.

Golpe "fatal" para Orione. Había vuelto cargado de sueños y proyectos y se veía segado en la raíz: el oratorio disuelto, ¿hasta cuándo? Y aún no tenía un año de vida.

Al salir del palacio episcopal, donde le había sido comunicada la orden de suspensión, fue hasta la hermosa estatua de María existente en el altar del oratorio y puso las llaves a sus pies. Luego le escribió una carta.

Vale la pena leer esta página-sollozo, vale la pena meditarla: volvemos a encontrar en ella los temas más íntimos de Orione, su secreto, su fuerza, en la cual el abandono por parte de los hombres se convierte, en él, en abandono en Dios:

"Queridísima y veneradísima madre, oh Madre mía, que nunca has abandonado a nadie, ¡no abandones a este, tu pobre y último hijo! Ya no puedo más... Sálvame, madre querida, sálvame con mis jóvenes y con mi oratorio. Todos nos calumnian y nos abandonan... No puedo avanzar solo... Si tú no vienes me ahogo con mis muchachos. Ven, madre querida, ven y no tardes. ¡Ven oh Madre, ven a salvarnos!... Hasta ahora fueron los hombres los que hicieron avanzar el oratorio, ahora tus pobres hijos han sido abandonados por todos. ¡Ven, oh Madre, ven a cuidar de nosotros!

"Ven a gobernar, a custodiar; ven a defender tu casa, tus hijos que lloran. ¡Aquí tienes la llave del oratorio, te entrego la llave! Ven a consolar a tus huérfanos y no nos abandones; ven, oh Madre, ven. Dejo en tus manos las almas de los jóvenes que me diste. Mi misión ha terminado. A tus brazos me abandono; en tus manos quedan las

o tres compañeros benévolos... tienen una hermosa idea. Se dirigen a Orione y lo invitan oficialmente a pronunciar un discurso en honor del homenajeado. Con ello, se entiende, quieren darle a la fiesta una nota alegre, algo de farsa: ¡Orione en la cátedra! Pero él, según su costumbre, acepta, mostrando tomar la cosa muy seriamente.

Esta última ingenuidad hace aumentar la ironía y el gozo entre los demás. Cuando llega el momento del discurso, todos están preparados para la gran diversión. Luis comienza a hablar perfectamente tranquilo: su voz es segura, el discurso fluye fácilmente. En seguida, decepción de los organizadores, seguros, sin embargo, de que el momento festivo llegará. Pero Luis habla de cosas bellas y serias, y las describe con delicada desenvoltura: incluso su decir se inflama, y el pensamiento se hace profundo. De sus palabras y de su rostro luminoso emana una fuerza que, poco a poco, invade al auditorio, lo domina: una fuerte y dulce nota de amor no sólo imaginado, pensado, sino también vivido, en Cristo y por Cristo, hacia los maestros y los condiscípulos, hacia todos los compañeros de humanidad.

Y los jóvenes que hasta hoy se han burlado de él, quedan atónitos.

¿Este es Orione? ¿El verdadero Orione, oculto hasta hoy? No todos lo comprenden; es decir, no todos adivinan plenamente el secreto del amigo despreciado: los más intuyen que no es esa especie de clowm de la santidad que habían imaginado; pero los hay que llegan más lejos: Orione es un compañero extraordinario.

Algunos comprenden que Luis vive inmerso en el agua de la bendición. ¿Qué significan sus excentricidades espirituales? Cada vez que se hace el original, la verdad es otra: se zambulle en el agua de la gracia con los ojos cerrados, de cabeza. Ahora entrevén sus delicadas exigencias, de niño privilegiado por el amor. recoge el pan debajo de la mesa, sí, el pan caro a la pobreza de los santos, el pan de la Cananea, se alimenta de él, sabe gustarlo; ¿quiénes, entre ellos, gustan de las migajas de los escarnios y del vino amargo de la burla?

Después la situación se invierte. Son raros los que no lo miran, mientras la mayoría se le acerca y le habla de cosas serias. Esto le provoca una doble explosión de vida: los elementos profundos de su espiritualidad, la caridad de Cristo y del prójimo, la mortificación, la fidelidad a la Iglesia, emergen a la superficie para hacerse don, comunicación; fuerza de apostolado; y al mismo tiempo se refuerza y se exterioriza también la marca de una alegría invencible, profunda y jovial, fruto de la gracia y fuente del vigor. Orione se encuentra a sí mismo, vive sus dotes extraordinarias sin reticencias porque las siente y las pone al servicio del prójimo. De pronto, como si fuera un pilluelo, irrumpen allí, en el patio, su sonreír y brincar, su correr e incitar a los juegos; pero ya todo eso no es contradictorio - aunque parezca extraño - con su otra cara, con su rezar amoroso y gozoso, con su hablar de cosas grandes elevándose con imprevisto e indiscutible vuelo, con su aconsejar a los dudosos o reticentes que ya se reúnen en torno suyo. Y el consejo que arriesga es verdadero, límpido, a veces incisivo: caricia y espada, impulso y freno. Los compañeros de Orione se asombran por la variedad de sus sugerencias.

Sin advertirlo, se convierte en centro. No se da cuenta de que el juego de la gracia se hace, en él, más complejo y precioso. Aconsejando, aprende; reflexionando por los otros, ahonda en sí mismo. Ahonda en el tesoro que Dios le ha otorgado, estupenda disponibilidad de pensamiento, de perfeccionamiento espiritual.

Su punto de partida es siempre el mismo: ama nesciri et pro nihilo reputari. Por

una especial deferencia de la gracia, este fundamento que le fue concedido y conquistó con vaya uno a saber qué retribución constante, heroica (desgraciadamente desconocemos la mayor parte de su formación de adolescente y de joven), aparece ahora como un rasgo constitucional; quizás cada momento aún cuesta, como el primer día, pero él es pétreo, y parece inconmovible. Para quien comienza a comprender su personalidad, extraordinariamente compleja y sin embargo simple, es fácil darse cuenta de que un Orione sin humildad - sin ese tipo de humildad de tercer grado - no sería ya un verdadero Orione.

¡Adelante, pues, en santa alegría! Una riqueza de este tipo, estratificada, lineal, ígnea, se irradia, debe irradiarse. ¿Cómo contenerla?

Cuando Orione se abandona a las confidencias, habla de cosas excelsas, como un visionario: de misiones, de sacrificio, de fundar órdenes nuevas. Su palabra permite ver las lagunas y necesidades de la Madre Iglesia: haría falta esto, y esto otro... Un año atrás, los compañeros le habrían pagado con una morisqueta; ahora escuchan pensativos; algunos lo miran con los ojos de la mente muy abiertos.

Mientras tanto, la existencia cotidiana de Orione se va tejiendo con pequeñas inmolaciones y renuncias. También ella tiene sus caminos: ¡con qué desenvoltura elige la comida que menos le gusta, se priva del sueño, del juego, de las vacaciones, de cuanto confortaría a su ardiente juventud! Es el gran señor de la mortificación. Privarse significa gozo, reprimirse es como sonreír. Y las heridas exteriores no son nada comparadas con las íntimas. Sólo el Señor, que da la fuerza para hacerlo, puede saber cuánto cuestan, en una naturaleza volcánica como la suya, la obediencia total y la aceptación de todo lo desagradable, venga de los superiores, de los compañeros o de los extraños.

Si alguien le pregunta por esa fuerza secreta, deja ver unas pocas señales, muy comprensibles e ingeniosas: en el fondo - y no se refiere a sí mismo, sino al hecho - se trata de un solo movimiento: una simple inversión. Tomar las cosas por la raíz y darlas vuelta, eso es todo. Puede hacerlo alegremente, te cuesta menos. Si no me crees, prueba, y verás que es menos difícil de lo que temes.

Todo en él tiene fuentes elevadas, eucarísticas. Su interés por Jesús en el tabernáculo es constante: sus coloquios con Cristo-Eucaristía son profundamente recogidos e inflamados; tal vez, sobre todo en el agradecimiento después de la comunión, las "lágrimas de fuego" brotan con exceso. Orione llora, feliz, y quizá en esos instantes no ve que los demás pueden advertirlo <23>.

Pero los otros ya no ríen.

Hay también indicios prácticos importantes: los estudios. Inútil buscar en sus boletines - quedaron en los archivos del seminario - un "regular" o incluso un "bueno"; encontraréis "casi excelente" o "excelente", siempre hacia la cima, y deberéis elegir entre estos dos polos tan cercanos.

Las materias de enseñanza son sobre todo religiosas: las varias ramas de la teología, el derecho canónico, la historia eclesiástica. También se dictan otras materias, humanísticas, científicas, pero, repetimos, la formación principal tiene lugar siempre en el caso del conocimiento de Dios y de la Iglesia.

<18> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 415 y s; "La palabra de Don Orione", 29.8.1930; 29.8.1931; 13-15.8.1938. <19> "Biogr. Don Orione", vol. 1, pág.425; memorial

¡Maravilla, maravilla, para gloria de Dios! Sentía la dulzura de quedarse allí, en esa tierra libre, junto a las murallas más sugestivas del mundo. Allí no tenía más que el fastidio de la elección, y se decidió por los lugares que le parecieron más panorámicos.

Por segunda vez trató de cerrar los ojos captando en ellos y hasta lo más profundo de sí, la visión de la cúpula y de los palacios sagrados. Sentía una extraña incertidumbre, permanecía como suspendido en una soberana impresión de libertad y de gracia, él, el peregrino más pobre de Roma, pero también el único quizá que podía dormirse aprisionando en su sueño tanta belleza.

Por otra parte, los inconvenientes eran innegables pues no se trataba de estar allí media hora, sino una larga noche, y tanto más helada cuanto más estremecida de estrellas y luna: los fuertes repiques broncíneos de la basílica le advirtieron que era sólo las nueve.

Contó las horas que le faltaban para una aurora que le parecía inalcanzable, y mientras reflexionaba acerca del pro y del contra revolviéndolo todo como de costumbre en un largo suspiro de amor hacia Dios, escuchó una voz a sus espaldas: - ¿Cómo? ¿Usted aquí?

(¿El policía, quizá?...) Se volvió, vio a un muchacho alto, a dos pasos de distancia, que evidentemente en el claro de luna lo había reconocido y lo estaba observando: pero ¿quién podía ser?

El muchacho se lo explicó: era uno de los jóvenes retozones que, horas antes, habían sido arengados por Orione, conducidos a la iglesia y... beneficiados por él.

- Estoy aquí - respondió Orione - porque no sé dónde ir.

Las palabras debieron significar una gran sorpresa: ¡qué el generoso clérigo fuese un pobre de aquellos que duermen bajo los puentes!

- Venga conmigo - sugirió el muchacho.

Lo condujo por muchas calles, hacia el centro, a la calle de la Misión, en las cercanías de Montecitorio, llamó a una puerta, lo presentó a una anciana señora vestida de negro, quien puso a su disposición una habitación en perfecto orden.

Allí pudo comer y dormir por tres días: tres días plenos de la Roma cristiana, de la roma histórica, toda una revelación que en el alma profunda de Orione suscitó resonancias maravillosas; tres días, también, de secreta esperanza de ver al Papa, esperanza también inconfesada para él mismo, que no quería pecar de la menor indiscreción.

No vio al Papa, partió con el alma rebosante de un sueño, más "romano" que nunca, más fiel a Pedro que nunca, y enriquecido por esa misma desilusión que era su equipaje de retorno.

Se había sentido alegre y libre en Cristo y al mismo tiempo había podido medir toda la dificultad probatoria de una vocación pobre. Mientras atravesaba media Italia para volver a casa su pensamiento era acosado por agudos y luminosos interrogantes: ¿cómo facilitar, a los miles y miles llamados por Cristo entre los pobres, la entrada al altar?

Fue un fermento intenso y bien concreto que se agregó a esa levadura íntima en la que ya vivía Luis Orione. La respuesta, por lo demás, era fácil. Se hacía necesaria

capital, no sabiendo cómo arreglárselas, pernoctó en un albergue. Al alba se levantó, pagó dos liras por la habitación, le dio cincuenta céntimos de propina al doméstico y se dirigió hacia San Pedro, donde llegó con su tesoro estragado antes de que se abrieran las puertas de la basílica. Esperó, admirándose con una alegría que nunca antes había experimentado y soñando con ver al Papa.

Ya entonces se había formado en su alma un cuadrinomio al que permaneció fiel toda su vida: Jesús, María, el Papa, las almas... Fue a misa, se confesó y comulgó en San Pedro, rezó con una especie de regocijo, luego se encaminó a la sacristía y... pidió ver al Papa.

Con naturalidad y cortesía, pero también con claridad, le respondieron que no era posible. Habría querido insistir, expresar todo su deseo...

- ¿Ni siquiera desde lejos? - balbuceó.

También imposible, por el momento. Había sido necesario esperar turno para una posible audiencia: pero ¿cómo podía quedarse en la ciudad?

Para él el dilema se reducía a dos posibilidades: partir en seguida o esperar hasta la mañana siguiente. Salió de San Pedro, visitó Roma, las basílicas, el Coliseo, San Pedro ad Vincula, y allí rezó largamente por el Papa.

Descendió, y al final de las graderías encontró un grupo de muchachitos en pleno juego y revoloteo: se acercó, comenzó a hablarles, los llevó a la iglesia para hacer una visita al Santísimo, luego distribuyó una parte de las medallas que había comprado con las dos liras y cincuenta céntimos que le habían quedado. Los niños, no habituados a actitudes tan generosas, lo tomaron muy en serio.

- Volveré por aquí si Dios quiere - dijo - y haré algo por vosotros...

le respondieron con una especie de viva... (Treinta años después, allí, en San Pedro ad Víncula, surgirá una de las casas de Don Orione).

Y después de esto, ¿partir? Le pesaba irse, separarse de Roma; por otra parte necesitaba resolver un problema práctico: ¿dónde dormir?

Pero su habitual imprevisto personal entró en acción: decidió pasar la noche a la intemperie en cualquier punto cercano al Vaticano, y eligió la columna de Bernini. Concedió sus preferencias a un metro cuadrado desde el cual podía contemplar la basílica y la cúpula en su fantástico perfil bajo la luna, se sentó, se amodorró con los ojos y el alma colmados por esa visión.

Poco después, una voz, un golpecito en la espalda: un policía le ordenaba desalojar el lugar: estaba prohibido quedarse allí.

Pidió disculpas, se levantó, se alejó.

Hacia lo desconocido, que estaba bien cerca, pues en aquellos tiempos comenzaba casi enseguida de pasar la puerta Angélica y el Castel Sant' Angelo, donde se extendían prados blanqueados por la suave luz nocturna. Tanta belleza le parecía un sueño. Dándose vuelta, contempló una vez más la mole miquelangelesca, más hermosa que nunca bajo los reflejos plateados que dibujaban sombras y teñían las salientes de las columnas, superficies que huían hacia lo alto...

F. Bianchi, 14, IV. <20> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 438 y s; memorial D. Tacchini, 81; Fiocchi, 6. III; Gavina, 2, II. <21> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 444 y s; memorial V. Guido, 5, I; U. Guerra, 8.V; M. Carlone, 9, II. <22> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 446 y s; Sparpaglione, "Don Orione", pág. 64. <23> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 433 y s; memorial P. Vaccari, 4, I.

IV - "Busca compañeros... ¡traémelos aquí!"

Avanza, así, de grado en grado. Cada grado es un peldaño, y en lo alto de la escalera brilla el altar. En todos los estudios del clérigo Orione se insinúa este "presentimiento" sacerdotal: así, la ciencia divina y la humana se funden, como el ministerio sobrenatural y el contingente se fundirán en el carácter del fraile. Orione siente permanentemente que en lo profundo de su alma está impreso el misterioso signo levítico ya aparecido en la infancia. Es su fuerza, el sello de su compatibilidad que el pensamiento y la esperanza, la acción y la perfección mantienen en él. Los superiores y los compañeros advierten en su persona algo unitario, algo casi inescindible que atenúa o impide cualquier dispersión de fuerzas. En la práctica, la riqueza que fermenta es totalmente recuperable, cabalmente utilizable en Luis Orione, y éste es el signo que lo diferencia de tantos otros jóvenes. Si la juventud no fuese también intensamente dispersiva, bastaría por sí misma para hacer del hombre un gigante; pero, precisamente la exuberancia disociada de las fuerzas es la que trae consigo enormes gastos de energía desfasada o en el vacío: ¡Qué poco queda de nuestra energía juvenil, en la mayoría de los casos, para ser usada en la madurez!

En Orione es al contrario: puesto que todo parte de un punto de apoyo único, no es mucho lo que habrá de perderse. Quienes con más agudeza lo observaron advierten esa realidad desde los años del seminario. Como también explican con esta realidad psicológica el hecho de que duerma poco, como poco, y sea quizá el más voluntarioso de los estudiantes.

Naturalmente, estas observaciones pueden suscitar en nosotros el deseo de conocer el juicio de alguno de sus "contemporáneos" de estudios y de vida; encontramos un retrato cabal trazado por un compañero que llegó a ser famoso: el padre Vaccari, jesuita, gran conocedor y traductor del mundo bíblico: "Durante aquel primer año del seminario - afirma - no pude conocer al clérigo Orione sino de lejos, por la barrera que la disciplina interponía entre los del curso secundario y los del curso superior. Pero Orione brilló pronto con una luz tan viva que incluso los que estaban lejos no podían sustraerse a su esplendor. Lo veía todos los días en la capilla, y durante muchos años siguió viva en mí la impresión profunda que me provocaron la piedad y el fervor que dejaba traslucir todo su comportamiento. Todavía me parece ver su devoto recogimiento, sus genuflexiones, sobre todo su Comunión cotidiana (práctica entonces totalmente aislada incluso en las comunidades religiosas) y después de la Comunión los transportes y sobresaltos que no podía contener, los ardores seráficos que no podía ocultar. El año siguiente - continúa el padre Vaccari - con mi pasaje al curso de filosofía, me encontré con que era compañero de habitación del joven Orione, pero en un principio (debo confesarlo) sin ninguna simpatía, sin ningún atractivo por él; de conducta y tendencias bien diversas de las suyas, me mantenía indiferente y hasta reservado a su respecto. Sin embargo, poco a poco, la constante y suave acción de su virtud, de su afabilidad, de su conversación a un tiempo alegre y espiritual, me ganó, me conquistó, me transformó, y a él (¡qué feliz me siento al reconocerlo!) le debo lo que soy: si llevo este santo hábito, si sirvo para algo en la Iglesia de Dios se lo debo a él. En realidad, una de las características sobresalientes de la santidad de Don Orione era su jovialidad, en aquellos años juveniles aún más festiva y expresiva. En aquel rostro sereno, en aquellos ojos brillantes, refulgía el gozo del alma plena de Dios. En las horas de recreo, era el alma del grupo, reía y jugaba en los corrillos, o paseaba con un grupo de dos o tres por los

V - Las pandillas - Para ver al Papa -

"¡Hay un cura que abre un colegio!"

El Obispo, Monseñor Bandi, no podía ignorar el valor de ese reclutamiento de almas infantiles; también se apercibió, naturalmente, de que todo se desarrollaba sin una casa, sin un techo, y le ofreció al clérigo Orione, primero la iglesia del Crucifijo, ante el cual consagró al grupo de jóvenes "primicia de la futura Obra", y luego nada menos que dos salas en la planta baja del palacio episcopal, con todo el jardín para recorrer, roturar y... devastar.

El mismo designó el 3 de julio como fecha de la "inauguración", que se convirtió así en una jornada muy querida; se reunieron todos en el jardín del episcopado: el Obispo, Monseñor Bandi, el director del Neo-oratorio, canónigo Novelli, Monseñor Daffra, director del Seminario y entonces Obispo electo de Ventimiglia, otros canónigos, y el clérigo Orione con otros varios clérigos, y cientos de niños (la cifra es testimoniada por el mismo Don Orione), y todo fue religioso; el maestro José Perosi, padre del gran Lorenzo, dirigió los cantos, de los cuales el principal era dedicado a Luis Gonzaga, como el oratorio, como todas las intenciones, el vestir, el carácter de los niños, todo debía ser aloisiano. Oratorio "San Luis" y, fijémonos bien, oratorio y no simple recreatorio, porque si bien los niños podían divertirse hasta el agotamiento, todo debía desarrollarse con una finalidad superior.

El domingo siguiente volvió a presentarse la pandilla, más numerosa que nunca, y en la plenitud del entusiasmo hizo justicia sumaria a los pocos canteros, sobre las escasas matas de flores, sobre las setas de mirtos con los que se adornaba el recinto episcopal. Entre tanto, desde una ventana del palacio, la anciana madre del Obispo, distinguida floricultura, asistía sin respiración al último asalto perpetrado contra cierto arreglo de multicolores jarrones floridos a los que dedicara especiales cuidados..., asalto por supuesto involuntario, porque los huéspedes, en el fervor de las batallas en que se enfrentaban como policías y ladrones, ni siquiera se daban cuenta de que allí existían flores, hojas o cosa semejante... Ya se sabe, en la guerra como en la guerra, y la pobre señora protestó apenas...: era madre y piadosa, y comprendió todo; por eso, dejó hacer y no protestó más.

Para Orione, entre tanto, la victoria era real en la medida en que el Obispo había aprobado de hecho su organización, pero si le interesaba triunfar no era por él. Su alegría se resumía en ver hermanados y protegidos en cristo a esos protagonistas, los más jóvenes, de la Iglesia de hoy y de mañana.

Por ellos continuaba haciendo sacrificios, consiguiendo aparatos, columpios, pelotas y cuanto podía complacerlos <30>.

Cuando se le presentó la posibilidad de ir a Roma, aunque por muy poco tiempo, le costó distanciarse de ese alboroto festivo y alegre. Pero las circunstancias parecían empujarlo: su hermano Benito, empleado en el ferrocarril, podía conseguirle un boleto de tercera gratis; Monseñor Daffra, obispo electo de Ventimiglia, quería enviar su primera carta pastoral a algunos personajes de la Curia Romana y le entregó varias copias.

Para él, Roma era sólo un punto, un nombre, una figura: el Papa. Partió provisto, como todo bagaje, de un escudo de plata que le regaló Monseñor Daffra y, al llegar a la

otros, fue necesario ocupar incluso las cercanías de la pequeña plazoleta.

Luego se les vio, con el prudente clérigo Orione a la cabeza, partir a la "conquista" del castillo derrumbado allí, en la cumbre, en lo más alto de la ciudad. Allí, en los bastiones, por fin había espacio, había plena libertad, allí sí los juegos se volvían maravillosos. Ese aire, purísimo, podía resucitar a un muerto.

Después, el clérigo Orione hacía sonar cierta campanilla: era el cuerno de Roncesvalles; la tropa dispersa en los flancos formaba fila, se apiñaba a su alrededor: ¡silencio, quietos, sentados! y comenzaba entonces los bellos discursos, las lejanas historias del bien y del mal; y qué fácil era distinguir el bien del mal, historia de antiguas santidades, qué fácil era comprender el "por qué" y el "cómo" de los santos... <29>.

<24> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 523 y s; memorial P. Vaccari, 4, I. <25> "Biogr. Don Orione" vol. 1, pág. 532; memorial P. Vaccari, 4, I. <26> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 551 y s; volumen Reuniones, pág. 199, A. 6 bis; fasc. 70, 194. <27> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 662 y s; memorial L. Bianchi, 1. III; documentación Orione, 4, IV. <28> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 639 y s; "La palabra de Don Orione", 3.7.1932; 23.1.1933, 14.3.1934; "La Obra de la Divina Providencia", 4.9.1898. <29> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 642 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 82 y s. memorial M. Ivaldi, 4. II.

portales del patio discurriendo vivazmente sobre estudios o más a menudo sobre cosas espirituales" <24>.

Con este compañero dotado de un renovado fervor, Luis Orione estipuló un pacto que decía: A.M.D.G. - Jesús - A nombre y gloria de Dios, al honor de María Santísima Inmaculada -. Los suscriptos, clérigos Orione Luis de Jesús y Vaccari Alberto se dan la siguiente cita en el Paraíso a los pies de María Santísima. Se verá: 1º) quién habrá salvado más almas en causa prima (significaba formar sacerdotes que con su ministerio alcanzaran almas); 2º) quién será más santo". Muchos años después, el padre Vaccari, con sentida humildad, reconocía haber perdido esa apuesta, considerando la vastedad del apostolado desarrollado por el antiguo compañero de estudios <25>.

Al terminar el año lectivo 1889-90, ya con los calores, los clérigos se preparaban para disfrutar las vacaciones del verano. Uno de ellos se presentó ante Monseñor Daffra y le dijo: "Señor Rector, si usted lo permite, yo querría pasar las vacaciones aquí, en el seminario".

- Hijo mío - respondió Don Daffra, - no es posible.

- ¿Por qué, señor rector?

- Se van todos, hasta el cocinero.

- No importa, ya sabré cómo arreglármelas. Permítame que me quede.

Luis Orione pidió, inclusive, transferir la camita de hierro desde la gran galería-dormitorio, donde siempre había estado, llamada "San Carlone" por su gran amplitud, a una piecita contigua a la capilla.

También esto se le concedió, y pasó más de un mes comiendo, en el mejor de los casos, pan y queso; de tanto en tanto iba, para recuperarse, a la casa del tío Carlín, a la alquería. Mientras ocupaba el tiempo estudiando lo más posible.

La cosa, de todos modos, tuvo su consecuencia. Durante el verano, en la catedral, faltaba un servicio adecuado porque quedaba un solo sacristán, un poco vacilante, que se afanaba cuanto le era posible, pero no podía hacerlo todo: lo llamaban "scudlón", era la bondad personificada. Se pensó en proponerle al clérigo Orione que prestará su ayuda. Orione aceptó y agradeció; se sentía feliz <26>.

A fines del otoño de 1891 tuvo lugar un desplazamiento definitivo. Se les concedió a los tres clérigos más pobres - como era costumbre en la diócesis - un alojamiento en las piecitas ubicadas en la cúpula de la catedral, y se les concedió un salario... de 12 a 22 liras mensuales para cada uno. La comida debía pagarse aparte.

Orione estuvo entre esos tres, y se instaló en la cúpula en calidad de "custodio de la catedral". Desde allí, le parecía tocar el cielo, y se entregó a la nueva tarea con un ardor que conformó a todos: ayudaba una Misa tras otra, rezaba el rosario, hacía trabajos de mantenimiento y limpieza.

Por la noche, no era raro que bajara de su piecita y se escurriera en la iglesia. Privilegio maravilloso para él, que tenía las llaves de las puertas. El silencio era notable, la llama del Santísimo indicaba el único punto de referencia en la oscuridad: sin embargo, era mucho más que un faro.

Arrodillado frente al Santísimo Sacramento, Luis rezaba y se sentía satisfecho.

Ese momento, ese lento deslizarse de las luces ante la Eucaristía eran, para él, el centro del tiempo y del espacio. La humanidad tenía su punto de apoyo allí en el tabernáculo y él tenía la impresión de sentirse uno con la Divina Presencia, unido en el amor, en la fidelidad, en la dedicación total. En el recogimiento y la ofrenda florecían en su corazón deseos inmensos de servicio y proyectos casi imposibles: ¡cuánto habría querido hacer por el Dios escondido que se inmolaba por él! Transformar su amor, suscitando mil energías, mil obras, salvando almas, almas... <27>.

La que será la gran divisa de Don Orione, "¡almas y almas!" lo impulsaba ya cuando era clérigo durante las vigilias en la catedral de Tortona. En realidad, ¿qué habría podido hacer? Más pobre, quizá, que todos los otros jóvenes de la ciudad - y a su modo de ver - un mísero hijo de nadie..., su gran consuelo era amar al Señor y a todas las almas: pero aquí también su amor le parecía poco, y se consumía pidiendo que Jesús le concediese más y más amor.

Un día, un pequeño episodio: durante la semana santa de 1892 llega a la sacristía un muchacho con el rostro resentido y lagrimeando: era Mario Ivaldi, a quien ya conocía por ser monaguillo en la Catedral.

- ¿Por qué lloras? - le pregunta Orione.

Un encogimiento de hombros.

- Vamos, ¿qué te pasa?

- No voy más al catecismo.

- ¿Y por qué?

- Porque me pegan.

- Si te portas bien, no te pegarán.

- No, no voy más.

Quizá se había presentado al catecismo en San Miguel sin haber estudiado la lección y había molestado a los otros chicos; lo cierto es que el clérigo catequista, perdida la paciencia, le había dado un coscorrón y lo había echado.

El asunto era serio, según el pequeño protagonista. Luis comprendió el drama y le dijo:

- A ver, ven conmigo, te hago un regalo. ¿Ves esta hermosa medalla? Bueno, es tuya. Ahora ven conmigo y te enseñaré un poco de catecismo.

El muchacho levantó la cabeza, miró al clérigo, alargó la mano hacia la medalla. Para mayor seguridad, Orione sacó una algarroba y un higo seco y se los ofreció con gesto magnánimo.

La partida estaba ganada. Fueron a la piecita de la cúpula, el muchacho sacó su catecismo y Luis se lo explicó. Luego le dijo:

- ¿Quieres volver mañana a la misma hora?

El muchacho dijo que sí, y al día siguiente fue puntual. La explicación prosiguió y resultó eficaz; el maestro le trasmitía todo el fuego que le ardía dentro y el discípulo comprendía.

¡Hablar de Dios! Si esto para Luis Orione era el resumen y la quintaesencia de las actividades más deseadas: habría hablado todo el día y toda la noche; y hablarle a un alma que lo ignoraba todo, infantilmente indolente... Ahora, en cambio, sentía la necesidad de ver decenas de ojos así, fijos y cargados de valores nuevos.

- Escucha - le dijo Orione, - busca a tus amigos, y tráemelos aquí, así no estarás solo, ¿de acuerdo?

El rostro del chico se iluminó. Llegó con un pequeño grupo de compañeros. El grupo creció rápidamente, mientras el clérigo Orione, por su parte, se empeñaba a fondo en dos actividades: trazar un verdadero programa de estudios catequísticos para la "clase" que aumentaba con ritmo sorprendente; poner a disposición de los huéspedes cuanto lograba acumular en la piecita: libros, juegos, higos secos, nueces, castañas, regalitos. El gusto de los niños era voluble, pero las medallas, por ejemplo, mantenían su atractivo <28>.

En poco tiempo, el grupo creció tanto que se habría necesitado un departamento; mientras tanto, un hornillo y una ollita asaban castañas y cocían huevos para fortificar a los más débiles. Algunos huéspedes llegaban con regalos útiles: velas, utensilios de cocina, alimentos para los pobres, una especie de primitiva comunidad cristiana en la cual todo se ponía a disposición de todos.

Se habló de cientos, y más, y más...

¿Y por dónde había que pasar para llegar a la maravillosa piecita del clérigo Orione? A través de la solemne sacristía de la catedral; no había otro camino, y en la sacristía estaban los canónigos vestidos de morado, pero los bribones no mostraban turbación ni embarazo y preguntaban con aire desafiante: "¿Está Orione? ¿Por dónde se pasa para ir a lo de Orione?... etc.", y los canónigos, por cortesía, respondían, confundidos, algunas veces por una calesita interminable de cabecitas inquietas.

El clérigo Orione les recomendaba:

- Cuando paséis por la sacristía sed buenos, saludad y pasad calladitos...

Pero, ¿cómo detener el aleteo, el pataleo en y antes de las escaleras?

No siempre un intento de convivencia entre canónigos y chicos traviesos puede ser exitoso. El clérigo Orione se dio cuenta de los comentarios que se hacían en la sacristía, en las casas, en la ciudad, los que luego llegaron a él mismo.

En resumen, los personajes más solemnes del cabildo decían con gran autoridad:

- Voghera..., Alessandria.

En Voghera y en Alessandria había dos manicomios de justificada fama. También se dio cuenta, el clérigo Orione, cuando llegó el salario: en lugar de veintidós, le daban doce liras. ¿Y las otras diez se las había llevado el viento?

Comprendió muy bien. Cortando los víveres se aleja a los molestos.

Pero no se enojó, y no quiso oponer inoportunas resistencias: no era sino un huésped, y la discreción, según Santa Catalina, es el "condimento" de todas las virtudes. Trasladó en masa a sus pequeños alborotadores al aire libre, a la plazoleta del Crucifijo, y se alegró viéndolos desbocarse en plena libertad. Esto hizo aumentar el grupo, llegaron

VIII - La posición de los católicos en la Italia Humbertina

Puede parecer extraña, casi inverosímil, tanta acritud por parte de los periódicos anticlericales contra una obra de beneficencia como la del clérigo Orione. Para comprender esa actitud será necesario dar cuenta brevemente de la psicología dominante en Italia a fines del siglo XIX, en los dos campos - católico y laico - inevitablemente en pugna.

Con este fin, convendría remontarse al origen esencialmente político del conflicto y abarcar de una mirada su desarrollo en los últimos cuarenta años del siglo pasado. Ello nos permitirá también estudiar mejor la formación de la mentalidad de un joven como Luis Orione en el ambiente de aquella época, y además nos permitirá adentrarnos más profundamente en las convicciones de Monseñor Bandi, uno de los Obispos más sólidos y preparados de entonces.

La condición de los católicos italianos después de la unificación de la Patria presentaba grandes interrogantes en lo concerniente a la conducta cívica: ¿Era lícito, o no, participar en la vida política de la nación unificada? Está claro que, en primer lugar, el problema se relacionaba con las elecciones. Durante el decenio 1860-1870 el tema había sido debatido permanentemente no obstante la diversidad de las conclusiones que afloraban aquí y allá y las voces más autorizadas habían dejado la libertad de decidir a las conciencias individualmente; la misma "Civiltá Cattolica", y hasta algunas altas personalidades vaticanas opinaron que a los católicos italianos les era lícito votar o abstenerse en las elecciones políticas o administrativas según las convicciones y los sentimientos personales: de todos modos se propendía más a la participación que a la abstención.

Después de la caída de Roma, todo cambió. Aun cuando el problema cuya importancia nadie desconocía fuese objeto de una meditación más rigurosa que nunca, los máximos exponentes del pensamiento católico llegaron a la determinación expresa del "non expedit", es decir, en la práctica a la fórmula margottiana: "ni electos ni electores".

Ese alejamiento político se basaba en el juicio relativo a los valores intrínsecos de los hechos y de los hombres; por lo demás, también estaba acompañado por un pronóstico particular con respecto a la "revolución liberal": que no podía durar mucho tiempo en sus aspectos de aversión al papado y a la religión en general. La misma revolución socialista que se anunciaba, en embrión, era considerada como una especie de némesis contra el "pecado" de los usurpadores, de los laicos, de los negadores. Causa una verdadera impresión en este sentido, lo que "Civiltá Cattolica" escribió en 1876, en plena amenaza de hegemonía "cultural" germánica, y en pleno fermento anticlerical del mundo latino: "Quien observa con cuidado el ser de la Europa moderna, comprende que todo lo que sucede apunta a facilitar un triunfo que no es por cierto el del germanismo soñado en Prusia, ni el de la paz en la apostasía imaginada por los gobiernos de los países latinos. El cesarismo prusiano, aliado con el liberalismo italiano, español y francés prepara el reino del socialismo que nosotros, los católicos, habíamos previsto desde hace tanto tiempo y que consideramos como terrible instrumento de la justicia y de la misericordia de Dios: de la justicia, porque vengará las injurias infligidas a El y a su Iglesia; de la misericordia, porque facilitará el retorno de los pueblos extraviados a los

- ¿Y... cuánto me cobras?

- ¡Ah! Poco, poco, lo que usted me dé.

Angelina meditó un momento: - Oiga, ¿si le doy cuatrocientas liras por cuánto tiempo me lo tiene?

¡Cuatrocientas liras!... ¡grandeza del cielo! Orione se quedó sin aliento: ¡qué hermoso era el sol, cómo reía sobre los viejos techos y sobre las aguas del río!

Dios era grande, también él debía ser magnánimo:

- Se lo tengo durante dos años, ¿está bien?

Y el sol brilló en lo alto también para la pobre viejita, que veía asegurado el porvenir del muchacho.

- ¿También los libros? - preguntó.

- También los libros.

Se encaminaron a San Roque, donde estaba la casa de Don Muratori, entraron, Angelina abrió un cajón, sacó una lata, buscó las cuatrocientas liras y se las dio a Orione diciendo:

- ¿Entonces le escribo a mi hermana que lo mande ya mismo?

- No, no, para Santa Teresa, el 15 de octubre.

Luego, Orione corrió a lo de Stassano, quien le preguntó:

- ¿Qué hay de nuevo?

- Aquí le traigo el dinero...

...que Pascual, casi incrédulo, observó bien, contó muy cuidadosamente; eran realmente cuatrocientas liras; entonces tuvo como un temblor y preguntó: - Pero, disculpe, ¿cómo hizo?

- Eh... la Providencia - respondió Orione mientras guardaba las llaves de la casa.

Volver ahora, con la misión cumplida, conseguida la casa, era como ir hacia el Paraíso. En el portón, el sacristán Scudlón, con gesto de desconcierto, le advirtió:

- ¡Menos mal que ha llegado! ¿No sabe que estuvo aquí Pipei, el sirviente del Obispo, dos o tres veces, a buscarlo, porque el Obispo tiene algo importante que decirle? Vino a buscarlo, pero le dije: qué sé yo dónde está ése, está siempre dando vueltas, estará en medio de sus compinches... Vaya, vaya, ¡si no quién sabe lo que va a pasar!

Subió las escaleras con un presentimiento que ensombrecía su corazón; apenas hubo llegado vio al sirviente, quien le dijo:

- ¡Oh, por fin! Ahí está su Excelencia, parece haber perdido el juicio.

- ¿Eh?

- Cada tanto sale del estudio y me dice: ve a buscarlo porque quién sabe lo que está tramando... ¿Qué quiere? Tuvo cierta audiencia y ahora está como trastornado. Usted, por favor, quédese tranquilo, le recomiendo.

Apenas Monseñor Bandi lo vio:

- ¡Nada! ¡Nada! ¡Te levanto mi bendición!... ¿Quién sabe en cuántas deudas te meterás... y luego, tendrá que pagarlas el Obispo...? ¿No dices nada?

orione había sentido como un sablazo en lo más íntimo, y se daba cuenta perfectamente de que un cambio así en el generoso e inteligente Monseñor Bandi era fruto de voces alarmistas acerca de su comportamiento. Sensible como era, el Obispo se encontraba presa del temor, en el momento culminante. ¿Qué hacer? A pesar del sufrimiento no le sobrevino siquiera un atisbo de rebeldía. Se limitó a decir:

- ¡Lo siento, Excelencia!... ¡Y yo, que ya lo había organizado todo!

- ¿Qué dices? ¿Qué has hecho?

- Una mujer, hace media hora, me dio cuatrocientas liras... ya pagué, ya tomé posesión del colegio... - y contó todo con pelos y señales.

El Obispo no lo interrumpió. Se cuidó bien de cortar ese hilo de oro que se devanaba ante su vista, en esa luz que era fácil de reconocer. Grandeza de Dios, murmuró en lo más íntimo de sí, mientras escuchaba los hechos, demasiado grandes para ser sólo humanos.

Orione concluyó diciendo: - Pero no importa: si su Excelencia no quiere, obedezco y renuncio a todo.

El Obispo quedó en silencio: quizá luchaba contra un nudo de emoción que no debía salir a luz; sin embargo, su voz no se parecía ya a la de antes cuando dijo:

Si es así, hijo, todo está bien.

Luego agregó:

- Arrodíllate. ¡Te vuelvo a dar mi bendición! <33>.

Al salir del palacio episcopal Orione se encontró con alguien que le habló del colegio y le respondió:

- ¡Abrimos el 15 de octubre!

<30> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 667 y s; carta 3.7.1936; fasc. 35-6; "L'Osservatore Cattolico", 5.6.1892. <31> "Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 715 y s; "La Palabra de Don Orione", 22.12.1921; 22.10.1929; memorial G. Scoccia, pág. 47, A. 7, págs. 356. <32> "Biogr. Don Orione" vol. 1, págs. 760 y s; memorial M. Perosi, A. 8, pág. 912; L. Bianchi, A. 7, págs. 245 y s. <33> Don Orione a los amigos de Roma el 14.4.1934; fasc. 101- 234; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 102 y s.

"Y salió dejándome solo con todos aquellos muchachos... Pasaron tantos 'momentos' desde entonces... Aquel 'un poco' debía durar muchos años... Durante todo aquel día no vi más a Don Orione; volvió a la noche". Carlos Sterpi tenía entonces veintiún años recién cumplidos.

Y ahora un fugacísimo adelanto del porvenir: cincuenta años después Orione afirmará: "Si Dios me dijera: - Quiero darte un continuador que esté en un todo de acuerdo contigo, respondería: - No, señor, ya me lo has concedido con Sterpi..." <57>.

<47> Bullarium Franciscanum (ex. var. Reg. Pont. Tom. IV, Ep. 297); "Il Popolo", de Tortona, 23.12.1965. <48> Biblioteca Cívica de Tortona. <49> "Don Orione y la Virgen", vol. 1, pág. 78; fas. 19-275. <50> Biblioteca Cívica de Tortona. <51> "La Croce", Nápoles, 5.3.1899; memorial F. Milanese, 2. IV; "La Sveglia del Popolo", Voghera, 30.9.1894. <52>, <53> Memorial G. Rota, B. 8; Fiocchi, 6, III; "La Sveglia del Popolo", Voghera, 18.4.1895; P. A. da Cumbels, 7, IV. <54> Fasc. 67-56, carta 11.10.1912. <55> 1942. 1; "La palabra de Don Orione", 12.7.1927. Otros testimonios de la Congregación aseguran que pidió también que "Si el Señor quisiera realizar por su intermedio cualquier cosa extraordinaria, los demás no le dieran importancia y sólo miraran a Dios, del que proviene todo bien; y también ser el sacerdote más que de las almas pías, ya en el redil, de las que se encontraban fuera del redil" (O. 8; B. IV; P. 5 VI). El diario de las misas de Don Orione se inician así: "Capilla Episcopal: 13 de abril. Ordenación: para hacer la voluntad de Dios". <56> El siervo de Dios, Don Carlos Sterpi, nació en Gavazzana (Alejandría), el 13 de octubre de 1874. Fue alumno del "San Jorge" de Novi Ligure, y durante los primeros años de estudio (1885-86) decidió ingresar al seminario de Tortona, donde estudió filosofía, teniendo como compañero de banco en la escuela y en la capilla al clérigo Orione. Luego pasó al seminario menor de Stazzano, estudiando teología desde 1892 hasta octubre de 1896, cuando el obispo Bandi le permitió ayudar a Don Orione. Se convirtió en sacerdote el 12 de julio de 1897. De estatura pequeña, humilde, amante del silencio y del ocultamiento, fue el brazo derecho del Fundador; fidelísimo intérprete de su espíritu e infatigable ejecutor de sus designios de bien. Fue su primer sucesor en el gobierno de la Obra desde 1940 hasta que en 1946 renunció por motivos de salud, consumido por las fatigas y la caridad. Murió el 22 de noviembre de 1951. Está en curso la causa de su beatificación.

<57> "El Siervo de Dios Don Carlos Sterpi", Roma, 1961, págs. 1 y s; 40 y s; 45 y s; 75 y s; G. Barra, "En puntas de pie", Borla 1963, págs. 11 y s.

coloquio no tuvo consecuencias.

Al mismo tiempo se desarrollaba un episodio completamente ajeno a nuestro asunto. En Tortona había un banco, el banco tenía un director, y en el colegio de Santa Clara estaba el hijo de este importante director. El muchacho era un holgazán y Don Orione no quería volver a aceptarlo, tanto que al terminar el año escolar de 1894-95 tomó la decisión, dolorosa para él, de advertirle al padre que no estaba dispuesto a inscribir a su hijo el año siguiente.

El padre tomó mal la noticia y fue corriendo al "Santa Clara" para interceder; insistió, expuso todos los argumentos posibles, pero resultó tiempo perdido. Al terminar el penoso diálogo, el padre, exasperado, se volvió hacia un crucifijo y dijo a Don Orione:

- Le juro que no me detendré hasta conseguir que su colegio salte por los aires...

Como primera acción, pidió audiencia al Obispo, le relató todo, protestó... Monseñor Bandi, a su vez, se disgustó mucho y pensó que Don Orione hubiera podido ser menos severo. Lo mandó a llamar y le ordenó reincorporar al muchacho.

Un instante de silencio siguió a la formulación del consejo-orden, un instante atravesado por un relámpago invisible para todos: el Obispo realmente no advirtió una fugacísima sombra de sonrisa que se dibujó en el rostro de su interlocutor:

- Y bien, Excelencia... sí... estoy dispuesto a obedecerle: pero, ¿cómo hacer? Los muchachos de esa clase requieren una vigilancia muy especial, si se los quiere ayudar; de otro modo, se los perjudica. Yo no cuento con esa ayuda, con ese auxilio: somos dos o en todo caso tres, pero usted comprende, con ciento cincuenta alumnos... Si su Excelencia me diese una ayuda realmente valiosa, entonces si podría ayudar también al muchacho...

El Obispo no respondió: Orione lo había convencido de inmediato.

- Bien... - dijo luego. - ¿A quién quieres?

- Quiero a Sterpi, Excelencia.

Estocada profunda, que dejó al Obispo un poco tambaleante; pero era padre, y era Obispo de corazón y comprendía que Orione pedía una cosa útil para Nuestro Señor: podría con ello ampliar realmente el círculo de sus alumnos y hacerles un gran bien incluso a los llamados "incorregibles". Así que dijo con cierta lentitud, como si buscase cada palabra dentro de un pozo, pero con tono decidido: - Bien. Llévate a Sterpi. Escríbele y que vena a ayudarte.

Así fue cómo, en octubre de 1895, al término de las vacaciones un día el clérigo Sterpi con las valijas preparadas, se disponía a partir de Gavazzana para el seminario de Stazzano, cuando recibió una tarjeta: "El Obispo te destina para ayudarnos. Te esperamos".

¡Cambiar por lo tanto de dirección! El clérigo Sterpi estaba convencido de que aquello era un servicio de Dios y partió enseguida de regreso a Tortona; se presentó en el Santa Clara, encontró a Don Orione que en aquel momento "vigilaba" ...desde su cátedra para seguir mejor a todos los jóvenes.

"Me acerqué a la cátedra en la que se encontraba. Apenas me vio: - ¡Bien! Llegaste a tiempo. Quédate un poco en la sala: ocupa un 'momento' mi lugar...

VI - El pequeño colegio de San Bernardino

Fue un rayo que atravesó la diócesis a lo largo y a lo ancho, y los aspirantes vinieron desde los valles del Curone, desde la Stáffora, desde el Grue, desde el Borbera; descendían desde las parroquias más aisladas, allá en los montes.

- "Un cura" abrió un colegio para las vocaciones de los pobres...

Esta, palabra más, palabra menos, la noticia que hizo época. Sobre el puente de San Sebastián, don Pablo Cassola, párroco de Monte Capraro, se encontró con un buen hombre preocupado porque su hijo no había sido aceptado en el seminario episcopal; entonces le dijo:

- Hay "un cura"...

Antes que se pusiera el sol, el padre estaba en Tortona hablando con Orione, quien aceptó, siempre para el 15 de octubre, al chico llamado José Rota. LLegaría a ser óptimo párroco de Valdinizza.

Otro muchacho, Crisóstomo Ontano, vino a informarse acerca de las condiciones y a presentar la solicitud: el clérigo director lo acogió con mucha bondad:

- Ya puedes quedarte.

- Pero... tengo que buscar la ropa, en casa.

- No te preocupes, te la mandarán.

Y Ontano se quedó, y perseveró, y fue párroco de Alzano Scrivia.

"La sede del colegio - escribe Sparpaglione - era la casa Stassano arreglada lo mejor posible: en total, siete u ocho habitaciones divididas entre estudio, cocina y dormitorio. La ubicación era de las más tranquilas y pintorescas. El barrio de San Bernardino está claramente separado de la ciudad: un grupo de casas de las cuales la nuestra estaba casi en el centro, dominadas por el viejo convento con sus característico campanario. La carretera provincial, llena de vehículos, carros y carruajes, entraba en Tortona cubierta por una nube de polvo.

"Más allá del pequeño muro que rodeaba el jardín, la bella extensión de los prados y de los huertos hasta el río Scrivia, meta de hermosos paseos; en los días serenos la cuesta alpina con el macizo del Monte Rosa, ligeramente velado por la niebla. De este lado, un curso de agua, la carretera provincial de Génova, algunas casas, otros prados que llegan muy cerca de la colina tortonesa engalanada de viñedos y de villas y coronada en su extremo por las ruinas y la torre del antiguo castillo" <34>.

La casa medía veinticinco metros de frente y tenía planta baja, primero y segundo piso; tenía también un huerto.

En el primer piso se encontraban el estudio y la capilla, y Orione pensaba que los chicos debían comportarse en el estudio casi tan bien como lo hacían en la iglesia.

El comedor se encontraba en una de las habitaciones de los costados, a la derecha del que entraba.

El colegio se abrió puntualmente el 15 de octubre de 1893 <35>.

Como primer acto administrativo, Orione consiguió un registro para las futuras cuentas con columnas y subdivisiones para las entradas y las salidas.

Lo puso sobre una mesa, y lo abrió. No faltaba, en ese gesto, una cierta solemnidad: comenzaba la vida financiera del Instituto. En la primera página, sobre las columnas de las entradas escribió: Divina Providencia; sobre las de las salidas: Divina Providencia.

No tenía una lira en el bolsillo, y de caja, naturalmente, ni se hablaba. Pero el Colegio estaba abierto, y Orione clavó la vista en el crucifijo que tenía delante:

- ¡Ahora nos toca a nosotros!

La realidad consistía por el momento sobre todo en una cosa: sacarle el hambre a alrededor de cuarenta chicos de los cuales una parte provenía de la más extrema miseria, y por lo tanto, estaban desnutridos y necesitaban "reponerse".

Algunas cosas es necesario pensarlas y proyectarlas mucho antes de realizarlas; sin embargo, las cosas se hicieron con brocha gorda. La casa se colmó con una abundancia primitiva, esencial: pan y pasta, que no hacía falta mucho dinero para comprar y que llegaron, en su mayor parte, como regalos de todas partes; pero en particular polenta, polenta, polenta...

La cocina se pobló. Surgió un cocinero. Aparecieron ollas y torteras, carbón y leña para los hornos, y la inicial humareda fue acogida con júbilo. Las primeras sopas parecieron dignas de Vatel, los primeros churrascos tuvieron dignidad de acontecimiento: porque bien pronto también ellos se convirtieron en una rareza, es verdad, pero eran saboreados en proporción directa a su escasez.

Como no había mozos, el "director" en persona servía la mesa y daba ánimos: - Coman, muchachos, pan y pasta hay toda la que quieran. Al mismo tiempo un seminarista, oriundo de Godiasco y uno de los más estimados en el seminario episcopal se había encariñado con aquel pobre refugio y recorría todos los días el camino desde el seminario diocesano hasta San Bernardino. Se llamaba Pablo Albera, llevaba lo que podía: comida, un poco de dinero y especialmente ayudaba de un modo eficaz a Orione. Era "un temperamento enérgico, silencioso y práctico", y estaba siempre dispuesto a cualquier sacrificio: en el seminario era alumno del cuarto curso de teología y prefecto de los alumnos de filosofía.

Tengámoslo en cuenta desde ahora porque un día lo veremos como jefe de los diversos institutos y finalmente empuñando el báculo episcopal.

Los alumnos se adaptaron enseguida a un horario fijo y a una convivencia ordenada. El día comenzaba con la Misa y seguía con el estudio. Orione enseñaba italiano, Albera latín y Arigazzi hacía de asistente.

Parecía mentira que la vida del colegio se hubiera encarrilado tan pronto de un modo tan regular. Además del cocinero había otros servidores que aparecían según las horas y las necesidades y se produjo un importante cambio: las dificultades trajeron alegría, los imprevistos se resolvieron a carcajadas.

Pero si la casa por dentro podría ser definida como "el reino del buen humor", por fuera estaba rodeada de cercos invisibles de atacantes y sitiadores que propagaron en

"Cuando dije la primera misa, le pedí a la Virgen les concediese tres gracias a aquellos que trabajaban conmigo en la Pequeña Obra; tres gracias: pan, paz y paraíso. Y tengo motivos para creer que la Virgen las haya obtenido..." <54>.

"En la primera misa pedí que cuantos de algún modo se habían relacionado conmigo fueran salvados. Debéis saber que Don Bosco, en su primera misa, pidió la eficacia de la palabra, pero yo, os lo digo para gloria de Dios, pedí algo más, es decir, que todos aquellos con los que yo hablara, a los que escribiera, tratara, se volviesen santos. He pedido demasiado, y sin embargo, me parece que el Señor me escucha bastante..." <55>.

Desde entonces el corazón, la mente, la actividad de Don Orione se proyectaron hacia dos fines: obtener más espacio, reunir más personal. lo que se necesitaba sobre todo era un lugarteniente general que se ocupara de todo cuando él debiera ausentarse.

A este sustituto lo imaginará de cuerpo entero: inteligente, sereno, piadoso; generoso en el cumplimiento de su misión; paciente con los muchachos; capaz de tenerlos contentos; en fin, una especie de perfección muy difícil de encontrar en la tierra. Pero, por otra parte, con ese modo tan suyo de pensar, razonaba así: aquí, en nuestro obra, es realmente necesario, pero necesario de veras, contar con un tipo así; y bien, para el Señor mandármelo es más fácil que para mí respirar: por lo tanto, fe, oraciones y sacrificio para obtenerlo.

Un día llama a dos de los mejores muchachos, y les dice:

- ¿Quieren venir en peregrinación a la Virgen del Monte Spineto?

Aceptaron; recorrieron los tres juntos veinticinco kilómetros a pie y en ayunas; los muchachos se habían unido a las intenciones del director, rezaban, caminaban, soportaban el hambre, todo por esas intenciones. Llegaron al pie del Monte Spineto.

Don Orione los hizo entrar en una posada para que tomasen algo caliente antes de iniciar la subida. Al salir, se encontró con el clérigo Carlos Sterpi, que iba a su aldea natal, Gavazzana, donde había muerto su joven hermana Magdalena <56>.

Orione sabía que Sterpi era la mano derecha del Obispo; estudiante de cuarto año de teología, se desempeñaba entonces como prefecto de los jóvenes de la escuela secundaria en el seminario menor de Stazzano y prestaba valiosos servicios; ya desde la época en que Orione pensaba en el "sustituto ideal", se le presentaba la imagen de Carlos Sterpi. Pero todos sabían cuánto deseaba el Obispo que Sterpi permaneciese en su puesto.

Entonces tuvo efecto un diálogo:

- ¿Dónde vas, Orione?

- ¡Eh!... Voy a ver a la Virgen para pedirle una gracia muy grande.

Quien sabe a través de qué misteriosas antenas receptoras, Sterpi comprendió y replicó:

- Mira, si y en cuanto el Obispo lo consienta, iré contigo a ayudarte con tus muchachos.

Don Orione le habló a la Virgen confiándole todo y por el momento el breve

24..." <51>.

Pronto se presentó una inesperada sorpresa para el mismo director Don Orione: había una gran diferencia entre las solicitudes y los lugares disponibles: éstos 110, aquéllas 150.

¿Qué hacer? De nuevo, el corazón siempre generoso de Orione se ensancha y no se resigna a rechazar a 40 muchachos que son como hijos suyos, pues la Providencia ha permitido que se encaminasen hacia él.

El 12 de octubre de 1894 escribe una carta al intendente: "Sería un daño moral y material muy grande para nuestra ciudad, que únicamente por falta de lugares debiera cerrarse la inscripción y por lo tanto rechazar alrededor de 60 jóvenes...".

La respuesta tardó. Se trataba de conceder otros lugares adyacentes, o bien de agrandar el edificio del "Santa Clara", soluciones difíciles de conseguir, especialmente después de las polémicas que mencionamos. Por lo tanto, era necesario esperar. Y Orione, con tal de no dejar abandonados a los postulantes, actuó de un modo provisorio; armando dormitorios en el San Bernardino, y hasta en el seminario diocesano.

Cuando los muchachos que habían vivido en el "San Bernardino" en 1893 se encontraron en la nueva casa, quedaron estupefactos. ¿Cómo había sido posible improvisar tanta amplitud? Uno de ellos, Rota, escribió: "Haber pasado un año en el 'San Bernardino' en lugares estrechos, y ahora ver el amplio patio, los corredores, el salón de estudios generales, el refectorio, los dormitorios, la capilla; el estupor y la maravilla no podían ser mayores... Pero este estupor aumentaba cuando nos encontrábamos frente a tantas caras nuevas, provenientes de pueblos vecinos y lejanos, y no faltaba alguno de una provincia distinta de nuestra Alessandria, por aquel tiempo ya muy grande" <52>.

Y así, con esta formación de cuadros de enseñanza - un poco improvisados, como vimos, pero serios - y con este ordenamiento logístico la nave zarpó... con ciento cincuenta muchachos a bordo.

Primavera de 1895.

El 27 de mayo de 1893, Monseñor Bandi había concedido las órdenes menores al clérigo Orione; el 22 de diciembre de 1894 fue promovido a sub-diácono; el 9 de marzo de 1895 recibió el diaconado, y el 13 de abril, sábado de gloria, se ordenó sacerdote.

El Colegio Santa Clara vivió el día más solemne de su historia, cuando Don Orione celebró su primera misa; y la celebró precisamente allí, en su pequeña capilla, entre sus muchachos, sus "ciento cincuenta", que lo escoltaron ante el Señor en aquel inolvidable "comienzo" de vida <53>.

Lejanas alegrías de la primera ofrenda al Señor, del secreto llamado que había iluminado con una luz especial la infancia de Luis Orione; alegrías de la primera fundación y de su fe inicial en la Providencia: todo cedía frente al goce que se experimentaba en aquel momento: tener en sus propias manos, sintiéndose espiritualizado por un deseo de dulzura, de delicadeza, a Jesús Eucaristía...

¿Qué sentimientos y propósitos abrigó el novel sacerdote, qué "gracia" especial pidió en la primera misa? El mismo reveló en cierto modo aquellos sentimientos, señaló la fuerza y la amplitud de los mismos, recordando en varias circunstancias las "gracias" que había pedido en el primer encuentro con Cristo, como ministro.

Tortona y sus alrededores leyendas y calumnias. Era, decían, una guarida de hambreadores y hambrientos, a la que los padres y las madres habían dado impulso cautelosamente.

Tanto que el 13 de noviembre de 1893, a fuerza de rumores, se hizo presente un "Inspector del Ministerio de Educación" y después de haberlo visitado todo y mientras salía del colegio, ordenó que se cerrara inmediatamente. Según él, el motivo residía en el hecho de que todo el complejo educativo, "no estaba de acuerdo con las exigencias modernas". ¿La fecha de la clausura? Inmediatamente. No podían concederse ni siquiera veinticuatro horas; significaba que cada uno debía tomar sus bártulos y volver a casa.

Sin embargo, el inspector no había contado con el "imprevisto Orionino". Esta vez el "imprevisto" consistió en un simple razonamiento más sutil que el de sus detractores: ante el ataque frontal del inspector, Orione reflexionó: sí, está bien, él, es una autoridad, pero por encima de él, seguramente habrá algún otro.

Se dirigió a Alessandria, se presentó al Inspector General Plinio Pratesi, le contó lo sucedido y le pidió facultades y tiempo para continuar la obra y cumplir con los reglamentos.

El profesor Pratesi aceptó hacer una inspección personalmente y habiendo aconsejado algunos arreglos en las aulas, concedió la autorización para que el colegio continuase funcionando. Y Orione... se animó; con un gesto resuelto se echó el fardo sobre los hombros y continuó con firmeza <36>.

Es verdad que cuando se encontraba con sus pocos colaboradores, las dudas surgían como un espantajo: se miraban a la cara: "¿Cómo hacer?". Lo importante era que los muchachos se sintieran bien y estuvieran tranquilos: pues se hallaban a gusto era necesario que no les asaltasen las dudas.

Un día Albera dijo:

- Veo que aquí hago falta de verdad. Dejo el seminario y vengo a quedarme.

Orione lo miró como se mira algo raro, inverosímil...

- Pero en el seminario lo tienes todo y aquí nada.

No obstante Albera se presentó a Monseñor Novelli, nuevo rector del seminario y le habló de San Bernardino, de los muchachos pobres que llegaban en un estado lastimoso, que eran inteligentes y voluntariosos: - Monseñor - concluyó, - si usted no se opone me traslado allí.

El rector sabía que significaba eso: dejar una vida segura y fácil para arrojarse en la miseria y la incertidumbre. Dijo que sí con lágrimas. Enseguida una nube de flechas de advertencia cayó sobre el pobre Albera desde todas partes: - Estás arruinando tu porvenir... ¡vas a hacinarte en un tugurio!...

A los treinta días de su inauguración, justo en el momento culminante de la controversia mencionada, Albero llegó tranquilamente a San Bernardino. Retomó esta vida con mayor entusiasmo: había venido con varios libros, un hato y una fe orionina en Dios. "Era hijo de un herrero - escribió más tarde Orione - y cuando muchacho sostenía las patas de los caballos para que su padre las herrase... ¡Cuántas veces me ayudó a limpiar, peinar y matar los piojos de los primeros muchachos!" <37>.

Los "primeros muchachos", de los que Albera le había hablado al rector, llegaban Dios sabe cómo y desde qué tugurios y era necesario comenzar desde la higiene. Pero si aquellos pobres chicos eran tratados bien desde el principio, si se los alimentaba, se los limpiaba y vestía y tenían la impresión de encontrarse en Racconigi, en cambio, ¡qué existencia la de los directores! Parecía que su esfuerzo consistiera en esto: concentrar sobre sí todas las penurias para asegurar el bienestar de sus huéspedes. Orione escribirá sobre Albera: "Ha sufrido tanto el hambre, el frío, toda clase de privaciones..." y con ello naturalmente, creerá desviar la atención del frío y el ayuno que él mismo sufría.

Bien pronto reclutó otro "director": el clérigo Arigazzi. Orione fue a verlo al seminario en noviembre y le dijo:

- Ven conmigo a la capilla.

Cuando estuvieron allí, le sugirió:

- Digamos el Te Deum.

Arigazzi se sorprendió de la iniciativa y, contará él mismo muchos años después, "no entendía la razón, estaba sorprendido".

Concluido el Te Deum Orione explicó a su amigo:

- ¡Tengo el permiso del obispo para que vengas a trabajar conmigo en "mi colegio"! <38>.

¿Qué pasaba con los muchachos? Convertirse en muchachos como ellos... parecía que todo se reducía a eso; en realidad: paciencia, paciencia, no cambiar de humor, y sacrificio, sacrificio... En los primeros tiempos había quien decía: "el colegio es la representación del hambre, el frío y la inestabilidad..." <39>, y los mismos muchachos repetían el estribillo, como una diversión; entre tanto Orione carecía de cama, dormía tirado junto a la estufa o en la tarima del altar <40>.

Pero, al mismo tiempo, se daba un hecho innegable, una sustancia viva en el instituto recién nacido: una gran fe. Quien llegaba allí no podía escapar: José Perosi, padre de Lorenzo, prohibió en un principio a su hijo Marzano frecuentar el colegio, diciendo: "No puede ser una cosa seria" <41>. Muy pronto se lo vio frecuentar la casa siempre puntual: llegaba al mediodía, mientras los "hambrientos", sentados a la mesa, devoraban la polenta entre risas y alborotos; entonces él, para tranquilizarlos, les leía; y tan bien lo hacía que los chicos poco a poco se aquietaban y le prestaban atención.

Por su parte Orione seguía siendo más que nunca un "volcán"; parecía que las ideas brotaban como lava y fuego; no eran las ideas gratuitas de un intelectual inactivo, sino proyectos que parecían en su mayor parte utópicos, pero que en realidad, pensándolo bien, eran posibles. Su secreto frente a los niños seguía siendo siempre el mismo: a los muchachos hacerlos rezar y tenerlos contentos. Después de las oraciones venía una algarabía despreocupada, el cocinero Brighenti, frente a todos, en el estudio del "director", le cortaba la nariz a Miguel y se la colocaba de nuevo, le hacía comer mucho género y le hacía devolver una cinta que no terminaba nunca: desaparecía un reloj y todos a buscarlo: y de pronto Brighenti abre una papa y ahí está <42>.

Orione y Albera reían más fuerte que los otros. ¡Y durante el día la inmensa alegría de recorrer los bosques a lo largo del Scrivia! Jugar a la bandera, a la barrera libre; dos equipos: a la cabeza de uno, Orione, a la cabeza del otro, Albera. Victorias y derrotas

profesor en el Colegio Divina Providencia del Divo Orione". El 22 de setiembre polemiza con mayor aspereza contra otro periódico local: "La Bandera Católica":

"A dónde apuntan los nobles fanáticos. "La Bandera Católica" se las toma con nosotros porque hemos referido que un curita, en fiesta clerical, en presencia de algunos señores, había exhortado calurosamente a éstos y a todos los ricos a unirse con los curas para inculcar la religión entre los pobres, considerando que es éste un medio poderoso para mantener en pie la jauja de los ricos consistente en vivir del trabajo ajeno: esto, en resumen, es lo que quisimos decir en aquel inocuo entremés de crónica. Pero "La Bandera", sin tener en cuenta nuestro concepto (y esto significa que cuanto hemos referido es la pura verdad) nos acusa de haber insultado bajamente con nuestro artículo al venerable eclesiástico Luis Orione, imitador de Don Bosco, un noble fanático hacia el cual Tortona guarda un elevado sentimiento de gratitud...

"A nosotros nos importa poco el autor del alegre discursito, pero ya que "La Bandera" lo ha puesto en el baile, hagámoslo bailar..." <50>.

Las autoridades escolares no participaban de un espíritu tan sectario. Y en particular el profesor Pratesi, supervisor de estudios, se mostraba enérgico, justo y verdaderamente honesto. Hacía un año que conocía a Luis Orione, a quien juzgaba valioso y generoso; por eso intervenía, paternal y al mismo tiempo inflexible, dando consejos y directivas. Por otra parte, advertía que todas las iniciativas sufren altibajos en sus primeros momentos.

En sus inicios, la obra orionina encontró en él, prácticamente, un sostén determinante. El 15 de octubre convocó a Don Orione a Alessandria para acordar el programa de estudios, y muchos detalles complementarios: era necesario empezar bien, en concordancia plena con las disposiciones jurídicas y las fórmulas burocráticas.

Sin embargo, en lo más íntimo, el supervisor, hombre sutil, no confiaba tanto en una observancia rígida de las reglas, por muy sabias que fueran, cuanto en el valor personal del clérigo Orione, que había intuido.

De tal modo, después del 15 de octubre, el Colegio de Santa Clara se abrió con 110 puestos para alumnos internos; podemos por lo tanto, hablar de Colegio, y no ya de Pequeño Colegio. "El Despertar" había anunciado ya desde el 30 de setiembre, con gran júbilo, el acontecimiento:

"En el próximo mes de octubre se abrirá en Tortona un Colegio Convictorio Paternal en favor de la juventud estudiosa. El edificio, restaurado para servir como instituto de educación, la salubridad del clima, lo módico de la cuota, no dejan nada que desear.

"La enseñanza abarca los últimos cursos de la escuela primaria y los de la secundaria. Las materias y disciplinas escolares, en todas las ramas de la instrucción, están de acuerdo con los programas y reglamentos del Estado. La educación es impartida por sacerdotes del Colegio, y especialmente por el Reverendo Luis Orione, su fundador y director.

"Los padres que quieran estar seguros de la instrucción y la educación moral y religiosa de sus hijos, no busquen otros colegios, donde la religión fue dejada de lado y en cuyas aulas pueden encontrarse siempre maestros religiosos.

Las pensiones del nuevo internado son dos: una de 32 liras por mes y otra de

partido de los pincettianos que tan abiertamente se estrechan manos y pies con el partido clerical papista intransigente".

No obstante las encendidas llamaradas de "La Linterna", el trato llegó a buen puerto y el consejo comunal estableció en 900 liras el canon anual del alquiler del Santa Clara, pagable por semestres anticipados.

Por su parte Don Orione, queriendo evitar cualquier crítica financiera que pudiera dirigirse contra la junta y el concejo que le habían concedido el alquiler, escribió al intendente con fecha 12 de julio de 1894, que ofrecía espontáneamente, como canon, no las 900 liras establecidas, sino 1.100. A pesar de lo cual "La Linterna", rápida como un rayo, auguró que el arreglo no llegaría a concretarse, y que a Tortona se le ahorraría "el deshonor de que nuevos Jesuitas vinieran a plantar allí sus tiendas".

¡Ay de la luminosa "Linterna"! Entonces, el 22 de julio de 1894, el Prefecto Garrone otorgó facultades para concretar el alquiler, y desde el municipio de Tortona se le transmitió la noticia a Don Orione <48>.

Este, desbordante de alegría, tomó la pluma y escribió a su Obispo:

"Venerado Padre, ¡Dios ha triunfado! Después de mucho luchar y mucho rezar, nuestro Señor, para confusión de los enemigos de la Divina Providencia, ha querido que el diablo me instalase en el Colegio".

No se le debían ahorrar al Obispo los detalles: hélos aquí pues, en gran cantidad y con mucha precisión: "El sub-prefecto se había lavado las manos, el prefecto no quería aprobar, nuestros franc-masones y profesores y socialistas recurrieron a Crispi y a Baccelli para que anularan el contrato de locación. El inspector fue enviado por el gobierno para visitar el local, y lo recorrió con el metro en la mano. Todo parecía perdido, cuando la Virgen, mi querida Virgen que jamás me ha abandonado, ni a mí ni a mis pobres hijos, y la bondad y la gran misericordia de Nuestro Señor, no tuvieron en cuenta todos mis pecados, origen de todos los males, vinieron en mi ayuda y me consolaron.

"Desde el ministerio se le envió al prefecto un telegrama en el cual se le ordenaba no interponer obstáculos; el Señor y la Virgen triunfaban, así, y hacían que el mismo Crispi fuese el instrumento de su gran misericordia hacia nosotros. Hoy, 25 de julio, el Municipio me comunica la plena aprobación del prefecto, y me promete que inmediatamente se pondrán manos a la obra para iniciar las reformas.

"Mientras estoy aquí llorando frente a mi querida Virgen, ya sus pies le pido gracia y fuerza para comenzar a trabajar para el Señor, quiera usted, Venerado Padre, darnos la bendición..." <49>.

En los primeros días de agosto, "El Despertar", semanario católico diocesano, se regocijaba con el triunfo: ¡Don Orione! tenía ya para su nuevo instituto ciento cincuenta solicitudes!... ¡Qué gran paso había dado en un año! El contrato de alquiler se firmó el 16 de agosto entre Don Orione y G. Canegallo, representante del municipio, y fue refrendado por el sub-prefecto Re, mientras "La Linterna" lanzaba más dardos que nunca, con un pequeño artículo del 1º de setiembre de 1894: "El sonoro "Despertar", a fuerza de inflar a este Orione, terminará por hacerlo reventar, y entonces ¡adiós "Colegio Providencia" y propaganda en favor del Papa-Rey!"; y de nuevo el 7 de setiembre: " 'Despertar de los cuervos' nos regala con los epítetos de asnos e imbéciles: nosotros les decimos que estos títulos son absolutamente indispensables para quien quiera ocupar el puesto de

eran comentadas, discutidas incluso a la vuelta, a la hora de la cena; y muy a menudo se repetía la "toma del castillo". Trepados allá arriba, no faltaba el momento de las grandes inspiraciones que engrandecían el espíritu: Orione, sentado sobre una roca y rodeado de todas aquellas bocas abiertas, contaba el asedio de Barbarroja y la defensa heroica, luego discurría a través de los siglos, hablaba de otras armas y otras victorias y la Historia en grande pasaba así con su esplendente majestad por las pequeñas mentes.

Pero cuando se jugaba, se jugaba. Si había algún chico retraído, Orione lo estimulaba a mezclarse con los demás, y tal era su particular manera de comprender y valorar a los muchachos sin que ellos lo advirtiesen y de estudiar en ellos la actitud asociativa, adivinando las posibilidades sociales del hombre de mañana. En ese sentido intervenía con firmeza para suscitar el gusto por la participación en la vida y en la recreación en común, cuando ésta se encontraba moribunda o en estado embrionario.

Luego, cuando el enjambre tomaba parte en alguna ceremonia solemne, eran precisamente ellos, los muchachos orioninos, bajo la dirección de José Perosi, quienes representaban la alegría y la frescura de la infancia y la adolescencia: cantaban en la iglesia, mezclando sus voces límpidas con la liturgia grave, solemne de los prelados de la curia y los canónigos. El pueblo le estaba agradecido a Orione por haber creado ese conjunto de voces armoniosas <43>.

Pero los estudios debían ser serios. Desde los primeros tiempos Orione trató de apoyarse en un estudioso que gozaba de gran prestigio en Tortona; el sacerdote profesor Ambrosio Gatti, por entonces jubilado pero que había asumido importantes tareas en todos los niveles del campo escolar; sin embargo su éxito fue sólo parcial: Gatti no aceptó la dirección, sino una supervisión provisoria. Orione se las arregló solo redactando un programa escolar en el cual ya se insinuaban sistemas y orientaciones futuras <44>.

El método didáctico fue el llamado cristiano-paterno: "Adoptamos el sistema de educación cristiana utilizado con tanta felicidad por el santo Don Bosco, mi confesor y padre en Cristo, método sabio, llamado "sistema preventivo", que queremos practicar escrupulosamente para ejercer una influencia eficaz sobre el corazón de nuestros alumnos. Pero este plan no lo dice todo, no me parece completo, ya no es suficiente, o no es cabalmente realizado por todos. A nuestro sistema lo llamaremos "paterno cristiano": hacerse amar antes que hacerse temer, obtenerlo todo por amor y nada por la fuerza, ¡hacerse amar en Jesucristo para hacerse temer! El Evangelio es el tratado de pedagogía y de didáctica más sublime que existe..." <45>.

Entre tanto para arrancar la melancolía de los corazones juveniles los reunió desde la primera noche en la capilla, alrededor de la imagen de la Virgen, y todos cantaron la alabanza de San Alfonso a María; así fue cómo el himno tuvo resonancia desde entonces en la "Pequeña Casa de la Divina Providencia" <46>.

<34> Memorial G. Rota, B. 8; F. Milanese, 2. IV; L. Mietta, 11. III; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 99 y s. <35> Sparpaglione, "Don Orione", pág. 61. <36> Memorial G. Rota, B. 8. <37> Discursos de Don Orione: 5.10.1917; 18.1.1931; 16.9.1934; memorial C. Sterpi, 1. I. <38> Memorial D. Arigazzi, 11. III. <39>, <40>, <41> Memorial Marciano Perosi, A. 7, págs. 915 y s; "La Pequeña Obra", junio de 1926; memorial G. Ontano, 1. II. <42>, <43> Memorial G. Rota, B. 8; A. Moglia, 24, 1, A. 7, pág.285; C. Ontano, 1. II. <44> Delegado Provincial de Enseñanza de Turín; fundador del Colegio Nacional, Delegado de Cremona, Como y otros lugares; Superintendente escolar en Tortona; miembro de numerosas instituciones culturales, amigo de Rosmini; corresponsal de Manzoni,

Lambruschini, R. Bonghi y otros insignes hombres de su tiempo. Fas. 40-205; D. Sparpaglione, "Don Orione", pág. 279. <45> "Cartas de Don Orione", vol. 1, págs. 241, 371 y ss. <46> Memorial G. Rota, B. 8, 24. I.

VII - El Colegio "Santa Clara"

Las semanas transcurrieron y los ingresos se multiplicaban, el corazón de Orione no sabía decir que no.

Sobre todo después que fueron recogidos también los muchachos pobres que sólo deseaban estudiar, las solicitudes aumentaron de tal modo que pareció oportuno buscar una nueva casa.

En Tortona, en la calle Emilia, donde ahora está el palacio Frascaroli, existía en 1894 un viejo convento abandonado, dedicado en sus buenos tiempos a Santa Clara.

Habiendo sido suprimida la comunidad por Napoleón en 1801, había sido asignado por el rey de Cerdeña como cuartel para un cuerpo de infantería de paso por Tortona, y más tarde, abandonado, se había convertido en propiedad del municipio.

Cada vez que pasaba por delante del edificio, Orione se detenía y tomaba las medidas con la mirada... ¡Cuántas habitaciones, qué espacio! ¡Poder tenerlo, reformarlo, volver a habitarlo! <47>.

Después de aquella especie de alucinación, retomaba el camino sin entusiasmo. Pero las depresiones de Orione tenían un carácter especial, muy diferente de las comunes. Cuando se cumplió el año de alquiler del San Bernardino, fue a ver al intendente y le presentó una solicitud, fechada el 4 de mayo de 1894, para obtener la enorme casa. El 12 de junio la junta recibió el pedido y solicitó la decisión última al consejo comunal...

Entró en danza, entonces, el diario socialista tortonés "La linterna", gran adversario del diario diocesano "El despertar"; entre los dos semanarios se encendió una polémica que debió ser irritante para los protagonistas. "El abogado Pincetti - escribió La Linterna el 23 de junio de 1894 - se ha coaligado con Bandi: ¡el gran pacto está escrito allá arriba!" (Pincetti era un encendido liberal y Bandi, como sabemos era el fuerte Obispo de Tortona).

"La unión entre la curia y los pincettianos, iniciada hace tiempo, es ya un hecho consumado y confirmado por la doble promesa del subsidio a la procesión de la Santa Cruz y más aún por el alquiler (sic) de los locales del convento de Santa Clara, propiedad de la comuna, a un tal Don Orione, gerente de una camarilla clerical, para hacer un colegio de curas...".

El articulista pronosticaba: "...Finalmente desaparecerán todos los equívocos y las tergiversaciones y en Tortona tendremos también esa división neta de los partidos que habrá de permitir a los dos campos mirarse a la cara en lugar de atacarse por la espalda...

"Finalmente tendremos de un lado a todo el conservadorismo, católico, cívico e indiferente que reconocerá la jefatura del clero, centro y eje de todo privilegio y representante legítimo del papado; del otro tendremos a todo el liberalismo puro en sus varios matices, unido en torno de un fin y una bandera común que representa el futuro.

"Nos picará luego la curiosidad por saber qué representa en este asunto nuestro honorable Canegallo. El, que llamó al Vaticano enemigo de Italia, es el jefe moral del

XI - La década trágica en Italia: 1890-1900

Por lo tanto, tres directivas para la joven Congregación. De las tres, ya se han concretado plenamente: a) la formación espiritual y los estudios de los niños y muchachos pobres, desde la escuela primaria hasta la Universidad... (Santa Clara - el grupo de estudiantes de Turín); b) la formación espiritual y el adiestramiento técnico agrario de los otros muchachos pobres, no dedicados a los estudios, por medio de las colonias agrícolas (Mornico Losana y otros centros que veremos surgir precisamente en este fin de siglo); c) respecto a los "eremitorios", los veremos surgir muy pronto.

Mientras tanto, otras iniciativas, otras llamadas se concretan en los años 1898 y 1899 (colegio diocesano "San Luis" en Noto, Sicilia, por invitación del Obispo de Noto, Monseñor Giovanni Blandini; colegio San Rómulo en San Reno, pedido por Monseñor Daffra, Obispo de Ventimiglia; de estas dos obras hablaremos enseguida). El desarrollo de la Congregación se muestra intenso y está apuntalado por el gran corazón del fundador y late a su compás.

Para comprender cabalmente el valor de este conjunto de obras es más necesario que nunca considerarlas, como ya lo hicimos, en el ambiente ideológico y político en que surgieron y se afirmaron. Encuadrarlas, por tanto, en la Italia de aquellos años, con la finalidad de dar cuenta: 1) de las dificultades entre las cuales se desarrollaron y lograron consolidarse; 2) del extraordinario sentido de la oportunidad que las caracterizó.

La Italia de fin de siglo se encontró bajo el diluvio del anticlericalismo y, al mismo tiempo, de varias insurrecciones populares dramáticas y sangrientas.

En este clima, tempestuoso durante el último decenio del siglo, Don Orione inició su obra; y debe inducirnos a una profunda meditación el hecho de que las tres fechas de nacimiento y de primer crecimiento para los Hijos de la Divina Providencia, 1893, 1894-95 y 1898, coincidan exactamente con los tres momentos más convulsivos y sangrientos en la Italia de entonces.

la sociedad liberal-masónica quería acorralar a Cristo y atacaba violentamente al cura, pero no concretaba las urgentes reformas sociales, ni la compulsiva necesidad de mejorar la vida miserable de las clases trabajadoras. A esta sociedad, Don Orione le llevó la respuesta de Jesús, creando una obra de amor y paz cuya finalidad él mismo expone:

"Nacida para los pobres, para alcanzar su objetivo (la Pequeña Obra) planta sus tiendas en los centros obreros, preferentemente en los barrios y suburbios más miserables, al margen de las grandes ciudades industriales, y vive, pequeña y pobre, entre los pequeños y los pobres... Va hacia el pueblo más que con la palabra con el ejemplo y el holocausto de una vida día y noche inmolada con Cristo al amor y la salvación de los hermanos... Su campo es la caridad, aunque no excluye la verdad y la justicia, sino que realiza la verdad y la justicia en la caridad. La Pequeña Obra quiere servir con amor. Con la ayuda de Dios, se propone realizar prácticamente las obras de misericordia para alivio moral y material de los miserables... Su lema es "Charitas Christi urget nos" de San Pablo y su programa el dantesco "Nuestra caridad no cierra puertas...". Por tanto, recoge y abraza a cuantos tienen un dolor, pero no tienen quién les dé un pan,

senderos de su verdad (...), y no se nos puede tachar de hiperbólicos si vaticinamos que quien hoy es vencedor de los católicos será vencido mañana por los socialistas (...) El liberalismo que hoy goza con los ocios y las voluptosidades del poder será puesto en la picota en mayor medida que los católicos humillados y derrotados... ¿Y quién sabe si entonces no tendrán que reconocer todos que la derrota de los católicos fue un acierto de la Providencia para salvarlos?" <58>.

Partiendo de tales presupuestos, los católicos militantes debían abstenerse de participar en las elecciones. Ello no significaba, sin embargo, que permaneciesen inactivos; al contrario, debían crear amplios movimientos asociativos, de previsión, de caridad, para responder socialmente al llamado evangélico. En la práctica, la vastedad y variedad de las organizaciones católicas debía incluir a todos los sectores del quehacer nacional y llevarles los auxilios y el impulso necesarios para el mejoramiento y la renovación deseados.

Tan importante era coordinar todos esos movimientos como impulsarlos armoniosamente. Tarea ardua que obligó a los exponentes de los diversos sectores a encontrarse, intercambiar ideas y proyectos; de esta necesidad surgió, como veremos, la "Obra de los Congresos Católicos".

La Obra tuvo su primera preparación en el Congreso de los católicos italianos, realizado en Venecia en 1874. En aquella primera reunión no se trata de instituir una Obra de carácter permanente, sino más bien de una amplia consulta respecto a las necesidades del ambiente católico y a los medios ya existentes: se pasó revista a urgencias y posibilidades concretas en la cultura. Se reconoció sustancialmente la necesidad de "actuar" y en primer lugar de reforzar las asociaciones ya existentes, crear nuevas y extender a todos los sectores de la comunidad civil la actividad de la misma asociación.

El resultado al que se llegó fue, como dijimos, una rigurosa afirmación de la asociación basada en un primer balance de fuerzas y posibilidades. "Católicos - dijo José Sacchetti -, recemos a Dios para que la revolución muera mañana, pero luego trabajemos como si debiese vivir para siempre".

El segundo Congreso se realizó el año siguiente en Florencia y confirmó la decisión de que la Obra tuviera un carácter permanente. Se decidió que los Congresos se realizarían periódicamente y en forma estable; se creó una red de comités parroquiales, diocesanos, centralizados por el Comité Central Permanente. Se aprobó el "programa de acción" constante de la Obra, programa de lucha que transformaba la actitud de espera de los católicos en actitud de acción: "Como católicos y como ciudadanos - proclamó entonces Sacchetti - nos serviremos de todos los medios legales para oponernos y protegernos gradualmente, con firmeza y constancia, de tal diluvio de males". Y explicando mejor el nuevo método, declaró que era necesario usufructuar la legalidad para librar la gran batalla. Así, en un llamado a los sostenedores del Estado liberal, decía: "¿Incluyeron ustedes en sus leyes la libertad de prensa? Nosotros aprovecharemos esta libertad. ¿Proclamaron la libertad de pensamiento y palabra? Usaremos del pensamiento y la palabra. ¿Reconocieron el derecho de libre asociación y de reunión? Y aquí estamos, reunidos y asociados. ¿Nos concedieron la facultad de petición, o sea, de invocar justicia y equidad? Nosotros nos serviremos de la petición para reivindicar nuestros derechos y pedirles todas las libertades que ustedes persisten en negarnos".

En esencia, una pacífica, disciplinada contrarrevolución legal católica contra la

"revolución" liberal.

Desde 1875 a 1889 la Obra tuvo su centro en Boloña y sus miembros dirigentes fueron boloñeses y vénetos: el carácter que se afirmó más netamente durante los años iniciales fue la inmediata y multiforme participación caritativa en los sufrimientos de la sociedad, sobre todo los de las clases pobres y trabajadoras. Puesto que las industrias, revolucionando jerarquías sociales y repartos de ingresos y réditos habían creado nuevos organismos sociales, los "patrones" de la industria estaban obligados a mostrar equidad, solidaridad con los obreros: "Cuando las clases sometidas vean que quienes las dirigen son cristianos honestos que reconocen sus deberes, dedicados a ayudarlos, soportarán con mayor resignación, porque tendrán confianza en el porvenir...".

A partir de ese momento surgió una red de instituciones sociales en favor de los trabajadores industriales y agrícolas, sociedades de socorro mutuo, cooperativas rurales, que constituyeron, en el decenio 1870-1880, el principal punto de apoyo para los mismos trabajadores. Sin embargo, aún no había nacido el criterio de una organización obrera sindical apta para dirimir la controversia entre el trabajo y el capital. De todos modos la "Civiltá Cattolica" reconoció desde 1880 el derecho de huelga.

Entre 1878 y 1882 renunciaron: el presidente Acquaderni, Rubbiani, Flandoli, Sassoli-Tomba; se eclipsaba así el grupo boloñés y adquirían mayor relieve los venecianos dirigidos por Paganuzzi, mientras mantenían su importancia de siempre figuras de Medolago-Albani, Sacchetti, y luego, con el máximo empuje, Toniolo; hasta que sube a la presidencia de la Obra el conde Paganuzzi, en 1889. Paganuzzi se mantuvo en la presidencia durante trece años.

Fueron los años más activos de la Obra, caracterizados por directivas precisas y de gran aliento. Las orientaciones del Pontificado de León XIII referidas a la cuestión italiana, se sostuvieron y desarrollaron sin alteraciones sustanciales; consistían, como expresamos, en dos grandes líneas: a) ninguna concesión en el campo político en lo relativo a las relaciones con el estado italiano, en particular la cuestión romana; b) creciente apertura en el campo social, con intereses cada vez más intensos hacia los desheredados y los trabajadores.

La primera directiva continuó manifestándose en la vigencia del "non expedit", mantenido rigurosamente a pesar de los fermentos que se alzaban aquí y allá en favor de una "conciliación" entre la Iglesia y el Estado, que hubiera hecho posible la participación de los católicos en las elecciones. Fermentos que desembocarán un día, recogidos y potenciados por Rómulo Murri, en la "democracia cristiana" por él propuesta. Hacia 1888, año del jubileo sacerdotal de León XIII, se auspició, especialmente hacia la fecha del acontecimiento pontificio, el acuerdo entre la Iglesia y el Estado; el mismo Pontífice parecía no oponerse a tal evento, pero más tarde fue inducido por presiones, hoy difíciles de reconstruir, a una actitud intransigente. De tal modo, continuó teniendo vigencia para los católicos el "non expedit" y la fórmula "ni electos ni electores".

Con respecto al segundo punto, es decir, el creciente interés hacia la cuestión social, se advirtió una organización cada vez más amplia y eficiente de los católicos en favor de las clases pobres y trabajadoras de la tierra y de la industria. En especial las sociedades católicas obreras, y las cajas rurales se multiplicaron, produciendo resultados satisfactorios; se hizo frente, más que nunca, al problema de la edificación rural, absolutamente inadecuada para las exigencias de la civilización moderna, el problema de los alquileres, de los impuestos, del urbanismo y de las malsanas aglomeraciones

págs. 65 y ss. <66> "Vuestra permanencia allí es una enorme gracia para la formación de nuestra familia. Siento que debo desconfiar en todo de mí, pero no de la causa y por eso afrontaré todos los obstáculos, mirando al Señor y amando sólo al Señor, en todas las cosas. Pero soy pecador, y es muy fácil que caiga, por eso rogad que no arruine la obra santa de la Divina Providencia. Adiós, una vez más, mi queridísimo Goggi. Te encomiendo de nuevo, con toda mi alma, a nuestros queridos hermanos, aunque sé que tú eres un santo y aunque sienta que tengo mucho que aprender de ti; pero es el corazón quien habla y sabrás compadecerte de mí. Fórmate pues, soldado fuertes y generosos...".

Y después escribía a la Comunidad: "Que la grande y divina caridad de Jesús os transforme en un grupo de santos, pobres de cuanto la juventud del mundo busca, pobres de cuanto signifique el mundo, pero ricos de algo: de la caridad de Jesucristo. La ciencia puede favorecernos pero también envanecernos. Creo que ofreciendo al mundo veinte o treinta hombres llenos de caridad, le daremos un aliciente y renovaremos la sociedad, especialmente la juventud, que vive más con el corazón y con el sentimiento que con la mente..." ("Don Gaspare Goggi", Roma 1960, pp. 66- 67). <67> "Don Gaspar Goggi", Roma 1960, págs. 68-69. <68> "Don Gaspar Goggi", Roma 1960, págs. 70, 81, 83, 89. <69> "Don Carlos Sterpi", Roma 1961, pág. 129. <70> Fasc. Colonias Agrícolas, 50-247.

consiguiente, bien venida sea la palabra de renovación en Cristo en su voz.

De esta restauración, una parte importante corresponderá al mejoramiento de las condiciones a favor de un campesinado obligado a dejar su tierra para ganarse la vida en otros países. "El campesino pobre - escribía Don Orione refiriéndose en especial a los trabajadores rurales de Calabria y a los del Sur, en general - que, emigrando, deja con la amarga ansiedad de la añoranza nuestra patria, va a poblar la sucia bodega de los barcos para buscar en suelo extranjero, en la lejana América, una mejor condición de vida, un trabajo menos insoportable y más remunerado, pero sucumbe a menudo víctima de torpes traficantes de carne humana, de agentes ambiciosos y sin conciencia que, con la única finalidad de la especulación lo arrancan de la vida de los campos paternos para sacrificarlo muchas veces a una vida peor de penurias y miserias.

"Y bien, plantemos aquí, en nuestra tierra, tan fuerte y fecunda, las colonias agrícolas.

"No debemos conformarnos con la emoción estéril y fugaz, sino poner manos a la obra.

"recoger a los hijos del pueblo y procurar que les sean impartidos, además de la educación cristiana, todos aquellos conocimientos técnicos profesionales necesarios para formar un campesino sabio o un administrador rural" <70>.

<62> Don Gaspare Goggi es Siervo de Dios y su causa de beatificación se encuentra en las Sagradas Congregaciones romanas. Nació en Pozzolo Formigaro (Alejandría) en 1877, vivió con su familia desde 1885 en Béttole de Tortona. Cursó la escuela primaria y la secundaria en Tortona (1887-1894). Aquí conoció en 1892 al clérigo Orione, quien se hallaba abocado al Oratorio Festivo y que le fijó un plan de estudios y de preparación eclesiástica: "Primero profesor, después sacerdote". Se convirtió en sacerdote en setiembre de 1903, formó parte del Consejo de la Obra y en agosto de 1904 fue designado rector de la iglesia de Santa Ana en el Vaticano. Murió prematuramente el 4 de agosto de 1904. Humanamente hablando, constituyó una pérdida sumamente grave para Don Orione y la Congregación. Inteligente, de trato señorial, rico en prudencia y piedad, bien preparado en sus estudios, podría pensarse que sería, como Don Sterpi, columna de la Obra en el campo de la cultura y la formación eclesiástico-religiosa de sus miembros.

<63> Cualesquiera sean las pruebas a que la bondad de Dios quiera someternos, no dejarán de llevarnos a los pies de la Cruz, y la Cruz nos llevará a los brazos de Cristo. Dios quiere probar nuestra confianza y esperanza; Dios quiere probar nuestro amor por él; ¡y nos ofrece la Cruz! Abracemos la Cruz. Hoy, mañana, cuando el Señor quiera ofrecérnosla, no la arrojemos a tierra sino apretémosla contra nuestro corazón, bañémosla con nuestro llanto y nuestra sangre: es el Señor que nos ama.

Las virtudes cristianas son despreciadas. Queridos hijos, honradlas en vosotros. Colocad a Jesucristo en medio de vuestras almas como en un trono. Queridos hijos, ¿queréis seguirme? Hoy comienzo. ¡Viva Jesucristo! ¡La caridad de Jesucristo dominará al mundo!...

Tened fe y coraje...; fe en la ayuda que os dará el Señor y esperanza fuerte en Dios; coraje grande para reformaros a vosotros mismos y para formaros totalmente en Dios, ya que lo demás no significa nada..." (Carta del 14.3.1897). <64> "Don Gaspar Goggi", Roma 1960, págs. 50 y ss y 70 y ss. <65> "Don Gaspar Goggi", Roma 1960,

ciudadanas, de la desocupación urbana, etc. Centro de estas intensas actividades fueron especialmente el Véneto y Lombardía; y en orden decreciente también el Piamonte, algunas partes de la Emilia, la Toscana, la Umbría, Roma... La Italia meridional permaneció casi ajena a muchas de estas actividades y careció casi por completo de comités parroquiales, limitándose a constituir sólo algunos comités diocesanos.

En la oscuridad de este mundo, pleno de pensamientos y sentimientos nuevos, de nuevas prácticas y de escabrosas dificultades, a semejanza del sol que rasga en un instante nubes y niebla, apareció la "Rerum Novarum".

El reino de la justicia social y la caridad se hacía evidente, enfatizado por las páginas de la Encíclica, y la compleja orientación del pontificado de León XIII resplandecía ahora a plena luz; como dijimos: intransigencia política frente a la "usurpación"; gran apertura social.

Al concluir el siglo León XIII entenderá aquella intransigencia política de un modo muy distinto.

En este ambiente, entre 1890 y el fin del siglo, respiraban también los católicos de Tortona - los verdaderos -, comenzando por el Obispo Monseñor Bandi, que luchaba por una fidelidad integral al Papa: inflexible como la hoja de un cuchillo, incapaz de doblegarse por debilidad o temor, surgía como símbolo de la meditada y equilibrada intransigencia con la que los católicos de entonces se sentían identificados.

Y la misma atmósfera respiró, a pleno pulmón, el clérigo Orione. En su primera personalidad encontramos similares aspectos: intransigencia política, ilimitado compromiso social. Era un tiempo de controversias y discusiones interminables: la necesidad misma de reencontrarse, conocerse y aclarar juntos miles de cuestiones vitales inducía a los católicos a examinarlo todo, a poner todo sobre la mesa y a analizarlo nuevamente... Pero el asunto es que el clérigo Orione quemó las etapas, cortó abruptamente con la hojarasca de las discusiones; no le gustaba tomar parte en ellas y fue derecho al grano: socorrer, organizar, acoger, dar de comer al hambriento, educar, instruir, enseñar los oficios y el arte de cultivar, ...y sobre todo enseñar a Cristo.

<58> "Nuestras derrotas", en "La Civiltá Cattolica", 1876, Vol. X, novena serie, pág. 16.

IX - Los tres caminos de Luis Orione

Ya en 1894, y con respecto a la enseñanza en el Colegio San Bernardino, el inspector Pratesi había enviado al Prefecto de Alessandria un informe favorable. Durante el curso escolar de 1894-95 se pronunció también en sentido positivo.

Las buenas impresiones de Pratesi correspondían a una realidad en ebullición. Orione vivía el propio instituto de un modo y en una medida nuevos, según un compromiso que lo inducía a "comprenderlo", a orientarlo como un padre comprende y orienta a un hijo. De día, y muy a menudo de noche, durante las oraciones o en la vigilia, pensaba en aquella criatura viva, múltiple, maravillosamente activa en tantas almas, y dicho pensamiento lo sostenía y lo consumaba; además, había una fuerza que lo completaba todo: las circunstancias externas. Las mismas se insertaban en una forma y una medida inesperadas, con ritmo prodigioso, en el pensamiento y en la obra del fundador. Había una sincronía que, en ciertos momentos, hubiera podido darle vértigo. Las solicitudes se presentaban inesperadamente, sorpresivamente, desde lejos: ¿quién hubiera pensado jamás que Obispos de otras diócesis, inclusive del último rincón de la península, ofrecieran casas y pidiesen la presencia de Orione y de los orioninos? También eso sucede, pronto lo diremos. ¿Quién había difundido lo del "curita", como decía "La Linterna", y lo de su pequeño colegio de hambrientos por los cuatro puntos cardinales de Italia?

La sincronía de que hablamos era uno de los ejemplos más eficaces de éxito, de "fermento", entre un fundador y su obra. Orione "sentía" entre sus manos el fermento de la criatura viva que plasmaba,advertía la exigencia y la posibilidad de crecimiento que ella denunciaba o preanunciaba; en muchos casos, directamente presentía su desarrollo.

La primera cuestión de que tuvo conciencia fue la insuficiencia del mismo "Santa Clara": ciento cincuenta jóvenes muy ordenaditos, encajonados en un local que ya no era suficiente para albergarlos. Pero había otra insuficiencia, de carácter interior, que residía en la necesidad misma de la Obra, que tenía la posibilidad, el derecho, el deber de extenderse. Era necesario abrir otros caminos hacia el mundo, y más allá del mundo. ¿Qué hubieran hecho los "hijitos" en el momento en que debieran abandonar el Santa Clara? Un enjambre inmaduro por los caminos de la sociedad, eso sería todo, ¿y con qué se hubieran encontrado esas almas cinceladas con tanto amor?

Pero el problema era aún más profundo: Orione concebía a los alumnos no solamente como cápsulas absorbentes, como engranajes receptivos, sino más bien como centros irradiantes: debían recibir, pero también dar; sobre todo, y ante todo, hacer su contribución, en la mejor medida posible, a la gran máquina humana. Pero, ¿qué energías hubieran podido aportar los pobres jovencitos provistos de su certificado de primaria?

La batalla moderna necesita luchadores cultos, Orione se daba perfecta cuenta; de ahí el ideal de hacer estudiar a sus muchachos para ofrecer a la sociedad profesionales, escritores, pensadores, hombres útiles entre los guías en la inmensa cadena humana.

Es preciso que nos detengamos brevemente sobre este impulso imprevisto que nos ofrece el fundador de veintitrés años y que aquí se revela por primera vez. Hijo del pavimentador, nacido y criado lejos de las metrópolis del saber, intuye claramente la importancia de la alta cultura en la sociedad del siglo siguiente: el siglo diecinueve agoniza, surge un tiempo nuevo, en el cual la batalla central y al mismo tiempo más

fin, le recomienda "redoblar" su fidelidad a Cristo, su pureza, su humildad. A este precio, el universitario Goggi servirá y vencerá; poco antes, en las cartas de Don Orione, era una avanzada de reconocimiento, un explorador; ahora se convierte en un combatiente de primera línea.

Se ve claro que Don Orione incita a Gaspar - y quizá no a otros - porque conoce su solidez espiritual y su inteligencia; pero también resulta claro que esta actividad "dentro" del campo de batalla la auspicia para todos sus discípulos, con la ayuda de Dios.

Por lo demás, Gaspar Goggi le hará honor: estudiante notable, destacado del resto de los alumnos desde el primer año por vigor intelectual y madurez, sobre todo en literatura y filosofía, seguirá las conferencias de Arturo Graf; participará intensamente en la vida universitaria; se mantendrá cerca del Padre Semeria, quien cursaba su doctorado en filosofía; asistirá a la discusión de su célebre tesis acerca de Severino Boecio, dirigida a reivindicar el cristianismo de aquel insigne pensador; tomará parte en el movimiento intelectual católico turinés guiado por Don De María <68>.

La segunda iniciativa, la de las colonias agrícolas, tiene su primera realización en la fundación de Mornico Losana (Pavía) abierta en octubre de 1896.

Como ya se expresó, Orione mira cerca y ve lejos, y, con esta iniciativa ve en proyección: labrar, arar, sembrar, plantar vides..., una cuadrilla por las grandes extensiones de los campos, y una gran provecho en lo concerniente a la salud física, y más aún en la espiritual. Puestas las manos y la energía en el trabajo de arar o de podar, los malos pensamientos se esfuman y, entre granos y racimos, los jóvenes crecen, robustos y puros.

En Mornico hay una enorme casona, un viejo "castillo" todavía restaurable al que rodean cien hectáreas de campo. Cultivos: cereales y viñedos. La campaña - ondulada en largas faldas - discretamente fértil, de aspecto hermoso; también la vista reclama su parte. El rojizo otoñal de los sauces contrasta admirablemente con el suave verde de los pastos <69>.

El grupo está encabezado por Don Pablo Albera, que tiene su experiencia, inclusive en cuanto a ganado: la cría de caballos es su fuerte. Hace diez años sostenía las patas a los caballos para ayudar a su padre, herrero, y pasaba por un verdadero experto.

Aquí ¡nada de patas de potros! A estos muchachos hay que sostenerlos por todas partes: cabeza, brazos, alma, y Don Albera triunfa; la nueva tarea le viene como anillo al dedo.

Para organizar cada cosa tiene un secreto con el que conciliar regla y libertad; cómo lo logra, sólo él lo sabe. Los muchachos se encuentran, sin darse cuenta, con que son puntuales a la hora del trabajo, blandiendo azadas y hoces, y parten, vuelven, comen, se mantienen ordenados en la medida de lo necesario pero se sienten libres como el aire.

Aquí también se sirve a Dios a largo plazo: sembrar en el mundo rural una multitud de trabajadores adiestrados técnicamente de la mejor manera y sobre todo preparados espiritualmente para convertirse en agentes directos de la restauración del orden social cristiano; valerse de la habilidad en la agricultura para atraer a otros y lograr transmitir la luz del bien. En el campo, si es cierto que los ancianos son escuchados, también es verdad que los jóvenes, ejecutores indispensables de los trabajos, son importantes: por

mostraba una sorprendente complejidad. Don Orione veía el deber de los jóvenes estudiosos en cumplir con finalidades audaces que respondieran a las urgencias de la sociedad: "estaba en su temperamento el agrandar el espacio, dilatar los horizontes del alma, as aspiraciones al bien, allí donde se abriese un paso o brillase una esperanza". Este era el plan de trabajo que le confiaba a Goggi y que demuestra cuánta fe tenía en Gaspar mismo y en los otros muchachos.

"¡Por las almas y por el Santo Padre!... Inscríbete en todas las facultades en que te sea posible, también en teología como me dijiste cuando estuve allí, estudia alemán y todo lo que pueda ser necesario o útil para nuestra instrucción para gloria de Dios. Frecuenta todas las lecciones que puedas, aunque sean de materias diferentes, multiplícate en el bien; atiende con sabiduría y con el mayor empeño la Casa y el beneficio espiritual e intelectual de los hermanos; conságrate a la formación de su espíritu y de su modo de sentir y de pensar; infunde en ellos el pensamiento católico piadoso, puro, vivo, razonado. Inscríbete en el Círculo Católico Universitario, entra en las reuniones y conferencias clericales, hazte una idea de la fuerza de esta ciudad en materia de hombres de acción y de mérito, y lleva cuenta también de cuánto podrían valer numéricamente los nuestros. Estudia esa Universidad y mira bien qué vale; estudia a tus colegas de todos los partidos y haz un buen recuento de tus fuerzas. Estudia minuciosamente al clero, tanto al secular como al regular; sobre todo estudia al clero joven de allí, en la escuela de teología; observa cuánto vale, por doctrina y por piedad".

Lo que Don Orione proponía a Gaspar Goggi era el encargo de un agudo y completo reconocimiento. Goggi se convertía en un explorador, pero su tarea no se limitaba a eso: también debía penetrar en lo más denso de la lucha, junto a los buenos combatientes.

"Entra como puedas a la dirección del 'Corriente Nazionale', acércate a sus escritores, ponte en contacto con los escritores de la Democracia Cristiana y con los de cualquier otro diario o periódico de nuestros días".

En ese intenso impulso se incluían observaciones y amonestaciones:

"Presta atención: el Ateneo es rosminiano, como, en general, los minúsculos periódicos de Speriani son poco puros en la doctrina y pocos fieles a la disciplina pontificia, si bien alguno no deja de publicar de vez en cuando un articulito o una rendición de cuentas... <67>.

Esta página, entre las miles escritas por Don Orione, es una de las más iluminadoras porque nos permite estudiar su espíritu de fundador.

Aconsejando lo que aconsejaba, en realidad se confesaba, revelaba lo que él mismo hubiera hecho, de haber podido: ¡se lo siente tan bien en esa ansiedad que animaba sus palabras, que parece que las líneas negras, rápidas, laten y se alzan de la hoja! Con ello ofrecía la visión lúcida de cómo debía ser, en esos años de fines del siglo pasado, un estudiante católico, y nos daba un modelo válido para hoy.

Esta fiebre de participación nos revela la "plenitud" de su espíritu de apostolado.

Don Orione tiene veintiséis años, Goggi veintiuno, ambos disponen de un solo recurso: la Providencia; parten de un pueblo casi oculto, difícil por sus corrientes políticas; su objetivo es conquistar el mundo para Cristo: el maestro aconseja al discípulo, le exige casi una inmersión en el mundo intelectual católico - y no católico - y, justamente con ese

periférica se desarrollará en los campos de la escuela: superior, media, inferior; el bien y el mal, en una medida insospechada, inundarán las mil ciudadelas de la instrucción, amuralladas quizá en los parapetos de los prejuicios laicistas, vulgares hasta lo inverosímil. Es necesario penetrar del otro lado de esas murallas derribando baluartes inicuos. Luis Orione, desprovisto de recursos, no se espanta ante las potencias del mundo.

Pero, hacer estudiar a los jóvenes era como escalar un monte muy alto; más allá de su horizonte actual Orione entrevía el Liceo, la Universidad. Invadidos por el laicismo, o directamente por el ateísmo, los combates del saber superior requerían campeones de la verdad adiestrados en el duro terreno científico y no ya en las arenas de la improvisación. Estudiar, por lo tanto, en esas mismas universidades, exigiendo, apropiándose de las conquistas logradas por la investigación sólida para restituirlas transfiguradas en lo humano por la vida de Cristo. Elevado ideal hacia el cual se volverá ahora este clérigo - el más pobre entre los clérigos de Tortona -; el "curita" escarnecido por la "Linterna".

¿Cómo se escala el monte? Los elementos indispensables en los jóvenes estaban presentes con abundancia: inteligencia, buena voluntad, entusiasmo y sobre todo fe, mucha fe; faltaba la parte más ruin, los zapatos de montaña, es decir, el dinero. Sin dinero no se estudiaba, no se tenía vivienda, no se comía, no se respiraba, ni en Turín ni en Génova donde se hallaban las universidades, y Orione no tenía dinero ni para llevar adelante el Santa Clara. Pero en compensación tenía tanta fe que era capaz de mover hasta aquella famosa montaña del saber.

Día y noche reflexionaba en torno a este problema que se convertirá en una de las líneas de orientación del funcionamiento del instituto.

Pero paralelamente, se perfilaba otro gran objetivo en el espacio vacío del porvenir: ¿qué hacer con aquellos muchachos - quizá los más - sin aptitudes para la cultura? Provenientes de familias intelectualmente sumidas en la miseria - no se trataba de pobreza económica, sino sobre todo de carencias culturales que podían encontrarse también entre ciertas familias ociosas o ricas -, ambientes ajenos al saber, hostiles al estudio. O bien se trataba solamente de muchachos desprovistos de inteligencia o de buena voluntad.

Para los hijos del pueblo sin aptitudes para el estudio, Orione vio la amplitud de los campos en los que crecían racimos y espigas inacabables. De aquella extensión surgieron, en la mente del fundador, los centros de cultivo y cosecha. Bien cuidados, intuía, se profundizaba el valor misterioso que ellos escondían: eran centros de cosecha de uva, de cereales, de avena, sí, pero también de gracia para las almas de los cultivadores. La cosecha más espléndida sería la menos visible: la vida de gracia en el Señor.

Por las noches, los raros momentos libres de Orione eran todos así: poblados por visiones que parecerían utopías a quienes hubiesen podido compartirlas... El, en cambio, las contemplaba largos rato, las amaba, se enternecía con ellas. Veía allí a sus muchachos, dispersos entre los largos surcos de la tierra libre y fiel. La tierra restituye, retribuye los esfuerzos del hombre. Sus jóvenes amarían la tierra, este don creado por el Padre que está en los cielos; Dios omnipotente y perfecto ha concedido a nuestra imperfección este medio de sostenimiento, de alimento, de amortización: la tierra; el trabajo de la tierra es el trabajo más puro y libre entre las labores humanas.

Así, en la fervorosa mente del fundador fue precisándose la idea de las "colonias agrícolas". Los muchachos menos dotados para los estudios y para la colaboración o la competencia en las tareas industriales o científicas podrían cantar podando, sembrando, segando, no ya al servicio de un patrón quizá explotador, sino a beneficio de la comunidad: un "Koljos" anticipado, mucho más homogéneo, reglamentado y libre.

La idea del fundador era sutilmente social. Había visto de cerca la explotación de los trabajadores del campo a fines del siglo XIX; había visto contar, entre las manos arrugadas de los amigos de su padre, los ochenta centavos de jornal que se le concedían a quien trabajaba "de sol a sol". Esas experiencias, esos cálculos, habían quedado grabados en su alma. Por las tardes, cuando era un niño, abrigado en la falda de su madre, en el famoso establo acondicionado como círculo recreativo, a la luz de los candiles, cuántas veces después del rosario oyó las conversaciones resignadas de aquellas amas de casa: hacía falta un centavo para el pan, dos para la pasta..., cuatro para el aceite..., ¿y el vino, entraba? Sí, pero una cosa ahuyentaba a la otra: el alquiler era el gran tirano, por ejemplo...

Y bien, era preciso liberar a los hombres de mañana de esas trabas. Orione miraba el porvenir de frente. En cuanto le era posible (a él, escarnecido por los socialistas) quería preparar una generación de obreros de las viñas y del campo libres y fieles al Señor; desligados de la explotación, esos hombres del mañana podrían llegar al punto de ser a su vez generosos hacia sus hermanos de humanidad, con el ejemplo, con la ayuda práctica, con el llamado de Cristo. Los concebía como apóstoles al mismo tiempo que como trabajadores dignos y serenos.

¡Qué utopista, este Orione, qué iluso, con su sonrisa casi infantil, qué fanático! ¿Cómo hace para entrever y prever así, a pleno día, cosas que los sueños más inflamados no pueden representar?

Y había más: la utopía culminaba más allá, sobre cualquier posible realidad. Surgía desde lo más profundo del alma de Luis, quien durante toda esta realimentación permanecía con la mirada fija en la Cruz de Cristo, y en la Cruz volvía a despertar toda la temática de la Redención en la gama infinita de sus valores.

Rezar. ¿De qué hubiera valido lanzar falanges de apóstoles al mundo de la ciencia, de la banca, de la agricultura, si no hubiera sabido extraer - y enseñar a extraer - de la Cruz la ciencia verdadera?

Rezar. La contemplación ante todo. En el centro, en la base de todo. Verdadera actividad irradiante, alimentada por la gracia.

Así surgió la tercera indicación para la marcha: la fundación de los eremitorios.

Orione había tenido, en su no largo curriculum, encuentros extraordinarios: por ejemplo, había conocido a hombres de diversas edades, campesinos y oficinistas; algunos le hablaron más o menos así: - Si pudiera, me retiraría a la soledad para rezar mejor; si tuviese cómo, lo haría de inmediato.

Y no eran euforias momentáneas, sino aspiraciones profundas; el joven clérigo lo había comprendido. Ahora bien, en su nuevo y casi improvisado fervor de fundador intuía claramente la importancia enorme de tales afirmaciones. Resonaba en ellas el llamado de la vida eremítica, ilustre llamada que venía desde el último período de la Edad antigua y desde las profundidades de la Edad Media <59>. Falanges de almas, a través de un

Gaspar Goggi tuvo un óptimo encuentro con el Padre Semeria, que predicaba en San Siro y se interesaba por el círculo "Beato Alessandro Sauli", que los Padres Barnabitas mantenían para los jóvenes; Gaspar trabó amistad con Semeria, en quien encontraba satisfacción para las exigencias de su fe y de su inteligencia.

"...Desde hace algunas semanas - escribía Goggi a su hermana - soy amigo del Padre Semeria, y me inscribí en el círculo Beato Sauli exclusivamente por él. Allí voy todos los domingos y extraigo un gran beneficio de la instrucción que el mismo Padre nos imparte, en una especie de escuela, acerca de los Evangelios y de la Biblia. Quiero escribirle pronto e interrogarlo detalladamente acerca de las cuestiones de la actualidad más interesantes. Sin embargo, ahora debe quedarse en Roma para predicar en San Pedro... Tiene sólo 29 años..." <64>.

La amistad del Padre Semeria se hará extensiva a Orione y se mantendrá durante toda la vida: en los períodos espiritualmente más difíciles para el célebre barnabita será justamente Orione quien lo asista y ayude a no extraviarse.

Para subvenir a los gastos de mantenimiento de los jóvenes en la ciudad, Don Orione había puesto los ojos en los benefactores genoveses, quienes sin embargo se encontraron sin medios para seguir sosteniéndole.

Surgieron entonces esperanzas por el lado de Turín, donde unas benefactoras, las hermanas Fogliano, anunciaron estar en condiciones de ayudarlo.

Por consiguiente, el grupo se trasladó a Turín. Gaspar Goggi, guía del pelotón, encontró una casa en la calle San Massimo nº 33, en la segunda quincena de octubre de 1897, y la alquiló; se trataba de un departamento situado frente al hospital San Juan y junto al gimnasio Vicente Gioberti.

Al día siguiente se le unieron los otros estudiantes, y la comunidad comenzó a ser atendida por un tal Ghío, tío de Don Sterpi, que "aunaba dos cualidades: cocinero y "factotum". Un hombre "providencial", así lo definía Gaspar, lleno de buen sentido y de buen corazón. Todos lo llamaban "tío Ghío".

Gaspar frecuentaba la Universidad y los otros el Liceo Gioberti. Disponían de una habitación muy amplia en la que rezaban, estudiaban, tomaban el almuerzo y la cena. Por la mañana, iban a misa en la vecina iglesia de San Máximo. No faltaba lo imprescindible pero la casa era pobre; los jóvenes descubrían que la pobreza, en su caso, era la cosa más natural, porque sabían qué gran sacrificio significaba para la congregación el mantener al grupito en sus estudios <65>.

Desde lejos, Don Orione siguió manteniéndolos bajo el fuego de sus cartas como ya lo hacía cuando estaban en Génova. "Prepárate - le escribía a Gaspar -, prepárate a trabajar por las almas... Enciende tu alma con la caridad dulce y activa de Jesús... y esta dulcísima caridad encuentra la forma de comunicársela a todos aquellos a quienes puedas acercarte y sobre quienes puedas influir. Cada gota de caridad que le des a tu hermano te será computada para la vida futura... Si quieres hacerte menos indigno en los caminos del Señor y salvar muchas almas, has de crecer en la oscuridad, en la obediencia, en la caridad: hazte humilde y dulce de corazón. La caridad no se compadece con un alma soberbia; la palabra de los humildes es como una luz que conforta y hace el bien a las almas" <66>.

En otras cartas, el pensamiento del fundador se expresaba con más precisión y

X - Los primeros argonautas de los estudios

Las colonias agrícolas

El primer enjambre está constituido por el grupo de los mejores alumnos, destinados a los cursos del liceo y luego a la universidad, encabezado por un joven de Bettole de Tortona, Gaspar Goggi <62>. Se destaca ampliamente del conjunto por su fuerte espiritualidad, su inteligencia luminosa y su intensa aplicación: estudia ya en Génova en el liceo A. Doria.

Son los argonautas orioninos, los primeros; ¡cuántos otros, con el paso de los años, surcarán mares y océanos!

Son alrededor de quince los que parten en tren. Al ver al rebaño que trepa para ocupar casi dos compartimentos, los pasajeros que se encuentran cerca buscan salvación en los vagones contiguos. Los muchachos quedan dueños de los dos vagoncitos de tercera clase. Para la mayoría todo es nuevo: el aspecto grasiento de los compartimientos, la velocidad, esa gran fuga de los campos y las viñas y las casas, más allá de la ventanilla... y el sentimiento de conquista, de alegría. Génova parece imponerse, mientras el tren la atraviesa, y en tanto Gaspar imparte órdenes como un coronel: "Atentos, no se confundan; ahora hay que bajar"; el peligro está en perder a alguno.

El tren se detiene en la negra estación, treinta ojos están fijos en el jefe. Luego los muchachos bajan, revoloteando, desde los altísimos estribos, hasta tocar el andén.

Caminan por las calles, entre los corredores de los enormes y pétreos palacios, inaccesibles, descubren el mar, lo pierden, lo vuelven a hallar. El mundo es maravilloso. Llegan con las piernas doloridas a la calle Fava Greca número 10, se instalan como pueden en el departamento que les ha alquilado Don Orione.

Visitar la "casa nueva" es una gran fiesta: cuatro habitaciones y la cocina.

Por la noche, faroles y velas aclaran todo: no hay tiempo ni siquiera para las nostalgias de la aldea y de la vida de ayer.

No lejos de la puerta de casa está el colegio "Andrea Doria", y a los pocos días el grupo da comienzo a los cursos.

Durante el año escolar 1896-1897, el equipo logra resultados brillantes: Gaspar Goggi se recibe de bachiller con ocho de promedio, y los otros siguen dándole a la rueda, todavía en los años de liceo; entre tanto, cunde entre ellos el fervor por los conocimientos sólidos, y las discusiones se hacen cada vez más densas. El moderador es Goggi, quien ejerce la tarea de jefe de grupo hasta para la organización de los horarios, de la comida, de la vida práctica. Estudiante entre los estudiantes, compañero entre compañeros.

Don Orione, por su parte, tiene bajo vigilancia epistolar a aquellos "hijos" suyos que osó lanzar a la tumultuosa Génova:

"...Queridísimos hijos, tened bien presente que no estudiáis para vosotros, ni para mí, ni para el mundo. Vosotros estáis llamados a ser los verdaderos discípulos de Jesucristo: estáis llamados a ser la verdadera luz del mundo..." <63>.

milenio y medio, habían elegido la soledad en Cristo y por Cristo, y habían además alcanzado - ¡inesperado premio! - una misteriosa paternidad espiritual en su aislamiento suscitando imitadores, continuadores... La antorcha de la soledad se había trasmitido así, de eremitorio en eremitorio, de monte en monte, de siglo en siglo..., y de la fuente habían surgido algunas grandes órdenes contemplativas y activas.

¿Cuál era el valor, entonces, de esas confesiones?

Don Orione no se engañaba. Eran el eco genuino, válido, activo, de una realidad espiritual milenaria. Ahora, en el crepúsculo de un siglo en su mayor parte positivista y cientificista, en los umbrales de otro siglo destinado a la locura de las conquistas mecánicas y científicas, ¿cómo no recoger esas voces, aunque sólo se tenga veintitrés años y ni una lira en el bolsillo?

No se arredró frente a la tercera idea motriz para el mundo que despertaba en su alma. Tres rayos debían irradiarse desde el "Santa Clara" y colmar el futuro: estudios, inclusive superiores; colonias agrarias; eremitorios.

Queda ahora por ver cómo el "curita" desprovisto de todo habrá de comportarse, después del triple gran sueño, frente al duro despertar de la realidad.

El intento de crear un colegio que cumpliera con todos los requisitos, provisto de medios logísticos y escolares adecuados, había exigido un gasto muy grande y había colocado al fundador -único responsable de todo - en dificultades económicas. Puesto que desde un principio el Obispo aprobó y estimuló la Obra, hubiera sido legítimo recurrir a él, pero en la práctica no era posible, porque: 1) Monseñor Bandi se había prevenido diciendo: "Todo está perfecto, pero no me pidas dinero". 2) Y ello porque también él estaba angustiado por graves hipotecas contraídas para restaurar y renovar el seminario diocesano de Stazzano. La obra era grandiosa, pero sobre los bienes de la Curia pesaba un pasivo de 183.000 liras, cifra entonces respetable <60>.

El problema económico era asfixiante y, por otra parte, el Obispo debía tener en cuenta esas dificultades para no pecar de ligereza. Ya había ocurrido a menudo, en varias diócesis, que ciertas obras de finalidad espiritual conducidas con buena intención pero no con la necesaria prudencia, se hundieron por falta de fondos, suscitando enorme alboroto y cientos de críticas. Monseñor Bandi se preocupaba para hacer en Tortona, ambiente de por sí erizado de mordacidades venenosas contra la Iglesia, no sucedieran hechos de este tipo. Tanto más cuanto que en la curia episcopal y por todas partes en la diócesis se había formado una red de profetas fáciles que anunciaban la catástrofe orionina a breve plazo, y lanzaban advertencias para que la obra fuese clausurada.

Pero había más. Las críticas y los negros pronósticos no se limitaban a los problemas del balance; se ocupaban también del funcionamiento de los estudios: apresurados, desordenados, según las habladurías de aquellos... cuervos, y ya había quien insinuaba que los aplicados clérigos orioninos no fueran ordenados sacerdotes sino hasta después de transcurrido un tiempo - quizás años - de "limpieza" en el seminario.

Contra esta difundida animosidad el Obispo se mantenía con firmeza a favor de Don Orione, a pesar de que su opinión se iba resquebrajando insensiblemente y quedaba como partida en dos: la estima personal resistía íntegra y elevada; la fe en su obra, en cambio, sufría sacudidas en ciertos aspectos. El Obispo veía en él un espíritu bueno, sí, una limpieza moral, pero al mismo tiempo, cierta improvisación y desorden que lo hacían trepidar; y, lo peor de todo, aquel punto ciego de la caja fuerte orionina: vacía de liras y

llena de deudas, si no actuales, previsibles. Porque una obra que se medía con un metro elástico que a cada paso se tensaba más, ¿cómo era posible mantenerla sin cubrirse de deudas?

El buen Obispo meditaba en ello día y noche; en los momentos de decepción pensaba en interrumpirlo todo, luego recapacitaba que el "Santa Clara" era un regalo del cielo en aquella Tortona árida que se abrasaba entre arenas liberales y guijarros socialistas, y se destacaba por su "ir a los pobres", a los niños pobres, que León XIII recomendaba y que a él tanto le gustaban... Sin contar los cientos de corazones que ya le eran queridos, comenzando por el de Orione y siguiendo por el del último de los muchachos, ¡que hubieran sufrido con lágrimas de sangre!

Adelante, pues, con tal de que ese trabajado fuego que se llamaba Orione no se apareciese cada día con una novedad distinta... Reforzar las máquinas y las ruedas, consolidar las vías de lo hecho, eso sí, pero no venir de improviso con nuevas empresas y ampliaciones como hacen las lenguas de fuego cuando son altas y el viento vigoroso las golpea...

Era habitual que el Obispo se quedara hasta muy avanzada la noche rezando y reflexionando acerca del problema. Sentía como por un instinto espiritual, algo vivo, importante, quizá grande, en esa iniciativa de un sacerdote demasiado joven, demasiado pobre, demasiado atrevido y ardiente, e "imprudente", y meditaba, en el enorme silencio del palacio episcopal, en las amonestaciones, en las palabras ácidas, sarcásticas - ¿tal vez sabias? - escuchadas durante el día contra la obra y contra su hacedor. Sin embargo, era verdad: reforzar lo ya hecho, no iniciar cosas nuevas, como las famosas lenguas de fuego bajo las ráfagas...

Claro... ¿Pero si realmente el fuego venía de Dios y el gran golpe de viento era del Espíritu?

¡Ay! Monseñor Bandi no ha tenido aún tiempo de meditar y decidir, y Don Orione llega, y parece realmente impulsado por una ráfaga, ¡a anunciar otras empresas y a suplicar su consentimiento!

Ya dijimos que el Santa Clara no contiene más a los alumnos; hubo un cambio: el fundador concibe el crecimiento de la obra en tres campos: 1) la escuela, para los alumnos que demuestren su capacidad para estar en ella; 2) las colonias agrícolas para los que no tienen aptitudes para los estudios; 3) los eremitorios.

Sintetiza así sus conceptos generales: "Nuestros estudiantes trabajan para restaurar las ideas y la fe, las colonias agrícolas tienen la misión de restaurar la simplicidad de la vida, y el bolsillo... Los hombres necesitan palabras veraces tal como precisan el alimento; las colonias son para el alimento, los estudiantes para la verdad...".

Los proyectos se concretan en nombres, lugares y fechas urgentes: a) Enviar a Génova un grupo de clérigos liceales, los más brillantes en los resultados de los exámenes de 1895-1896, para que sigan estudios universitarios; b) abrir en Mornico Losana una colonia agraria para los muchachos sin aptitudes para los estudios superiores.

Está claro que no es posible realizar estas empresas sin el consentimiento del Obispo de Tortona; por lo tanto, allí va Don Orione a conversar con él. Nuestro relato se interna en la parte culminante del "drama".

Monseñor Bandi resume la difícil situación financiera, señala las deudas propias y el inevitable pasivo orionino:

- ...Esa es la razón - concluye - por la cual es preciso evitar ampliaciones costosas.

- ¿Y los muchachos que piden ser admitidos?...

- Con el tiempo habrá lugar también para ellos, apenas consolidada la obra.

- Como usted quiera, Excelencia. Pero..., si fuese por mí, ¡no rechazaría ni siquiera a uno!

Al terminar la conversación el Obispo da su consentimiento, y Don Orione sale del palacio episcopal con alas en los pies <61>.

<59> "La Obra de la Divina Providencia", octubre de 1898. <60> Rognoni, "Monseñor Igino Bandi", págs. 41 y s. <61> Rognoni, "Mons. Igino Bandi", págs. 90 y s; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 132 y s; Barra, "En puntas de pie", págs. 18 y s.

XIV - Un mensaje al patriarca de Venecia

Fundación en Bagnoregio y en Roma

En 1894-95 el Patriarca de Venecia, futuro Papa Pío X, recibe un mensaje casi admonitorio, escrito y enviado por un clérigo llamado Luis Orione; el mensaje se refería a otro clérigo destinado a convertirse en uno de los músicos más insignes de Italia: Lorenzo Perosi. Por consiguiente, vale la pena hablar del pequeño episodio, para luego retomar el hilo directo de la narración central

Los Perosi eran, en Tortona, una familia sobresaliente el padre, José, resumía en sí las actitudes y la cultura musical del ambiente tortonés. Ciudad no muy grande, Tortona no podía ambicionar altas cumbres orquestales que, a principios de siglo, no conocían ni siquiera las grandes ciudades italianas, si se exceptúan Milán, Nápoles y (particularmente en ciertos aspectos de la música sacra) Roma. José Perosi tenía, por ello, el mérito de mantener despierto un interés artístico musical que muy pocas ciudades pequeñas poseían. Vinculado al mundo de la iglesia, era organista y compositor, y su personalidad de "católico de una pieza y alma de toda obra buena" - como lo definía Don Orione - se encuadraba a la perfección en aquella a actividad. Entretanto interpretaba y hacía gustar a Palestrina, Bach, Pergolesi y muchos otros maestros de la sagrada oratoria musical desde el siglo XVII en adelante.

De sus tres hijos varones, Lorenzo fue el más grande compositor de los tiempos modernos en el campo del oratorio; Carlos sería cardenal, y Marciano se convertiría en un gran amigo de la Congregación orionina.

Lorenzo, nacido en 1872, mostró desde niño un auténtico genio. Un día don Pedro II, ex-Emperador del Brasil, acompañado por algunas autoridades del lugar, entró en la catedral de Tortona; la iglesia era muy grande y no había un alma. Del ábside salía una maravillosa onda sonora que colmaba las naves y las bóvedas.

Se detuvieron a escuchar. ¿Quién podía tocar de se modo? Subieron hasta el balcón del órgano y encontraron a un muchachito de doce años, de pie para poder alcanzar las teclas y los pedales...

- ¿Cómo te llamas? - preguntó el Emperador.

- Renzo - respondió.

Uno de los presentes explicó:

- Es el hijo del maestro de capilla, José Perosi.

El Emperador quedó pensativo; luego dio al joven una moneda de oro diciéndole: - Toma, quiero dejarte mi retrato.

De 1893 a 1894 Lorenzo estudió en Ratisbona y Solesmes; cuando volvió, encontró a orione, quien le enseñó lo que sabía hacer la caridad. Subieron por las escaleras más miserables de Tortona, de pobre en pobre; mientras atravesaban las calles un carro crujía y Lorenzo se detenía: "¿Escuchaste? Hizo un salto de octava". Luis pensaba en el don de Dios que el amigo poseía, con su oído maravilloso; entonces le manifestaba otra idea: existe un oído íntimo, particular, que sabe descubrir los lamentos más ocultos del prójimo. El del amor.

un techo, un consuelo: se da por entero a todos para atraer a todos a Cristo" <71>.

La página basta para revelarnos la inspiración y el genio de Don Orione: interviene en el más delicado de los momentos con el remedio más verdadero. Advierte cosas de las que muchos no se dan cuenta para nada en aquel último decenio del siglo: cuán justo y urgente es correr en ayuda de los pobres en una sociedad que los olvida.

Puesto que las necesidades de los "miserables", que en Italia eran millones, no eran atendidas por la gente del gobierno, la toga o los negocios, vemos cómo se hacen cargo del problema tipos de personas completamente distintos. Algunos grupos, aislados al principio, y luego cada vez más numerosos, de políticos-ideólogos, comenzaron a intentar el trabajo; pero, no pudiendo manejarse desde arriba, empezaron por lo más bajo: no pudiendo o no queriendo influir sobre los dirigentes, convencieron a los trabajadores; no buscaron médicos, sino que aconsejaron a los enfermos rebelarse contra la enfermedad. En lugar de transformar a las víctimas en beneficiarios las convirtieron en rebeldes.

Ya entre 1880 y 1890, en algunas regiones italianas, varios movimientos se habían constituido en fermento de la vida político-social; citemos, por ahora, al partido obrero lombardo y piamontés y al partido socialista revolucionario romañol. A estas dos corrientes se agregó, hacia 1890, el movimiento socialista fundado por Filipo Turati, que pronto logró abrirse en numerosas ramificaciones. Por la misma época, desde 1891 en adelante, surgieron las Cámaras del trabajo de Milán, Piacenza, Turín, Parma, Brescia, Pavía, Venecia, Roma, Verona, Padua, Bolonia, Florencia, Nápoles.

Si todo ello tenía aparentemente aspecto pacífico, los motines de Roma de 1891 aclararon la índole de ciertas "reivindicaciones" populares; el congreso nacional obrero de 1892 anunció el tratamiento de la lucha de clases; en él tomaron parte delegados de 300 asociaciones, entre los cuales se destacaban Lazzari, G. Croce, Casati, dell'Avalle, Costa, Prampolini, Marabini, Balducci, Bissolati, Turati, Rosario Garibaldo Bosco, Anna Kuliscioff, los anarquistas Gori, Galleani, Pellaco, y muchos otros...

En 1893 las Cámaras del trabajo realizaron su congreso en Parma e instituyeron un secretariado nacional con sede en Milán. En Sicilia, entre 1891 y 1893 se constituyeron los "Fasci", que llegaron a reunir 20.000 adherentes y en seguida, según se dijo, superaron los 50.000; e igualmente en Sicilia, en diciembre de 1893, comenzaron a producirse escándalos y tumultos, especialmente en el sector agrario, y rápidamente se sucedieron hechos de sangre en Giardinello, Lercar, Pietraperzia, Gibellina, Marineo, Santa Catalina; entre diciembre y los primeros días de enero de 1894 los muertos ascendieron a 92. El 3 de enero de 1894 el gobierno Crispi proclamó el estado de sitio en la isla. Casi al mismo tiempo, los anarquistas de Massa Carrara se enfrentaron con los carabineros y Crispi hizo declarar el estado de sitio también en la comarca toscana de Luni.

Los procesos seguidos contra numerosos responsables de aquellos movimientos populares no impidieron que el 16 de junio de 1894 tuviese lugar un atentado contra Crispi, y que el 24 de junio el anarquista Sante Caserio, italiano, asesinase al presidente de la república francesa. Crispi sospechó una conspiración más vasta, que excedía los límites nacionales y disolvió el partido socialista y las sociedades obreras que de él dependían o a él adherían.

Pero, en enero de 1895, el partido socialista italiano se reconstituye secretamente sobre la base de adhesiones individuales, comenzando por la región de Parma, y

siguiendo con la conquista de 12 bancas en el Parlamento en las elecciones del mismo año. El movimiento asumía carácter más decididamente antagónico frente a la política gubernamental, y esta oposición confluyó en la acción popular y parlamentaria de 1896, cuando la expedición abisinia dio como resultado el desastre de Adua; Crispi debió renunciar el 5 de marzo de ese año.

Cuatro meses después, en julio de 1896, es decir en el momento en que el príncipe de Nápoles llegó a Cettigne para su compromiso matrimonial con Elena de Montenegro, el partido socialista italiano celebraba, con un tono de legalidad recuperada, su congreso nacional en Florencia. Los boletines se jactaban de contar con 20.000 adherentes, y más de veinticinco periódicos (semanales, quincenales, mensuales), algunos de tono... no precisamente reposado. Para diciembre de 1896 se esperaba el nacimiento de un cotidiano, el "Avanti", bajo la dirección de Leónidas Bissolati.

El congreso nacional socialista de 1897 se caracterizó por dar lugar a un aumento de las bancas del Parlamento ocupadas por el conjunto de las izquierdas, pero también por una escisión más neta entre radicales, anarquistas y socialistas. Sin embargo, los observadores atentos e imparciales advertían que los diversos movimientos terminaban por actuar en direcciones confluyentes, y que el resultado se hacía sentir en las zonas subterráneas y ocultas de la vida nacional. Y si muchos espíritus nobles y optimistas, durante el transcurso de 1897, no habían valorado el gran fuego subterráneo, todos abrieron los ojos al año siguiente, cuando se produjeron las más grandes tragedias político-sociales que Italia viviera desde los tiempos de las Comunas o de los Señoríos.

Sin embargo, la causa de las rebeliones de 1898 no fue solamente la política social izquierdista, sino la dura realidad económica: la escasez de trigo frente al creciente consumo popular. Ya la segunda mitad de 1897 guardaba en sí todos los elementos preparatorios - sin que el gobierno lo advirtiese con suficiente claridad - de un agudo malestar producido por la magra alimentación, pues la cosecha había resultado pobre en casi toda Italia. Las estadísticas de entonces no llegaron a los 24 millones de quintales, mientras el año precedente se habían registrado casi 40 millones; como consecuencia, el precio, de 22,58 liras subió a 25 liras el quintal, lo que significaba una cifra alta, si se la relaciona con los otros índices de precios de esos años.

En el mismo sentido, crecían en número y eficiencia las organizaciones de los huelguistas: del 95 al 96 subieron de 19.000 a 96.000 y se pudo contabilizar un número de conquistas ganadas a través de las huelgas muy superior al de los años precedentes. En mayo y junio de 1897 se produjo el triunfo de las huelgas proclamadas por los braceros en la provincia de Cremona, y en los campos de Molinella. En agosto se agitó Ferrara, en otoño hubo disturbios en Bolonia, Forlí, Ancona, Macerata, Nápoles, Palermo, contra el impuesto a los cereales, aumentado hacía ya tiempo a 7,50 liras el quintal <72>.

A principios de 1898 un fermento amenazador comenzaba a difundirse en varias localidades: en la zona industrial de Biella los obreros permanecían en huelga desde hacía varias semanas; en Molinella comenzó una nueva huelga y la policía salió a la calle arrestando a varios organizadores y encerrando a quinientos obreros. En este punto, hubo una intervención del gobierno que compró en el exterior 100.000 quintales de trigo, cifra que, lamentablemente, resultó increíblemente exigua. Se acercaba el momento, siempre difícil en un país como Italia, de la "soldadura" entre la cosecha vieja y la nueva, y las reservas parecían inadecuadas. El gobierno de Rudini pidió al exterior otros 300.000 quintales de trigo que, naturalmente, no se pudieron conseguir de inmediato; entre tanto, hacia mediados de abril, la escasez de suministro de trigo se hizo sentir en una medida

espera la prosperidad, luego de deponer gloriosamente las armas" (fasc. 80-111).

"Debemos hacer crecer en estas buenas almas de los jovencitos el santo temor de Dios, para que un día no sólo sean buenos agricultores sino, lo que es mejor, buenos cristianos y declarados y fuertes hijos del Santo Padre, como corresponde, especialmente, a quienes tienen la suerte de haber nacido en esta tierra bañada y comprada con la sangre de tantos Papas mártires y defendida por tantos otros Papas no menos fuertes y no menos mártires; y le ofreceremos al Padre un pueblo enteramente suyo, de modo que de un día para otro, cuando el Angel del Señor despedace las cadenas de San Pedro, se encuentre con un pueblo de hijos y no de enemigos entre sus mismos súbitos, que es lo que tratan de hacer los protestantes y las sectas..." (fasc. 70-163, 68-169).

Fue uno de los mayores actos de coraje por parte del fundador: separó a Don Sterpi de Tortona y lo envió a San Remo <83>.

Precisamente durante aquellas semanas de alegres y fatigosos preliminares se produjo otra actuación orionina. El 6 de agosto de 1899 el boletín de la Obra anunció que los tres primeros ermitaños de la Divina Providencia - en ocasión de una peregrinación a Voghera - habían recibido, el 30 de julio, el hábito particular del trabajo y la penitencia de manos del Obispo en el Santuario del Sagrado Corazón de Stazzano.

"Multa renascentur - escribía Don Orione -; ahora volvimos a la plegaria y al trabajo entre los bosques montañosos y los campos solitarios. ¡Amigos y hermanos en Jesús, agradezcamos y alabemos juntos al Señor! 'Exultabit solitudo et florebit quasi lilium! Germinans germinabit et exultabit laetabunda et laudans' (Is 35)". Después de la ceremonia había llevado a los elegidos al vecino Santuario de la Virgen del Monte Spineto para consagrarlos junto con los gérmenes futuros de la nueva familia religiosa eremítica, la primera fundada por él <84>.

El "sueño" eremítico se había realizado.

Estaba, por lo demás, en estrecha relación con la gran idea de las colonias agrícolas, orientada a remover las aguas estancadas no tanto de las ciénagas como de la convivencia humana. El año siguiente, 1900, llegaron, como vimos, tres pedidos para Don Orione: del obispo de Orvieto, de Noto (que ya conocemos) y de Monseñor Radini-Tedeschi, entonces canónigo de San Pedro, en Roma, nada menos que... ¡para Roma! <85>.

<82> En fecha 21.10.1898; fasc. 45-11; Memorial Bonfiglio, 12. IV. <83> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 142 y s; Barra, "En puntas de pie", págs. 27 y s. <84> "La Obra de la Divina Providencia", 6.8.1899; "Obra del Sagrado Corazón", Stazzano, julio 1904. Como se dijo, la familia eremítica de Lanzavacche de Noto, en Sicilia, no se había constituido aún como "eremitorio" orionino; allí permanecían los solitarios junto al Eremitorio de San Corrado, allí desde hacía años. El mismo Don Orione nos cuenta en un folleto de la Obra, cómo maduró en él, durante su permanencia en Noto, la idea de la fundación de sus Ermitaños de la Divina Providencia: "Esta mañana tuve el placer de encontrarme con dos monjes, o mejor, como ellos dicen aquí, Ermitaños de San Corrado. Son solitarios que avanzaron mucho en el camino de la perfección. Me dijeron que tenían otros compañeros y tres eremitorios y que veneraban a la Virgen de la Divina Providencia. Esta última circunstancia me impresionó de modo que no puedo ni siquiera expresarlo y me hizo concebir una idea. Pensé: ¿Por qué los bosques que la Divina Providencia envió a la Obra no podrían poblarse, poco a poco, con estos santos hombres? El ermitaño siempre fue algo muy apreciado dentro de la religión y por lo tanto debe vivir también en la Obra de la Divina Providencia; vivir en ella como un sacrificio continuo, ininterrumpida voz de amor a Jesús por la salud de los hermanos" ("La Obra de la Divina Providencia", 2.10.1898). <85> fasc. 81-137. En otras páginas, Don Orione expresó la plenitud de su exaltación: "El día en que Roma contemple sobre la histórica colina de Monte Mario un conjunto de jóvenes llenos de fe y de fortaleza, florecientes de vida y de virtud, ebrios de aire puro, de azul, de sol y de amor a todo lo bello, elevado, santo; el día en que Roma abra sus puertas a una juventud amante del trabajo del campo, educada en el gusto y en la práctica de la agricultura moderna, decidida a arar, plantar, podar, desmochar y luego cosechar festivamente las mieses y los frutos olorosos, será un día feliz para la Patria, que a partir de la instauración de los grandes principios de la vida familiar cristiana y del trabajo ordenado, y a partir de Cristo sembrado en los surcos abiertos de las almas,

alarmante.

Entre el 26 y el 30 de abril de 1898 multitudes populares exasperadas se amotinaron en Faenza, en Bari, en Minervino Murge, en Palermo, en Nápoles, en Pesaro, en Ferrara; el 1º de mayo en Molfetta, Benevento, Rímini, Ravena, y en varias otras ciudades y zonas rurales; y en los primeros diez días del mismo mes, las masas se desencadenaron en gran parte de Italia con un súbito sentido de violencia que sorprendió profundamente al gobierno y a las clases dirigentes. No dejaron de producirse episodios de linchamiento por parte de la multitud y hubo disparos contra ella. El 3 y el 4 en Toscana, ocurrieron hechos luctuosos. En Sesto Fiorentino, el 5 de mayo, cuatro muertos; el mismo día en Pavía fue muerto un estudiante, hijo del diputado radical Mussi; el 6, en Florencia, los tumultos asumieron una violencia tal que la ciudad presentó un espectáculo pavoroso: hasta las calles antiguas del centro, y la noble avenida Tornabuoni, espina dorsal del turismo internacional de fin de siglo, fueron invadidas por mareas humanas excitadas que la caballería apenas podía contener. En algunos puntos las fuerzas del orden se vieron obligadas a defenderse y cuatro manifestantes resultaron muertos. En la misma época comenzó la insurrección de Milán.

En la noche del 6, en un choque entre policías y militares por un lado, y obreros de la Pirelli por el otro, flanqueados por gran número de manifestantes, hubo tres muertos y varios heridos. El 7, huelga general. Las avenidas centrales estaban colmadas por la multitud y la caballería debió salir a la calle. Se improvisaron contra ella barricadas utilizando carruajes y carros dados vuelta, muebles echados a la calle por las ventanas, tejas sorpresivamente aparecidas de todas partes; de cada lado de esos inesperados torreones comenzaron los luctuosos disparos.

Por la tarde del 7 se proclamó el estado de sitio, y Rudini otorgó al general Bava Beccaris plenos poderes. El 8 fue convocada una clase entera, y el cañón se dejó oír contra las barricadas de Porta Ticinese, y en otros puntos de la ciudad. Los muertos, por lo menos fue lo que se dijo, ascendieron casi a cien. El 9 de mayo se decretó el estado de sitio en Florencia y en Nápoles, en tanto que en Milán Bava Beccaris cerraba los diarios de la oposición "El Siglo", perteneciente a los radicales, "La Italia del pueblo", republicano, "Crítica social", socialista, "Lucha de clases", también socialista, y hasta "El Observador Católico", dirigido por Don David Albertario. Los diversos directores, Carlos Romussi, de Andreis, Turati, Bissolati, Anna Kuliscioff. Don Albertario, fueron arrestados. Después que se calmaron los tumultos, el general Bava, por precaución, convocó otra clase militar.

Dado que el comportamiento de Turati en Milán, antes y durante los disturbios, se había orientado a tranquilizar a las facciones extremistas y la violencia de los manifestantes, la crítica posterior a los acontecimientos estableció que los tumultos habían sido suscitados mucho más por razones económicas que por la ebullición política. Poco a poco toda Italia fue calmándose, mientras se realizaban los procesos contra los arrestados y, recobrado el aliento, en diversos sectores de la burguesía comenzó una ola de críticas contra la conducta del gobierno presidido por Rudini. Este, con fecha 16 de junio de 1898, presentó su renuncia y fue sustituido por el general Pelloux.

Si éstas eran las condiciones de Italia en general a fines de siglo, concentremos por un momento la atención sobre Tortona y sus alrededores.

"Las repercusiones del movimiento subversivo en Italia - escribe Don Sparpaglione <73> - se hicieron sentir en la zona tortonesa y no era posible sustraerse al vértice de la lucha política que invadía también lo religioso. Era lucha de clases, pero se convertía

también en lucha contra el Evangelio y la Iglesia.

"La masonería está por todas partes. Sobre las almas se cierne la tormenta roja del anarquismo, que en Tortona había levantado su bastión a raíz de la llegada de exaltados que, emigrando de otras regiones, se habían instalado en el barrio de San Bernardino. Cuando allí aparece un sacerdote, se alza un griterío que hace estremecer. Parecen aullidos de hienas y de bestias acompañados por insultos sarcásticos. ¿Cuándo llegará la hora en que la sociedad se vea libre del oscurantismo clerical? El niño observa y comienza a mirar al sacerdote como a un ser abominable del que hay que huir. En la casa no recibe instrucción religiosa; a la iglesia no va; en la escuela se le habla ya de librepensamiento. Y él, que aparentemente dispone de sí mismo a su antojo, pero que en realidad está enredado en el dominio de una voluntad pérfida que lo subyuga, suelta la lengua imitando los insultos, contento de poder descubrir en su propia fantasía algún término nuevo que lo consagre ante sus compañeros. El contagio se propaga. Si no se befa al sacerdote se es cobarde, falto de espíritu, no se tiene temple. Todos quieren ser los precursores del sol radiante del porvenir y, mientras tanto, desean poner en fuga a esas sotanas tenebrosas. Un epíteto llama al otro; los sinónimos ascienden desde el corazón a los labios. Hasta que, al fin, el hombre que trabaja blasfemando y que pasó junto al "cura" barbotando insultos, un buen día da el ejemplo y arroja la primera piedra. La iniciativa cunde. Los más valientes de la morralla hacen punta: piedras, tronchos de manzanas, nabos, todo cuanto llega a sus manos se convierte en buen proyectil. Con el tiempo la técnica se perfecciona y entonces, sí, se organizan partidas de "caza del cura", el cual, como es de suponer, limita sus salidas a las más urgentes.

"Pero hubo un "cura" que no se atemorizó, que enfrentó las injurias y la pedrea. No sólo no le importaron los peligros, los riesgos, sino que fue en su busca, no para tentar al Señor, sino porque anhelaba llegar hasta los más necesitados. Esperaba poder desarmar las iras, rehacer las conciencias, iluminar las mentes, ganando los corazones, venciendo el mal con el bien. Algunas piedras lo alcanzaron y se alegró con ello, pensando en Jesús y en San Francisco. Su sotana y su capa estaban cubiertas de fango, pero él, obstinado, continuaba su camino".

"Quienes no hayan vivido junto a Don Orione en aquellos primeros años - advierte Monseñor Cribellati - no pueden tener la visión perfecta del espíritu informativo de toda su obra y no pueden comprender su pasión impregnada de amor y sacrificio. Cada una de sus palabras era un grito de insurrección, en cada gesto se traslucía su fuego interior, y en cada acción un jirón de vida. Toda energía adormecida se vivificaba con su contacto y el afán de luchar ganaba los corazones y las mentes. Todos con él y por él habrían llegado hasta la muerte, puesto que comunicaba a las almas el fuego y el calor de Cristo" <74>.

Este, repetimos, es el punto de grandeza espiritual e histórico de Don Orione: en un contexto nacional que otros tienden a descristianizar en todas las clases y todos los aspectos, y que, por lo demás, no se muestra suficientemente activo en el campo de los problemas sociales que le incumben, él interviene "extremadamente" con un doble intento: salvar almas para Cristo, ayudar moral y materialmente a los necesitados haciéndoles justicia y caridad; e inclusive a aquellos que, trastornados, maldicen a Cristo y a la Iglesia.

<71> "Don Orione", Nueve perfiles, Roma, 1973, pág. 21. <72> Consultar también para los datos anteriores y subsiguientes: Leo Valiani, "La lucha social y el advenimiento de la democracia", en "Historia de Italia", vol. IV, pág. 509. UTET, Turín 1960-1961. <73>

"Queridísimo Don Orione: después de tantas súplicas y lamentos al Espíritu Santo, al Sagrado Corazón y a nuestra buena y santísima Madre de María para obtener una gracia, lee ésta, colócalas sobre el altar delante del Santísimo Sacramento, reza, y me ayudarás con una respuesta según la inspiración que habrá de darte nuestro amoroso Jesús. He comprado una casa grandiosa en San Remo y me propongo utilizarla con fines piadosos. Como en la ciudad existen florecientes escuelas comunales, gimnasio, liceo, inclusive técnicas, no me atrevería a inaugurar otras escuelas, sino solamente un internado o, como le llaman hoy, un pensionado. Los señores benefactores de la ciudad me lo piden, y hace falta un pensionado para educar, custodiar y conducir a las escuelas públicas a los pupilos...".

El Obispo explicaba que el ambiente ciudadano estaba plagado de turbias corrientes arreligiosas o antirreligiosas o de ramificaciones protestantes.

Don Orione respondió: "...He puesto su carta a los pies del Señor, como usted me ha escrito, y le he rogado a Jesús que decidiese; me puse a sus pies, dispuesto a hacer todo lo que pudiera por usted. Y día tras día, a medida que rezaba, me parecía que Jesús quería este gran bien por el alma de tantos hijos, y el bien que vendrá me parecía tan grande...".

Si hubiera dependido de él pronto habría tomado una decisión favorable: en cambio, pasó el verano esperando que Monseñor Bandi se decidiese positivamente.

Este comenzaba a vacilar frente a la multiplicación de los compromisos asumidos; quizá era justamente su cansancio el que le impedía conservar un ímpetu incondicionado en las iniciativas... Don Orione, entre tanto, le escribía: "En estos días he procurado dejar todo el asunto en el corazón de Jesús y trataré de no considerar la cosa más que en su presencia. ¡Ay de mí! Si no existe una voz potente gracias a ala cual pueda descansar tranquilo, la voz de Dios que me diga: - Sí, ¡debes hacerlo! -, yo, por mí, no tengo coraje para alejar a uno solo de los hijos que la Divina Providencia me envió...".

Por lo demás, también actuaba en favor del Pensionado de San Remo otro argumento expuesto por Monseñor Daffra: "Tener un pensionado de la Providencia en la Riviera facilitará la vida a los jovencitos más necesitados por razones de salud...". Este era el sueño: los muchachos pobres y enfermos, poder curarlos "en casa propia" y en un clima que diera envidia a los millonarios.

Se mantuvo a la espera, rezando; después de cierto tiempo estuvo en condiciones de escribir una carta al Obispo de Ventimiglia en que se transparentaba su alegría: "Hodie facta est tranquillitas magna! Todo está en orden, y no sólo para San Remo sino también para esta pobre Obra de la Divina Providencia... El Señor Obispo, ahora, está contento y bien dispuesto como quizá no lo había visto nunca. Verdaderamente, aquí se advierte el dedo de Dios, y, por cierto, las plegarias de usted, veneradísimo Monseñor.

"Hoy, pues, estoy en libertad para iniciar el trabajo de propaganda para San Remo... Mañana o pasado mañana recibirá solicitudes de ingreso...".

Agosto y setiembre transcurrieron en una considerable actividad preparatoria del futuro pensionado: ahora la apertura tenía un plazo próximo, comienzos de octubre, y el primer pensamiento correspondía a la elección del Director. Monseñor Daffra ambicionaba tener a Don Orione, Monseñor Bandi no podía consentir que las importantes obras iniciadas en Tortona permaneciesen acéfalas... Don Orione pensó en Don Sterpi, el más apto para la tarea: pero ¿cómo privarse de él en la Obra de la Divina Providencia?

extensa Nápoles. A las ocho desembarcaron y Don Orione los condujo a un albergue para que se recuperasen de los malestares sufridos durante la noche; los que pudieron revolotearon por la ciudad y visitaron las cosas lindas: el Duomo, el Palacio Real, varias iglesias, las calles principales...

Mientras tanto, él aprovechó para escribir a su Obispo Monseñor Bandi, y desahogó en la carta la plenitud de sus sentimientos:

¡Jesús! ¡Almas! ¡Papa! "Veneradísimo y carísimo Padre en Jesucristo,

"Le escribo desde Nápoles, donde llegué hace algunas horas. No le escribí más, desde hace un tiempo, porque al llegar D. Cristiani a Noto me dijo que debía llevarlo a Vigevano. Luego mandé ese telegrama a Tortona pero no sabía si usted había ido ya a Tortona. Le había telegrafiado, querido Padre, que vendrían ocho, pero en cambio me vine con once. Usted, querido Padre, si cree que debe perdonarme, perdóneme porque no lo hice adrede. El Señor ha conducido a casi todas las almas de aquella buena ciudad hacia nosotros, sus pobres hijos y siervos, de modo que todo el Seminario quería y hubiera querido venir, e inclusive el Vicario General, santa persona graduada en varias facultades de Roma, formuló e; pedido que acaso convenga aceptar así como otro canónigo de la Catedral, habiendo obtenido una gracia del Señor , le manda a nuestra querida madre, la Virgen de la Providencia de Tortona, su mitra y su anillo, en señal de consagración a la Obra de la Providencia.

"El sólo espera que usted le diga que venga, y viene.

"Querido Padre mío en mi querido Señor Jesús, le escribo desde aquí y lloro de amor a nuestro queridísimo Señor Jesús, grande con nosotros sus pobres pecadores. ¡Ah, qué grande es el Señor! Sin embargo, yo, en este momento, sufro de soberbia, oh querido Padre, y querría que me pusiera usted un pie en la cabeza y que todos los hombres me pusieran un pie en la cabeza y me aplastasen a los pies de Jesús. ¡Qué grande es la misericordia del Señor Jesús!

"Usted, querido Padre, me envió una larga carta con Don Cristiani, en la que me decía estar muy cansado y que rogaba al Señor le concediera la gracia de poder decir también usted con San Pablo "¡Cursum consummavi!".

"Querido Padre, ¡cuánto lloré sobre sus palabras de cansancio! ¡Querido Obispo y Padre mío, por qué no podré darle toda mi juventud y toda mi fuerza y toda mi sangre para reconfortarlo, querido Padre en el Señor! ¡Reciba al menos todo mi amor de hijo y todo mi pobre corazón, y tenga coraje! ¡Le amaremos tanto que su cansancio desaparecerá y usted, Padre nuestro, vivirá por mucho tiempo! Le confirmo y le repito con todo mi ser mi total consagración a Jesús en sus santas manos..." <82>.

A las 13 partida por mar, viaje encantador de veinticuatro horas, desembarco en Génova, visitas a las iglesias y a varios monumentos, y luego a la estación y en tren hasta Tortona, donde llegaron a las 17.30.

Los alumnos del "Santa Clara" estaban formados en el andén de la estación aplaudiendo: Don Sterpi, los clérigos Risi, Rota, Cremaschi, les dieron la "bienvenida" de la hermandad, luego volvieron a casa todos juntos cantando "Alegría de los fuertes...".

El 3 de junio de 1899 salió de San Remo una carta de Monseñor Daffra, Obispo de Ventimiglia:

"Don Orione", págs. 115, 116. <74> En enero de 1898, escribía a un amigo sacerdote; "Por ahora, piensa en convertirte en un buen sacerdote. ¡Ser sacerdote! Lo sé; sólo el nombre de sacerdote mueve a insultos a los tontos del vulgo y a las almas viles que gobiernan; los sacerdotes son considerados como las momias del siglo XIX; el verdadero sacerdote vive hoy del sacrificio y es sacrificado. Y justamente por eso nosotros seremos sacerdotes; queremos y debemos ser santos y valerosos sacerdotes. La impiedad deberá temblar ante nuestra mirada. ¡Valor y adelante: siempre en el bien!

"¡Jesús, Almas y Papa! Vivir y morir por Jesús; vivir y sacrificarse por la salvación de nuestra alma y de las demás; vivir y sucumbir como héroes por las santas razones del Papa que se identifican con los sagrados derechos de Cristo: tal el programa de los Santos. Hagámoslo nuestro. Acción y plegaria, sacrificio y coraje. ¡Adelante, oh hermano, el porvenir pertenece al catolicismo!". Y después de otras ardientes expresiones de amor al Papa, firmaba: "Luis de Jesús-Papa". ("Biogr. Don Orione", vol. 1, págs. 611-612).

XII - Fundación en Sicilia

A las dificultades de carácter ideológico-político, es decir, a las dificultades "italianas", se agregaban, en el caso de Don Orione, desde hacía tiempo, dificultades mucho más circunscritas pero también más internas e igualmente sentidas: los altos y bajos en las relaciones con Monseñor Bandi.

Se trata, en efecto, de altos y bajos. Ya entre 1896 y 1898 se anunciaban, como hemos dicho, desigualdades de valoración y de humor, al menos aparentes, en el gran Obispo, debidas en parte notorios síntomas de mala salud (que en los años siguientes, especialmente desde 1902 en adelante, se harán sentir aún más), en parte a las críticas pronunciadas por varias personas de la curia, o más genéricamente eclesiásticos, y en parte también a los verdaderos puntos de preocupación que las obras orioninas planteaban en sus comienzos.

"Monseñor Bandi - escribe uno de sus biógrafos <75> - sabía ser Obispo y sentía el peso de sus propias responsabilidades; por ello, amaba y quería la disciplina, el equilibrio, el orden; en tanto que a Don Orione el ardor por hacer el bien lo llevaba a una exuberancia de obras y a una multiplicidad de formas que, a veces, no le permitía cuidarse de la norma común y los matices, lo que podía crear cierta divergencia de perspectiva y modalidad entre el Obispo y él; el uno, llevado por una llama incontenible de caridad, quería lanzarse a la acción sin descansos; el otro, se esforzaba por frenarlo para dar una mayor consistencia y eficiencia a sus obras; pero uno y otro apuntaban hacia las mismas metas".

Era inevitable, por ello, que los episodios de benevolencia se alternasen con los episodios de "rigor": el Obispo estimaba y amaba a Don Orione y justamente por ello estaba convencido de que debía orientarlo hacia una sensata finalidad: algo que el Obispo no entendía era cómo Don Orione se alejaba del Santa Clara - donde se lo necesitaba permanentemente - para ir a predicar a otros lugares...

Don Orione lo hacía ante todo para multiplicarse en el servicio de Dios, y luego para conseguir por medio de las predicaciones un cierto alivio a su gran miseria económica; pero el Obispo veía las cosas de otro modo.

En febrero de 1898 Don Orione fue a predicar a Montecalvo Versiggia una misión al pueblo. Se encontró solo; los otros predicadores, por distintas razones, no habían ido, y debió ocuparse de la parte que les correspondía a otros tres, haciendo cuatro o cinco sermones por día... Monseñor Bandi se enteró, y le mandó un billete a Don Sterpi al Santa Clara: "Desde el momento que Don Orione tiene tiempo para irse a dar vueltas, quiere decir que no tiene ya necesidad de tu trabajo; por lo tanto, he pensado en mandarte como capellán a Mornico..."

Fue un rayo en el cielo sereno. Don Sterpi, con orden de partir de inmediato, avisó a Don Orione, y en seguida Don Maloberti, párroco de Montecalvo, corrió a lo del Obispo para interceder..., pero el Obispo respondió: "Quod scripsi, scripsi..."; sólo aceptó que Don Orione, a quien había ordenado volver a casa, cumpliese la misión. Don Sterpi debió obedecer y ponerse de acuerdo inmediatamente con el párroco de Mornico, y fue, como él mismo escribió, "una dura obediencia. Por suerte, conociendo la magnitud del trabajo que teníamos en Santa Clara, el párroco de Mornico me dijo: 'Pongámonos de acuerdo: vendrás el sábado por la tarde, estarás aquí el domingo y luego volverás a irte el lunes

XIII - Retorno desde Sicilia

Fundación en San Remo - Fundación de los Eremitorios

Monseñor Bandi autorizó a Don Orione a recibir en la Obra de la Divina Providencia a los seminaristas de Noto y a llevarlos a Tortona. La mañana del 20 de octubre los viajeros de Noto se reunieron en el palacio episcopal y el Obispo celebró la Misa, dio los últimos consejos y formuló conmovido sus augurios de Padre.

A las 9.30 dejaron Noto, a las 18 llegaron a Messina donde se embarcaron en un vapor mercantil de la Florio-Rubattino que zarpó a las 21 hacia Nápoles. Noche nublada, anunciadora de lluvia; las luces del puerto parecían aceitosas, al contemplarlas reflejadas en el espejo casi inmóvil del puerto; pero apenas la nave estuvo en el canal, lluvia tupida y ráfagas de viento: la claridad de la luz desapareció tragada por la noche borrascosa y el vapor se balanceó con violencia.

La mayoría de los jóvenes que Don Orione conducía jamás se habían alejado de la isla; la impresión de la tempestad venía a incidir sobre la intensa conmoción que ya los dominaba. Don Orione se comportó como un padre, los animó, los mantuvo alegres en la medida de lo posible y, sobre todo, logró trasmitirles, en aquel momento, la carga de fe y de esperanza que lo poseía. Así tuvieron oportunidad de experimentar muy pronto la nueva guía que habían elegido.

Aún era de noche cuando salieron del canal al mar abierto. En alta mar el cielo estaba casi despejado pero la agitación no había cesado. Algunos de los jóvenes sufrían mareos y permanecían inmóviles, a la espera de que las aguas se calmasen.

Las estrellas aparecían cada vez más nítidas entre cúmulos de niebla en fuga, el viento soplaba decidido, casi helado; a cierta hora, hasta los más resistentes se fueron a descansar y Don Orione se quedó en la cubierta a contemplar el firmamento que despejándose se espesaba.

La misión de Noto, las dos obras rápidamente instauradas (Pensionado y Colonia), la esperanza de una tercera fundación, los eremitorios, y aquel humilde intercambio de jóvenes entre el Norte de Italia y Sicilia, jóvenes apóstoles, almas fieles a Dios... ¿No era el verdadero y único modo de unificar Norte y Sur - gran cuestión de aquellos días a la que políticos y economistas insignes se dedicaban apasionadamente - y de "hacer" italianos? ¡Qué fácil resulta todo en Dios! No el interés, sino la caridad es la que une a los corazones en la gracia, y todo es gracia si se persigue el verdadero valor de la vida.

Todo era obra de Dios. En la soledad nocturna escuchó el golpear de las olas espumosas en los costados de la quilla; la nave avanzaba con rapidez...

"Hacia ti, Señor... - murmuró - siempre hacia ti, siempre al encuentro de Cristo, para instaurarlo todo en Cristo, dondequiera que sea y siempre por Cristo, para unirnos a Cristo".

Un estado de conciencia inexpresable le colmaba el alma, una felicidad sobrenatural en la que anticipaba la aceptación de todas las fatigas y sufrimientos que tenía por delante: las acogía, las amaba a todas en Cristo.

Los jóvenes se despertaron con la visión del Vesubio que humeaba al lado de la

Por casualidad llegó hasta la iglesia Don Orione, con algunos muchachos. Monseñor Bandi lo llamó, y le rogó que subiera al púlpito; él se mostró reticente pero se dominó y obedeció, y fue a la sacristía, lleno de polvo y sudor; se puso el sobrepelliz y la estola, besó el anillo del Obispo y subió por la escalera del púlpito, acompañado por el clérigo Savoldelli; antes de subir sacó un rosario de enormes cuentas y se lo dio al joven diciéndole: "Savoldelli, recita el santo rosario...; yo predicaré y tú continuarás el rosario...". Subió y habló de tal modo que el auditorio permaneció atónito y embelesado por la intensidad y la elevación de sus palabras, sobre todo por la gran llama de amor que se desprendía de su voz, de su discurso, de su aspecto. A la siesta, el Obispo lo condujo al salón del seminario repleto de clérigos y lo invitó a pronunciar unas palabras de despedida; a lo que Don Orione, con su tono inspirado, respondió: "Soy como el niño de la Biblia... a, a, no sé hablar (Jer. 1,6)...: digo solamente que el Señor multiplique sobre el Excelentísimo Obispo Monseñor Bandi, el Obispo de la Acción Católica, sus bendiciones como las flores de la tierra, como las estrellas del cielo" (Memorial Savoldelli, 13, III; "Don Orione y la Virgen", pág. 987).

El 30-31 de agosto y el 1º de setiembre de 1898, Monseñor Bandi realizó en Tortona el Sínodo Diocesano. En el artículo segundo, hizo votos para que el Instituto de la Divina Providencia "para gloria de Dios y salvación de las almas, se propague y florezca cada día más. Además, sus sacerdotes, por cuya obra surgió y creció, reciban una especial declaración de nuestra benevolencia". <78> Nació en 1831 en Palagonia (Catania); elegido Obispo de Noto en 1875. Poseía dotes extraordinarias para el púlpito y la oratoria sagradas. Cuando la Santa Sede quiso promoverlo a Arzobispo de Siracusa, suplicó cuatro veces no lo trasladaran de Noto. Participó en varios congresos regionales católicos, y fue apreciado por su cultura. Realizó uno en Noto, en 1903, en que participaron el Cardenal Nava de Catania, los obispos de Caltagirone, Caltanissetta, Plaza Armerina, Girgenti, e ilustres personalidades católicas de la época, como Don Luis Sturzo, Don Rómulo Murri, Jannelli, Parlanti, Grassi, Gandi, etc. <79> "La Obra de la Divina Providencia", 18.9.1898: "Dirigirse, preferentemente hacia el pueblo desheredado...". El insigne Obispo sentía con profundidad el problema social y este sentimiento lo mancomunaba con los más agudos sociólogos de la época; él mismo trataba de alentar en los jóvenes la vocación social; Luis Sturzo nos brinda un testimonio precioso respecto a ello: "Lo conocí. Cuando era estudiante debieron enviarme de Caltagirone a Noto, donde el aire era mejor (fue para mí el primer desgarrón, también porque tenía una hermana gemela). Y mi salud mejoró; pero no sólo eso. Yo me inclinaba por la filosofía y las letras. Fue él quien me entusiasmó por cosas más adecuadas al sacerdocio: la teología y la sociología. Me inflamó de manera sobrenatural por ambas disciplinas: la primera, entendida como ala hacia Dios y las cosas divinas; la segunda, como ayuda para desarrollar una proficua misión en pro del pueblo y de la gente pobre" (ND 8-22, Ed. Orionea: "La scheggia di Montepellegrino", pág. 75). <80> "Don Gaspar Goggi", Roma 1960, págs. 82 y s; memorial Bonfiglio 12. IV. <81> Memorial Bonfiglio, 12, IV; A. 6 pág. 226; "La Croce", Nápoles 1895.

por la mañana...'. Y así se hicieron las cosas durante un año y medio...".

Pero ante la noticia de la orden episcopal, Don Orione reaccionó escribiéndole a Don Sterpi la siguiente nota: "Querido Don Sterpi, he recibido la carta; no tenga miedo; todo lo que sucede es para nuestra santificación y por disposición de Dios; les escribo al Obispo y al párroco de Mornico... Coraje, hijo mío querido, os bendigo a todos".

Y al Obispo le escribió: "...Porque así lo siento por la caridad de Dios, estoy dispuesto a suscribir a cuatro manos lo que estuviese en los deseos de Su Excelencia, expulsando de mi espíritu así como de mi pensamiento, por ahora y para siempre, cualquier cosa en contrario que pudiese sentir, feliz por dentro y por fuera de hacer cuanto usted, como Padre, crea bueno sugerirme".

Y, refiriéndose a la queja del Obispo porque se ausentaba para predicar, agregaba: "No se trata de que yo me ausente del Instituto para descuidar a mis hijos y porque abundase el personal; todos saben que somos poquísimos y ninguno lo siente más que yo. Y desde antes de la Navidad que ya no me siento como otrora; hace ya algún tiempo que estoy fatigado por los dolores: he padecido y padezco un gran insomnio, por lo cual muchas noches las paso rezándole a la Virgen y diciendo innumerables Aves Marías; no duermo más que unas pocas horas; por momentos la cabeza me da vueltas y más vueltas; a veces me sentí y me siento presa de tanta melancolía que me pongo a llorar, como un niño... Escuche, querido Padre en el Señor, haga como quiera, mereceré cualquier castigo, pero estoy ya tan afligido que, si quiere ahorrarme este dolor, haga una gran caridad... Permita que, por amor a Jesucristo, le manifieste que me parece que el Señor le dará mayores consuelos y una muerte más dulce, si Su Excelencia se muestra caritativo para con los hijos de la Divina Providencia..." <76>.

Con respecto a las condiciones de vida concretas, materiales, del fundador y de sus colaboradores inmediatos, él mismo escribirá después de muchos años: "Hemos pasado momentos difíciles, horas dolorisísimas, horas de agonía. Vosotros estáis ahora en el oro, entre algodones... No tenéis idea de lo que sufríamos"; y Don Sterpi: "¡Cuánta hambre y cuánto frío entonces!... El domingo íbamos a decir misa a Godiasco. A la mañana temprano partía con un gran brol - una pobre bestia - y marchaba muy despacio desde Tortona a la aldea, 18 kilómetros... En invierno las manos se congelaban y era preciso dejar las riendas".

Una de las razones de tanta miseria consistía también en el hecho de que muchos de los alumnos del Santa Clara no pagaban. Don Orione mostraba su generosidad recibiendo a los muchachos con sólo percibir en ellos una chispa de vocación, y se guiaba por el criterio de que "quien no tiene, debe ser preferido"; como compensación "el que tiene, debe dar cuanto puede". Estos principios creaban una dinámica de continua carencia en el Santa Clara que, sin embargo, era resuelta constantemente por la generosidad de quien gozaba de algún bienestar... Equilibrio inestable, pero fundamentalmente seguro justamente por su apertura providencial y sobrenatural.

Mientras tanto, el Obispo apreció, admiró la humildad de Don Orione, terminó por aceptar la dedicación sólo semanal de Don Sterpi en Mornico y le demostró a Don Orione una renovada y plena benevolencia <77>.

Justamente por aquellos días le llegó a Don Orione la invitación para una fundación fuera de la diócesis de parte de Monseñor Blandini, Obispo de Noto en Sicilia: primer paso importante, seguido por tantos otros, y del cual precisamente por este

carácter, conviene estudiar los breves antecedentes.

Ya en julio de 1895 Don Orione había iniciado la publicación del periódico "La Chispa", y el 15 de agosto de 1898 hizo imprimir el primer número de un nuevo semanario: "La Obra de la Divina Providencia".

Un ejemplar llegó a Noto, Sicilia, a manos de Monseñor Blandini, quien era un Obispo inteligente <78>. Crispi decía de él: "Si no tuviese la cruz pectoral le cedería mi puesto". Cuando le daba hospedaje en Roma ponía a su disposición la carroza ministerial de modo que los liberalones anticlericales que iban por la calle, al reconocer el carruaje del político hacían grandes reverencias y luego se daban cuenta de que quien estaba dentro era un Obispo.

Y bien, Monseñor Blandini, después de haber leído el modesto boletín de Don Orione, le escribió esta carta:

"Egregio y Reverendísimo Señor

"Me llega por correo un folleto en que se comentan los nombres de los alumnos puestos al cuidado de S.S. Reverendísima bajo la especial tutela de la Divina Providencia.

"Leyéndolo, se me ha ocurrido pensar en ofrecerle a S.S. Reverendísima una casa contigua al palacio episcopal, donde existe todo lo necesario para mantener un pensionado de 60 alumnos.

"Allí estuvo, en realidad, el Seminario que hice trasladar a las afueras de la ciudad, y una pensión para laicos. Me complacería mucho que S.S. Reverendísima aceptase mi humilde oferta, que consiste en dar no sólo dicha casa limpia, céntrica y aireada, etc., con todas las comodidades necesarias para la vida, sino también todo el mobiliario: camas, muebles, utensilios de cocina, oratorio, etc. Daría además, por ahora, 500 liras anuales en carácter de donación para que se abriese en octubre próximo el pensionado a beneficio de los hijos del pueblo, con una renta módica, considerando que aquí los alimentos son baratos. ¿Qué dice S.S. Reverendísima? También yo comprendo que hoy es necesario inclinarse preferentemente hacia el pueblo desheredado y volver a llevarlo hacia Jesucristo mediante la sana educación y la suficiente instrucción..." <79>.

La carta de Monseñor Blandini llenó de alegría a Don Orione: "¡Cuánta bondad hay en el Señor!...", repetía con lágrimas en los ojos. Rápidamente se informó acerca de las condiciones generales de la ciudad de Noto; existían allí varios institutos escolares, el Técnico, el Gimnasio, el liceo, el Magisterio: hacia 1644 había sido fundado un Colegio-pensionado por el párroco de entonces, Pietro Ragusa, dirigido luego por los padres Jesuitas desde 1695 a 1860. Expulsados los Jesuitas en 1860, el instituto cayó en manos de educadores antirreligiosos e improvisados. Por esta razón, Monseñor Blandini había fundado en 1891 en su mismo palacio episcopal un instituto para los jóvenes, al que llamó "Colegio San Luis", instituto confiado a los sacerdotes del lugar. Después de algunos años, y no habiendo resultado eficaz la dirección en la formación de los seminaristas, el Obispo se propuso confiar el instituto a una congregación religiosa, y se dirigió a Don Orione.

Este sintió todo el valor providencial de la oferta y pidió consejo a Monseñor Bandi.

El momento era apropiado. Monseñor Bandi, para no impedir a la lejana diócesis de Noto la posibilidad de un gran apostolado, dio su consentimiento.

El 14 de setiembre de 1898 Don Orione zarpó de Génova rumbo a Sicilia en compañía de los clérigos Lorenzo Piana y César Del Vecchio. Gaspar Goggi, que debía quedarse en Liguria, lo acompañó hasta el puerto. Antes de bajar al muelle los cuatro cenaron alegremente, y Goggi contó que Don Orione estuvo particularmente vivaz. "Está muy contento - escribe Gaspar -; me dijo que la caridad de Jesucristo le hace parecer nulo el dolor de dejarnos; está realmente muy bien, a pesar de la jornada borrascosa que pasamos hoy".

Después de la cena se embarcaron en el "Persia", un velero equipado con motor, y Goggi se quedó a bordo con los viajeros por más de una hora, antes que se levasen las anclas. Lorenzo Piana y César Del Vecchio se hacían los fuertes, pero en sus ojos apuntaban lágrimas que afloraron en el momento de la despedida. Entre tanto Don Orione escribió algunas esquelitas para enviar a varias personas y se las encargó a Gaspar; éste se encaminó a la escalerilla y descendió.

La nave se puso en movimiento, Don Orione hizo otra esquelita que arrojó a Goggi, pero el papel cayó al agua.

Hasta que los palos y las velas del Persia dejaron de verse, Gaspar permaneció entre las luces del puerto; luego volvió a su casa e hizo unos apuntes escribiéndole a Don Sterpi las impresiones y detalles de ese día y esa hora <80>.

Treinta y dos horas de viaje, un mar espléndido en la partida, y tempestuoso en cambio en algunos puntos del Tirreno.

Desembarcaron en Noto el 17 de setiembre, y poco después Don Orione fue recibido por Monseñor Blandini. Encuentro cordial, repetido los días siguientes, empleados en diversas conversaciones exhaustivas respecto a las posibilidades y dificultades: todo cuidadosamente valorado. El acuerdo resultó pleno, y hasta por partida doble: Don Orione quedó encargado de dirigir el instituto San Luis para niños pobres, y el Obispo le donó una propiedad que adquiriera en la zona de Lanzavacche, apenas saliendo de Noto, para que allí se instalara una colonia agrícola.

Al concluir la jornada, la cena se desarrolló en el seminario diocesano, y en el momento del "brindis" Don Orione habló, presentado por el Obispo... No pocos clérigos, fascinados, pidieron asociarse a su misión, y Monseñor Blandini afirmó: "Si algún clérigo se siente llamado por Dios a seguir a Don Orione, le daré permiso de buena gana; después si quiere volver, las puertas del seminario siempre estarán abiertas para él...".

Por la noche, varios clérigos fueron a hablar con Don Orione en su habitación, junto a la del Obispo. Durante las conversaciones el fundador evaluó los pedidos de quienes querían seguirlo: a algunos postulantes los aceptó, a otros les aconsejó continuar los estudios en el seminario diocesano.

Avanzada la noche los coloquios se suspendieron para que el huésped pudiera descansar, pero en la mañana siguiente, después de la Misa, recomenzaron. Aclaradas las cosas, los clérigos aceptados por Don Orione obtuvieron permiso para volver con sus familias y obtener consentimiento de sus padres <81>.

<75> Rognoni: "Mons. Igino Bandi", pág. 93. <76> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 133, 136 y ss; fasc. Venturelli, pág. 822. <77> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, pág. 135. "El 28 de junio de 1898, en una jornada sofocante, el Obispo se encontraba en el Santuario del S. Corazón en Stazzano. Era una fiesta solemne, pero el predicador faltó.

Pero, en la mañana del 28, Don Orione tomó una decisión repentina: fue a ver a Monseñor Bandi.

"El Obispo - contó luego - me pidió le dijera qué pensaba de la orden dada. No respondí. Me pidió mi parecer:

- Así lo ha creído conveniente, su Excelencia. ¡Así sea!

- Pero dime, por obediencia, lo que tú piensas.

- Excelencia, si me lo ordena, me pongo de rodillas y se lo digo de rodillas...

- De rodillas o de pie, ¡dime qué piensas!

Don Orione se arrodilló, conmovido; era el momento más dramático del complejo caso:

- Pienso que mañana Su Excelencia no podrá, en conciencia, celebrar la Misa..."

A continuación hubo un silencio.

"Donde terminaba la mano del hombre - escribió Don Orione -intervino visiblemente la mano de Dios...".

Monseñor Bandi acogió la nueva inspiración que le iluminaba la mente; su rectitud, su apertura, su humildad, le permitieron no turbase ni irritarse y sí mantener íntacta la superior ductilidad de su espíritu. En un abrir y cerrar de ojos se le representó el complejo drama vivido hasta entonces, sufrido por él mismo con intenciones puras y nobles; fue una recapitulación rápida, desde los comienzos; pero en todos esos recuerdos alentaba un nuevo soplo; se retomó la conversación y todo fue aclarándose hasta hacerse más nítido, más íntimo.

Don Orione pudo explicar, entrar en lo vivo de los hechos, devanó ovillos que habían permanecido anudados, mostró lo real y lo imaginario, lo objetivo y lo subjetivo... Monseñor escuchó, interrogó y pudo meditar...

"En los otros tres cuartos de hora Dios tendió una gran aura de serenidad entre Monseñor y yo; comprendió algunos errores en que había caído, me confirmó su confianza exteriormente y, debo decirlo, también interiormente, y la abundancia de la Misericordia divina se derramó sobre mí".

La confianza inquebrantable que abrigaba Don Orione, es decir la de que la Obra de la Divina Providencia era querida realmente por Dios, se difundió desde su alma a la de Monseñor. El mismo 28 de enero de 1903 el Obispo escribió a Don Orione una pequeña esquela: "Queridísimo en el Señor, bendigo tu obra para que prospere y se propague por el bien de las almas y la mayor gloria de Dios. Que la Virgen Inmaculada acoja bajo su patrocinio a tu persona y a tus colaboradores. Reza y haz rezar por mí, oprimido por el dolor y por el peso de la cruz..." <100>.

Señalamos una superior "ductilidad" espiritual en el Obispo; nos parece que el diálogo relatado, recogido de los labios de los protagonistas, merece un momento de meditación.

Don Orione se destaca en él por la humildad y total simplicidad y el amor a la verdad; este amor, en él, se convierte en ardor y abandono a la más completa sinceridad; se atreve a decir a su Obispo lo más difícil que se le podía decir, pero lo hace con tanto

Lorenzo comprendía. A través del compañero se le revelaba el mundo fascinante de la hermandad en Cristo. Su alma acogía la gracia que se revelaba e iba precisándose gradualmente en la vocación sacerdotal.

Fue elegido director de la Capilla Marciana de Venecia. Desde allí pronto llegaron a Tortona noticias extraordinarias: el clérigo músico ascendía con grandes honores, el Patriarca Saro lo invitaba al palacio episcopal y jugaba con él a los naipes. El torbellino de la gloria amenazaba con trastornarlo; ¿qué había ocurrido?

Papá José, austerísimo, temblaba por aquel hijo que, entre Palestrina, Bach y Pegolesi, fumaba y jugaba a los naipes. Por desahogarse y por instinto de ayuda, le hablaba a Luis Orione y éste, a su vez, enamorado de una ascesis y una renuncia integrales, también se estremecía pensando en el amigo... "Mil veces mejor - decía el padre - hacerlo volver a casa y encerrarlo en la protección de una vida ignorada de provincia"; Orione, pensativo, callaba.

De modo que estos dos buenos protectores a distancia, José y Luis, se propusieron salvar al amenazado... Un día Luis tomó papel, pluma y tintero y escribió una cara destinada a quedar en la historia, dirigida no ya al protagonista de los hechos, sino al Cardenal Patriarca en persona. Muchos años después comentará: "Yo, desdichado de mí, tuve la insolencia de escribir - ¿comprendéis? -, de mandar una carta al Cardenal Patriarca de Venecia...".

En realidad, en el escrito le suplicaba vigilase al clérigo Lorenzo, que fuera severo con él, muy severo, que no le pusiera las cartas en la mano, y nada de humos, ni de gloria ni de cigarro o cigarrillo. La carta llegó a destino, el Patriarca la leyó, la... meditó, y con su grande y delicado espíritu comprendió todo: intuyó que en la lejana Tortona existía un clérigo llamado Luis Orione que se tomaba en serio el asunto de la mortificación.

Guardó la carta en un libro para conservarla. Cuatro años más tarde la potencia de Lorenzo estalló: transferido a Roma, compuso, uno tras otro, los oratorios más insignes de los siglos XIX y XX: la Pasión, la Resurrección de Lázaro, el Juicio Universal, el Transitus animae; fueron dos, tres años maravillosos de genio, de pasión, de creación, casi hasta la consumación de sus fuerzas; el mundo estaba atónito.

Algunos años después, en 1904, el clérigo denunciante y admonitorio, Luis Orione, convertido en un pobre sacerdote de la Divina Providencia, será recibido en una primera audiencia - palpitación y alegría - por el nuevo Papa Pío X:

- ¿Orione? - sonreirá el Pontífice - ya nos conocemos, me parece...; ah, sí, a causa de la carta...

- ¿De qué carta, Santidad?... - balbuceará, después de haber comprendido perfectamente Luis, rojo hasta la punta de sus puntiagudas orejas.

- Sí - explicará el Papa, - por el momento no hemos traído con nosotros muchas cosas desde Venecia, pero sí algunos libros, y en uno está conservada vuestra carta...

Primer encuentro entre dos almas espléndidas, primero de una serie que traerá ríos y ríos de consuelo a un mundo cansado y agobiado.

Lorenzo, convertido en el gran Perosi, atrapado en íntimos y angustiosos problemas, encontrará en Luis Orione consuelo y orientación iluminadores como hojas que cortan nieblas y nudos; estará en deuda con Orione por su valiosísima ayuda en los

momentos más borrascosos.

Permítasenos introducir un anticipo, a simple título de divulgación curiosa y como anécdota: hacia 1930, Don Orione viajará en el directo Génova-Turín, en tercera clase, se entiende, y un compañero de viaje desconocido le buscará conversación:

- ¿Usted dónde baja, reverendo?

- En Tortona...

- ¡Ah, Tortona! Se hizo famosa Tortona en estos años.

- ¿Por qué?

- Por la grandeza que alcanzaron algunos de sus hijos, por ejemplo Perosi, Don Orione...

- ¡Humm! En cuanto a Perosi estoy de acuerdo; pero en cuanto a Don Orione... ¿usted conoce a Don Orione?

- No, pero de buena gana lo conocería.

- Quédese tranquilo. No pierde nada no conociéndolo: no sirve para nada, ¿sabe?, es un pobre hombre, que tiene ocurrencias, que causa molestias, se preocupa, y hace todo muy lentamente. Créame, Don Orione vale poco, por no decir nada...

Y mientras dice esto, el tren se detiene en la estación de Tortona y él toma la valija.

- Buen viaje. Que Dios lo bendiga y nos ayude siempre.

Bajó Orione y el viajero prosiguió, mientras él rumiaba a su ídolo Orione hecho añicos y con el ceño fruncido, pensando en el curita de mala lengua: ¿envidia, quizá celos? ¿O sabría en realidad cómo son las cosas y sabría lo que el público ignoraba? Hasta el día en que, viendo una foto en un diario, por casualidad, el buen hombre dio un brinco: - Pero éste... ¡éste es él! <86>.

Ahora retomemos el hilo de las fundaciones de Don Orione. El 28 de diciembre de 1899 Monseñor Bucchianica, Obispo de Orvieto, leyó en el diario "Italia Real" un artículo dedicado a las colonias agrícolas orioninas: era una verdadera exaltación. Se describían los sistemas modernos, racionales y el énfasis técnico y, al mismo tiempo, altamente espiritual.

Monseñor leyó y releyó. De pronto surgió en su pensamiento una amplia extensión de tierra, de propiedad pontificia, que se le había confiado, la hacienda Lazzarini en Bagnoregio, o, como entonces se decía, Bagnorea, más precisamente en la localidad "la Petrara", legada al Sumo Pontífice León XIII.

Por un instante, fue como soñar con los ojos abiertos la vio poblada por hombres y jóvenes dispuestos al trabajo y a la plegaria, recorrió los surcos oscurecidos por el arado...

El mismo día escribió a Don Orione ofreciendo a los "Ermitaños de la Divina Providencia" tierra, casas, posibilidades de crear una colonia agrícola. El 25 de agosto de 1900 llegaron al lugar los primeros religiosos orioninos: ermitaños y un clérigo dirigidos por Don Albera, convertido en el "Inspector" de las nacientes colonias eremíticas agrarias

sea también ella..." <99>.

Mientras tanto, las necesidades maduraban y se hacían compulsivas, la Obra no podía continuar así, privada de sus fuerzas eficaces, y sobre todo debido a que en su interior, más exactamente en su vértice, se insinuaba un resquebrajamiento. Don Albera (quien sin embargo en 1897 se había separado de la Congregación fundando por cuenta propia dos colonias agrícolas) había sido un valiosísimo colaborador de Don Orione, ahora, vuelto a la Obra orionina, se mostraba cada vez más convencido defensor de la orientación agraria. Se imponía una aclaración decisiva y el fundador invitó a Tortona para el 25 de enero de 1903 a Don Sterpi y Don Goggi, agregando: "Rezad y rezad para que no se haga otra cosa que no sea la santa voluntad del Señor".

La reunión tuvo lugar el 25 a la hora de la siesta; los cuatro (Orione, Sterpi, Goggi, Albera) discutieron respecto a los internos, es decir, si había que mandar a los muchachos a la escuela pública, cuidando la educación, contando para tal fin en cada pensionado con uno de ellos con título y educación necesaria para corregir ciertos errores que pudieran enseñárseles en las escuelas.

Luego pasaron a las colonias. Aquí se produjo un incidente. Después de discutir un poco, Don Albera dijo que no tenía intención de actuar así porque los demás "estaban en rebeldía respecto al Obispo".

Decidieron ir los cuatro juntos a ver al Obispo.

Había llegado la hora decisiva.

Los ánimos estaban caldeados, pero había una nota en común: anteponían el interés de Dios al suyo propio. Don Sterpi cuenta:

"Su Excelencia, Monseñor Bandi, nos reunió a los cuatro en el Obispado. Fueron tres días de discusiones; no recibía a nadie más, nos dedicaba toda la mañana.

"El primer día estaban presentes Don Orione, Don Albera, Don Goggi y yo. Se comprendía claramente que el Señor Obispo - en ese período - le tenía poca simpatía a Don Orione y estaba cabalmente de parte de Don Albera. El segundo día, Don Albera no participó. Estábamos los tres solos. El Obispo insistía en que no tenía confianza en Don Orione. Naturalmente, se trataba de confianza en sentido administrativo y de gobierno, porque por lo demás lo estimaba muchísimo. Al tercer día faltó también Don Orione. Así pues Don Goggi y yo nos encontramos frente a Monseñor Bandi que nos repetía su poca confianza en Don Orione y que debía darnos otro Superior.

"No nos oponemos - insistíamos Don Goggi y yo - a que su Excelencia elija otro superior; pero, como luego deberemos vivir con él, es muy necesario que cuente no solamente con la confianza de su Excelencia sino también con la nuestra.

"El hubiera querido poner a Don Albera en el lugar de Don Orione".

"Por lo demás - agregamos nosotros - somos dos sacerdotes de la diócesis de Tortona; en el caso de que el nuevo superior no gozase de nuestra confianza, nos retiraremos a nuestra casa, a la espera de la decisión de su Excelencia respecto a nosotros.

"Partimos como hijos serios y respetuosos. Nos dirigimos al "Santa Clara", decididos a pedir a Don Orione hospitalidad por esa noche, dispuestos a irnos a nuestra casa para quedar a la expectativa de las decisiones del Señor Obispo...".

que permanecen en los archivos; ¡es mucho lo que explican las minutas que encontramos registradas para esa fecha! "Crea Vuestra Excelencia que me encontraré frente a un gran problema; sin embargo, con ello no deseo ni remotamente disminuir la importancia de las disposiciones establecidas. Haga como quiera, que yo espero estar siempre contento con la divina gracia... Aunque me sienta abrumado por las inconstancias y los pecados, espero no obstante la ayuda de dios, y confío firmemente en el Señor para que no disminuyan en mí, vuestro muy indigno siervo, y en todos los pobres hijos de la Divina Providencia, la obediencia, la reverencia, la gratitud y el amor para con Vuestra Excelencia. Querido Padre, ayude a esta obra, porque no es mía: le pertenece por entero a la Virgen. estoy completamente seguro de que es de la Virgen, y la prueba es la gran misericordia que el Señor ha mostrado para conmigo...".

Debió ser un gran dolor también para el Obispo, que en el fono era todo corazón, y el sufrimiento atacó sin duda su sistema nervioso ya debilitado. Como hemos dicho, sufría un conjunto de perturbaciones - arteriosclerosis y fatiga nerviosa - que alteraban en ciertos momentos su fisonomía exterior; su corazón seguía intacto y grande, pero su modo de actuar parecía desigual, quizá drástico. El mismo, pasado el nubarrón, era consciente del problema; tan cierto como que un día Monseñor Novelli le preguntó: - Excelencia, ¿puedo preguntarle por qué, desde hace un tiempo, me demuestra una insólita frialdad? ¿Acaso cree que he cambiado con respecto a usted?

Y Monseñor Bandi: - No, es la enfermedad la que me pone así y la que me volvió diferente a como era antes, y además... tantas y tantas cosas... - y diciendo esto se llevaba la mano a la frente.

En un borrador de carta de Don Orione dirigida no sabemos a quién, se lee: "Un poco antes de recibir su carta, había estado con el Obispo, pero me dio tal lavada de cabeza que aún estoy un poco atontado, y por poco me veo obligado a irme, pues son muchas las preocupaciones que tengo de modo que me pongo tan estúpido que me entra el temor de volverme loco, pues me veo haciendo cosas que, si no estuviese en ese estado, no las haría, como por ejemplo saltearme la comunión de la sangre en la Santa Misa después de ciertas audiencias - le ruego no revelar estas cosas -aunque de todos modos me di cuenta e hice la comunión. Siento cansancio mental, no sé si me explico, y si recibo impresiones demasiado fuertes ya no entiendo más nada. Sé que el Obispo debe estar muy enojado conmigo, porque hace algún tiempo fue por allí un clérigo, y también estaban presentes dos párrocos, y sé que se habló algo del asunto; pero ahora, si tuviera que soportar un golpe fuerte podría echarme por tierra, tan fatigado está mi cerebro por todas las preocupaciones..." <98>.

No sabemos si esta minuta fue escrita antes o después que los clérigos orioninos entraron en el seminario diocesano, pero de todos modos, nos resulta fácil comprender estas "preocupaciones": prácticamente Don Orione ya estaba solo (o preveía estar solo a corto plazo) para supervisar, dirigir y animar el "Santa Clara", solo en el gobierno central de la Congregación, ramificada entonces en varias Casas muy alejadas entre sí: Don Sterpi se hallaba en San Remo, Don Goggi en Turín; Don Carlos Perosi, el futuro Cardenal, y Monseñor Novelli estaban entre los pocos que venían regularmente a confesar a los muchachos. Los clérigos, fuerza máxima del Instituto, habían partido hacia el seminario. Para una Congregación naciente, cuyas estructuras se hacía preciso apuntalar y reforzar, el golpe era duro. "No creía que se llegase a tanto - escribía Don Orione en otra minuta de carta - pero quiero decir que, si Nuestro Señor así lo dispone, es porque querrá hacernos santos de esta manera; si la prenda de Dios es la cruz, bendita

por ahora Mornico, la Frascata... <87>.

Pero llega un segundo pedido eremítico-agrario por parte de un prelado insigne, Monseñor Radini Tedeschi, que Don Orione había conocido siendo ya clérigo, y había escuchado con profunda admiración más de una vez en la catedral de Tortona y en diversas reuniones de la Obra de los Congresos, casi siempre a propósito del argumento específico que le interesaba: la educación cristiana de niños y jovencitos.

Monseñor Radini Tedeschi se hallaba a la cabeza de un comité formado en Roma, entre laicos, con la ayuda del Monte de Piedad, y dedicado a San José: en realidad, el pueblo lo llamaba "de los traperos", porque sus miembros recogían restos de todo tipo, los acumulaban en un terreno por entonces desocupado, en la "Boca de la Verdad", y los vendían a los judíos a... buen precio. Increíble pero cierto: de aquel humildísimo tráfico provenían discretas sumas destinadas - junto con muchas otras - al mantenimiento y educación de los jóvenes abandonados.

En octubre de 1900 el consejo de la Obra había decidido destinar a una veintena de aquellos pobres chicos a la agricultura. He ahí la razón por la cual Monseñor Radini se dirigía a Don Orione por carta en noviembre, ofreciéndole el terreno para una colonia en la localidad de la "Nunziatella", en las puertas de la Urbe.

Y Don Orione comprendió la inmensa e inesperada ventaja que para la Obra por él fundada constituía esa misteriosa tarjeta de ingreso a Roma. Es notorio que aún hoy es muy difícil - y lo era bastante más entonces - que una Congregación logre entrar en forma estable en la Ciudad Eterna: como base, es necesario el permiso de la Sagrada Congregación de los Religiosos, o bien el personal del Santo Padre.

Por otra parte, también es cierto que todas las órdenes religiosas de fundación reciente, que no cuentan aún con una casa en Roma, aspiran ardientemente a tenerla y hacen lo posible para procurársela. Por ello, la oferta de Monseñor Radini asumía un valor providencial para la recién nacida Obra orionina: ¡forzar tan pronto y fácilmente las puertas de la Urbe! Y hasta resulta excesivo hablar de "forzar", pues las puertas romanas se abrían solas para los hijos de la Divina Providencia.

Unico obstáculo ante tantos favores: Monseñor Bandi. Cada vez más temeroso de que la Obra orionina, por él bendecida y que tanto quería, se redujese a un castillo de papel; no se resignaba a ver partir las mejores fuerzas directivas de Tortona: abandonado por sus guías, ¿qué haría el "Santa Clara"?

Sabía muy bien el valor de una entrada en Roma...; de ahí que, por momentos, se inclinaba por la aceptación; luego la prudencia volvía a adueñarse de su mente, la prudencia, virtud necesaria para cualquier empresa, y barría el consentimiento que le había germinado "in pectore".

Todo ello permitía a Don Orione ejercitar la humildad y la obediencia. Al unísono con su Obispo se declaraba dispuesto a decir "no" (un drama en lo más íntimo de su ser, aunque para él eso significaba poco) en caso de ser necesario.

De todos modos, a corto plazo, a corto plazo se encontró diciendo un "sí" alegre, porque Monseñor Bandi, profundo conocedor de hombres y circunstancias, había

terminado por decir un "sí" milagroso. De manera que los primeros "ermitaños" entraron en la colonia romana el 7 de febrero de 1901, en la finca de la "Nunziatella", así llamada por la vecindad con una pequeña iglesia dedicada a la "Annunziata": una de aquellas capillas rurales del campo que rodea a Roma, generalmente construida, o reconstruidas, entre los siglos XVI y XVIII, todas con revoques bruñidos y piedras rústicas, y piedra calcárea desmenuzada, que provocan devoción al mirarlas, como signo de verdadera piedad y hablan de devotas festividades campestres, de humildes peregrinaciones entre cantos y comilonas... Al entrar, se reconoce alguna simple imagen de la Virgen entre ex-votos y flores marchitas desde hace quién sabe cuánto tiempo; a uno le parece entrar a un sitio "familiar" y lo asaltan deseos de rezar.

Esta de la Nunziatella era más antigua y tenía recuerdos ilustres y queridos: por ejemplo, las visitas de Santa Karim, o Catalina de Suecia, hija de Santa Brígida, hacia fines del siglo XIV.

Entre todos, es decir entre "ermitaños" y muchachos, los recién llegados sumaban una veintena. No más, porque la tierra cultivada no se extendía gran cosa, y era necesario probar el suelo y el aire.

Recogieron el trigo, un trigo pobre comido por los hongos y las hierbas selváticas, de hermoso aspecto, pero de espiga enfermiza; y, durante el verano, se dieron cuenta de que una terrible novedad llegaba de improviso a instalarse entre ellos: el paludismo.

En aquella época, los medios mecánicos que facilitan la recuperación de la tierra no existían, de modo que las zonas bajas del agro romano no podían substraerse a la mortífera asechanza Allí estaba la Nunziatella, y se hizo necesario buscar una solución: el Comité consiguió un nuevo terreno, y esta vez la elección superó cualquier riesgo de aire malsano <88>.

Las laderas del Monte Mario, que descienden abruptamente del lado de la urbe, en dulce declive hacia el norte, fueron la tierra destinada a la nueva misión.

Aire óptimo, vista estupenda. Los muchachos fueron trasladados al extremo de Roma opuesto a la "Nunziatella", es decir a la "Baldunia", a otra hacienda de los "traperos" dedicada a San José. Se despertaban temprano y veían salir el sol desde aquella amplitud milenaria de la Urbe: pocas visiones hubieran podido rivalizar con ella. Por la tarde contemplaban las inmensas faldas de oro y púrpura que por occidente se dejaban caer sobre los techos pardos demorándose en las torres y las cúpulas barrocas.

El terreno en que trabajaban había sido comprado por la Comisión de los Canónigos de San Pedro, presidida por los Monseñores Radini Redeschi y Talamo, por orden de León XIII, con la finalidad de reunir a los jóvenes convertidos del protestantismo, o mejor dicho, sustraidos a la propaganda protestante que por entonces actuaba con resultados preocupantes en los barrios surgidos en las faldas del Monte Mario.

Entretanto, parecía que la Providencia quería duplicar la apuesta.

El 24 de mayo de 1901, Monseñor Luigi, de los marqueses Misciatelli, pidió a Don Albera - superior de la Colonia San José - que fuera a su oficina del Vaticano y le dijo que deseaba fundar, de su propio peculio, una colonia agrícola semejante a la Balduina. La casa y el terreno comprados por él pasarían a ser propiedad de la Obra orionina.

Monseñor Misciattelli se había dedicado a las obras de apostolado, y quería poner al servicio de Dios los muchos bienes heredados de su familia.

En este punto tomaba forma, por consiguiente, la más dolorosa dificultad entre el fundador y su Obispo: tanto más cuanto que el otro motivo (la concesión de la ordenación, o casi, a los clérigos de la Divina Providencia) permanecía más que nunca abierto y de actualidad, porque algunos diligentes activistas del ambiente del seminario diocesano insistían en resolverlo absorbiendo a los ordenandos en el mismo seminario. Ya hemos visto que en su carta del 8 de mayo, Monseñor Bandi se había decidido a proceder, por medio de una función especial, a la ordenación de los clérigos orioninos; pero ahora, a casi un año y medio, su estado de ánimo habíase vuelto más rígido.

El influjo que algunos superiores y profesores del seminario diocesano ejercían sobre el Obispo para unificar la preparación de los futuros sacerdotes dentro de la atmósfera espiritual y doctrinaria del seminario mismo, era dictada probablemente por la preocupación y la buena fe. En su generosidad, el primero en reconocerlo fue el mismo Don Orione, que no guardó nunca rencor a aquellos sacerdotes que en la práctica terminaban por oponerse a su obra; y debe consignarse que después de transcurridos muchos años lo demostró asistiendo espiritualmente a uno de ellos, uno de los más influyentes, a punto de morir; y, puesto que deliraba y decía cosas que hubieran podido acusar desdoro, el fundador tuvo la preocupación de evitar que otros escucharan.

Además, existía un aspecto particular de la cuestión: algunos seminaristas diocesanos habían seguido a Don Orione, otros querían seguirlo; los superiores del seminario temían ese drenaje y también ellos insistían en una unificación de las ordenaciones en el seminario.

El Obispo, por su parte, una vez que se hubo formado con plena rectitud una opinión, no se sentía predispuesto a ningún arreglo: pastor diligente, habituado a mantener una coherencia inquebrantable con sus propios principios íntimos, prefirió actuar, si bien con vivísimo pesar, porque amaba y estimaba a Don Orione. En fin, aquí tenemos el programa definitivo que sale de la curia en setiembre de 1902: los doce clérigos "ordenados" de la Obra orionina pasan al seminario y se adaptan en materia de estudios y método a las orientaciones allí seguidas. Después de un cierto tiempo se hablará de ordenación.

¿Qué experimentó el fundador frente a esta amputación de los dos brazos? ¿Cómo haría avanzar la obra sin aquellos que le eran indispensables?

Pero el sacrificio que se le pedía era aún más completo: en realidad, debía firmar un documento declarando que aquellos clérigos, en cuanto originarios de la diócesis, ya no eran suyos, y que una vez que entraran en el seminario no tendrían más nada que hacer en la obra orionina <97>.

Humillación completa. Había trasmitido todo su genio al Instituto de la Divina Providencia y, lo que es más importante, todo su amor; ahora se le pedía que renegara del resultado más ambicionado: haber conducido al sacerdocio a un grupo elegido.

Lágrimas y lágrimas... Don Orione no era hombre de no llorar cuando el dolor lo atenaceaba; al contrario, sentía dulzura al ofrecer a Jesús ese llanto que consideraba una eficacísima purificación íntima. Le gustaba verter en aquella amarga oleada no sólo el ardiente dolor sino también toda su aceptación, el reconocimiento de su propia indignidad, y en la medida en que fuese justo, hasta la aprobación de lo que los superiores habían decidido: bendecir el corte, alabar la mano que lo practicaba.

Todo afluía en aquel llanto: de ello dan fe los amarillentos borradores de cartas

XVI - La hora culminante del drama

Don Orione dio cuenta de la audiencia a su Obispo, a sus colaboradores, a todo el que pudo, y Monseñor Bandi tuvo que alegrarse sin dejar de continuar alimentando los varios interrogantes que lo angustiaban respecto a la obra: uno se refería a la orientación concreta que ésta adoptaría: ¿seguir ocupándose de muchos sectores diferentes, o concentrarse en las colonias agrícolas?

Hacía ya tiempo que Monseñor Bandi se inclinaba por las últimas. En cierto modo, la audiencia pontificia le había dado una confirmación para su idea, porque pensaba que el Papa, habiendo tomado conocimiento de las dos colonias agrícolas romanas y de la finca de Bagnoregio (en terrenos de propiedad pontificia) habíase mostrado complacido y expresado muy favorablemente en vista de esa especialidad orionina.

Monseñor se sintió más robustecido que nunca en su opinión cuando tuvo oportunidad de visitar las colonias de Monte Mario y Bagnoregio durante una peregrinación a Roma en marzo de 1902, a la cabeza de un nutrido grupo tortonés. ¿Cuál fue su impresión? Optima, en especial de la finca dirigida por Don Albera. Una vez más, la figura de Don Albera se le aparecía bajo la luz más favorable: era muy competente en materia de organizaciones agrarias y no hubiera vacilado en hacer de la Congregación un instituto dedicado a esa especialidad.

Cuando volvió a Tortona tenía una convicción clara en tal sentido, al tiempo que en su mente se iba insinuando otra impresión: que a la cabeza de la nueva Congregación hubiera debido estar Don Albera y no Don Orione.

El 7 d marzo, desde Roma, escribió a Don Orione: "Fui a tu colonia de Monte Mario. Como te lo dije otras veces, me parece que tu misión debe ser ésta: educar una falange de ermitaños que, retomando la antigua vida patriarcal y cenobítica, poblarán nuestra Italia de agricultores buenos y morigerados. Deberías hacer converger toda tu actividad y tu acción hacia dicha obra. El momento me parece propicio, pues en Roma tu obra es muy bien vista... Mientras tanto, no hay ninguna duda, convendría abandonar todo ese fárrago de otras obras que no son de absoluta necesidad: te agotan, y debilitan tu cuerpo...".

A diferencia del Obispo, Don Orione veía la Congregación como un organismo de finalidad múltiple, inspirado por una ductilidad superior. Imposible encerrarla dentro d los límites de una sola diócesis y en el ámbito de una actividad única. Conviene señalar que esta concepción de Orione no se debía solamente a los reclamos externos ni a las complejas necesidades apremiantes que se le imponían por aquellos años: surgía de los temas que inflamaban su alma. "Hacer todo para todos" e "instaurarlo todo en Cristo". Dos motivos estrechamente relacionados, de los cuales el primero constituía un medio para llegar al segundo. La dinámica espiritual de Don Orione, bien considerada, está por completo aquí, en estos dos principios que brotaban, como consecuencia incoercible, de su profunda e incesante corriente de amor a Dios.

Por lo tanto, ¿cómo refrenar el amor? La aparente complicación y casi confusión que algunos creían observar en la actividad orionina de aquella época, no era en realidad otra cosa que este doble motivo de simplificación profunda: "Hacer todo para todos" a fin de "instaurarlo todo en Cristo".

Don Albera pidió tiempo, informó a Don Orione, y, obtenido el consentimiento, acordó con Misciattelli la compra de otro terreno en la zona ubicada entre Monte Mario y la Via Cassia para la fundación de una colonia agraria que habría de unirse a la que ya se encontraba en funcionamiento, colindante y similar, la de los "traperos".

La vasta zona que hoy se encuentra entre las más espléndidas de Roma por su elegancia residencial y por la cantidad de casas modernas situadas a la vera de la Via Trionfale, era entonces campiña de terrenos quebrados, de verdes prados y bosques, recorrida por escasas calles transitables y salpicada de unas pocas viejas villas, alguna en venta. No hubo otra dificultad, en consecuencia, más que la elección.

En un primer momento pensaron en Villa Stuart, edificio entre viejo y restaurado, que tiene ahora el mismo aspecto de entonces, ubicado en un lugar desde el cual se dominaba todo el panorama, Roma entera al pie del contrafuerte verde desde el cual se levanta (actualmente es sede de una las clínicas más encantadoras - es la palabra adecuada - de la ciudad). Sin embargo, Don Orione y Don Albera prefirieron, por diversas razones, la villa del Cardenal Domingo Jacobini, vacía después de la muerte del purpurado, el 1º de febrero de 1900.

Don Albera la compró por encargo y a nombre de Monseñor Misciattelli, que tuvo por entonces un encuentro con Don Orione, definió los proyectos y puso manos a la obra; agregó un ala, adaptó la sala de recepción de la vieja casa para que cumpliera funciones de capilla y dio comienzo a la nueva iglesita.

Dedicó la casa a Santa María del Perpetuo Socorro - nombre tan querido por San Alfonso María de Ligorio - y fijó la fecha de la inauguración para el día de la fiesta de San Luis Gonzaga: ese año el 23 de junio.

Don Orione se sentía profundamente conmovido, y escribiendo a Don Sterpi le decía: "...Para ser breve te diré que Don Albera fue anunciado y Monseñor lo hizo pasar, y en su presencia dijo que tenía plena confianza en la Obra de la Divina Providencia y que me confiaba la Colonia, para que me ocupase de su mantenimiento; que él estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio. Espero lograrlo, con la ayuda de Dios.

"Cuando salimos eran las 11.30 pasadas. Me hubiera gustado mucho ir a arrodillarme sobre la tumba de los Santos Apóstoles, pero no me pareció oportuno, para no dejar a Don Albera, e inclusive para no confundirlo, si hubiese venido conmigo, al verme llorar.

"Sin embargo, mientras él salía por un momento a despachar un telegrama, no pude contener, bajo el gran pórtico en que debía esperarlo, un dulce llanto de agradecimiento y turbación por la bondad de Dios para con la Obra..." <89>.

Mientras tanto, en las alturas, en el estudio del Pontífice León XIII, tenía lugar una breve conversación cuyo eco llegó a Don Orione llevando su alegría a un punto culminante.

El Obispo de Orvieto rendía cuentas al Papa sobre cómo había encontrado a los ermitaños y muchachos de la Obra orionina en la colonia de bagnoregio; León XIII, volviéndose hacia el Cardenal Vannutelli, exclamó: - Sí, es preciso ayudar a estos buenos ermitaños de la Divina Providencia <90>.

Referida a Don Orione, la aprobación pontificia, tan espontánea y paternal, le llegó al corazón: "Estas expresiones nos han trasmitido una vida nueva, un espíritu nuevo, una

fuerza nueva en el trabajo; nunca hemos sentido algo tan grandioso.

"El amor del Santo Padre fue siempre el latido que dio fuerza a nuestro pobre corazón..." (109, 3) <91>.

<86> "Don Orione", publicación mensual de la Obra, 15.10.1972; memorial R. Calzini, fasc 74-197; G. Barra, "Don Orione", p. 98 y s. <87> "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, pág. 129, memorial P. Albera, 7. XIII; fasc. Orvieto, carta 2812-1899; fasc. 109-12. <88> Memorial A. Barbieri, 8, I; Rotta Pasqualone, 8, III; 68, 169; "L'Osservatore Romano", 23-10-1964; "La Obra de la Divina Providencia", 7.10.1900. <89> Memorial P. Albera, 7. XI; fasc. Radini Tedeschi, A. 7, II; B. 8. 1; fasc Misciatelli, 42, 219. <90> "La Obra de la Divina Providencia", 14-9-1900. <91> Fasc. 109-3, 68-184, 108-199.

Orione" ("Don Orione y la Virgen", págs 86 y ss). <95> Fasc. Venturelli, pág. 899: "Don Gaspare Goggi", Roma 1960, págs. 172 y s. <96> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, pág. 209, fasc. Venturelli, pág. 830.

Don Orione mismo informó sobre la memorable audiencia escribiendo a los suyos, en Tortona: "El Santo Padre me ha recibido con la más grande y paternal benevolencia..., me puso varias veces la mano en la cabeza..., diciéndome que sabe y conoce lo que hago; que sabe que el espíritu de nuestro Instituto es bueno; quiere que continuemos y nos sintamos alentados por la más grande benevolencia y bendición... quiere estar informado de todo".

León XIII continúo diciendo: "¡Adelante, pues, adelante! Dios no puede estar ausente cuando se tiene la bendición de Su Vicario... rezaremos para que el Instituto se fortifique y propague por todas partes". Invitó al fundador a presentar los reglamentos, y cuando Don Orione puso el fascículo sobre la bandeja de plata, posó sus manos sobre él y lo bendijo. Luego agregó: "Querría que se trabajase para unir las Iglesias de oriente a la Santa Cátedra de San Pedro... Es mi altísimo consejo...". Pronunció las últimas palabras con un tono que pareció profético <96>.

<92> Rognoni, "Mons. Igino Bandi", págs. 133-34; fasc. Venturelli, págs. 827 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 126-127. <93> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, pág. 208; fasc. Venturelli, pág. 826; Barra, "En puntas de pie", págs. 32 y s; Rognoni, "Mons. Igino Bandi", págs. 72 y s. <94> Un año después, regresó a la misma iglesia, y cumplió la promesa, llevando un cuadro de la Virgen Santísima del Rosario con la siguiente dedicatoria escrita al dorso, de su puño: "Jesús, Papa, Almas. ¡Instaurare omnia in Christo! - A ti, oh nuestra queridísima y santísima Madre, Virgen Beatísima del Santo Rosario de Pompeya, delante de quien, el día de su fiesta (el III domingo de octubre) de 1900 vine a esta iglesia a suplicarte, oh dulcísima madre mía, recé y lloré, imploré gracia para mí y mis queridos hijos de la Divina Providencia de la pequeña Obra de la Divina Providencia de Tortona, que se hallaban en gravísimo peligro de ser deshonrados y dispersos; hoy, 28 de octubre de 1901, aniversario, como cumplimiento de promesa por la milagrosa gracia obtenida en mi nombre y en el de los Hijos de la Pequeña Casa de la Divina Providencia y de toda la Obra de la Divina Providencia muy reconocida y con un profundo amor de hijo y sacerdote de Dios, ofrezco este corazón de plata y por toda mi vida me ofrezco y me consagro a María. Tu afectísimo hijo Sacerdote Luis Orione, de la Divina Providencia".

Siguen los nombres de los integrantes de la pequeña Casa de la Divina Providencia de Tortona - Año escolar 1900-1901, más los de los sacerdotes de la obra; Sac. Luis Orione; sac. Pablo Albera; sac. Carlos Sterpi; sac. Roberto Risi; sac. Lorenzo Piana; sac. Giovanni Battista Alvigini; sac. Salvatore Patané; Prof. Gaspar Goggi; prof. Alberto Valente.

Detrás del cuadro votivo, Don Orione escribió: "Alabado sea Jesucristo. Jesús, Papa, Almas. ¡Instaurare omnia in Christo! A Ti, oh queridísima y santísima madre nuestra, Beatísima Virgen Madre del Santo Rosario de Pompeya, venerada en la iglesia parroquial de Bettole de Villalvernia, ofrezco este corazón en cumplimiento de un voto hecho hace un año y por la milagrosa gracia recibida en bien de la Pequeña Casa de la Divina Providencia de Tortona y de toda la Obra de la Divina Providencia.

"Que este pobre corazón sea símbolo, oh Gran Madre de Dios, de la total y perpetua consagración que te hace de sí la Obra de la Divina Providencia y en particularísimo modo este tu último pero amante hijo. Sac. Luis de Jesús Papa-Almas, Tortona, Pequeña Casa de la Divina Providencia, 20 de octubre de 1901". Al lado, está escrito: "En este corazón de plata se incluyen los nombres de todos los Hijos de la Divina Providencia que se encontraban en el Instituto en el momento de la gracia obtenida. Don

XV - Los clérigos, el Obispo y el Papa

El 27 de febrero de 1899, Monseñor Bandi condenó, en rigurosa circular diocesana dirigida al clero y a los fieles, al diario "Fascio democrático", denunciándolo por "el daño inmenso a las costumbres", la "sucia desvergüenza... la inmoralidad, la perversa indecencia, la impudicia..." y definiéndolo como "impío, inmoral, satánico, fraudulento y mentiroso".

El director Castellano y el redactor Faagiuoli, a su vez, denunciaron al Obispo por difamación, citándolo ante los tribunales locales (Tortona era subprefectura).

El proceso debía realizarse el 7 de julio y el imputado tenía que comparecer en la sala.

Uno de los peligros era el público: si la sala se colmaba de facciosos, de adversarios del Obispo y de la Iglesia, las declaraciones de Monseñor podrían ser sepultadas y alteradas por la gritería y los alaridos. Ello influiría sobre el proceso en forma no muy agradable.

Situación ambigua que podía tornarse perniciosa: un Obispo, "el Obispo", porque Monseñor Bandi era "el Obispo" por antonomasia, el que luchaba con desesperación contra todas las novedades antieclesiásticas, como un campeón de otros siglos..., silbarlo, vituperarlo, escarnecerlo... También era, cabalmente, una de esas situaciones que excitaban a Don Orione, que en la noche de la antevíspera no durmió. En la oscuridad de la habitación imaginaba la futura gritería, toda la escena de los tribunales.

El día anterior se levantó temprano, en el "Santa Clara"; contó y volvió a contar sus huestes: todos los "fafiuché" de todas las edades, cursos de estudio... unos cien.

Entonces habló desde sus invisibles pirámides: "Mañana, alerta hijos míos; mañana, gran fiesta...". Luego, de pronto:

- ¿Habéis visto alguna vez un tribunal?

- No.

- Muy bien, mañana gran fiesta: vamos a los tribunales.

Los muchachos no entendieron nada, pero sospecharon una aventura épica, tal era el entusiasmo de Don Orione.

La sede del tribunal se hallaba en el entonces palacio Bussetti, hoy Instituto Dante Alighieri (de Don Orione); y los sitios accesibles al público eran: la escalinata, la antesala, la sala, habitaciones grandes, en que podía caber una multitud.

Por la mañana se emprendió la marcha hacia los tribunales; el lugar aún estaba vacío y los muchachos se ubicaron con destreza: era necesario ocupar mucho espacio, abarrotarlo todo, y solucionar de paso otro problema: el Obispo se vería obligado a pasar entre el grueso de la gente, y los fotógrafos lo captarían en ese momento: un Obispo en los tribunales; justo lo que quería la prensa anticlerical.

Don Orione impartió órdenes: - A una señal de mi parte, atención, todos los brazos en alto agitando los pañuelos...

Llegaron los políticos enfurecidos, en compacta formación, dispuestos a invadirlo todo: encontraron todo ocupado. Avanzaron amenazadoramente, pero el espacio tiene sus leyes, y el lugar era el que era; quienes entraron fueron pocos y se sintieron en minoría.

Monseñor llegó puntual, sereno; a derecha e izquierda saltando se formaron de pronto dos muros eléctricos de brazos que agitaban pañuelos que parecían banderitas blancas de paz. ¿Cómo fotografiar a un hombre (no estaba precisamente en la silla gestatorial) en medio de aquel frenesí de movimientos y aplausos? ¿Más aún con los objetivos de entonces, lentísimos para la "exposición"?

La Corte se puso de pie; en la sala, calurosos aplausos reprimidos por una ostentosa disciplina, y luego, silencio reverente; la atmósfera, de todos modos, estaba cargada de simpatía y respeto por el acusado.

El interrogatorio fue corto; el juez escuchó de pie la respuesta del acusado, breve y brillante por su claridad y rectitud. Siguió la absolución plena para el imputado y la sentencia de cese para el diario blasfemo. Luego monseñor se retiró, apabullado por los estrepitosos aplausos.

Batalla ganada para el prelado, y cólera para los "anti". Por la noche, en los cafés, circuló un estribillo, repetido hasta el infinito: "¡Se la hizo, Orione se la hizo!" <92>.

Fue una prueba más de la gran fidelidad de Don Orione hacia su Obispo, quien la apreció en su justo valor. Ello no impidió, sin embargo, que en Monseñor Bandi permaneciese despierta la preocupación por los eventuales peligros a los que seguía expuesta la fundación orionina.

Es necesario aclarar otro detalle: Monseñor Bandi, enteramente ocupado en el bien de la diócesis que le había sido confiada, soñaba desde hacía tiempo con un grupo de "Sacerdotes oblatos", aristocracia espiritual levítica dispuesta a sacrificios y compromisos apostólicos de orden superior; y pensaba que, para promover y guiar semejante "batallón" de héroes, nadie mejor que Don Orione; reconocía en él la llama capaz de encender otros corazones, otros espíritus, y cuando lo veía enredado en los mil problemas que le ocasionaban sus fundaciones, con ese algo de confuso y embrionario que las caracterizaba, el buen Obispo se consumía de tristeza. ¿Por qué Don Orione no se dedicaba a la formación de almas sacerdotales elegidas? <93>.

Por entonces, además, arreciaban las presiones de algunos mal dispuestos para que el Obispo aceptase a los clérigos provenientes de las obras orioninas; pretendían se les impusiese un período de permanencia y estudio en el seminario diocesano antes de promoverlos a la ordenación sacerdotal.

Esta disposición, aunque dictada por la buena fe, resultaba desastrosa para los institutos de Don Orione, en la medida en que los privaba de la presencia y la actividad de los clérigos. ¿Cómo sobrevivir?

Poco a poco, el Obispo se iba orientando en este sentido, y Don Orione, que lo sabía, sufría. El primer domingo de octubre de 1900, mientras predicaba en Bettole de Villalvernia, hizo un voto a María Santísima del Rosario, llorando a lágrima viva e implorando gracia para sí y para los hijos de la Divina Providencia <94>. Pasaron los meses a la espera de mejores tiempos que no se preanunciaban. El 7 de mayo de 1901, Don Orione decidió dar el paso más importante y comprometido: se "abandonó" a la

protección de María; lo esperaba todo de su intercesión. Fue entonces a ver al Obispo, a pesar de que éste se encontraba en Vigevano pasando unos días de descanso: fue hasta allí y se arrodilló ante él.

Dejémoslo contar a él: "... Fui a hacerle comprender que no puedo seguir así y que necesito personal. Me dijo que me hiciese aprobar por Roma y me dirigiese a otros Obispos, y que lo iba a molestar hasta cuando se proponía disfrutar de un momento de paz. Me vinieron ganas de llorar. La noche anterior me había sentido mal... En el tren tuve vómitos y quedé en un estado lastimoso: debía bajar en todas las estaciones. Llegué a Vigevano gracias al Señor y me fui de allí muy abatido".

El drama se desencadena. Don Orione volvió a casa con el corazón destrozado y sin esperanzas; pero, evidentemente, la Virgen de Pompeya no lo olvidaba: "Pero luego, al día siguiente, demostrando lo bueno que es, mira lo que me escribió nuestro Obispo".

Era una carta fechada el 8 de mayo, en que Monseñor Bandi le decía que preparara a sus ordenandos, y que en cuanto estuviera todo listo, les asignaría una función especial; y agregaba: "Que el Señor te conceda el poder comprender un día que siempre quise para ti el mayor y el más legítimo bien".

La tormenta se transformó en calma y la gratitud brota del corazón de Don Orione: "También yo os amé siempre entrañablemente, y me dolió profundamente, anteayer, sentir que me enviabais a otros obispos. Si no conociese el corazón de Vuestra Excelencia no habría ido a Vigevano. Fui aunque no me sentía bien, encomendándome al Señor y a Vuestra bondad de Padre. Y pedí las ordenaciones porque necesito personal y para que a mi alrededor no crezca el desierto. Y me puse a llorar, no porque me decíais que no, sino porque mi corazón estaba transido de dolor y se sentía, en aquel momento, oprimido por algunas justísimas expresiones acerca de mi ingratitud...: siempre estuve seguro de que no dudaríais de nosotros. Y cuando Vuestra Excelencia me hablaba de otro modo, siempre pensé que lo hacíais para probar mi fidelidad y devoción..." <95>.

Don Orione comenzó 1902 con un día histórico para él: el 10 de enero fue recibido en audiencia privada por León XIII.

Antes de ir a la audiencia, en el momento mismo en que le era entregada la tarjeta de invitación, quiso hacer partícipe de su alegría a su Obispo: "En vísperas de arrodillarme a los pies del Papa para inclinarme a sus plantas y consagrarme a El por entero, y consagrarle toda la Obra de la Divina Providencia, renuevo mi profesión de amor filial. Os he escrito una carta en que con toda el alma os hablaba como le hubiera hablado a mi padre, si lo tuviese".

Cuando se encontró ante la blanca figura del Papa, se arrodilló y le presentó un escrito de su puño y letra:

"Jesús, Papa, Almas...

"¡Instaurar todo en Cristo!...

"El fin de este instituto es no sólo preocuparse por la divina gracia, por la cristiana perfección de sus miembros, sino procurar la voluntad y la mayor gloria de Dios y de su Santo Vicario en la tierra, el Papa, y su amor, con la práctica y el sacrificio, con cada una de las obras de misericordia espiritual y corporal, para divulgar y acrecentar el amor a Dios y al Papa, especialmente en el corazón de los pequeños, los pobres, los afligidos por los diversos males y dolores...".

"Algunos días después se alquiló un establo, una caballeriza, y regresé para abrir la capilla. ¡No tenía dinero! Al Papa no le pedí, porque el bien y la exaltación de las obras de Dios se hacen con la pobreza y la oración. No pedí dinero; sin embargo, el Papa, el Santo Papa Pío X, mostrándome el escritorio, y sonriendo, me dijo: Eres la Divina Providencia, y luego, golpeando con los nudillos el cajón del escritorio, agregó: también aquí dentro está la Divina Providencia... Y me dio veinte mil liras. (Pío X dio más dinero después de su muerte. Su sucesor encontró, en el cajón, una suma con la inscripción: Para la iglesia de Don Orione, actual iglesia de Todos los Santos).

Con aquellas 20 mil liras, por consiguiente, se estableció, en pocos días, la primera capilla del barrio de la Via Appia... Pero como la capilla no tenía exteriormente nada que manifestara ser una capilla, habiendo sido primero un establo, ¿cómo hacer para atraer a la gente? Llené mis bolsillos de monedas y caramelos, tomé una gruesa campanilla y recorrí las calles del barrio; con una mano hacía sonar la campanilla y con la otra dejaba caer detrás de mí los caramelos y, de tanto en tanto, entre los caramelos, alguna monedita. Los muchachos, sobre todo ellos, me seguían; otros venían a mi encuentro y yo continuaba impertérrito haciendo sonar la campanilla desesperadamente y arrojando por delante y por detrás caramelos y algunas monedas que al caer también hacían ruido, llamando la atención de chicos y grandes. Cuanto más cerca estaba de la iglesita, más gente venía detrás haciendo cola. Oía a alguno que decía: Ese cura debe estar un poco loco... Al llegar al punto apropiado enfilé hacia la capilla, abierta de par en par, y me ubiqué en el altar. Pero como la muchachada se ocupaba en desenvolver los caramelos, en chuparlos y hasta en contarlos, y muchos cuchicheaban, entonces, en silencio, me puse a mover la boca sin proferir palabra, haciendo grandes gestos oratorios con las manos, alzando los ojos al cielo, alargando los brazos, como cuando predicaba a los locos de la Lungara, gesticulando sin pronunciar palabra.

"Toda esa gente, incluso los niños, al verme gesticular y creyendo que predicaba de verdad, tras un momento quedé en silencio, también porque, en el fondo, querían saber a la postre la razón de todo ese viaje por el barrio, tocando la campanilla... Así fue como pude hacerme oír... Y de pronto, en aquellas primeras semanas uní setenta parejas en tres días, y administré muchos bautismos, hasta de adultos..." <106>.

Para ubicar en su justa luz el pintoresco relato de Don orione, es necesario reconstruir con datos seguros las condiciones y características de ese barrio por entonces; en realidad, como escribe la crónica de la Congregación <107>, es muy difícil hacerse una idea adecuada para quien no lo haya visto con sus propios ojos en aquella época:

"Más allá de la Puerta de San Juan de Letrán, a los pies de los muros, se estancaban las aguas de un gran pantano cubierto de malas hierbas y cañas. Entre esas cañas había anidado y ocultado una sección de la tristemente célebre "Giordano Bruno", la sociedad más antirreligiosa y antipapal jamás aparecida en Italia y cuyos miembros - ironía del medio ambiente - se jactaban de ser, en ese pantano, los exponentes del pensamiento, de la luz y... del progreso.

La Via Appia, entonces muy estrecha, estaba siempre atestada de tránsito. El comercio con las quintas de los alrededores de Roma, el ir y venir de los carreteros, la obstruía de continuo; además, su movimiento se hacía vertiginoso en los días de carreras en las Capannelle. Eran pocos los palacios que se alzaban a los costados. Sólo había apariencias de ciudad en las vecindades de la puerta. Entre las casas surgía como un gigante ya por entonces el inmenso palacio bonitatibus, hormiguero de inquilinos. Cada

afecto filial que, lejos de ofender, da lugar a un rayo de luz.

Monseñor Bandi, por su parte, alcanza también, frente a su gran interlocutor, las cumbres de la virtud, mostrándose libre del propio "yo", sin orgullo ni obstinación. El desprendimiento íntimo de orden absolutamente superior de que da prueba, distingue con claridad la virtud verdadera de la ilusoria, y la grandeza sobrenatural de la puramente terrestre.

El error y la vulnerabilidad de los así llamados "grandes" en sentido solamente humano y psicológico, consiste en el apego que demuestran para consigo. Conocen, o lo suponen, su propia fuerza y alimentan la confianza en sí mismos; con ellos se vuelven inflexibles, esclavos de la decisión tomada, y se exponen a los errores más graves.

A diferencia de ellos, los hombres de espíritu revelan, en los momentos más difíciles, algo imponderable de impronta sobrenatural: según los casos pueden mantenerse más firmes que la roca, pero también transformar en un instante sus reacciones íntimas y externas. A un acto de virtud de esa índole, consumado por Monseñor Bandi, debemos la supervivencia, en ese momento, de la Obra orionina, destinada a hacer tanto bien.

<97> Este detalle está confirmado por una nota del diario de Mons. Novelli, del 22 de octubre de 1902: "Don Orione ya me había hablado sobre la orden que el Obispo le había dado de enviar al seminario a todos sus clérigos. Hoy me dijo que la orden se cumplió; pero no fue suficiente y el pobre Don Orione fue obligado a firmar una hoja en que declara renunciar totalmente a los clérigos que le pertenecían, y que ya no pertenecen al Instituto; sin embargo me dijo que, al firmar la hoja, puso al principio estas palabras verdaderamente sublimes: "Mi querido Jesús, ¡por vuestro bien se puede repetir el sacrificio de Abraham!...". También todos los clérigos de Don Orione debieron firmar una declaración de que ya no pertenecían al Instituto de Don Orione" (Novelli, 2, III, fasc. Venturelli, pág. 831). <98> Posición Bandi, 9, III; "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 206 y s; fasc. Venturelli, págs. 831 y s; fasc. Zambarbieri, págs. 693 y s; Sparpaglione, "Don Orione", pág. 146. <99> "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", junio 1926; "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, pág. 206. El 10 de enero de 1903 se cumplía un año de la audiencia de León XIII, y Don Orione quiso recordar el aniversario con un escrito a sus cofrades: "la Divina Providencia, que sostiene a cada criatura, no nos abandonará a nosotros que pretendemos servirla en sus designios en la salvación eterna de las almas. es necesario sembrar el grano y no destruirlo, y nosotros debemos tratar de ser grano y sembrarnos por todas partes según el deseo y la palabra del Santo Padre. La Santa Iglesia de Roma es la Madre de todas las Iglesias y la soberana de todas las órdenes religiosas. Ella nos ha aprobado por boca del Santo Padre, y por la mano del Santo Padre nos bendijo tres veces con la bendición más grande y cordial; el Santo Padre me dijo que su voluntad era que fuéramos por todas partes y llevásemos el amor de Dios con nosotros para sembrarlo en el corazón de los pequeños, los pobres y los afligidos, y que todos los Hijos de la Divina Providencia tenían plena y entera libertad de avanzar, por esta obra, en el camino de la salvación eterna. Yo, pobre siervo de Jesucristo, me incliné entonces a los pies del Santo Padre y con profunda veneración los besé muchas veces y a sus pies puse la Obra de la Divina Providencia, después que la santa mano del Vicario de Nuestro Señor Crucificado me bendijo tres veces en la cabeza... Y digo esto para dar gloria a Nuestro Señor Jesús en la Santa Iglesia..." (Fasc. venturelli, págs. 834 y s). <100> Posición Bandi, 9, III; "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 210 y s; fasc. Venturelli, págs. 835 y ss; Zambarbieri, pág. 694 y s. "Don Gaspare Goggi", Roma 1960, págs. 176 y

s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 140 y s.

triunfo de la Santa Sede, lo ofrezco todo; más no puedo dar".

El Papa lo bendijo. Don Orione, conmovido, registró estas palabras en su corazón; un día, ante los restos de Paganuzzi, a quien dispensó los últimos sacramentos y cerró los ojos, las referirá a los familiares íntimos del desaparecido.

El 9 de diciembre de 1906 Don Orione obtuvo una audiencia de Pío X: "Eran las 6 y 20 de la tarde cuando se me hizo pasar a ver a nuestro Santo Padre en audiencia privada. Allí estaba, todo de blanco frente a su mesa de estudio y me hablaba sonriendo con un amor de padre dulcísimo. Me hizo sentar junto a él y me pidió noticias de la Congregación. Me sentía confundido, pero pude contar lo que se hace con ayuda de la Divina Providencia y noté que el Santo Padre se conmovía al sentir nuestra pequeñez, y a cada noticia sonreía...

"Después me habló de otra cosa, de una obra muy deseada por él, a realizarse en Roma.

"Esta audiencia papal fue una alegría suprema; siento que me renovó; siento más vivo y poderoso el deseo de entregarme en plenitud al amor de Dios para transfundirlo en las almas de todos..."

Marzo de 1903, marzo de 1904, diciembre de 1906: otras tantas etapas de la creciente participación de Don Orione en la vida, en la historia de la Santa Sede. Jesús, Papa, Almas... La humilde Congregación de la Divina Providencia se difundía hacia Roma, en Roma, en la ciudad del Vaticano, en el corazón mismo de la Iglesia.

Otra fecha: marzo de 1908. Don Orione recibió una carta de Monseñor Carlo Perosi, futuro Cardenal, quien le escribía: "El Altísimo quiere hablarte".

El mismo Don Orione cuenta: "Llegué a Roma de inmediato y fui llamado a audiencia por el Santo Papa Pío X. En cuanto me vio, incluso antes de que hiciese las genuflexiones de rigor, me dijo: Prepárate; te mando a la "Patagonia", más allá de la puerta de San Juan de Letrán; todo está por hacerse; es como una tierra de misiones; no hay allí ni una iglesia. Dentro de ocho días debes abrir una capilla.

"Al salir de la audiencia pensé en ir, en compañía del gran espíritu de San Felipe Neri, a hacer las visitas a las Siete Iglesias para prepararme con oraciones y un poco de penitencia, a la obra santa que se debería desarrollar en el barrio de la Via Appia y para atraer sobre el barrio la protección del Cielo y la bendición de la gran Madre de Dios.

"Y mientras iba de iglesia en iglesia, rumiaba la 'Canción de la vanidad' - que se acostumbra cantar en la visita a las Siete Iglesias - es decir, la "meditación del alma sabia", como la llama el gran apóstol de Roma, San Felipe Neri: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Todo el mundo y lo que éste tiene, todo es vanidad... Si existiese mil años, sin penas y sin afanes, cuando llegue la muerte, ¿qué pasará? - Todo es vanidad. Si tuvieses a tu alrededor mil siervos por la noche y durante el día, cuando llegue la muerte, ¿qué pasará? Todo es vanidad".

"Terminada la visita a las Siete Iglesias, di una vuelta por el barrio de la Via Appia. Era domingo. Aquí y allá se desplegaban las hosterías, con las características enramadas del pórtico, y familias enteras comían alegremente a la sombra del ramaje. entonces recordé que yo también tenía hambre. Compré un poco de pan con alguna cosa y me retiré junto a un árbol a comer.

XIX - La "Nueva Patagonia" en Roma

Una campanilla en el barrio de la Via Appia

En mayo de 1904 los hijos de la Divina Providencia recibieron del Santo Padre Pío X una valiosa misión: la capellanía de Santa Ana del Vaticano, la iglesita situada casi como custodia del recinto más insigne del mundo. En un primer momento, se establecieron allí Don Risi y enseguida Don Goggi.

Misión delicada por la vecindad con el Vicario de Jesucristo: Don Orione había deseado y aceptado con verdadero transporte, por las posibilidades de todo orden que ofrecía y sobre todo para sentirse más cerca del Papa. ¡Qué bien correspondía a la humildad de los Hijos de la Providencia esa ocupación, algo así como porteros espirituales del Vaticano!

Jesús, Papa, Almas... Por entonces se anunciaba un gran pontificado; continuación del providencial de León XIII, el de Pío X se perfilaba ya con la riqueza de los valores nuevos, de los contrastes, de un discernimiento preciso respecto a los fermentos positivos y negativos.

Jesús, Papa, Almas. Estrechar filas más que nunca en torno a la cátedra del Vicario de Cristo, cada uno "en su puesto" <105>.

No mucho tiempo después de su ascenso al Pontificado, en 1903, Pío X debió tomar algunas decisiones importantes en el campo del apostolado católico de los laicos. Entre otras, las disposiciones para la Obra de los Congresos. Esta había desplegado una actividad intensa durante los años en que la dirigió el conde Juan Bautista Paganuzzi; pero desde hacía algún tiempo se había producido en ella una grave ruptura. En los últimos años del siglo, las fuerzas juveniles militantes tras la bandera ideal de la democracia cristiana, guiadas por Rómulo Murri, presionaban para imponer sus propios nuevos fermentos; ante todo, pedían el pasaje a un planteamiento político de la batalla católica revolucionando la interpretación del "non expedit". Entre las dos tendencias se delineó una escisión que cuestionó la validez de los congresos posteriores, el XVII (Roma, 1900) y el XVIII (el año siguiente, en tarento). Toniolo y otros se esforzaban por injertar las fuerzas nuevas en el viejo trono, para que juntas atemperaran la exuberancia; en 1902, la presidencia pasó de Paganuzzi - austero y profundamente fiel a los viejos cánones - a Juan Grossoli Pironi. Mientras tanto, moría León XIII y era elegido Pío X; el XIX Congreso se reunió en Bolonia, en el otoño de 1903, y fue el último.

En realidad, debido a que las disidencias internas se hacían cada vez más profundas, Pío X decretó la disolución de la Obra, dejando con vida solamente al grupo destinado a las obras económicas, que siguió funcionando un año más antes de ser sustituido por la Unión económico-social.

Cuando leyó en "L'Osservatore Romano" el decreto oficial de la disolución de la Obra de los Congresos, el conde Paganuzzi, su animador durante tanto tiempo, fue a ver a Pío X; en la antesala se encontraba Don Orione.

Orione oyó claramente las palabras que Paganuzzi dijo al Pontífice: "Padre Santo, si el desgarramiento de mi corazón pudiese anticipar aunque fuera en un instante el

XVII - La aprobación episcopal

Así alentado, Don orione presentó a Monseñor Bandi el plan de la Obra de la Divina Providencia (ya se lo había mostrado en 1900) y le pidió el Decreto de aprobación para el Instituto "surgido primeramente en la diócesis con su bendición y a los pies de usted..." <101>.

En ese período Monseñor Bandi no se encontraba bien de salud y aceptó permanecer algunos días en San Remo como huésped del Pensionado "San Rómulo", que presidía Don Sterpi.

Y fue precisamente en el Pensionado "San Rómulo" - escribió Don Sterpi - donde firmó, en la habitación llamada del Obispo, el decreto de aprobación diocesana de la Pequeña Obra. Lo fechó en Tortona porque era su sede episcopal, pero el decreto fue redactado por Don Perosi y traducido al latín por Don Gaspar Goggi y firmado por el Obispo en San Remo. Lo recuerdo como si fuese ayer, era el 21 de marzo, pero prefirió la fiesta de San Benito como símbolo y auspicio. Me dijo sonriendo: - Hoy firmé el Decreto de aprobación de la Congregación...".

El 12 de abril de 1903, día de Pascua, Don Orione emitió los primeros votos, rodeado por sus colaboradores: había pedido plegarias a los grandes y a los pequeños de la Congregación, había querido ser coadyuvado por muchos en esa instancia y quizá nunca como en esa ocasión se había sentido hermano y padre y casi depositario de tantas fuerzas a consumir y tantas debilidades a superar, de tantas esperanzas y tantos problemas. La alegría se irradiaba desde lo profundo de su alma hasta plasmarse en su aspecto exterior: parecía transformado. Primer miembro de una Congregación de la que presentía, por un vasto arco en el tiempo y entre los pueblos, y que habría de llevar una carga inestimable de buenas obras. "Una vez más el señor me ha sumergido en su infinita misericordia... ¡Ah, tengo motivos para confiar en el Señor! ¡Todo se lo debo al Señor!...".

Mientras tanto vivió, en ese período, con mayor profundidad y concentración, el problema de la verdadera finalidad de la Obra fundada, de su esencia y de su carácter práctico. Muchas veces volvió a presentarse, aun en la intimidad de su conciencia, la responsabilidad que había asumido al querer que la Obra se extendiera a tantos lugares, a tanta gente, sobre todo a las más diversas variedades de apostolado; sumido en esta luz penetró en el verdadero secreto de su misma creatura, como si hubiese sido la primera vez; le pareció comprender plenamente la inspiración de dios y reconoció en ella, a través de la multiplicidad de las ramificaciones, una maravillosa unidad.

Su meditada y madura toma de conciencia y de responsabilidad de fundador se reconoce fácilmente en un escrito que envió al Obispo por aquellos días:

"Veneradísimo Padre.

"Creo que ha llegado el momento de decir a Su Excelencia una palabra que avente la objeción que se hace, y se hará en el futuro contra el Instituto por su universalidad en el ejercicio de las obras de misericordia, y una palabra también acerca de la singularidad y diversidad que lo distinguen de todos los otros institutos religiosos. La objeción contra las demasiadas tareas que se propone esta Obra de la Divina Providencia descansa sobre un falso supuesto. No es verdad que el instituto se proponga todas las obras de misericordia indiferenciadamente y de una vez.

"El instituto se propone dedicarse a una sola obra y a ninguna otra: la santificación de los miembros de los que se compone, difundiendo en el pueblo cristiano un dulcísimo amor para con el Santo Padre.

"El decreto de aprobación emitido por Su Excelencia lo dice con claridad: ut populum christianum dulcissimo quodam et arctissimo..." <102>.

De ese modo la Obra orionina resumía, en sus presupuestos y fundamentos espirituales, los presupuestos y dictados de los más grandes fundadores o inspiradores de las Ordenes de la Iglesia: desde el "Un corazón y un alma en Dios", de San Agustín, hasta el "Reza y trabaja" de San Benito; desde las voces de los eremitas, hasta el "Cántico del hermano Sol", vivido en contacto con la tierra, el agua, las hierbas y los granos; desde la "ciencia" cara a Santo Domingo y a Santo Tomás, hasta el ignaciano "Ad majorem Dei gloriam"; desde el "Soy hijo de la Iglesia", de Santa Teresa de Avila, hasta el cuidado de los enfermos de Camilo de Lelis; y en especial, realizaba los grandes secretos de la caridad que Cottolengo, Calasanz, Murialdo, Juan Bosco habían revelado al mundo.

<101> Tortona, febrero de 1904, Fiesta de la Aparición de la Ss. Virgen Inmaculada.

Mi veneradísimo Padre en Nuestro Señor Jesucristo Crucificado y en la Virgen Santísima.

Postrado a vuestros pies, así como Padre en el Señor y Pastor dulcísimo de mi alma y de almas de tantos que trabajan conmigo en esta mínima Obra de la Divina Providencia; después de haber rogado a nuestro Señor e invocado con corazón de hijo a la Santísima Virgen Inmaculada, Madre de todos nosotros y de todas nuestras cosas; invocado al glorioso San José, esposo purísimo de María Virgen y Patrono Universal de la Santa Iglesia Católica; al Arcángel San Miguel, al gran San Juan Bautista y nuestros Santos Protectores y los Santos apóstoles Pedro y Pablo y Juan y los otros apóstoles; los Santos Obispos de Tortona, Marciano e Inocencio, y todos los otros mis carísimos santos y santas protectores y protectoras de la Obra, así como al venerable José Benito Cottolengo y Juan Bautista Vianney, cura de Ars; los Santos, los Beatos y los Siervos de Dios de esta vuestra santa Iglesia de Tortona y aquellos cuyos santos huesos reposan en las iglesias y en las tierras de la diócesis; los ángeles y los santos protectores de las diócesis en las que existen Casas de la Obra de la Divina Providencia; confortado en gran medida por la paternal bendición que, en vuestra venerada carta del 28 de enero, habéis dado a la Obra "para que prospere, se propague en el bien de las almas y para la mayor gloria de Dios", suplicó humildemente, en la caridad del Corazón SS. de Jesús que os dignéis, mi veneradísimo Padre, emitir el Decreto de aprobación del Instituto llamado "La Obra de la Divina Providencia", surgido con vuestra aprobación y a vuestros pies.

Humilde y encarecidamente, imploro esta gracia como especialísimo favor de Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen Inmaculada, Madre de esta Obra, por la ayuda de los ángeles y santos protectores y como la prueba más grande de vuestro afecto de Padre:

1) Para estar mejor vinculado a Vos, mi Veneradísimo Obispo y Padre en el Señor Nuestro Jesucristo crucificado, y por vuestro intermedio, al Santo Padre.

2) Para regularizar mejor, en el espíritu y los objetivos de la Santa Iglesia, la posición del Instituto de acuerdo a las leyes eclesiásticas para que el Instituto - ya propagado en diversas Diócesis según los deseos y las exigencias de los Obispos, con

para los niños, diría casi que merecen el reino de los cielos; ¡y algunos ni siquiera habían querido ir a comer a su casa por temor de no llegar a tiempo para las tres!

"El Obispo, al verlos venir atravesando la gran plaza de la Catedral, se sintió un poco espantado, y decía; ¿a dónde ponerlos? ¡Qué cosa hermosa: un obispo que no sabe dónde ubicar a los hijos que van en su busca!

"Finalmente, llegamos al salón del Obispado; entramos, seguimos entrando y se formó una gran fila alrededor, luego otra y una tercera. Y el Obispo rebosaba de alegría, y nosotros casi no veíamos más: se nos subió a los ojos algo parecido a una gran blancura, y más: se nos subió a los ojos algo parecido a una gran blancura, y parecía que alrededor nuestro todo se volvía albo con la inocencia de los niños. Uno se adelantó y trasmitió al obispo el saludo de los niños, e inclusive recordó un Oratorio festivo..., el Oratorio antiguo y bendito que fue cuna de nuestra Congregación, ¡y alguno lloró!

"Y el Obispo respondió como padre, ¡y nunca fue tan grande como cuando estuvo rodeado por aquellos pequeños! Entonces los niños cantaron y el Obispo rió de alegría.

"Luego se arrodillaron a sus pies, y él alzó las palmas de las manos e invocó sobre ellos al Señor. Y después, ¡lo que ocurrió no puedo ya decíroslo porque era un poco como estar en el Paraíso...!" <104>.

<103> "Don Orione y la Virgen", págs. 96 y s; fasc. Venturelli, págs. 837 y s; "La Obra de la Divina Providencia", 15-11-1906; "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 234 y s, 244 y s. <104> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 238 y s; "Il Popolo" de Tortona, 13-11-1904.

Novelli, y cuando se puso delante de la Virgen del Buen Consejo vio todo ese dinero que tapizaba el cuadro. Se quedó maravillado, y en clase de teología del seminario le gustaba contar la visita hecha a la Casa de la Providencia y el dinero que había visto, de modo que, aunque las deudas siguieron existiendo, la idea de la ruina por quiebra se disipó...".

"Se la había hecho a los incrédulos, a los murmuradores profetas de desgracias... Y debió sentir esa alegría en plenitud si escribió para el folleto de la Obra el siguiente esbozo de artículo, después que, por fin, hubo estipulado el contrato regular de compra de la Casa de los Oblatos para el 15 de noviembre de 1905.

"Aquí el Padre Trotamundos hace un par de confidencias con los amigos. Diréis que os hice suspirar por el diarito con las noticias relacionadas con las barracas de la Divina Providencia... Por caridad, no me habléis de deudas. ¡En esto os doy razón! ¡Tenéis razón! Pero vosotros no conocéis todavía mi gran secreto. Si supieseis mi secreto, no hablaríais nunca así. Mi secreto reside en cinco "efes", ¿lo comprendéis? Y con este secreto se paga luego todo y todo termina siendo maravilloso. ¡Viva, entonces! No seáis profetas de desventuras, no hagáis malos pronósticos; todavía no es tiempo de ir a la quiebra; y, en las cinco "efes" no figura el verbo "fracasar". (Las cinco efes de Don Orione en aquella época eran: "fame (hambre), freddo (frío), fatica (esfuerzo), fastidi (preocupaciones), fede (fe)". Luego llegaron a ser siete con "fumo" (humo, vanidad de las cosas) y "fiat voluntas Dei" (hágase la voluntad de Dios)".

"No me molestéis por ahora: son deudas tras deudas, y bocas tras bocas que mantener; pero, sigamos avanzando a la buena de Dios, sin tantos cálculos humanos: el Padre Trotamundos es sacerdote, ¿comprendéis? Y los sacerdotes se mueven con fe, con fe in Domino et in Domino! ¡Qué tantos cálculos como los que hacían los judíos a la salida de Egipto! ¡Al diablo papel, pluma y tinta! ¿No estamos en la hostería de la Luna Llena con Renzo de Manzoni? Cuando la que hace es la Providencia, cuando se ve, caramba, que es la mismísima Virgen quien hace y nosotros no somos más que chapuceros, ¿qué pretendéis decir? ¡Digitus Dei est hic! dejad un poco en libertad a este bendito dedo de Dios; si demuestra que es realmente el dedo de dios, ¡terminadla! ¡no es necesario atarlo!" <103>.

Sin embargo, la alegría de Don Orione fue turbada por la mala salud de Monseñor Bandi, que continuaba con sus altibajos. En 1906, la diócesis recibió al Visitador Apostólico en la persona de Monseñor Juan Cagliero, Obispo salesiano. Monseñor Bandi se afligió y consideró la intervención como una prueba de desconfianza hacia su proceder.

Don Orione, por su parte, ponía el mayor empeño en consolar a su Obispo: tal era su deseo y su satisfacción. De una de sus páginas recogemos esta alegría que dependía de la del Obispo: haber procurado al buen prelado una hora d distensión. como había organizado en los dos patios de la "Casa de los Oblatos" un centro recreativo para niños (duraría diez años, poniendo a prueba el funcionamiento interno de la Casa misma, que era casa de estudio pero ofrecía posibilidades de juego y de prácticas religiosas a los jovencitos de la ciudad), pidió a Monseñor Bandi que honrara con su presencia aquellas reuniones, y el domingo 8 de enero de 1905... "todos los jóvenes del Oratorio festivo quisieron presentarse en el Obispo para agradecer a Su Excelencia y para presentarle sus votos y augurios en su onomástico. ¡era hermoso verlos! Imaginad una larga y terrible fila de jovencitos desde los ocho a los diecisiete años, que ni un regimiento hubiera podido mantener quietos y callados. Todos frescos, vivaces, buenos y encantadores, con la impaciencia de ir allí prolongada durante ocho días con miles de esos esfuerzos que,

varias casas, dos de las cuales fueron abiertas en la tierra del Beato Pedro por facultades obtenidas ex audientia Sanctissimi - prospere cada vez mejor según vuestra palabra y la voluntad que me ha expresado, repetidas veces, el Santo Padre, y recolectando frutos cada vez más abundantes, pueda, con la divina gracia, ampliarse para el bien de las almas y la mayor gloria de Dios, también en otros países, si estuviera en los designios de la Divina Providencia.

3) Para descargo de mi conciencia, por lo que respecta a las vocaciones que Nuestro Señor se dignase suscitar.

El plan del Instituto es el mismo que fue puesto a consideración de Vuestra Excelencia en 1899, y los principios constitutivos fundamentales son los mismos presentados el día de la fiesta de la Santísima Virgen Inmaculada, el 8 de diciembre del Año Santo 1900. Aquí los sintetizo brevemente, después de haberlos expuesto y colocado a los pies de Nuestro Santo Padre León XIII, en la Audiencia Privada del 10 de enero del año pasado, y haber recibido palabras de inefable consuelo y amplia aprobación y bendición confirmadas, últimamente, por una carta del Card. Rampolla, del 26 de diciembre de 1902.

1) Antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, la Obra de la Divina Providencia estaba destinada a preparar a la humanidad para recibir a Jesucristo Redentor; y, después de la llegada de Nuestro Señor, a lo largo de los siglos en los cuales la Santa Iglesia milita en la tierra, la Obra de la Divina Providencia consiste en instaurare omnia in Christo, es decir, iluminar y santificar las almas en el conocimiento y la caridad de Dios e instaurar sucesivamente todas las instituciones y todas las cosas, hasta las pertenecientes a la sociedad externa de los hombres, en Nuestro Señor Crucificado, haciéndolas ingresar en el espíritu y la vida del Catolicismo, para que puedan tomar su lugar en él, llegando a lograr un orden perfecto en la sociedad humana, y alcanzando la gloria divina, uniendo toda la humanidad en un solo cuerpo, la Santa Iglesia Católica - constituida por Nuestro Señor Jesucristo bajo la divina potestad de los Obispos, en unión y dependencia con la divina y suprema potestad apostólica del Beato Pedro que es el Pontífice Romano - precisamente para que, de todas las criaturas e instituciones humanas haga un sólo rebaño, bajo la conducción de un solo Pastor: "ut fiat unum ovile et unus Pastor".

2) Y porque Nuestro Señor Jesucristo designó precisamente al Beato Apóstol Pedro para hacerse siervo de los siervos de Dios y sobre él fundó su Iglesia, y a él le encomendó la unidad del gobierno visible que acercase siempre más los hombres a Dios; y, por la asistencia del Espíritu Santo dio en él a sus sucesores hasta el fin de los siglos las palabras infalibles de la vida eterna para lograr el objetivo de la redención, que es renovar en Jesucristo a todo el hombre y a todos los hombres, y el reino social de Jesucristo: instaurare omnia in Christo", nuestro mínimo Instituto que, por bondad del Señor, surgió bajo la denominación de Obra de la Divina Providencia, reconociendo en el Romano Pontífice el fundamento de la Obra de la Divina Providencia en el mundo así como a él se lo venera como el Sucesor del Beato Pedro, el Vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, tiene como fin principal:

3) "realizar, con la gracia divina, la voluntad de Dios en la voluntad del Beato Pedro el Romano Pontífice, y buscar la mayor gloria de Dios persiguiendo la perfección de sus miembros, y empeñarse,, con cada obra de misericordia, en expandir y hacer crecer en el pueblo cristiano - y, especialmente, evangelizar a los pobres, los pequeños y los afligidos por cualquier mal y dolor - un amor dulcísimo al Vicario en la Tierra de Nuestro Señor

Jesucristo que es el Pontífice Romano, sucesor del Beato Apóstol Pedro, con la intención de ayudar a consolidar, dentro de la Santa Iglesia, la unidad de los hijos con el Padre, y fuera de ella, reconstruir la unidad desgarrada con el Padre".

Cuya parte activa consiste más ampliamente en - para una acción interna en la Santa Iglesia - trabajar para terminar con la confusión de ideas, y, por medio de las obras de misericordia, reavivar, estrechar y mantener la unidad de los fieles con el Beato Pedro, difundiendo, en primer lugar, un amor vigoroso y activo por el Santo Padre: a) la educación de la juventud desde la estudiantil a la rural; b) la evangelización de los hombres, según los principios sociales cristianos; c) los afligidos por males y dolores y toda institución a favor del pueblo.

Para que Nuestro Señor Jesucristo ingrese, a través de su Santo Vicario, en todos los corazones, especialmente en el de aquellos que el Divino Maestro demostró amar tanto - los pequeños de edad y de condición - quienes, por sobre todos los demás tienen tanta necesidad del consuelo de conocerlo y seguirlo; y por ellos, entre en todas las manifestaciones de lo que el cristiano, como individuo y como pueblo, piensa, desea y actúa.

Por otra parte, y también por voluntad expresa del Santo Padre, es propio de este Instituto el colaborar, en su pequeñez, con las obras de la Divina Providencia, sacrificándose incansablemente para terminar con la confusión de los tabernáculos y hacer que las iglesias separadas retornen a la plena dependencia y unidad con el Beato Pedro; de modo que por la unidad con el Pontífice Romano y por el cumplimiento con sus disposiciones - lo que por todos y en todas partes la caridad suavísima del Corazón de Jesús, y por ella, las gentes y las naciones establezcan un justo ordenamiento sobre la tierra y vivan y prosperen en Nuestro Señor Jesucristo Crucificado: "Instaurare omnia in Christo".

4) Este objetivo: llevar a la unión con el Papa para instaurare omnia in Christo - propio de nuestra vocación, pone a la Obra de la Divina Providencia y a cada uno de sus miembros en la pronta y absoluta obediencia al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, el Pontífice Romano, Padre, Pastor y Maestro Supremo, universal e infalible de la única verdadera, santa, católica y apostólica Iglesia de Dios - para cumplir siempre con la divina gracia y según las órdenes y deseos que él se digne manifestar al Superior del Instituto, en cualquier parte del mundo, en todo orden de hechos e ideas, con cualquier actividad y con todo el sacrificio de la carne, del intelecto, del corazón y de la vida, todo lo que a él, Obispo y Papa de la Santa Iglesia Católica y de las almas todas se plazca ordenar, o evidencie desear, para la máxima gloria y extensión del Reino de Dios y para el bien de las almas y de los pueblos.

5) Sin embargo, en primer lugar, inflamada de grandísimo y filial amor al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, la obra de la Divina Providencia goza al imponerse un vínculo especial con la Cátedra del Beato Pedro, y está dispuesta a trasladarse donde el Santo Padre quisiera enviarla.

6) Por otra parte, se siente gloriosa de poder prestar su obra y su servicio a los Obispos, a quienes el Espíritu Santo puso para gobernar la Iglesia de Dios.

7) Los Hermanos de esta Congregación serán de dos clases: legos y sacerdotes.

Los hermanos legos serán llamados con el simple título de hermanos; los sacerdotes con el título de Coadjutores de la Obra de la Divina Providencia. Los

del Concilio el 1º de febrero de 1893.

Las cosas maduraban. Se fijó como fecha de pago el 20 de octubre, y Don Orione, suspenso entre la alegría y el sentido de la realidad, volvió a contar sus veinte mil liras...; ¡no faltaban más que cinco mil!

Un sacerdote amigo suyo, Don Inocencio Zanalda, párroco de Santa María de la Versa, le escribió por esos días pidiéndole admitiera en el "Santa Clara" a un jovencito. El 12 de octubre Don Orione respondió, desde Roma, que aceptaba al muchacho, pero que se veía obligado, él, tan reacio en general, a pedirle que, si podía pagar algo, que pagase: "¿Sabes por qué te digo esto? Porque como te habrás enterado, le compré al Obispo la Casa de los Oblatos en 25.000 liras. Pero resulta que ahora me veo envuelto en un gran embrollo porque confiaba en la palabra de un sacerdote de enviarme las 5.000 liras restantes. Me falló, o al menos por ahora no puede pagarme. Y te confieso que me encuentro ante graves problemas. Por eso te digo que, si el muchacho puede pagar aunque sea un poco, que lo pague...".

Don Zanalda metió mano en su cartera y envió las cinco mil liras. Don Orione no terminaba de darle gracias en lo más íntimo de su corazón, pero más aún le agradeció a la Virgen, y lo hizo de un modo que puede parecer extravagante, pero que fue realmente espontáneo y, al mismo tiempo, revela un rasgo particular del estilo del fundador y de su forma de comunicarse con el prójimo: un estilo que surgía con libertad y seguridad de un entusiasmo purísimo y profundo, y no obstante parecía teñido de una astucia casi jocosa, aunque válida.

Había en este gran religioso un modo espontáneo, ágil, casi jovial de guiñarle el ojo al adversario, a los detractores, a cuantos procuraban interponer un obstáculo cuando él tomaba una iniciativa toda amor, toda fuego, y aparentemente desprovista de sentido práctico. En tales circunstancias aparecía el Don Orione integral, inflexible pero ductilísimo, dotado de una fuerza gigantesca para la realización de sus iniciativas, y al mismo tiempo humilde, complaciente, casi proteico para las soluciones, hasta el punto de desorientar a los antagonistas rígidos; y dotado además de un buen humor muy especial que le permitía confiar sonriendo y oponiéndose a todos y resolver las dificultades aparentemente casi jugando. Un Don Orione adulto y niño que veía - las circunstancias más arduas, con los ojos de una infancia abandonada en Dios, gozosa en Dios, imperturbable en el corazón de Jesús. esta era su fuerza, ese poder de persuasión que cuando los otros menos lo esperaban irrumpía desde su corazón en lo más denso de la controversia y lo resolvía todo. Nos atrevemos a decir algo más: el buen humor orionino, que resolvía miles y miles de cuestiones, alguna vez, frente a un oponente vencido, se coloreaba con un leve y cordial: "¡Te la hice, pero estemos alegres, porque también es bueno para ti si Dios fue servido!".

"En esos meses - cuenta el mismo Don Orione - se habían terminado los trabajos de refacción y edificación de un piso alto de la casa recién adquirida. Debían ser inaugurados para el comienzo del año escolar 1905-1906.

"Hice poner, entre la arcada y las vigas, no totalmente sacadas, el cuadro de la Virgen del Buen Consejo que nos había sido donado por el mismo Monseñor Novelli, y que luego se mandó a San Remo. Le pegué los billetes de mil - inclusive los corté por la mitad para que alcanzasen - y los dispuse como una aureola alrededor del cuadro.

"En esa época todo el clero me miraba con desconfianza; sólo se me acercaban Monseñor Novelli y Monseñor Carlo Perosi; los otros me escapaban. Vino Monseñor

Agazzini de Ameno, quien se ofreció a comprar el edificio del "Santa Clara". Don Orione respiró, informó en seguida al Obispo y estudiaron juntos el proyecto que, sin embargo, parecía irrealizable; finalmente, el Obispo se mostró adverso y la situación quedó como estaba. Don Orione creía estar caminando, caminando bajo un cielo cada vez más cargado de nubes; le parecía andar hacia la tormenta que se iba desencadenar puntualmente en el famoso 1904.

Un día, pasando por el jardín de la "Casa de los Oblatos", sintió con más fuerza que nunca la necesidad de contar con ese edificio y tuvo una idea: tomó una estauita de la Virgen, la cubrió con dos tejas y - palabras textuales de Don Orione - "sembró la Virgen en un ángulo del huerto...".

Pasó algún tiempo. El Obispo se sintió inclinado otra vez a darle el edificio, a pesar de que los obstáculos subsistían. El 4 de mayo de 1904 se llegó a un acuerdo con condiciones fijas para una futura compra-venta; parecía haberse dado un primer paso estable, pero muy particular, entre dos generosos: uno imbuido del deseo de comprar para sus cientos y tantos muchachos, pero desprovisto de dinero; el otro, ansioso por donar la casa, pero con las manos atadas por la necesidad de dinero para pagar las deudas contraídas. estos dos grandes señores de la caridad realizaron un contrato, estipularon de palabra para el futuro, y el Obispo concedió a Don Orione el permiso utópico de construir un piso alto. Mientras tanto, las cosas siguieron tal cual, y fue necesario que la Obra de la Divina Providencia pidiese al municipio una prórroga del desalojo, cosa que obtuvo providencialmente.

Sin embargo, la simiente germinaba. Un día se presentó la señora Francesca Zurletti, una benefactora alejandrina que ofreció nada menos que veinte mil liras. Se pasó rápidamente, con los ojos desorbitados por el estupor y la conmoción, a la tasación del inmueble que, para decir poco y no faltar a la más estricta justicia, fue valuado en veinticinco mil liras; mientras el Obispo se disponía a pedir a Roma el permiso para el traspaso, surgieron otras dificultades respecto a las modalidades de la transferencia de la propiedad, y Don Orione escribió una carta que vale la pena trascribir:

"...Le repito de rodillas que, abandonado por entero en manos de Dios, no tuve otra voluntad ni otro deseo que el de no estimar en menos la santa vocación y el espíritu del Instituto, que usted bendijo y aprobó, y el de ser siempre su pobre perro fiel. La Obra, por su naturaleza, no puede ser reducida a un asunto de ladrillos ni a ninguna otra cosa. Usted me dice que el convenio no está firmado aún, pero le digo que aunque hubiesen sido cien firmas y yo hubiera sabido que usted se había arrepentido, se lo habría llevado de inmediato... Quiero ser como masa de una sustancia sin resistencia, que usted pueda poner a verter donde quiera y en su mano como una varita que pudiera hacer girar de acuerdo con la inspiración que le trasmite Dios, y ponerla donde le guste y romperla como le pareciera. Nunca, jamás he pedido una verdadera cesión perpetua de la Casa, tomada en su sentido humano y legal; no, sino una cosa in Domino, in Domino, in Domino, un Decreto, otra fórmula incluso más solemne, si la encuentra usted, magna expresión de fe y de caridad. Le dije que, si tuviese un palacio nada me consolaría excepto el Señor con su Divina Providencia...".

Las tratativas avanzaron; el 4 de julio de 1905, Pío X acogió el pedido del Obispo, lo autorizó a vender la Casa de los Oblatos a la Obra de la Divina Providencia al precio de veinticinco mil liras que se usarían para la exención de los gravámenes del seminario, uniendo y cediendo a la Obra de la Divina Providencia el beneficio parroquial de San Miguel, agregado ya a la Casa de los Oblatas por rescrito de la Sagrada Congregación

miembros de la Obra, después de un tiempo conveniente de noviciado (de acuerdo a las normas dictadas por la Sagrada Congregación de los Obispos y Regulares debe abarcar por lo menos un año) serán admitidos a los votos temporarios anuales de castidad, pobreza y obediencia por un período de tres años, después del cual podrán acceder a los votos perpetuos; y sólo después de éstos recibir, si nada se opone, el Orden del Subdiaconado. Los sacerdotes que, después de emitir los votos perpetuos como se indica, sean considerados por el Superior dignos, podrán formar parte de una sección especial con la obligación especial, pero sin voto, de servir en todo y por todo al Pontífice Romano y actuarán como servidores e hijos del Papa hasta su muerte.

Estos deben haber realizado un sacrificio continuo y total de sí mismos a la voluntad de los superiores: sólo viven para la Santa Iglesia y están dispuestos siempre a morir por ella.

Estos son, en síntesis, los grandes principios de la "Obra de la Divina Providencia", y aquí considero bien aclarar, en el nombre del Señor que, con excepción del voto con el cual la Obra está ligada al Sumo Pontífice, y los otros tres votos esenciales de castidad, pobreza y obediencia, si en la regla o en cualquier orden de la vida de la Obra existe o existiera en el futuro cualquier cosa que tenga categoría de precepto positivo y esté ya comprendida en la ley de Dios, ella no podrá determinar obligación ninguna bajo pena de pecado mortal o venial si el Superior no la ordena en nombre de Jesucristo Nuestro Señor o en virtud de obediencia. Con todo, aunque la Obra de la Divina Providencia desea y con ella lo deba desear cada uno de sus miembros, que su Regla y el ordenamiento de su vida se observe en todo según lo que es propio del Instituto, sin faltar en nada, sin embargo, desea también que, el lugar del temor de ofender, sea el amor y el deseo de toda perfección lo que impulse al cumplimiento pleno de las reglas, de modo que cada uno, con gran libertad de conciencia, atesore la gracia recibida del Señor Dios suyo y con la ayuda de María Santísima Inmaculada, madre de la Obra, "con corazón puro y buena conciencia y fe verdadera" (1 Tim. 1,5) ponga en práctica esa caridad inmensa que es el vínculo de toda perfección (Col. 3,14) y el fin de toda ley, (Rom. 13,10) para mayor gloria y alabanza de Jesucristo, Creador y Señor Nuestro y para la exaltación de la Santa Madre Iglesia. Amén.

Y perdonad, mi veneradísimo y dulcísimo Padre en el Señor, mi libertad si todavía aquí, antes de terminar, os ruego humildemente y, postrado a vuestros pies, os suplico aprobéis este pequeño Instituto, el cual, por la gracia de Dios, podrá redundar en un gran bien para la Santa Iglesia.

No tengáis temor y reconfortaos más bien en vuestro corazón, oh mi buen Padre; veréis que esta incipiente Congregación, entregada al Santo Padre y a la Iglesia, florecerá siempre sobre el Calvario entre Jesucristo Crucificado y María Santísima Dolorosa; y en un Instituto que nace para estar precisamente sobre el Calvario, hay razón para consolarse siempre.

El estar sobre el Calvario servirá a la Obra para no perder el espíritu del que nació, para no olvidar que Jesús no padeció solo en el Calvario y para crecer en esa caridad del Corazón sagrado de Jesús, que quisiera unificar suavemente a todos los hombres en un solo cuerpo, cualesquiera sean las diferencias que los separen.

No tardé tantos años en haceros esta súplica porque me faltara confianza en vos o no os amara tiernamente en el Señor; sino porque no tenía confianza en mí, y también porque, al desear ser totalmente del Santo Padre me parecía necesario, en primer lugar,

interpelar y conocer el juicio del Santo Padre al respecto.

Y así estaba reza que te reza, cuando la gran Providencia de aquel Dios, Qui facit mirabilia solus, me condujo a los pies del Beato Pedro y a difundir la Obra sobre sus propios territorios. Ahora tiemblo aún, pero me apoyo en vos y en el Beato Apóstol Pedro que me bendijo y con la ayuda de la Virgen Santísima. Confío en que nuestro Señor Jesucristo, que ha comenzado esta obra, la perfeccionará (cfr. Fil. 1,6)

Al Santo Padre, que me pedía llevara el plan del Instituto a la Sagrada Congregación de los Obispos y regulares, le respondí humildemente que había ido a verlo sólo para consultarlo, pero que vendría a veros, ya que sois mi Obispo; y a vos vengo hoy, fiesta de la Aparición de María Santísima Inmaculada, y plenamente confiado en Vos mi Padre, me pongo a vuestros pies benditos; ¡que se haga conmigo y con todos los demás que están conmigo, lo que vuestra palabra diga!

Y aunque acepté in Domino toda disposición contraria, permitidme sin embargo que, con todo el corazón de pobre hijo vuestro en el Señor, os ruegue que os dignéis - por el amor que sentís por la Virgen Santísima, madre de esta Obra, por el amor hacia el Papa - que aprobéis y bendigáis con una aprobación y bendición grande, grande, grande, este Instituto de la Divina Providencia, que rezará siempre por Vos, que nació a vuestros pies, que es vuestro espíritu y que se debe y se deberá siempre a vos y que os tendrá como Padre, y será la obra más bella, con la gracia del Señor, de Vuestro Episcopado.

Confío esta súplica a la Virgen Santísima Inmaculada y ruego a todos mis queridísimos santos protectores y a las Santas Almas del purgatorio que la acompañen.

Me arrodillo a vuestros pies con todos los míos: por mí y por todos os pido perdón por todo; bendecimos con todo vuestro corazón: - fiat voluntas Tua, et sit Nomen Domini Benedictum nunc et semper, et semper, et semper! Amén.

Vuestro afectísimo servidor e hijo en Nuestro Señor Jesucristo Crucificado.

Sac. Luis Orione

de la Obra de la Divina Providencia <102> Fasc. 71-185.

XVIII - "Sembrar" la Virgen

La compra de la "Casa de los Oblatos"

Los meses transcurrieron en un clima de renovado "deseo de hacer". La afirmación - por así decir - "canónica" contra los adversarios y detractores daba nuevo impulso a los espíritus; sin embargo, no había margen para ningún triunfalismo. Alegría íntima, sí: la Obra había sido aprobada... ¡y era primavera!

Todos los aspectos de las cosas recuperaban su belleza, y además, ¡era la primavera de la Obra!

Pero, de pronto, reaparecen las circunstancias difíciles, el banco de pruebas para esa alegría y ese celo.

En el cercano 1904 caducaba la concesión que la Comuna de Tortona había hecho para el "Santa Clara". Fuese o no por necesidad real, la Comuna misma pidió la casa con un preaviso de año y medio.

Había que desalojar. Don Orione hizo un recuento de los muchachos: trescientos. Desalojar, por lo tanto, a trescientos diez, porque debía contarse también al personal directivo y auxiliar.

Con sus trescientos, Leónidas detuvo a Jerjes en las Termópilas, pero Don Orione, con sus trescientos diez no podía detener al municipio de Tortona. Fue entonces cuando despertó en él el deseo de cierta casa grande, restaurada, limpia, que estaba allí, a dos pasos y esperaba llamativamente a alguien dispuesto a usarla. Se trataba de la "Casa de las Oblatas" preparada con tanto amor y tanta esperanza por el Obispo para un grupito ideal de sacerdotes escogidos, "entregados" a una tarea decididamente superior.

Tal había sido el sueño de Monseñor Bandi, pero no pasó de un sueño. Transcurrido el tiempo, consumada la desilusión - aceptada por amor de Dios -, Monseñor estaría dispuesto, quizá, a vender su hermosa casa para saldar las deudas contraídas debido al Seminario de Stazzano. Y Don Orione, sabiéndolo - o intuyéndolo - se dirigía a la Virgen:

- ¡Oh, Virgen Santa, si es posible, dame esa casa para mis muchachos!

Mientras tanto, más de una vez tuvo efecto este diálogo con el Obispo:

- ¡Excelencia, véndame la casa!

- Sí... - respondía el Obispo con cierta sonrisa atribulada que lo caracterizaba -, sí: te la vendo. Y luego, tú, ¿con qué me la pagas?

- Pero, al fin y al cabo, la Providencia ayudará...

Y la conversación concluía melancólicamente.

Mientras tanto, los días transcurrían y se navegaba hacia el temido 1904, año de vencimiento del contrato. En cierto momento se presentó una benefactora, la condesa

es mantener un enlace preciso, a causa de la movilidad y variedad de las indicaciones. Por ejemplo, Don Albera tiene su sede en Messina, por la noche, en las barracas de Piazza Cairoli y, para las reuniones del Comité de socorro, en el obispado, o, para ser más exactos, entre las pocas ruinas de muralla que permanecen en pie de lo que fue el obispado.

Don Orione eligió como residencia normal y oficial, un vagón de tren de carga abandonado sobre las vías. Sin embargo, el 18 de enero puede descansar - ¡cosa prodigiosa! - en una cama, porque se encuentra en Giogia Tauro como huésped de Monseñor Morabito. El descanso le parece faraónico, extraño, y casi le fastidia un poco, porque el pensamiento regresa a las ruinas, a las barracas de los centros más afectados, Messina y Reggio.

Monseñor Morabito le habla de grandes planes relacionados con la apertura urgente de un instituto profesional agrícola en Polistena, y el príncipe Nunziante quiere uno en San fernando; Don Orione no puede aceptar la oferta de Monseñor Morabito porque su personal está comprometido en Cassano.

Al día siguiente, 19 de enero, conoce finalmente en Reggio Calabria, al enviado pontificio, Monseñor Cottafavi, llegado de Palermo con el Comendador Parlati y el barón Petit. Lo encuentra en un momento en que Monseñor está ocupadísimo: procurando hacer embarcar en el transatlántico español "Cataluña", a centenares de huérfanos.

La enorme nave fue puesta a disposición del Papa de inmediato, con un gesto generoso, por el marqués López Brou de Comillas, financista y armador español que todos consideran un santo. Es, quizás, el hombre más rico de España: posee la línea transatlántica España-Antillas, otras líneas de navegación mediterránea, y también transoceánicas hacia el Oriente; es propietario de las "Tabacaleras Filipinas", enorme empresa de la industria tabacalera en aquel lejano archipiélago, y además propietario de inmensas fábricas en España, del fabuloso castillo de Comillas, cerca del cual su padre, primer marqués de Comillas, y él, donaron una Universidad a la Compañía de Jesús...

Este hombre, casado y sin hijos, vive modestamente, limitando, como un burgués cualquiera, sus exigencias y gastos personales y los de la casa (manteniendo sin embargo estrechas relaciones con la corte española, en la que es caballero del rey, como su mujer es dama de la Reina), pero prodiga sumas realmente fabulosas para beneficencia. En 1896 organizó las peregrinaciones obreras españolas a Roma, transportando en sus naves a dieciséis mil trabajadores para ver a León XIII; durante el conflicto hispano-americano pone su flota de barcos de pasajeros a disposición de la patria. Y mientras tanto mantiene falanges de pobres, hospitales, institutos de beneficencia.

Por aquellos días, Don orione debe seguir la gira del "Cataluña", que se detiene en varios puertos para recoger a los huérfanos. El itinerario del transatlántico y las operaciones de embarque son obstaculizados en todas partes por autoridades sectarias y por particulares hostiles a las iniciativas clericales. Pero el 30 de enero la nave zarpa del puerto de Messina, después de haber sido obligada a devolver a la ciudad de Messina a los huérfanos messineses ya cargados. estos son confiados, por orden del prefecto, a Don Orione, quien los distribuye entre las casas de Cassano y de Noto.

El 13 de febrero, Monseñor Cottafavi, que se había demorado una semana en Roma para informar a la Santa Sede acerca de las condiciones de los lugares afectados, retorna a Reggio Calabria como Delegado Apostólico.

habitación puede decirse que hospedaba a una familia; en su conjunto, gente pobre, miserable, quizá en deuda con la policía, a menudo de malos hábitos religiosos. ¡Cuántas uniones ilegítimas"! ¡Cuántos hijos por bautizar! ¡Cuántos niños y niñas que no salían casi nunca de casa por no tener con qué vestirse decentemente! Aquí y allá, como por encanto, y con un crescendo cada vez más acentuado, aparecían las primeras villas, rodeadas de jardines y huertos, rompiendo la gris melancolía del campo romano. Diseminada por todas partes - en cabañas y tugurios, cuevas de puzolana y cavernas, cualquier agujero que ofreciese un reparo contra la intemperie - una cantidad imprecisable de gente. Predominaban los carreteros. Por todas partes, los bodegones, a los que llegaban los elementos más equívocos de la ciudad, y casas de mala vida" <108>.

En ese ambiente - en la fiesta de la Anunciación de 1908 - dio comienzo la misión regeneradora de los Orioninos.

El 29 de marzo, Don Sterpi anotaba: "Hoy confesé por primera vez en la iglesita a cinco personas. Santas Comuniones: ocho. El día de la Virgen (25 de marzo) santas Comuniones: tres".

Comienzos verdaderamente duros...

La capilla estaba situada en la planta baja de la casa Vallecchi, en el actual número 270, como dijimos, en una miserable caballeriza con bohardilla que, desocupada, limpia y blanqueada, tenía todo el aspecto de un amplio depósito. ninguna señal exterior que indicase, en aquella escuálida pobreza, la casa del Dios viviente: ni campanario, ni una cruz en la puerta, ni una imagen sacra sobre el frente. A la hora de las funciones el sacristán se ubicaba en mitad de la calle e, imitando el exordio de Don Orione, hacía sonar una gruesa campana. A quien le preguntaba: "¿Qué pasa?" le respondía: "Id a ver...", con el aire más desenvuelto del mundo.

"En cambio, adentro - continúa la "Crónica" - esa iglesita era muy devota: la "cabaña de Belén", se la llamaba. Sobre el altar, sobresaliente sobre un fondo de damasco, había un gran crucifijo. Al entrar, la Virgen Dolorosa ofrecía a la adoración su hijo exánime y los buenos fieles de entonces no tardaron en cubrir sus heridas con besos.

"Los niños se amontonaban, como podían, para consolar a Jesús: sentían tanta compasión por él que querían besarlo en la cara. El mismo grupo de mármol que se encuentra ahora en la iglesia de Todos los Santos, a la derecha del que entra, y que, como el Niñito de Navidad, fue regalado por Pío X, también surgía a la vista.

"Frente a la Dolorosa, adosada a la pared opuesta, sobre un simulacro de altar, estaba la Virgencita Inmaculada que se puede ver ahora en la sacristía. Don Orione confió la naciente parroquia a sus cuidados maternales.

"Los primeros sacerdotes que trabajaban en la capilla fueron tres columnas de la Congregación: Luis Orione, Carlos Sterpi y Gaspar Goggi. Este por pocas semanas, debido a que una de esas enfermedades que no perdonan, lo asediaba; murió poco después, en olor de santidad" <109>.

La Obra orionina de Roma, destinada con el tiempo a constituir un complejo grandioso, y a acoger la curia general, signó desde entonces la "evangelización" de aquel barrio enorme, afirmándose día tras día desde el primer trimestre de 1908 en adelante.

<105> En el periódico "La Madonna", de Roma y con fecha 31.3.1905, Don Orione publicó un artículo titulado "En nuestro puesto". Valdría la pena leerlo, porque revela su

equilibrio profundo y sólido: él, precisamente él, que daba todo, con una generosidad ardiente, a la causa de los pobres, advertía que era censurable cualquier acción realizada en tal sentido en contra de la obediencia debida al Vicario de Cristo. <106> "La Obra de la Divina Providencia", 20.12.1906. <107> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, pág. 296; "Don Gaspar Goggi", Roma 1960, págs. 277 y s; Barra, "En puntas de pie", págs. 47 y ss. <108> Fasc. Mons. Silvani, 9, VII; fasc. D. Adaglio, 8, IV. <109> Parecía que Don Orione respiraba libremente, pero, por el contrario, surgieron complicaciones en Tortona. La ampliación y sobre todo la construcción de los pisos superiores de la Casa Matriz, parecían molestar a la vecina iglesia parroquial de San Miguel, cuyos sacerdotes presentaron quejas al obispo.

Aún no se había resuelto este inconveniente cuando surgió otro, constituido por el "caso" de Don Riccardi. En setiembre de 1908, Mons. Bandi intimó a este Canónigo y Monseñor a presentar, en el término de tres días, la renuncia como rector del seminario, so pena de destitución. Por la noche, Don Riccardi durmió en el seminario, pero a la mañana salió, sin saber dónde dirigirse, pues no contaba con medios; pidió entonces hospitalidad a Don Orione, quien lo acogió, encargando a Don Vittorio Gatti retirara del seminario de Stazzano las cosas de Riccardi y las llevara al Instituto "Paterno", es decir, a la ex Casa Oblaticia, convertida en Casa Matriz de Don Orione. El hecho tuvo consecuencias dolorosas: en la curia pensaron que Don Orione había actuado mal al recibir a Mons. Riccardi, y alguno quiso ver en este acto cierta hostilidad contra el Obispo cuando, por el contrario, Don Orione había actuado por caridad y para facilitar la salida del ex rector del Seminario.

Las consecuencias no terminaron allí: el canónigo Riccardi y Don Ravazzano, destituidos por un plumazo, recurrieron a Roma, que desautorizó al Obispo; éste suspendió a otro sacerdote, Don Grazioli, y la Santa Sede absolvió a Don Grazioli. En virtud de tales, los diarios locales anticlericales atacaron y escarnecieron a Mons. Bandi. En 1908, Roma ordenó una nueva visita apostólica al seminario de Tortona, confiándole a Mons. La Fontaine, Obispo de Cassano Jónico; contemporáneamente y en forma pública, el abogado Giovanni Valente, director del semanario diocesano "il Popolo" - publicación tan querida por Mons. Bandi - vaciló en la ortodoxia y debió ser alejado... Mons. Bandi estaba de verdad oprimido por tal cúmulo de contrariedades como raramente podrían darse.

Por su parte, Don orione hacía lo posible por no agregar problemas. No bien le comunicaron las dificultades que producía la ampliación de la casa anexa a la iglesia de San Michael, escribió al Vicario General Monseñor Boveri. "Recibí la carta del Señor Obispo sobre la nueva ala que se construye en la Casa de la Providencia. Como ignoro si se encuentra todavía en Tortona, le ruego le diga que disponga como le plazca, como Dios lo inspire, como la Virgen Santísima lo aconseje. Manifesté el deseo de que me escuche y aún le ruego que me escuche. Pero de cualquier manera, por amor al Señor y a la Virgen y a la Santa Iglesia, estoy dispuesto a evitar piedra por piedra. Sit nomen Domini benedictum. Saludos".

Precisamente en esas semanas, Don Orione fue golpeado por desventuras que lo afligieron profundamente: murió su madre, la buena Carolina (7.10.1908) y murió Don Gaspar Goggi (4.8.1908) el colaborador más fiel y útil, el apoyo más valioso, junto con Don Sterpi, de su Obra.

Sufrir y ofrecer. Fue un año de vida intensa, llena de pruebas, ese de 1908. Don Orione, afligido como estaba, se preocupaba por disminuir el dolor que tantas

XXII - Manos tendidas en el reino del dolor:

Don Orione en Messina

Don Orione deja Palmi y parte hacia Messina, donde desembarca el 14 de enero. Allí se encuentra frente a la mayor desgracia, casi frente a lo inverosímil. ¿Cómo moverse en aquella gigantesca ruina? No hay más calles, no hay indicaciones, ni edificios en pie; es preciso llegar al Arzobispo Letterio D'Arrigo y el general Mazza. Pero los ánimos parecen turbados, derruidos como la piedra de los muros. ¿Cómo abrirse paso para buscar a los huérfanos abandonados, cómo persuadir y ser creídos en aquella trágica baraúnda, en la que uno llora, otro muere, alguno aprovecha monstruosamente para robar o trampear?

Las credenciales lo ayudan y Monseñor D'Arrigo lo recibe con vivo aliento. Cuando se presenta después ante el general Mazza, tiene una gratísima sorpresa, porque encuentra allí como asistente a Enrique Lanzavecchia de Predosa, cerca de Tortona, uno de los primeros alumnos del "Santa Clara" y de los más afectos al fundador.

Todo es fácil ahora, no existen más desconfianza ni obstáculos, se puede comenzar a reunir a los huérfanos. El general Mazza permite a Don Orione recoger a los niños perdidos; frente a los otros se mostró y se muestra reacio. Se trata, en realidad, del punto más delicado de toda la apocalíptica tragedia. Recoger a los niños puede significar una obra sublime, pero también constituir una loca imprudencia, peor aún, un acto peligroso o directamente criminal. Entre las responsabilidades que recaen sobre quien trabaja y dirige en el lugar del desastre, es quizá ésta la más sutil y seria de todas. Tal la razón por la que los Obispos organizan rápidamente refugios y orfanatos profesionales, sustrayendo a los niños de los peligros y encaminándolos hacia un porvenir de trabajo valioso: Monseñor La Fontaine en Cassano, Monseñor Blandini en Noto, Monseñor Morabito en Polistena y en San Fernando.

Es fácil comprender lo oportuna que resulta la figura de Don Orione en el corazón mismo d los acontecimientos. Algunos comités llegan a desarrollar una actividad proficua también en este campo: citemos el presidio por el Diputado Micheli, del que forman parte el conde Roberto Zileri Dal Verme, el Padre Mistretta, sacerdote jesuita, y Don Albera. Después de una rápida y consoladora visita a Noto, Don Orione vuelve a Messina donde encuentra plena comprensión por parte de Micheli, del Padre Mistretta, de Zileri, y donde reencuentra, con toda su antigua estima, a Don Albera. La colaboración con estos beneméritos se torna estrecha; ellos se mueven ya con soltura en el ámbito del desastre. Mientras tanto, Don Orione dirige un llamado urgente al Padre Semeria, entonces en Génova, para que venga a tomar parte en la obra de socorro. El Padre Semeria se encuentra, por esos años, en un punto difícil de la vasta parábola de su vida y de su apostolado. Ya estuvo en Rusia en 1903, y publicó varios escritos que suscitaron vivas polémicas. Durante todo este agitado período, Don Orione permaneció junto a él con su ejemplo humilde y ardiente de total fidelidad al Papa, y se vale de la estima que Pío X le dispensa, para interceder ante el Santo Pontífice a favor del Padre Semeria.

Otro encuentro en la tierra del dolor, en aquellos días, tiene lugar con el canónigo Aníbal María de Francia, fundador de un gran instituto, para la educación espiritual y el adiestramiento profesional de niños y muchachos pobres.

Los encuentros llevan pronto a un feliz resultado: la reunión de fuerzas. Lo difícil

Ahí va Don Orione de un lugar a otro de las zonas afectadas, visitando los barrios más devastados, consultando a los Obispos y párrocos, pidiendo instrucciones y haciéndose útil de mil formas. El 7 de enero, en las primeras horas de la mañana, viajando un poco en tren, un poco a pie, un poco en humildes cabalgaduras, llega a las 10 a Catanzaro Marina; a las 13.45, a Roccella Jonica; el 8 de enero a Bova, luego a Mélito Porto Salvo. El 9 de enero, antes del alba, arriba a reggio: encuentra una ciudad de escombros. De ruina en ruina llega a la caballeriza del palacio que fue residencia del Arzobispo Cardenal Portanova: el Cardenal murió hace varios meses, el palacio no existe ya; queda la caballeriza de fuertes murallas, en la que el heroico Monseñor Dattola recogió a sacerdotes y laicos sobrevivientes, elevando muy pronto un altar para la Misa; al mismo tiempo se preocupó de notificar a Roma la noticia de la enorme catástrofe acercándose a pie a la oficina de telégrafos más cercana todavía en funcionamiento, distante quince kilómetros de Reggio: de tal modo recorrió a pie, con la muerte en el corazón, treinta kilómetros.

El mismo Monseñor Dattola lee las credenciales de Don Orione y exclama: "¡Alabada sea la Providencia de Dios!". Existen allí muchos huerfanitos para los cuales un nido, un poco de pan, algunos cuidados, significan la salvación; es urgente ubicarlos en un lugar seguro, sustraerlos al clima invernal, a las noches heladas. Mientras tanto, Don orione sigue mirando a su alrededor: la sucesión de temblores, el panorama cada vez más trágico, las necesidades extremas, le dan la impresión clara, perentoria, de que es necesario organizarse, formar grupos solidarios, activos, caritativos, coordinando sus iniciativas. Trajo consigo dinero que le pertenece, de la diócesis, lo distribuye entre los más hambrientos, entre los más desnudos, entre los más enfermos; en tanto consuela, exhorta, anima, confiesa...

Luego parte de regreso a Gioia Tauro y Palmi, a ver a Monseñor Morabito y Carlos Pasquali, para concertar un plan unitario. Está obligado a seguir la ruta de Catanzaro, porque la línea directa Reggio-Palmi se halla obstruida; al llegar, dispone que Don Pasquali acompañe en seguida a los huerfanitos de Reggio a Cassano.

Uno de los hechos que más lo afectan es que los benefactores protestantes se encuentran ya en acción para sustraer de lasruinas, del hambre, del abandono, de la vecindad de tantos cadáveres, a los niños que quedaron solos. Don Orione intuye perfectamente qué significa esa piedad, ese salvamento, hechos no obstante del modo más generoso y con la mejor intención: significan, en la práctica, sustraer de Italia a los niños italianos, y sobre todo, sustraer a los pequeños de la Iglesia. ¿Cómo recuperar a estos chiquillos que dejan la patria llevando en su interior una espantosa visión de muerte, abandono y destrucción?

El 10 de enero sostiene una importante conversación con Monseñor Morabito; el Obispo es inteligente, tiene gran corazón y concuerda con las impresiones de Don Orione. Coinciden en tres necesidades: que los huérfanos calabreses permanezcan en a calabria y los sicilianos en la Sicilia; que los hijos de los católicos sean educados católicamente; que es necesaria una organización de la que el alma será el Vicario de Cristo.

El Obispo escribe una carta al Santo Padre y se la entrega a Don Orione, quien prosiguiendo su regreso a Messina la mandará desde Catanzaro Marina, estación ferroviaria que sigue funcionando, por el tren directo a Roma <110>. <110> Sparpaglione, "Don Orione", págs. 178 y ss; fasc. monográfico "Don Orione en Messina", de A. Bianchi, pág. 1077; "La Obra de la Divina Providencia", 1.2.1909.

circunstancias producían en el Obispo. A su vez, advertía que los últimos hechos habían complicado gravemente las condiciones, y que en Tortona el peligro para la Congregación era sumamente grave. Una legión de adversarios rodeaba a la Obra: acusaban al mismo Don Orione de hacer un doble juego en Roma, contra la curia episcopal.

En esta atmósfera densa se aproximaba la fiesta de la Paz, la Navidad. El 23 de diciembre, Don Orione envió augurios y felicitaciones a un novel sacerdote, el Padre Risso de los Rosminianos, ex seminarista en Tortona, y le escribió: "Tengo muchos dolores, querido hijo, muchos, muchos dolores; necesito estar junto a mi Dios, quisiera desear lo que El desea, la Cruz y como El lo quiera. Hoy, a esta hora, quizás, la Pequeña Congregación de la Divina Providencia será disuelta... Bendita sea la voluntad del Señor, bendita sea la Santa Iglesia, bendito sea y siempre venerado, por toda mi alma y la de los míos, nuestro santo Obispo...".

Para descongestionar - o derivar - el estado de las cosas, se produjo, imprevistamente, una de las más grandes tragedias del siglo XX: el terremoto de Messina. Como Don Orione tenía sus propios hijos allá, en Noto, obtuvo del obispo la autorización de correr al terreno de los hechos, donde las circunstancias se acumularían sobre él, como ya veremos ("Don Gaspar Goggi", Roma 1960, págs. 182 y s; fasc. Venturelli, págs. 838 y s: Rognoni, "Mons. Igino Bandi", pág. 134).

XX - Corrientes y figuras modernistas en los primeros años del siglo

¿Quién le hubiera dicho a Pío X que aquel sacerdote humilde y lleno de fuego, Luis Orione, dentro de muy poco tiempo habría de participar con dedicación ilimitada de caridad en la ayuda a las víctimas de uno de los cataclismos más graves del siglo, el terremoto de Messina y de la Calabria? ¿Y que encontraría en el campo de la desventura, un grupo de voluntarios perteneciente al movimiento llamado "modernismo" que el Pontífice combatía con la mayor energía?

Por lo tanto, nos parece oportuno hablar del movimiento modernista, haciendo breves observaciones sobre sus protagonistas principales; volveremos a encontrarnos con algunos en el lugar del dolor, durante la gran catástrofe que deberemos describir.

Fue el mismo Pío X, en la encíclica Pascendi (8 de setiembre de 1907) quien acuñó el término "modernismo" para sintetizar, en una definición única (y atacar así en la raíz), una serie de tendencias y errores estrechamente relacionados entre sí. Fue también Pío X en la misma encíclica, quien dio al modernismo su rostro teórico definitivamente nítido, ahondando y fijando el sustrato profundo de muchas afirmaciones que no dejaban de tener contornos nebulosos.

Las grandes fechas del movimiento modernista: julio y setiembre de 1907, 1910, 1911. Y los nombres importantes: Loisy, Tyrrel, Houtin, Fogazzaro, von Hügel, Semeria, Casciola, Minocchi, Alfieri, Murri, Buonaiuti, Gallarati Scotti..., personalidades opuestas y diversas unidas en su mayor parte por un apretado nudo de vicisitudes que se desarrollaron en un breve lapso, y luego rápidamente restituidas y dispersas por caminos vitales divergentes.

Estos hombres sabían que sus raíces se hallaban en una corriente de pensamiento, investigaciones y errores, que había recorrido el siglo XIX y que Pío IX había refrenado con el Syllabus y sobre la que el Vaticano I había apuntado su rayo agudo y discriminatorio. En Francia, la representaban Lamennais, Renan, Alfred Loyse, sacerdote que tenía a su cargo la cátedra de hebreo en el "Instituto" de París y que había publicado L'Evangile et l'Eglise, Etudes Evangeliques, Le quatrième Evangile, La religion d'Isräel... Varias personalidades, observará la Pacendi, se encuentran y estratifican en los hacedores del modernismo: el filósofo, el creyente, el teólogo, el historiador, el crítico, el apologista, el reformador. Alfred Loisy, dotado de rica cultura histórico-filológica, se afirma como representante del modernismo bíblico, cuyas pretensiones fueron: en la Biblia no se encuentra el proceso genuino de la Revelación, en cuanto texto inspirado por Dios en cada una de sus partes, garantizado por lo tanto por la autoridad divina, el relato bíblico, relacionado con formas y exigencias de vida de los lectores para quienes fue escrito, es simple recolección de materiales que no tienen ningún fin de verdad absoluta, sino que tratan de exaltar y purificar el sentido religioso del lector, darle la intuición práctica sobre cómo venerar a Dios, conformando la vida a la norma suprema de su voluntad. Negación, por ello, de la inspiración como carisma, del contenido histórico y la verdad absoluta del Libro Sagrado; y distinción, en especial en lo concerniente al Nuevo Testamento, entre el elemento histórico y el sobrenatural de la fe, confinado este último a la conciencia subjetiva del creyente.

Loyse dejaba el "Instituto" en 1894 para dirigirse a Neuilly, y acercarse luego al

de haber visto morir a gran parte de sus fieles y a casi todos sus clérigos, se negó a alejarse de la devastada ciudad y prodigó sus energías en el auxilio de los sobrevivientes. En Reggio Calabria, Monseñor Dattola, vicario capitular (pues la diócesis estaba vacante), desarrolló una actividad intensa, generosa; otro tanto hicieron en Palmi el incomparable Obispo Monseñor Morabito; en Acireale el Arzobispo M. Arista; en Casano del Jonio el Obispo - futuro Patriarca de Venecia y cardenal - Monseñor La Fontaine.

Don Orione conoció la noticia por los diarios al día siguiente del desastre; buscó ansiosamente detalles de la inmensa tragedia, mientras su pensamiento quedaba fijado a sus hijos de Noto... ¿Estaban vivos? ¿La catástrofe había llegado hasta allí?

Trató de telegrafiar; escudriño con ansiedad los comentarios de los diarios: nada sobre Noto; no bastaba para tranquilizarlo porque los diversos aspectos de lo ocurrido iban descubriéndose poco a poco. Por lo demás, Don Orione se sentía llamado irresistiblemente por los desconocidos supervivientes necesitados de todo..., por los huerfanitos a merced de la desventura. Se presentó ante Monseñor Bandi, el 2 de enero, pidiéndole permiso para partir, con la finalidad de socorrer a los huerfanitos abandonados, acogiéndolos en sus casas.

Monseñor Bandi concedió, dio ánimos, envió otro sacerdote de la diócesis para la santa empresa: Don Carlos Pasquali, titular de una parroquia bastante chica (apenas doscientas almas), también con ansias de ayudar. Pasquali partió de inmediato hacia Roma, donde lo esperaba Don Orione.

Febrilmente, Don Orione se libra de sus tareas el 3 de enero, y vuelve ante el Obispo para llegar a las últimas decisiones; el 4 de enero parte de Tortona y a medianoche está en Roma. Don Pasquali, mientras tanto, ha recogido noticias: Noto no fue atacada por la catástrofe, pero los detalles con respecto a las zonas afectadas son escalofriantes: se habla de otros cien mil muertos, de los cuales alrededor de ochenta mil corresponderían a Messina; Messina y Reggio arrasadas, otras ciudades semidestruidas, muchas aldeas perjudicadísimas. Llegan pedidos angustiosos desde Mileto, Giogia, Tauro, Palmi, Bagnara, Polistena, San Fernando. Allí estaba el inolvidable Obispo Monseñor Morabito, espléndido en su caridad, coordinando y multiplicando los socorros junto al príncipe Nunziante de San Fernando.

Don Orione llegó a Cassano el 6 de enero, y luego fue a Reggio; Don Carlos Pasquali llega a Palmi y permanece allí a disposición de Monseñor Morabito hasta el 9 de febrero, día en que el Obispo Bandi lo llama de vuelta a la parroquia de Tortona.

En Cassano Jonio Don Orione prepara el orfanato de la "Catena" bajo la dirección del Obispo Monseñor La Fontaine, quien le dice: "Ocupaos también de hacer venir a los huerfanitos, urge socorrerlos". Está prevista la llegada de Don Contardi, sacerdote orionino, quien será director y responsable del orfanato improvisado; durante la espera, el obispo mismo y sus colaboradores se ocupan de los pequeños desamparados, hospedándolos en el obispado.

Don Orione torna a partir, munido de cartas de presentación y recomendación de Monseñor La Fontaine; lleva una carta para el general Tarditi, en Palmi; para el Arzobispo D'Arrigo y para el general Mazza en Messina; para Monseñor dattola y para el general Mazzitello en Reggio Calabria. El Obispo La Fontaine declara, en esos mensajes, que Don Orione es el encargado de recoger huerfanitos y tiene plenos poderes para asilarlos en la escuela profesional abierta para ellos en Cassano.

habían creado una galería subterránea, una celdilla inverosímil en la cual un infeliz aún palpitaba, esperaba, lograba gritar... Algunos episodios de este género hacen estremecer. El comandante ruso del "Makaroff" contó: "Los marineros encontraron una cama sobre la cual yacían seis pisos de casas, entre un montón de restos mezclados con cadáveres; bajo aquella cama dos niñitos jugaban seriamente con unos botoncitos...".

Los detalles referidos a los niños eran los más lacerantes: "Habíamos recogido muchísimos niños - declaró el comandante del "Makaroff" -, algunos en brazos de sus madres muertas, otros, muertos en los brazos de sus madres enloquecidas. En el barco los marineros (no disponían de una gota de leche) les daban a chupar el dedo mojado en agua".

Entre los primeros que acudieron se encontraban Víctor Manuel II y Elena, Rey y Reina de Italia. Ambos se destacaron por una obra intensísima, afectuosa, hacia las víctimas y los sobrevivientes. Entre los muchos episodios que marcaron la obra de la soberana en Messina, se destaca un momento dramático relacionad con un niño. En una casa, la Reina asistía al salvamento de algunos semienterrados; en cierto momento, ella misma se encontró acogiendo entre sus brazos a un niño muy pequeño, pero como para liberarlo se debieron remover los escombros, había vigas y travesaños que amenazaban con derrumbarse. Una viga, o fragmento de ella, se deslizó en dirección a la Reina, quien sostenía al niño; para salvar la pequeña vida palpitante entre sus brazos, sostuvo el peso de la viga sobre su espalda, hasta que los soldados acudieron a salvarla.

El episodio, que alcanzó fama, fue grabado en uno de lo tres altorrelieves que adornan la base del monumento erigido a Elena en Messina.

Otro aspecto particular de la tragedia fue la frecuencia de los casos de locura, o de shock muy grave. El mismo comandante del "Makaroff", a semejanza de cuanto había declarado el viajante Gardier, relató: "También teníamos muchos locos que buscaban entre ruinas imaginarias, entre los corredores del barco, debimos cerrar los pasillos que dan a la sala de máquinas ¡por temor de que se arrojasen de allí!".

Puesto que la ayuda a los heridos se convertía en un problema cada vez más vasto y difícil, se hacía necesario un inmenso equipo... pero las desgraciadas ciudades de la costa siciliana y calabresa no ofrecían ninguna posibilidad de recuperación. Se vio entonces a Elena subir a bordo del crucero ruso "Slavia", surto en el puerto de Messina, y dirigirse al comandante, quien, obligado por su rutina no podía tomar iniciativas personales, diciéndole en ruso: "no es la reina de Italia, ni la princesa de Montenegro quien os habla; es una mujer que os pide en nombre de la humanidad que transportéis estos heridos a Nápoles". El comandante transportó a los heridos a ese puerto, salvando así a muchas víctimas.

Muchos hombres generosos se acercaron, se formaron los primeros comités de ayuda, que trabajaron en la zona, absorbido al principio por las necesidades inmediatas, que no permitían el menor respiro, necesario para organizar mejor los socorros. Era preciso arrojarse aquí y allá, donde surgiera un grito anunciador de un sufrimiento extremo; los medios de comunicación de la época no permitían una rapidez adecuada a la urgencia. Por todas partes los grupos de ayuda se asociaban; mientras tanto la autoridad estatal, representada por los militares, se ponía a la cabeza de la red organizativa. Proclamado de inmediato el toque de queda, el general Mazza asumió el comando de Messina, el general Mazzitelli el de Reggio Calabria, el general Tarditti el de Palmi. El Arzobispo Letterio D'Arrigo, con el alma conmovida por la calamidad, después

asiriólogo Thureau-Dangin; L'Evangile et l'Eglise fue publicado en 1903 y el mismo año condenado por el Santo Oficio junto con otras obras del autor. El sacerdote consumó el propio drama íntimo, irguiéndose abiertamente - profeta amargo y blasfemo - contra la Iglesia misma, que presentó como falsificación consciente del Reino de Dios, reino anunciado por Cristo en un sentido meramente escatológico.

Un jesuita inglés, Tyrrel, leyó en los últimos años del siglo las obras de Loisy en las que lo inició un amigo común: Friedrich von Hügel, y las huellas de esas lecturas marcaron a fondo una crisis que trabajaba desde hacía tiempo al joven pensador. Tyrrel había llegado al catolicismo, y al sacerdocio, desde el calvinismo; se trató de recorrer un camino inverso, que resultó muy doloroso. Conquistado por las ideas del modernismo, luchó por permanecer en el seno de la Compañía de Jesús y de la iglesia, llegando a desarrollar actividades de escritor clandestino hasta que el descubrimiento de A letter to a friend - y su negativa a retractarse del error - provocó su expulsión de la Compañía. Había elaborado una compleja síntesis teológica orientada a conciliar las instancias de algunas corrientes modernas con la fe católica, bajo el signo del anti- intelectualismo y el relativismo; la Revelación, según Tyrrel - que niega a la razón toda capacidad de conocimiento científico y metafísico - se cumple sólo en la conciencia del individuo, mediante una experiencia vital de lo divino, consistente en elementos afectivos y dinámicos. El dogma, es decir el concepto o imagen en que se inscribe esa experiencia de Dios, está en evolución continua, y, privado de valor especulativo, conserva sólo un valor práctico, subordinado a la utilidad que asume respecto a la vida religiosa.

En 1906, Tyrrel, expulsado de la Compañía, fue suspendido a divinis.

En Italia, un hombre más viejo, más famoso, trabajado por la misma turbia inquietud de pensamiento, vivía una aventura similar y a la vez diferente de la de aquellos dos extranjeros que sin embargo admiraba: El Santo, de Fogazzaro - la novela apareció en 1905 - perseguía el ideal de reformar la Iglesia mediante el oscuro sacrificio de sí, convirtiendo al mundo, y también al Papa, a un cristianismo más "elevado". "Mi martirio Santo": estas palabras de Fogazzaro aluden al encadenarse de polémicas que siguieron de inmediato a la publicación del libro, en noviembre de 1905; a la cabeza, el ataque lanzado contra la "Tribuna" por el anticlerical "Rastignac". Se habló de Index. Fogazzaro, confiando sobre todo en su amistad con el Cardenal Agliardi, escribió desde Roma a Monseñor Bonomelli: "En las altas esferas no hay aprobación ni simpatía, pero de esto al Index existe un buen trecho...". Pero la condena llegó, a comienzos de abril de 1906; el escritor, momentáneamente se llamó a silencio; luego se decidió a dirigir a Crispolti una carta que se haría famosa, en la que le declaraba su sumisión.

Enorme clamor en toda Italia; alboroto en el mundo laico y masónico, artículos en la prensa, protestas estudiantiles; ecos en la Cámara. Por haber "desperdiciado su dignidad intelectual", se declaraba indigno de Fogazzaro de seguir formando parte del Consejo Superior de Instrucción Pública. Mostrando verdadera dignidad, no respondió.

En una carta a la señorita Gilda Rossi, maestra (mandó una copia a Don Orione, a quien había conocido en Messina, en el campo de la caridad), Fogazzaro, declarando que no podía considerar errado su pensamiento, afirmaba que "es necesario permanecer dentro del círculo de la Iglesia Católica, en cuyo divino elemento siempre he creído"; y en otra carta a la misma persona (que también le transmitió copia a Don Orione) volvió a afirmar su fe en el pensamiento propio, pero confirmó además que "quien sale de la Iglesia, aparte de su conciencia, se condena a la esterilidad".

Así era Fogazzaro: una singular buena fe y la devoción por la Iglesia se aliaban en él con la vaguedad de pensamiento, evidente incluso en la última de sus novelas, Leila, publicada en 1911 e inmediatamente condenada.

Otros personajes, más preparados por una actividad especulativa, representaron el elemento de avanzada del modernismo italiano. En su seno, cuántos fermentos distintos, cuántos itinerarios, y qué lejanos los unos de los otros: Don Minocchi, especialista en la Biblia y literato, que entró al seminario sin vocación, sacerdote en 1892 y suspendido a divinis en 1907. Y sobre todo Rómulo Murri, sacerdote desde 1893, y muy poco después estudiante y ferviente apóstol en la Universidad de Roma, en cuya facultad de letras se había inscrito, fundando con Julio Salvadori, F. Crispolti y G. Semeria el Círculo universitario, y echando las bases para la Federación universitaria católica italiana. Con ese ánimo impetuoso Don Rómulo se sumergió en la vida política. Adhirió a la Democracia Cristiana, fundó la revista "Cultura social", palestra de sus ideas, y hasta cierto punto, centro de una violenta polémica contra la Obra de los Congresos y contra su presidente renunciante, Paganuzzi. Las disposiciones del nuevo Pontífice Pío X contra la Acción Católica despertaron la rebelión de un grupo de jóvenes demócratas cristianos, quienes se separaron formando un movimiento autónomo; con ellos Murri fundó en Bolonia la Liga democrática nacional, condenada por el Papa en 1906. Murri simpatizaba desde hacía tiempo con las tendencias religiosas de Tyrrel y Loisy. Las disputas con la autoridad de la Iglesia ya no tenían ninguna relación con la esfera estrictamente política, en la cual, por lo demás, las ideas de Don Rómulo estaban recorriendo una singular parábola: después de haber considerado a la Democracia Cristiana como una emanación de la Iglesia en el mundo civil, afirmó la autonomía política de los católicos y, finalmente, negó a la jerarquía eclesiástica su valor religioso para transferírselo colectivamente a la comunidad de los cristianos.

Desde su primera actividad como organizador de los jóvenes, hasta la desavenencia definitiva con Pío X, que indujo al Papa, en 1907, a suspender a divinis al ahora rebelde, Murri se impregnaba cada vez más del movimiento que se difundía en Europa y representó una vertiente inédita del modernismo, orientada a plantear en el plano político una problemática sustancialmente cultural y religiosa. En la fase inicial de su pensamiento, su preocupación era pensar en lo que podría haber sucedido si los católicos italianos hubiesen aceptado convertirse en puro instrumento de conservación del orden político; pidió y exigió de la Iglesia una presencia política de orientación progresista, que considerara la actividad política y el apostolado religioso como realidades complementarias e inseparables, vinculando el destino sobrenatural de la sociedad de dios con una idea de la sociedad de los hombres. En 1919, Luis Sturzo realizará una tentativa más prudente y afortunada de insertar a los católicos democráticos en la vida política del país.

En aquellos primeros años del siglo, algunas grandes figuras conocieron las ansiedades y tensiones del modernismo, recorriendo no obstante una trayectoria muy diversa de la de sus principales representantes. Entre ellos, encontramos al padre Semeria (1867-1931), célebre barnabita, sociólogo, licenciado en letras en roma, en filosofía en Turín, orador de fervorosa elocuencia. En 1897 fundó en Génova, con el padre Ghignoni, la Escuela superior de religión, se relacionó con el ambiente y las figuras del modernismo, y alguna vez se inclinó hacia los errores de ese movimiento, permaneciendo no obstante sustancialmente ortodoxo en su íntima forma de pensar. Una profunda amistad lo unía a Don Orione.

Messina, contó: "Estaba acodado en el parapeto del Ferry-Boat esperando el momento de la partida, cuando de repente, en medio de un fragor pavoroso, de un tremendo chaparrón de agua y de un tumulto indescriptible, el Ferry-Boat fue levantado del mar. La tierra, a la que todavía estábamos unidos, tembló ante nuestros ojos y los edificios se derrumbaron. Fuimos empujados contra el embarcadero, que quedó destruido. Al mismo tiempo, la nave era empujada hacia atrás por las aguas, y entre nosotros y la tierra se abrió una especie de abismo, pero instantáneamente el mar se precipitó de nuevo sobre el muelle. Apenas había tocado tierra cuando otra enorme ola volvió a mandar el Ferry-Boat al mar, despedazando todas las amarras y cadenas: todo destrozado. Por doquier se veía surgir una gran polvareda y los edificios se derrumbaban; por todas partes se oía un griterío confuso y tumultuoso que parecía surgir de millones de voces. Comencé a correr enloquecido, siguiendo la línea que va del Ferry-Boat a la estación. Al correr tropezaba con los muertos y los escombros; caía y me levantaba con las manos empapadas de sangre. Corriendo llegué a la plaza de la estación; a corta distancia vi a un joven arrodillado que trataba de extraer un cuerpo de entre un montón de piedras tirando de los pies. Me detuve a mirar. Con un esfuerzo vigoroso el joven sacó el cuerpo y llamó desesperadamente a su padre. El cadáver tenía el cráneo despedazado. Cuando el joven se dio cuenta de que lo que tenía entre los brazos era sólo un cadáver, lanzó un grito demencial, un grito de fiera salvaje, y, dejando a un lado el cadáver, se lanzó a una carrera desenfrenada con la cabeza hacia adelante contra un muro para chocar y matarse. Trato de detenerlo, no lo logro; veo que está por alcanzar la meta fatal; horrorizado, vuelvo la cabeza y huyo, huyo también yo, como un loco. Corro, corro hacia el mar, creyendo que me dirijo a la salvación. Mientras tanto los delincuentes se las tomaban con los sobrevivientes enloquecidos, despojándolos; a mí me quitaron la cadena y el reloj. Los malvivientes exclamaban: "Perdí a toda mi familia, ¡dadme dinero, dadme cualquier cosa, ahora estoy en la calle, debo vivir!". Quizá también ellos, los muy desdichados, estaban locos; locos como todos".

Continuando su relato Gardier contó que, en cierto punto, sintió que aferraban sus piernas: era una víctima que pedía socorro, un hombre tirado en el piso. Gardier lo miró y lo reconoció: ¡era el guarda que le había picado el boleto por la mañana cuando tomó el Ferry-Boat!...

Los muertos en Messina ascendieron a ochenta mil; pero durante los primeros días, muchos de los sepultados aún estaban vivos. Toda Messina resultó destruida en un instante. El temblor no había durado más de 37 segundos. Fueron cuatro terremotos sucesivos que provocaron olas altísimas, de entre cuatro y diez metros, en el transcurso de alrededor de media hora.

Pío X, al recibir las primeras noticias, con el alma oprimida por una angustia sin límites, envió a Monseñor Bonzano y a Monseñor Cottufani con abundantes socorros y convocó a todos, Obispos y clero regular y secular, a lanzarse a las tareas de salvamento.

Poco a poco, la tragedia se reveló en sus diversos meandros y en todas las gradaciones y matices de su horror. Mientras se recogía y curaba a los heridos se tomaba conocimiento de una cantidad cada vez mayor de sepultados vivos: descubríanse sus voces sin tener la más remota posibilidad de descubrir sus cuerpos. En realidad, muchas casas se habían derrumbado hacia adentro, como si se tratara de un hundimiento central que hubiese hecho confluir monstruosamente murallas, techos, cielorrasos, muebles, unos sobre otros, encima de las víctimas; sin embargo, bajo esos aplastamientos, en muchos casos, un fragmento de pared, una viga, un armario atravesado, quizá una cama,

XXI - El terremoto de Messina

En la mañana del 28 de diciembre de 1908 se produjo el terremoto de Messina. Para reconstruir rápidamente los acontecimientos citaremos algunos testimonios de personas presentes en la catástrofe. He aquí lo que vieron los oficiales de la torpedera "Safo", anclada en el puerto; "A las 5 y 20 de la mañana, un espantoso temblor que venía del fondo del mar dio una violenta sacudida a todas las embarcaciones ancladas en el puerto. De pronto, el mar se hinchó, alzándose en una enorme montaña rugiente desde el estrecho y se arrojó con un ronco y furioso estruendo en los costados del puerto San Ranieri, haciendo conmover el puente de comunicaciones y destrozando las naves. El paquetebote austro-húngaro "Andrassy" quedó a merced de las olas y todo el muelle resultó destruido en corto tiempo.

"Un instante después, la superficie del mar apareció cubierta de botes, de embarcaciones, de restos, de barquitos, de barriles de petróleo, de frutas, de cítricos, y una niebla espesísima borró la pobre ciudad de la que se elevaban gritos agudos y desgarradores pidiendo socorro. Cuando despuntó el alba pudimos hacernos idea del enorme desastre. Imposible describir el horror en toda su trágica grandeza: casi toda la floreciente ciudad había quedado reducida a un montón de escombros; y en medio de tanta ruina, como gigantescos y siniestros esqueletos, quedaban en pie los muros del Municipio y del Gran Hotel Trinacria, también desmantelados. Todos los demás palacios habían desaparecido; las calles estaban obstruidas; en varios puntos de la ciudad, reducida a ruinas, se elevaban las llamas, y el humo envolvente de los incendios que, en ese momento terrible se incrementaron. Donini, timonel de la "Safo", descendió a tierra con ocho marineros, luchando enérgicamente contra el furor de las olas, y logró entrar con sus hombres en Messina, donde todos se dispusieron a actuar en la obra de salvataje. Gritos, lamentos, invocaciones, gemidos de moribundos se alzaban entre las ruinas con una insistencia que partía el corazón.

"Mientras tanto, los presos evadidos de las cárceles se abandonaban al saqueo, especialmente en el Banco de Sicilia, en el Colegio Militar y en otros edificios públicos en ruinas. Nada se pudo hacer contra ellos en el primer momento de horror. El timonel Donini y sus pocos compañeros, desde las ocho hasta las doce, lograron salvar de las ruinas a unos quince sepultados, y socorrieron a muchos otros. Desgraciadamente, como las fuerzas no eran parejas, no pudieron dedicarse al salvataje de muchísimas víctimas más, cuyos horrendos estertores de agonía llegaban hasta nosotros".

También los oficiales de la Nave real "Piemonte", con un grupo de marineros, hicieron milagros de coraje.

En el puerto estaban el acorazado ruso "Makaroff" y un crucero inglés. El comandante del "Makaroff" contó que bajo todos los montones de ruinas se oían gritos lastimeros que pedían ayuda: "Era difícil elegir a qué personas salvar, pero debimos decidirnos para no perder un minuto de tiempo. Pudimos salvar alrededor de mil personas e instalamos en tierra un pequeño hospital volante bajo la dirección del segundo médico de a bordo. también salvamos el tesoro del Banco de Italia, sin poder abrirlo, de modo que no supimos qué contenía. esta caja fue entregada al comando de Nápoles. Pesaba alrededor de dos toneladas y fue necesario alzarla mediante un aparejo".

José Gardier, un viajante de comercio de Trento, de 27 años, a punto de partir de

En el mismo ambiente se formaba y actuaba ya Don Brizio Casciola - posteriormente salvado por Don Orione -, de quien Monseñor Sinibaldi dijo: "A Don Brizio (para mí no es católico) lo dejo que celebre Misa porque lo creo animado de buena fe". De naturaleza purísima, intransigente consigo mismo y con los demás, lo encontraremos, anciano de barba blanca, consumido por largos años de santidad de pensamiento y de vida. En aquel mismo ambiente se formaba otro joven sacerdote, ordenado en 1903, de cultura enciclopédica, con facilidad para la pluma y la palabra, fuertemente emotivo e incapaz de dudar de sí: Ernesto Buonaiuti.

En las relaciones entre los modernistas y la autoridad de la Iglesia crecía una tensión que pronto desembocaría en un enfrentamiento dramático. Era a comienzos de 1907. Durante el mes de enero salió en Milán el primer número de una revista bimestral, "Renovación", con un subtítulo: "revista crítica de ideas y de hechos". La dirección estaba integrada por tres laicos: Ayax Alfieri, Alejandro Casati y Tomás Gallarati Scotti.

El programa de "Renovación" era de clara orientación modernista; los redactores - los tres jóvenes - vibraban al unísono; había en ellos una tensión religiosa real y un interés múltiple - intelectual, social, político - respecto a la hora en que vivían. Se habían conocido en la tertulia de Antonio Fogazzaro, frecuentada por un círculo de jóvenes inteligencias fogosas y oscilantes: Arcari, Gallavresi, Enrique Visconti Venosta, Julio Vitali, Zanotti Bianco, Juan Malvezzi... El que se destacaba era Tomás Gallarati Scotti, "aristocrático de estirpe, pero sobre todo de espíritu; su rostro parecía afinado por la investigación y la delicadeza del gusto revelaba el temperamento del artista".

Era la época en que el modernismo parecía haber encontrado en Fogazzaro a su poeta propio, en que el "santo" fogazzariano aparecía como testimonio ideal y mártir de la nueva era. En "Renovación" colaboraron Andrea di Soragna y Juan Boine; un primer reclamo por parte de la Congregación del Index llegó el 29 de abril de 1907, reclamo al que los directores respondieron afirmando la independencia laica de su revista; "No creemos estar obligados a desistir de la publicación iniciada, porque este nuevo acto implicaría reconocer a la Congregación del Index el derecho de imponer a los laicos la interrupción de los estudios científico-religiosos y políticos-sociales, los que deben ser y parecer independientes, para no justificar la acusación de que sólo fuera de la Iglesia puede desarrollarse, con libertad de métodos y tranquila continuidad en la investigación, una serena y rigurosa actividad de pensamiento...

Verano de 1907. El 3 de julio, Pío X intervino decididamente, instaurando un enfrentamiento directo y definitivo con el modernismo, mediante el decreto Lamentabili, que resumía en 65 artículos los nuevos errores. La lucha se hacía dura, cerrada; muy pronto, los intérpretes individuales del movimiento se encontrarían frente a la opción más grave de su vida. Hacia fines de agosto, en Molveno, sobre el lago de Como, el barón von Hügel hospedó en su casa a una singular asamblea de personajes: él mismo representaba a Loisy y Tyrrel, y estaban además: Fogazzaro, los redactores de "Renovación", Rómulo Murri, el abate Houtin, Pablo Sabatier, Ernesto Buonaiuti y otros. La finalidad de la reunión, más o menos explícita, era estudiar y concretar un plan de acción para oponer al programa antimodernista de Pío X, echando las bases de la nueva Iglesia, que sustituiría a la de Pedro y sus sucesores.

En realidad, Federico von Hügel es una figura compleja, y un estudioso serio de la religión. Sus relaciones con los modernistas corresponden al vasto y profundo interés que lo animaba en las cuestiones religiosas, y si también se puede hablar de adhesión temporaria al modernismo, ésta no se relacionó con los temas teológicos esenciales del

movimiento; frente a la "inmanencia" modernista, el pensamiento de von Hügel puso el acento sobre la absoluta trascendencia del Dios creador, y afirmó el hecho objetivo y sobrenatural de la Revelación.

Hijo de un austríaco y una escocesa, nacido en Florencia y apasionado por las cosas italianas, el barón von Hügel era un hombre europeo. este amigo de Loisy y de Tyrrel, que pronto se consolidaría en posiciones de fidelidad a la Iglesia, dio hospitalidad, durante la estadía sobre el lago de Como, a la convención modernista de tres días. El primer día, un eclesiástico propuso como tema de discusión los límites de la autoridad de la Iglesia; llegaron a la conclusión de que "ninguna autoridad humana es ilimitada, en principio y en derecho", y "si bien es difícil poder establecer con precisión" los límites de la autoridad de la Iglesia, no obstante hay "casos en los cuales ella no puede intervenir" sin ofender el derecho natural; por ejemplo, no puede prohibir a un autor la publicación de un libro no sujeto al Imprimatur. Segundo día: por la mañana, los profetas de la nueva Iglesia encararon "los problemas más delicados del Nuevo Testamento, en especial la Resurrección de Cristo", y por la tarde el nacimiento de Jesús y su reaparición el día del Juicio. Las conclusiones se mantuvieron en secreto.

El tercer día transcurrió, al parecer, en medio de risas. Cansados por el trabajo realizado en la víspera y la antevíspera, los modernistas se permitieron cierto descanso, y lo festejaron riéndose de Monseñor Touchet, obispo de Orléans, quien al comunicar a la diócesis el decreto Lamentabili, había observado: "Es preciso aceptarlo con el respeto que se debe a la palabra de Dios...".

El 8 de setiembre de 1907 Pío X promulgó la Pascendi.

¿Qué es el modernismo? Probablemente, los puntos de vista de los mismos modernistas acerca del movimiento coincidían demasiado poco, porque, en conjunto, faltaba una definición coherente. Por cierto, cuando leyeron la gran Pascendi dominici gregis, debieron darse cuenta de que, sobre el modernismo, Pío X sabía más que ellos.

En primer lugar, el Pontífice daba al complejo movimiento rigor de pensamiento y coherencia de planteamientos, condensando la síntesis lógica de sus principios con una "exposición magistral y una crítica magnífica" (G. Gentile). La Pascendi, desde su estructura fuertemente teórica, golpeaba el núcleo y las raíces del error: el modernismo no se opone a una u otra verdad revelada, sino que cambia radicalmente la noción misma de "verdad", de "religión" y de "revelación", según un relativismo y un subjetivismo integrales que proclaman como único criterio religioso el sentimiento y la experiencia privada de cada uno; es en el sentimiento privado donde se resuelven tanto la revelación del Ser supremo como el contenido y el sentido de los dogmas. Por consiguiente, no un contenido objetivo e inmutable, sino la emoción subjetiva que despierta en el creyente; eso es lo que funda el valor de los dogmas. Y éstos se desarrollan permanentemente. El creyente se encuentra desvinculado de todo criterio extrínseco de objetividad y de autoridad; las "representaciones" de la realidad divina (incluidos los sacramentos) no son sino símbolos en evolución, según las particulares situaciones de conciencia del cristiano; y la fe, desechada cualquier posibilidad de fundamento histórico o racional, queda a discreción de la conciencia humana.

La ductilidad misma del pensamiento modernista permite a sus intérpretes evitar la aceptación de uno u otro sistema filosófico en forma integral; más allá y por encima de los sistemas opuestos, tienden a aislar el principio calificador de la conciencia del hombre moderno, y lo individualizan en la inmanencia vital entendida como "experiencia privada".

Sin embargo, tenían profundas raíces en la cultura filosófica del siglo XIX: con Spencer - y con Kant - negaron toda vía racional para la conquista de lo Absoluto. Y con Hegel, vieron a la verdad resolverse en el destino o desarrollo de la conciencia humana. No menos profundas fueron las raíces de la exégesis modernista en las escuelas, sobre todo en las alemanas, que aplicaban al texto-sacro los supuestos resultados de la filología moderna, planteando problemas nuevos acerca de la autenticidad y de la interpretación de los textos inspirados. Mientras tanto, por otra parte, A. Sabatier, en esquisse d'une philosophie de la religión, elaborada su teoría del "fideísmo simbólico", aplicando el principio de la inmanencia vital a todos los fundamentos de la fe cristiana.

Del error sustancial, del gran descuido de fondo derivó una serie de errores doctrinarios, pequeños o enormes; así, los modernistas distinguieron el Cristo de la historia y el Cristo de la fe; el nacimiento virginal, los milagros y la resurrección de Jesús escapaban a la historia; su única realidad provenía de la fe, etcétera.

En efecto, negada la objetividad de la Revelación junto con la noción del magisterio eclesiástico, se rechazaba el concepto de "trascendencia ontológica" de Dios con respecto a lo creado y a la mente finita y el concepto mismo de lo sobrenatural.

Las reacciones contra la Pascendi fueron enormes y confusas. Los modernistas se encontraban enfrentados con el error que profesaban. Todos - sacerdotes suspendidos a divinis o todavía militantes, jóvenes laicos con una elevada idea de su propia misión social - habían conocido en el pasado la dulzura de encontrarse en el seno de la madre, en la obediencia. Von Hügel trató de inducir a la indisciplina a Loisy y Tyrrel. George Tyrrel se puso a la cabeza del movimiento de rebelión: moriría dos años después.

Gallarati Scotti sufrió en carne propia el drama de los malos vientos que se abatían sobre el estandarte modernista, y se retiró de la redacción de "Renovación", justificándose con una dura carta publicada en el número de noviembre-diciembre.

Alfieri y Casati siguieron en la brecha e insuflaron vida al periódico durante dos años más. Casati se había mantenido alejado de una problemática netamente religiosa, refugiándose en posiciones idealistas de cuño crociano. Otro colaborador de "Renovación", el poeta Juan Boine, advirtió con profundidad lo angustioso del momento, y la "herida" de Boine ya no cerraría.

La respuesta grupal a la Pascendi fue la publicación, concretada en noviembre del mismo año, del "Programa de los modernistas", en el cual ratificaban punto por punto las afirmaciones condenadas por la encíclica, rechazando sin embargo la acusación de agnosticismo y ateísmo que el Pontífice deducía de sus posiciones doctrinarias; el 18 de noviembre, mientras tanto, Pío X- con el motu proprio Praestantia Scripturae - confirmaba la condena y se rebelaba contra las deformaciones intentadas respecto del decreto Lamentabili y de la Pascendi: se amenazaba a los contumaces en el error con la excomunión.

Se cerraba así la breve e intensa batalla que vio enfrentarse al jefe de la Iglesia de Cristo con los hijos duros y orgullosos. 1907 terminó en silencio.

1908: año del terremoto de Messina. En el campo de la tragedia, ante el desafío de la caridad, los modernistas se encontrarán con Don Orione.

desprovisto de fuerzas. Sin embargo, me sentiré gozosísimo in Domino ante cualquier disposición. Dígnese Su Eminencia comunicar la cosa al Santo Padre...".

Se propuso el nombramiento del canónigo Celona, piadoso y recto, pero no fue acogida de buen grado y no hizo nada. "No - escribió Don Orione a Don Sterpi -, el Provicario me lo habían dado el Santo Padre y la Conssitorial, pero aquí no lo quisieron; por lo tanto, no lo tengo...".

Surgió una fuerte corriente de críticas en corto lapso, respecto a los tesoros mesineses salvados de las ruinas: el cofre diocesano y el "tesoro" de la Virgen de la Lettera: ambos intrínsecamente importantes, y más que nunca en las circunstancias de extrema necesidad vividas después del desastre.

¿Dónde y cómo conservarlos? "Dónde" era fácil de establecer: en el obispado, su sede, por decir así, natural, en el trance por el que se pasaba; "cómo", ¡esto sí que era algo muy distinto! El obispado se encontraba medio derruido y abierto a todos; más que nunca, a causa de las mil urgencias, se desarrollaba en él un continuador ir y venir, una marea de gente que fluía, hacia adentro o hacia afuera y - lo que era más importante - de mil variedades y calidades.

Don Orione intuía el peligro: podía ocurrir de cien modos diferentes que los bribones lograsen acercarse a saquear los tesoros. Lo dijo y lo repitió, hasta una mañana en que fue advertido un doble hurto. ¿Cuándo? ¿Quién? El primer interrogante se encontraba con una respuesta un poco vaga, en la medida en que se podía establecer que el hecho debía ser posterior, por lo menos, al último reconocimiento del cofre y el "tesoro"; pero el segundo interrogante naufragaba en el vacío, o, para mejor decirlo, se desvanecía entre tanta gente. ¿Cómo rastrear a los culpables?

El daño era relevante, pero hubiera podido ser mucho más grave; faltaban algunas cosas, pero podían haber faltado todas. Esta vez Don Orione insistió a favor de una doble disposición: transferir el cofre diocesano a Roma, al Vaticano, y el tesoro de la Virgen de la Lettera a algún obispado limítrofe en que la destrucción de muros y conciencias hubiese sido menos grave.

Puestos en práctica ambos remedios, el mal humor de las altas esferas mesinenses se desencadenó con más virulencia que nunca. Aquellos señores creían que el "septentrional" les había querido dar, a todos, patentes de incapacidad; ¡no sabían custodiar las cosas humanamente más preciosas de la diócesis!

Los dos traslados se convirtieron en cierto modo en el amargo condimento de cualquier crítica o discusión: "Y, si se atrevió a hacer esto, puede verse cómo nos considera...".

Pobre Vicario General ¡que había exhalado un suspiro de alivio cuando supo que los tesoros conservados estaban a buen recaudo! Era preciso desvalorizar esa seguridad. Poco a poco los ánimos se encresparon a tal punto que se pasó a los rumores. Y sobrevino una hora extraña, dramática, en que la hostilidad contra el Vicario se transformó en persecución. Don Orione había ido a la peluquería: poco después se encontró con el cuello y la cara cubiertos por una violenta erupción. El peluquero confesó a Don Orione haber sido inducido por algunos a infectar la navaja, para inocularle los gérmenes de la sífilis. Ocho días de cuidados resultaron suficientes para poner en orden, y sin consecuencias, la salud de Don orione, en seguida se echó un velo sobre el episodio. Comenzaron a circular otras calumnias, por ejemplo, que el nombre del Vicario

Mientras tanto, se van delineando claramente las organizaciones de las obras de socorro. En Messina trabajan dos grandes organizaciones: una laica, gubernativa, el "Patronato Reina Elena", presidido por la condesa Spalletti; y otra constituida por la Delegación Pontificia, presidida por Monseñor Cottafavi.

Monseñor deseaba que Don Orione se dedicase por entero a la Delegación Pontificia, cosa que estaba muy lejos de poder hacer, a pesar del vivísimo deseo de trabajar directamente bajo las órdenes del Papa: ahora tiene nuevas familias en Sicilia, en Calabria, crecidas de improviso y fuera de toda medida, ¡y con qué reclutas! ¡Cómo quedan fijados en su corazón esos ojos de los niños meridionales, grandes, oscuros y luminosos, cuya mirada se hizo ardiente, tímida, sufriente. Ojos despavoridos de niños que saben que están solos, que vieron la escena más espeluznante de la historia casi trimilenaria de su país.

Don orione siente que debe hacerse madre y padre de los chiquillos, pero mientras tanto escasean los medios para ayudarlos como correspondería a su estado. Por otra parte, la cosecha de esas flores de la desgracia aún no es completa: ¡cuántos más, cuántos más! Para el reclutamiento de los destinados a "sus" casas, Don Orione asume de inmediato una posición orionina: pone dos condiciones: que sean casos urgentes y de características tales que ningún otro quiera o pueda recibirles; que se trate, pues, de los menos ayudados. "recibo siempre que las otras puertas hayan sido cerradas, o que se trate de casos urgentes". Entre ellos están, por ejemplo, los semihuérfanos, para los cuales las disposiciones rápidamente emanadas de las autoridades no prevén una atención plena a cargo del Estado. Para favorecer a estos niños, por lo tanto, conviene acudir a la caridad privada, cosa de integrar las ayudas de los comités. Es lo que hace Don Orione a través de un nutrido intercambio de cartas con los miembros de los comités, con los Obispos de las diócesis vecinas, Blandini, Morabito, La Fontaine, D'Arrigo...

Mientras tanto, va y viene entre Messina, Cassano y Noto. Mantiene elásticos y dúctiles sus dos refugios improvisados, es decir, ampliables a voluntad según el número de los que vayan llegando: ésta es otra característica orionina. Y se encuentra, una vez más, con el adversario que desde hace años lo persigue y le crea obstáculos: el dinero. El enemigo, invisible pero tentacular, intenta obstruirle el paso desde hace dieciséis años en todas las empresas: "No harás eso sin mí, sin haberme conseguido antes, sin inclinarte ante mí...".

Don Orione no se atemoriza: "¡Providencia!", es su palabra de respuesta. Mientras se mueve entre las ruinas de Messina y las dos pequeñas ciudades, se prodiga en todas las formas posibles, se ocupa del ministerio sacerdotal y cura la otra gran herida; en realidad, la vida religiosa de las diversas localidades quedó trastornada de improviso por la desaparición de los sacerdotes, los lugares y los ornamentos. Trata de hacerla resurgir de las ruinas, entre las ruinas, comenzando por la vida sacramental: recupera sagradas hostias y objetos de culto, organiza barracas-capillas en las que ofrece el consuelo supremo a los más afectados.

Realiza "orioninamente" (adverbio feo pero que dice mucho), la caridad en todos sus aspectos. Allí, frente a la barraca- capilla, distribuye las ayudas que la Providencia le envía. ¿No es un sacerdote de la Obra que se titula de la Providencia? La gente comprende aquel lenguaje, aquel modo de actuar; cuando se tiene necesidad de todo, ante la primera rendija de providencia que se abre, el corazón se ensancha y el intelecto se abre de par en par: ¡cómo se comprende, en ciertos momentos, la Providencia de Dios!

Así, pues, Don Orione se siente llamado a esta tarea, y sobre todo a ser el humilde, anónimo y casi automático agente de la premura de Dios: ¡es necesario ver cómo lo logra! A pesar de la espantosa carencia material y la necesidad aún más apremiante de socorros en el campo espiritual, llega a auxiliar moralmente a quienes están solos y a los que perdieron el juicio. Todos tienen necesidad de sobrevivir con el corazón, con el alma, además de hacerlo físicamente. Pero eso no basta, cuando se trata del espíritu: es preciso vivir, recomenzar una existencia que ya no tiene valor terrestre alguno, es preciso volver a comprender una vida que ya no se comprende, aceptar una existencia que no se acepta más. Para aprender todo eso es necesario escuchar a Don Orione.

Los fieles lo rodean cuando hace sonar la campanita atada a un árbol; sube a una piedra y habla, pide que recen, los bendice. ¿Protestan, quizá, por un terrible malhumor íntimo que los congela, los petrifica? Entonces Don Orione se revela tal cual es, se atreve a lo inimaginable, les habla de sus muertos: los muertos de ayer, muertos de golpe, lamentados, quizás no hallados aún, no desenterrados, tal vez sepultados; les habla de ellos y construye un gran puente entre la tierra y el cielo. "¿Por qué miráis hacia las ruinas? - dice a los sobrevivientes -, ellos ya no están más allí, sino en la gloria; ¡mirad el cielo, donde está la gloria de Dios!". Y las lágrimas comienzan a surgir de los ojos endurecidos: es la Providencia, la Providencia espiritual, infinitamente más necesaria que el pan y la ropa, la Providencia de Dios que los reúne y hace de ellos los héroes, los apóstoles del dolor. Vista a la luz de esta nueva transparencia, la piedra de su congoja brilla más que un cristal. ¡A cuántas almas que se rehusaban a acoger la terrible prueba, a cuántas les enseña a ofrecer esa misma prueba por la resignación de los hermanos de desgracia! ¡Llamado supremo a la generosidad, apelación inmensa a la hermandad que suscita entre los innumerables fieles una realidad de comunión en Cristo, confirmada, realizada por la Eucaristía que vuelven a recibir!

Los resultados de la actividad de Don Orione maravillan a quienes trabajan en la zona. El Padre Mistretta, Zileri, el profesor Fornari, Micheli, todos se reúnen en torno del apóstol único, el más apropiado y el más a tono con la situación de la hora. El estribillo es ahora: "Hace falta Don Orione...".

Para comprender realmente a Don Orione, es necesario haberlo visto trabajar en el foso de los sufrimientos. Don Albera, por su parte, después de la escisión, vuelve a encontrar a su maestro de otro tiempo y lo reconoce hasta un punto en que nunca lo había conocido... Mientras tanto, Don Orione resuelve algunas cuestiones con el Profesor Fornari, encargado del sector "niños" del Comité Pontificio; son las cuestiones que mejor resuelve, o más bien, las únicas que resuelve; hasta ahora logró colocar a 400 niños confiándolos a la Santa Sede, que los asistirá por diez años; de 600 a 1.000 en Institutos varios, corriendo los gastos a cargo del Patronato, es decir del Comité Estatal, con atención plena o gratuita; otros 600 en Institutos de fe que los reciben gratuitamente.<111>

<111> Fasc. monográfico de A. Bianchi, pág. 1078 y s; Barra, "En puntas de pie", págs. 51 y s.

rodeados, y en varias cartas nos dejó testimonios de sus temores. "Le ruego me diga - le escribía a Don Orione desde Tortona, donde había vuelto por un breve tiempo - si las cartas enviadas a su nombre llegan sin problemas directamente a sus manos; necesito estar tranquilo y tranquilizar a quienes confían en mí...". Y poco después: "Supe por Don Albera de una nueva ruptura, y, además, que el Arzobispo de allá no quiere reconocerle a usted en misión por cuenta de la Santa Sede" <119>.

Don Orione, por su parte, sentía la carga del estado de hecho hasta el punto de dudar, en su humildad, si era conveniente continuar o no. "Deseo hablar con el Santo Padre para saber y asegurarme de si, caminando por la ruta en la que me encuentro, voy derecho o no; para poder continuar en la misma ruta o abandonarla...".

Sentía la necesidad de tener otra "firma" en los expedientes del Patronato, y alguien que lo sustituyese durante algunas horas en la curia: "el señor Arzobispo es un hombre santo, pero desgraciadamente hay alguien que al parecer está muy irritado y trata de entorpecer todo y hacerle jugar un feo papel. Necesitaría, no muchachos, sino personas serias y de confianza; lo tendría, pues podría ser uno de mis buenos sacerdotes... Escribo para asegurarme de estar actuando bien, en cada paso que doy, y conforme a la voluntad del Santo Padre..., para estar seguro de hallarme haciendo en cada caso la voluntad de mis superiores...".

Y en una carta a Don Sterpi se le escapan las palabras: "Siento realmente que el corazón se cansa y la cabeza ya no puede más".

Su posición de enlace con las obras de socorro laico, es decir con el Patronato "Reina Elena" y con los otros entes, hubiera sido de por sí suficiente para colmar sus jornadas de trabajo; pero además tenía el de la diócesis, ¡y con cuántas dificultades! Naturalmente, consideraba la posibilidad de dejar la tarea, e inclusive se le había sugerido, pero respondía: "En cuanto a dejar para siempre la posición que aquí ocupo, como usted me sugería en una anterior, siento que no debo hacerlo por iniciativa mía, desde el momento en que el Santo Padre me dijo que me mantuviera por un año y yo no dije que no y acepté. El Santo Padre y la Secretaría de Estado conocen mi situación de incapacidad, pero hasta ahora no creyeron conveniente llamarme de retorno, ni directamente, ni en forma indirecta. Es verdad que cualquier otro, aquí, podría arreglárselas mejor que yo, no porque me falte la buena voluntad que Dios me da, sino porque me falta todo lo otro; sin embargo, no escucho que, ni directa ni indirectamente, se actúe sobre la Santa Sede respecto a mí; ésta, si ha de comunicarme cualquier cosa, lo hará antes o durante mi próxima visita".

Por lo tanto, obediencia total, y ningún pedido para que se apresurara la liberación. Y ello a pesar de que los sufrimientos se hicieron muy acuciantes; insistía ante todo en el pedido de una ayuda eficaz a través de una persona seria y de confianza, incluso para aventar la oposición de eventuales "camarillas" locales. Así, dice al Cardenal Merry del Val: "Me esfuerzo en pensar bien de ellos, y muchas calumnias y amarguras y dolores que se refieren a mi persona las conoce solamente el Señor; más aún, para estimularlos al bien, un buen concepto, pero no siempre puedo confiar y, a menudo, sé que no debo fiarme... Solo como estoy, además de que siento demasiado mi insuficiencia, les es más fácil entorpecer mi trabajo por la diócesis, y mi trabajo no puede ser sino limitado e intermitente. Mas, puesto que permanezco en mi sitio, debo procurar que esto no ocurra; debo, en conciencia, tratar de hallar los caminos para cumplir con mis deberes y sólo por eso me atrevo a insistir humildemente; porque conmovido por el temor de una responsabilidad que, si es grave para todos, más lo es para mí, que me siento demasiado

renunciar, aunque sea sólo en apariencia, al secreto aprendido de los grandes santos, simularse no demasiado lejos de los otros sacerdotes en sus inocentes debilidades. Fue un trajín de minúsculas puntadas que afectaban en lo más íntimo a Don Orione, que lo practicó con la generosidad de quien sabe reducir al "yo" a su más mínima expresión cuando es necesario, y naturalmente extrajo fuerza de la oración a los pies de Jesús y de María. Hacia el 3 de julio de 1909, escribió al Cardenal Merry del Val: "En estos días trabajo en lo interno, pidiéndole a la Santísima Virgen y a los Beatos Apóstoles me perfeccionen en la devoción y la obediencia al señor Arzobispo, conservando la más estricta dependencia y tratando de satisfacer todos sus deseos... Siento mi gran humildad e ignorancia... Trato de convertirme, cada vez un poco más, en siciliano en todas las cosas en que ello no signifique pecar...".

Empero los sacrificios y las astucias, la oposición, se mantuvo, sorda y eficiente. El Arzobispo D'Arrigo era una figura venerada, pero encontraba, a su vez, cierta oposición por parte de las clases nobles y acaudaladas de la ciudad <118>, de modo que no podía ver favorablemente una separación demasiado neta, un contraste, entre su Vicario General y la parte del clero curial que gozaba de mayor confianza entre las clases tradicionalistas y atrapadas en ciertos mínimos o graves prejuicios sociales.

Por ello, faltaba a Don Orione el primer y más importante de los apoyos.

Poco a poco comenzó a expresarse, por parte de los otros sectores de la ciudad, una hostilidad más o menos abierta hacia él. A ello contribuyó cierta divergencia respecto a las directivas más urgentes, en primer lugar en lo relativo a los problemas de la reconstrucción edilicia de la desventurada Messina. Sobre este punto, se hubiera podido pensar que Don Orione, todo fuego, empujaría con mayor ansiedad y que los otros actuarían como obstáculos; pero la cosa fue a la inversa. El no quería precipitar las cosas, y los otros insistían en lanzar llamamientos internacionales y zambullirse en el restablecimiento de los edificios o en las nuevas construcciones. ¿Quién estaba equivocado, y quién veía claro?

Don Orione concedía importancia a dos elementos: el peligro de nuevos movimientos sísmicos en un terreno que parecía no estar aún aplacado, y en especial el inmenso problema humano: miseria, miseria material y más aún moral, por todas partes. Era urgente socorrer a los cuerpos, salvar las almas: ¡todas las fuerzas, todo el dinero debían ir a los damnificados, a los sin techo, a los sin pan, a los sin familia, a los sin fe!

No se trataba, naturalmente, de que los que estaban preocupados por la reconstrucción excluyesen la caridad para con los sobrevivientes, pues en realidad era justamente en ellos en quienes se pensaba cuando se proyectaba la reedificación; sin embargo, el conflicto que se delineaba era dramático. Hay circunstancias en que el daño es tan grande, la necesidad se vuelve tan extremada y general, que una simple divergencia de directivas en la administración de la ayuda puede suscitar profundos contrastes.

Por consiguiente, cuando se considera esta página de la vida y el apostolado de Don Orione, no podemos limitarnos a verlo únicamente en términos de este solo hecho: disidencia entre los meridionales y el septentrional; la misma estaba presente, ¡y cómo!, y Don Orione lo advertía con cansancio; pero no era todo. Otros elementos, ya señalados, la agravaban desde el interior, y eso era lo peor.

Por cierto, cuando Don Orione pidió ayuda y aliento a uno de los suyos, Don Gatti - óptimo y activo colaborador - éste advirtió la desconfianza y el mal humor de que estaban

XXIII - El laicado italiano sobre las ruinas

¡Cuándo se piensa que después de este esfuerzo todavía queda tanto por hacer para recoger a los niños huérfanos y abandonados! "¡Recibo siempre cuando las otras puertas se cierran y cuando se trata de casos urgentes...!". Pero, justamente por esta inmensidad del campo de labor, a pesar de cuanto se había hecho, se vio surgir en Messina una tempestad nueva y, es preciso decirlo, la menos acorde con la trágica majestad de la desgracia que afectara a la ciudad.

Fue una rebelión contra el Arzobispo Letterio D'Arrigo y contra el clero de Messina, acusandólos de que no habían hecho todo lo necesario para atenuar las consecuencias del desastre. Una campaña organizada, con ecos en el Parlamento, críticas, acusaciones malévolas, injustas, contra la obra realizada por los sacerdotes sobrevivientes. El Arzobispo D'Arrigo, íntimamente quebrantado (había perdido a noventa de sus sacerdotes mesineses bajo las ruina) apuró el colmo de la amargura.

Y la oscura ola subió hasta llegar a la figura del Papa. Dijeron, publicaron en los diarios, que el Santo Padre había abandonado al Arzobispo en aquellos días, y favorecido a una ciudad más que a otra. Para los sectarios y los anticlericales la ocasión era propicia para golpear, a cualquier precio: lo importante era golpear. Aún hoy queda un enorme conjunto de documentos en torno a la polémica, en la que los católicos supieron defender válidamente a los pastores mesineses, comenzando por el jefe de la diócesis y el Papa.

Don Orione, uno de los más legítimos testigos oculares, juzga que si, a pesar del trabajo generoso, inteligente, de la Santa Sede, el Arzobispo y el clero, le pareció a alguien que las personas y los entes responsables no cumplieron con su misión, ello se debió a un amargo resentimiento partidista. Recogió documentos aún hoy conservados, e inició con estas palabras el grueso "dossier": "del clero de Messina diremos, en su momento, tanto, que el pequeño ministro anticlerical de Tortona no tendrá motivos para estar confundido...: ahí está la acción desarrollada por el clero sobreviviente de Reggio Calabria, obra verdaderamente digna de la divina misión del sacerdocio y de la aprobación de todos los que son honestos y serenos en el juzgar de los hombres y las cosas...".

Mientras tanto, se especializó más que nunca en el sector que parecía más amenazado: el de los niños huérfanos y semihuérfanos que se debía ubicar en los institutos preparados con ese fin. Con el paso de los días se había intensificado la obra de socorro a los niños que quedaron solos por parte de extranjeros, incluso arreligiosos o no católicos. En cierto modo, todo el mundo confluía a la ciudad para ofrecer ayuda a los vivos, cosa, por sí, loabilísima; pero ciertos peligros parecían innegables y graves. Por lo tanto, la actividad de la Delegación Pontificia se concentró con particular atención en el problema. Don Orione logró obtener la restitución de muchos niños, incluso en la misma Messina; Monseñor Arista, en su diócesis, obtuvo también la devolución de los niños, recurriendo hasta a la intervención de Giolitti. Al mismo tiempo, la polémica periodística también tomó el tema y en el sector católico explotó una verdadera agitación: artículos en el "Mattino", del 2 de febrero de 1909; en la "Defensa de Acireale", del 7 de febrero; en el "Corrieri d'Italia", del 3 de febrero; en la "Civiltá Cattolica", de febrero, página 385; en L'Osservatore Romano", del 3 de febrero, etcétera.

Por su parte, el Cardenal Nava, Arzobispo de Catania, escribiendo al Cardenal Merry del Val, que le había pedido informes sobre la realidad de los hechos, le daba esta interpretación: "Considero que las siniestras noticias fueron proporcionadas por algún corresponsal, no tanto por hostilidad hacia el Sumo Pontífice, cuanto para hacer afluir a Messina las ofertas de las diócesis de Italia, en tanto que para decir la verdad las necesidades más urgentes han correspondido a las ciudades vecinas, a las que se llevaron casi la totalidad de los sobrevivientes heridos y de los prófugos".

El 14 de febrero de 1909, se realizaron elecciones en Nápoles; había habido protestas en la "Unión Popular" del 29 de enero, y se constituyó un comité siciliano-calabrés en Roma,en Vía del Tritón 82: la campaña de esclarecimiento de la opinión pública se desarrolló enérgicamente y con pleno éxito desde los ambientes católicos; tanto que la Santa Sede se manifestó satisfecha <112>.

Naturalmente, las dificultades más diversas se multiplicaron como una aureola en torno del punto más doloroso: la falta de dinero. La Delegación Pontificia no disponía de los recursos con que contaba en cambio el Patronato Estatal. Este estaba dedicado a la "Reina Elena", pero tenía poco del espíritu de la Reina, que era religiosa, mientras el Patronato seguía la corriente de indiferencia característica de la época.

A la cabeza del Patronato se encontraba la condesa Rasponi Spalletti, presidenta de la Asociación de Damas Italianas. Varios meses antes, en 1908, esta Asociación había ganado fama porque, al mostrarse favorable a la abolición de la enseñanza religiosa y catequística en las escuelas, provocó gran alboroto y divisiones, a tal punto que la princesa Cristina Giustiniani Bandini reclutó muchas adherentes y fundó las "Damas Católicas". Se supo más tarde que el voto de las Damas Italianas había tenido una intención muy diferente: estaba dirigido a impedir que la enseñanza religiosa, en un ambiente antieclesiástico como el de entonces, fuese confiada a educadores malévolos, que hubieran destruido o afectado la fe de los escolares. Pero, como esta reserva no se dio a conocer, la polémica surgió con vivacidad.

Recibida en audiencia por Pío X, Doña Cristina expuso su programa de asociaciones católicas femeninas; el Papa sonrió y, para poner a prueba a la valerosa solicitante, con dialecto y argucia venecianas, repitió el proverbio: "¿La dona? Ma che la tasa, che la piasa e... che la stia in casa". Ello no le impidió conceder a la princesa la facultad que requería.

Volviendo a las circunstancias de Messina después del terremoto, diremos que, en un primer momento, el Patronato laico ambicionó asumir el cuidado de todos los huérfanos, pero los dirigentes advirtieron rápidamente que la empresa era ímproba; en un segundo instante, desdeñaron la colaboración de la Delegación Pontificia.

Don Orione quiso remitirse al Papa, después de haber escuchado tantos relatos detallados, éste dijo: "Haz la señal de la Cruz y ve a lo de la Condesa (Spalletti), y arrebátale los huérfanos...". La oficina de la condesa Spalletti tenía su sede en la calle del Coliseo; Don Orione fue enseguida; su misión se facilitó por el hecho de que el Patronato aún no había logrado constituir en Messina un subcomité eficiente; por lo demás, los dirigentes se daban cuenta de que, si bien disponían de medios materiales proporcionados por el Estado, en cambio tenían una gran carencia de instructores y educadores para tantos y tantos niños, criados en u casi totalidad dentro de la religión católica; los dirigentes con mayor sentido de responsabilidad comenzaban a considerar el problema en su aspecto más realista y serio.

Pobre Don orione, fuego de fragua, dispuesto a fundir los hierros más rancios... Comprendió muy pronto de qué se trataba, y previó su parte en medio de esa noble compañía. Estaba acostumbrado a trabajar según o contra las prudencias del prelado de Tortona, el queridísimo Obispo, al que él y la Obra debían tanto. Pero ahí estaba el punto: Monseñor Bandi era, sí, un personaje que echaba mano muy a menudo del torniquete, pero tenía un gran corazón, variable, abierto a los caprichos de la providencia. Con un giro hacia atrás de la manivela, con ciertos espléndidos momentos de humildad y generosidad, ponía otra vez las cosas en camino e imprimía un nuevo impulso al conjunto...

Aquí, en Messina, los mecanismos eran más fríos, más formales. Dentro del vasto paisaje de ruinas se recortaban toscamente perfiles de monseñores, arciprestes, párrocos importantes, muchos indiscutiblemente buenos, pero comprometidos a su modo, algunos preocupados por usanzas exteriores del pasado, ligados a formalidades y glorias de cartulina; otros demasiado crédulos con respecto a los místicos cuya legitimidad era difícil de comprender.

Don Orione sabía que era preciso partir de lo esencial, llegar hasta las fuentes de la gracia, rezar y suscitar la plegaria para atizar los languidecientes ánimos. El nuevo santuario del Consuelo se convirtió para él en un gran centro de devoción personal y de apostolado. Comenzó por pedir a la Virgen una gracia fundamental para sí mismo: la caridad hacia todos y con todos; para los otros pidió la lluvia más copiosa de gracias y la invitación más intensa a la simplificación en el amor. ¡Fuera los obstáculos de la vida espiritual! Fuera lo superfluo, entendido no sólo como exceso de bienestar, sino y sobre todo, como estorbo para la simplicidad y la totalidad del amor <117>.

Mientras tanto, uno de los aspectos caritativos que se proponía practicar con los mesineses era "hacerse lo más siciliano posible", asumir gustos, actitudes y rasgos de Sicilia, con la única limitación de lo lícito y del servicio de Dios. ¡Cuidado - para él como para sus hijos de Congregación que actuaban allí - con hacer sentir los propios gustos o las propias ideas de "septentrionales"!

También en este detalle externo, Don Orione puso todo el empeño posible: lo vieron vestir hábitos talares de gusto isleño, por ejemplo, el famoso "rubbone", y practicar saludos y razonamientos según la jerga y la mentalidad del lugar. "Ahora todos pueden acceder (a la curia) - así escribía al Cardenal De Lai el 14 de julio de 1911 -; y están seguros de encontrar allí una palabra buena, aunque sea fuerte... Trato de vencer el ambiente de desconfianza respecto a los continentales por medio de la caridad... Yo mismo, cuando no lo considero incorrecto, trato de practicar sus costumbres; pero no cedí en nada sustancial. Si hubiera llegado con el prurito de una reforma rápida, no habría podido hacer nada". Su personalidad contrastaba con bastante con muchos del ambiente, y no sólo a causa de las diferencias entre el septentrional y los meridionales: se trataba de su particular formación, que lo hacía destacarse. De Cottolengo había aprendido, con la caridad, también una disposición por demás humilde y, como decía, el saberse "ensuciar las manos", cada vez que era necesario...; en muchos sacerdotes de la diócesis advertía, sin embargo, "distancia respecto al pueblo humilde", "cara de pocos amigos, dificultad para descender, afectación inocente...".

Por lo tanto, se encontró con que debía moderar su propio comportamiento, abiertísimo, y "todos iguales", para no desorientar, para no parecer demasiado "original". Ello, por supuesto, estaba muy lejos de una gimnasia meramente exterior, partía de un sentimiento muy hondo y constituía un sutil ejercicio de virtud: moderar lo mejor de sí,

Ese tema mariano, y el tema eucarístico, se imponían ampliamente frente al extravío de tantos. "... vastedad del desastre; desaliento, insensibilidad, fe sacudida en la mayoría de los sobrevivientes, familias completamente destruidas.

"¿Quién se acordará de vosotros? ¿Quién rezará por los ochenta mil muertos de messina y sus alrededores? ¿Quién rezará por todos los desaparecidos de una y otra orilla, por todos los muertos de aquí y de la Calabria?".

El proyecto fue llevado adelante entre enormes e inverosímiles dificultades, en una ciudad en que todo debía reconstruirse, ciudad de tragedia y de urgencias... Fue llevado adelante, sin embargo; la Virgen llegó y fue cubierta de flores; así se echaron los fundamentos de la iglesia, que surgió, no grande, sino recogida, como una presencia que no estorba pero consuela.

Monseñor D'Arrigo, inauguró y bendijo la iglesita de la Virgen del Consuelo el 4 de noviembre de 1909.

Pronto se convirtió en un importante centro piadoso para los mesineses detenidos en el recuerdo de sus seres queridos <116>.

A medida que las necesidades más impostergables resultaban satisfechas - ¡pero cuán lejos se estaba aún de un ordenamiento regular de la diócesis! -. Don Orione debió desarrollar una actividad más completa y regular. A tal fin, mientras se posesionaba de la nada fácil tarea, echó una mirada atenta en torno de sí, se informó: hombres, cosas, situaciones estaban a su alrededor como una amplia clave a la que no faltaba por cierto la habitual carga de misterio o de complejidad común a todos los ambientes humanos. ¿Quiénes eran, figura por figura, alma tras alma? Digamos más: ¿cuántos en cada alma? La posible pluralidad de cada uno era, en realidad, un problema punzante, pluralidad consciente o no, querida, no querida...

Orione se vio rodeado, de inmediato, por una obsequiosidad difusa: "Monseñor" por aquí, "Monseñor" por allá... No era del tipo de los que se dejan enredar dentro de un rosal cuyas espinas permanecían ocultas. Mientras tanto, con aquella mirada suya de niño grande siempre entre la risa y la emoción, oscilan entre el entusiasmo y la penetración, y tan rica de comprensión fraterna, escrutó la topografía áulica y burocrática de la curia arzobispal y de la diócesis, y algunos personajes que la caracterizaban:

1) Monseñor Letterio D'Arrigo, hombre santo, Obispo venerable, nacido en Messina de una buena familia, muy autorizada, vinculada a hechos e intereses de la ciudad;

2) El canónigo Aníbal María de Francia, figura de los altares, fundador de un instituto actualmente muy difundido, por entonces en plena tarea de solidificación y expansión;

3) El Padre Vitale, digno colaborador suyo, el Padre Mistretta, jesuita, Don Salvi, salesiano, todos muy comprometidos en la obra de socorro que se llevaba a cabo en la desdichada provincia...

Luego, poco a poco, el ojo se detenía en algunos otros representantes del clero de Messina, sacerdotes de buena fe, evidentemente, pero ligados tal vez a un modo de pensar quizá limitado, quizá terco, preocupados por las tradiciones locales, a menudo anquilosados...

Don Orione, como quiera que sea, habló muy claramente con la condesa Spalletti, ofreciendo la colaboración de la Delegación Pontificia, a condición de que los huérfanos fuesen confiados en su mayoría a los institutos católicos y que su educación fuese la tradicional de las familias italianas. La condesa aceptó, pero quiso que Don Orione en persona actuase en Messina como mediador entre el Patronato y la Santa Sede y funcionase allí como delegado del Patronato para constituir el famoso sub- comité.

Don Orione venía a encontrarse, de golpe, en el papel de árbitro respecto de muchas cuestiones y decisiones en medio del doloroso caos de Messina. Pero, ¿podía realmente aceptar el encargo? ¿No era el fundador de una Congregación diseminada por la Italia septentrional? ¿Podía abandonarla por mucho tiempo, aun tratándose de urgencias tan graves y sacrosantas?

Tuvo una nueva audiencia con San Pío X, a quien le trasmitió la respuesta de la condesa; el Papa juzgó conveniente que aceptase, y Don Orione cargó entonces con aquel delicadísimo peso: habría de encontrarse, único sacerdote, en un ambiente por cierto no muy apasionado por la Iglesia.

Volvió a lo de la condesa Spalletti llevando el consentimiento pontificio y su propia aceptación; desde aquel día, 20 de febrero de 1909, tuvo en sus manos la suerte de los huérfanos de Messina. Reunía en sí, en la práctica, los poderes de la Delegación Pontificia y los del Patronato "Reina Elena".

Se presentó ante el Arzobispo D'Arrigo, le pidió que hospedara en lo que quedaba del palacio arzobispal al Patronato "Reina Elena"; el prelado consintió, y el movimiento fue hábil, por razones obvias. "Por alrededor de cuatro meses - recordará el mismo Don Orione - la oficina del Patronato "Reina Elena" estuvo aquí, en el arzobispado, tanto que luego, al constituirse el subcomité del que soy vicepresidente, los miembros del Comité votaron por unanimidad un agradecimiento al señor Arzobispo".

Con su viva sensibilidad, Don Orione se había dado cuenta de que era necesario relacionar lo más posible al Arzobispo y el Patronato; y además, mostrar que él se consideraba plenamente dependiente de la Santa Sede, preocupándose porque su figura y su posición permaneciesen limpias. Por ello, hizo notar que colaboraba con el Patronato por voluntad del Cardenal Secretario de Estado; por obvia delicadeza, no quiso ampararse en la persona del Papa.

En ese tiempo de aguda división entre el campo católico y el laico, no todos pudieron aceptar fácilmente - y mucho menos creer - la fusión de los dos mundos en el humilde Don Orione. El Cardenal Lualdi, Arzobispo de Palermo, a quien Don Orione volvió a pedir los grupos de huérfanos asilados en los institutos de esa ciudad, quiso aclarar las cosas pidiendo informes al Cardenal Merry del Val, quien respondió, con fecha 23 de noviembre de 1909: "Puedo asegurarle que Don Orione es persona que goza de toda la fe del Santo Padre y que, por las cualidades que lo distinguen, se puede confiar en que logre un resultado feliz...".

El trabajo de Don Orione se vio multiplicado por diez. Como dijimos, apuntó especialmente a la formación moral y religiosa de los huérfanos, y de los huérfanos que confió a hermanas religiosas, basando todo en la instrucción catequística.

Colaboraron con él las hermanas Tincani, hijas del profesor Carlo, gran cultor de las letras latinas e italianas, amigo de Carducci, inspector de estudios en Messina. Una de las dos señoritas de entonces es la insigne Madre Luisa Tincani, fundadora de las

"Misioneras de la Escuela".

"Censo, ubicación - dice la Crónica de la Obra -, solicitudes de afiliación, enrolamientos militares, defensa de los patrimonios, menores encarcelados, enfermos, disminuidos físicos y psíquicos; vigilancia sobre los institutos no dependientes del Patronato: todo era vivificado por Don orione, quien lo hacía con el ardor de una caridad eminentemente sobrenatural". "Me pusieron a cargo del Patronato - escribió al Obispo La Fontaine - para no dejar abandonados a los huérfanos, y hasta ahora no di ni uno. Antes de que esos niños vayan a caer en manos de gente sin fe, prefiero que los recibamos nosotros. Es verdad que hay mucho peligro porque el Patronato tiene un comportamiento sectario...".

Las Casas de la Pequeña Obra recibieron huérfanos en Tortona, San Remo, Cúneo, Bra, Roma, además de las ya nombradas de Noto y Cassano Jonio. "Me siento oprimido por un cúmulo de trabajo para los huérfanos...", escribía a Don Sterpi el 22 de marzo de 1909. Pero en su cansancio Don Orione tenía un consuelo: poder hacer eficaz cuanto se había hecho, y ello gracias a los casi plenos poderes que le habían sido concedidos. De ahí que, en muchas cosas, la impronta fue suya, él dio el tono: incrementar todos los valores de la vida religiosa por medio de la iglesia-barraca, perseguir el ideal del "Templo de la Ofrenda" para todas las víctimas del terremoto, atender al entierro de los muertos, plantar un puente de colaboración estrecha con todos los buenos y generosos que confiaban en su guía para contribuir a devolver un rostro de fe a la desalentada Messina.

Había además varios institutos no dependientes del Patronato. Don Orione llevó sus cuidados hasta los mismos y casi, en su entusiasmo, se sintió responsable también por ellos. Ejercía su poder sirviendo; se ocupó de conseguir el capellán para el orfanato del honorable Nunziante, al cual procuró sucesivamente la ayuda de Don Carlos Pasquali, de Don Lighenza, sacerdote orionino polaco.

Le había llegado una solicitud del duque Tommaso Gallarati- Scotti para que se ocupara también de la instrucción religiosa del barrio Lombardo, donde un comité privado encabezado precisamente por Gallarati-Scotti había instituido, dando muestras de generosidad, un orfanato: Don Orione asumió personalmente la tarea del catecismo y la enseñanza religiosa y la cumplió muy bien, con ese su don de multiplicarse.

De esta colaboración surgió, en un momento de urgencia dramática, la amistad con Gallaratti-Scotti, de la que tendremos ocasión de hablar nuevamente.

También las Damas Católicas, fundadas como vimos en el precedente año de 1908, y presididas por doña Cristina Giustiniani Bandini, intervinieron en Messina creando secciones y participando en los diversos comités y entes; bien orientadas, cooperando estrechamente con Don Orione, obtuvieron resultados valiosísimos e hicieron un inmenso bien. La princesa Giustiniani manifestó viva gratitud a Don Orione y conservó su amistad con él toda la vida. Por su parte, también la condesa Spalletti había comprendido quién era Don Orione y se dejaba persuadir por él: "Pude lograr que la condesa comprobase las fallas de sus institutrices laicas enviadas aquí, al Orfanato del Barrio 'Reina Elena'. Me encargó entonces que le consiguiera Hermanas a quienes se les pudiera confiar el orfanato femenino de la Cruz Roja... Me encargó además que ubicara a las Hermanas en otro enorme y bellísimo orfanato femenino ya listo en Reggio...". Así le escribirá Don Orione al Cardenal Merry del Val <113>.

A mediados de marzo de 1909 se había consumado el delicado trabajo que

XXIV - El Vicario

Messina, reino del dolor. El nuevo Vicario general tenía el corazón colmado por el dolor de los sobrevivientes, que no se aplacaba y parecía, más bien, agigantarse con el tiempo. Aliviar aquel dolor. Entre sus primeras tareas se encontraba también esta obra imposible. Imposible humanamente, se entiende. Don Orione lo sabía muy bien, era el más convencido de esta trágica realidad y comprendía por qué ciertos dolores se agigantan con el tiempo. Ciertos vacíos, ciertas pérdidas se advierten y saborean día tras día, instante tras instante; allí, la mayoría lo había perdido todo. El Vicario lo sabía, y sabía que a ciertas heridas no se les puede aplicar un bálsamo terrestre. ¿Reconstruir? ¿Prodigar dinero, ropas, pan, víveres? Sí, reconstruir, prodigarse con generosidad era necesario, urgente, santo, ¿y después? En ciertos casos, eso equivalía - humanamente hablando - a dar mayor fuerza para sufrir más. Reemplazar podía ser una forma de hacer llorar más agudamente lo irremplazable. Restituir una casa, un bienestar, un presente, podía hacer amar en una medida más desesperada la casa y la felicidad destruidas, el ayer sepultado bajo las ruinas. Y sin embargo era necesario actuar así. Por esta razón el Vicario se lanzó a la colaboración más activa y apasionada con las autoridades laicas, con los benefactores, con quien estuviese en condiciones de contribuir.

Pero ahí estaba el asunto: era preciso penetrar más adentro en el dolor. ¿Qué es el dolor? Una piedra, una ruina oscura que se precipita en el corazón y lo aplasta. pero existe un tratamiento, un rayo particular que la transforma en cristal: la gracia.

Durante las horas ardientes de la plegaria, en ciertas horas nocturnas que pasaba postrado ante el Crucifijo, como cuando era joven en Tortona y todo era silencio en el inmenso cementerio que lo rodeaba, tenía la impresión de velar sobre aquel mundo de muertos y sobrevivientes. Dos categorías únicas: muertos y sobrevivientes; los verdaderos vivos parecía que ya no existían, como si ninguno hubiese reencontrado la vida. El Vicario Orione sentía entonces, con aguda responsabilidad, casi como una presencia física, la ola ilimitada de la gracia que descendía sobre Messina para santificar el dolor; pero, ¿cuántos la recibían?

Dios no quita lo que da, y su don inmenso estaba, por lo tanto, allí, actuante, casi palpable, a disposición de quienes sobrevivieron a las ruinas. Pero ¿cómo lograr que los vivos, para sí mismos y para los muertos, acogiesen con avidez y abrazasen con amor la gracia?

Las primeras ideas centrales de la acción de Don Orione brotaban de aquellas meditaciones-plegarias: a él mismo le hacía falta, tan desprovisto de fuerzas se sentía, la Mediadora, la Virgen. María Santísima se volvía urgencia para Messina, para Reggio, para todos los dolores del mundo; levantar un puente viviente entre los vivos y los muertos; había necesidad de un centro de operaciones para recoger los sufragios, la iglesia del Sufragio donde se rezara ante todo por los muertos del terremoto.

Ambas directivas profundas se realizaron en programas concretos. La invocación a la Virgen se centró en una imagen que los orioninos hicieron traer a Messina: ofrecían al pueblo mesinés una efigie de la Virgen del Consuelo, reuniéndolo así a los pies de la madre, para venerar y suplicar; el cuadro habría de ubicarse en el santuario del Sufragio, reduciendo a una las dos iniciativas que, en un mismo momento y bajo el impulso de idéntica angustia, habían brotado del corazón de Don Orione.

de Tortona, Sustituto Consistorial. El hecho es que Don Orione partió y ayudó al Arzobispo durante varios meses..." (Fasc. Bersani, 7, IV). <115> Fasc. monográfico de A. Bianchi, págs. 1078 y s; fasc. T. Tusino, págs. 1192 y ss; fasc. Gemelli, págs. 1174 y s.

requería la formación del subcomité del Patronato "Reina Elena", y el 17 de ese mes Don Orione pudo convocar la primera reunión de sus miembros. Formalmente, se lo consideraba delegado representante del Comité Central, pero en la práctica era el presidente del grupo que habíase formado. Don Orione rechazó el título, aceptó sólo ser vicepresidente; esquivó el honor para asumir la carga de una dirección completa.

Se convirtió también en inspector del Patronato central, y visitó casas y huérfanos, a veces llamado, a veces por iniciativa propia. Pronto surgió un problema: por esta tarea específica de vigilancia el Patronato quería conferir un título oficial y una compensación monetaria; Don Orione rechazó ambas, y siguió adelante como siempre, con sencillez, cordialmente. Con ello se abrieron de par en par ante él no solamente las puertas, sino también los corazones.

Veamos algunas de sus impresiones, tal como se las refirió al Cardenal Merry del Val el 20 de noviembre de 1909: "Le escribo desde la barraca del Patronato; también aquí ignoro si me conviene mantener la posición o retirarme. Los orfanatos y los huérfanos a domicilio están aún todos en mis manos, incluso el personal perteneciente a la oficina fue puesto por mí, lo mismo que el personal ubicado en los orfanatos; son todos particulares, pero elegidos por mí o por los míos. Soy vicepresidente del subcomité local, pero moralmente quien dirige soy yo. El presidente es el Commendatore Sofio, un liberal honesto que viene a escuchar Misa y con quien puedo hacer de todo. Era necesario que fuese un notable de aquí por muchas razones de conveniencia y también porque a menudo el Comité es citado por causas de patrimonios, y de tal modo me mantengo fuera de esos problemas. Pero la sustancia se ha respetado. Sin embargo, en el comité hay tres fuertes masones y una consejero secretario de Prefectura bastante sectario. Temo que el presidente, cuando no estoy a su lado, ceda a las presiones, porque es un hombre de poca cultura. Después de la orden del día de la Masonería, incitando a los hermanos de aquí a trabajar para dar una educación laica a los huérfanos de Messina y de reggio, me parece que estaría mal que me retirase...". En el borrador, Don Orione había escrito: "Tratándose de una obra laica, en la que me encuentro sin sacerdotes y en contacto continuo con personas poco creyentes e incluso sectarias, no me sentiría tranquilo si continuara en este puesto si no cuento con la aprobación del Santo Padre, tanto más cuanto que detrás de mí viene una pequeña Congregación...".

La carta es bastante transparente para revelarnos el esquema de sutiles y punzantes dificultades entre las que se movía Don Orione. Sin embargo, continuó. El 13 de junio telegrafiabas a Don Sterpi desde Messina: "Esta tarde voy a Roma con el Arzobispo, estaremos en Santa Ana, escríbeme allí, informaré - Orione". El 15 de junio proseguía con una carta: "Ayer experimenté el consuelo de celebrar para todos vosotros, los de la Congregación, sobre el cuerpo de San Alfonso, en Pagani. Estamos aquí, en Santa Ana, él y yo, nadie más. Ayer, apenas llegué vi a Monseñor Bisleti y luego a Su Eminencia el Cardenal Secretario de estado; esta tarde o mañana veré al Santo Padre. De cualquier modo, ya se planificó todo. Nuestro querido Don Albera será Vicario General de Messina y luego tal vez se lo designará Obispo y el Arzobispo volverá así a Messina y no tendrá ningún disgusto, pues ve con buenos ojos a Don Albera... Bendigamos al Señor por el resultado de esto y recemos por aquella desdichada ciudad... Por ahora, no habléis de lo decidido: el Arzobispo aún no sabe nada, y ni siquiera Don Albera está enterado...".

La noticia puede sorprendernos, y requiere alguna explicación, para nosotros fácil de encontrar en una Carta del Arzobispo D'Arrigo, publicada en "L'Osservatore Romano" antes del 15 de enero de 1909, en la cual el Arzobispo expresaba varios requerimientos,

entre ellos el deseo de conseguir un sacerdote a quien confiar la oficina del Vicario General de la diócesis "in spiritualibus et temporalibus"; una declaración detallada del conocido abogado de expósitos Francisco Bersani lo confirma todo <114>.

Por lo tanto, la iniciativa dirigida a obtener un Vicario General nombrado desde Roma, partía del mismo Monseñor D'Arrigo. De la carta de Don Orione se deduce que la elección, hacia mediados de junio, recayó en Don Albera. Después de esta noticia no se agrega ninguna otra hasta que asistimos a la siguiente escena, que Monseñor Juan Cara, archidiácono de la catedral de Messina, presente personalmente, describió deponiendo en el Proceso, con fecha 6 de setiembre de 1960, y confirmando con juramento y con su firma lo por él dicho y escrito; el Arzobispo y Archimandrita de Messina, Monseñor Letterio D'Arrigo, tuvo una audiencia especial vespertina con el Santo Padre Pío X; llevó consigo a los clérigos teólogos, llamados por el Papa a continuar sus estudios en la Universidad Gregoriana; vivíamos cerca del Colegio Leoniano en los Prados de Castello. Nos recibió en el estudio privado hacia las dieciocho. Estaba presente Don Orione. Al concluir la audiencia, el Santo Padre tenía a la derecha al Arzobispo. Don Orione estaba arrodillado delante de él, y todos nosotros alrededor. Esperábamos la bendición del Papa, cuando éste, indicando a Don Orione, arrodillado delante de él, dijo: "¡Os presento a vuestro Vicario General!". Don Orione replicó: "¡Santo Padre, soy un ignorante!". Y Pío X, replicando: "Puedes hacerlo". Eramos una veintena. El Papa dio la bendición.

"Recuerdo aún que entre los presentes en la audiencia se encontraban Monseñor Antonio Ferrigno, párroco de Villafranca Tirrena (Messina); Monseñor Ludovico Correnti, arcipreste de Tripi; Monseñor Juan Campanella, ex-capellán del hospital militar de Messina; el sacerdote Antonino Sparacino, párroco de Contesse (Messina)...".

El nombramiento de Don Orione como Vicario General fue una sorpresa para él y para los otros. ¿Qué había ocurrido, por qué el Papa cambió de parecer pasando, con un "motu proprio" tan personal y mantenido en secreto, el nombramiento de Don Albera a Don Orione?

¿O bien no se trataba en realidad de un cambio de opinión, es decir, que el Santo Padre no había pensado nunca en nombrar a Don Albera? De la carta de Don orione a Don Sterpi, que citamos, se desprende que en el momento en que escribía "ya se ha planificado todo... nuestro querido Don Albera será Vicario General...", aún no había sido recibido por el Papa. En realidad, según escribía, había sido recibido por Monseñor Bisleti y luego por el Secretario de estado, y "esta tarde o mañana" sería recibido por el Santo Padre.

Este probablemente no había "planificado" lo que Don Orione anunciaba, y quizá el problema no había sido sometido aún a su aprobación. Don Orione, al escribir, suponía que el Santo Padre ratificaría la propuesta, pero es probable que Pío X tuviese ya una idea formada, y que la misma se relacionara con la gran estima que abrigaba hacia Don Orione.

Muchos argumentos de importancia se abrían paso en el ánimo del Papa; una de las grandes cuestiones del pontificado de Pío X era el modernismo; otra, la masonería. Para tratar con modernismo y masones, ¿quién más apropiado que Don Orione? Aquella actitud suya de abrir el corazón sin desconfianza, permaneciendo sin embargo siempre ortodoxo en el pensamiento, ese entusiasmo suyo que era, en realidad, sed de almas. "¡Almas y almas!" y también sería utilísimo como puente entre las autoridades civiles y el Arzobispo: de ello había dado pruebas óptimas. Era necesario ordenar espiritualmente y

reconstruir materialmente la diócesis.

Había otro argumento digno de tenerse en cuenta: Don Orione era el fundador de una congregación, por lo tanto no hubiera querido nada mejor que volver a su tarea predilecta, apenas resueltas las dificultades más graves en Messina. Ninguna preocupación respecto a un eventual nombramiento por la obra realizada; nada de vicariato posterior para él.

No había posibilidad de vacilar, y Pío X no era un inseguro, y mucho menos un débil. Por lo demás, lo habíamos olvidado, entre la lista de los argumentos uno revestía gran importancia: el Arzobispo D'Arrigo mostraba gran estima hacia Don Orione.

De tal modo se explica la sorpresa que aquella tarde del 15 de junio de 1909 golpeó a los participantes de la audiencia, comenzando por el protagonista, quien se presentó ante el Papa para pedir directivas y contará, en carta al Cardenal de Lai, que Pío X le dijo: "Te establecerás por un año...". Luego fue a ver al Cardenal Secretario de Estado, y éste le recomendó permanecer fuera de las disputas partidarias.

El 25 de junio, Don Orione escribía así a Don Zanalda: "Querido Don Inocencio, hoy, como ves, te escribo desde Messina, una hora antes de asumir el cargo que será mi calvario. El Santo Padre así lo ha querido, ¡que se haga la santa voluntad de Dios! Esta consideración me proporciona una gran paz de espíritu, y estoy seguro de que Dios, si le rezo continuamente, me ayudará. Me encomendé a la Virgen Santísima y le recé para que me conceda tres dones: el de la caridad, el del intelecto, el de la prudencia...".

A Monseñor Bandi, de quien aún dependía la congregación, le escribió con fecha 28 de junio de 1909: "Nadie siente más que yo el hecho de no ser digno ni estar preparado para esta tarea... pero el Santo Padre me expresó que es la voluntad de Dios, y yo no supe qué replicarle, fuera de ponerme en las manos del Señor. Haré cuanto pueda con la ayuda de su gracia y me consumiré por él y por la Santa Iglesia y por las almas bajo la guía de este santo Arzobispo, y luego el Señor, que ve, hará el resto. Me puse en manos de la Virgen Santísima y en sus maternos brazos. Quiera Vuestra Excelencia rezar por mí, en especial ahora...".

Y a Don Sterpi, el 28 de junio de 1909: "Hoy, vigilia de los Apóstoles, entro en funciones: rezad por mí..." <115>.

<112> Fasc. monográfico de A. Bianchi, págs. 1098 y s; fasc. P. T. Tusino, pág. 118. <113> Con fecha 8 de noviembre de 1911; monográfico de A. Bianchi, pág. 1077. <114> El abogado Bersani se había trasladado a Messina después del terremoto y declaró: "Antes de regresar a Roma, me presenté a S.E. Mons. D'Arrigo, Arzobispo de Messina, para preguntarle si quería hacer llegar algo al Vaticano. Me dijo que necesitaba varias facultades y ayudas que no podía poner por escrito pues no tenía papel ni lapicera. Por lo tanto, se vio obligado a confiar su pedido a mi memoria. Pero no pude cumplir con el encargo de informar al Santo Padre directamente, sino que tuve que hacerlo ante el Exc. De Lai, entonces Secretario de la Sagrada Congregación Consistorial. Pocas horas después del coloquio, llegó una carta-informe de S.E. Mons. Arista, Obispo de Acireale, con los anhelos del Arzobispo. Entre los deseos referidos tanto a mí como a monseñor Arista, estaba el del envío a Messina de un sacerdote que pudiera asumir el oficio de Vicario general "in spitirualibus et temporalibus". Pero no mencioné, en absoluto, el nombre de Don Orione para ocupar el cargo, pues no lo conocía y Mons. Arista no lo mencionaba en su carta. Se dice que Don Orione fue nombrado Vicario por voluntad del Santo Padre, pero es probable que su nombre haya sido sugerido por Don Carlos Perosi,

entre ellos, a los que escogió para esta obra especial...".

En ese momento se desencadenó la catástrofe de Messina y el largo paréntesis posterior: Don Orione volvió a encontrar plenamente su Congregación sólo en marzo de 1912.

Se llega así al año siguiente, para reanudar las tratativas con Monseñor Silverio Gómez y Pimenta; las retoma Don Francisco Del Gaudio, párroco de Mar de España, invitando a Monseñor Capra, director de las Religiosas de la Madre Michel, a insistir ante la Obra de la Providencia de Tortona. Mar de España está situada en la diócesis de Marianna, y el Obispo Silverio recobró ánimos ante la nueva esperanza, adjuntó su calurosa recomendación, y Don Orione se presentó una vez más ante Monseñor Bandi.

La cosa anduvo: el Obispo dio su consentimiento y la partida de los misioneros se fijó para el 17 de diciembre de 1913. El Fundador precisó las instrucciones más conformes con el espíritu de la Pequeña Obra. Instruir, educar a los jóvenes más pobres y abandonados, ser sacerdotes entre el pueblo más necesitado.

Don Carlos Dondero, director del Instituto de San Remo, y dos hermanos coadjutores, Carlos Germano y Julio, fueron los elegidos: habían sido provistos de presentaciones del Fundador para el Arzobispo de Marianna, para Don Francisco Del Gaudio en Mar de España, y para Eduino Orione, sobrino de Don Luis, que vivía en el Brasil y era aviador y maestro de aviación <133>.

Por lo tanto, todo marchaba bien, todo se había resuelto después de muchos años de aspiraciones, pero aún faltaba algo: el dinero para el viaje y la empresa.

No sabemos cuánto había rezado y se había mortificado Don Orione en esos días de preludio a una empresa grande. Sabía que el dinero, con la ayuda de Dios, era necesario encontrarlo. Un día llegó, sin que lo esperaran, al Instituto San Próspero, en Reggio Calabria. Era de noche y pidió hablar de inmediato con el director, Don Enrique Contardi:

- Mira, necesito una cierta suma para pagar el viaje de nuestros primeros misioneros al Brasil, y me la debes conseguir para mañana.

- Pero, Señor Director, me parece una empresa difícil; en Reggio no sé a quién dirigirme, y fuera de Reggio...

La respuesta cayó en un silencio desolador. Luego, Don Orione dijo con vivacidad:

- ¿Por qué no vas a Cassano Jonio, a ver a las hermanas Pesce, a quienes conoces?

- ¡Ay! Volví hace tres días de Cassano y lo poco que tenían me lo dieron para pagar aquella deuda que usted sabe...

- ¡Hombre de poca fe! Haz la señal de la Cruz. ¡Ave María y adelante! Mejor, recitemos juntos un Ave María a la Virgen de la Cadena, protectora de Cassano, y parte en seguida. Te reemplazaré en la casa...

Don Contardi viajó toda la noche, pero no durmió: lo angustiaba la convicción de que estaba haciendo un viaje inútil. Llegó a Cassano Jonio a la mañana siguiente, fue a ver a las señoritas Pesce: se llamaban Filomena y Josefina, eran ancianas y habían ayudado mucho a los huérfanos de la Pequeña Obra. Apenas vieron a Don Contardi:

se había encontrado en los registros de una casa de vida airada...

Don Orione sufrió como nunca antes en su vida, y el recuerdo de ese período estuvo presente todos los días, todos los años que siguieron, como secreto martirio <120>.

Hubo otros hechos lamentables que dañaron las buenas relaciones con el Arzobispo.

Dos sobre todo. El abogado Donati, que no ejercía pero era un colaborador honesto y valioso, le pidió celebrar matrimonio en su casa. Monseñor D'Arrigo, por principio, se oponía a esos permisos, pero Don Orione lo ignoraba, y durante una audiencia con Pío X pidió la facultad de proceder al rito en la casa de la esposa, y la obtuvo. Ello desagradó vivamente al Arzobispo, quien elevó sus protestas a Roma, escribiendo al Cardenal de Lai, el 26 de junio de 1911.

En la segunda parte de la cara, el buen prelado se lamentaba también de otra "transgresión" de su Vicario General: el honorable Fulci, "masón, promotor del anti-clericalismo, hombre nefasto como ninguno en la diócesis", había logrado que el Vicario en persona fuese a bautizar a su primer hijo a su casa, ¡y sólo estaba casado civilmente! El Arzobispo veía todo eso como un síntoma de "conciencia dividida" en Don Orione y de un excesivo espíritu de adaptación.

La realidad de los hechos es ésta: el honorable Fulci era, sí, anticlerical y masón, sin embargo, se había casado con una señora muy religiosa, quien pretendió casarse por Iglesia. Puesto que para el matrimonio religioso la curia imponía la condición de casarse también civilmente, había aceptado. Cuando, además, se le pidió que renegara por medio de un documento escrito de la masonería, no respondió y terminó por casarse sólo civilmente.

Un año después le nació un hijo, y pidió fuera bautizado en su casa.

Don Orione también había hablado al Papa al respecto, obteniendo el permiso, también de esto se quejaba ahora vivamente el Arzobispo.

Pío X quiso que la carta de queja del Arzobispo le fuese comunicada a Don Orione, quien se preocupó de justificarse con tres largas cartas enviadas al Cardenal Merry del Val, con lujo de detalles como los comentados y muchos otros.

Va de suyo que el estado de cosas se había tornado negativo. Ello se advierte más que nunca durante 1911 <121>.

<116> "Don Orione y la Virgen", págs. 1199 y s, 1970, 2106; "La Obra de la Divina Providencia", 21.6.1909. <117> Fasc. monográfico de A. Bianchi, págs. 1082 y ss, 1094 y s; fasc. T. Tusino, págs. 1198 y s; fasc. Gemelli, págs. 1174 y s. <118> Fasc. "Messina", de A. Bianchi, passim. El mismo Arzobispo D'Arrigo había experimentado ciertas dificultades serias cuando era colaborador en teología moral de su predecesor, el Cardenal Guarino; Mons. D'Arrigo se había opuesto a él por cuestiones de interpretación doctrinal. La clase de los nobles y ricos de Messina había apoyado al Cardenal Guarino y después de la elección de D'Arrigo como Arzobispo de Messina, había guardado cierta frialdad para con él. <119> Fasc. "Messina", A Bianchi, passim; G. Barra, "Don Orione", págs. 111 y s. <120> Fasc. monográfico de A. Bianchi, págs. 1108 y s, 1127, 1130 y s. <121> Fasc. monográfico de A. Bianchi, págs. 1116 y s.

XXV - Don Orione y los modernistas. Fin del Vicariato

En el ambiente mesinense se movían activamente muchas figuras conocidas en la Italia de entonces. La condesa Spalletti Rasponi, en su carácter de presidenta del Patronato "Reina Elena" y de Unión de Damas Italianas, se hallaba presente en todas partes. Inteligente, dotada de conspicuas aptitudes organizativas, sustentaba al mismo tiempo ideas religiosas y principios liberales; en algunas casas para huérfanos había sustituido a las hermanas por enfermeras laicas, advirtiendo luego que la mutación había resultado un verdadero fracaso. Frente a las autoridades religiosas seguía directivas independientes, pero sería injusto pensar en ella como en alguien hostil a la Iglesia: se mantenía bajo la dirección espiritual del insigne Padre Genocchi, de quien hablaremos muy pronto.

En Messina, Reggio y otras ciudades, las condiciones después del terremoto eran propicias para atraer a muchos laicos más o menos conocidos, entre los que se encontraban los principales exponentes del grupo "Renovación", revista publicada en Milán por los católicos modernistas. Acudieron a Messina el duque Gallarati-Scotti y el marqués Alfieri, y se conmovieron ante la magnitud del desastre que incidía sobre las condiciones de un pueblo ya cargado de miseria, superstición y atraso religioso. Junto con el resurgimiento material discurrieron sobre el renacimiento espiritual y diseñaron vastos proyectos, tanto que, establecidos en Palmi, se dispusieron a pasar allá un largo tiempo para resolver la inmensa tarea. Naturalmente, permanecían en estrecho contacto con la condesa Spalletti, y había otros nobles asociados a ellos. Don Orione daba noticias con mucha frecuencia sobre sus proyectos y movimientos en varias cartas; así, desde Roma, el 15 de marzo de 1910, escribía:

"Ya se ha constituido la Asociación de los Demócratas Cristianos Nacionales; lo supe por la condesa Spalletti, una de sus instigadoras, a quien pude interrogar hoy aprovechando que me mandó llamar ayer. Me parece que esa Asociación constituye un peligro para la Iglesia, especialmente en Calabria. Está formada por hombres de distintas religiones y aparentemente presidida por el barón Franchetti, judío; pero moralmente, quienes mueven todo son Fogazzaro y el duque Gallarati-Scotti. Cuentan con redimir el sur de Italia de la superstición y educar al pueblo en el bien.

"En estos días partirá hacia Calabria ese conde o marqués Alfieri, que publicaba en Milán la revista "Renovación". Allí están cuantos estaban en Milán y quieren establecerse en Palmi y hacer un trabajo de varios años. Quizá también hay algunos nobles, pero no pude saber quiénes son. Así, la condesa Spalletti dijo que se trata del principio de una obra más vasta, pero no quiso explicarse. Agregó que están los católicos que los ayudarán desde Nápoles con el 'Corriere'; comprendí que esperan ayuda del 'Corriere d'Italia'...".

Según Don Orione, Franchetti era animador y sostenedor del nuevo ordenamiento filantrópico, más que verdadero director. Como tales proporciona dos nombres: Antonio Fogazzaro y Tomás Gallarati-Scotti. Si el autor de Pequeño mundo antiguo se veía

influido por corrientes negativas, cada vez surgían con más fuerza en su alma un convencimiento y una esperanza: ¡también los hijos de Don Orione al Brasil!

El pensamiento se tradujo en sugerencia: la Madre Michel invitó a los orioninos al Brasil, pero, por el momento, parecía que invitaba a volar a los implumes. Mientras tanto, sus Hijas se establecieron más sólidamente, afianzaron sus Casas y abrieron otras nuevas, y ella siguió pensando: también mis hijas partieron como las golondrinas del nido, y se encuentran bien. Por eso, le escribía a Don Orione en 1904: "Y usted, Reverendísimo Padre, ¿cuándo vendrá a América?". Sabía que los hijos de Don orione habían crecido, habían abierto muchas casas en Italia..., pero, en realidad, los implumes convertidos en voladores chocaban ahora contra las rejas de una jaula.

Monseñor Bandi, vimos, era un Obispo de gran corazón, pero que privilegiaba la solidez: ¡Le costaba tantos esfuerzos conceder a Don Orione los permisos de nuevas fundaciones en Italia! ¿Qué hubiera dicho si alguno le hubiese propuesto: "Mandemos a los hijos de Don Orione al Brasil"?

Por su parte, Don Orione respondía a la Madre Michel: "Estoy dispuesto a ir al Brasil cuando sea necesario para la gloria de Dios. No sé la lengua, no sé nada, pero la caridad habla una lengua sola y todas las lenguas..."; y algunos días después: "No me parece que se deba abandonar a América, más bien hay que salvarla... Me alegraría mucho y bendeciría tanto a Nuestro Señor, el día en que la Divina Providencia me llevase a levantar mis tiendas en el Brasil, especialmente en los puntos de América que tienden a un espíritu de insubordinación ante el dulce yugo de la Santa Iglesia...".

La Madre Michel compartía plenamente ese orden de ideas. El conocimiento entonces profundizado de las grandes esperanzas y las graves miserias brasileñas, la mantenían en su esfuerzo. Era la más humilde pionera devorada por el celo, y escribía como una dueña de casa dispuesta a ofrecer sus propios tesoros.

Junto a su voz se alzaba la de un insigne prelado brasileño, Monseñor Silverio Gómez y Pimenta, Obispo de Marianna, de raza negra, que con sus 67 años era una de las figuras más veneradas del episcopado brasileño y uno de los hombres más cultos de su tierra. Escribió a Don Orione, con fecha 22 de junio de 1907, proponiéndole una especie de misión en un territorio de ciento cincuenta kilómetros cuadrados.

Don Orione se regocijó: "Ahora, finalmente, la Obra de la Divina Providencia llevará sus pacíficas tiendas también a las lejanas Américas...". Sin embargo, esperó, e imploró la luz del Señor.

El 13 de noviembre de 1907 se presentó ante Monseñor Bandi, pidiendo su consentimiento. Insistió luego varias veces, de palabra y por carta, pero encontró en el Obispo siempre la misma cautela, el mismo temor de autorizar un paso demasiado largo, superior a las posibilidades concretas de los orioninos. Finalmente, creyó necesario romper el recato con el Obispo respecto al lejano sueño anunciador de las misiones: le habló de la Virgen, que abría con amplitud su manto sobre una multitud de rostros... y esos rostros eran exóticos, pertenecían a pueblos ignorantes de Cristo.

El 11 de enero de 1908 volvió a escribir a Monseñor Bandi. Mientras tanto, la madre Teresa, en abril de 1908, lo estimulaba: "Piense, Padre, que prometió ayudarnos mandando aquí a sus padres y viniendo a visitarnos. ¿Con qué coraje puedo seguir adelante, cuando quienes deberían ayudarme se retiran y me dejan sola? Es verdad que tenemos al Señor, pero debemos escuchar su voluntad por medio de sus ministros, y

"Dios mío, ¡qué momento!". Don Orione se inclinó temblando: "Pero en aquel instante tan solemne, tan santo, recordé que eran necesarios dos testigos, según las normas canónicas, y los testigos faltaban, porque la audiencia era privada. Entonces levanté los ojos al Santo Padre y me atreví a decirle: Padre santo, harían falta dos testigos, a menos que Vuestra Santidad se dignase dispensarlo.

"Y el Papa, mirándome con una sonrisa celestial en los labios, me respondió:

- Los testigos serán mi ángel guardián y el tuyo".

Así fue cómo, con dos ángeles por testigos, a los pies del Santo Padre, "del mismo modo que a los pies de Nuestro Señor Jesucristo" - en la simplicidad y la solemnidad de esas presencias - Don Orione emitió sus votos religiosos perpetuos <131>.

Una serie de programas: "Salvemos a los niños", "Por las vocaciones religiosas de los adultos", "A los padres y las madres de familia", y las peregrinaciones grandiosas y sin embargo muy íntimas a la Virgen de Caravaggio, a la Virgen de la Guardia en Génova, en Turín y Oropa, calificaron la vida y actividad del fundador entre 1913 y 1914; por ejemplo, los peregrinos a la Virgen de Caravaggio fueron mil setecientos, el 26 de mayo de 1908; 1.500 en 1911, 1.300 en 1913.

¡Cómo vivía y hacía vivir a los demás estos encuentros! Escribía desde Loreto: "Como en Loreto y más que en Loreto - donde las rodillas de los peregrinos en la Casa de la Virgen trazaron un surco en el duro mármol, en torno de la Santa Casa, así y más aún, 'con las rodillas de la mente inclinadas' y con el corazón, con toda la vida y con todo lo que en nosotros es vida y gracia, abriremos nuevos surcos de amor a Jesús y a la Santa Iglesia, de rodillas, de rodillas, de rodillas. Y que la Santísima Virgen nos asista, nos consuele y nos bendiga...

Tal el espíritu que lograba transmitir a los participantes, numerosísimos: se trataba de verdaderas muchedumbres ante María <132>.

Justamente en ese año de 1913 se perfiló la primera empresa misional de los orioninos: una empresa alejada de toda improvisación.

En el ahora lejano año de 1893, Don Orione había soñado con la Virgen vestida con un manto azul, "pero de un azul mucho, pero mucho más bello que el azul del cielo", que protegía a numerosas personas de diversas razas y colores. Desde entonces había continuado "soñando" con los ojos abiertos: almas, almas desconocidas, lejanísimas. Luego, hacia fines del siglo XIX, la Providencia le había hecho conocer a la Madre Teresa Michel Grillo, una piamontesa entregada completamente al servicio de Dios en la caridad. En torno de ella se estaba formando una Congregación.

La Madre Michel Grillo se puso bajo la dirección espiritual de Don Orione, y la Congregación floreció de tal modo que el 13 de junio de 1900, un primer enjambre de religiosas pudo apartarse y zarpar desde Génova hacia el Brasil. Recurso principal: las recomendaciones de un sacerdote joven, desconocido, pobrísimo: Don Orione.

Aquella partida, aquella llegada, establecieron una costumbre: otras partidas, otros arribos hacia una tierra que aparecía ante las Religiosas de la Madre Teresa como un maravilloso y urgente semillero de apostolado. La Madre acompañó personalmente a las hijas a San Pablo, Brasil, en mayo de 1901, y volvió junto a ellas nuevamente para superar ciertas dificultades en octubre de 1904: ayudó, consoló, roturó el terreno y, mientras llegaba así a establecer esta "toma de posesión" de un pueblo bueno, pero

obligado a tomar parte desde lejos, teniendo en cuenta sus setenta años, o casi, Gallarati-Scotti, joven y animoso, estaba presente en persona, y con él Alfieri y los otros miembros de "Renovación" de Milán.

Gallarati-Scotti y Alfieri eran, en el momento del que estamos hablando, personajes muy conocidos; su obra de socorro a los damnificados por el terremoto de Sicilia y Calabria, inspirada en una caridad indiscutible, debía despertar, sin embargo, preocupaciones en lo concerniente a su influencia espiritual, especialmente con respecto a los huerfanitos que procuraban ayudar y recoger. Su ofrecimiento de ayuda se orientaba, como es natural, en primer lugar hacia los niños que quedaron sin familia; la obra de la condesa Spalletti se dirigía exclusivamente a los mismos, y con ello toda la acción del Patronato "Reina Elena". Y bien, los "milaneses" se mantenían en contacto con la condesa Spalletti y los demás miembros del Patronato. Por otra parte, cargados de fogosas intenciones filantrópicas, religiosos a su modo, muy prestigiosos y conocedores y provistos de medios materiales, formaban un activo frente que influía en gran medida en el complejo de actividades que se desarrollaban para favorecer a los damnificados.

¿Cómo se comportó Don Orione con ellos? Aunque los apreciaba, los quería y los estimulaba en la obra de bien que encaraban, no tuvo un ápice de flexibilidad ideológica, y mucho menos práctica a su respecto. Las cartas que escribió por esos años esclarecen su preocupación y su firmeza; tanto que ésta nos parece una de las características refulgentes de la espiritualidad orionina, destinada a conservarse en medio de los contrastes, de las desilusiones, de las heridas que, por otras razones, los architradicionalistas le infligían. Porque es la pincelada que faltaba para completar el cuadro: muchos entre los "bien pensantes" de Messina lo consideraron - tan decididamente prudente, cuando fue preciso, batallador contra el Patronato y los laicos citados - demasiado acomodaticio con los "liberales" y casi manchado de modernismo. Así, entre dos fuegos, entre dos crisoles, la virtud de Don Orione no podía sino afinarse hasta el heroísmo.

Justamente por cuenta de la condesa Spalletti, Gallarati- Scotti fue dos veces, en abril de 1910, a inspeccionar los orfanatos del Patronato; la segunda vez lo acompañó Alfieri. De manera que Don Orione, vicepresidente, como sabemos, se ve obligado a hacer los honores de la casa: "En ausencia del presidente me tocó acompañarlos y me pareció prudente no dejarlos solos...".

La visita, entre tanto, le resultó muy valiosa para conocer mejor a las personas y las organizaciones: "Pude saber que son un grupo de siete u ocho, que se reemplazan mutuamente, limitándose por ahora a la Calabria o Basilicata... Habiendo renunciado el barón Franchetti a la presidencia, el duque Gallarati-Scotti debió venir rápidamente a Roma...".

También el resto de la conversación fue sintéticamente relatado por Don Orione:

- Lo que hace falta - dijo Gallarati-Scotti - es instituir bibliotecas populares, posiblemente una en cada aldea importante; libros es lo que se necesita, libros, es preciso combatir la ignorancia, proporcionar formas de instruirse... y dar fuerza a la escuela popular.

- También religiosamente, pienso, ¿no es cierto?

- Es cierto; nosotros, con relación a este punto, dejaremos las directivas en manos del clero, de la curia; y no haremos propaganda, especialmente sobre algunos puntos...

Mientras el duque hablaba, Don Orione pensó - él mismo lo dice - que las intenciones eran perfectas, pero, ¿cómo se podía esperar razonablemente que esos propagandistas que habían desafiado a la encíclica y la excomunión para continuar su enseñanza seudorreligiosa entre 1907 y 1909, fueran a guardar silencio?

A pesar del interrogante que lo preocupaba, Don Orione prefirió no enfrentar la cuestión. Se deslizó al terreno práctico:

- Pero, ¿y el dinero para todas estas cosas, el dinero?

- Por ahora, vamos avanzando con donativos de particulares, disponemos de una suma recogida entre amigos. Mientras tanto será necesario requerir el concurso del Gobierno.

Don Orione era un hombre práctico: como en un relámpago entrevió aquellas subvenciones estatales, condicionadas a probables desarrollos anticlericales y quién sabe a qué manejos masónicos. Frente a él, en cambio, se encontraban unos pocos hombres, teñidos, es cierto, de obstinación, pero nobles de ánimo y sinceros en su amor al prójimo; en el fondo se trataba de ingenuos que rozaban la utopía: "Tuve la impresión de que aquellos 'pobrecitos' se convertirían en juguete de la Masonería, si es que ya no lo son."

En cierto punto del diálogo surgió una noticia importante:

- He visto a Luzzatti <122> - dijo Gallarati-Scotti - y me recibirá apenas vuelva de Roma.

La conversación continuó durante la visita de inspección, y alcanzó, irremisiblemente, los puntos "centrales": en cierto momento, como un rayo de pálida luz entre las nubes, se abrieron paso algunas palabras, sinceras y fatigadas, revelando el secreto de un alma:

- Hace años - dijo Alfieri - que no recibo los sacramentos. Fue un golpe brutal para el alma de Don Orione: ese hombre, que trataba de trabajar y sacrificarse por Dios, ¿por qué se mantenía alejado de la Eucaristía? Toda la cuestión dolorosa del modernismo se representó en la mente del sacerdote.

- No... - dijo simplemente, fijando la vista en los ojos de su interlocutor -, no es eso lo que Dios espera de usted. Perdóneme si le hablo con sinceridad. Somos hijos de la Iglesia, y Cristo nos pide un homenaje muy distinto a nuestra Madre.

Alfieri calló, mientras la visita continuaba. El enjambre de pequeños huérfanos daba vueltas en torno de ellos. Jugaban, parecían ignorarlo todo; de pronto sonó una campanilla y una pequeña Hermana surgió de la casa golpeando las manos, sonriente; los niños corrieron rápidamente a su encuentro.

- Son muy obedientes - dijo Don Orione, y la obediencia de los niños quedó así, suspendida en el aire como una presencia invisible, entre aquellos hombres que buscaban a Dios. En cierto momento Orione vio que Alfieri lloraba. "Pensé - escribió luego - que era el desahogo natural del alma que necesita a Dios, o acaso Dios misericordioso le hacía sentir, en ese instante, lo doloroso que es estar lejos de El".

Si quisiéramos abrir una ventana sobre el futuro, veríamos a los dos protagonistas principales de esta colaboración, la condesa Spalletti y Tomás Gallarati-Scotti, alentados, en horas decisivas de su existencia, por Don Orione...

XXVII - Profesión solemne - Primera misión en América Latina

El retorno de Don Orione desde Messina (marzo, 1912) suscitó una gran alegría entre los suyos, y estuvo teñido de un desarrollo más profundo que nunca en su vida interior, de los afectos eucarísticos, de la devoción mariana.

Apenas liberado de las tareas más importantes, se retiró a sus ejercicios espirituales con los redentoristas de San Andrés Jonio, por diez días; luego descansó en el santuario de la Cadena, en Cassano Jonio: "Me quedaré aquí hasta el 19 a la tarde (marzo de 1912) porque deseo, en la fiesta de San José, hacer a los pies de la Santísima Virgen de la Cadena, los santos votos perpetuos de la Congregación, esperando que la Virgen Santísima y San José, sin considerar mis deméritos, quieran encadenar mi corazón para siempre al Señor y a la Santa Iglesia, para que no pueda pecar nunca más, sino vivir sólo del amor de Dios y del prójimo. El 20, si el Señor lo quiere, rezaré la Misa de acción de gracias a la Virgen del Rosario de Pompeya, y el 21, fiesta de San Benito, aniversario de la primera aprobación de la Congregación por el Obispo de Tortona, espero celebrar sobre la tumba del Santo, en Montecassino. El 21 a la noche, si Dios quiere, llegaré a Roma...; ahora, lo más urgente es ordenarnos un poco, lo demás vendrá por añadidura... Aquí sigo como en una especie de retiro".

El texto de esta profesión perpetua, que tenemos en un borrador, comienza con dulce y amplia solemnidad: "En el nombre y en la presencia adorable de Vos, Omnipotente y Sempiterno Dios Padre nuestro, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y ante vos, mi amadísimo Señor y divino Salvador Jesucristo Crucificado y Sacramentado...". Siguen luego la Virgen y muchos santos como en un trozo de cielo que se poblara de presencias luminosas, o a semejanza de un profundo ábside románico sobre cuya bóveda de mosaico de oro se perfilaran estupendas secuencias de beatos, mártires, vírgenes que ofrendan lámparas vivientes... "Prometo y juro - concluye el acto de profesión - y hago voto de defender al Santo Padre, el Papa, ahora el Santo Padre Pío X, y a todos sus legítimos sucesores, y de obedecerle en todo y siempre con todas mis fuerzas y con la efusión de la sangre y con el sacrificio de toda mi vida, puesto que esta pequeña Congregación es en su totalidad obra de la Santa Iglesia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, que es la Romana, y del Vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, que es el Santo Padre, el Papa de Roma, hoy Pío X" <130>.

Tal era el acto de consagración perpetua. El 19 de abril de 1912, Don Orione fue recibido en audiencia por Pío X.

Hablaron de los progresos de la misión orionina en la "Patagonia" romana, y frente a la benevolencia del Papa, Don Orione se atrevió: era un deseo que guardaba celosamente, pero casi demasiado hermoso para ser realizable... Se trataba de pedir una "gracia grandísima" al Santo Padre, quien respondió sonriendo:

"Veamos un poco cuál es esa gracia grandísima".

Su deseo era: hacer los votos religiosos perpetuos ante la augusta presencia del Vicario de Cristo.

Pío X consintió. Al término de la audiencia, Don Orione preguntó cuándo debía volver para los votos: "Pues, ahora mismo", respondió el Papa...

alcéis para defender, con mano más fuerte y dulce, el depósito de la fe y que convoquéis en torno de la Santa Sede a los jóvenes que os veneran y que se pierden en pequeñeces. Oh, no hay que mirar los defectos de Fulano o de Zutano, pues el amor por la Madre lo repara todo; ¿por qué perderse en bagatelas y no usar un manto de caridad que lo cubra todo?..." <128>.

Estas cartas que le nacían a Don Orione de lo más íntimo de su ser, continuaban la conversación iniciada y repetían sus tonos más intensos... Más: el epistolario de Don Orione llega, con un poder de convicción y una dulzura de imágenes dignas de Santa Catalina, a numerosos protagonistas de esa hora difícil y los acompaña durante unos cuantos años.

Rómulo Murri, sacerdote de Cristo, secularizado desde 1909, tuvo un hijo nacido de una unión ilegítima. ¿El pequeño quedará sin bautizar?

Lo hace bautizar - con permiso de las autoridades eclesiásticas - Don Orione.

A Rómulo Murri, Don Orione le escribe varias veces, y las expresiones denotan una costumbre íntima y el esfuerzo angustiado, tantas veces repetido, de sacar al amigo del error que lo trastorna. Don Orione vela en su camino con un verdadero ímpetu de caridad incoercible:

"Mi dulcísimo hermano en el amor de Jesús Crucificado. El corazón de nuestro Santo Padre está pleno de lágrimas y luto, y no debes contristarlo; tu fe, caridad y devoción de hijo deben ser grandes, más grandes que el resto; te lo digo con dulcísimo afecto de hermano, no terrenal, y después de haber rezado mucho por ti ante el Señor. Serás grande y querido por el Señor, en la medida en que seas hijo pequeño y humilde a los pies de la Santa Iglesia, nuestra Madre; mira, mi querido Don Rómulo, que esto es lo que Jesús quiere de ti y yo te lo digo en su nombre, yo, hermano sin ira, por gracia de él, y con la mayor caridad, que él me da para ti. Levántate y ven, rezando y humillándote, a los pies de nuestro dulce Padre y da gloria al Señor que, por este camino, él te querrá suyo, y serás suyo. Hazlo pronto y todo sin reticencias y sin límite de amor y devoción a la Santa Iglesia..."

La súplica de Don Orione golpea y golpea, como una ola que rompe y renace, en el corazón del apóstata... <129>.

<126> Muchos años después, Don Orione recordaba cuántos peligros de ser malinterpretado o acusado implicaba la relación con los modernistas: "En Messina, se me consideraba un intruso que estaba allí para sacarle el puesto a uno de ellos, un espía de Roma, analizaban hasta mi respiración y controlaban todos mis pasos... En Messina el Señor me visitó con algunos dolores, y fui denunciado al Santo Oficio, como modernista, en carta al P. Pasqualigo, que fue a dar en manos del Santo Padre Pío X; él me la hizo llegar a través del Card. Merry del Val: ¡con lo que significaba denunciar a alguien como modernista ante Pío X! Sin embargo, después me hizo los Autógrafos y recibió mis votos religiosos. El Señor sabe cómo me sentía allá y conoce mis dolores, pero pienso que no hice llorar a nadie, pues la Virgen me ayudó mucho. Fue en aquel tiempo cuando el Santo Pío X se dignó darme la facultad de hacer ordenar a mis clérigos..." (Carta 19.8.1936 al Abate Caronti). <127> Fasc. P. Ghignoni; La Fontaine, 4, I. <128> Fasc. P. Genocchi, 13, V; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 259. <129> "Don Orione y la Virgen", págs. 559, 743, 936.

Por el momento, asistamos a una colaboración que fue sincera, eficaz, y de la cual, sin embargo, Don Orione intuía también los posibles aspectos negativos, y trataba naturalmente de aventarlos. Mientras tanto, Alfieri se estableció en la Villa San Juan "con otros fogazzarianos y modernistas", y la condesa Spalletti anunciaba un orfanato en Reggio que, según afirmaba, ¡debería haber sido dirigido por el Padre Semeria!

Debemos retroceder un paso para considerar un precedente que se remontaba a dos años atrás, a los meses inmediatamente posteriores al terremoto: desde comienzos de enero de 1909, Don Orione, que había llegado hacía poco al lugar del desastre, y viéndose rodeado por un mar de dolor, había invitado calurosamente al Padre Semeria, con quien lo ligaban amistad y estima recíprocas, a desplegar su obra de socorro entre las víctimas del terremoto. Al mensaje de invitación de Don Orione, Semeria respondió el 12 de enero: "Vuestro grito telegráfico me hirió el alma. Hace dos años había pedido y soñado con consagrarme a la Calabria por entero...Sabed ahora en qué estado me encuentro: con la boca cerrada y los brazos quebrados. Ved, caro amigo, no hay más que una fuerza que pueda restituirme las energías: el Papa, y quizá sólo existe una persona que puede hablarle del asunto: Vos. Que el Papa me autorice a emprender este apostolado, a ser vuestro vocero por las ciudades de Italia, y luego vuestro ayudante allí abajo, y me pongo en marcha en seguida, en seguida. No quisiera, por ningún motivo, salir de mi Orden...". Y, después de haber dicho que acaso convendría una casa para los huérfanos más inteligentes, confiándosela a los barnabitas, continúa: "¡Don Orione no sufre celos frailunos! Quizá la vuestra fue una inspiración. Quizá la Providencia quiere servirse de vos para mi mejoramiento espiritual, y de mí para ayudaros, en lugar del pobre Goggi (Siervo de Dios muerto en 1908) tan querido. Aquí estoy... Haced lo que queráis; cuanto hagáis estará bien hecho. Os repito: ocuparme de la Calabria es uno de mis antiguos anhelos. ¡Oh, si lo que no se hizo hace dos años pudiera hacerse ahora! Espero confiado. Vuestro afabilísimo siervo y hermano G. Semeria - Génova, 12 de enero de 1909". Adjuntaba una carta para entregar en propia mano del santo Padre, de la que Don Orione conservó una copia, que reproducimos.

"Beatísimo Padre. La gran fe y caridad de Don Orione vinieron a despertarme en una hora de tremendo dolor para millones de hermanos, en una hora de tristeza para mí. El grito que Don Orione me lanza desde Cassano Jonio, porque con mi pobre palabra - uno de los instrumentos de trabajo menos malos que me dio la Divina Providencia - defendía la causa de la Calabria y de sus huerfanitos, me encuentra con la boca cerrada y sellada por un poder superior. Aún no sé el motivo verdadero y concreto; sólo sé de vagas acusaciones por opiniones filosóficas y críticas imprudentes. Oh, Padre santo, estoy dispuesto a dejar el árido campo de las discusiones intelectuales; es decir, ya lo dejé, para arrojarme al campo de la caridad, que Don Orione me indica tal como las circunstancias actuales lo imponen. Que Vuestra santidad me diga la palabra liberadora, que me devuelva la energía y la fe del apostolado. Me servirá para hacerle el bien a toda esa pobre gente junto a la cual discutir sobre críticas filosóficas o históricas sería irrisorio. Predicar allí aquella fe simple y grande a la cual, sea lo que fuere lo que se le haya dicho a Vuestra Santidad, me siento profundamente ligado, tanto que, para separarme de ella, no bastaron los dolores y las mortificaciones sufridas durante muchos años, ni el suplicio de una inercia apostólica peor que la muerte a que fui condenado. Y hablaré de la gran causa de la caridad de Jesucristo, de esa caridad que todo lo vence. Me pondré a disposición de Don Orione con el permiso de Vuestra Santidad, sin salir de ningún modo de mi querida Orden. ¡Qué hermoso sería poder enterrar de este modo, bajo las ruinas del terremoto, mi así llamado modernismo! Esta carta escrita con la simplicidad con que se le

escribe al padre, Padre siempre augusto, se la confío al mismo Don Orione para que, si le parece, la presente a Vuestra Santidad. Ella quiere señalaros no otra cosa que un signo de esa devoción profunda, que me liga a la Iglesia de Jesucristo y a su Jefe. De Vuestra Santidad atentísimo en Jesucristo, siervo e hijo - Génova, 12 de enero de 1909 - Juan Semeria, barnabita".

Don Orione hizo llegar la carta al Papa el 18 de enero de 1909, como atestigua una esquela del mismo Don Orione enviada a Don Sterpi con fecha 19 de enero de 1909, a las 12, desde Santa Eufemia, en viaje hacia Cassiano Jonio:

"... Ayer, desde la Villa San Juan envié al Santo Padre una carta de mucha importancia, no mía sino del Padre Semeria: rezamos (agregué una mía), rezad...".

Así, pues, Don Orione, consciente de la fe que el Santo Padre le tenía, había interpuesto sus propios buenos oficios en favor del ilustre barnabita; es preciso decir que éste se encontraba, desde hacía años (sobre todo después de su viaje a Rusia en 1903), sumergido plenamente en la controversia antimodernista, en la que surgían otros nombres: Padre Genocchi, Don Brizio Casciola, Padre Chignoni y otros.

Sin embargo, en abril de 1909, el obispado subalpino deploraba "con fuertes palabras las ideas y las doctrinas del Padre" <123>, que de todos modos se dirigió a Messina el 9 de setiembre, y, desde Pizzo de Calabria, donde estaba predicando, advirtió a Don Orione de su llegada.

Casi al mismo tiempo, una nueva polémica, más fragorosa que nunca, se alzó contra las ideas de Semeria por parte del Padre Arturo Coletti, profesor de Sagradas Escrituras en Spoleto: su consecuencia fue el traslado de Semeria a Bruselas.

En estos penosos años de exilio, Don Orione consoló al amigo con su afecto; manifestó su caridad al hombre y al religioso, pero mantuvo sus diferencias con el pensador.

La postura de Don Orione, en realidad, fue siempre clarísima; y su fidelidad a la Iglesia afloró en toda su integridad y a plena luz cuando, dos años después de lo relatado, la antigua idea de llamar al campo de trabajo calabrés al Padre Semeria fue retomada por la condesa Spalletti y por el grupo ya tan gravemente teñido de modernismo. Don Orione no había temido, en 1909, el apostolado del padre Semeria aislado, pero ahora, en 1911, después de las nuevas críticas dirigidas contra él por voces autorizadas, la acción del sacerdote - vinculado y en medio de un ambiente infiel y comprometido - no le pareció nada auspiciosa.

Por eso escribía: "La condesa Spalletti dijo que también en Reggio se hará un instituto para huérfanos y dejó entrever que querría llamar al Padre Semeria para dirigirlo, y más aún, tuve la impresión de que ya todo está acordado. Así, después de haber dado al Padre Ghignoni los medios financieros para instalarse en Venecia para educar jóvenes... pondría ahora al Padre Semeria en Reggio Calabria, dándole niños para que los forme. Esto sería grave y no se lo oculté. Sería un mal incalculable para la Calabria y también para Messina, donde ya cuesta tanto trabajo fortalecer al clero, y donde cualquier joven profesor de seminario cojea en cuestión de ideas, tanto que, en el diario diocesano aparecieron los artículos nada agradables sobre Fogazzaro, elogiándolo sin reservas. El padre Semeria, al venir a Calabria, se encontraría con Gallarati-Scotti, Alfieri, Malvezzi, que instalaron la sede de su propaganda en Villa San Juan: ¡sólo nos faltaría el Padre Semeria! El peligro, es verdad, no está tan cercano, pero el proverbio dice "principiis

En 1902 salía 'El Evangelio y la Iglesia' de Loisy, y comenzaba el triste capítulo de los enfrentamientos entre los modernistas y el magisterio eclesiástico. Se encendió una viva polémica en torno de la figura del Padre Genocchi, acusado de los errores modernistas, a tal punto que, después de la Pascendi - a la que adhiriera plenamente - expresó el deseo de alejarse de Roma, y de poner fin así a discusiones y rumores. Con una carta muy paternal Pío X lo disuadió: "No puedo negarle que siento mucho desagrado, cuando demasiado a menudo y desde muchas partes se me dice que está usted en íntima relación con los así llamados modernistas, que muchos de ellos dirigen la casa religiosa de la calle de la Sabiduría, y que usted mismo los aconseja y hasta revisa sus escritos. Todo esto, que no creo, me hace mucho mal, porque lo quiero a usted como buen sacerdote y óptimo religioso, y lo único que lamento es no poder tomar en todos los casos su defensa, como cuando aparecen ciertos comunicados poco prudentes, y... en el 'Giornale d'Italia'.

"Sin embargo, si de todos modos hay muchos que falsamente lo acusan, procure, querido Padre, no proporcionar argumentos que den el más mínimo indicio de estas relaciones, cerrando resueltamente la puerta a cuantos se pretenden maestros de Israel y, con el pretexto de erradicar defectos y abusos, son los primeros en descuidar sus deberes sagrados. Sólo esto le recomiendo, y no un alejamiento de Roma, donde estoy seguro que con su mente y su corazón podrá hacer todavía mucho bien..." (28 de diciembre de 1907).

El Padre Genocchi no partió. Después del terremoto siciliano-calabrés, se prestó a socorrer a los huérfanos, a través del Patronato "Reina Elena", de cuya presidenta, la condesa Spalletti, era director espiritual. En 1910 se reavivaron las polémicas y los rumores malévolos a su respecto, al extremo de que Pío X, para sustraerlo a las acusaciones, le confió, en julio de 1911, una misión pontificia especial entre los indígenas del Putumayo. Ahora sí el Padre Genocchi dejó Roma e Italia y permaneció durante dos años como misionero en ultramar.

El Padre Genocchi y Don Orione se escribieron como hermanos de armas, como aliados, aunque también con respecto a él Don Orione siguió ejerciendo su función, afectuosa y vigilante, de centinela cabal al servicio del Papa. Uno y otro, de alguna manera, se encontraban a mitad de camino entre los modernistas y la Iglesia y, en medio de los adversarios, representaban el genuino pensamiento católico y la caridad de Cristo. Eran muy diferentes: el Padre Genocchi, comprometido en las batallas intelectuales; Don Orione, consagrado, más allá de los conflictos de ideas, a transferirlo todo al plano del amor y la acción por los hermanos. Fue justamente en la caridad, en el ansia misionera, donde se verificó íntimamente el encuentro entre Don Orione y el Padre Genocchi. Allí están, manos a la obra, socorriendo a los huérfanos de Messina: "Querido y venerado Don Orione - escribe el Padre Genocchi el 15 de octubre de 1910 - le propuse a la condesa Spalletti que ponga a Alfredo Zaaruolo, de 28 años, de Nápoles como director del orfanato del Patronato en Messina. Es un excelente cristiano, lleno del espíritu de Jesucristo, inclinado a la educación de los niños, dócil y humilde... Le recomiendo muy particularmente a este querido amigo, y se lo encomiendo como a un hijo. Aconséjelo y diríjalo... Me regocijo ante el bien que usted hace. Pero fraternalmente le pido que no se tome demasiadas preocupaciones y que ahorre fuerzas y salud para mayor bien. Es verdad que tendremos tiempo de descansar en la eternidad...". Y Don Orione, algún tiempo después, tratando con mano firme y delicada las cuestiones que se agitaban en torno de la figura del amigo, le dice: "Yo, querido Padre Genocchi, me pongo a vuestros pies y, por amor a Jesús y a la Iglesia que nos une, os pido in Domino y os suplico que os

en las manos de la Santa Sede, como hijo pobre, cabalmente entregado al servicio y al amor de la Santa Iglesia, y, por el Padre Ghignoni, como por cualquier otro, estoy dispuesto a hacer cuanto libremente y con caridad de Madre la Santa Sede crea que yo, pobre de mí, puedo hacer, es decir, dispuesto a tomarlo y tenerlo cerca in Domino, con la gracia que espero de Nuestro Señor, teniéndolo como queridísimo hermano.

"Como le escribí al Padre Semeria, me parece que debería rezar más, alimentar más su alma, su vida espiritual, que es la vida primera y más alta que vivimos, y luego ser y permanecer de corazón y en su vida, sin frialdad y sin desconfianza, hijo humilde y fiel de la Santa Iglesia, nuestra madre. ¡Y rezar y amar a la Virgen! Si el Padre Ghignoni así lo hace, la mano de la Divina Providencia, en forma muy simple y suave dará coherencia a su postura. Quizás hasta aquí, por lo que pude comprender, Ghignoni fue primero cultor de las letras y las artes, y luego sacerdote, y en último lugar religioso; ahora, con la ayuda divina, debería ser primero sacerdote y religioso, y luego literato y artista, para dar así luz de fe verdadera y de caridad a las almas".

En otra carta, escribe: "Si la Santa Sede o quien corresponda en su nombre, como ya sucedió con algún otro (Don Brizio Casciola), considerase adecuado confiármelo ad tempus, lo recibo como un regalo de Dios; de otro modo, no... Pienso que, si el Padre Ghignoni se consagrase a la Santísima Virgen, entonces la Virgen, que es nuestra buena Madre, le daría gracia, coraje y gran consuelo interior, y muy pronto se allanaría el camino que ahora le parece tan áspero.

"El pequeño Instituto de la Divina Providencia está particularmente consagrado a la Inmaculada Madre de Dios, y a la Santa Madre de nuestra fe y nuestras almas, la Santa Iglesia de Roma.

"Por lo demás, es bueno que esto lo sepa el querido Padre Ghignoni, y que lo sepa claramente; nosotros no pertenecemos a ninguna iglesita sino a la Santa Madre Iglesia, que está aquí y tiene su jefe visible en el Papa, en Benedicto XV, Vicario de Jesucristo, Dios en la tierra".

El Padre Ghignoni se corregirá, será apóstol y se dedicará al servicio de la Iglesia y las almas... Las cartas de Don Orione quedan como un testimonio severo y no obstante pletórico de caridad, en la hora decisiva de una existencia sacerdotal <127>.

Muy distintas eran la figura y las vicisitudes del Padre Juan Genocchi, atrapado en el modernismo en los años en que el mismo comenzaba a tomar forma, y cuando aún no había condenas definitivas por parte de la Iglesia. Al Padre Genocchi le fue confiado, en 1897-98, el curso de exégesis bíblica en la Universidad Teológica Pontificia de Apolinar; pero otros consideraron sospechosas sus enseñanzas y, en julio de 1898, el Cardenal Vicario le comunicaba el inesperado mensaje de supresión del curso por mandato de León XIII.

El Padre Genocchi, figura de gran prestigio, con su pasión por la ciencia, su ansia de verdad y una actitud de profunda lealtad respecto a la fe, se hallaba en el centro de un grupo ferviente: en la casa romana de la calle de la Sabiduría se encontraban, comensales improvisados, el Padre Semeria, Don Brizio Casciola y muchos otros... Faberi, Duchesne, el Padre Lagrange, Juan Mercati. Una carta del Padre genocchi refiere: Estuve dos días con von Hügel. Se está bien aquí..., hice algunas hermosas relaciones en Milán: el Padre Gazzola, el profesor Morando, algunos buenos muchachos como Tomasito Scotti, Gallavresi, etcétera".

obsta", y por consiguiente, me parecería conveniente prevenir, para bien de la Iglesia y de las almas...".

La carta de Don Orione a Don Sterpi que citamos es del 10 de abril de 1911. Estas líneas fuertes y claras, escritas por quien con tanto calor había invitado algunos años antes al amigo a reunirse con él en el lugar del desastre, muestran cuán precisa y segura era la postura íntima de Don Orione. La situación había cambiado: entonces, había sido un acto de corazón y de inteligencia volverse hacia el Padre Semeria; ahora, hubiera sido peligroso pedirle que desarrollara su apostolado en estrecha ligazón con otros pensadores u hombres de acción, enfermos de su mismo mal íntimo: el modernismo.

Don Orione conservaba esta seguridad a través de años de entrega y actividad arrolladora, en medio de un hervidero de contrastes y errores, como eran Messina y Calabria en aquel momento. Sin embargo, ocurre lo inverosímil: el mismo Don Orione resulta, en cierto momento, tachado de modernismo, y la acusación es llevada ante el Papa...

Los frecuentes contactos que se veía obligado a mantener con los personajes de que hablamos, su apertura, su caridad, de alma a alma, hacia ellos, suscitaron en los más sospechosos la impresión de que simpatizaba con los modernistas.

En ese instante, Pío X hizo llamar a Don Orione.

Quería tenerlo ante sí, leer en su rostro y en sus palabras la confirmación o la refutación de todos los rumores malévolos, y saber si aún era digno de su entera confianza, como en el pasado.

El momento era delicado. En cierto instante de esa extraña audiencia, Pío X dijo con voz seria: "Arrodíllate, hijo".

Don Orione se arrodilló:

- Y ahora - continúo el Papa - recita el Credo.

"Yo se lo había oído recitar muchas veces en la Misa - cuenta el futuro gran amigo de Don Orione, Gallarati-Scotti -. Comenzaba con una voz sumisa, casi ronca, y luego, haciéndose cada vez más limpia, subía de tono, se encendía con la conmoción interior... Cada palabra no era repetida, sino vuelta a vivir: nos deslizaba en la fe de los vivos y los muertos".

Y el mismo Gallarati-Scotti, el hombre de "Renovación" y de los congresos modernistas, comenta así esa instancia a que no asistió, pero que revivió a través de la narración del protagonista:

"Estaba Don Orione frente al Supremo Pastor de la Iglesia - temeroso por sus responsabilidades -, inocente, con la fe simple de su primera Comunión, pero que llevaba en sí nuestras tribulaciones y culpas...".

Don Orione terminó de recitar el Credo. El rostro del Santo Padre parecía relajado, otra vez sereno.

Pío X lo despidió: "Vamos, vamos, hijo... ¡Lo que dicen de ti no es verdad!" <124>.

Por entonces, la situación en Messina se hacía insostenible. 1911, que signó el momento culminante de la controversia antimodernista, marcó también el punto

culminante de las dificultades de Don Orione. Desde Roma se pidió, en enero de 1912, al Arzobispo de Reggio Calabria, Monseñor Rousset, su parecer; Monseñor respondió, con fecha 28 de enero, muy exhaustivamente, con precisión. Su escrito mostraba hallarse muy bien informado. En esencia, era imposible que Don Orione continuara en su puesto de Vicario General.

El 7 de enero de 1912 le llegó a Don Orione la carta del Cardenal De Lai, concediéndole permiso para renunciar a su puesto.

Era de mañana. Comenzaba un nuevo día y el Vicario se dirigía a sus ocupaciones habituales. De improviso, ese "alto" silencioso, arrojado ante él por la carta que venía de Roma. Don Orione fue a la iglesia y rezó, durante un largo momento de profunda calma. Luego, con paso ligero, como si le hubiesen quitado una pesada carga material de las espaldas, se presentó ante el Arzobispo.

"Eran las nueve y media, y me hicieron pasar en seguida. Le dije que por la mañana había recibido una carta de la Conssitorial, a raíz de la cual renunciaba al cargo de Vicario General, y que me sentía feliz de encontrarme allí para pedirle, en la forma más humilde y amplia, su perdón por todos los disgustos y penas que podía haberle ocasionado, antes y después de ser Vicario. El señor Arzobispo me pidió, después que le ofrecía mi renuncia oralmente, que se la dejase por escrito, para que quedara en la Curia, y de inmediato, en su presencia, escribí la renuncia adjunta. La aceptó de palabra. Me confirmó, lo mismo que a mis dos sacerdotes, la facultad de confesar y predicar. Jesucristo sea loado" <125>.

<122> Luis Luzzatti, ministro del Tesoro en el ministerio Giolitti (1902-1905). <123> "Unità Cattolica", 15-17.4.1909. <124> Posiciones: Gallarati-Scotti, n. 36; G. Semeria, 8, IV; B. Casciola, 17. V; P. Genocchi, 13, V; fasc. "Modernismo", passim; fasc. Tusino, págs. 1211 y ss. <125> Fasc. monográfico de A. Bianchi, págs. 1142 y s, 1146 y s; fasc. 1207 y s. Y ésta es la renuncia: "Sac. Orione D.D.P. Messina, 7 de febrero de 1912. Excelencia reverendísima, mientras pido de todo corazón el perdón de Vuestra Excelencia reverendísima, de todo disgusto o dolor que pueda haberle provocado durante mi permanencia en Messina y en mi cargo de Vicario General, renuncio en las venerables manos de Vuestra Excelencia Reverendísima al cargo de Vicario, y le ruego me bendiga. Beso con profunda veneración su Santo Anillo y me profeso como su devoto servidor en Jesucristo. Sac. Luis Orione, de la Divina Providencia".

XXVI - Almas en camino. Ghignoni - Genocchi - Murri

Don Orione y los modernistas: los contactos, de corazón a corazón, no se interrumpieron con su partida de Messina. Continuaron a lo largo de los años y los decenios, y se inscribieron tal vez en un apostolado particular al que Don Orione dedicó los recursos más íntimos de su amor: el apostolado entre los sacerdotes que dudaban, descarriados o caídos en desgracia. Muchos lo tuvieron cerca en la crisis que amenazó con trastornarlos <126>.

El Padre Ghignoni, barnabita, se encontró, junto con el padre Semeria, colaborador en la fundación de los círculos universitarios juveniles, en el límite del movimiento modernista. El y Don Orione habíanse encontrado cuando el barnabita se hallaba en el "Vittorino da Feltre" en Génova, donde fundara el Instituto Superior de religión y enseñaba junto al Padre Semeria. Luego, hubo otros contactos en la época del terremoto de Messina y durante el Vicariato de Don Orione: el Pare Ghignonia había abierto un orfanato en Venecia, "para que en Venecia, ciudad de la belleza, los huérfanos creciesen en el culto de las bellas artes...", y la condesa Spalletti le confiaba algunos niños. Don Orione, justamente Don orione, con sus prodigiosas intuiciones providenciales, mostraba cierta desconfianza respecto a las dotes administrativas y organizativas del querido padre, que tenía alma de intelectual y de artista refinado: "el buen Padre Ghignoni es un poco demasiado poeta, et carmina non dant panem et, quando dant, dant pochinum...".

Era una reserva alegre, afectuosa, respecto del amigo, que se teñía, en realidad, de una actitud más seria y triste, porque el Padre Ghignoni "educaba a la juventud a su modo", es decir, a la manera de los ardientes apóstoles modernistas. "El Padre Ghignoni fracasará también porque no tiene cabeza de administrador (en su aspecto negativo), pero podría hacerles mal a los jóvenes", escribía Don Orione, Vicario de Messina, conociendo sus peligrosas inclinaciones.

Pasan algunos años: nos encontramos en el momento en que el Padre Ghignoni ya no es más, a los ojos de Don Orione, ni el artista, ni el escritor, ni el director del colegio veneciano, sino simplemente un alma que es preciso sostener, devolver al camino recto y límpido. Para el barnabita se desencadenó la hora del drama: salido de su Orden, busca ahora un Obispo que lo acoja y el empleo de sus facultades en un apostolado diferente. Se trata de un momento delicadísimo que puede decidir por entero el porvenir de una vida dedicada hasta ahora al Señor.

Hay un breve intercambio de cartas entre el Padre Ghignoni y Don Orione; otras cartas pasan de Don Orione al Cardenal La Fontaine; el sacerdote de Tortona penetra en lo más íntimo de las tribulaciones de un alma, y abre todo, puerta y corazón, con mucha generosidad y cautela al mismo tiempo, para recibir al padre Ghignoni, que busca y sufre.

Al Cardenal La Fontaine, que le pedía su opinión sobre él, Don Orione le respondió el 1º de febrero de 1917: "Vuestra Eminencia querrá saber sin duda qué es lo que puede hacerse por él... Con la divina gracia, estoy dispuesto a recibir al hermanos en cualquier instituto (es muy pobre y lo hospedaba y ayudaba en Padua, dándole vivienda y lo demás, una noble ortodoxa rusa); a tener en mi colegio de San Remo, que es para niños de humilde condición, a los tres huérfanos que aún le quedan; y luego me pongo a los pies y

muy indigno, y como hijo humilde y fiel de la Sede Apostólica. La mano del Señor siempre me sostuvo y de ese modo pude trabajar en medio de masones: Fonnocchiaro Aprile, muerto hace poco y que era grado 33, estaba también en el Consejo del Patronato. Es un grave error pensar que en el Patronato pueda yo hacerlo todo: trato de hacer lo más que puedo, con la ayuda de Dios, pero no lo logro sino en parte. Pero pienso con amargura: ¿quién entrará ahora a ocupar el puesto de este pobre sacerdote en una institución tan laica?...".

Era la queja del centinela de vanguardia que se veía obligado a dejar todo, consciente del peligro de que su sucesor estuviera de acuerdo con el adversario...

Otra carta, fechada en Tortona el 6 de mayo de 1915, nos permite arrojar luz en lo más profundo de los sentimientos de Don Orione. Está dirigida a los huérfanos que permanecieron en Avezzano: "No os ofendáis porque partí sin saludaros. Vosotros, que me conocéis, habréis comprendido que hubiera querido hablaros y saludaros uno por uno. Pero debí hacerlo así porque era difícil no conmoverme, y de ese modo, vuestra pena hubiera aumentado y también el dolor de nuestra separación. Os diré que aunque me haya ido a escondidas, sufrí mucho al dejaros y lloré amargamente, pensando que abandona a los huérfanos y pensando en vuestro porvenir..." <144>.

Don Orione había dejado Avezzano.

Muchos años después - Don Orione ya había muerto - un testigo ocular, Ernesto Campese, fue a la casa de Todos los Santos, en Roma. Le mostraron retratos suyos pintados al óleo y le preguntaron:

- ¿Le parece que son fieles estos cuadros?

- No... - respondió. - Este no es Don Orione. Aquí se lo ve bien vestido, la cabeza derecha, buenos colores, ojos fulgurantes... No, Don Orione es el que conocí en Avezzano: la ropa manchada de barro, el cuello desabrochado, el rostro pálido, demacrado, la cabeza gacha y los ojos... sus ojos, tristes y mansos, velados por una infinita piedad... <145>.

<144> "Pero me consolé, rezando por todos y cada uno de vosotros, como por hermanos, porque os amo mucho en Jesucristo, en cuyo nombre vine a vosotros en el dolor de vuestra Mársica...

"Y al partir os puse a todos y cada uno en manos de la Virgen santísima de Pietra Acquaria y confío en que sabréis comportaros siempre como jóvenes honestos y cristianos, y que ya nunca la Virgen tenga que dejaros caer de sus manos de madre. ¡Os recomiendo esto: mantened el corazón puro y la virtud y la práctica de la vida cristiana, mantened la fe en nuestra Santa religión, y creced como jóvenes educados, honestos y laboriosos ciudadanos, según las advertencias y los consejos que siempre os hemos dado ¡y un día estaréis contentos y seréis hijos del Abruzo, honrados y estimados por toda Italia y bendecidos por Dios!

"Yo no puedo regresar a Avezzano por mis tareas; pero os seguiré con afecto desde lejos, y estaré feliz cuando pueda hacer algo por vosotros, mis queridos huérfanos. El viernes pasado estuve en Milán, en una reunión realizada en aquel municipio por el Comité Lombardo, y con la ayuda de Dios pude hacer ascender de 100 a 180 mil la suma que gastará ese Comité para construiros vuestro orfelinato en Avezzano. Es lo último que pude hacer por vosotros, y por los huérfanos que serán colocados en Avezzano cuando

- ¡Oh! Don Enrique, bienvenido, lo manda a usted la Divina Providencia, venga, venga, siéntese.

Y le contaron: hacía muchos años habían prestado una fuerte suma de dinero a un pariente, que nunca más se preocupó por devolverla; y habían renunciado a recuperarla.

"Ayer, de tarde, cuando menos lo esperábamos, vino y nos devolvió todo, hasta el último céntimo, ¿se da cuenta? después que se fue, nos preguntamos: ¿qué hacemos con este dinero? Donésmolo para obras buenas. Estuvimos de acuerdo. Pero, ¿a quién? Miseria hay por todas partes, ¿a quién elegimos? Y entonces discutimos. Luego nos fuimos a dormir. Por la noche, entre el sueño y la vigilia, una voz nos dijo: 'Dadla a Don Orione, que tiene gran necesidad de ella'. Y nos pusimos de acuerdo: se la damos a Don Orione. Pero, ¿cómo y dónde encontramos a Don Orione? ¿Cómo se hace para llegar a él? Y entonces llega usted...".

Don Contardi no pudo responder nada: tenía lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Apenas pudo, les contó todo, describiendo la llegada de Don Orione a Reggio, cómo lo había enviado allí, y cómo a él le faltaba el impulso necesario para presentarse... Y los tres dieron gracias a Dios.

Luego, Don Contardi recibió el dinero y dijo:

- Parto ya mismo.

- Descanse un poco...

- No, no, el Director me espera allá...

Súbitamente había desaparecido su cansancio, como si saliera de un festín. Partió, llegó a Reggio donde lo esperaba Don Orione:

- ¿Cómo te fue?

- Bien, muy bien, gracias a Dios...

- ¿Qué te había dicho, hombre de poca fe?

Agradecieron al Señor en la capilla de San Próspero, y luego Don Orione partió con el dinero; antes de despedirse, dijo a Don Contardi:

- ¡Y no querías ir! Es preciso tener fe y recurrir siempre a la Virgen. ¡Ella no abandona nunca! <134>.

El 17 de diciembre de 1913, los tres elegidos partieron desde Génova en el vapor "San Pablo", y el 29 de diciembre desembarcaron en el puerto de Santos; desde allí tomaron el tren hasta Mar de España, donde llegaron el 2 de enero de 1914, sumergiéndose en la nueva tarea.

Abrieron la primera casa el 11 de febrero y la dedicaron a la Inmaculada de Lourdes; pero Don Carlos Dondero estaba solo como sacerdote. le urgía tener por lo menos un compañero, otro sacerdote orionino y otros cuatro misioneros. Escribió diciendo que recibiría de buen grado hasta a un monaguillo; le bastaba con un poco de ayuda.

"Por lo tanto, la misión promete - comentaba Don Orione -, pero preciso santos...

"Qué hermoso que desde una Casa de la Inmaculada (la de Bra) alguien pase rápidamente a la otra Casa de la Inmaculada, más allá del océano, donde ya Dondero me

escribe que va recogiendo muchos negritos. Son hijos de negros, traídos de Africa como esclavos al Brasil, donde la esclavitud existió hasta hace poco.

"Sí, podremos hacer un gran bien; ¡pero necesito hijos santos!...".

El 6 de junio de 1914, Don Orione hizo partir desde Génova a Don Angel de Paoli, en la misma nave en que viajaba la Madre Michel para su tercer viaje, el más breve, al Brasil (6 de junio-29 de noviembre), junto con dos de sus religiosas. Por largos años, desde entonces, Don De Paoli permaneció, en nombre de Don Orione, como protector y consejero, en tierras brasileñas, de la Sierva de Dios <135>.

El 29 de junio de 1914, el Cardenal Vicario Pompili bendijo en Roma, en el barrio Appio, es decir en la famosa "Patagonia" de San Pío X, la primera piedra de la iglesia parroquial de Todos los Santos: fue una de las horas más hermosas en la vida del Fundador. Hora de fiesta grande, popular; nada más bullicioso y, al mismo tiempo, más íntimo. Al día siguiente Pío X recibió a los orioninos en audiencia especial: "Conducíos bien en el Señor y caminad siempre humildemente y conformes en la presencia de Dios, bajo la mirada del Señor".

Esto dijo el Papa, en la última audiencia que pudo conceder; y aquel día fue también el último de alegría para el Fundador antes de un largo período de tribulaciones y ansiedades: en verdad, en aquel momento, había sonado la hora del cataclismo que iba a abatirse sobre Europa <136>.

<130> "Don Orione y la Virgen", págs. 382, 622 y s; 672, 1184 y s. <131> "Cartas de Don Orione", v. 1, págs. 77 y s. <132> "La Obra de la Divina Providencia", 19.8.1912; "Don Orione y la Virgen", págs. 215, 1009 y s; 1048 y s; 1086 y s; 1702. <133> "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", noviembre 1963; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 205 y s; fasc. Venturelli, págs. 838, 870, 1000; posición Madre Michel, pág. 40. <134> "Don Orione y la Virgen", págs. 1897 y s; fasc. A. Bartoli, 7, VII. <135> "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", noviembre- diciembre de 1963; "La Obra de la Divina Providencia", 19.4.1915. <136> "Cartas de Don Orione", v. 1, pág. 212.

parte, el verdadero premio, el más grande, la contraseña favorable de Dios. Si a la obra caritativa hubiese seguido el aplauso sin condiciones, todo hubiera sido menos hermoso; pero esa amargura concentrada era el sello evidente, precioso, de la gracia, y a través del desacuerdo de los hombres, revelaba el agradecimiento de Dios.

Su pequeño "secretario" de entonces, Luis Piccardo, escribe: "Don Orione celebraba aquel día (fines de abril de 1915) la misa en la piecita de la barraca, en presencia de las Hermanas. Al llegar a la Comunión, cuando yo, que ayudaba, había comenzado el confiteor, prorrumpió en un llanto abierto, con grandes sollozos; ver irrumpir el dolor en una naturaleza tan fuerte nos estrujó el corazón. Tuvo que descansar un poco para reponerse. Nos dio la comunión... Luego de la acción de gracias le llevé, como de costumbre, una taza de café. Me atrevía a preguntarle:

" - ¿Se sintió mal durante la Misa?

"Respondió:

" - Es que... todavía no puedes comprender... - y no agregó nada más".

Las lágrimas de Don Orione se originaban en una serie de dificultades ajenas a su voluntad. En su trasfondo estaba el espíritu laicista del Patronato. Esta entidad, aunque en muchos aspectos benéfica y activa, se enfrentó con el Obispo Monseñor Bagnoli, carmelita, espíritu celoso, firme y deseoso de evitar cualquier confusión en la acción de la Iglesia en favor de los necesitados. Lo peor fue que el Obispo debió tener la impresión de que Don Orione fuera o se mostrara demasiado abierto a las exigencias del Patronato, o que directamente tomara partido por esa institución; esto llevó al mismo Don Orione a considerar la oportunidad de presentar la renuncia. Por otra parte, nadie entendía mejor que él - conocedor de la verdadera calidad de las personas y de las condiciones en que se desarrollaban las cosas -nadie, repito, advertía mejor hasta qué punto resultaría nociva su renuncia para el servicio de Dios: la suya era la voz más eclesiástica, firme y clara - quizás la única - plenamente consciente en el seno del Patronato. Si él faltaba, no quedaría ningún verdadero portavoz de los intereses eclesiásticos en general y diocesanos en particular: la orientación laicista se acentuaría en el seno de aquella institución, y tal perspectiva lo entristecía intensamente.

Pero, ¿qué hacer, por otra parte? Mucho más nocivo era llegar a un enfrentamiento con el señor Obispo. Por lo tanto, se hacía necesario dar pruebas de que él, Don Orione, sacerdote de Cristo, elegía sin discutir la obediencia al Superior, antes que la permanencia en un Comité meramente civil.

Fueron horas de íntima congoja. Avezzano se había convertido para Don Orione en el objeto de un profundo compromiso espiritual y afectivo, a pesar de ello, había llegado la hora de la despedida. En el borrador de una carta a Don Juan Valente, párroco de San Juan, leemos: "Estoy listo para abandonar el Patronato ante un gesto del Santo Padre, ya informado de todo. No puedo irme sin que el Papa lo sepa. Pío X de s.m. me envió a trabajar al Patronato; no conocía en absoluto a la condesa Spalletti ni a los otros; una vez consagrado Papa Benedicto XV, le hice presentar un memorial donde exponía todo, y luego me recibió en audiencia y me dijo que continuara y más adelante aprobó que yo continuara. Ahora le hice preguntar - después de saber que fue informado de todo por el señor Obispo de la Mársica - si cree que ha llegado el momento de retirarme, y nada más, para confiar sólo in Domino y no agregar nada de lo mío. Con la gracia del Señor, poniéndome cada día en las manos de la Virgen Santísima, sé que serví - en el Patronato - la causa de la Iglesia y de las almas, como sacerdote de Jesucristo, aunque

Fue y, abriendo la puerta de la habitación, anunció:

- Amigos, les daré una hermosa noticia: nuestro amigo se confesó y comulgó hace unos pocos minutos...

Los presentes se levantaron de inmediato, entre exclamaciones de protesta. Interrogaron al enfermo, pero lo vieron tan cambiado, tan feliz y elevado en su nuevo estado, que sintieron respeto. Mientras tanto, Josefina les decía: ¿Y nuestra partida? Deberíamos terminarla ¿no?

Al día siguiente, Don Orione escribió a Don Sterpi: "Recibí la abjuración de un masón. Me llevó también el mandil y otros símbolos importantes. Los enviaré para que los pongáis a los pies de la Virgen".

Ya en diversas oportunidades, Don Orione había regresado a la Casa de Tortona con los símbolos masónicos entregados por otros adeptos de la secta, después de abjurar y confesarse. Eran todas gemas para depositar a los pies de la Virgen.

Mientras tanto, recibió un gran consuelo. En marzo, vio surgir en Avezzano la Casa Familia para los niños, en un lugar cercano a la estación ferroviaria; y la Casa Familia para las niñas, en la plaza Torlonia. No pertenecían a la Obra, pero su Fundador había contribuido mucho para que surgieran. Al verlas abiertas, pobladas de niños, experimentaba la alegría de una seguridad nueva: en la desolada Avezzano las cosas empezaban a componerse.

La presencia de las dos casas garantizaba un refugio para los niños abandonados aún en las montañas. Los preparativos en el albergue eran ya una realidad y constituía el indicio más válido de que la vida en Avezzano renacía bajo sus aspectos concretos y completos de fraternidad y ayuda.

Don Orione respiró profundamente. Se había convertido en un maestro de esa técnica de reordenamiento que sigue a los más graves descalabros y comprendió que se avecinaban horas mejores. las tinieblas desaparecían poco a poco. Resurgir, he aquí el futuro auspiciado para la Mársica.

El 21 de marzo escribía a su hermano Benedicto, único que le quedaba: "¡Querido Benedicto! Reza cada vez que pienses en mí. sabes que entregué mi vida a Jesucristo y a la Santa Iglesia y a los huérfanos: así debe consumirse. Hace algunos días creí morir bajo la lluvia y la nieve, durmiendo en el suelo y empapado de la cabeza a los pies, sin nada para cambiarme ni para sostenerme. Una noche llegué a Tagliacozzo, al Comité de Socorro de la Juventud Católica y me quité un diario empapado que me había puesto en el sombrero, para resguardar mi cabeza. El mismo P. Juan Valente - ahora arcipreste aquí - me decía que después de ocho días encontró el diario y quiso utilizarlo para encender el fuego, pero no pudo porque el papel estaba todavía mojado. El Señor permanecía conmigo y yo lo sentía en su gracia... Aquí todos me quieren. Pero entregué mi vida al Señor y a mi prójimo y me hubiera sentido muy contento de que me llevaran a Tortona, muerto de trabajo por la fe y por hacer el bien entre los huérfanos...".

Desde el Comité "Reina Elena" recibió una carta de la condesa Spalletti, quien le escribía un "gracias" grande y honesto de parte de todos los miembros del Patronato. Y tampoco faltó, en la caridad vivida en Avezzano, el llanto final; las actividades de Don Orione podían muy bien concluir así: con el sollozo de un corazón que había dado todo y encontraba, en última instancia, la aguda incomprensión de los demás. Era, por otra

XXVIII - La guerra mundial - El terremoto de la Mársica

28 de junio de 1914: Sarajevo.

El Archiduque Fernando y su esposa, la condesa Chotek, fueron asesinados. En Europa, la atmósfera se enrareció de inmediato: parecía que un presentimiento atenaceaba odas las almas. Es verdad que nadie podía prever que un solo hecho - por más trágico que fuera _ pudiese transformarse en chispa de un incendio mundial; y sin embargo, la tensión que vibraba en el conjunto de los países europeos hacía en cierto modo intuir lo peor.

Los acontecimientos se desencadenaron según una gravedad creciente. Todas las tratativas parecieron destinadas a fracasar, todos los esfuerzos - ¡cuántos se hicieron! - para salvar la paz fueron superados por la imprudencia y los roces de las dos partes en conflicto.

El 23 de julio de 1914, Austria envió un ultimátum a Servia, imponiendo las siguientes condiciones: que se disolvieran las organizaciones de terroristas y se impidiese toda propaganda contra el Imperio; que funcionarios austríacos colaboraran con los servios tanto en la supresión del movimiento terrorista independentista cuanto en la investigación que exigía el ultimátum. Cuarenta y ocho horas para responder.

Servia respondió aceptando todas las propuestas, excepto la investigación, respecto de la cual quería recurrir a la Corte Internacional de La Haya. Viena se manifestó insatisfecha, y por la noche del 25 ordenó la movilización de algunos cuerpos del ejército.

"Sorpresa, estupor - escribe Piero Pieri <137> -, angustia en toda Europa. El ministro de relaciones exteriores inglés, Grey, propuso una conferencia con la participación de Gran Bretaña, francia, Alemania e Italia. Alemania, que apoya a Austria, como en 1908, la rechaza. El Kaiser y el Zar se intercambian cartas; éste insiste en que nunca podrá contener a la opinión pública rusa, indignada contra Austria. El conflicto amenaza con extenderse, y a ello contribuye no poco la doctrina prevaleciente en los estados mayores de los ejércitos: la guerra será mortífera, pero muy breve. Por ello, lo que importa no es sólo ser más fuertes, sino serlo de inmediato. De allí la enorme importancia de las maniobras de movilización, y concentración de tropas; quien pueda iniciar antes las hostilidades con mayor concentración de fuerza, tendrá una ventaja quizá decisiva. Por ello la tendencia es movilizar en seguida, apenas las nubes asomen en el horizonte: ¡y movilizar en seguida puede ser arrastrar a la guerra! Fatal concatenación que contribuyó no poco, más allá de las voluntades individuales, al desencadenamiento del enorme conflicto. El 30 de junio el Zar ordena la movilización general: ella es particularmente lenta, a pesar de que urge no dejarse madrugar por el adversario. El 31 de julio Alemania intima a Rusia, dentro de las doce horas, la suspensión de todos los preparativos bélicos. Al mismo tiempo, pide a París un compromiso de neutralidad, mientras Austria ordena la movilización general. El 1º de agosto Rusia declara la guerra y Francia afirma que actuará conforme a sus propios intereses. El 3 de agosto Alemania declara la guerra a Francia y pide, obteniendo una respuesta negativa, libre paso por territorio belga. Inglaterra interviene con un ultimátum dirigido a Alemania, y en la medianoche del 4 de agosto, contra las previsiones de los estadistas alemanes, entra en guerra: ¡el conflicto austro-servio se ha convertido en seis días en una conflagración

europea!".

Hoy, a suficiente distancia de las pasiones desencadenadas entonces, hoy, después de haber realizado estudios detallados acerca de la realidad psicológica de los diversos actores del inmenso drama, se llega a una conclusión clara: ninguno de los hombres que entonces desencadenaron la guerra, ninguno, ni el anciano Francisco José, ni Guillermo II, que se mostró desesperado cuando comprendió que la guerra era en serio, ni el Emperador de Rusia, ni los franceses, ni los belgas, ni los ingleses, y mucho menos los servios y los otros pueblos de los Balcanes, ninguno, en esencia, quería la guerra.

La neutralidad de Italia fue proclamada oficialmente el 29 de julio, basándose el gobierno de Roma en el hecho de que el ultimátum austríaco a Servia le había sido comunicado a Italia sólo el 24 de julio, es decir, el día siguiente al de su entrega en Belgrado; en consecuencia, el artículo VII de la Triple Alianza no entraba en vigor. Las tratativas y maniobras desarrolladas desde aquel momento en Italia, son demasiado conocidas: disperso el primer ardor de algunos grupos intervencionistas junto a los Imperios Centrales, se declaró la neutralidad, y los acontecimientos cursaron sobre una doble vía: por un lado, las tratativas con Austria y Alemania; por el otro, la formación de la mentalidad italiana, día tras día más intervencionista a favor de la Entente.

Mientras tanto, el luto más severo golpeaba a la Iglesia católica: Pío X moría el 20 de agosto de 1914. Don Orione, por entonces en Roma, escribía a Don Sterpi: "Ayer besé los pies del Santo Padre varias veces, por mí y por vosotros y por todos los nuestros... La Divina Providencia estará siempre con nosotros si somos humildes y nos mantenemos fieles a los pies del Papa y de la Iglesia".

Por su parte, Don Sterpi escribió desde Tortona al Fundador: "La noticia de la muerte del Papa me aturdió de tal modo que no me parece cierta, y debo hacer un gran esfuerzo para creerla, por lo grave e imprevista que fue".

Don Orione vivió días de profunda conmoción: un dolor espiritualizado. Se mezcló con la multitud a los pies del Papa Santo, sintiéndose anónimo entre los anónimos, pero con el alma llena de recuerdos lejanos y recientes, e iluminada más que nunca por aquel diálogo que durara años. Las audiencias habían sido las horas culminantes, de concentración, horas determinantes para el espíritu y la obra del Fundador, plenas de fuerza y dulzura; pero el coloquio con el gran Pontífice había sido mucho más denso. Aun a través de las distancias y barreras de las circunstancias, Don Orione conservó fijos la mente y la vista en el Papa, y había escuchado, vivido permanentemente sus advertencias, regulándose por ellas. Fueron su tranquilidad y su fuerza. "En obediencia al Papa", era todo para él, entre tantas fluctuaciones y contrastes.

En densas oleadas la multitud se agolpaba en torno al cuerpo yacente en el catafalco, en la majestad de la basílica: almas y más almas rendían tributo de amor al sucesor de Pedro, y Don Orione se sentía hijo, hijo como no se sintiera nunca: hijo en la congoja, en la esperanza, en la unión espiritual que trasponían espacio y tiempo <138>.

Se acercaba otro acontecimiento doloroso; desde Tortona Don Sterpi escribió al Fundador diciéndole que había estado en Stazzano, en el seminario diocesano, para visitar al Obispo Bandi y lo había encontrado gravemente enfermo: "Cuestión de días...: quieren saber por Don Orione quién será elegido Papa de modo de pedirle la bendición para el moribundo...".

entender mucho más, hacía comprender que más allá de aquel tronco acerca del cual no se discutía, había otros horizontes, otros mundos. Horizontes de luz, de fuego; y de fuego eran las palabras que el misionero sabía ofrecer. Había, más allá de la desventura, por encima de la desgracia, un mundo de esperanza que es el Amor. Esperar en el Amor, estar seguros del Amor, tal la verdadera ayuda para volver a encontrar la vida.

En ciertos momentos, cuando más ardía su decir sencillo, parecía que la ciudad destruida surgía de improviso: había sido la ciudad de los hombres, renacía como ciudad de Dios. Era el pasado que se trituraba, derrumbaba y disipaba en las conciencias, y el nuevo día, el presente era una morada nueva, más sólida, pero sobre todo más pura. De las ruinas se alzaban los propósitos, y el gran soplo de la esperanza unía al mundo de los muertos con el de los vivos. La muerte fría, la nada, ya no amenazaban, no existían: sólo quedaba, como conclusión final, el Amor.

Casos de conversión clamorosos subrayaron ese retorno de las conciencias, Josefina Valbonessi, una valiente joven de Reggio Emilia, trasladada a Avezzano para ejercer la profesión de partera, bastante antes del terremoto, contó un episodio duro: en un primer momento miraba a su alrededor y experimentaba un sentimiento agudo de soledad, como si se encontrase en el exilio, entre extranjeros.

No conocía a nadie y no había nadie de su tierra. Poco después encontró a cuatro personas de su región con las que trabó amistad. Enseguida advirtió que eran masones, pero no dejó de frecuentarlos. Luego del trabajo, al terminar la jornada, se reunían para jugar una partida de naipes. Después vino el terremoto y todo pareció conmoverse. Uno de sus conocidos, comisario de policía, enfermó de gravedad y ella, como enfermera, le prestó ayuda.

Cierto día el enfermo le dijo: - Estaría dispuesto a recibir los sacramentos, pero no puedo hacerlo por mis "compañeros" (de masonería); me vigilan y no permitirían que un sacerdote entrase a mi casa...

¿Qué había sucedido en el alma de aquel pobrecillo? Josefina Valbonessi se formuló la pregunta, pero no intentó resolverla sino más bien solucionarla: fue a ver a Don Orione, le narró lo ocurrido y de inmediato se articuló una estrategia.

El enfermo dormía en la planta baja de un pabellón de hospital. Como siempre, esa tarde había partida de naipes en la habitación vecina. Antes de comenzar el juego, Josefina dejó entreabierta la ventana de la habitación del enfermo. Ahora parecía apasionarse por el juego, discutía, se mostraba particularmente brillante. Sus compañeros estaban confiados y divertidos y no se hubieran movido por todo el oro del mundo.

Don Orione entró por la ventana y el enfermo lo recibió con expresión de alegría. Luego le escuchó decir: - No soy de los vuestros, sino todo lo contrario. Pertenezco a la masonería. Me enviaron aquí; entre otras cosas, debía vigilarlo. Pero observé lo que usted hace. Usted se ha sacrificado como ningún otro, día y noche, sin compensaciones. Cuando le ofrecieron el vagón para dormir, lo rechazó... Entonces 'comprendí' y ahora deseo confesarme.

Palabras y lágrimas de abjuración, palabras y lágrimas de absolución... Don Orione se volvió, como había venido, por la ventana. Josefina, que intuyó el desarrollo de los acontecimientos, se levantó luego de un rato y dijo:

- Vayamos a ver si el enfermo necesita algo.

Hacia el 10 de febrero, Don Orione estuvo a punto de morir congelado. Le ocurrió en campo abierto, durante una especie de colapso que sufrió, del que logró recuperarse. Después de algunos días se encontraba en condiciones tales que no podía ser útil para nada; entonces decidió volver a Roma, pasó algunos días en las Casas de la Congregación, y se recuperó muy pronto.

En Avezzano, en piazza Torlonia, lo vieron volver después de ocho días. Retomó su misión de "despertador" en la tienda; daba la "alarma de la mañana" a cuantos dormían en torno de él y habían caído en un sueño pesado.

Una helada mañana lo vieron salir de la tienda y detenerse a mirar el aire iluminado por el sol naciente. En lo alto, los montes brillaban bajo los reflejos y la visión matinal era estupenda, Don Orione alzó los brazos:

- Te damos gracias, te damos gracias, Dios - exclamó con lágrimas en los ojos - por darnos otro día para hacer el bien, mucho, mucho bien...

Alrededor de la tienda de Don Orione, humilde central de socorros y orientación, la vida de la desgraciada ciudad resurgía, comenzaba a reorganizarse; con gran afecto, el Fundador había satisfecho, y continuaba haciéndolo, las necesidades del culto. Con ese fin, cualquier recurso, hasta el más humilde, era bueno: puesto que faltaba de todo, después de la destrucción total de las iglesias, era preciso improvisarlo todo; hacía falta audacia, y no tener miedo al pintoresquismo.

Cuando se trató de retomar el hilo de la asistencia espiritual a las mujeres en las "iglesias", allí donde ya no existía nada, fue necesario conseguir una rejilla de confesionario... Pues bien, Don Orione colgó de un hilo un trapo grande, se sentó de un lado... y del otro comenzó el río de las culpas... Pero mientras desarrollaba esa actividad, esa abnegación llevada hasta un grado insostenible con la sola fuerza humana, actúo con el poder del ejemplo, inspirando fe inclusive en quienes eran contrarios a los sacerdotes. Algunos que odiaban las iglesias desde hacía muchos años, se restregaban los ojos: aquel era un cura, un cura de verdad, ¿y qué pretendía hacer? Ningún otro lograba reunir, en el lapso de un día, un cúmulo semejante de buenas obras.

Esas acciones fraternales estaban recorridas por un tema único, central y vital: devolver a Dios a los desorientados y restituir los desorientados a Dios. Para hacerlo, necesitaba superar un primer obstáculo gravísimo: la rebelión ante la desgracia. Era preciso hacer nacer la resignación ante lo ocurrido. Don Orione se empeñó a fondo no sólo con el ejemplo sino también con la palabra, y toda su predicación insistía dulcemente sobre este punto: no rebelarse... Obtenía resultados sorprendentes. Las almas se tranquilizaban y alcanzaban, a veces, metas superiores.

Hay varios grados de resignación, así como hay varios grados de humildad y obediencia. Resignarse puede querer decir sufrir en paz, y puede también significar aceptar. Entre la resignación simple y la aceptación positiva hay una distancia difícil de valorar: aceptando el alma hace suyo, "aferra" el dolor que se le impone, lo acoge como oferta preciosa y salvadora.

Don Orione se atrevía, en ciertos casos lo hacía mucho más

y ciertas horas, a desplegar ante las almas una meta como ésta: lo hacía mucho más a menudo de lo que su audiencia advertía en un primer momento. Hablando de la resignación - primera etapa obligatoria y, por lo demás, necesaria para sobrevivir - daba a

Don Orione se apresuró en llegar a Stazzano para un último acto de amor al Obispo de su juventud, de su sacerdocio, de su Congregación, a quien escribiera después del terremoto: "Aparte de lo que debo a la gracia de Dios, si algo pude hacer en esas tierras tan hermosas y ahora tan desoladas, se lo debo a la bendición y ayuda recibidas de Vuestra Excelencia...".

Ahora el gran Obispo se apagaba consumido por los dolores. En muchos casos una guerra sutil, en otros casos una revuelta declarada, habían sido llevadas contra él, tal vez hasta llegar a manifestaciones ultrajantes. En los cafés de Tortona circulaba desde hacía un tiempo, un escrito de protesta y áspera crítica contra él, ¡firmado por veintiocho sacerdotes!...

A pesar de que Monseñor Bandi solicitó al Papa un Obispo auxiliar - le fue concedido en la persona de Monseñor Vigano - sus condiciones siguieron agravándose cada vez más, y haciéndose más penosas. Durante la larga enfermedad envió más de una vez su reconocimiento a Don Orione, en un día de distensión dijo: "Comprendo que no fui sinceramente amado y obedecido por nadie como por ti...".

El Obispo, campeón de la firmeza en los principios católicos, se apagaba; como dijimos, Don Orione, apenas lo supo, se presentó en el seminario de Stazzano, donde el prelado yacía enfermo, pidió autorización para hablarle... Con un piadoso pretexto no lo dejaron entrar: temían despertar emociones en el moribundo.

Don Orione se separó llorando de la puerta de la antecámara <139>.

¡Qué profundo cambio en un año! Un mundo era destruido, un mundo nuevo alboreaba entre sangre y destrucción. Pío X, el Santo de la Paz, había muerto, y la guerra se extendía, se enseñoreaba de hombres y cosas para incendiar, destruir. ¿Qué nueva humanidad saldría de la lucha gigantesca?

Las grandes naciones habían salido al campo de batalla; Italia aún vacilaba.

Y mientras tenían efecto las tribulaciones de la neutralidad italiana, agosto 1914/mayo 1915 - fueron verdaderas tribulaciones, desunión de espíritus y predominio de entusiasmos patrióticos, pero utópicos - una nueva catástrofe natural golpeó Los Abruzzos en la región Mársica, de tal magnitud que puede compararse con la que afectó a Messina y Calabria algunos años antes.

Aquí, un escenario muy distinto: En lugar de las brillante playas de Sicilia, los ásperos montes de los Abruzzos y las altas nieves. Sin embargo, existe una nota en común: la mañana y el invierno.

El 13 de enero de 1915, a las 7.55, en Avezzano y en gran parte de la Mársica, un enorme estruendo entre huracanadas ráfagas de aire: el temblor se produjo de abajo hacia arriba y duró menos de un minuto. Avezzano fue arrasada hasta los cimientos, hubo quince mil muertos, varias otras ciudades o aldeas del monte cercano fueron destruidas o afectadas en parte; en total, treinta mil muertos.

Un telegrama advirtió a Roma de la catástrofe.

Al despertar dramático de la capital, siguió un alboroto de reclamos, órdenes, preparativos: aleccionados por la experiencia de Messina y de Reggio, los italianos intuyeron, desde los primeros detalles, la magnitud de la desgracia. Sin embargo, los socorros no fueron rápidos. También esta vez llegaron los mensajeros de la caridad, las

primicias de la fraternidad: corrieron, algunos, como pudieron, apenas pudieron, de inmediato. Entre ellos, el Rey.

El grueso de las ayudas continuó durante los días siguientes. Los medios de comunicación eran escasos, las posibilidades de contacto pocas, con una montaña espléndida y horrenda, privada en su mayor parte de caminos y cubierta de nieve. El alto Abruzzo se presentaba en esos meses, y particularmente en esos años, como el reino de la nieve. Imperturbable y resplandeciente se acumulaba, congelaba y embellecía todo, lo sepultaba todo, todo lo separaba. Los canalones entre monte y monte se convertían en enormes zanjas de cuarzo, de zafiros, de amatistas, según la hora y la estación. A veces las extensiones y las cuestas eran pálido coral, otras, plata intenso. Sobre los techos marrones la nieve alcanzaba espesores inverosímiles, siguiendo la línea de desagüe, y se enredaba con un pintoresco toque en el borde de las tejas, retenida por los canales de los tejados (allí, donde los hay) como para dar la impresión de una sábana recogida. Pero frente a las puertas la altura no tenía límites: era preciso cavar desde adentro y desde afuera para poder pasar, luchar para mantener el contacto con las tortuosas callejuelas.

Los primeros valientes, al llegar, se enfrentaron con una visión mítica, con esa blancura luminosa que había sepultado un mundo. La Mársica ya no existía, casi consumida y tragada por siglos de destrucción progresiva: había ocurrido como con ciertas civilizaciones de oriente, o como con los Incas, desaparecidos e invisibles, por entonces, bajo las lianas. Aquí se debió luchar contra el frío antes de encontrar sobrevivientes o cadáveres.

Algunas figuras se hicieron notar para consuelo de los vivos: el Obispo Monseñor Bagnoli, el septuagenario Don Guanella, Don Orione, Don Bacciarini, Don Zia, Don Contardi...

Don Orione, entonces conocido por las autoridades, se instaló en Avezzano, en el centro de la ciudad, en plena plaza Torlonia, en una carpa que debía servirle como auxilio urgente, ambulancia, cuartel general, dormitorio. Sirvió para todo, fue suficiente para todo, si bien en los momentos en que afluían en mayor número los salvados y los huérfanos, decidió dejarles todo el lugar: armado de una manta, se refugiaba bajo un alero medio derruido con forma de cabaña: allí dormía.

Su investigación apuntó en seguida hacia los huérfanos. Cinco mil niños quedaron solos y se repetía toda la gama de problemas de Messina, de Reggio: ¿quién los recogería y cómo educarlos? El interrogante era múltiple y angustioso <140>.

Entre tantos niños, uno, Ignacio Silone <141>, nos cuenta sus recuerdos: un día, en una curva de la ruta de la montaña, vio a un sacerdote pequeño y mal parado que encabezaba un grupo de chicos salvados de los tugurios o de las ruinas. Sobre la ruta, un grupo de tres automóviles detenidos, escoltados por carabineros, esperaba el retorno de Víctor Manuel III, que inspeccionaba los escombros en compañía de su séquito. Los autos estaban vacíos, los chicos temblaban de hambre, frío y aprensión.

El curita se acerca a un auto, abre con resolución la portezuela y hace entrar en él a sus pequeños protegidos. Los carabineros llegan corriendo, hay un intercambio de peticiones, explicaciones, prohibiciones: no es posible, es necesario arreglárselas de otra manera. Don Orione no se inmuta y sigue cargando en el automóvil a los niños. Forcejeos con los carabineros agitados y desesperados.

- Pero, ¡es el automóvil del Rey!...

XXIX - En Avezzano, entre laicos y masones

Por otra parte, esta pincelada de prestigio venía muy bien, es decir, era útil en un ambiente como aquel, posterior al terremoto. Don Orione se encontraba a menudo jugando el papel de defensor de los jóvenes o de los muy jóvenes. En cierto momento aventó la intentona de una camarilla tramposa que pretendía instaurar una especie de "trata de blancas" de trece o catorce años, con el pretexto de llevarlas como sirvientas a las ciudades. Y otro campo de defensa se le abrió con respecto a los bienes de los huerfanitos: algunos gozaban de cierto bienestar y habían llegado a poseer olivares, viñedos o campos, o - caso extraño - algún raro palacio de los que habían quedado en pie. Niños de corta edad, adolescentes desfallecientes a causa de un acontecimiento casi incomprensible para los propios adultos, estaban muy lejos de comprender sus derechos, y de esta incapacidad se aprovechaban las aves de rapiña, algunas veces sus propios parientes. Era preciso hacer un reconocimiento, sirviéndose del catastro y de todos los informes posibles, de las propiedades de los pequeños que habían quedado solos, y establecer una relación entre los usuarios de esos bienes y el Patronato "Reina Elena". Muchas veces se trataba de alejar a saqueadores sorprendidos en pleno hurto de ganado, o de objetos que habían quedado intactos bajo las ruinas: "Se me sube la sangre a la cabeza - escribía Don Orione -, cuando pienso que en medio de aquellas ruinas había algunos seres que parecían fieras con forma humana, y ciertos parientes que trataban de apoderarse de las pocas cosas que quedaban".

La cosa era más fácil de lo que parecía a primera vista, a causa de la muerte de tanta gente y de la destrucción de muchos documentos. En aquella época, existía en los Abruzzos la costumbre de que cada familia tuviese guardado su propio "oro" (inclusive las menos pudientes); luego había dinero, títulos, efectos, libretas de ahorro o chequeras... Los muchachos más grandes se negaban algunas veces a alejarse de las ruinas de sus casas, para dar testimonio allí mismo hasta que fueran desenterrados sus propios muertos, y después de los muertos, los bienes. El Patronato estableció una oficina de objetos perdidos en la única casa de Avezzano que quedó en pie, sobre la calle que daba a la estación ferroviaria, y se la confió a Don Orione. Este interrogaba huérfanos, parientes, gente de la zona, y, si se daba el caso, se acercaba a la casa con un par de soldados para cavar entre las ruinas.

La abuela de un huérfano guardaba para él un sobre con billetes de mil, escondidos bajo la almohada. Un pariente había echado ya mano al sobre, aprovechándose de la debilidad de la vieja, cuando llegó Don Orione, quien al oír los gritos de la mujer, arrebató el dinero de manos del prepotente. Temiendo por los otros haberes del muchacho, se ocupó personalmente de la excavación entre las ruinas de su casa paterna, haciéndose acompañar por la policía; logró así reunir dinero y valores por un importe de doce mil liras, pequeño patrimonio que consignó al patronato; luego buscó los extractos del Catastro y los depositó también en el Patronato.

Muchos huérfanos ya no quisieron separarse de su salvador, y algunos se convirtieron en sacerdotes de la Congregación de la Providencia. Un día un chico fue recogido por Don Orione entre las ruinas en que yacía una familia entera: estaba aún vivo en brazos de su madre muerta. También todos los otros estaban muertos. Don Orione no pudo identificarlo y lo llamó Salvador.

Con el tiempo sería misionero de la Obra en América del Sur.

huérfanos. Don Orione llevó y asiló a numerosos niños otro tanto hizo Don Juan en su asilo, el primero surgido entre los escombros del terremoto" (50 aniversario de la Parroquia de San Juan, Avezzano, 1963, pág. 40). <143> "La Obra de la Divina Providencia", 29.1 y 26.2.1915, 30.3.1930; "Don Orione y la Virgen", pág. 1816; "Don Orione", publicación mensual de la Obra, enero de 1974.

- Está bien, pero éstos tienen urgencia de todo y yo debo llevarlos a Roma. ¿Cómo hago? ¿Dónde está el Rey?

Don Orione va, saluda, explica, pide, y Víctor Manuel le concede todo y le agradece lo que hace. Partida triunfal de los niños asombrados con su salvador... Ignacio Silone, a pocos metros de distancia, muchacho entre muchachos, vio todo, y un día lo contará...

Una característica de Don Orione consiste en la extensión de sus búsquedas hacia los montes. Se adentra en las gargantas y las colinas, visita casas abandonadas y semidestruidas. Allí, el resultado es a veces preciosísimo: logra salvar chicos que quedaron solos en medio de la majestad desierta de los montes.

Grandes y chicos, Don Orione los transporta como puede en su viejo auto hasta la carpa, o hasta los otros centros de ayuda urgente. Y allí, cuántas premuras y qué fuerza de recuperación: parecería que actúa taumatúrgicamente, con las palabras, con alguna medicina, con un poco de bebida caliente o de alimento que producen efectos maravillosos.

Los niños vuelven a encenderse muy pronto con su fuerza inicial de vida, no abatida por la desgracia. Muchos llegarán a ser sacerdotes orioninos.

Pero ahora, para reunirlos, ¡qué dificultades y cuánta audacia! Se trata de penetrar en gargantas casi carentes de caminos, en caracoles de senderos sólo rastreables en el mapa del Touring; la nieve torna todo muy difícil.

Un día Víctor Manuel III trata de escudriñar entre las casuchas de los montes, y su automóvil sube, gira, resbala, zumba, sigue subiendo y resbalando...

Poco más adelante, un esmirriado automóvil que también sube, resbala, pero a pesar de todo sigue subiendo, adentro, un sombrero de sacerdote.

El Rey exclama (al menos eso se dice), mientras su Fiat permanece encallado en la nieve: "Pero, ¿quién es ese diablo de cura que logra avanzar así?".

La "pesca" en la montaña era una de las favoritas de Don Orione; en aquellos días tuvo un encuentro con otro tipo de rey, el que durante los largos y nevosos inviernos, era famoso soberano de ciertas montañas abruzzesas: el lobo.

Poco después de la catástrofe, las fieras habían vuelto a despertar: se lanzaban en tropel sobre las ruinas, de las cuales salía hedor de carroña. Durante la estación fría el hambre se hacía tormentosa; allí, bajo las casas destruidas, el festín podría ser opíparo. Por otra parte, el instinto de fiera habituada a la lucha, advertía a los depredadores que la defensa que podían ensayar los vivos era mínima, o que en ciertos lugares había desaparecido: el hombre, el gran enemigo, había sido vencido por una fuerza más poderosa que él.

El encuentro, pues, se tornaba fácil. Don Orione, mientras tanto, hacía más: se movía hacia el reino de los lobos, se internaba en la montaña. Un día - el episodio es relatado hasta en sus detalles ínfimos por un protagonista del acontecimiento -subía con su "torpedo" desvencijado por uno de los tantos caminos intransitables por la nieve. Algunos huérfanos iban a bordo y uno de ellos relatará un día el episodio. El automovilista sudaba frío, para evitar patinadas, mucho más que por los grados bajo cero.

"Torpedo" quería decir automóvil abierto, provisto solamente de un "capote" de

tela. Y en un santiamén el sendero se llenó de lobos.

Rodearon el vehículo sin mostrar el menor temor. Estaban en su reino. La audacia, por lo demás, se desarrollaba, aumentaba en proporción directa con el apetito.

El conductor se lanzó hacia adelante como pudo. Los lobos lo siguieron, envolviendo al vehículo con saltos temibles, aullidos y alaridos. Cualquiera de sus brincos podía llevarlo con las fauces abiertas al interior del automóvil.

Los niños, pálidos, temblaban. Don Orione se esforzó por reír: "¡Pero, estos perros de porquería... que no quieren irse...!".

El automovilista hizo dos disparos de revólver y por un instante los lobos saltaron hasta colocarse a una distancia de varios metros, sin huir, y mostrándose dispuestos a volver. El hombre descendió, aprovechando la brevísima tregua, movió desesperadamente las ruedas del surco, volvió al volante, logró dar marcha atrás, tomar la curva, protegido por una pequeña pared que en este punto bordeaba el camino hacia el precipicio, maniobró, pudo dar la vuelta e inició el descenso; los lobos saltaron otra vez hacia la máquina, lo acompañaban con una extraña danza salvaje

Después de varios cientos de metros desaparecieron de golpe, engullidos por la escarpadura.

Con estos métodos, Don Orione recogió durante los primeros días ciento veinticinco huérfanos que logró ubicar en Roma: 79 en la casa de la calle Alba, 46 en la Colonia Agrícola de Monte Mario. Pudo hacerlos acompañar hasta allí sin interrumpir su tarea de búsqueda.

Los visitantes lo encontraron en su tienda, en piazza Torlonia, entre los muchos sobrevivientes por él salvados: ancianos, jóvenes y niños, parecía un dispensario de campaña. Se preocupaba de los más pequeños, los más difíciles de salvar. Los lactantes de quienes se tuvo noticias precisas fueron más de trescientos. Ernesto Campese - encargado del Ministerio del Interior - cuenta: "Lo vi con dos o tres niños en brazos y le oí gritar: '¡El biberón! ¡Denme el biberón'!". Con sus rápidas intervenciones lograba sustituir, en los primeros momentos, los cuidados vitales de la familia. A medida que pasaban las horas y los días, los sobrevivientes comenzaban a darse cuenta del tremendo golpe: habían quedado pasmados, paralizados bajo el mazazo, cada uno consciente de su propia tragedia, recordando a sus familiares; de pronto abrían los ojos, comenzaban a comprender el dolor de los demás. Podía ocurrir que una madre que había perdido a su hijo se ofreciese para alimentar al lactante de una madre muerta.

A ello contribuía el ejemplo que daban los llegados desde otros sitios para brindar y ayuda. Vale la pena recordar los nombres - algunos nombres <142> - que deberían quedar registrados en la historia; el pueblo aprendió a conocerlos uno tras otro y comprendió el significado de su acción. En cuanto a Don Orione, la gente se habituó a verlo siempre con las manos llenas de ropa, de comestibles... ¿De dónde los sacaba? En gran parte, los paquetes y alimentos llegaban de la organización civil más eficiente, el Patronato "Reina Elena". Los miembros de ese ente confiaban plenamente en Don Orione, se lo confiaban todo; y a él todo le quemaba en las manos, de modo que las cosas iban con velocidad prodigiosa a quienes las precisaban. La misma Reina Elena, que sabía sobre Don Orione, desde los tiempos de Messina, le envió gran cantidad de socorros para varias clases de personas. Tenía una intuición especial respecto a lo que podía aliviar las necesidades y sufrimientos de la población. La conclusión fue que el

pueblo renovó hacia Don Orione la calificación que ya le otorgara en Messina. También aquí lo llamaron: "El primo del Rey" <143>.

<137> "Historia de Italia", UTET 1960, vol. IV, págs. 677 y s. <138> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, pág. 361; "La Obra de la Divina Providencia", 13.10.1914. <139> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, pág. 362; "la Obra de la Divina Providencia", 13.10.1914. <140> Sparpaglione, "Don orione", págs. 194 y s. El Barón von Hügel nos ha dejado un testimonio precioso, que cierra su volumen: "Essays and addreses on the Philosophy and Religion". Dice así: "Cuando mi hija mayor, aproximadamente ocho meses antes de su muerte, pudo llegar desde Roma hasta el centro de la terrible devastación causada precisamente entonces por un terremoto excepcionalmente fuerte, su espíritu fue golpeado por un contraste violento.

En medio de la muerte y del desorden se movía, completamente absorto en la desventura de aquellos pobres, Don Orione, un humilde sacerdote, un hombre al que muchos miraban ya como un santo, que había surgido de los humildes y los pobres para los humildes y los pobres. Llevaba dos niños alzados, uno en cada brazo, y por donde iba, llevaba orden, esperanza y fe en medio de aquel desorden y aquella desesperación. Mi hija me dijo que aquello hacía sentir a todos que el Amor estaba, precisamente, en el fondo de todas las cosas, un Amor que, precisamente allí, en aquellos lugares, se manifestaba a través de la completa y afectuosa entrega de sí mismo de aquel humilde sacerdote.

"Me detengo en esta figura sacerdotal: en él se da la unión del elemento heroico con la genial sublimidad de Cristo, el ascetismo sin excesos de rigor. Lo sobrenatural se demuestra así en toda su amplitud; en verdad no existe expansión, ni tranquila felicidad, ni gloria comparable a la de una vida completamente dócil al Dios de la Naturaleza y de la Sobre-Naturaleza". (G. Barra, "Don Orione", pág. 128). <141> "Encuentro con un extraño sacerdote", en "Salida de Seguridad", Vallechi, pág. 25-42. <142> Condesa Spalletti Rasponi, presidenta del Patronato "Reina Elena". Cav. Orestano, secretario general del Patronato, Doctor Arnaldo De Simone, secretario del Ministerio del Interior, ya conocido en Messina, director general de la administración civil ante el Ministerio del Interior. Abogado Pablo Pericoli, del Consejo Superior de la Sociedad Juventud Católica Italiana. Prof. Giuseppe Fornari, ya por entonces encargado especial para los huérfanos de Calabria y de messina y entonces designado Delegado Pontificio para los de la Mársica, en la calle Goberno Vecchio 96. Don Angelo Zia, Josefino de Murialdo. Doña María Salviati, de los duques Salviati, en Corso. Cab. Italo Pio, Comisionado en la Municipalidad de Avezzano. Monseñor Augusto Sily, Arzobispo limosnero secreto de Su Santidad, de quien dependía la obra para los niños afectados por el terremoto. Abogado Agustín Badali, Juez del crimen, de Avezzano. Teólogo Pablo Argentieri, Sofía Camarota Adorno, ayudante de la señora Spalleti. Baronesa Liliana De Bosis, representante de "La higiene social". P. Gianfranceschi, jesuita, rector del Máximo de Roma. Cayetano Piacentini, del Patronato de asilos infantiles en las Comunas afectadas por el terremoto. Conde Roberto Zileri dal Verme. Mons. Camilo Panizzardi, Josefino de Murialdo, Colegio Pío X, de la calle Etruscos, Patronato para la juventud. Comendador Senador Bruno Chimirri, del Ministerio de Higiene y Sanidad.

"El más poderoso campeón de la caridad cristiana que la Iglesia tuvo en nuestros tiempos, Don Orione, hizo su primera aparición en Avezzano. Trató, en primer lugar, con Don Juan Valente (muerto en 1953, párroco de San Juan desde 1915). Se entendieron de inmediato y comprendieron que el problema principal consistía en socorrer a los pobres

¡Movilización inmediata, por la caridad! Los prófugos llegan divididos en tres grupos: Hermanas Clarisas, ancianos, clérigos estudiantes de los Padres Cavanis. De tal modo, hay para todos; para Don Orione y para las Hermanas. Los Cavanis van a parar a San Roque, al Paterno de Tortona y a Villa Moffa de Bra; los ancianos del hospicio Giustinian quedan en la calle Mirabello, en el Seminario menor de Tortona, y las Clarisas, en San Bernardino. Es necesario tener en cuenta que en las casas de Don Orione existe, en estos años de la guerra, mucha miseria, casi tanta como corazón y generosidad... Sólo dos días antes de la llegada de todos esos nuevos huéspedes, la superiora del San Bernardino escribe al Fundador: "En los comercios vecinos ya no quieren dar nada a crédito porque dicen que debemos demasiado, creo que superamos las 800 liras entre los dos negocios...".

Las Clarisas de Venecia llegaron a pie desde la estación, cada una con su atadito; las más ancianas no salían desde hacía treinta o cuarenta años, no conocían los vehículos modernos, los automóviles... Después de algunos días escriben al Cardenal La Fontaine, magnificando la hospitalidad de las Hermanas: "Pasado mañana esperamos retomar la plena observancia de la vida monástica". Entre tanto, Don Orione escribe a la Superiora de sus religiosas, espantada frente a la indigencia con la que se ve obligada a rodear a sus huéspedes: "Este es un Instituto donde todo está por hacerse. Es como si usted viera pilas de piedras, la fosa y los cimientos, carretillas, obreros, cuanto se necesita cuando se construye; ¡qué diferente resulta, por el contrario, contemplar el edificio ya hecho!...".

Pero el pensamiento de Don Orione no se turbaba en medio de tantas circunstancias. Siempre permanecía vinculado a quien constituyera en todo momento su gran punto de referencia y sostén: la Virgen. Justamente, en medio del océano de culpa y dolor que inundaba a Europa, Don Orione pensó en una devoción mariana renovada y ratificada que actuase en el centro mismo de la renovación necesaria.

Hasta las circunstancias más cercanas lo impulsaban en tal sentido. El barrio de San Bernardino, como hemos visto, estaba atiborrado de rebeldes: un día, un muchachito de doce años, instigado por los grandes, cantó "La Bandera roja triunfará", inmediatamente después de haber sonado la campanilla de la bendición; luego escapó de la iglesia precipitadamente, seguido por los insultos de las viejas lavanderas presentes. Otra vez sucedió lo siguiente: en la pequeña iglesia de San Bernardino, incorporada a un edificio antiguo, propiedad de la curia episcopal, pero en el cual se había establecido la "crema" del hampa local, un día se escuchó un retumbar de golpes desde la parte superior de la bóveda de la iglesia (donde estaban las habitaciones de los "inquilinos" más inquietos): numerosas personas golpeaban con palos a más, no poder, de modo que en la iglesia ya no se escuchaban siquiera las palabras: "Bendito sea Dios...".

Desde ese día, cuando Don Orione celebraba misa, tenía la preocupación de no hacer sonar la campanilla; pero en poco tiempo el ruido se repitió precisamente durante el rito, en el instante del más recogido silencio. Quizás alguno, desde la calle, hacía señas para los de arriba comenzaran...

Y seguramente existía una afinidad especial entre los habitantes del edificio y cuanto pudiera ser bronce sonoro que remitiera al Señor. Junto a la iglesia había un pequeño campanario que contenía una única campana; para hacerla sonar, Don Orione le había atado un cordón: lo encontró roto; entonces lo sustituyó por un alambre; lo encontró despedazado. Un valeroso muchacho subió a la cima del campanario para llamar a misa... Sintió que lo aferraban por la espalda, mientras una voz gritaba: si no

seáis grandes y hombres. Agradezco a Dios me haya ayudado con los huérfanos de la Mársica, como una gracia que me hubiera hecho a mí personalmente.

"Por otra parte, debéis estar seguros: os recordaré siempre, oh mis queridos hijos, y os llevaré en mi corazón de sacerdote, como si fueseis mis verdaderos hermanos. Si alguno de vosotros, en algún momento de su vida, piensa que lo puedo ayudar, escríbame y haré cuanto pueda... También aquí tengo huérfanos de la Mársica y cuando los veo, pienso en vosotros y me parece que os veo a todos, oh mis queridos hijos...

"Después de nosotros vendrán otros: respetadlos, amadlos y obedecedlos como habéis hecho con nosotros... ¡Qué el Señor sea siempre con vosotros y alegre vuestra juventud y haga menos triste el pensamiento de vuestra vida! Os bendigo a todos con amor de Padre en Jesucristo, y siempre rogaré a Dios por vosotros. Manteneos profundamente vinculados a la religión y sed devotos de la Santísima Virgen, y vivid honestos y laboriosos: es el recuerdo que os dejo y Dios os dará cosas buenas..." ("Carta de Don Orione" del 6.5.1919; nota 50, 300 y s). <145> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 362 y s; fasc. Venturelli, págs. 882 y s; fasc. Valvonesi, págs.536, 1036; fasc. Fratelli Piccardo, 1. VI, págs. 833, 885 y s; fasc. 12- 119, fasc. Masonería; fasc. Piccardo, págs. 558 y s; "La Obra de la Divina Providencia", 30.3.1915; "La Obra de la Divina Providencia", enero y agosto de 1941, diciembre 1964; "L'Osservatore Romano", 14.1.1965; Tamburini, "Don Guanella", 1957, pág. 430, fasc. G. Piccinini, págs. 517 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 194 y s; fasc. E. Contardi, 1, V.; E. Campese, en "Don Orione", publicación mensual, enero de 1974; fasc. Meccenero, 29, II; fasc. A. Zia n. 19; fasc. Catasca, 29, V, 12-129; "Don Orione y la Virgen", pág. 1243; fasc. Spalletti 5-257.

XXX - Don Orione y el joven Ignacio Silone

Ignacio Silone era el muchacho que había visto a Don Orione trabajando durante el terremoto de la Mársica, mientras cargaba huérfanos en el automóvil real...

Un año después, en otras circunstancias, volvería a encontrarse con el sacerdote que le dejara un recuerdo tan vívido; él mismo nos relata el encuentro:

"Puedo decir que conocí a Don Orione recién en 1916. ese año, me habían enviado a un colegio dirigido por diligentes religiosos, para terminar mis estudios secundarios. Poco antes de Navidad, y sin ningún motivo plausible, escapé del colegio. me fui sin advertir lo que hacía y sin ninguna meta, simplemente porque, en cierto momento, vi abierta la puerta-cancel del patio. Tenía unas pocas liras en el bolsillo y, naturalmente, ningún equipaje. me alojé en el desván de un pequeño albergue, cerca de la estación. Permanecí tres días y pasaba el tiempo viendo llegar y partir los trenes. Mientras tanto se había avisado a la policía sobre mi ausencia del colegio y al tercer día fui descubierto por un policía y enviado nuevamente al colegio; allí debía permanecer a la espera de una carta de mi abuela que decidiría sobre mi futuro, en su calidad de tutora. La respuesta de la abuela no tardó mucho y me trajo la noticia de que un tal Don Orione estaba dispuesto a tomarme en su colegio. A través de mi director se había fijado el encuentro en la estación central de Roma. Allí, en el día y el lugar predeterminados, encontré a un sacerdote desconocido en vez de aquel que viese entre los escombros de mi aldea, el año anterior; pensé que Don Orione no había podido venir. El se encargó de mis valijas y bultos y tomamos el tren. Como debíamos viajar toda la noche, en determinado momento me preguntó si tenía algo para leer y si deseaba algún diario, y en tal caso, cuál: "L'Avanti", le respondí. Resultaba difícil imaginar una respuesta más impertinente por parte de un colegial. Sin turbarse, el sacerdote bajó del tren y poco después reapareció con el diario. "pero, ¿por qué no vino Don Orione?", le pregunté. "Yo soy Don Orione - me dijo -. Discúlpame por no haberme presentado". Me sentí mal ante aquella inesperada revelación. Escondí rápidamente el diario y barboté algunas excusas por mi presunción y por haberle permitido cargar mis valijas. Sonrió y me confió que se sentía feliz cuando podía cargar valijas, de vez en cuando. Formuló luego una imagen que me gustó mucho y me conmovió: "cargar las valijas como un pequeño asno", y me confesó: "mi vocación - es un secreto que quisiera revelarte - consiste en poder vivir como un auténtico asno de Dios, un auténtico asno de la Divina Providencia".

"Así se inició entre nosotros un diálogo que, salvo algunas breves pausas, duró toda la noche. A pesar de que hasta ese momento nunca nos habíamos encontrado, Don Orione hablaba con una simplicidad, con una naturalidad, con una confianza como no conocí hasta ahora. Por la noche, cuando sólo quedó encendida una lamparita, los rasgos de Don Orione presentaron un parecido con los que yo observara un año antes en mi aldea. Se lo dije y le recordé las circunstancias de los automóviles reales. Me contó entonces sus fatigosas peripecias de aquellos días; que había tardado veintisiete días en recorrer los territorios devastados, durante los cuales no se había acostado ni había conocido una noche entera de reposo: sólo algunas horas sobre lechos improvisados, sin sacarse los zapatos para evitar el congelamiento. Apenas lograba reunir un cierto número de huérfanos o de muchachos abandonados, los trasladaba a Roma y regresaba de inmediato al lugar del desastre para seguir salvando a otros. También me refirió varios episodios conmovedores de su adolescencia. Entre otras cosas, recordó su primer viaje a Roa para ver al Papa, llevando solamente un pan casero y cinco libras.

evacuar Venecia, pero el soberano muestra a los supremos Comandos Aliados la posibilidad, la conveniencia, la necesidad de establecer la defensa sobre el Piave. Es el gran momento del Rey Soldado, una de las horas más valiosas de su largo reinado.

Italia reacciona, el ejército se tensa en un esfuerzo que es, sin duda, heroico. Todo consecuencia, en gran parte, de la presencia del enemigo sobre el suelo patrio.

El 14 de noviembre el Parlamento se reúne en una única sesión solemne, compacta, digna de la responsabilidad que incumbe a todos como consecuencia de la gravedad del momento. Hablan Orlando, Boselli, Salandra, Luzzatti. Giolitti toma también la palabra y, lejos de recriminar, proclama la necesidad de conservar la calma, la fuerza, la dignidad, el sentido del deber. Prampolini, en nombre de los socialistas, declara que es necesario posponer la búsqueda de las responsabilidades: ahora no se puede dejar de estar unidos. El orden del día de Boselli es aclamado y las palabras del viejo garibaldino Marcora, presidente de la Cámara, suscitan entusiasmo. El Senado ya se ha comportado de manera análoga en una sesión precedente.

Mientras tanto, Italia es invadida por prófugos que han escapado al invasor. En la guerra 1915-1918 sucede lo contrario de lo que sucederá en la de 1940-45, durante la cual las poblaciones enfrentarán con firmeza la guerra, aceptando que se le vaya imponiendo con toda su carga destructora; en 1917, por el contrario, los pueblos intentan escapar a la guerra y al enemigo.

Por lo tanto son numerosísimos los improvisados, doloridos inmigrantes de la Venecia Julia. Han dejado todo y lo necesitan todo.

Italia los recibe como puede, dentro de los límites y las angustias entre las que se debate. En realidad, la pinza se cierra cada vez más pero, esta vez, a fuerza de caridad y de civismo.

Es que no sólo las zonas ocupadas son abandonadas por sus habitantes, sino también otras simplemente amenazadas. La línea de defensa sobre el Piave es, ahora, una línea ideal, patriótica y sabiamente estratégica, pero incierta desde el punto de vista de los resultados prácticos; por eso, el que puede, huye también de los territorios en peligro.

También Venecia es evacuada en parte y constituye la herida más profunda para el corazón de los italianos. Sobre todo son desmovilizados hospitales, entidades de asistencia, casas de caridad... El patriarca La Fontaine está al frente de la organización y trata de resguardar a tantos pobres y enfermos.

El 7 de noviembre de 1917, Don Orione escribe al patriarca que la Casa de la Divina Providencia está lista para recibir a sus pobres prófugos, en particular a los sacerdotes, clérigos, huérfanos abandonados... "Nosotros los socorreremos".

Media hora después de enviada la carta, llega un telegrama del Almirante Cito, quien, en nombre del Cardenal, ruega a la Casa de la Divina Providencia recibir cincuenta religiosos. Don Orione no sabe si se trata de hombres o de mujeres; transmite la noticia a las Hermanas y comenta: "¡En un telegrama se cambia fácilmente una o por una a! Si se trata de sacerdotes o frailes, vendrán con nosotros, y no deberéis hacer nada; pero si son religiosas irán a vuestra residencia y dormiréis en el huerto Marchese, ¡aquí cerca! Me alegraría mucho poder ayudar a las pobres religiosas... Les cederéis vuestros lechos y utilizaréis catres, incluso aquí, si es necesario, ¡en la capilla!...".

líneas italianas, en Cuenca de Plezo, y todo el Monte Negro, especialmente en los valles del Tolmino.

Después de una lucha tenaz y extenuante, algunos cuerpos de la resistencia italiana se encontraron rodeados. Mientras la confusión se adueñaba de los italianos, los austríacos y alemanes se asomaban en dirección a Cividale del Friuli. El frente había sido roto en un largo y peligroso tramo.

Desde la tarde del 24 hasta la noche entre el 25 y el 26 de agosto, se intentó restablecer un nuevo frente, primero sobre la derecha del Isonzo, luego entre Torre y el Tagliamento. El 27, Cadorna ordenó la retirada general hacia el Tagliamento. Durante las primeras horas de la tarde, los austríacos y alemanes ocuparon Cividale, mientras el Comando General Italiano abandonaba Udine, cruzando el Tagliamento, detrás del Piave; Cadorna se dirigió a Treviso, los demás a Padua. Sobre la línea del frente, el II Ejército, muy golpeado, y el III Ejército, se replegaron entre desesperadas y a veces heroicas tentativas de proteger la retirada que, acá y allá, se transformaba en derrota. El general Capello, muy enfermo, cedió el comando del II Ejército al general Montuori.

La tarde del 29 de abril, los austríacos llegaron al Tagliamento, a diez kilómetros de Codroipo; a las trece, los italianos se vieron obligados a volar el puente de Codroipo cuando todavía, sobre la orilla izquierda, se encontraban sus cuerpos de ejército y numerosa artillería.

El 29, Cadorna confía aún en que es posible resistir a orillas del Tagliamento, pero ya el 30 ordena al IV Ejército alcanzar la zona derecha del Piave. En los días siguientes, continúa confiando en una línea de defensa sobre el Tagliamento, aunque sea provisoria, cosa de ganar tiempo para organizar la defensa sobre el Piave. Sin embargo, el 2 de noviembre los austríacos atraviesan el río sobre el puente de Cornino y rodean a las tropas italianas en mitad del Tagliamento. La infiltración austríaca avanza con las horas; el 7 de noviembre también Livenza es abandonada por los italianos, mientras la demora en el repliegue general del IV Ejército provoca graves pérdidas. El desastre se evidencia en toda su gravedad y durante algunas horas los invasores hubieran podido tener vía libre hacia Italia de haberlo intentado.

El 9 de noviembre, el II y el III Ejército atravesaron ya el Piave; el IV se encuentra alineado sobre el monte Grappa y el Montello.

Mientras tanto se producen graves conmociones en el Comando General Italiano. La intervención de Foch y de Lloyd George provocan, el 9 de noviembre, la exoneración del general Cadorna, al que sucede el general Díaz, ayudado por los generales Badoglio y Giardino.

En cuanto a la situación interna, el 25 de octubre cae el ministerio Boselli y durante cinco días Italia permanece sin gobierno; el 30 asume el poder Víctor Manuel Orlando, con Sonnino como Ministro de Relaciones Exteriores.

Se trata de un nuevo ordenamiento de las fuerzas políticas, en consonancia con el nuevo frente militar.

Italia despierta, se conmueve. El 8 de noviembre se realiza el acuerdo de Peschiera, en una mañana fría y neblinosa, con la participación del rey Víctor Manuel III, del general Foch, de Lloyd George, de las más altas autoridades italianas. El Rey expone, con palabra lúcida y serena, la situación. Algunas voces han manifestado la propuesta de

"Sentía un placer indecible en escucharlo hablar de ese modo; encontraba una paz y una serenidad nuevas. Entonces decidí que al día siguiente anotaría todas las palabras intercambiadas. El tren corría a lo largo de la costa del Mar Tirreno. En la oscuridad de la noche, escuchaba el fragor del mar, nuevo para mí, y nuevos nombres de estaciones. Me parecía ir hacia el descubrimiento del mundo.

"Me preguntó, en un momento dado, si no estaba cansado, si no quería dormir.

" - Desearía que este viaje no terminara jamás - alcancé a balbucear.

"Lo que más recuerdo es la serena ternura de su mirada. la luz de sus ojos tenía la bondad y la clarividencia que a veces se encuentra en ciertas viejas campesinas, en ciertas abuelas que sufrieron toda suerte de tribulaciones y, por lo tanto, saben y adivinan las penas más secretas. En ciertos momentos tenía la impresión de que veía en mí más que yo mismo. Sin embargo, no se trataba de una impresión desagradable.

"Interrumpió la conversación un par de veces, como para abrir un paréntesis.

" -Recuerda esto - me dijo - Dios no sólo está en la Iglesia. En el futuro no te faltarán momentos de desesperación. Aunque te creas solo y abandonado, no lo estarás. No lo olvides.

"Me lo dijo con la misma voz y la misma simplicidad de las otras cosas, pero advertí que sus ojos estaban brillantes de lágrimas. En La Spezia encontramos la estación atestada de miembros de la Cruz Roja, de marineros, de soldados de todas las armas. Estábamos en el segundo año de la primera guerra mundial, tenía efecto una sangrienta ofensiva en el frente ítalo- austríaco. Advertimos que en la estación se esperaba la llegada de un tren de heridos graves.

"En Génova debíamos cambiar de tren y esperar dos horas para hacer el trasbordo a Ventimiglia. Llovía mucho, pero Don Orione insistió en mostrarme al menos una parte de la ciudad que le era familiar y que yo no conocía.

" - No encontrarás fácilmente un guía como yo - me dijo.

" - Pero usted está cansado - le objeté. - Por mi culpa, no ha dormido durante toda la noche y ya conoce la ciudad. No debe ser agradable para usted caminar bajo esta lluvia y sin paraguas.

"Me fue preciso seguirlo... Me mostró el monumento a Colón, algunos palacios antiguos, la fachada de una iglesia, los aparejos lejanos del puerto. Caminábamos con prisa, pegados a los muros, bajo las canaletas, para protegernos mejor de la copiosa lluvia; él delante; yo, detrás; me avisaba cuando alguna canaleta estaba rota y convenía separarse del muro para evitar una ducha.

"Nos detuvimos bajo un pórtico para retomar aliento. En ese momento Don Orione recordó que aún tenía en los bolsillos cierto número de tarjetas postales para enviar. Me dijo que habría preferido mandarlas desde Roma, pero había olvidado hacerlo. Quedé un poco sorprendido al ver el gran número de tarjetas ilustradas escritas y con franqueo que Don Orione comenzó a extraer de sus bolsillos. Aun cuando pensaba que ya no había más, continuaba sacando tarjetas, de bolsillos cuya existencia ni siquiera hubiera imaginado. Aquello terminó por convertirse en una verdadera escena cómica.

" - Son un poco más de trescientas - me explicó - y llevan mis saludos de Navidad a los socios de un círculo juvenil que fundé en Tortona. Son todos hijos de obreros y para

algunos quizás será la única tarjeta que reciban en Navidad.

"Pensando en el horario del tren, le respondí: - Sería conveniente apresurarnos para llegar al Correo central y enviarlas todas juntas en la ventanilla correspondiente.

"Por un motivo singular, Don Orione no aprobó mi propuesta.

" - No me parece oportuno enviarlas todas juntas - me explicó. - Si hacemos eso, las tarjetas serán selladas por el mismo empleado y al llegar serán distribuidas por el mismo cartero; se corre así el peligro de que frente a la uniformidad o al número de las tarjetas, pierda la paciencia y arroje una parte como papel viejo. Por lo tanto conviene subdividirlas en buzones diferentes para desordenarlas desde el comienzo.

"Esa minuciosa astucia de hombre con experiencia de la vida me resultó divertida. Al regresar a la estación distribuimos las tarjetas, marchando por veredas opuestas, como si estuviéramos corriendo una carrera. Yo me valía, ampliamente de la ventaja de la edad, pudiendo correr, saltar, pedir información a cada momento y realizar rápidas incursiones por las calles adyacentes sin quejarme. Sin embargo, Don Orione terminó su parte antes que yo.

"Cuando, ya en el tren, me preguntó si había enviado absolutamente todas las tarjetas, me vi obligado a confesarle que había conservado, extralimitándome, una para mí.

" - De ese modo - me excusé - también yo recibiré sus saludos para Navidad.

" - Pero la tarjeta tiene otro destinatario - observó -. Los saludos no son para ti, aunque los hayas secuestrado. Te has comportado como un mal cartero.

"En la primera parada, la de Oneglia, descendió para enviar también aquella última tarjeta. El largo viaje estaba por concluir. Cuando, al aproximarnos a San Remo, Don Orione me explicó que me presentaría al director del colegio y que volvería a partir esa misma noche, sentí un profundo dolor que traté de ocultar. Así es la vida, pensaba. No bien uno siente afecto por alguien, lo pierde.

"... Por la noche, cuando Don Orione debe volver a partir, le escuché pedir a alguien que me buscara para despedirse, pero me escondí. No quería que me viera llorar. En la oscuridad, reflexionaba sobre lo que me había sucedido; sabía que con el correr de los años lo entendería mejor.

"Pocos días después, la mañana de Navidad, recibí la primera carta de Don Orione, una larga, afectuosa y extraordinaria carta de doce páginas.

" - Esperaba recibir una respuesta suya a cuestiones administrativas urgentes, y no la recibo - dijo el director, al entregarme la carta. - En cambio, mira un poco, a ti te escribe una larga carta.

" - Sí, es un hombre verdaderamente extraño - tuve que convenir" <146>.

Junto a Messina, Avezzano había sido para Don Orione un lugar de encuentro con figuras que permanecerían en contacto con él a lo largo de años y decenios. Encontrarse así, en el terreno de la caridad, significaba encontrarse de verdad, convertirse en aliados para siempre; entre otras, vemos junto a los huérfanos una gentil figura, la de María Fogazzaro.

XXXII - Angustia de un pueblo. La cólera de los "sin Dios".

Interviene la Virgen

En el verano de 1917, la situación militar se volvió amenazadora: Cadorna fue obligado a renunciar al proyecto de una fuerte ofensiva italiana, en vista de una próxima ofensiva total por parte de Austria. De ello se advirtió, el 18 de setiembre, a los comandantes del segundo y el tercer ejército, anunciando intensos preparativos de defensa, los cuales, sin embargo, sufrieron obstáculos y dificultades a causa del mal funcionamiento del Comando General italiano. De esta manera desaparecía también el proyecto propiciado por el general Capello de iniciar una acción desde Bainsizza contra Tolmino, y se modificaba la orientación seguida por los otros generales.

Pero si entre julio y setiembre de 1917 varios aspectos estratégicos se modificaban en el frente, y no precisamente a favor de Italia, en el interior del país las condiciones anímicas empeoraban sensiblemente.

Los víveres eran costosos y escasos; mucha gente se comportaba mal y algunos muy mal: el enriquecimiento criminal se mezclaba con el desenfado; familias enlutadas convivían junto a otras de "desertores" que hacían fortuna bajo los ojos de las viudas y los huérfanos... Sobre estas sombras se intensificaba una propaganda intensa, sediciosa.

Una cuestión que pesaba sobre los ánimos de modo especial era el interrogante sobre la duración de la guerra.

Sobre todas las cosas y sobre todos los hombres se los extendía el sabotaje de un derrotismo de diferentes significados: los ex-neutralistas suponían que triunfarían sobre los intervencionistas demostrando su razón y el error de aquéllos; los pesimistas por naturaleza se transformaban en Casandras implacables; los agitadores políticos aprovechaban para sembrar espanto; los subversivos preparaban la explosión...

El ministerio Boselli actuaba como podía, mientras en muchos ambientes se difundía el grito más o menos alto: "Paz a cualquier costo, renunciando a reivindicaciones y compensaciones" y el slogan: "No más trincheras para el próximo invierno".

Desde el 22 al 25 de agosto se produjeron en Turín graves tumultos, huelga general, violencia, saqueos, barricadas: existía el intento de provocar motines similares en toda Italia. La insurrección se adueñó de los barrios de "San Pablo" y de la "Barrera milanesa": fracasó cuando quiso ocupar el municipio y el centro de la ciudad. Cien mujeres procesadas fueron condenadas a muchos años de cárcel; dos mil obreros calificados, enviados al frente.

Orlando, ministro del interior, se resistía a utilizar la fuerza y consideraba necesario aplacar los ánimos. Por su parte, el generalísimo Cadorna denunciaba repetidamente el peligro del derrotismo y el letargo de muchos militares.

Sobre esta situación psicológica y económica, de por sí grave, se abatió la catástrofe de Caporetto.

El 24 de octubre los austríacos atacaron, después de una preparación de cuatro horas y media de granadas de gas y una hora de violentísimo tiroteo sobre las primeras

"La fiera no se amansa ni con el hierro ni con el fuego: cuando el pueblo ya no tiene fe, se convierte en fiera" <149>.

<148> El surgimiento de la Institución de las Hnas. de Don Orione es la cosa más simple que se pueda narrar. Una vez asegurada, en 1913, la propiedad de la casa de los Stassano, en San Bernardino - primera sede del primer Colegio para niños pobres en 1893 - encargó, desde Roma, a Don Sterpi, que reuniera allí a la condesita Josefina Valdettaro, aspirante a la vida consagrada, con los hermanos Volpini, Michele, paralítico, y Catalina. En la mañana del 29 de junio de 1915, fiesta del Apóstol Pedro, Don Sterpi celebró la misa, pronunció palabras de aliento, y bendijo con un ramito verde y agua bendita las habitaciones. Al día siguiente los cuatro partieron para Ameno (Novara) donde tomaron posesión de la casa donada por la benefactora Condesa Agazzini, muerta asistida por Don Orione, el 19 de mayo anterior.

"Tened confianza en Dios - les escribía desde Roma Don Orione - ¡confianza en la suavísima Providencia de Dios! Nuestras carencias y debilidades no deben atemorizarnos, sino que debemos considerarlas como el trofeo de la gloria de Jesucristo Nuestro Señor. Además, se debe tener un coraje y una confianza muy grandes porque la Virgen bendita nos asiste, porque ella es nuestra poderosa y dulce Madre... Pronto iré a verlos...".

"El proyecto de la fundación de una familia de mujeres consagradas a la caridad, había estado en la mente de Don Orione desde los primeros años de la Pequeña Obra. Pero sólo se decidió a ponerlo en práctica después de los terremotos de Messina y Avezzano, que llenaron de huérfanos sus Casas" ("Don Orione y las Pequeñas Hermanas Misioneras de Caridad", pág. 23). <149> "Don Orione y las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad", págs. 44 y s; fasc. Orlandi, 8, I: "Don Orione y la Virgen", págs. 1319 y s.

El 3 de marzo de 1915, había solicitado por telegrama una cita con Don Orione, para hablarle de su proyecto para los huérfanos; en el revés del telegrama, Don Orione redactó el esbozo de su respuesta: "Estoy en manos del Señor y de mis huerfanitos. Después del ocho estaré aquí pero hasta cuándo, no lo sé...".

Don Orione y la hija de Fogazzaro se encontraron y hablaron de los niños y también de las cosas del alma. María había perdido al padre en 1911; en tal circunstancia, Don Orione había tenido un primer contacto con la familia Fogazzaro, pues la hermana del escritor lo llamó junto al lecho del moribundo. "Iré, pero luego de pasar por Roma", respondió, y Fogazzaro murió en paz antes del encuentro. "Pobre Fogazzaro, era un buen cristiano", dijo Pío X al cardenal Agliardi, comentando la desaparición del escritor.

Desde Vicenza, el domingo de Ramos de 1915, María escribió a Don orione una carta en que hablaba de la obra que se proponía organizar para los huérfanos, revelando, además, el profundo acercamiento que se había producido entre ellos:

"¡Cuántas veces mi pobre alma se dirigió a la suya para alcanzar fe y coraje! No puedo expresarle mi gratitud - bendigo al Señor por haberme dado un consuelo espiritual tan profundo al encontrar su alma y su caridad - y, cuando me siento débil para caminar de acuerdo con la voluntad del Señor, busco ayuda en la luz que usted me envía. Dios lo bendiga y bendiga a todos los que están cerca y los que están lejos, quienes deberemos convertirnos en uno con El.

"Aún no recibí respuesta de los diversos comités y algunas dificultades burocráticas se vislumbran en el horizonte. Cuando me siento desalentada recuerdo su fe firme y retomo coraje: dejo todo en las manos del Señor. El ve y sabe que la obra debe iniciarse, si no es esa su voluntad y las ayudas financieras no llegan, esperaremos la hora en que El lo desee.

"Le ruego rece por mí; pida al Señor me haga buena. ¡tengo tanta necesidad de la ayuda divina, tanta sed de aproximarme siempre más a Dios!

"Bendígame, Don Orione, y bendiga a cuantos amo. Mis saludos a todos sus muchachos, a quienes no conozco pero que son almas queridas para mí".

La correspondencia entre Don Orione y María Fogazzaro no cesó cuando el sacerdote dejó Avezzano, sino que continuó durante años, en especial como apertura del alma de María: sus cartas la muestran como un espíritu vivo, brillante, temeroso y auténticamente enamorado de Dios:

"Venerado Padre:

"Dios le recompense su bondad. Las palabras de aliento que usted y las almas que en usted abrevan son inestimablemente preciosas en el camino. ¡Tengo tanta sed de Cristo, Padre mío, y la vida terrena me detiene demasiado por mis debilidades, mis vilezas, mi pobreza! Soy feliz de pensar que vendrá pronto al Véneto; me resulta imposible escribir todo lo que vive en mí; me hace tanto bien poder hablar, apoyándome en Dios a través suyo, de tantas cosas de mi alma, anhelante de Dios. Sí, Padre, el dolor me visitó, pero Dios no me quitó a mi madre que continúa bien, en su lecho, admirable en su santa serenidad. Mi alma hermana, el alma del alma mía, la amiga que conoció en Roma conmigo, se ha dormido, en la paz de Dios, el 17 de noviembre de 1918. Luto no familiar sino del alma; pero ¡oh! no, no luto - dolor, ni tampoco dolor. Mi dilecta amiga

partió irradiando tanta felicidad que asombró incluso al sacerdote que estuvo con ella en sus últimas horas terrenales. Feliz, feliz, feliz de ella. Y yo..., yo feliz con ella. ¡Oh, qué bueno es el Señor! ¡Qué dulce es descansar en él! ¡Cómo se toca el cielo cuando nos sentimos envueltos en Su mirada que quema, en aquel instante, nuestra pobre humanidad! Pero son instantes y después, después. Oh padre, ayúdeme con su oración y regáleme una visita. Oh, sí, nos ayudaremos. Piense que ahora tenemos una hermosa casa en el campo que hospeda a 75 niños y no disponemos de capitales pero confiamos tanto en la Providencia...".

Don Orione, por su parte, la acompañaba, estaba cerca suyo paternalmente:

"Buena hija - le dice en una rápida carta de junio de 1921 - confortáos en el Señor porque estáis en el corazón de Dios y cuando más os parece estar en medio de la tormenta o en el fondo del abismo, con mayor seguridad estaréis en las manos de Dios. ¡Adelante, buena hija! ¡Ave María y adelante!".

Y ella, un mes después, al regresar de una audiencia pontificia:

"Padre, el 18 me voy de Roma profundamente en paz. Me ha recibido el Santo Padre la tarde del 13. espero su visita a Vicenza. Si es posible avíseme antes. ¡Ruegue, ruegue siempre por mi alma y bendígame!" <147>.

Poco después de la muerte de su padre, había pedido ser recibida por el Papa: "Quisiera ponerme a los pies del santo Padre, no como la hija de Fogazzaro, sino como una humilde y devota hija de la Santa Iglesia...". Algo del sello de Don Orione se había grabado en María Fogazzaro.

<146> Ignacio Silone, "Uscita di sicurezza", Vallecchi; fasc. Silone, págs. 626 y s.
<147> Fasc. Fogazzaro y Cadorna, passim; "Don Orione y la Virgen", págs. 166, 470, 497, 985.

El peligro había pasado y Don Orione regresó a casa con los suyos.

En Tortona, la vida retomó su ritmo habitual.

El 17 de junio de 1917, la diócesis fue vuelta a consagrar al Sagrado Corazón, después de los hechos de mayo, y aquel mismo día Don Orione inició en la antigua capillita de San Bernardino un servicio religioso regular: el 29 de junio consagró al Sagrado Corazón el instituto de las Hermanas...; el 26 de julio, fiesta de Santa Ana, instaló, en el salón que quedaba sobre la capilla, el asilo infantil. En poco más de dos meses, el 4 de octubre, dará el hábito religioso a las tres primeras monjas.

Mientras tanto, a pocos días de distancia de la conmoción del 2 de mayo, escribió y publicó una meditación:

"Lo ocurrido aquí y en otras partes no es sino la lógica consecuencia de una larga e intensa propaganda de odio contra toda autoridad; no es otra cosa que el fruto de la descristianización que va arrancado de nuestras masas populares todo aquello que era patrimonio ideal y moral del pasado, fomentando en ella inquietas aspiraciones, baja codicia y odios profundos.

"Si todas las personas honestas no se unen para enfrentar el peligro inminente, mañana podría suceder lo peor; pero no es posible enfrentar este peligro si no se piensa seriamente en mantener bien firme la religión, primer principio de orden y autoridad.

"Es necesario ir al pueblo, sacrificarse, hacerse matar, pero volverlo cristiano.

"Que las autoridades no se hagan ilusiones; no llegarán a nada con las bayonetas y con las cárceles; por el contrario, será peor.

"Somos de Tortona y conocemos sus hombres y sus tradiciones: el fuego arde bajo las cenizas y mañana puede arder con más fuerza que ayer.

"El primer deber lo tenemos nosotros, los sacerdotes: ser verdaderos cristianos, si queremos que los demás lo sean.

"El movimiento revolucionario de los días pasados debe servir para hacer un buen examen de conciencia.

"¿Qué hicimos por el pueblo?

"¿Somos siempre la sal de la tierra y la luz del mundo?

"¿Honramos a la Iglesia con obras de virtud, sacrificio y caridad, y somos los siervos de Jesucristo en sus pobres, en los abandonados, en sus miembros más enfermos y desvalidos?

"¿O acaso no corremos, por el contrario, detrás de la sonrisa de los ricos encubriendo apenas el desprecio por los pobres del Señor, que fueron siempre el más dulce amor y el tesoro de la Iglesia de Jesucristo?

"El día menos pensado puede venir una marejada, que junto con las almas, arrasará también nuestros santos altares. ¿Y nosotros dormimos?

"Comprendamos, hermanos, la grave responsabilidad que pende sobre nuestras cabezas. Con ametralladoras en las bocacalles se detiene a un pueblo por algunas horas, pero no se reconstruye la sociedad.

como se sabe, tenían una gran importancia: era sumamente fácil que pasaran de los pies a las manos y se convirtieran en arma privada o política.

Este florecer de opiniones en torno del "socialista Orione", tuvo una confirmación explosiva cuando un día, en la plaza de Tortona, José Romita arengó a la multitud y pronunció las palabras que citaremos. Romita estaba en los primeros tramos de su carrera política: desde 1914 era consejero comunal de Turín y, por otra parte, como había nacido en Tortona, gozaba de la confianza de sus conciudadanos.

Y bien, un día Romita gritó en la gran plaza de Tortona: "No queremos sacerdote, si los quisiéramos nos basaría Don Orione, él no es un sacerdote como los otros, sino el sacerdote de los pobres".

Nada hubiera podido tranquilizar más a las personas influyentes de San Bernardino, incluso las más escépticas.

Mientras tanto, la rebelión crecía.

Llegó el primero de mayo de 1917 y Tortona, al despertar, asumió un aspecto de batalla: los negocios estaban cerrados y se preparaba una manifestación. Don Orione fue a celebrar misa en la capilla de las Hermanas y luego regresó al "Paterno".

A eso de las diez, una turba de hombres aullantes y de mujeres enfurecidas avanzó desde el barrio de San Bernardino, con una bandera roja a la cabeza, agitando armas y palos.

Marcharon. Las mujeres se contaban por centenares. Parecían querer conquistar Tortona y gritaban: "Muerte al Rey, abajo el gobierno, viva la revolución, muerte a los patrones, muerte a los sacerdotes". De calle en calle, destrozaron vidrios, golpearon a las personas de quienes querían vengarse, invadieron negocios, saquearon vidrieras, rompieron muebles...

Al día siguiente, 2 de mayo, se reunieron en la plaza de la Catedral y parecieron enloquecer: "El Obispo - gritaban - quiere la guerra, la impulsa, la hace durar...".

Irrumpieron en el palacio episcopal, entraron en las cocinas populares que servían para calmar el hambre de tantos pobres, las destruyeron, devastaron el oratorio de los muchachos de Don Orione, ubicado en el jardín del Obispo, formaron luego una columna y se dirigieron hacia abajo por la escalera, hacia las habitaciones de Monseñor Grassi: querían capturarlo y arrastrarlo por las calles para ocasionarle una suprema humillación...

Don Orione llamó a sus muchachos, eligió doce de los más grandes y les preguntó:

- ¿Os animáis a ir conmigo a socorrer al Obispo?

- Sí.

Atravesó con ellos las calles peligrosas y llegó al palacio: la multitud lo reconoció, vio a los muchachos, se hizo un claro. Monseñor Grassi los vio llegar y los siguió con el pensamiento mientras subían las escaleras en medio de los invasores. La multitud se aplacó, transcurrieron algunos momentos.

Mientras tanto, llegaron los soldados y rodearon el palacio episcopal; hombres y mujeres debieron retirarse hacia el exterior y el portón central fue cerrado.

XXXI - Los "rojos" de San Bernardino

La neutralidad se volvía difícil para italia, rodeada de naciones en guerra. En el seno de la nación las corrientes discrepaban: desde los partidarios de Giolitti, hasta las posturas intermedias y las intervencionistas ardientes, representadas por liberales, como por ejemplo Albertini y la Derecha Histórica; estaban, pues, los garibaldinos, los republicanos, los radicales y muchos otros hombres de diversas tendencias: Bissolati, Salvemini, Cesare Battisti; los poetas - como D'Annunzio -, y hasta varias ramas socialistas cuyos exponentes, desde Mussolini (primero absolutamente neutralista) hasta Felipe Corridoni (también antimilitarista al comienzo) se pronunciaban ahora abiertamente por una guerra de reivindicaciones territoriales contra Austria. D'Annunzio se posesionó de la llama propagandística, mientras ciertos sectores del periodismo se enfervorizaban cada día más con los temas de Trento y Trieste italianas y reivindicaciones similares. Se llegó a un punto en que parecía necio dudar frente a la guerra; se consideraba como un honor y como el interés de la nación combatir contra los Imperios Centrales, y como cuestión de honor personal para muchos italianos.

Mientras se producían estas transformaciones en la psicología de la gente, las tratativas diplomáticas continuaban y Alemania se esforzaba por reconquistar el favor de las altas esferas romanas, enviando como embajador extraordinario a Roma al príncipe von Bülow, casado con una princesa italiana, Camporeale, la cual, por ser hija de Doña Laura Minguetti, viuda de Camporeale, tenía numerosísimas relaciones en Roma.

Pero tampoco tuvo éxito la misión de von Bülow. Cuando, en los primeros días de abril, el gobierno italiano se comprometió con la Alianza, Giolitti, ignorante de los acuerdos secretísimos pactados por Sonnino, viajó a Roma e hizo un esfuerzo extremo para evitar la entrada de Italia en la guerra. Habló con el Rey, con Salandra, con el ministro del tesoro Carcano; después realizó tratativas con von Bülow, quien le hizo ver las últimas propuestas de Austria, sumamente lisonjeras. Aquel día, trescientos diputados y cien senadores adherían a las tratativas de Giolitti y el ministro Salandra debió dimitir.

Sobrevino entonces un pandemonium en la prensa italiana, que se lanzó con violencia contra Giolitti, mientras los grupos intervencionistas realizaban clamorosas manifestaciones. D'Annunzio habló en el Teatro Constanzi, Mussolini utilizó su lenguaje vehemente; en la práctica, el Rey no encontró a quién encargar la formación del nuevo ministerio, porque el mismo Giolitti, frente a la gravedad de la reacción suscitada por sus esfuerzos pacifistas, se negó a aceptar el pedido.

Entonces el Rey rechazó la dimisión de Salandra, quien solicitó, el 20 de mayo, "los poderes extraordinarios en caso de guerra", otorgados por la Cámara, por 407 votos contra 74.

De este modo se decidía la entrada en el conflicto y también para Italia terminaba el privilegio de la paz. Sucedió el 24 de mayo.

Al regresar de Avezzano, Don Orione se encontró rápidamente en el centro de su Congregación dispersada por la guerra. Era un poco como mantener unidos los harapos de una vestidura despedazada por el huracán: varios sacerdotes habían sido alistados en el ejército, lo mismo que muchos clérigos. Como sabemos, la naciente institución orionina se apoyaba precisamente en la actividad de los clérigos para la dirección de las Casas.

La cantidad de niños hospedados con los huérfanos de la Mársica había crecido en proporción inversa a la reducción del personal directivo. Muy pronto empezaron a llegar los huérfanos de guerra.

Don Orione, obligado a mantener su mirada sobre el complejo ya muy extendido de sus Casas, desde Piamonte a Sicilia, encontró una ayuda preciosa en sus colaboradores más expertos: Don Sterpi, Don Risi, Don Adaglio, Don Pensa, Don Zanocchi, Don Mario Chiglione, Don Montagna, Don Contardi y otros.

Vivía con la constante preocupación de que cualquiera de ellos fuera llamado por el ejército, cuando así ocurría era necesario correr a remediarlo. La correspondencia con Don Sterpi durante aquello años, nos revela el eje central que sostenía todo el Instituto, las preocupaciones, las ansias por no poder terminar, los esfuerzos increíbles por salvar lo salvable y todo siempre "en el Señor", el simplísimo aforismo que resume la vida y la obra de Don Orione.

Una sorprendente clarividencia acompañaba esa actividad. Escribía a Don Sterpi: "sabed que preveo la guerra para dentro de tres años. Quién sabe cómo será, quién sabe cómo se desarrollará. Colocaos ante el Santísimo Sacramento y respondedme cómo veis la cosa...".

En aquel epistolario, a menudo telegráfico, siempre sintético y rápido a causa de la angustia del tiempo, este breve párrafo profético nos obliga a detenernos un momento. ¿Cómo era posible que este sacerdote desconocido, que viajaba de casa en casa, absorbido hasta lo imposible por las responsabilidades de varias decenas de institutos, pudiera penetrar el futuro como por una alucinante hendidura? ¿Cómo, cuando ningún hombre de Estado hubiera podido predecir nada semejante?

La previsión dolorosa, secreta, consumía seguramente a Don Orione. ¿Cómo remediar los vacíos en los puestos de dirección, de responsabilidad, en sus cuadros dirigentes? Mucho más con la participación en la danza de la muerte que se extendía por todo el mundo. Despilfarro de vidas más allá de todo límite, de toda resistencia...

En el frente italiano, las operaciones militares alternaban progresos, detenciones y retrocesos, propios de un largo conflicto de trinchera.

La mayor parte de los combates se desarrollaban en el sector del Isonzo. Luego de la primer batalla iniciada en el Isonzo el 23 de junio de 1915, se pasó a la segunda, del 18 de julio al 4 de agosto, y a la tercera, del 18 de octubre al 3 de noviembre, y a la cuarta, del 18 de noviembre al 2 de diciembre... Fue un martilleo sólo suspendido durante el invierno, pero reiniciado en marzo de 1916 entre el 11 y el 17. Mientras tanto, en mayo llegó como un alud la gran expedición de represalia austríaca, que duró aproximadamente un mes, sin obtener grandes triunfos. Y después se reiniciaron los intentos sobre el isonzo con una sexta batalla (6 de agosto de 1916), una séptima (14-17 de septiembre), una octava (10-13 de octubre), una novena (1-2 de noviembre), una décima (18-28 de mayo de 1917) y una ofensiva italiana sobre Ortigara (junio de 1917).

Era una guerra extenuante, no sólo para los soldados - obligados a disputar palmo a palmo las rocas del altiplano de la venecia Julia al adversario - sino también para toda la nación. Las familias despedazadas - y a menudo, para siempre, a causa de la muerte -, la penuria de los víveres, la angustia del futuro que superaba a todos los otros sentimientos, constituían un marasmo creciente. Y sin embargo, Italia estaba lejos de haber tocado fondo en su dolor en aquel año de 1917. Este culminaría por el contrario,

entre el 24 y el 29 de octubre, en las luctuosas jornadas de Caporetto y en las diversas consecuencias de la derrota.

Mientras tanto, la agitación se adueñaba de las multitudes y crecía la influencia de los partidos de izquierda. Tortona era, por entonces, uno de los puntos neurálgicos del Piamonte, especialmente el barrio popular de San Bernardino, donde ardía, escondida, la rebelión. La exasperada pobreza de muchos, el drama de la lejanía de los combatientes, las privaciones en la alimentación (hasta llegar al hambre), en el vestido, en la leña para calentarse, la propaganda que utilizaba estos temas trágicos como brasa, hicieron que la multitud se pusiera en movimiento.

El epicentro fue el barrio de San Bernardino, conocido entonces especialmente como el "suburbio rojo" de Tortona. Allí, en una casucha - la misma en la que Don Orione había recogido a los primeros muchachos estudiantes en 1893 - se habían instalado, a fines de junio de 1915, las primeras aspirantes a religiosas de la obra, que tomaron el nombre de "Pequeñas hermanas misioneras de la Caridad"; un nombre que es todo un programa, el programa magnánimo de su fundador <148>. Además, había una capilla pública a cuyas espaldas se extendía un gran huerto rodeado por un muro. Esta capilla era la nave izquierda del antiguo santuario construido en 1607 sobre el pabellón que desde el año 1000 ofrecía a la veneración de los fieles y peregrinos una imagen de la Virgen de las Gracias. A mediados del siglo pasado el convento y la iglesia fueron convertidos en vivienda civil y en la antigua nave, transformada en capilla, se honraba e invocaba a la Virgen de la Guardia, patrona de la tierra ligur-piamontesa.

Aquí, desde el comienzo de la guerra, Don orione - único sacerdote que se atrevió a pasar más allá del torrente Ossona - llegaba para celebrar misa para las mujeres devotas del barrio y para las aspirantes a Hermanas a quienes visitaba a menudo.

Al principio, algún habitante del barrio, enardecido por la propaganda socialista, lo insultaba al verlo vestido de sacerdote, e incluso llegaron a tirarle piedras.

Más adelante aprendieron a conocerlo y a reconocerlo: recordaron que había fundado allí, hacía veinte años, una especie de colegio para abandonados que era el San Bernardino. El reencuentro modificó las opiniones y redujo improperios y canalladas.

Luego supieron lo que aquel pobre sacerdote había hecho en Italia; se contaron mutuamente las casas que había fundado para los muchachos pobres. Alguno, mejor informado, refirió lo hecho en Messina y Avezzano.

Así, algunos lo supieron, pero otros no. Las noticias reforzaron las opiniones de los mejor informados; a su cabeza surgieron las lavanderas del lugar, poderoso pelotón acostumbrado a mover las manos y los brazos en el agua helada o caliente, según fuera necesario...

Las lavanderas eran devotas. Devotas y celosas de la Virgen de la Guardia y favorables, por lo tanto, a aquellas buenas Hermanas que custodiaban con tanto cuidado la querida imagen. Por su intermedio, Don Orione trabó amistad con diversas "personalidades" de aquel fabuloso mundo de harapos y blasfemias, visitó enfermos, socorrió miserias... Poco a poco, el círculo de conocidos se amplió; no era un sacerdote como los otros, era sacerdote, sí, pero socialista; tal la combinación a que arribaron los pobladores de San Bernardino.

Era sacerdote de zuecos; las lavanderas y la gente del pueblo usaban zuecos que,

humildad aquella obra santa y verdaderamente de Dios; y me decía: '¡Oh! es mucho mejor esto que todas las prédicas que hice. Ahora ver que verdaderamente Jesús me ama si me brinda el modo de purificar mi vida y santificar así este XXV aniversario de mi sacerdocio'. Y sentí que nunca había servido tan sublime y santamente a Dios en mi prójimo como entonces, mucho más grande que todas las obras hechas en los veinticinco años de ministerio sacerdotal. ¡Y Deo Gratias! ¡Y Deo gratias!...

"En Roma hierve el trabajo y se espera que para el 29 de junio pueda, finalmente, ser consagrada nuestra nueva y bellísima iglesia. No concluyeron las pinturas de la bóveda ni se colocaron las baldosas, y el escultor Auredi no terminó la estatua del Sagrado Corazón que el Papa ordenó y que debe presidir su altar mayor. El 3 de mayo, cuando me recibió en audiencia privada, el Santo Padre me dijo que deseaba que la fiesta de los XXV años se hiciera en Roma. No contesté; parece que harán algo en ocasión de la consagración de la iglesia, porque también el Obispo me dijo que quiere venir a Roma en esa ocasión. Espero que no hagan tonterías y que todo transcurra tranquilamente. No son momentos para fiestas; deseo que todo sea dedicado para dar pan a los huérfanos y aumentar las filas de los aspirantes y de los clérigos. Es lo que urge.

"Reza por ello. Sabrás que también se pudo adquirir el ángulo de terreno que lindaba con el nuestro en Roma, junto a la iglesia. De modo que ahora toda la manzana es nuestra, con las cuatro calles que nos rodean. Conseguimos que una de las calles, al lado de la iglesia, se llame Tortona. ¿sabes que el mismo día de mi aniversario moría en la Colonia de Roma, de improviso, el mejor muchacho que teníamos? Era el que se levantaba a la mañana para hacer la meditación con nuestros religiosos y que quería hacerse sacerdote; aquel tan recomendado por Monseñor Canali; lo recordarás, por cierto, pues todos me dicen que lo conocías bien.

"Y ahora terminaré. Ruego por ti, querido Don Casa, y jamás te olvido. Espero que ahora sepas portugués y puedas servirle de ayuda a Don Dondero. Deseo tener con frecuencia noticias suyas. Estoy contento de saber que trabajas; reza mucho, reza y haz rezar mucho por mí: ésta sí es verdadera caridad. Ayuda mucho, mucho, a Dondero, confórtalo y hazlo curar.

"En este momento recibo carta de Roma: el Comendador Sneider, el arquitecto, declara que la iglesia no podrá estar terminada para el 15 de agosto y agrega que espera terminarla pero que no lo asegura" <162>.

Unos meses después, el 17 de octubre de 1920, en la catedral de Tortona, durante la misa cantada por Don orione, con una iglesia repleta hasta lo inverosímil, el Obispo dijo desde el púlpito: "Aquel a quien queremos honrar, verdadero sacerdote de cristo, educador sabio, afectuoso, paternal, extraño a cualquier postura altisonante, a semejanza del Divino Maestro, pasó años en esta tierra haciendo el bien, buscando solamente a los desgraciados, a los sufrientes, los marginados, los huérfanos, con paciencia, ternura, constancia, para enjugar lágrimas, socorrer necesidades, salvar vidas, detener a tiempo las temibles desviaciones de una juventud inexperta, redimir almas, impedir ruinas...".

Desde Roma llegó un mensaje del Papa, sorprendente porque Benedicto XV demostraba conocer, detalladamente, la actividad de Don orione; la carta iba acompañada por un cáliz precioso <163>. Por su parte los de Tortona, llenos de entusiasmo, se pusieron en movimiento y para inmortalizar el recuerdo de tan fausto aniversario, pensaron en una obra urbana que permitiera expandirse más aún a la

parás, te tiro del campanario...".

La batalla implacable con los rebeldes mantenía vivo en Don Orione el dolor del apóstol frente a tantas almas enfrentadas a Dios; pero por la gracia particular que se le había concedido al Fundador, y por su misma naturaleza, su dolor se traducía en llama; ¿cómo realizar un llamado válido a esas conciencias endurecidas por la blasfemia? <150>. Conocía un secreto. Ese secreto era grande y estaba a la vista de todos, pero también era acertado y lo había experimentado a menudo, hasta el punto era acertado y lo había experimentado a menudo, hasta el punto de que, en ciertos momentos le parecía poder utilizarlo con plena seguridad...

¡La Virgen! Era necesario que en San Bernardino, en Tortona, en Italia, en el mundo, ella se convirtiera en eje. Era necesario crear por todas partes "centros marianos", el receptáculo primario de las almas, incluso de las más ignorantes, incluso de los pueblos convertidos en masas amorfas: todo conduce a Cristo a través de María.

Esta "certidumbre" se abrió paso con la fuerza del amor que Dios concedía a su siervo.

Se trataba, en primer lugar, de acercarse a los perseguidores.

En el invierno de 1917-18, Don Orione usaba zuecos. Sobre la típica vereda de canto rodado, los zapatos resonaban como el golpeteo de un martillo. Sobre sus espaldas, una manta. Caminaba como pocos hubieran sabido caminar...

Su aspecto concordaba perfectamente con el de los rebeldes... ¿Era el fundador de una nueva Congregación? Y no se trataba de un disfraz, porque Don Orione vivía verdaderamente en esas condiciones de... comodidad y lujo.

Mientras tanto, las serenatas variaban: "Hace ya tantos años - recordaba él mismo - cuando cantaba aquí la misa y afuera los socialistas cantaban el "requiem" y me rompían a pedradas las ventanas". Sacerdote atormentado, tenía la fuerza suficiente para interpretar aquellos extraños sacrilegios como actos desdichados de abatimiento, de desesperación por parte de gente que sufría porque la guerra continuaba, la sangre formaba ríos, las dificultades se volvían aplastantes.

En segundo lugar, era necesario encauzar todos esos motivos en el amor a María; en la gracia más grande y más urgente que se podía solicitar a través de la Virgen, que sólo podía confiarse a su maternidad, a su intercesión. Pedir, a través de María, la gracia de la terminación de la guerra, pero pedirla todos juntos, venciendo odios, todos juntos, en penitencia: ¡qué hermosa es la penitencia cuando se convierte en esperanza!

Don Orione propuso adquirir una estatua de la Virgen de la Guardia. Deseaba que llegase para el 29 de agosto, fiesta anual del barrio, y que a sus pies estuviera la imagen de Benedicto Pareto, el viejo pastor a quien se le apareciera hacía siglos, con las ovejas pastando a su alrededor.

Abrió una suscripción y recaudó fondos.

La estatua fue transportada sobre un carro por los clérigos de la Divina Providencia, los que atravesaron la vía Emilia - a su paso muchos sonreían al ver a aquellos jóvenes clérigos arrastrando el carrito - y llegaron al puente del Ossona, entrando al barrio de San Bernardino.

Los apedrearon mientras cruzaban el puente. Siguieron con su preciosa carga.

Más tarde, cuando contaron el episodio de las pedradas, Don Orione se entristeció, miró largamente al narrador de los hechos, luego sonrió y dijo: "Perdónalos... sí, es preciso perdonar siempre, no resentirse. Son piedras con las que construirás una iglesia...". Y se alejó, con los ojos llenos de lágrimas.

Así, la Virgen de la guardia fue colocada en la capillita de San Bernardino, con Benedicto Pareto arrodillado a sus pies y las ovejas a su alrededor. El 28, en vísperas de la festividad, acudió tanta gente que muchos no lograban entrar; algunos intentaron seis o siete veces atravesar el umbral. Mientras tanto todos rezaban, unidos, hermanados, concentrados en un solo motivo: "María, ¡haz que la guerra termine!".

Para las almas rudas, secas, cuya única realidad era: soportar, sufrir, sufrir", las invocaciones expresaban una gran realidad.

En cierto momento, en el marco de la puerta apareció el Obispo. La iglesia estaba repleta, pero afuera, en la plaza y en las callejuelas, había millares de personas. El Obispo era el hombre al que, un año antes, el pueblo intentara agredir. Estaba allí, ahora, para guiar a ese mismo pueblo en la plegaria por la paz.

Habló de María, Señora de la Guardia. ¿Qué significaba ese nombre? El valor de la protección celeste llenaba la gran laguna de tantas almas. Necesitaban ser protegidas y, por el contrario, se sentían abandonadas por todos. Y bien, María estaba allí, entre ellos.

"Fue un acontecimiento extraordinario - narró Don Orione -: San Bernardino nunca había visto reunida una multitud tan grande y toda Tortona se conmovió. Fue una jornada de mucho trabajo, decisiva para aquel suburbio". Por la tarde, cuando él habló, había todavía más gente, llenaba plazas y calles. Enumeró las privaciones humanas, los sufrimientos, los peligros, descendió al corazón de todos y cada uno y luego, en un único y vivo impulso ardiente, lo ofreció todo a Cristo a través de María. Entonces, entre aquel pueblo que parecía haberse olvidado de Dios, aparecieron lágrimas de liberación interior y se escucharon voces de esperanza.

Esta misma tarde Don Orione escribió dos páginas, las hizo imprimir, y difundió millares de copias hasta donde pudo llegar: invitaba a unirse a un voto que hacía y que debería convertirse en promesa colectiva, de erigir una iglesia a la Virgen de la Guardia allí, en San Bernardino <151>

Luego, el 1º de noviembre, Don Orione difundió el primer "folleto popular quincenal" - como lo denominó él mismo - titulado "La Virgen de la Guardia". Escribió: "... nuestro folleto promoverá la construcción en Tortona de un santuario dedicado a la Virgen de la Guardia y también de un asilo para ancianas. A una le unirá una obra de beneficencia, de caridad, de piedad hacia el prójimo. Quien no ama a su prójimo no ama a Dios. Santuario votivo y Asilo para ancianas serán los monumentos de nuestra fe en Dios...".

Tres días después, la guerra terminó.

Desde las casas de San Bernardino las mujeres irrumpieron agitando trapos blancos con franjas verdes y rojas: se unían a la columna que se dirigía hacia la plaza central y gritaban: "¡La guerra ha terminado, la Virgen nos concedió esa gracia!" <152>.

Durante meses Don Orione continuó lanzando sus apelaciones <153> en volantes o en pequeños folletos, y al año siguiente, 1919, el 29 de agosto se realizó una grandiosa

no los quiso aceptar. Le escribe a Don Sterpi: "Sé que habéis escrito aquí y allá; por caridad, no lo hagáis, no quiero este tipo de cosas". Y sin embargo, en Tortona continúan los preparativos.

Están tan decididos a homenajear al Fundador, y se abocan a ello con tanta dedicación, que Don Orione decide marcharse y escribe a su amigo, el profesor Fornari:

"Me voy de Tortona para iniciar un largo viaje, no me detengo aquí porque... por una razón que le explicaré personalmente... Tengo necesidad de estar tranquilo al menos por unos días, de morirme y de vivir en Jesucristo y en su Santa Iglesia, pero silenciosamente...".

Pero, justamente cuando va a partir, el buen clérigo Viano se agrava. A pesar de que sus condiciones permiten aún alentar esperanzas, Don Orione no se anima a dejarlo y renuncia al viaje.

De este modo, se aproximan las bodas de plata sacerdotales; en la casa se difunde una atmósfera de solemne recogimiento que, de acuerdo con las intenciones de la mayoría, deberá explotar, el día del aniversario, en una libre manifestación de afecto.

Y llega el día y todo se desarrolla en un clima verdaderamente orionino, de acuerdo al personalísimo estilo del Fundador. No necesitamos contarlo nosotros porque poseemos un documento precioso, una carta suya a un misionero de la Orden en Brasil, que nos describe todo:

Tortona, 1º de junio de 1920 "¡Almas y Almas! "Querido Don Casa:

"Recibí tu grata carta del 15 de abril y te agradezco en el Señor. Todo lo que sirve para unir y alentar en la caridad, siempre hace bien y produce placer; no debemos fijarnos en nosotros, "siervos inútiles", sino en la gloria de Dios y en el bien de nuestras almas y de las de los otros.

"Aquí no se han realizado fiestas; no las permití para mi XXV aniversario de sacerdocio. Debía pasar ese día en Bra, en silencio e in Domino, pero el día anterior comprendí que el querido clérigo Viano empeoraba y entonces me detuve en Tortona. Pasé la noche junto al lecho de Viano y por la mañana dije la misa a los pies de la Virgen de la Divina Providencia y los muchachos y todos tomaron la comunión general. Quise rezar una misa de difuntos: sentí que debía rezar por quienes me siguieron o fueron nuestros alumnos o benefactores y que ya partieron hacia la vida eterna.

"Te contaré ahora qué sucedió a la hora del almuerzo. Viano empeoraba, pero estaba consciente; hacía días que, a pesar de la lavativas, no podía evacuar el cuerpo; al mediodía tuvo como un relajamiento de esfínteres y no hubo tiempo porque él tampoco lo advirtió a tiempo o no se dio cuenta ¡pobrecito!

"Y entonces el clérigo Don Camilo Secco - ahora subdiácono -que cumple el papel de enfermero y es sumamente fuerte, levantó al querido enfermo sobre e lecho y cambiamos toda la ropa, tanto de la cama como del enfermo; así, mientras los otros almorzaban yo lo lavaba y limpiaba con agua tibia haciendo, con nuestro querido Viano, los humildes pero santos oficios que una madre cumple con sus hijos.

"En ese momento miré al clérigo Camilo y vi que lloraba. Nos habíamos encerrado en la enfermería para que nadie entrase y desde afuera golpeaba con insistencia para que fuéramos a comer; yo pensaba que era mejor cumplir con amor de Dios y con

se halla en Roma, resolviendo algunas cuestiones: "Aquí se vive una situación insostenible. Todos os esperan, pero cada día debo soportar los insultos de dos o tres mujeres que parecen haberse pasado una contraseña. Verdaderamente, en estos momentos no lo necesito... Ayer ha venido el lechero y después otro, al que se le deben más de 400 liras, el de las cacerolas, después la panadera, la carnicera, etc...".

Círculo de acreedores alrededor del "dispendioso" Don Orione o, lo que es peor, de acreedoras: en este caso, como se sabe, la situación puede asumir aspectos de alboroto... Y el Fundador, asediado, ¡haciendo el papel de charlatán y quizás de despilfarrador!

Sin embargo, todo esto obedece a razones independientes de la voluntad de Don Orione: en realidad, ocurre que el Patronato estatal, que tantos niños confío a las casas de la Obra, no paga, a su vez, lo que les debe. El "Paterno" es acreedor de enormes sumas de aquel ente y no logra cobrarlas, al punto de que, en la misma carta, el Fundador comenta: "Decir que el gobierno no tiene fondos no satisface a los acreedores, que esperan desde octubre... Si hay dinero para pagar a los empleados debe haber también para pagar a los huérfanos. Que el Patronato pague lo que debe. No regreséis sin el dinero...".

Se trata, en efecto, de lo imprevisto en la estructura de la obra: las casas, al no ser estatales, son auxiliadas en última instancia y en distinta medida; sin embargo, el Fundador asume riesgos y contrastes y palabras viles para mantener la sagrada libertad y la dinámica de su acción de educador.

Por supuesto, su salud se resiente. El corazón, por ejemplo, es el órgano que sufre el contragolpe en primer lugar y de manera más intensa. "Desde hace algunos días tengo un poco de dolor al corazón, pero estoy muy bien..."; y en otra esquela: "Desde hace tiempo sufro mucho del corazón y por las mañanas no estoy seguro de llegar a la noche, y así también estoy cuando me acuesto por las noches". Pero, a pesar de todo, le dice a Don Sterpi, que lo llama desde Roma para poder contar con esa ayuda prodigiosa que es la influencia personal del Fundador en las conversaciones romanas: "Si es realmente necesario, iré...". Y concluye: "Animaos en el Señor, se diría que nuestra pasión comienza hoy; puesto que hoy, con estos dolores, debemos comenzar a servir a Dios y a su Iglesia...

"Rogamos y nos sentimos con el Señor. Siento que ha de venir alguna otra desgracia, pero no lo será si el llamado está bien dispuesto. Tengo mucho valor, pero mi mayor confianza descansa en el Señor y en la Virgen...".

La anterior alude a los dolores más grandes del Fundador: en efecto, entre 1919 y 1920, murieron tres miembros de la congregación, con breves intervalos: el 24 de abril de 1920, Don Ernesto Gandini; el 18 de abril, el clérigo Basilio Viano; el 18 de mayo, Don Angel Bariani. Don Orione sufre tanto como un padre que pierde a sus hijos <161>.

Mientras tanto, precisamente en la primavera de 1920 y antes de que la muerte golpeara a sus compañeros, los orioninos deseaban festejar el vigésimo quinto aniversario de su fundación, que, por otra parte, coincidía con los veinticinco años de sacerdocio de Don Orione. La celebración debía haberse realizado en 1918, pero se la había postergado para comienzos de 1920, por los muchos eventos dolorosos producidos por la gran guerra.

Por supuesto, los festejos incluían a Don Orione de una manera particular, pero él

procesión, no sólo hasta el puente del Ossona, no sólo hasta San Miguel, sino hasta la plaza de la catedral. Era la apertura decisiva, el cambio profundo en la historia de la barriada de San Bernardino, tan triste hasta el año anterior. Don Orione narraría después: "Alguien dijo: ¡vayamos hasta San Miguel! Cobré coraje y di orden de llegar hasta San Miguel que, por otra parte, era la parroquia del santuario... Pero había tanta gente que, al llegar a San Miguel, se comprendía que éramos los dueños de Tortona y que al menos se necesitaba llegar hasta la catedral para poder desfilar bien. ¡Imposible retroceder con aquel torrente!

"En esa época estaba en la catedral un sacerdote amigo mío, Don Ceveriatti; al ver avanzar la procesión abrió los portales. Entonces miré hacia atrás y vi tantos hombres que me sentí conmovido... Comprendí que todos estaban contentos y que se podía hacer un gran bien.., comprendí también que era necesario pedir permiso pero, como dije, no habíamos previsto llegar hasta la catedral. Entonces se me acercó un sacerdote y me dijo: '¡diga unas palabras a toda esta gente, diga algo!'. Se me invitó a subir al púlpito, pero no quise hacerlo; me aproximé a la balaustrada, tomé una silla y me paré encima... Apenas vi toda esa marea popular en torno a la Virgen de la Guardia, sentí algo en mí en lo que nunca había pensado.

"Fue allí, bajo las bóvedas de la catedral, frente a la urna del primer obispo de Tortona, San Marciano, donde hicimos como un juramento y repetimos la promesa de elevar una iglesia, un santuario dedicado a la Virgen. Y entonces dije lo que el Señor me inspiraba y terminé aquellas palabras mientras oía el órgano que sonaba con fuerza y también sonaban las campanas de la catedral.

"El sacristán se me había acercado y me había dicho:

" - ¿Toco las campanas?

" - Pero sí, sí, toca un buen concierto de campanas".

Sonaban por primera vez, después de los tumultos de mayo de 1917 <154>.

<150> Precisamente en esos meses, don orione escribía en el folleto semanal "El Evangelio": "La finalidad del sacerdocio es salvar las almas y correr detrás, especialmente de aquellas que, al alejarse de Dios, se van perdiendo. A ellas les debo una actitud preferencial, no de ternura sino de paternal consuelo y ayuda para su regreso dejando de lado, si es preciso, las otras almas menos necesitadas de asistencia. Jesús no vino para los justos, sino para los pecadores. Por lo tanto, Dios mío, preservame de la funesta ilusión, del diabólico engaño de que yo, como sacerdote, sólo deba ocuparme de quien acude a la Iglesia y a recibir los santos sacramentos, de las almas fieles y de las mujeres pías. Por cierto mi ministerio se tornaría más fácil, más agradable, pero yo no viviría de aquel espíritu de caridad apostólica hacia las ovejitas descarriadas que brilla en todo el Evangelio. Sólo cuando esté deshecho de cansancio y muerto tres veces por correr tras los pecadores, sólo entonces podré buscar algún reposo entre los justos. Que no olvide nunca que el ministerio que se me confió es ministerio de misericordia, y que utilice con mis hermanos pecadores un poco de aquella incansable caridad que tantas veces usaste con el alma mía, ¡oh gran Dios!" ("El Evangelio", n. 17). <151> "Hoy, más que en otros tiempos - escribía Don Orione - Italia necesita a María: de la fe heredada y del culto a María nuestro país obtendrá nuevos motivos de prosperidad y de grandeza, Italia necesita, hoy del brazo y del corazón de María. Coloquemos entre sus manos nuestra querida patria, probada en tantos dolores" ("Don Orione y la Virgen", pág. 1353). <152> "Don Orione y la Virgen", págs. 1324 y s, 1330 y s, 1345 y s, 1351 y s. <153> Uno de

ellos, sobre todo, merecería ser transcripto por entero, por su ansia de redención social: es el titulado "¡Más fe!". He aquí algunos pasajes:

"Hermanos, no seamos espíritus desalentados: ¡tengamos fe, más fe! ¿Qué es lo que nos falta un poco a todos, a todos nosotros, hoy, para impulsarnos, en el nombre de Dios y en unión con Cristo, a salvar al mundo y a impedir que el pueblo se aleje de la Iglesia? ¿Qué nos falta para que la caridad, la justicia, la verdad no sean derrotadas y no vuelvan al seno de Dios, maldiciendo a la humanidad, que se habrá negado a dar su fruto?

"¡Fe, hermanos, más fe! ¿Quién entre nosotros cree que se pueden mover las montañas, proteger a los pueblos, hacer predominar la justicia en el mundo, hacer brillar la verdad en el espíritu humano, unir en la caridad de Cristo a toda la tierra? ¿Dónde están estos creyentes? ¡Más fe, hermanos, se necesita más fe!... (Don Orione y la Virgen", pág. 1368). <154> "Don Orione y la Virgen", págs. 1370 y s.

sede.

En realidad, Don Orione lo reflexionó, no ocultándosele la importancia del paso dado. El ambiente de la ciudad de Venecia en particular, y de la región véneta en particular, puede ser precioso: civilización fina, fascinante, que esconde dramáticas miserias porque Venecia y el Véneto sufrieron daños y luto en la guerra y han quedado numerosos jovencitos solos y abandonados a quienes ayudar. Al frente de ese mundo de vivas urgencias, se encuentra un insigne y santo amigo de la Congregación. Por lo tanto, Don Orione se atreve a salir al encuentro de nuevas responsabilidades, hacia un campo que también ofrece la posibilidad de vocaciones.

Don Sterpi será su alter-ego ante el Cardenal. Se esboza un programa exigente: "Recoger a los muchachos más humildes y convertirlos en hombres". Aquí surge por primera vez, y en gran escala, la idea de los "talleres-escuela". En ellos, los muchachos conocerá, en primer lugar, a Cristo y sus deberes ciudadanos; aprenderán también un oficio que los hará útiles a sí mismo y a los demás.

Esta idea tan importante se vuelve rápidamente método, y método, para los orioninos, significa acción. Es necesario que los "talleres-escuela" sean bien abastecidos, de modo que los instrumentos requeridos para el aprendizaje técnico sobren y no falten.

Don Sterpi es el organizador ideal de esta empresa. Ya en Tortona adquirió elementos de carpintería para los muchachos de la Obra, comprobando la enorme ventaja de una "escuela de Artes y Oficios"; en cierta medida está técnicamente preparado y tiene a su alrededor alumnos más despiertos, los cuales, a su vez, podrán ayudarlo convirtiéndose en jefes de sección.

Mientras tanto, los corazones palpitan: parecería que se ha vuelto al lejano 1895, cuando la idea de las colonias agrícolas se presentaba por primera vez a los fundadores primerizos; el trabajo en el artesanado rural es ya una realidad, una conquista en el mundo de la congregación, desde hace decenios; ahora, un cuarto de siglo después, en el 1919-20, se da un gran paso hacia el nuevo frente de trabajo en el artesanado industrial. Venecia y el Véneto son, por diversas razones, los sitios más apropiados y prometedores.

Así, con un golpe seguro, se reabren, una tras otra, las puertas de casas abandonadas: en 1919 el Seminario menor "Marco Soranzo", en Campocroce de Mirano, en 1921 se adquiere la antigua y benemérita librería, tipografía; y editorial Emiliana; también en 1921 se abre el orfelinato "Berna", en Mestre; en 1922, el orfelinato "La Fontaine", en Lido; en 1923, el orfelinato "Camerini Rossi", en Padua...

Este itinerario tiene algo de triunfal... Pero ¡ay! Para posibilitar el salto a la "falange véneta", cuántas privaciones, cuántas fatigas en las otras Casas, especialmente en Tortona, corazón y cerebro del Instituto; pero obsérvese bien, privación y fatiga en los dirigentes, porque los muchachos amparados no deben sufrir por el esfuerzo que la Congregación está realizando. Para ellos, todo debe ser como de costumbre.

Pero todo esto se amortiza con monedas de angustias en el corazón del Fundador.

En la correspondencia con Don Sterpi, encontramos, por ejemplo, una breve página, una hoja suelta que dice muchas cosas; es del 25 de febrero de 1920 y proviene de la Casa Madre, es decir del "Paterno" de Tortona (en general, la casa matriz de un instituto es una fortaleza de orden y de solidez...). Don Orione escribe a Don Sterpi, que

XXXIV - Cómo festejó Don Orione sus bodas de plata sacerdotales

Ya el año anterior Don Orione había demostrado con el ejemplo, con qué espíritu debían abordarse los intereses materiales. Era necesario decidir la adquisición de un terreno en Roma para levantar la futura parroquia de Todos los Santos, cuya iglesia estaba en construcción adelantada. Don Sterpi, que conocía muy bien las dificultades económicas de la Obra y se sentía más directamente afectado por ellas, propuso, en un primer momento, seguir los consejos d un canónigo de San remo, amigo durante años del colegio de San Rómulo; sostenía haber llegado la ocasión de resolver las angustias económicas de la pequeña congregación comprando y revendiendo un extenso terreno en la capital, más allá de la Puerta de San Juan de Letrán: se necesitaba con suma urgencia un poco de dinero. Sin embargo, Don orione se opuso: la operación podía parecer - o ser - una especulación. Después de algunas discusiones epistolares se realizó una reunión en la calle Alba; estuvieron presentes también Don Adaglio y Don Pensa. Don Orione se mostró inconmovible; Don Sterpi obedeció...

Algunos meses después, en noviembre de 1918, se constituyó el Consejo de la Pequeña Obra, en un acto solemne en que participaron y votaron los sacerdotes y ermitaños que habían hecho votos perpetuos.

Don Orione obtuvo el primer puesto, pero al anunciar el resultado lo hizo siguiendo un oren alfabético, ubicándose sin sobresalir entre los otros nombres.

Mientras tanto, en aquella turbulenta postguerra, la congregación fue impulsada por un viento favorable, tras vencer muchos escollos y corrientes adversas.

En 1919 se abrió una perspectiva inesperada e importante: podría afirmarse, enfáticamente, que los orioninos se lanzaron a la conquista del Véneto. Los invita el patriarca Pedro La Fontaine, admirador de Don Orione desde hacía diez años, es decir, desde los tiempos de Cassano Jonio (donde era Obispo) y de Messina.

Le ofrece dos orfelinatos urbanos importantes, en las "Zattere" y en "Lista de España". Don Orione vacila: las Casas son ya muy numerosas y aumentarlas significaría el nombramiento de un "jefe", que sólo podría ser Don Sterpi, pues él mismo está ocupado hasta lo inverosímil en la coordinación de las Casas en funcionamiento. Por lo tanto, se podría responder tranquilamente que no, a no ser esa voluntad febril de acudir allí donde el Señor llamara, que devoraba al Fundador...

El Cardenal Veneciano ofrece el colegio "San Jerónimo Emiliano", instituto dirigido por los padres somascos antes de la guerra. Don Orione pide se consulte a los mismos somascos, quienes, muy a pesar suyo, responden no estar en condiciones de hacerse cargo de nuevo del Instituto. El interrogante: "¿Qué hacer?", se clava como una espina en el corazón de Don Orione..., y sabemos que cuando una espina de esta naturaleza lo penetra de manera aguda, puede suceder cualquier cosa.

¿Privarse de Don Sterpi?

Un buen día el Fundador lo llama y le ruega se traslade a Venecia, para asumir la dirección del enorme instituto abandonado; hacia fines de abril, Don Sterpi ya está allí, hospedado, por el momento, por los buenos padres Cavanis, y se hace cargo de la nueva

XXXIII - Las víctimas de los arrozales. El espíritu del Fundador

Don Orione era cada vez más consciente de la necesidad de profundizar su propia acción hasta las raíces de los problemas sociales.

Se remitía con el pensamiento a la Asamblea de Florencia de 1904, en la que se había decidido promover las "Uniones populares" bajo el triple apelativo y la triple función de "populares", "ecuménicas", "electorales", con el objetivo de "defender, propugnar, traducir en acciones progresivamente, en las múltiples cuestiones de actualidad, el orden y la civilización cristianos..., de promover la defensa y la actuación del orden social y de la civilización cristiana". Las "Uniones populares" eran independientes entre sí y, a su vez, cada una dependía del Obispo de su propia diócesis, en cuyo seno cada "Unión" tenía tareas de estudio y propaganda <155>. Don Orione insistió, precisamente, en este medio de penetración y coordinación, haciendo lo posible por suscitar "Uniones" en todos los lugares donde se detenía en sus viajes desde Piamonte a Sicilia y de una región a otra de Italia. Con su fervor, con su prestigio, alentó y exhortó a los párrocos a que instituyeran "Uniones" en sus parroquias, y se ayudaran recíprocamente, tratando de mantener puntos de vinculación entre las uniones.

Mientras tanto, en varias diócesis cuyos territorios bordeaban el Po, un grave interrogante se abría paso: ¿era posible y lícito continuar con el trato que se daba a los trabajadores y trabajadoras de los arrozales? Los hombres, y en especial las mujeres, trabajaban duro de sol a sol en ambientes naturales difíciles y nocivos, ¿con qué compensación? "En los arrozales muere la poesía", había cantado Ada Negri, poeta de los obreros.

En aquella postguerra de reivindicaciones y luchas sociales, se sucedían condenas, discusiones, acusaciones y proyectos frente al agudo problema. Don Orione, hombre de orden, que en varias circunstancias había tenido la audacia de enfrentar a la multitud, ahora se alineó claramente con las obreras "arroceras". Todos los años, de mayo a julio, en los meses de verano en las zonas arroceras, sobre todo en Lomellina, millares de jóvenes eran arrancadas de sus familias y obligadas a realizar un trabajo duro. Además, numerosos contingentes de muchachas de otras regiones eran reclutadas; en gran parte se trataba de jovencitas inexpertas, urgidas por la necesidad a dejar sus aldeas y que no contaban con atención médica. Por lo tanto existían peligros de todo tipo. Cada año las muertes se contaban por centenares.

Un apóstol moderno, el Padre Francisco Pianzola <156>, natural de esas tierras, había iniciado, desde 1913, un valioso apostolado de asistencia con sus primeras Misioneras de la Inmaculada Regina Pacis - llamadas, precisamente, las Hermanas de las mondadoras de arroz -. El 8 de mayo de 1919 se realizó la primera reunión de obreras del arroz.

Ocho días después, Don Orione entró en acción.

En el periódico "La Val Staffora", (año I, nº 2, 18 de mayo de 1919), publicó un llamado que, a primera vista, sorprende, y que en un segundo momento nos da la medida o extensión del pensamiento social de Don Orione. El defensor del orden, sabía lanzarse hasta esos límites cuando era verdaderamente preciso aunque perfilando los medios

netos y claros de los que no se podía abusar:

"¡Proletariado de los arrozales, de pie!

"Un horizonte nuevo se descubre, una nueva conciencia social se va elaborando a la luz de aquella civilización cristiana, siempre progresista, que es flor del Evangelio.

"Trabajadores y trabajadoras de los arrozales, en nombre de Cristo, que nació pobre, vivió pobre, murió pobre y entre pobres vivió, que trabajó como vosotros, y que amó a los pobres y a los trabajadores; en nombre de Cristo, ha sonado la hora de vuestro desquite.

"Vuestro trabajo debe ser adecuado y limitado a vuestras fuerzas y sexo; vuestro sueldo debe tener relación con vuestros sudores y con vuestras necesidades; las condiciones de trabajo deben ser menos incómodas, más humanas, más cristianas. Es un derecho, ¡vuestro derecho!

"Razones de higiene, de humanidad, de bien público exigen que en los arrozales, tanto para la monda como para el corte y la recolección del arroz, no se trabaje más de ocho horas por día.

"Los católicos, como católicos y ciudadanos, emprenderemos este año la batalla por las ocho horas en los arrozales.

"No os dejéis explotar por los capataces; no os dejéis intimidar por las amenazas de los patrones; no os prestéis a ciertas maniobras que siempre os perjudican.

"¡Y, si llega el caso, legalmente, sí, pero sublevaos!

"Uníos contra los obreros que sabotean la huelga y no os dejéis engañar por un horario que supere las ocho horas.

"El pretexto de la guerra y la escasez de mano de obra ya no existe; este año es necesario dar ocupación a todos y pagar mejores salarios, adecuados a las crecientes necesidades de la familia. ¡Así vuestro cuerpo, más descansado, será menos propicio a las enfermedades y al desgaste, y vuestro espíritu tendrá una vida mejor!

"Evitad la competencia, odiosa y humillante siempre, pero perjudicial en extremo para los intereses y la dignidad de toda persona que se respete y de toda alma verdaderamente cristiana.

"¡Uníos todos y sed solidarios! Si todas las aldeas de las diócesis que proporcionan trabajadores para los arrozales se unen en una red organizativa firme, sólida y cristiana, os conduciremos a una victoria segura.

"Por vuestras reivindicaciones, por la justicia intrínseca de vuestra causa santa, no nos daremos paz. ¡No, no daremos paz, ni de noche ni de día, a los explotadores de la gente pobre, que va a sacrificarse en los pantanos anegados de los arrozales y en la malaria, obligada a alejarse de la familia para ganarse un pedazo de pan!

"Pero los patrones no son siempre explotadores, ni son los únicos; los patrones son los que son: algunos malos, otros buenos; explotadores indignos son también y siempre quienes por sus negocios deshonestos abusan pérfidamente de vosotros; los que os ofrecen un pan pero os envenenan el alma; los que predican el odio y quitan la fe, el gran consuelo de la vida presente y la base de la vida futura.

salvado de haber encontrado un apóstol con el pecho pletórico de la caridad de Dios y de los hombres. ¡Hagámonos apóstoles! ¿Existen diarios malos, existen asociaciones malas, escuelas malas? Penetremos por todos lados con el diario bueno, la palabra buen, las obras de asistencia moral (asociaciones, círculos, escuelas, etc.). ¿Existen asociaciones malas? Creemos asociaciones buenas, de hombres y de mujeres. ¡Trabajemos y oremos! ¡Hagámonos apóstoles del bien, de la fe, de la caridad! Los buenos podrían trabajar más. Ninguno debe encerrarse en su casa, ninguno debe conformarse con mirar desde la ventana, con la nariz apoyada en los vidrios, al que se precipita de cabeza en la ruina: eso sería crueldad, egoísmo. ¡Dios está con nosotros! Si la casa se incendia ¿nos quedaremos mirando? El trabajo es la gran ley constitutiva del género humano: Laboremus! Laboremus! Trabajemos para salvar a todos. ¡Hagámonos apóstoles!" ("La Val Staffora", de Cegni, 15.5.1919). <159> "La Pequeña Obra de la divina Providencia", 30.3.1918; fasc. La Fontaine, 13-189 y s; fasc. Cortona, 25-262; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs♦ 409 y s, 428 y s. <160> Carta del 15.10.1918 en "Cartas de Don orione", v. I, págs. 139 y s.

caridad y de culto se convierte en entidad con personería jurídica, se enfrían aquellos a quienes atiende y trabajan en ella; se convierten en obras que se fosilizan y, en general, fosilizan el espíritu de aquellos a quienes está dirigida; se convierten en obras de cálculo humano, son totalmente humanas; se pierde ese perfume espiritual, aquel espíritu de Providencia que es precisamente el propio bien, y a menudo se pierde también el espíritu y la bendición de Dios: es lo que siempre constaté...

"A este espíritu debe unirse un gran espíritu de oración; hasta ahora, recé poco. Es preciso para mi alma y para el bien de la Congregación que rece mucho más. Los Santos se deleitan en las oraciones.

"¡Que Nuestro Señor se digne colocarme bien firme sus santas manos perforadas sobre la cabeza y asistirme, a pesar de todos mis pecados y no abandonarme más!

"Confío también en la Virgen para esta gracia que hoy le pedí para mí y para vosotros...

"En cuanto al querido canónigo, y sus cosas, ha de saber que el Instituto de los Hijos de la Divina Providencia no trata de ensoberbecerse y aparentar ante los hombres; una de las características fundamentales de nuestra pequeña congregación debe ser la humildad y la plena confianza en la Providencia.

"Por lo que dije antes, debéis rezar y poneros de acuerdo muy claramente con él sobre la fundación de Prunella. Si pretende que las obras de culto y de caridad que se realicen a los pies de la Virgen Dolorosa sean verdaderamente obras que nuestra Congregación hace suyas y anima con su espíritu - sin desviar el objetivo de la fundación Prunella, ni distraer fondos - si quiere, en una palabra, que su propiedad tarde o temprano se convierta en un verdadero Instituto de nuestra Congregación, entonces deberá atenerse a ese espíritu y a ese criterio expuestos, y que así como, con la gracia de Dios, me obligaría ante la Santa Sede (y todos los que vinieran después de mí, se obligarían), antes de heredar, a no cambiar el fin y el objetivo de la institución de Prunella, de la misma manera no estamos dispuestos a renunciar a un gramo de nuestro espíritu por todo el oro del mundo. Ni las rentas ni los bienes de Prunella, ni de miles de Prunella, harán prosperar esa Casa y Santuario ni nos traerán la bendición del Señor y de la Dolorosa, sino el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo: espíritu de fe humilde, de caridad, de humildad, de pobreza, de oración, de acción y de sacrificio para la caridad. Si hemos visto a través de los años que es el Señor quien suscitó esta gran Obra y Su Divina Providencia la mantiene, a pesar de nuestros grandes pecados, debemos cuidarnos bien de querer cambiar el espíritu con que ella nació y cambiarle la impronta que Nuestro señor pareciera haberle dado" <160>.

<155> E. De Rosa, "Historia del movimiento católico en Italia", págs. 510 y s. <156> P.F. Pianzola, Número único 1944. <157> El diario "Il Popolo di Tortona", del 20.4.1920 indicaba el estatuto, las normas e incitaba a la urgente formación en cada aldea de la "Unión de las arroceras". También "La Val Staffora" (Tortona, Tipografía Don Orione), boletín interparroquial que abarcaba ya 14 aldeas, propugnaba con eficacia la organización de las arroceras; el número de mayo incluía el horario de trabajo establecido en los arrozales y los salarios, con la especificación y la época de los trabajos de las zonas de Vercelli y Novara, tanto para hombres como para mujeres, según las zonas. <158> Fasc. Fornari, 25-257; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", 30.3.1918. Don Orione expresó su sentimiento más genuino en este grito que se le escapaba del corazón: "¡Hagámonos apóstoles! El mundo necesita apóstoles. Cuántos se hubieran

"Trabajadores y trabajadoras de los arrozales, cuidaos de los socialistas y de las socialistas; no confiéis en quienes no tienen religión; quien no tiene religión, no tiene conciencia: ¡no confiéis en ellos jamás!

"Obreros y obreras, debéis organizaros de inmediato: constituid en vuestra aldea las Uniones de las Arroceras, por vuestra dignidad y por vuestro interés; Uniones que sean fuertes, sinceras, cristianas; y por vuestra salud, por vuestra fe, por el aumento de vuestro salario.

"Con la bendición de Dios y de la Iglesia, trabajaremos para vosotros, oh hermanos, y venceremos con vosotros.

"Todos encontraréis trabajo, todos tendréis un salario justo; también tendréis asistencia moral y religiosa; reposo en los días festivos; control de vuestros derechos laborales (salarios, horarios, aplicación de la legislación sanitaria); alojamiento digno. Os defenderemos en todo lo que sea justo: realizaremos vuestras legítimas aspiraciones y utilizando las leyes adecuadas vigilaremos, acompañaremos, animaremos.

"¡Arroceras, a formar batallones de mujeres, y adelante en nombre de Dios!

"Parecía un sueño lejano y hoy, si vosotros lo queréis, la realidad está cerca, la redención de los arrozales está próxima y al alcance de la mano: es un mañana de justicia y de paz.

"Trabajadores y trabajadoras de los arrozales, invocad la ayuda de la Virgen y después cerrad filas. Daos las manos y en nombre de Cristo, jurad el pacto cristiano del trabajo.

"En cada aldea de nuestras montañas o de la llanura del Po debe surgir la Unión de las arroceras.

"¡La unión hace la fuerza! Toda cadena que aprisiona a los hijos de Cristo debe romperse; toda esclavitud debe abolirse; toda servidumbre debe terminar.

"Debe suprimirse toda explotación del hombre por el hombre, en el nombre de Cristo. La divina virtud de este Nombre y vuestra conducta honrada de trabajadores cristianos, de la misma manera que os llevarán al cumplimiento de cada deber, también os darán las reivindicaciones de cada derecho.

"¡Proletariado de los arrozales, de pie! Abrid los ojos y ved la aurora brillante que surge: es para ti, es tu día!

"¡Adelante, proletariado, adelante, llevando contigo la fuerza moral de tu fe y de tu trabajo; una era se abre: el mundo se renueva!

"El Señor, tu Dios, está contigo: camina en la luz de Dios y nadie podrá jamás detener tu marcha triunfal.

"¡Por tu interés, por tu dignidad, por tu alma!

"Proletariado de los arrozales, de pie y adelante!

Don Orione" <157>

La postguerra se volvía cada vez más dura, más tumultuosa. Por todos lados, con una frecuencia impresionante, se producían enfrentamientos sindicales y conflictos

sangrientos.

Italia, después de haber ganado la guerra, perdía la victoria.

Don Orione multiplicó su actividad para lograr un saneamiento social completo, verdadero, que significase mayor justicia y, al mismo tiempo, superación de la violencia y del odio.

Participó en la recepción de muchos niños vieneses expuestos a la amenaza del hambre, ofreciendo su hospitalidad; visitó las aldeas de Staffora; sostenido por los propagandistas católicos, lanzó un nuevo folleto semanal, "El Evangelio", "que se lee en cinco minutos", distribuido en las iglesias de las ciudades... <158>.

Pero donde su actividad culminó fue en el desarrollo de la Pequeña Obra. He aquí una rapidísima crónica de lo realizado durante los años de la guerra: un nuevo Instituto en Gerace Marina con colegio floreciente y bien puesto (5 de marzo de 1916); una "Fundación Celesia", en Como, para niños huérfanos y pobres (21 de junio de 1918); el Instituto San Felipe Neri, en Roma, en la calle Alba (1915); el Instituto Sagrado Corazón en San Severino Marche (1919) para artesanos huérfanos; la iglesia de Grotaferrata, cerca de Roma como posible seminario menor y allí, también cerca la iglesia de San José en Squarciarelli, como parroquia; la parroquia de San Roque en Alejandría; el santuario de la Dolorosa con orfelinato, en Prunella, en Reggio Calabria, ofrecido por el canónigo Zema Margiotta (1918); el Eremitorio, con parroquia, de San Alberto de Butrio, Casa Central de los Ermitaños ciegos y videntes (1920); la parroquia de Caorle (Venecia), ofrecida por el cardenal La Fontaine (1918); un pensionado en Stradella por legado de un tal Don Egidio Chiodi; otra Casa que dispuso utilizar para una obra asistencial en Cortona, deseada por la benefactora Catalina Serventi (1925); mientras tanto, el Fundador hacía tratativas para una institución en favor de los hijos de italianos en el extranjero, ofrecida por el Cónsul general de Italia, conde Luchesi-Palli, y para un instituto similar para hijos de obreros italianos emigrados a Marsella.

Si se piensa que esta expansión tan vertiginosa de los Hijos de Don Orione se realizaba precisamente durante la guerra, entre enormes dificultades de todo tipo, se impone un momento de meditación. ¡Evidentemente debía existir alguna gracia muy particular en todo esto! <159>.

Precisamente mientras se desarrollaban las tratativas para instalar el Santuario de la Dolorosa en Prunella (Reggio Calabria) ofrecido por el Can. Margiotta, encontramos, entre su correspondencia una rara y valiosa pieza: una carta en la cual Don Orione, recordando el 25 aniversario de su ordenación sacerdotal, explicaba a Don Sterpi los secretos de su espíritu de Fundador. Nos parece que se trata de un documento importante, tanto para interiorizarnos del desarrollo de la obra, como para profundizar nuestro conocimiento del Fundador.

Esta carta parece irreal por su distancia de todos los mecanismos burocráticos y financieros: nada fijo, ni estereotipado, ninguna vinculación. Las ayudas que la Pequeña obra acepta no deben convertirse nunca en cápsulas ni ataduras para su actividad de bien; una inmensa libertad de apostolado campea en estas pocas páginas que revelan un secreto más celestial que terrenal. Todo aquello que, humanamente hablando, constituye un apoyo y una cómoda seguridad, como el encuadramiento en los esquemas del gobierno, aquí es rechazado claramente: la Obra debe mantener una ductilidad superior, una plena independencia de ataduras políticas u oportunistas, debe seguir siendo plasmable e incandescente como el hierro en la forja o como el espíritu en la oración

mística. La libertad de la inspiración sobrenatural y la verdadera práctica caritativa serán las dos características privilegiadas de un Instituto que echará profundas raíces en la sociedad, manteniéndose alejado de cualquier traba y estando pronto para extenderse y ocupar el horizonte. A esta altura, se respira exactamente la atmósfera del Cottolengo, de San Juan Bosco, de Murialdo, de Don Guanella, y después de haber estudiado bien el secreto de Don Orione, encontramos un vástago singular que no se somete a las podas de los jardineros del mundo y que, precisamente por eso, no se marchita: no lisonjea a los hombres con aromas terrenales, pero exhala un extraordinario perfume de Providencia.

He aquí la carta-programa escrita a Don Sterpi, relativa al "espíritu papal y la libertad en el bien":

"En medio de tantos pecados, ingratitudes, frialdades, errores, carencias y deficiencias, estos 25 años, con la divina gracia y por la divina gracia, fueron 25 años de amor y fidelidad al Santo Padre y a la Santa Madre Iglesia; por la gracia divina se cumplió en todo, en lo espiritual, en lo doctrinal, en la disciplina, en lo temporal y en todo lo temporal; respecto a las órdenes de la Santa Sede, y en relación a sus deseos, en todo lo pedido, o deseado, fuimos hijos fieles, humildes y amantísimos a Sus pies benditos.

"Ahora es necesario mantener este espíritu de obediencia papal y continuar sirviendo a la Iglesia con todos nosotros mismos y volver a empezar en todo a ser enteramente de Dios, con todo el fervor del alma, y con toda y para toda la vida, con fe grande, con caridad grande, con un gran abandono en la Divina Providencia.

"Parte de este espíritu que debemos cultivar siempre en nuestra pequeña y querida congregación, es también aquel santo y vivísimo deseo de la libertad en las obras de Dios: no queremos que este siglo, con su soplo mortal y laico, reseque, intoxique y destruya el espíritu de la fundación de las Casas de la Divina Providencia.

"Las Casas de la Divina Providencia nunca deben constituirse en forma jurídica: las obras que la Divina Providencia hace surgir misericordiosamente a nuestro paso, no deben ser oficiales, porque pronto se esterilizarían y ya no tendrían ese perfume de religiosidad y caridad que debe caracterizar a nuestros institutos. Vivimos tiempos inciertos, sumamente pasionales y cambiantes; por eso, no pretendo que nuestras obras de caridad se vinculen con hombres o instituciones políticas, ni a la política de los tiempos y de los hombres o a los partidos políticos.

"Respeto a todos porque soy católico, hijo de la Santa Iglesia Católica y muy devoto del Papa, y siento también que amo mucho a la Patria, pero no quiero que el Gobierno entre en nuestras obras de caridad, porque las arruinaría y deformaría; tenemos un espíritu totalmente distinto.

"Mirad bien: no es que no quiera obedecer las leyes del gobierno ni faltar al respeto debido a las autoridades civiles y políticas del Estado, ¡no! en absoluto. Sabéis cómo me relaciono con las autoridades y cómo me presté siempre, cuando pude, para complacerlas y ayudarlas. Sólo quiero ser extremadamente libre en el bien, mientras no dejo pasar ninguna oportunidad de constituir nuestras humildes obras en amor y en acuerdo con las autoridades eclesiásticas y el gobierno.

"Pero no quiero que estas obras se constituyan legalmente, porque estimo - como pensaban el Venerable Padre Ludovico de Casoria y otros insignes hombres de Iglesia y buenos patriotas - que el asignar a las obras de caridad una vida jurídica es como querer encerrar a un niño en un cerco de hierro, impidiéndole el desarrollo. Cuando una obra de

1912 realizó un primer intento por entrar en Polonia, pero no lo logró. Un segundo intento tuvo lugar en 1923, por obra de Don Alejandro Chwilovicz, al que Don orione había recogido hacia 1909 y cuya ordenación sacerdotal - conferida por Monseñor Cribellati en Venecia - había conseguido en 1921. En 1923, Chwilovicz regresó a Zdunska Wola para desarrollar una actividad acorde con los fine de la Obra. En efecto, construyó un edificio con internado para dar clases y asistencia a los niños. Don Orione le envió otros sacerdotes polacos y luego el Obispo de Vladislavia consideró que, como se trataba de una congregación italiana, viajaran también religiosos italianos. Se eligió con ese fin a Don Blas Marabotto, originario de San remo, sacerdote silencioso y activo, de espíritu vivo y sumamente ceñido a los lineamientos de la Obra y del Papa. Permaneció allí, sin interrupciones, hasta 1945, cuando enfermó al contagiarse de tifus mientras atendía a los enfermos y murió en plena actividad de la misión encomendada por la Santa Sede. Polonia siguió siendo la niña de los ojos del Fundador: "Siempre amé a Polonia - escribía por esos años al Obispo de Vladislavia - y de buen grado, si la Divina Providencia lo quisiera abriría allí nuevas casas; pero no tengo apuro; antes deseo que se forme un buen personal, para que podamos responder mejor a lo que nos exigen Dios y la Santa Iglesia...". Con el pasar del tiempo llegaron a abrirse hasta diez casas, y aún subsisten en plena actividad apostólica <169>. Vale la pena citar también, en el cuarto decenio del siglo, la casa abierta en Cardiff, en 1933, para asistir a los miembros italianos de Gales, y otra en Jasper Indiana (Indianápolis) en 1934, con el objetivo de ayudar a los inmigrantes italianos, en especial a los más ancianos y necesitados. Trabajar entre los "hermanos separados" era una consigna establecida por León XIII, como "altísimo consejo" al Fundador, quien la evocaba con gran júbilo cuando se refería a las dos nuevas fundaciones en el mundo anglosajón. Don Orione había sido invitado a Jasper Indiana por monseñor Chartrand, Obispo de Indianápolis, con la plena aprobación del Delegado Apostólico de los Estados Unidos, Monseñor Cicognani <170>.

<168> "Cartas de Don Orione", v. II, pág. 432; fascículos: Barlassina, 49-146 y s; Adaglio, 4-1 y s; idem, 59-114; Gemelli, 23-1 y s; idem, 63-48; Fiori, 24-245 y s; Fray Giuseppe, 32-200; Gismondi, 32-202; Senador Schiapparelli, 37, 84; Conde Venerosi, 38-162; D.C. Bruno, 1, V; Armendi, 13, III. <169> "La Pequeña Obra de la Divina providencia", abril 1966; A. Bianchi, crónica "Polonia", 1.IV; fasc. Marabotto, 14.I y B5, IV; "Don Orione", publicación mensual, abril y octubre de 1973. <170> "La Pequeña Obra de la Divina providencia", noviembre y diciembre 1963; fasc. A. Calegari, 16-I.

Congregación de Don Orione. Decidieron adquirir el Palacio Busseti, del siglo XVIII, para iniciar allí un curso de estudios completos. Una suscripción dio como resultado 300.000 liras y la adquisición se realizó.

El palacio era amplio y hablaba de historia. Había sido construido a principios del siglo XVIII, al pie de la fortaleza y sirvió de sede al comando piamontés e imperial en 1745, durante la guerra de sucesión de Austria. El desafío era grande: por un momento Europa se concentraba allí, entre Castello y Tortona, apresado por los saboyanos y por los imperiales contra los franceses y españoles. Un momento de dolorosa celebridad, en el centro de un septenio de hechos de armas y de grandes batallas.

Precisamente allí, el 14 de agosto de 1745 tuvo lugar una escena sumamente significativa. El palacio comunicaba con la fortaleza, sede de la guarnición y en él habitaba el comandante piamontés, barón Derry, desde donde enviaba órdenes a los combatientes. La población, acuciada por los sufrimientos, le envió dos representantes - el barón Garofoli y el doctor Domenico Carnevale - para solicitar que la guerra se alejase de la ciudad a la que torturaba desde hacía largo tiempo; Derry entonces les entregó las llaves de Tortona.

Así, después de ciento setenta años, la casa se convertía en centro de bien y de estudio y Don Orione, con elevada visión, quiso que el nuevo instituto - más allá de los recuerdos locales - fuera dedicado al nombre de Dante, pues en 1921 se celebraba el sexto centenario de su muerte.

Y mientras aceptaba la donación de sus conciudadanos, en Roma se iniciaban los festejos de la parroquia de Todos los Santos. El 31 de octubre la iglesia fue consagrada por el vice- gerente, Monseñor José Palica: la "tierra de misión" que apremiaba el corazón de Pío X, tenía, finalmente, su gran centro de oración, de vida eucarística y de actividad pastoral; el pueblo respondió. Desde las amplias naves, el canto de miles y miles ascendió a Dios y Don Orione pensaba en las lejanas palabras del Papa Santo: "¿Sabes? Te envío a la Patagonia, hay tanto que hacer allí...".

Luego, hubo también algo personal: el Vicariato, consciente de lo que significaba este complejo parroquial, quiso manifestar de algún modo su agradecimiento al Fundador, teniendo en cuenta la coincidencia de su vigésimo quinto aniversario: esta vez Don Orione no podía escapar y debió sufrirlo todo...

El 7 de enero, desde Tortona, contaba en carta a su amigo Fornari: "... Agradezco su caridad y le pido que cuando vea al Santo Padre le agradezca a Su Santidad, de mi parte y de parte de mis huérfanos y le asegure que lo llevamos siempre en el corazón.

"Lamento mucho no haberme reunido con usted, querido amigo, pero le confieso que después de esa fiesta y de todo ese barullo que hicieron los diarios - para mí una verdadera comedia y un sufrimiento y una humillación - tuve vergüenza de que me viesen, porque sentía toda mi miseria; y si tenía que realizar alguna diligencia en las Congregaciones por encargo de mi Obispo, evitara decir mi nombre cuando no me conocían personalmente..." <164>.

<161> "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 406, 408, 409 y s; fasc. Sterpi, 14-4, 11, 18, 20, 22, 33, 34. <162> Fasc. Fornari, 25-269; "Il Popolo Dertonino", octubre de 1920; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, pág. 420; "Don Orione y la Virgen", págs. 106 y s; "Cartas de Don Orione", v. I, pág. 195. <163> "Al Rev. D. Luis Orione, Superior de la Pequeña Obra de la Divina Providencia, en ocasión de su jubileo sacerdotal. Hijo dilecto,

salud y bendición apostólica. Aunque no ignoras cuánto afecto profesamos por ti, no queremos dejar pasar la ocasión del vigésimo quinto aniversario de tu sacerdocio sin enviarte un testimonio de Nuestra benevolencia. Ya que, habiendo utilizado todos estos años no solamente para ti, sino para el bien común, como hace el verdadero sacerdote, de modo que tu preocupación por la salvación de las almas, traspasando los confines de tu diócesis, se afirmó poniéndolo todo de tu parte, en una permanente ventaja para la Santa Iglesia, es sumamente justo y conveniente que Nos seamos los primeros en alegrarnos contigo en esta fausta circunstancia, que renueva el recuerdo de tu fecundo sacerdocio.

"Y lo hacemos aún de mejor grado por tu conocida profunda vinculación, llena de respeto amoroso y devoción, que siempre tuviste hacia esta Sede Apostólica. Todos saben con qué iluminada diligencia cumpliste con la doble y dificilísima tarea que te confiara Nuestro Antecesor, Pío X de f. m. y Nos mismos, cuando el terremoto devastó, terriblemente, la región Calabro- Sicula y cuando se abatió luego, con la misma terrible intensidad, sobre la Mársica. En efecto, entonces más que nunca, tu caridad brilló en el socorro de los infelices, desplegando, con la ayuda divina, una actividad tan eficaz y sabia que correspondió plenamente a la confianza pontificia depositada en ti. Esperamos que ahora, hijo dilecto, tomes nuevo impulso con esta nuestra pública alabanza, de modo que te dediques con intensificada energía, confiando siempre en la Divina Providencia, a la ayuda de los desventurados. Y, en verdad, con el fin de esta luctuosísima guerra, encontramos que las miserias humanas han crecido de manera aterradora: por lo tanto, inmenso es el campo de la caridad cristiana, donde los hombres de tu temple pueden desplegar de manera útil su actividad. Por eso, para hacer más solemne y feliz esta fecha te enviamos como regalo un cáliz de misa y además, con mucho placer, te otorgamos la facultad de impartir, dentro de este año, en todas las casas de tu Congregación, cuando en cada una de ellas celebres tu jubileo, la Bendición Papal, con la Indulgencia Plenaria para los presentes, de acuerdo a las conocidas condiciones de la Iglesia. Es una ocasión propicia para utilizar esta facultad que te será ofrecida dentro de poco, aquí, en Roma, cuando se inaugure la nueva Parroquia de Todos los santos, que Nuestro Antecesor, te confió para que la dirigieras a perpetuidad.

"Por otra parte, nunca te podrá faltar la omnipotente ayuda del Señor, con la que socorres a los pequeños hermanos; y Nosotros, en auspicio de favores celestiales, como también en señal de benevolencia paternal, impartimos de todo corazón a ti, hijo dilecto, y a todos tus hermanos, alumnos y benefactores, la Bendición Apostólica.

"Dado en Roma, en San Pedro, el 2 de abril de 1920, en el sexto año de Nuestro Pontificado - BENEDICTO PP XV" (Fasc. 21. IV). <164> "Il Popolo Dertonino", octubre de 1920; fasc. Fornari, 25- 262; Número único XXVº Aniversario de Don Orione, 1920; "La Obra de la Divina Providencia", 24.12.1920. |LPapDor

retiraron en 1927, para resistir en Cafarnaum hasta 1931. Ese año abandonaron también Cafarnaum, y u partida fue similar a la desaparición de la vegetación y de las casas y de las instituciones bajo los áridos vientos de Palestina... Pero la buena semilla evangélica no se perdió. Durante mucho tiempo la gente recordó a los trabajadores de la viña que habían roturado y sembrado. Finalmente, en 1934, se produjeron nuevos requerimientos y se iniciaron nuevas tratativas para establecer una misión en Tierra Santa. Mientras esto sucedía, se abrieron dos nuevas puertas hacia Oriente para la Pequeña Obra. La Asociación de Misioneros Italianos, dirigida por el senador Schiapparelli, pidió a Don orione, en julio de 1924, el envío de religiosos para la dirección de un instituto de la Orden de Malta en Rodas, con hospital y una escuela agraria anexa para los niños de habla italiana. Don Orione aceptó a los huérfanos italianos y envió a Rodas a Don Bruno Cammillo, en julio de 1925, con otros sacerdotes. También allí los primeros tiempos fueron difíciles, porque la Casa debía ser completada. Cuando después de varios años cesó la extraordinaria necesidad que la había hecho surgir, porque los primeros huérfanos crecieron o estaban preparados para el trabajo y la vida, el orfelinato también hospedó a niños de otras nacionalidades, especialmente a italianos que vivieron en Levante. Pero también hubo otro pedido que permitió adentrarse aún más en el mundo oriental: en Anatolia, la guerra de 1914-18 había dejado huellas sangrientas por las deportaciones y las masacre realizadas por los turcos. En diciembre de 1924, el Patriarca armenio confió un grupo de huérfanos armenios a la custodia del célebre padre Cirilo; éste pidió confiarlos a la Pequeña Obra y Don Orione aceptó. La Casa se instaló con los fondos ofrecidos por la Asociación de Misioneros Italianos, y con una parte de la indemnización ofrecida por Grecia a Italia debido a los estragos de la Misión Italiana en los límites greco-albaneses (general Tellini), suma que el gobierno italiano destinó a obras de beneficencia en la misma Grecia y en el cercano oriente. Se impartía la instrucción elemental con los programas italianos, y la misma se completaba con un curso suplementario trienal de instrucción agrícola técnico-práctica. Cincuenta hectáreas de terreno para cultivar y un equipo completo de maquinarias constituían la dotación de la colonia y posibilitaban una administración funcional. También había un asilo infantil anexo.

Durante veinticinco años, Don Orione y la Pequeña Obra pusieron lo mejor de sí en la empresa: sacerdotes, jóvenes clérigos, peones, todos desarrollaron una tarea permanente, llena de amor, obteniendo resultados óptimos. Sólo las vicisitudes políticas obligaron a los sacerdotes de la Obra a abandonar, en diciembre de 1949, ese campo de apostolado y de trabajo que se contaba entre los preferidos por el Fundador. Pero, para la Pequeña Obra, el paso más importante por aquellos años fue la entrada en Polonia. "Mi amor por Polonia - afirmaba Don Orione - ha pasado a mi sangre, por decirlo así, con el amor al Papa aprendido de Don Bosco. Por la historia y por el gran amor hacia cuantos sufren persecuciones por Cristo y por su Vicario, que aprendí a amar en la escuela de Don Bosco, por todo eso aprendí a amar a Polonia. Cuando me encontraba en el oratorio salesiano de Turín, nos llevaban de paseo y nos decían: 'Allá vive un general polaco que vino a ofrecer su sangre por Italia'. Yo, cada vez que pasaba, levantaba los ojos hacia esa ventana y elevaba el corazón al Señor y rezaba por ese General. Sentía por él un amor especial, pues había ofrecido su vida por nuestra querida Italia. Cuando todavía Don Bosco vivía, asistí, en el templo de María Auxiliadora, el 24 de noviembre de 1887, al amortajamiento del príncipe Augusto Czartoriski, cuya causa de beatificación se está tratando ahora... "¡Amo tanto a los polacos! Los amé desde muchacho, desde siempre. "Comencé a recoger polacos cuando Polonia era aún esclava de tres imperios. ¡Y no esperé para abrir nuestras casas a los polacos cuando Polonia se liberó!..." <168>. En

Y sin embargo, no partió. Atrapado por las tareas inmediatas y las urgencias de la Congregación en Italia, postergó el viaje de un mes a otro. Así pasaron los años y Don Orione los colmó de cartas. De este modo, brotó un torrente epistolar de consejos, exhortaciones, admoniciones, pedidos de informes y datos: seguía siendo el centro de un mundo en movimiento, en fermentación. Y lo era hasta el punto de que, al mismo tiempo que la empresa en Brasil y luego en Argentina, se había perfilado otra misión en que el Fundador no podía participar personalmente. Monseñor Barlassina, Patriarca Latino de Jerusalén, había conocido a Don Orione en 1912, cuando era párroco en san Juan de Letrán, y había tenido como ayudantes a los sacerdotes de la Obra, Don Adaglio y Don Martinotti. El 22 de enero de 1921, escribió al Fundador, pidiéndole algunos religiosos para establecer una colonia agrícola para huérfanos en el valle del Sorek, junto a Rafat. Era un pedido, una súplica más que una exigencia, porque en esas localidades estaban poniendo pie los israelitas y los protestantes y faltaba presencia católica; por ahora, se trataba de instaurar y organizar una finca de 25 kilómetros, "recurso de las 30 misiones del Seminario y del Patriarcado", propiedad de la Asociación Italiana para la protección de los misioneros italianos. La propuesta interesó vivamente a Don Orione, quien consideraba que las misiones en Tierra Santa eran como las perlas del apostolado misionero; ¡las más difíciles, las más combatidas, las más cercanas al Santo Sepulcro! ¡Y cómo se revelaron a la plenitud de sus sentimientos aquellas aldeas palestinas, recostadas a lo largo de antiguas campiñas entre callejones que trepaban en medio de casuchas humildes y olivos descarnados, recorridos por asnos lentos y macilentos...! Una irresistible poesía brotaba de esa visión tan cargada de recuerdos y tan fascinantemente opuesta a la realidad de América hacia la que debía dirigirse en primer término Don Orione; realidad demasiado vasta, o desconocida y nueva,y sin embargo, a menudo descreída de la sabiduría recientemente adquirida. Allá, en Palestina, todo hablaba de milenios, de acontecimientos y sobre todo de Jesús; todo conservaba la impronta de sus pasos y el eco de sus palabras. Respondió, pues, aceptando y designó a Don Adaglio para acometer la empresa, junto con fray José y el clérigo Gismondi, quienes partieron en agosto de 1921, unas semanas después de su propia partida al Brasil. Sufrieron porque las instalaciones aún no estaban listas, por el lenguaje difícil de descifrar, por la personalidad a menudo indescifrable y por algunos detalles que eran como pinceladas escogidas en un cuadro: por ejemplo el enfrentamiento casi inevitable con un señorón que se decía cristiano, arrendatario hasta el momento de las tierras destinadas a la misión.

Cuando Don Orione regresó de América en julio de 1922, sus buenos hijos en Palestina estaban dando los primeros pasos, enfrentando las primeras dificultades. Los consoló: "Vuestra tarea, por ahora, debe ser esparcir la buena semilla en las almas... si os resulta difícil organizar las simientes en la tierra...". Precisaba que debían insistir, en particular en las familias cristianas y en sus hijos, y obrar más con el amor y el trabajo que con las palabras: abrir en Tierra Santa un cuartel de la Divina Providencia, con la esperanza de poder desarrollar luego las actividades de la Obra. El desarrollo de la misión en Palestina parecía adecuarse, por afinidad y semejanza, al ambiente descarnado y a la madera concentrada y antigua de los olivos, única riqueza del país. Su progreso fue lento, pero se hundió profundamente en el suelo palestino. En los años siguientes, se abrió algo así como un hueco de luz: en mayo de 1925, la Asociación de Misioneros Italianos invitó a la Obra a Cafarnaum, junto al monte de las Bienaventuranzas: en un único edificio funcionaban un hospital, la sede de la administración agrícola y una iglesia para los italianos. Hacia allí se dirigieron Don Adaglio y fray José, pero mientras tanto su ausencia debilitó la misión de Rafat, de la que se

XXXV - Partida para el nuevo mundo - Brasil El triángulo de las metrópolis

Es necesario recapitular las grandes etapas de la misión de Don Orione en Brasil. Hemos visto partir, en 1913, a Don Dondero y otros dos sacerdotes hacia Mar de España, donde los esperaba el gran Obispo negro Silverio Gómez y Pimenta para la fundación de una escuela- orfelinato. La afluencia de niños y muchachos de color fue notable: algunos indios con rostro color de tierra y sombra; otros negritos nacidos en el Brasil de padres africanos... En sus cartas, Dondero captaba sus diferencias; indolentes y cerrados los primeros, más vivaces y abiertos los últimos. Como el trabajo crecía, Dondero, respetuosamente, pidió refuerzos. sí fue enviado Don De Paoli, cuya llegada demostró las grandes posibilidades y lagunas de la misión iniciada. Mientras tanto crecían las exigencias y Don De Paoli aceptó la del Obispo Silverio de ocuparse del "Asilo Patrocinio", en San José das Tres Ilhas. Con ello se demostraba que los misioneros eran demasiado escasos para el inmenso Brasil; pero si hubieran sido muchos Brasil hubiese sido demasiado poco para ellos. ¡Y Don Orione se preocupaba por no contar con los hijos suficientes para poblar apostólicamente un continente! En 1914 envió un llamado a todos sus hijos, diciendo: "¡Necesito santos!". En 1918 había decidido partir él mismo hacia el nuevo mundo, cuando enfermó gravemente y se vio obligado a renunciar. Finalmente en 1920 logró mandar a Don Casa y Don Ballino, para que se unieran a los hermanos Dondero y De Paoli e intentaran establecer un orfelinato en grande que incluyera un colegio para internos y externos. Mientras tanto se le ofreció a Don De Paoli la dirección de la "Casa de Preservacao", en Río de Janeiro, instituto escolar que contaba con 260 muchachos y un sector femenino. El ofrecimiento era importante. Disponer de un instituto ya conocido en el corazón de la capital no significaba poco para una congregación religiosa extranjera recién llegada y con pocos años de existencia. Don Orione comprendió la importancia de aceptar. Había llegado, por lo tanto, "su" momento. Era preciso viajar a esa tierra lejana que el Señor le ofrecía con insistencia. Más que prepararse personalmente, había que disponerlo todo a favor de la congregación durante su ausencia. No actuó con vacilaciones. Sabemos que Don Sterpi representaba el sustituto ideal y Don Orione sólo tuvo que poner en sus manos simbólicamente el sello de la dirección. Naturalmente, subsistían varias cuestiones que debían ser resueltas personalmente por Don Orione, por conciencia y necesidad. Por lo tanto puso rápidamente manos a la obra para desatar nudos y desenredar ovillos. ¡Y qué rápido se volvía el Fundador, mejor dicho, cómo aumentaba su velocidad, cuando las circunstancias apremiaban!

El 30 de junio el Sumo Pontífice lo recibió en una extensa y cordial audiencia. Don Orione no podía ni siquiera pensar que no volvería a ver a Benedicto XV: consejos y proyectos se entrelazaban en aquella última conversación que describió en una circular de despedida a todos sus hijos e hijas, el 3 de agosto desde Génova, precisamente desde Casa Gambaro. En la circular decía, entre otras cosas: "¡La paz de Jesucristo sea con vosotros! "He celebrado hace algunas horas la última misa a los pies de nuestra Virgen de la Divina Providencia, en la Casa de Tortona, y ahora parto para Brasil, donde debo permanecer por algunos años para encontrarme con esos Hijos de la Divina Providencia que la mano del Señor ha trasplantado allá. "Pero, mis amados en Jesucristo, no sé dejarlos sin dirigirles una palabra de afecto paternal, sin enviarles un último saludo, una especialísima bendición... "Deseo de todo corazón que quienes viven y trabajan a la

sombra de la Divina Providencia se conserven y comporten siempre en todos sus actos como verdaderos hijos de la Providencia del Señor, pues la mirada de nuestro padre que está en los cielos estará siempre sobre nosotros. "Que nuestro espíritu sea un espíritu grande de humildad, de fe, de caridad; que toda nuestra vida esté entretejida por la plegaria. "¡Sólo con la caridad de Jesucristo se salvará el mundo! Debemos rellenar con caridad las grietas que dividen a los hombres, repletas de odio y egoísmo. "Que entre vosotros, mis queridos hijos, reine esa grande, suavísima y sobrehumana caridad que siempre hizo de vosotros un solo corazón y un solo espíritu; Dios os ha bendecido por ello y así se ha podido, gracias a este gran espíritu de unión y caridad, aunque no sea suficiente, hacer - con la divina ayuda y con la bendición de la Iglesia - el bien a un número alentador de almas y mantener en pie no pocas obras.

"Que Dios aleje de nosotros todo espíritu de soberbia y vanidad y que todo sea para su mayor gloria...". Al partir, dejó como sustituto a Don Sterpi, del que escribió, precisamente en esa circular: "Si Dios me dijera: 'Quiero darte un continuador que actúe de acuerdo a tu corazón', le respondería: 'Dejad, Señor, porque ya me lo habéis dado en Don Sterpi'". El 4 de agosto se embarcó en el "Príncipe de Udine". Un día después, la nave se detuvo en Barcelona y Don Orione descendió y visitó la ciudad, en particular Santa María del Mar; por lo que se sabe, fue su primer contacto con la tierra española.

Después de Gibraltar, se encontraron en el océano abierto entre el 6 y el 7. Días de ilimitada luz se alternaron con noches densas de estrellas. Un deslizarse sobre la oscura masa de agua que parecía esconder fosforescencias profundas. Eran horas de preparación similares, quizás, a las vividas por los antiguos buscadores de tierras. Entonces, los conquistadores de lo desconocido navegaban preocupados sobre todo por el oro y el poderío pasajero; ahora, por el contrario, la conquista era de almas y eternidad. Navegaban, como entonces, hacia reinos desconocidos, mas era como si las estrellas trazaran el itinerario durante las profundas noches ecuatoriales. Don Orione buscaba, cuando le era posible, un lugar en la cubierta para contemplar la creación: nunca quizás, se le había aparecido tan libre y con tanta amplitud de luces y trazos. Mientras la mayoría de los pasajeros o de la tripulación dormía, el misionero oraba. El paseo nocturno por la nave parecía un camino perenne, simbólico, y Don Orione se sentía el más pequeño al que Jesús confiaba la tarea suprema y más urgente. ¡Almas y almas! Se consumía de gratitud por la misteriosa elección obrada en su persona. 10, 11, 12 de agosto... Se aproximaba la fiesta de la Asunción y Don Orione tenía un particular afecto por el tema mariano: reconocía en el gran milagro la predilección de Dios hacia la criatura elegida que había vivido la divina maternidad en la más intacta humildad. Humildad, pureza, las características de María que tanto decían al corazón de Don Orione y tanto enseñaban a su alma. Se sentía feliz de vivir los días de la Asunción en el recogimiento del Océano, como un preludio a su total entrega como misionero. Meditación, afecto, ejercicio, aprender de María y dar todo sin presumir ni pedir nada; no podía haber mayor consuelo que reconocer una correspondencia casi misteriosa entre la elección por parte de Dios, de la Virgen Inmaculada, y el favor sacerdotal que se le había concedido a él, un pobre hombre, favor que ahora se enriquecía con la contraseña de la misión americana. En aquellos días benditos, debieron existir, verdaderamente, gracias místicas particulares. El 10, Don Orione escribió una carta: "Hoy el Señor me hizo sentir mucho consuelo interior..."; y pocos días después, a Don Sterpi: "La Virgen me ha consolado ampliamente, en especial entre el 15 y el 16 de agosto...". La sobriedad de la anotación no llega a disminuir para nosotros el valor de aquellas horas privilegiadas. La misma anchura del

XXXVII - Avanzadas: Tierra Santa - Rodas - Polonia

El 4 de julio de 1922 Don Orione desembarcó en Génova. Sentía una viva nostalgia del "Nuevo Mundo" que había abandonado. Tierras desmesuradas, almas aisladas, abandonadas, ignoradas, metrópolis que crecían, como temibles terrenos cubiertos de hongos de trabajo y engaño, de opulencia y miseria, pequeñas ciudades desperdigadas en grandes distancias, casitas blancas y palmeras gigantescas... Un mundo tan variado, tan prometedor pero ¡tan necesitado!... El peligro consistía en que creciese sin Dios. Don Orione era demasiado inteligente como para no ser golpeado por los dos aspectos más insidiosos de la cuestión: la sed de lucro y el excesivo desnivel social. Esa concentración de la riqueza en pocas manos, esa permanencia de razas enteras en la indigencia... ¿Cómo plantear todos los problemas,cómo resolver "el problema", allí donde imperaba a tal punto la discordia social? Don Orione presentía qué habría de suceder en los cincuenta años siguientes. A nosotros, que vivimos el actual drama de América Latina, no se nos escapa su clarividencia de entonces. Tanto más cuanto que había identificado acertadamente dos de las causas, entre las muchas existentes: la escasez de clero y la insuficiencia espiritual de algunos miembros del mismo. Entre los misioneros había encontrado algunos que sólo deseaban independencia y dinero; por lo demás, dichos sacerdotes trabajaban en un mundo laico que - entre luces y sombras - progresaba mecánicamente y crecía asombrosamente. Por lo tanto, Don Orione comprendió enseguida la pavorosa desproporción entre los trabajadores de la viña y la viña misma. Ante esta perspectiva, reaccionaba a su manera: cuando las necesidades externas lo acuciaban, su actividad se convertía en fuego vivo. De haber podido, hubiera multiplicado por mil su propia vida para dedicarla a las necesidades del nuevo mundo. Era urgente dedicarse a América. Este sentimiento, esta convicción se convertían en su persona en voluntad y entrega, en esperanza y lamento: "Regresé a Italia con la mente y el corazón más iluminados y dilatados por la caridad de Jesucristo crucificado, y me preparo para volver a cruzar e océano si la bondad de Dios así lo desea... "Pienso que, así como los Apóstoles comenzaron su vida apostólica abandonándolo todo para seguir a Cristo, así y sólo así se llega a ser misioneros reales, y no sólo de nombre, profesionales y traficantes de dinero. "Sostengo, y ahora estoy más convencido que nunca, que la obra de las misiones es santísima y constituye una enorme gracia de Dios el ser llamado a las misiones; pero también aprendí que se trata de una obra sumamente ardua y peligrosa y que requiere suma prudencia... "Vi con profundo dolor que en Brasil y Argentina los hombres verdaderamente apostólicos son muy pocos, y que si los misioneros fueran menos numerosos pero más virtuosos, más desinteresados y con mayor espíritu de sacrificio, se cosecharían almas en mucha mayor abundancia".

Deseaba con todas sus fuerzas regresar a América y proyectó hacerlo con el padre Semeria, cuya singular eficacia conocía y que encuadraba sólidamente en las directivas de la Iglesia; pensó nuevos métodos y planes para realizar allá... Este impulso parecía encontrar nuevo aliento desde lo alto: a Benedicto XV había sucedido Pío XI, que quedó en la historia de la Iglesia como el "Papa de las misiones". Es sabido que, durante su pontificado, la eficiencia global del mundo misionero católico llegó casi a duplicarse; y este aliento, este incremento se presentía desde los comienzos. El impulso misionero de Don Orione se adecuaba perfectamente al clima suscitado por las directivas de Pío XI; razón de más para continuarlo.

1922, domingo, después de una breve enfermedad, y su muerte fue profundamente sentida por cuantos apreciaban su luminosa guía. Don Orione se preparó para volver a la patria. El 19 de marzo de 1922 nombró a Don José Zanocchi su representante en América; el 13 de mayo embarcó en la nave "Palermo"; el 14 predicó a los pasajeros; el 16 desembarcó en Santos y llegó a San Pablo; el 24 estaba en Río de Janeiro y poco después en Mar de España. "El Santo Padre - escribió a su obispo, Monseñor Grassi - en u última audiencia, al bendecirme, me expresó que estuviese fuera tres meses, mas el período me fue prolongado... Pero regreso pronto, si Dios quiere, y como yo también lo deseo, ahora que las cosas en Brasil están encaminadas y bien encaminadas, con la ayuda del Señor... Se trabaja y se espera mucho del provenir. En Brasil me dediqué a recoger hijos de la calle, ¡cuántos hay! Y cuántos hijos de italianos, pobres muchachos, tan inteligentes, tan buenos de corazón, tan abandonados... El 18 de junio se embarcó en el "Rey Víctor Manuel III" y durante la navegación compuso la circular Ecce Quam Bonum..., verdadero himno a la caridad. "Anhelo cantar el cántico divino de la caridad, pero no quiero esperar a cantarlo cuando me vaya al Cielo. Por tu infinita misericordia te suplico, oh Señor y Padre nuestro de mi alma, me concedas la posibilidad de iniciar este cántico desde la tierra; aquí, Señor, ante este amplio horizonte de aguas y cielo, desde este Atlántico que me habla de tu poderío y tu bondad... <167>.

<166> Precisamente en aquellos días, dio una brillante conferencia en Bernal sobre Domingo Savio, figura muy querida por él. Todo su espíritu salesiano, todo su afecto hacia Juan Bosco, se encendieron en sus palabras y se trasladaron a los ánimos de los oyentes. Y los días transcurrieron mientras se organizaban las nuevas casas argentinas. Mientras tanto, se ocupó de una delicada reconciliación interna en la Congregación de la Madre Michel: las religiosas de San Pablo tenían un grave desacuerdo con las otras, y ya Monseñor Capra, director espiritual, se había empeñado inútilmente en ponerlas de acuerdo. Fracasada su misión, el intento fue asumido por Don Orione. De esta sutil y laboriosa ocupación nos quedó un intenso intercambio de cartas, en las que el Fundador se revela tal como es: todo espíritu paternal y maestro de humildad; por eso, a pesar de que las cosas no se modificaron, nos permiten conocer a Don Orione en su faceta de consejero y pacificador. <167> A. Bianchi, crónica "Don Orione en Brasil", 1, IV; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, pág. 436 y s; fasc. Mons. M. Silvani, 9, VII; fasc. Venturelli, 10. I; fasc. G. Montagna, 24. III; fasc. Mons. Grassi, 45-102 y s; 59-122, 64-14 y s; "Don Orione y la Virgen", págs. 56, 115, 118, 2131; C. Torriani, "Madre Teresa Michel", pág. 123 y s; "Cartas de Don Orione", v. I, págs. 279, 427; fasc. Sparpaglione, pág. 381; fasc. Pesce Maineri, 6. I.

Océano concordaba con el espacio desembarazado de límites terrenales que se abría ampliamente en su alma. Era una apertura del horizonte, una expansión del espíritu en el arco pleno de la tarea misionera, de océano a océano. En su lejano sueño premonitorio, Don Orione había visto todos los rostros de color que pueblan la tierra bajo el manto de María.

El 19 de agosto apareció el Brasil en el horizonte , y poco después la nave ancló en el puerto de Río. Don Orione no se cansaba de mirar. Las vastas aguas se extendían, lisas e intensas, desde la masa azul de los cerros cercanos a la costa, hasta la peña enorme y solitaria del Corcovado, envuelta también en reflejos de zafiro, y el blanco semicírculo de la ciudad; todo era inmenso, la luz se volvía acariciante con matices azules casi aterciopelados, y luego estallaba en el blanco enceguecedor, como de cal viva, de la metrópoli costera. Don Orione tuvo tiempo de gozar de esta belleza porque la escala duró veinticuatro horas: trámites de llegada, verificaciones sanitarias, revisión de equipajes, etc... La bahía se transformó, de hora en hora, bajo sus ojos, para ofrecerle, en una especie de bienvenida, todos los colores de la creación: fue, primero, una inmensa cuenca veteada de oro, luego se encendió en una extensión de llamas y finalmente se aplacó en una lámina de turquesas y ópalos. Y sobrevino una noche de centellas innumerables en el cielo y sobre la tierra. A la mañana siguiente vinieron a buscar a Don Orione y a sus compañeros, el primo Eduino y Don De Paoli, y los condujeron al orfelinato de la Madre Michel: allí Don Orione celebró la primera misa en tierra brasileña. Luego, en las amplias calles de Río, vio pasar entre los edificios irregulares y las hileras de palmeras, muchos rostros blancos, indios, negros... Imposible no reconocer y no revivir, en ese momento, el sueño lejano convertido en realidad. Caminó como en una levitación de reconocimiento; le parecía que no tocaba la tierra. Ni siquiera las visitas oficiales que debió realizar lo separaron de esa privilegiada condición espiritual: visitó al Nuncio, Monseñor Gasparri, sobrino del gran Cardenal, que le había dado una carta de presentación; luego al Arzobispo, cardenal Albuque; también visitó al Obispo Auxiliar, Monseñor Leme, con quien se entretuvo hablando de proyectos concretos. En el centro de aquel primer fervor estaba la "Casa de preservación" en Río, en la que todos se hallaban interesados, desde el cardenal al Auxiliar, y también el doctor Nabucco, un amigo del Presidente de la República al que Don Orione visitó desde los primeros días. Tales conversaciones parecían tejidos de una compleja urdimbre, en cuyo centro brillaba un tema netamente orionino: "estamos en Brasil por y para los pobres". Tanto la personalidad como las intenciones de Don Orione se reconocían con facilidad y su transparencia permanecía en el ánimo de sus interlocutores. Por su parte, Don Orione se preparaba para sus próximas tareas de un modo sumamente religioso. Oraba durante largas horas nocturnas y en las restantes, dormía sobre el suelo. En aquellos días hizo voto de entronizar a Nuestra Señora en las Casas que se fundaran y mientras miraba a u alrededor, dando una primera vuelta al horizonte, no se esforzaba por trazar proyectos ni por anticipar decisiones: por sobre todas las cosas pedía a Dios lo iluminara; se entregaba a El en forma total. El 28 llegó a Mar de España. La pequeña ciudad airosa, nueva, conservaba el encanto provinciano brasileño todavía "colonial" en las casas blanquísimas y bajas, en las altas palmeras, presentes por todos lados, en la gente de diversos colores. Tenía seis mil habitantes y con los de los alrededores se llegaba a diez mil; todo giraba en torno a la "Casa de la Divina Providencia" y la casa era linda y espaciosa, con una capilla similar a la de las grandes ciudades. El Fundador la describiría así en una de sus cartas: "La pequeña ciudad tiene a su alrededor muchas pequeñas aldeas. La comuna cuenta con numerosas parroquias y con 30 o 40 mil habitantes. Nuestra parroquia se extiende sobre un territorio que incluye de 10 a 12 mil habitantes,

con poblados que distan unos 15 mil kilómetros entre sí; cada una tiene su pequeña iglesia a la que se va a caballo los domingos; para tal fin se tienen seis o siete caballos... Pero, como escasean los sacerdotes, muchas aldeas no los tienen. Lloro al ver a este pueblo sin un sacerdote que bautice a los niños y asista a los enfermos y bendiga las tumbas...". Un momento particularmente emotivo fue aquél en el que el Fundador, en el transcurso de la Misa, dio la comunión a veintún jovencitos negros e indios recogidos por el instituto. De tal modo, la Casa de Mar de España se convirtió en el "cuartel" de la misión.

Resultaba difícil disponer estratégicamente las "fuerzas": seis hombres en total y siete con el Fundador que, como es obvio, era el más provisorio del grupo. Tal era uno de los puntos clave de las primeras decisiones, y Don Orione barajaba a aquellos seis hombres, los sacaba, los volvía a poner, los trasladaba como peones sobre un tablero inmenso. Brasil se le presentaba como una típica tierra de misión: almas y más almas, a distancias y en condiciones que ponían a prueba la fantasía... Cuando se le presentaba de manera más cruda la desproporción entre la viña - todo el mundo - y los poquísimos trabajadores, dirigía su mente a sus hijos de Italia: "Necesito santos...". Enseguida empezó a acosar con pedidos a Don Sterpi, quien, a su vez, rezaba, meditaba, vacilaba y terminaba no animándose a desproteger posiciones ya establecidas para crear otras nuevas tan lejanas. Mientras tanto Don Orione esclarecía y consolidaba sus propias líneas maestras: limitarse, en el primer período, a las ciudades grandes: Río, San Pablo, Santos. En un segundo momento, lanzarse hacia el interior, apenas se hubieran creado nuevos noviciados que garantizaran un desarrollo autóctono de la congregación. Por ahora, el triángulo de las metrópolis debería absorber la actividad. El problema consistía en penetrar con personal adecuado, a pesar de su escasez. Para "conquistar" tres ciudades grandes y en veloz crecimiento, disponía de un centro mínimo en un villorrio: Mar de España; era como querer conquistar tres océanos con una cáscara de nuez. Pero conocía la misteriosa consigna de multiplicación de las obras de Dios y no dudaba: a Río podía penetrarse por medio del "Instituto de Preservación", excelente cabeza de puente que, por ahora, estaba en una casa ajena; era imprescindible pensar rápidamente en un enclave propio, aunque fuera modestísimo. Se trasladó entonces a San Pablo, donde el Arzobispo lo recibió con viva cordialidad y con grandes ofrecimientos: la cura de almas en la paupérrima zona de Brar, ¡cien mil almas a las que revelar a Cristo! Luego se dirigió a Santos, donde también se le propusieron grandes proyectos. Allí, en torno a una amplia aldea en formación, se abría un mundo que esperaba. La directiva de los "tres puntos estratégicos" debía concretarse de acuerdo a la otra, más esencial y profunda, de buscar a los más necesitados. El pensamiento volaba, en primer lugar, a los huérfanos y los abandonados. La elección geográfica podía ser facultativa, pero la humana era perentoria: "No buscamos oro en el Brasil; buscamos a los más pequeños y pobres". El 15 de octubre se inauguró el Instituto escolar de la "Preservación" en Río, con centenares de alumnos y un sector femenino separado, bajo la dirección de Don De Paoli, Don Ghiglione y el clérigo José Dondero; la casa se consagró a Nuestra Señora de Nazareth. Se había dado un primer paso pero... estaba ya empleado el cincuenta por ciento de las fuerzas disponibles (tres sobre seis). Don Orione volvió a acudir a Don Sterpi; como toda respuesta, le llegó una carta desde la Argentina, escrita por el secretario de la nunciatura de Buenos Aires, Don Maurilio Silvani, que conocía bien a los orioninos y estimaba mucho al Fundador; en su mensaje, los invitaba cálidamente a la Argentina, mostrando necesidades y posibilidades enormes... "Señor, ¡necesito santos!...". Cada vez que le llegaban invitaciones de este tipo, Don Orione se sentía entre el yunque y el martillo (... pero el martillo se hallaba en manos de Dios y con eso estaba todo dicho). Mientras tanto,

sólo en el individuo, sino también en el ambiente": era, en cierto modo, el tábano de la discriminación racial que tanto sufrimiento causó en la historia de los hombres... La perspectiva de Luis Orione era diferente: almas y almas, libres bajo el soplo de la gracia, libres dentro del aliento de Dios. ¿Por qué preocuparse de leyes étnicas que se deshacen como algodón bajo la poderosa afirmación de la persona humana valorizada, alimentada por la gracia? Por cierto, no excluía una cautela particular respecto al "individuo" seleccionado, pero no relegaba a una fatal incapacidad por su piel a los santos y a los idóneos. Nadie podía estimar y amar más este criterio que el Obispo, Monseñor Silverio, gran prelado de raza negra. Se había planteado la elevación espiritual de su pueblo como objetivo eminente de su vida y apreciaba el pensamiento de Don Orione, que escribía: "Las dos familias religiosas de color, acatando las leyes canónicas en las reglas y en la vida, deberán ser la forja de donde surja un clero y religiosos empeñados, a su vez, en suscitar y desarrollar vocaciones de color, dedicándose a la educación de la juventud negra más pobre; los misioneros negros así formados deberían llevar la palabra y acción evangélica a Africa, allá de donde estos amados hermanos fueron traídos como esclavos, regresarán a llevar la libertad de los hijos de Dios. Y aquel continente, hasta ahora refractario a los misioneros blancos, será conquistado para la Cruz, con la predicación, los sacrificios, la sangre de los misioneros negros".

Admirable reparación histórica. "Los negros de Brasil - continuaba Don Orione - bárbaramente arrancados de Africa y víctimas aún hoy de prejuicios anticristianos e inhumanos y de una injusticia social que pesa sobre ellos desde hace siglos, irán a una nueva Cruzada y Dios, Dios omnipotente, los conducirá, porque él elige a los débiles para confundir a los fuertes y aquello que no significa nada a los ojos del mundo para humillar la soberbia del siglo. "Y entonces Africa recibirá a Jesucristo y la civilización de sus mismos hijos, de los africanos. "Y esto lo hará el Señor. Y será una enorme gloria poder realizar aquellos que naciones fuertes, cristianas y civilizadas, no supieron o no quisieron hacer...".

El 15 de enero partió de Génova otro contingente compuesto por cinco miembros elegidos entre los más idóneos: Don José Zanocchi, Don Enrique Contardi, Don José Montagna, Don Carlos Alferano y el clérigo Francisco Castagnetti; llegaron el 1º de febrero y fueron recibidos por Don Orione en el puerto de Río. Se produjo, en ese momento, un intercambio: Don Orione ascendió a la nave para ocupar el puesto de Don Alferano, quien a su vez descendió y se trasladó a la casa de San Pablo a que fuera destinado. El Fundador prosiguió a su vez hacia la Argentina, acompañando a los recién llegados hasta las obras ya establecidas: la iglesia de Victoria, con una escuela de "artes y oficios" y una casa - correccional - en Marcos Paz. Con ellos fue, para quedarse, el clérigo José Dondero <166>. Nos queda un conjunto de cartas de singular alcance, dirigidas por el Fundador a las pocas Casas del nuevo mundo; durante los tres meses transcurridos en la Argentina, se ocupó continuamente de sus hijos en Brasil. Se dijo con justicia que de día actuaba en la Argentina, y de noche en Brasil, a través de la pluma. En el silencio y el recogimiento profundizaba los temas más urgentes: vida religiosa plena y regular en esas casas y un sano equilibrio en el tratamiento, en el horario, en los ejercicios espirituales. El tema de la educación asumía gran importancia, pues era preciso armonizar las exigencias de ambientes muy diversos y de diferencias de origen racial. Esta temática será retomada en la magistral circular de 1922 sobre la educación, llamada, con razón, la Carta Magna del sistema pedagógico orionino. Pero llovían los reclamos de Italia y Don Orione entendía no poder detenerse ya mucho tiempo; en el interín habíase apagado Benedicto XV, el pontífice venerado y amado; había partido el 22 de enero de

trabajo; habrá una iglesia anexa, pero será una iglesia hermosa, de estilo italiano y se unirán Dios y el pueblo, no en el sentido mazziniano, sino en el más puro y elevado sentido cristiano. ¡Pobres inmigrantes, pobres hermanos italianos que sólo en San Pablo, entre padres e hijos, suman más de trescientos mil, toda sangre italiana! ¡Cuántos dolores se curarán! ¡Cuántos regresarán a Dios después de años y años al oír a los sacerdotes hablar con amor de Italia!... Hice una predicación sobre la Virgen y se llenó la sacristía: toda gente de nuestra región, también periodistas, bastante alejados de la práctica cristiana. Después de escuchar mi trozo de predicación montañesa, una cosa común, estos buenos italianos se sintieron tan conmovidos en su fe que me rogaban los dejara abrazarme por el aliento brindado a su vida espiritual...". Luego agregaba una observación aguda y práctica respecto a los inmigrantes: "Lo he advertido repetidamente: el que abandona nuestra lengua, abandona la fe; quien abandona la fe, abandona fácilmente nuestra lengua...". Y concluía: "Debemos caminar con estas masas de pueblo italiano, debemos mostrarles nuestro amor, no abandonarlas jamás porque ¡Jesús no las habría abandonado!". Otro rasgo digno de subrayar es ese sentimiento de la estirpe que Don Orione no perdía no obstante su cosmopolitismo espiritual: ciudadano del mundo, conservaba un fino sentido de italianidad; hombre de grandes ideas, captaba y concretaba los detalles en las necesidades y los remedios.

Una vez establecida la primera sede en la Argentina, regresó a San Pablo para la fiesta de la Inmaculada; viajó a Santos, declinando por el momento los terrenos ofrecidos y el 15 de diciembre estaba nuevamente en Río de Janeiro. Allí enfermó; nuevamente el cansancio, el clima, la tensión, las decisiones le jugaron una mala pasada, obligándolo a guardar cama. El médico habló de los bronquios, de los pulmones, de ungüentos y pomadas que debían aplicársele. De lo último se encargó Don Camilo Secco, robustísimo y hasta rudo, maestro enfermero que habría podido curar... un dromedario. Comenzó así una especie de martirio, muy bien tolerado por el paciente. Don Secco era, por otra parte, muy competente en la materia: sólo que su secreto consistía en no hacer cumplidos y en no tener miramientos. "La espalda me chirriaba... y Don Camilo, con sus manazas de San Pedro, gruesas y rústicas, me hacía los masajes todas las noches... Durante la guerra mi dulce enfermero había estado al servicio de un veterinario y aprendió a curar con mano fuerte. Así pues, yo escribía las hojas de mi discurso a las monjas de la Michel, mientras mi espalda parecía arder... Pero comprendo que el pobre Don Camilo lo hacía por devoción, y cuando se me escapaba algún suspiro, me consolaba diciendo: 'No tema, que un diablo saca al otro; además, yo conozco el oficio de enfermero, lo aprendí durante la guerra'. Y al rescoldo de aquel fuego, me iba surgiendo la prédica para las monjas...". Pronto su salud se restableció quizás por mérito del tratamiento. Mientras tanto, su pensamiento se volvía más preciso: convenía crear dos familias religiosas, una masculina y otra femenina, "constituidas únicamente por personas de color", como "ramas de una misma planta"; ambas "deberían alimentarse del espíritu que animaba a la Congregación de la Divina Providencia; de ésta recibirían directivas de gobierno y a ella permanecerían estrechamente unidas". El pensamiento respondía a una exigencia cada día más visible en el interior de la Iglesia: dar a la población de color, y a cada tierra en general, sacerdotes, párrocos y obispos propios. Era un movimiento inspirado en las misiones, cuyo objetivo era: convertir, y que se servía de las escuelas para elevar y de los seminarios para preparar, seleccionar. La elevada misión de la Iglesia surgía nítidamente en este itinerario de las almas que se iniciaban en la fe. Don Orione fue uno de los primeros en comprender ese gran problema y en procurarle soluciones. En la década del veinte muchos pensaban aún que no era posible obtener sacerdotes de los pueblos primitivos: "La dignidad y la responsabilidad levítica exigían una larga preparación, no

se ponía en evidencia una realidad indiscutible: la presencia del Fundador en Brasil quedaba signada por una lluvia de confianza y de requerimientos. Y, finalmente, recibió la noticia que esperaba: Don Sterpi estaba en condiciones de enviarle cuatro clérigos. Era poco, pero para nuestros misioneros pioneros significaba mucho. En el interín, Don Orione había encontrado cómo y dónde ubicarlos... y ampliamente, porque había aceptado el cuidado de las almas de Brar: una especie de parroquia-diócesis, dotada de una tierra y un pueblo inmensos y de miserias aún más grandes. Los clérigos Arlotti, Gonzales, Stanislao y Menegoni llegaron en los últimos días de octubre de 1921, y el 31 del mismo mes el nuncio, Monseñor Gasparri, y el obispo auxiliar, Monseñor Leme, visitaron la Casa de Mar de España. Se trataba de un reconocimiento oficial importante, en un ambiente como el del Brasil de entonces. Don Orione tuvo, por el momento, la impresión de poder respirar. Las cosas se afirmaban, había llegado cierto refuerzo, las autoridades eclesiásticas aprobaban, las puertas de Río y de San Pablo estaban abiertas, en Santos se podía entrar en cualquier momento <165>

<165> "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 428 y 431 y s; "Cartas de Don Orione", vol. I, pág. 279 y s; 427; A. Bianchi, crónica "Don Orione en Brasil", 1, IV.

XXXVI - Buenos Aires - Río de Janeiro - El regreso

Se hubiera podido respirar y descansar... pero las fatigas del viaje, la novedad del clima, la intensidad del período transcurrido entre emociones, esperanzas, encuentros en los que se debían asumir compromisos y, de manera particular, las privaciones, actuaron al unísono, como un concentrado depresivo, sobre la resistencia cardíaca de Don Orione. Los dolores comenzaron de noche, y no pidió ayuda a nadie de la Casa: "... Me parecía que moriría tranquilo en la misericordia de Dios...". Luego se repitieron, embistiendo con vehemencia, pero inútilmente, la impasibilidad del enfermo: "Le daba poca importancia a los dolores físicos". Aún no había mejorado cuando le llegó desde la Argentina otra carta de Monseñor Silvani, rogándole se resolviera: "Aquí hay para elegir. Monseñor Francisco Alberti, Obispo electo de La Plata, le costea el viaje y se encarga de conseguirle una buena residencia lo más cercana posible a la capital argentina; se habla de ofrecerle un orfelinato en Mar del Plata, una colonia agrícola en Pergamino... Pero venga, venga pronto, en noviembre, que en la Argentina es el mes de la Virgen y de las flores. Aquí no hay nada para los pobres, para la escoria de la sociedad. No hay nada para los niños abandonados, para los desamparados...". Le hablaba también de la grandiosa peregrinación anual a Luján, frecuentada sobre todo por los italianos, pues aquella reunión a los pies de María era una manifestación particularmente venerada por la colonia italiana. Monseñor Silvani había propuesto a Don orione como orador y había obtenido el consentimiento de la oficina directiva. Por lo tanto, ahora le transmitía el pedido de que realizara esa predicación ante varios millares de compatriotas. Don Orione aceptó: "Estaré presente en la peregrinación a Luján; allí, a los pies de la Virgen, comenzará la misión de los Hijos de la Divina Providencia en la Argentina; predicaré, haré todo lo que queráis...". El 8 de noviembre se embarcó en la nave inglesa "Deseado", y el 11 escribía a un clérigo italiano: "Desde el océano, a bordo de un vapor inglés. ¡Ahí aparece Montevideo! Suspendo, porque recibí esta noche un telegrama de Monseñor Maurilio Silvani, de la Nunciatura de Buenos Aires, que me dice que descienda en Montevideo y me traslade a bordo de un vapor local que llegará más rápido a Buenos Aires, para estar a tiempo pasado mañana en la gran peregrinación de numerosas decenas de millares de italianos que se dirigen al más célebre santuario de la Virgen en la Argentina". Pero el "atajo" sugerido por Monseñor Silvani tuvo el efecto contrario, pues Don Orione debió permanecer en Montevideo a la fuerza. Su pasaporte era para la Argentina, no para el Uruguay, y mientras tanto las horas volaban. Don Orione, con profunda tristeza, no pudo llegar a tiempo a Luján. Fue la privación más grande que debió sufrir durante su estadía en América Latina en aquel período: un estupendo billete de ingreso pagado para llegar al umbral de la Argentina... En compensación, conoció en Montevideo al Arzobispo Monseñor Juan Aragone y a Monseñor Bianchetti, párroco de la Aguada; ambos le ofrecieron institutos de asistencia para obreros y huérfanos, que no pudo aceptar por la escasez de personal; respondió sin embargo que, si la Providencia lo consentía, consideraría tales ofrecimientos.

Llegó a Buenos Aires por la noche del 13 de noviembre de 1921 y fue hospedado por los Escalabrinianos. En los días siguientes, Monseñor Maurilio lo presentó al obispo de La Plata, Monseñor Alberti, quien en seguida, en la primera audiencia, le propuso aceptar la iglesia de Victoria, por entonces capellanía de San Fernando. Tanto la iglesia como la casa estaban abandonadas por falta de sacerdotes. Don Orione quedó perplejo.

De todos modos, tras reflexionar, aceptó visitar esos edificios; Monseñor Silvani, el Sr. Cullen y el padre Maximiliano Pérez lo acompañaron. Por entonces sufría mucho a causa de un dolor de muelas y el malestar aumentaba su preocupación moral respecto a la elección. En efecto, inmediatamente después de llegar le habían ofrecido, de entrada, varias obras: ¿cuál elegir? Mientras entraba en la iglesia no era el mismo: no tenía la expresión habitual, había desaparecido el fervor que lo caracterizaba casi siempre y el rostro parecía velado y trastornado. Luego, mientras se detenían "y mientras nosotros - escribiría después monseñor Silvani - observábamos y admirábamos las bellas líneas de la iglesia, pareció perder el conocimiento; vimos que se separaba, con los brazos en alto y lo escuchamos gritar, como nunca lo habíamos escuchado, de alegría y entusiasmo, y como un niño lo vimos correr gritando siempre hacia la imagen de la Virgen que había llamado su atención y arrodillarse y rezar, conmovido y casi transfigurado... No entendíamos y le preguntamos por qué tanta efusión; él, señalando a la Virgen de la Guardia en el altar, dijo: 'Pero ¿acaso no lo veis? ¡Es la Virgen de la Guardia! Vine a la Argentina con la intención de edificar una iglesia a la Virgen; pero la Virgen fue más diligente que yo y me la da ya hecha... Cuando partí de Génova prometí consagrarle todas mis obras en América y ahora me siento feliz de verla honrada aquí'. Y dijo que aceptaba la iglesia sin pensarlo". Así, gracias a tan agradable encuentro, Don Orione halló la residencia para los suyos y para su apostolado en Argentina. El 17 de noviembre, escribió desde Buenos Aires, tras haber llegado a Luján para honrar a la Virgen, a Monseñor Grassi, Obispo de Tortona: "Hoy comienza mi vida en el nombre del Señor y por las almas de estos huérfanos, en la caridad de Jesucristo. Estuve en el Santuario de Luján y envié un recuerdo con amor de hijo. Puse mi vida en el corazón de Jesucristo y no quisiera dejar en cada momento de brindárselo a la Santa Madre Iglesia y a los huérfanos: son mis grandes amores, por la gracia divina". Esa continua dinámica íntima, ese incesante renovar propósitos, como si a cada instante recomenzase desde cero, eran una característica de Don Orione: un asiduo "convertirse", una inagotable confirmación del darse a sí mismo. Nada fijo, ni estereotipado ni estático en las disposiciones hacia Dios y el prójimo. Estaba muy lejos de esas posiciones de orden, aunque sea en el bien, en las que muchas almas se acomodan; para él nada significaba lo hecho y lo alcanzado y casi le era preciso, a la postre, recomenzar en el bien. Esta actitud de "debutante" en que ponía su esperanza, su compromiso, su alegría, era en realidad el secreto de su inmensa fuerza espiritual. Renacer minuto a minuto en el amor y la práctica del servicio significaba ascender, ascender aunque fuera sin advertirlo: a cada instante, vida nueva y un paso más allá en la subida al monte Sión. Tal era Don Orione. Era así por su ilimitada humildad y su insaciable amor. Para Dios, todo; para sí mismo, nada; y frente suyo, un mar en el que debía lanzarse y hundirse a cada instante: el prójimo. Allí, en la Argentina, se encontró de improviso con la responsabilidad de una iglesia sobre las orillas del gran estuario del Plata; y alrededor de esas aguas que habían parecido de plata a los primeros conquistadores, habíanse formado tres naciones: Argentina, Uruguay y Paraguay. Ahora Don Orione reconstruía la geografía y la historia a su modo: ni plata, ni pueblos felices. Espiritualmente, todo estaba por hacer, por renovar, por saciar; y, en muchos casos, no sólo espiritualmente. La ruina de esa espléndida civilización y de esa valiosísima humanidad estaba constituida por los surcos profundos y oscuros de las diferencias sociales. Los muy ricos se mostraban ostentosamente a los misérrimos, y éstos parecían decirles, sin palabras: "Sois grandes gracias a nuestro sacrificio: sois poderosos porque vivimos en condiciones infrahumanas". De inmediato Don Orione intuyó y caló hondo: su genio consistía en ver y prever. "Con la ayuda de Dios y de las almas generosas, abriremos un secretariado y una oficina de trabajo y una Casa Obrera Italiana, con dos secciones separadas, la masculina y la femenina; será la verdadera casa del pueblo y del

director. Transformemos la Casa Madre, que es el corazón de la obra, en una gran casa para las vocaciones. Enviemos los estudiantes a otro lado. Que esta casa sea una casa especial, dispuesta para nuestros aspirantes a clérigos". Hubo un aplauso general. "No tengo otras ambiciones más que ésta: ser 'el sacerdote de las vocaciones'", había dicho numerosas veces Don Orione. Rápidamente el Colegio "Paterno", destinado a los estudiantes, fue transformado en casa vocacional y allí se estableció la base para recibir, en gran escala, a los candidatos al sacerdocio; Don Orione se convirtió en buscador de vocaciones, en cazador... Lanzó por todas partes a los "exploradores de vocaciones", difundió una carta que actuó como rastrillo en todas las casas parroquiales y en numerosos institutos de Italia: era una apelación general, era la "colecta de las vocaciones".

"A los Reverendísimos Párrocos, Directores Espirituales, padres y maestros "Vengo a realizar la colecta de las vocaciones. Y busco, en especial, a aquellos jovencitos que muestren deseos de hacerse sacerdotes o hermanos coadjutores y que estén dispuestos, con el consentimiento de sus familias, a formar parte de esta naciente Congregación de los Hijos de la Divina Providencia, la cual, como ya fue bendecida por el Vicario de Jesucristo y los obispos, podrá extenderse, en breve, fuera de Italia... "Y la Congregación está dispuesta a aceptar jovencitos pobres, porque constituyen una buena esperanza para la Iglesia. Y los educará, con la ayuda de Dios, en la doctrina de Cristo, con una piedad eucarística sólida y ardiente, con un fervoroso espíritu de caridad y de apostolado, y los asistirá con un cuidado especial en los estudios y en la formación religiosa. "Hermanos, ¡brindemos trabajadores y buenos trabajadores para los vastos campos de la fe y de la caridad! "La mirada experta de Vuestra Señoría habrá, por cierto, entrevisto un rayo de vocación celestial en algún humilde muchacho: son los pequeños Samuel que la Providencia Divina suscita a cada instante para el servicio de la Iglesia y para la ampliación del Reino de Dios en el mundo. "No vengo a cosechar las mieses; dejo que cosechen los obispos para sus seminarios y luego, como cuando muchacho iba con mi pobre madre a espigar por los surcos quemados por el sol, vengo también, en nombre de Dios, a recoger las espigas abandonadas, las humildes espigas que pudieron haberse perdido. Y con la gracia divina, intentaré extraer también de ellas alimento y pan de vida para las almas. "¡Cuánto caminar por las vocaciones de los muchachos pobres!... " 'Muchos son llamados al servicio del altar' escribía aquel gran siervo de Dios que fue Don Rua, 'pero muchos se pierden porque no siempre pueden ser ayudados'. "Por lo tanto, si Vuestra señoría ha descubierto entre los niños que frecuentan la iglesia, algún jovencito pobre, quizá un poco olvidado, pero con el candor de la inocencia y los signos de la vocación al servicio de Dios, permita que humildemente le ruegue me lo envíe. "Brindaré a todos las facilidades posibles. La Virgen me ayudará. Las vocaciones sacerdotales de los muchachos pobres constituyen, después del amor al Papa y a la Iglesia, mi más caro ideal, el sagrado amor de mi vida. "¡Cuánto caminaré por las vocaciones de los muchachos pobres! He subido tantas escaleras; he golpeado tantas puertas. Y Dios me impulsaba hacia adelante como si fuera su estropajo. "He sufrido hambre, sed y las humillaciones más dolorosas y sin embargo, ¡parecían bizcochitos de Dios! También me llené de numerosas deudas, pero la Divina Providencia no me dejó ir a quiebra jamás. Y consideraría una enorme gracia que Jesús quisiera concederme seguir mendigando el pan para las vocaciones hasta el final de mi vida. "Vocaciones tardías y auxiliares. "Por eso, por el carácter de esta Congregación naciente, vengo haciendo una colecta de vocaciones y también de vocaciones tardías tanto para el Sacerdocio como para hermanos y auxiliares, de los que tenemos una gran necesidad, en Italia y en el extranjero, en las misiones y en las escuelas para los hijos de italianos emigrados.

XXXVIII - Los dos ojos de Don Orione: un ojo puesto en los muy jóvenes...

Y si fue importante la expansión de la Pequeña Obra fuera de Italia, la misma resultó aún más notable dentro del país. Ese desarrollo mantuvo, en Italia, el impulso inicial del apostolado orionino: buscar a los más miserables, a los más golpeados. Sin exclusiones ni rechazos, pero siguiendo una cierta gradación, por así decirlo. "Nuestra primera tarea se dirigirá a los huérfanos. Por ellos daremos la vida. Después de Dios y de la Iglesia, para ellos serán nuestras mayores energías, los afectos más puros de nuestro corazón. La fatiga y el sacrificio más humilde y oculto será dulce para nosotros, porque nos convertirá en holocausto por los huérfanos". Por lo tanto, era necesario apelar a una profunda jerarquía en el reino de la caridad orionina: un compromiso exactamente proporcional a la urgencia de cada paso y a los sufrimientos del asistido; sin embargo, en general, y a paridad de lágrimas, los huérfanos constituían "la primer tarea"; eran los primeros interpares, los pequeños príncipes entre los próceres de la miseria: "Quisiéramos que todos comprendieran que urge sacar del abandono a los hijos de quienes dieron su sangre por Italia; urge proporcionarles una vida cristiana y civil; urge, sobre todo, iluminarlos sobre los fines de la vida porque sería vana toda obra educativa que no se base en principios religiosos". Con gesto amplio, Don Orione carga sobre sus espaldas la herencia de la guerra y llama así a las víctimas: es la palabra de Jesús que se repite, en circunstancias dramáticas, pero idéntica en lo fundamental: "Dejad que los niños vengan a mí". Y Don Orione traduce: "Permítenos acoger a tantos niños que quedaron solos; ¡ponednos en condiciones de hacerlos nuestros para hacerlos de Dios!". E insiste en el carácter de la Pequeña Obra: "no se trata de un simple refugio para los huérfanos, sino que procura ser de utilidad pública y social". Y así acepta como preciosa herencia a los niños crucificados en el alma por la guerra 1915-18, hereda el arte de amarlos y restituirlos a la vida de San Juan Bosco; con la mirada fija en su ejemplo, pone en práctica y desarrolla sus directivas con una nota original y completamente actual. "El templo parece ser insuficiente para irradiar el espíritu de Jesucristo y del Evangelio en el pueblo; es necesario descender, ir hacia el pueblo, hacia la juventud, hacia los pobres, los ignorantes, los sin fe, los que sufren, y vivir con ellos, fatigarse, trabajar, sufrir, sentir con ellos para poder insuflarles el espíritu de Jesucristo y salvarlos". Es con este objetivo que Don Orione desea que junto a la Iglesia haya una escuela, un taller, un asilo infantil, una casa para ancianos, un orfelinato. Se trata de un admirable conjunto de fe, de caridad y de sacrificio realizado más intensamente aún desde 1922, es decir, desde su regreso del Brasil, conformando como un haz de rayos de fundaciones dedicadas a la infancia y la adolescencia. Pero antes de pasar revista a dichas obras dedicadas a los niños y a los adolescentes, debemos aludir a otra gran sección de rehabilitación humana.

Don Orione miraba con dos ojos: con uno, las necesidades de los niños; con el otro, las de los adultos. ¡Y de qué adultos! La Providencia le permitía encontrar, mejor dicho, desenterrar del olvido de los hombres, a los más infelices, a los más desamparados, a los que podían naufragar... Tal el otro desafío que enfrenta; éste le viene de San José Benito Cottolengo <171>. Hay Casas de huérfanos en Magreta, Anzio, Valla Charitas en Tortona, Castelnuovo Scrivia, Santa Inocencia en Tortona, Reggio Calabria, Borgonovo Val Tidone, Fano... En Magreta, pequeña ciudad de la región de Módena, Doña María Castiglioni quiso instituir un orfelinato en memoria de su marido, Carlos Massarotti Benvenuti, y de su hijo de doce años, Juliano; se dirigió pues, a Don

orione, a quien había conocido en 1922 a través de Monseñor Daffra, Obispo de Ventimiglia. La primera piedra se colocó el 9 de setiembre de 1923 y los trabajos se iniciaron el 17 de julio de 1924. El 22 de junio de 1925, desde Roma, Don Orione envió disposiciones para las monjas: "Deseo que quienes vayan lleven mucho espíritu de humildad, simplicidad, oración, sacrificio... Allá todo está listo, hasta la capilla con Nuestro Señor. Con El tendréis todo...; el 30 de junio se trasladó personalmente para la inauguración de la casa. El Arzobispo Natalio Bruni bendijo a las tres primeras monjas. En Reggio Calabria existió un orfelinato hasta 1910, desde que Don Orione fue nombrado vicario general de Messina. En 1924, Don Cayetano Catanoso, párroco de la Candelaria y fundador de las hijas de la Dolorosa, quiso construir un instituto con escuela anexa para jóvenes huérfanos o abandonados. Se dirigió, por lo tanto, a la Obra de Don Orione. Este aceptó y unió a la nueva fundación la Obra Antoniana de Calabria, a la que asignó un vasto campo de caridad y de oración en honor del gran Santo de Padua. El 13 de setiembre de 1928, con la presencia de varios obispos, se colocó la primera piedra del santuario, que sería el corazón de la Obra; el arzobispo de Reggio, Monseñor Carmelo Puja, impartió la bendición. Transcurrieron cinco años de espera; el 13 de junio de 1933, el mismo arzobispo, con la presencia de otros obispos, diversas autoridades y Don Orione, inició los trabajos confiados a la firma León Castelli; Don Benedicto Galbiati fue el orador oficial. Al año siguiente, el 10 de junio de 1934, Monseñor Cribellati, obispo de Tropea, bendijo el nuevo santuario; y tres días después, Monseñor Puja dio por iniciados los trabajos para el instituto dedicado a los huérfanos, con la presencia de cinco obispos, pueblo y autoridades. De este modo, lentamente, en un arco de diez años, la fundación pasó de los proyectos a las realizaciones. En Anzio se había instalado, en 1928, una colonia marina sobre los terrenos de un benefactor, el comendador Pablo Sportello, cercanos a la iglesia que erigiera en honor del Sagrado Corazón. Finalizada la estación de los baños, regresaron a Roma el director, Don Fiori, y los niños hospedados en Via Alba, pero permanecieron allí algunas hermanas de Don Orione. Luego, poco a poco, se organizó un buen asilo para huérfanos que aún se conserva en estado floreciente. Fano, 12 de octubre de 1930. Don Orione es recibido con vivas manifestaciones de júbilo por el Vicario General, Monseñor Del Signore, las autoridades y el pueblo; luego toma contacto con las obras para la juventud iniciadas por Monseñor Gentili y por Monseñor Nasetti y acepta asumir con sus hijos la gestión. "Acepto - había escrito pocos días antes - en el nombre de Dios y de la Santísima Virgen, el Instituto que se me ha ofrecido y ruego a María Santísima, nuestra madre y fundadora, lo tome en sus manos y lo trate como a algo suyo. Me mostré dispuesto a aceptar porque las Marcas son la tierra de la Virgen de Loreto. Me pongo, junto con mis religiosos - que serán adscriptos al instituto - a los pies y en las manos de este veneradísimo Obispo, así como en las manos y a los pies de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Iglesia" (8 de octubre de 1930).

Borgonovo Val Tidone: el 31 de marzo de 1931, Don Orione se trasladó a Piacenza, para encontrarse con el obispo Monseñor Ersilio Menzani, y obtener la aprobación de la aceptación del instituto San Vittore, fundado por el difunto Padre Paolo Ligutti; obtenida su bendición, visitó los locales y comprendió que el instituto sobrevivía, en un clima heroico de pobreza y sacrificio, por mérito del Señor Gaspar Rocca, pero oprimido por las deudas. Decidió entonces realizar el reemplazo llevando a los muchachos recogidos entre esos muros al bienestar de un trato sobrio pero suficiente y la ayuda de su luz espiritual. Villa Charitas en Tortona: en la residencia privada del comendador Delfín Adolfo Torriglia, en las faldas del Castillo de Tortona, rico de recuerdos históricos, se hospedaron los primeros niños - de tres a siete años - el 16 de julio de 1933. El 29 de agosto del mismo año, la Casa fue consagrada a la Virgen de la

Había mejorado, recibido una misteriosa prórroga de vida. Logradas las trasfusiones de sangre, la operación se realizó con éxito; la convalecencia se anunciaba segura. Se le habían concedido siete meses más a esta madre, siete preciosos meses en los que disponer serena y heroicamente su "post vida" con relación al marido, a los hijos, a sus obligaciones familiares y patrimoniales y "entregarse" a Dios con la luz en el alma. Don Orione seguía muy grave; sin embargo, en medio del drama de aquella semana se dio una nota orionina. Durante los primeros días, los más delicados, llegó Don Rota, uno de sus primeros ex- alumnos, pero Don Sterpi le dijo: - Debes prometerme que no lo harás hablar, entonces sí te lo dejaré ver. Don Rota entró, se detuvo junto a la puerta con el corazón conmovido; en la habitación sólo estaba Don Pensa. Don Orione lo vio y lo llamó: - Acércate, acércate, ¡pensé en ti durante todo el día! sabes, en aquel asunto de Voghera. En Voghera vencía un documento de tres mil liras al fotógrafo, Don Rota dijo: - Ya lo pagué. - ¡Qué suerte! ¡Estoy muy contento! Luego, bajando la voz, que articulaba con dificultad: - sabes... los médicos dicen que moriré, pero te aseguro que no moriré... Todavía tengo tantas cosas que hacer... - y habló del santuario de la Virgen y de las otras cosas. En ese momento entró Don Sterpi:

- ¿Y?... Te pedí que no lo hicieras hablar pero... Al salir de la habitación, Don Sterpi le preguntó: - ¿Qué te dijo? - Que no se morirá aunque los médicos aseguren que sí. ¡Había que ver la gran luz de alivio en el rostro de Don Sterpi al escuchar esas palabras! <180>. El 27 de noviembre estaba fuera de peligro y el mismo Don Sterpi pudo difundir con alegría la gran noticia, que se extendió sola, con una rapidez orionina. Pero, ¡una enfermedad de Don Orione!... ¡Siete días vecino de la muerte, una especie de "vacaciones" pasadas sobre una colina, todo lo incómoda que se quiera, pero puesta allí adrede, para sentir la inminencia de Dios y contemplar el panorama de la vida, de la humanidad, de los propios deberes y de las propias obligaciones! Por cierto, no podía dejar de ser singularmente fecunda. Resurgió enteramente renovado, como un torrente de gracia: "Y ahora que estoy completamente curado, retomo mi trabajo. "Agradezco vivamente al Señor y le ruego me conceda no decaer ante sus misericordias y no ser indigno de tantos testimonios de estima y de la expectación de los buenos; y que me dé la gracia de comenzar, abandonado en los brazos de la Divina Providencia y de mi Santa Virgen, una vida nueva, llena de amor a Dios y a las almas, amor dulcísimo y holocausto lleno y perenne a la Iglesia, a los pequeños, a los pobres". Durante las horas de fiebre alta, entre el rumor de la sangre y el calor del alma que intuía próxima a Dios, se había encendido, en lo profundo, una temática: en ella surgían las figuras dolorosas de los sacerdotes réprobos y las imágenes inquietantes de los inseguros; surgía, vivo, un problema universal, decisivo: las vocaciones sacerdotales. ¿Dónde se hallaban los obreros necesarios para tantas mieses? Don Orione estaba convencido de que la gracia suscitaba vocaciones preciosas en ambientes lejanos o miserables, en verdaderos malezales humanos. Pero, ¿qué sucedía con estas llamas ocultas? Los hombres se empeñaban en apagarlas. Por el contrario, había que colaborar con la gracia. Durante los días de fiebre, esta verdad había gritado, como nunca antes, en la conciencia del enfermo, vaciado de cualquier otra voz. "Si yo supiera que, si muero hoy, surgiría de mi tumba una vocación, pediría que me llamase: me bastaría con tener otro sacerdote, más joven que yo y que continuase durante un tiempo más el ministerio sacerdotal". Cuando reinició la comunicación con los suyos, éstos reconocieron en él un entusiasmo multiplicado por mil. El problema de las vocaciones se convirtió en un hilo conductor cada vez más candente para la Pequeña Obra. Cierto día, durante una reunión, Don Del Rosso, que venido desde las ruinas de Avezzano se había quedado en la Pequeña Obra, dijo, luego de escuchar un discurso de Don Orione: "Es inútil que usted sufra tanto, P.

XLI - La "colecta" de vocaciones

Pero, de pronto, un golpe pareció tronchar las esperanzas y hacer caer anticipadamente las columnas del templo.

En los primeros días de noviembre de 1926, Don Orione recibió, desde Turín, un telegrama del conde Agustín Ravano, rogándole viajara: la condesa María Ravano Bombrini, su mujer, estaba internada en una clínica y no existían esperanzas. La única posibilidad de salvación consistía en una intervención quirúrgica, pero antes eran necesarias varias transfusiones de sangre y éstas ya no podían hacerse; la enferma, sumamente debilitada, no estaba en condiciones de resistir ningún tratamiento. Agustín pedía la presencia del hombre de Dios para que intercediese y alentase en hora tan grave. Don Orione partió de inmediato. Padre, madre, tres hijos... para la madre, pocos días de vida. Como era una mujer cristiana, María Ravano alentaba a los suyos que hacían un esfuerzo por aceptar la cosa pero que aún tenían esperanzas. Don Orione celebró misa y Agustín Ravano lo ayudó; participaron en ella los hijos, las hermanas, los parientes llegados desde distintas partes de Génova. El celebrante estaba visiblemente conmovido. En el transcurso de la Misa todos, comenzando por Agustín, tomaron la comunión: ¡había tanta fe en los presentes! Después de la Misa, Don Orione dijo lo que podía: preparó con delicadeza a esas almas amantes, a aceptar la pérdida de la persona amada. "Pero - dijo - donde terminan las posibilidades humanas, comienza la obra de Dios...". Pronunció esas palabras con una profundidad que hacía intuir su directa participación en el drama. Después, acompañado por un tal Dufour, sobrino de los Ravano, quiso llegarse hasta el santuario de la Consolata y permanecer allí largo tiempo en oración. ¿Qué podía ofrecer, de sí, a la Virgen, para aquella madre condenada a morir? Hasta entonces se había sentido muy bien. Mientras estaba arrodillada, sintió temblores que se hicieron intensos, como una tempestad en la sangre. Dio al joven Dufour una medalla para la enferma y se hizo acompañar al tren para regresar. Al llegar a Alejandría no podía más. Sentía un malestar agudo y temblaba en todo el cuerpo; no se podía tener en pie; pensó en una apoplejía. Al llegar a Tortona logró arrastrase hasta un taxi, y ya en casa, se acostó: la fiebre llegaba a cuarenta. Era "la enfermedad de Don Orione", una pulmonía violenta, cuya noticia se propagó a todos los vientos. Una inmensa participación conmovió los ocho días en que el enfermo estuvo gravísimo, contempló ese afanarse entre la vida y la muerte de un corazón ya debilitado; quien pudo, acudió. Los Hijos se trasladaron desde todas partes, y también los amigos, hasta los más grandes. Llegaron obispos, llegó el cardenal La Fontaine: "A las 9 - escribió el patriarca en su diario - partí para Tortona, a la que arribé a las 17... La llegada debía ser privadísima, pero en la estación, además de los de Don Orione, estaban el obispo, el comisario, el intendente. Tuve con Don Orione una larga conversación...". El discurso se dividió, sabiamente, en tres partes, para no cansar al enfermo: tres veces el cardenal entró y volvió a salir de la habitación. Temas: la Congregación y la iglesia que se estaba erigiendo en Tortona. El Cardenal planteó las preguntas alentadoras de la fe y de su afecto. "¿Todo en orden en la Obra? ¿Tienes la conciencia tranquila? Pensaste en las almas de los otros; ahora es el momento de pensar en la tuya. ¿Estás listo? ¿Cómo te sientes en el 'poder temporal'?". Ante esta pregunta, Don Orione señaló, en lo alto de un estante, un libro; "Tómelo" ...Era un libro de números, de cuentas; el cardenal abrió, leyó y su rostro permaneció sereno. Sí, el templo votivo a María Santísima podía ser construido.

Mientras tanto, llegaron noticias de la joven madre Ravano, agonizante en Turín.

Guardia. Castelnuovo Scrivia: en 1937 se inauguró el orfelinato, en una casa fundada por el benefactor genovés Ernesto Buda, heredada por su esposa Amelia; se lo dedicó a la Virgen de Pompeya. En los últimos años tuvo un óptimo incremento. Colonia de San Inocencio en Tortona: fue adquirida el 18 de junio de 1934 y se la llamó así en honor del gran Obispo, junto a San Marziano, uno de los padres de la fe de Tortona <172>. También es necesario tener en cuenta la actividad que Don Orione realizaba en favor de otros niños y jóvenes, además de los huérfanos y pobres: se cumplía al mismo tiempo que la primera. El instituto técnico "Dante Alighieri", que vimos surgir en Tortona por obra de Don Orione, se consolidó y adquirió importancia; ya en 1922 se abrió la Universidad Popular tan deseada por el Fundador. La serie de conferencias fue abierta por Rafael Berri, quien disertó sobre el "Progreso", y los cursos continuaron con la participación de oradores y estudiosos selectos: Arcari, Semeria, Fino, Galbiati... En Roma vimos surgir el instituto "San Felipe Neri", y veremos renacer en Novi Ligure, el "San Jorge". En mayo de 1924, Don Orione adquirió el vetusto colegio San Jorge, fundado en 1649 y mantenido durante siglos por los Padres Somascos. En 1902, éstos se vieron obligados a retirarse por razones políticas, dejando el colegio en manos laicas de dudosa orientación. De inmediato, las condiciones del establecimiento empeoraron: clases cerradas, locales alquilados o convertidos en depósitos, la iglesia a medio demoler y convertida en depósito. En la planta baja, la oficina postal; luego, con el correr de los años, el edificio comenzó a caerse a pedazos. Don Orione no permitió esa negligencia, esa ruina... Se presentó ante el Municipio y entabló tratativas que adelantaron entre escollos y vendavales pero que, finalmente, llegaron a buen puerto. Una hermosa mañana el Fundador hizo "la señal de la cruz" y marchó a firmar el contrato de compra al palacio comunal: el 1º de mayo de 1924. Don Piccinini nos cuenta: "Allí están todos los miembros de la junta comunal, frente a él, reunidos en la gran sala comunal. Se trata de bosquejar el contrato y de firmarlo y asumir un compromiso por unas ruinas, gloriosas, pero ruinas al fin, sin alma. El momento es solemne. Don Orione se levanta y dice: 'Soy un pobre sacerdote, un estropajo de Dios, no sé hacer nada sin su ayuda. Permitidme que invoque a la Virgen, vuestra Virgen de las lágrimas. Invoquémosla juntos, antes de firmar, a vuestra Patrona; vuestros antepasados pusieron en sus manos las llaves de plata de la ciudad'. Y diciendo esto se levanta y ante las miradas de todos, se santigua: ellos, sugestionados, se levantan y se santiguan; luego entona el Ave María y ellos, conquistados, lo secundan. 'Ahora sí, dice levantando la pluma, ahora sí que firmo seguro'... "Y después de haber firmado, sonríe cordialmente a las autoridades. "Así - dice aludiendo a los tres institutos recuperados: el 'Dante', en Tortona; el 'San Roque', en Alejandría y el 'San Jorge' en Novi... - así... hago los 'tres puntos'. "Sabed bien que algunos de esos señores, ligados a la masonería, entienden perfectamente lo de los 'tres puntos'" <173>.

<171> "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", enero-febrero de 1926 y abril de 1926. <172> "Don Orione y las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad", págs. 222 y s; 245, 258 y s; fasc. Venturelli, 1921, 1926; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", abril 1933, octubre 1930, diciembre 1930; "El joven italiano", Borgonovo V.T, 1931 passim; fasc. 50 passim; "Don Orione y la Virgen", págs. 173, 684. <173> Número único "Don Orione", 1940, pág. 86; "San Jorge", 1924, passim; "Don Orione y la Virgen", págs. 969, 971.

XXXIX - ... y el ojo puesto en los muy viejos

Don Orione veía con dos ojos... El 19 de marzo de 1924, con su presencia, la del canónigo Perduca y de los primeros benefactores genoveses, se bendijo una Casa de caridad para mujeres en Marassi de Génova, en la calle del Camoscio, con la aprobación de Monseñor Canessa, vicario capitular de la sede vacante <174>. El acto no tuvo nada de clamoroso: todo fue simple y en nombre del Señor. La tarde anterior Don Orione había conseguido una jaulita con dos canarios y los puso en la capilla, según el estilo de San José B. Cottolengo, quien consideraba que esos pajaritos eran los cantores de la "laus perennis", en honor del Creador y de la Virgen. Dos religiosas y las tres primeras mujeres asiladas en la casa, iniciaron aquel día una obra que hoy, multiplicada en filiales esparcidas por toda Italia y el exterior, es bendecida por millares de infelices. Dos monjas, tres mujeres asiladas... En verdad, Don Orione había seguido con su práctica desde el comienzo de las fundaciones: recibir siempre al pobre, darle de comer, darle hospitalidad; pero se trataba, por la fuerza de las cosas, de hospedajes provisorios pues no era posible mezclar viejos o mendigos con niños y jóvenes. Y sin embargo, el tener que despedir por la mañana a los hospedados por la noche, resultaba doloroso para Don Orione. Hubiera deseado retenerlos. Sucedió que las casas orioninas dedicadas a la juventud fueron frecuentadas, poco a poco, por huéspedes de pocas horas - o de pocos días, y en ciertos casos, de pocos meses... -, vagabundos a quienes se daba de comer y proseguían después su itinerario. Luego los huéspedes de este tipo se hicieron más fijos y se detuvieron durante más tiempo. En el corazón de Don Orione se reforzó la idea de abrir a los desamparados hospitalarias casas, todas para ellos, nacidas para ellos y adecuadas a sus necesidades. La primera institución con ese carácter fue Marassi. Al año siguiente, el 4 de noviembre de 1925, el Municipio de Génova le ofreció el antiguo conservatorio en Quarto de los Mil, con la iglesia anexa de San Jerónimo. Se convertiría en otro "hospicio" para abandonados y enfermos. En efecto, se pobló de un extraordinario grupo que parecía imaginado por Goya o Lorenzo Viani. Sin demasiadas sutilezas en cuanto a las categorías, se recibieron viejos vagabundos y jóvenes deformes o débiles mentales... Hospicio y nada más: ni siquiera un nombre especial para esta nueva rama de la hospitalidad caritativa; un nombre puede ser útil, oportuno, pero en muchos casos también puede resultar restrictivo, y Don Orione, como siempre, pensaba más en hacer que en calificar o definir. "Estas casas - escribió - no son nuestras sino de Jesucristo; la caridad de Jesucristo no hace acepción de personas y no cierra puertas, en la puerta del Pequeño Cottolengo no se le pregunta a quien viene si es italiano o extranjero, si tiene fe o un nombre; ¡sino si tiene un dolor! "Los pequeños Cottolengos son un soplo vivificante de esa caridad del Señor que es humilde, suave, que está siempre lista para acudir a socorrer todas las necesidades humanas; la caridad que excluye todo egoísmo; que es universal y abarca a todos los pueblos; que es omnipotente y triunfa sobre todas las cosas, caridad que todo lo restaura, lo edifica, lo unifica en Cristo y en su Iglesia; en el Pequeño Cottolengo nacen y viven, caminando humildes y fieles a los pies del "dulce Cristo en la tierra" y de los obispos, y con el más alto respeto a toda autoridad. El amor de Cristo nos vuelve más sagrada la autoridad, mostrándola también como un homenaje justo hacia quien es fuente de todo poder y todo orden".

Le apremiaba establecer una base sólida, íntima, un apoyo espiritual para su nuevo mundo; y le resultó muy fácil encontrarlo: el crucifijo. ¿De qué se podía hablar a aquellos hombres y mujeres que la sociedad rechazaba? Reducidos a la soledad, a las enfermedades; insoportables y repugnantes para sus vecinos o familiares que habrían

encrucijada de dos rutas multitudinarias que servían de acceso a Turín por un lado, y a Génova por el otro. Don Orione no se amedrentó; por el contrario, prefirió ese lugar, ese punto estratégico. Don Primo Mazzolari escribió después de haber visto el terreno: "Los santos son poetas y grandes poetas populares... A menudo los santuarios surgen en lugares solitarios que ayudan a tomar distancia para elevación de los espíritus. Don Orione, en cambio, quiso que la iglesia destinada a la Virgen de la Guardia estuviera a lo largo de la Avenida Emilia, donde el tránsito y el ruido son enloquecedores. También en esto podía reconocerse a Don Orione y al estilo de su apostolado. Los hombres de nuestro tiempo, en su imposible fuga de Dios, tienen necesidad de cruzarse y encontrarse con lo divino aun cuando digan que no creen en ello. Por otra parte, todos los grandes fundadores de órdenes religiosas se han adentrado así en el espíritu de su tiempo. Se trata de la primera caridad basada en el ejemplo del Hijo de Dios, que quiso quedarse en casa con nosotros y permanecer aquí hasta el fin del mundo... Don Orione sintió esta divina necesidad de salvación y la vivió de un modo particularmente vivo; y, a modo de parábola para sus hijos y para nosotros construyó su santuario entre dos calles que ardían por el frenesí del placer y del dinero. Por eso, más que las multitudes nocturnas de la novena y las grandes peregrinaciones, le gustaba contemplar los automóviles que se detenían un instante para dar a algún furtivo peregrino una bocanada de oxígeno de Dios. Todo es gracia es el signo de los Santos". La obra se inauguró solemnemente el 23 de octubre de 1926, con la presencia del Cardenal carlos Perosi, hijo insigne de Tortona, flamante purpurado, y por Monseñor Grassi, Obispo de Tortona. Comenzaba un largo camino. Ante la próxima construcción, Don Orione se sentía, humanamente, una hormiga que debía levantar estructuras inverosímiles y perfectamente ensambladas; por ahora no tenía nada; tenía los ofrecimientos que vendrían y un pequeño ejército: sus clérigos. Les habló de la Virgen y puso en sus manos desde el primer día, idealmente, palas, azadas, cucharas, baldes de cal: era un nuevo espaldarazo; de ahí en más, los nombraba "albañiles de Dios". Habría también maestros albañiles, pero ellos, los clérigos, deberían realizar los trabajos más humildes: llevar los materiales necesarios, arriba y abajo por improvisadas escaleras, siempre hacia lo alto, por el tiempo... ¿Cuánto tiempo? Aquellos muchachos tenían quince, dieciocho, veinte años: trabajos y herramientas, debían ser adecuados a sus fuerzas. Pero la verdadera fuerza era la que no se veía ni tenía edad: la fe, fe simple y fuerte, idea y praxis dulce y dura como ellos mismos. Una fuerza que, con el uso, se multiplicaba <179>.

<177> Esto es lo que Don orione escribía en 1912 a Don Ratti, una de las figuras eminentes del clero ciudadano, que después se unió a la Obra: "Los pequeños, los pobres, los ciegos, los viejos, los afligidos, los huérfanos, los enfermos constituyen mi sueño, el canto de Dios que desde hace años me resuena en el alma, en la mente, y me envuelve e hiere el corazón y me hace vivir y morir de un fuego muy ardiente y me hace exclamar: ¡Oh amor de Jesús; oh amor dulce para los pequeños y los pobres de Jesús!; ¡oh amor, morir de amor!" (de "Don Orione a las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad", pág. 1). <178> Fasc. Montagna, 24, II; "La palabra de Don Orione", 20.1.1929; imprenta Génova, 17 de junio 1927; "Don Orione a las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad", págs. 295 y s; "La casa de la calle Bosco", Emiliana 1948; fasc. Ravano, 12, 13-I; "Don Orione y la Virgen", págs. 541, 545, 736; Ruggero Monti, "El viejo Paverano y el Pequeño Cottolengo", de la revista "Génova", agosto 1934; Número único "El corazón de los genoveses y el Pequeño Cottolengo de Don Orione", en el XXV aniversario de su fundación; "Cartas de Don Orione", v. II, págs. 128, 133 s; idem, págs. 227, 327, 342, 437 y passim. <179> "Don Orione y la Virgen", págs. 1435 y s; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 501 y s; "La Virgen de la Guardia", octubre 1926.

podido apoyarlos, mostraban en el declinar de su existencia una desilusión y una humillación totales; eran los más vencidos porque, a pesar de todo su empeño por vivir, amar y hacerse amar, no habían sabido, o podido, crearse un puente de afecto. Por lo tanto, ¿de qué hablarles? De su divino predecesor, Jesús Crucificado. A medida que Don Orione se adentraba en el mundo de los rechazados, de los expulsados, aprendía a amarlos más y a entenderlos mejor, en profundidad. Su verdadera necesidad, más real que la de ser recogidos y alimentados, era hallar una justificación a su dolor, a su fracaso. ¿Por qué se encontraban tan frustrados y agobiados, mientras a su alrededor la humanidad continuaba girando, con oropeles, centelleantes, desdeñosa? Pero no existía un "por qué" humano para la pregunta; había, sin embargo, sí, algo mejor, un ejemplo: el Hombre-Dios crucificado. Era necesario elevarse por sobre la vida para comprender los secretos más desconcertantes de la vida: despegarse de la tierra lo suficiente como para contener la Cruz de Cristo, para aprender el valor de la tierra. Don Orione comprendió esta exigencia esencial de aquellos a quienes acogía y recogía y les habló de la Cruz: "Cuando se abrió esta Casa, vi este hermoso crucifijo, lo miré y me dije: ¡Qué contento me sentiría si estuviese siempre con nosotros, porque el amor más ardiente y la devoción al crucifijo caracterizan a nuestra congregación... Jesús nos salvó en la cruz; la cruz está bañada en sangre; la redención del mundo fue lograda por Jesús en la cruz: ella es nuestra esperanza". Tal lo que escribió y tal la justificación que aquellas almas esperaban, la causa de su dolor que ahora se mostraba como un privilegio: parecerse al Salvador crucificado. Era necesario impulsar un mundo de almas sufrientes hacia la cruz, clavarlo a ella, elevarlo con ella. Don Orione, con su santidad y su genio, se sentía impulsado a hacerlo. En realidad, existía una nota aún más profunda y secreta en este asumir la miseria de los otros: una especie de reconocimiento personal y determinante. En los afligidos, veía una tarea, una vocación que había hecho suya desde siempre: sufrir y ofrecer. Una vocación libremente aceptada y preferida que ahora ambicionaba compartir con tantos otros seleccionados por Dios. En realidad, los desamparados que encontraba y resguardaba eran participantes de una invitación que le resultaba más querida que ninguna otra. Por eso, pocos eran tan aptos como él para reunir en torno de la cruz al pueblo de los crucificados. Después de haber recogido y seguir recogiendo junto a la cuna de Jesús el llanto y la sonrisa de los niños, descubría en sí mismo y a su alrededor algo que completaba su destino apostólico: reunir alrededor de las llagas de Cristo a los enfermos del cuerpo y del corazón, en torno a la agonía del Salvador a los agonizantes necesitados de salvación. Porque su abrir los brazos era, ante y sobre todo, un reconocimiento de Cristo hasta la imitación del amor. Reconocer a Jesús en su obra de redención y amarlo y esforzarse por imitarlo precisamente en este acto en el que había cargado sobre sus espaldas el dolor y la culpa de todos. Tal el verdadero impulso íntimo de Don Orione, y precisamente de esta voluntad de amar e imitar al Redentor surgía la eficacia de su apostolado y la claridad de la visión que lo inspiraba: Dios es todo... y la tierra...: la tierra con su alegría y sus lágrimas valía porque había sostenido la cruz de Cristo.

Como dijéramos, Don Orione no se preocupó por el nombre, el que vino desde fuera: al ver aquellas casas llenas de huéspedes de Cottolengo, el pueblo empezó a decir, espontáneamente: "Son como pequeños Cottolengos". En realidad la "presencia" del gran santo aleteaba en los nuevos institutos, así como en todas las casas orioninas existentes: estaba vigente en las intenciones, en la práctica, en los criterios de selección, en la inspiración profunda: así como el espíritu de Don Bosco había "formado" la compaginación de las juventudes orioninas, directores y huéspedes, maestros y alumnos, así el espíritu de Cottolengo alimentaba esos primeros grupos de ancianos, enfermos y

disminuidos. Por eso, la denominación que el pueblo encontró por su cuenta era exacta. Luego, en 1926, sucedió que una Hermana de la Casa de Quarto asistió a las exhortaciones de Don Orione, quien recomendaba a todos remitirse particularmente al ejemplo de S. José Cottolengo. Muy convencida, la buena Hermana puso un cartel que decía "Cottolengo genovés". Cuando Don Orione lo vio, exclamó: ¿Qué significa esto? ¡Nosotros no podemos utilizar así como así un nombre tan grande! Pero, viendo quizás que la Hermana quedaba desconcertada, agregó, luego de unos instantes: - Y bien, hagamos así; poned: "Pequeño Cottolengo Genovés", y, naturalmente, así se hizo. Aquel "pequeño" tranquilizaba al Fundador, le daba el sentido de lo poco, de lo humilde, de lo filial casi frente al glorioso complejo del "Cottolengo" que precisamente en esos años cumplía su primer centenario. De este modo, los nuevos institutos orioninos se pusieron el nombre por sí mismos, y dicho nombre permanecería para siempre <175>. El 25 de marzo de 1927, Don Orione subió al Monte Figogna, hasta el santuario de la Guardia. Arriba lo esperaba un pequeño grupo de candidatas a la vida religiosa, algunas provenientes de las Hermanas Filipinas de Génova. Consagró cuatro de ellas a la Virgen, llamándolas "Hijas de la Virgen de la Guardia". Su objetivo preciso consistía en cuidar de los santuarios y de todo lo concerniente a su actividad. Algún tiempo después decidió la fundación de las "Hermanas ciegas sacramentinas". A menudo había recibido pedidos de admisión por parte de jóvenes ciegas; dudó porque no las juzgaba - en verdad no lo estaban - en condiciones de seguir el intenso ritmo de la actividad religiosa y apostólica de las monjas videntes. En cierto momento, recibió un precioso impulso del exterior. En efecto, el P. Roberto Risi - por entonces capellán de Santa Ana, en el Vaticano - había ido al Casale San Pío V, para confesar a las internas ciegas; allí encontró un día al profesor Augusto Romagnoli, ciego de nacimiento y director didáctico de esa escuela, quien le dijo: "Estas buenas hijas viven como Hermanas; ¿por qué la Iglesia no les otorga el mérito de las almas consagradas a Dios?". Don Risi refirió la idea a Don Orione, quien estaba ligado a Romagnoli por una sincera amistad y una gran estima. El consejo era autorizado, porque Romagnoli se hallaba en mejores condiciones que nadie para valorar las posibilidades de esas muchachas; por un lado, porque las conocía; por el otro, por su experiencia personal como ciego de nacimiento. Estas palabras reverdecieron en Don orione el antiguo y querido proyecto: recoger a muchas muchachas ciegas como adoratrices perpetuas ante Jesús sacramentado. La esperanza se concretó, precisamente, ese año de 1927. El 15 de agosto, en la capilla de San Bernardino en Tortona, impartió las consignas de la nueva familia a las primeras cuatro hermanas ciegas: hábito blanco, escapulario rojo con el emblema de la Eucaristía, una faja pendiente a los costados con catorce crucecitas rojas - número similar a las estaciones del Via Crucis -, corona del rosario y cruz. He aquí un extraordinario cambio para estas queridas hijas: se las consideraba inútiles en el mundo y se las toleraba sólo en virtud de la santa paciencia, ahora, en cambio, ascendían muy alto, convirtiéndose en las cooperadoras más selectas: permanecer en oración e inmolación, frente al Santísimo. El 27 de agosto dejaron la Casa Madre de Tortona y se establecieron en Quarto (Génova), iniciando allí la nueva vida enclaustrada, que seguiría en Quezzi... Mientras tanto, Don Orione procuraba proporcionarles una casa que les perteneciera por completo, adaptada a sus posibilidades y oportuna para su desarrollo espiritual; y la Providencia vino a su encuentro cuando, el 1º de noviembre de 1930, se produjo la donación de una casa al Grupo de Tortona por parte de las hermanas Teresa y Angelina Marchese. Allí, finalmente, en enero de 1931, Don Orione celebró misa inaugurando la nueva capilla con la presencia de las donantes y otras señoras; fue la primera capilla eucarística permanente de las Adoratrices perpetuas del Santísimo Sacramento, ciegas en la carne, videntes en el espíritu. En esos meses también tuvo lugar la partida para las misiones de

tierra, durante largos años al principio, mantuvieron en Savona una grandiosa empresa de granos y cereales en general, y se dedicaron después a tareas agrícolas; en el mar, se encontraban entre los armadores más importantes del puerto de Génova. Pedro Ravano (1845-1913) tuvo once hijos, entre ellos Agustín (1890-1964). Un fuerte espíritu de familia y la fidelidad a la Iglesia fueron cualidades características de la estirpe. Agustín era muy amigo de Don Orione y los hermanos José, Alberto y las hermanas compartían esa admiración y amistad. Un día de 1929, Don Orione contó, desahogándose, su preocupación por sus viejos y sus huérfanos. Agustín le respondió: "Venga conmigo. Trataremos de resolver todo". ¿Dónde vamos? "A visitar un terreno nuestro, en Castagna de Quarto". Fueron. Se trataba de una magnífica fracción de tierra sobre el mar, lugar encantador para quien deseara soñar contemplando la extensión de las aguas... Característicos olivos, acostumbrados a las ráfagas marinas y por lo tanto retorcidos y pintorescos, punteaban el terreno; también había algunas casas de campesinos. El conde preguntó si el terreno podría servir. Y Don Orione contestó con un "¡Y, sí!", que parecía querer hendir el mar. "Bien - dijo Agustín Ravano - se lo regalamos a sus pobres". ¡Grandeza de la Providencia!... Regresaron llenos de alegría, donante y destinatario. Luego Agustín habló con José, Alberto, Teresa, Irma, Inés, Angelina... los hermanos y las hermanas, y todos dieron su acuerdo. Entonces pensaron en el contrato, quisieron establecer el día, pero una serie de circunstancias comenzaron a entorpecer el curso de las cosas. Parecían querer obstaculizar la generosidad de los numerosos donantes que debían estar todos presentes en el contrato o compromiso que se realizara. Un día uno tenía dificultades, otra vez otro, y los días pasaban y no se podía reunir a la familia entera. Cierto día, Don Orione dijo brevemente a Agustín: "El sábado iré a Génova. Verá que la Virgen lo arreglará todo". Ese sábado fue a Génova y encontró reunidos, en la casa de los Ravano, a José, Alberto, Agustín, Teresa, Irma, Inés y Angelina: todo se arregló en muy poco tiempo <178>.

Habían pasado varios años desde el fin de la guerra. Vimos cómo, en ese noviembre de 1918, las multitudes de Tortona, conmovidas, unieron sus voces al voto de Don Orione, proclamando la construcción de un templo para la Virgen de la Guardia... ¿Qué había sido de aquel proyecto y de aquel deseo? Desde otro ámbito, en los círculos políticos y en la Comuna, se había abierto paso, poco después, una idea diferente: para celebrar la paz victoriosa y la participación de Tortona en el triunfo de Italia, había que erigir en lo alto, en el Castillo, donde se guardaban desde hacía siete siglos las memorias cívicas y bélicas más importantes, un monumento que hablase a las generaciones futuras. Este segundo proyecto restó impulsos al primero, el de Don Orione. ¿Cómo hallar medios para dos testimonios de tal magnitud en una población tan restringida? Ni el obispo, Monseñor Grassi, ni Don Orione quisieron enfrentar las ambiciones de las autoridades laicas y el tiempo transcurrió sin que tomase ninguna iniciativa. Sin embargo, los de San Bernardino esperaban "su" santuario. La gratitud hacia la Virgen se había adueñado de los ánimos y Don Orione lo sabía. Por eso, cada año, repetía: "Hay que esperar, ¡pero haremos una hermosa iglesia!". Ocho años después del primer voto terminó la espera, porque la Providencia, en el interín, había proclamado claramente su voluntad: los benefactores, señores Marchese, donaron una gran parcela de tierra, "la Huerta Grande", comprendida entre la calle Emilia (hoy avenida Don Orione) y la calle Ribrocca (actual calle Postumia). En aquel pedazo de tierra todo hablaba de paz, con un muro que lo convertía en un "horus conclusus", la cancel de línea antigua y en su interior las pérgolas, los cerezos, los manzanos, los perales, las hortalizas; la amplitud permitía que la imaginación viese allí una iglesia con un asilo anexo para los ancianos del lugar... Pero quedaba la dificultad de la ubicación: el hecho de encontrarse así, junto a la

madre después de alguna hermosa historia: "Si nos abandonamos a la Divina Providencia nos tomará de la mano y nos alzará; debemos comportarnos como niños". En el otoño de 1928 se realizó el traslado de los asilados. Las viejecitas y las "buenas hijas" fueron hacia el "Santa Catalina", nombre que recibió el hospicio, y los ancianos y huérfanos fueron conducidos a la Salita Angeli, sobre San Teodoro, en la casa ofrecida por un gran benefactor: Tomás Canepa. Rápidamente el "Santa Catalina" se convirtió en el centro del Pequeño Cottolengo genovés; al cabo de tres años, casi podía hablarse de un "Pequeño Cottolengo genovés", pues se había delineado aquella "constelación" destinada a rodear Génova. Don Orione también era ayudado por el excelente laico Tomás Canepa, quien ofreció su vivienda de Salita Angeli para los ancianos y huérfanos que debían abandonar Quarto. Se trataba, nuevamente, de otro "regalo" de la Virgen. Es preciso decir que Tomás Canepa era una figura notable; hubiera deseado ingresar a la Obra, pero sus hijas lo detuvieron. Entonces se puso a trabajar como podía y su casa se convirtió en el lugar de reunión de los sacerdotes orioninos de paso por Génova. Luego, como vimos, se transformó en sede de la sección masculina. ¡Y todo esto se desenvolvía en un tono tan simple y humilde! Como si hubiese "tenido" que suceder (y Dios sabe cuántas oraciones y lágrimas costaba, en secreto...) tanto, que Don Orione hubiera podido decir, con el insigne poeta: "¡... esta simplicidad que cuesta tanto!". Pero, en realidad, no existía contradicción entre el fuerte compromiso íntimo y práctico del Fundador y la fluidez exterior de los acontecimientos, se comprometía y trabaja "como si todo debiese depender de él, aun sabiendo que todo dependía de Dios y que todo su accionar era, por sí solo, perfectamente inútil". ¡Y cómo cuidaban el "tono" hasta en los detalles! Así les hablaba, exactamente, a sus religiosas: "En la Iglesia existen numerosas instituciones religiosas y cada una tiene su forma. Es objetivo de todas dar gloria a Dios y santificarnos; pero cada Congregación tiene su objetivo inmediato. Las Doroteas deben instruir a las hijas de los ricos, los jesuitas, defender la fe de Jesucristo, siendo educadores de los hijos de los nobles. Nosotros, por el contrario, tenemos como objetivo los andrajosos, los míseros... No habéis nacido para tocar el armonio o el piano, por profesión; si lo hacéis, es para ayudaros en las funciones religiosas; no habéis nacido para educar a princesas... Habéis nacido para cuidar a los pobres de Jesucristo y debéis empaparos bien de este espíritu de caridad para cuidar a los enfermos pobres, a los que no son recibidos en otras partes, a las mujeres, a los viejos rezongones, a los niños. He ahí vuestro objetivo: hacer todo cuanto sea humilde en la caridad del Señor.

"Cuanto sea humilde, bajo y que parezca humillante ante el mundo, debemos abrazarlo por amor del Señor pues es el distintivo de nuestra Pequeña Obra". A esta elección, humilde hasta la osadía, debían corresponder ideas y horizontes amplios: ningún estrecho confín sino, por el contrario, actuar como si los confines del mundo estuvieran al alcance de la mano: "... esparcir la caridad, la fe, la luz de Jesucristo en los países lejanos, donde se recogen niños abandonados en la calle. Debéis ser misioneros de la caridad, tener vosotros ¡tanta caridad que podáis sembrarla a vuestro paso!". Todo se había encauzado muy bien... Pero los viejos y los huérfanos se encuentran incómodos en la casa del buen Canepa. Este insigne donante tenía el corazón grande en relación con sus medios y no obstante que la casa ofrecida no era en absoluto miserable, no podía contener la creciente afluencia de invitados... al banquete orionino. Pero... la Virgen no otorga gracias a medias. Fue en ese momento cuando entraron más decididamente en la órbita de la Pequeña Obra, los condes Ravano, que el Fundador estimaba y conocía desde hacía tiempo: se convirtieron en "los constructores de los pilares" (¡y de qué pilares...!) y ahora veremos de qué modo. Los Ravano eran varios hermanos y pertenecían a una vigorosa, valiente dinastía de empresarios de la tierra y el mar. En

las primeras Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad (6 de diciembre de 1930) <176>.

<174> Don Orione mismo cuenta, en tercera persona, la génesis y los primeros desarrollos de la gran idea caritativa de la que surgieron los "Pequeños Cottolengos": "En mayo de 1915 pasó píamente a mejor vida la Condesa Teresa Agazzini, tía del General Fara, dejándole - a Don Orione -su casa en la región de Novara para que allí funcionara un asilo de caridad para los pobres viejos. Fue precisamente esta Casa la que permitió al pobre sacerdote, ya tan inclinado hacia San José Cottolengo, abrir para sí mismo y sus sacerdotes y religiosas, un nuevo campo de apostolado de caridad, para ayuda de los pobres y los enfermos de todo tipo, tomando como modelo la gran Obra de Turín, fundada por el mismo Cottolengo. "En realidad Don Orione - que deseaba vivir un poco en el espíritu de este gran Padre de nuestros hermanos más abandonados - se había trasladado más de una vez hasta Turín con el objetivo de estudiar de cerca la Pequeña Casa de la Divina Providencia; y más adelante, desde las ruinas de Messina, donde había llegado después del terremoto Calabro-Sículo, había ido también a Bra. Allí, en Bra, patria del Cottolengo, adquirió (con dinero obtenido de manera admirable, en parte como Paul de Sicilia, Fundador de los Rogacionistas, y muerto en olor de santidad) a los Marqueses Venosta la villa que había pertenecido en otros tiempos a los Condes de Moffa de Lisio, donde Cottolengo iba a menudo a visitar a sus primos, empleados de los condes Moffa. Y Don Orione quiso que en esa Villa se abriese, bajo los auspicios del santo, el primer Noviciado de la pequeña obra de la Divina Providencia, muy floreciente en la actualidad. Eso hizo, después de peregrinar hasta Bra, a la casa donde el Santo había nacido, y a la iglesia donde fue bautizado y tomó la primera comunión, y donde después celebró su primera misa, así como al Santuario de la Virgen de las Flores, en que se profesaba una muy tierna devoción a María y también a la tumba del Santo en Turín. "Y todo esto para invocar luz y conocer la voluntad de Dios, pedir ardor de divina caridad y protección celestial. Porque si en esta época de tanto positivismo, de tanta codicia para los bienes materiales y por el dinero, hubiera estado incluido en los designios de la Divina Providencia que el espíritu de fe y de caridad de Cottolengo se difundiera sobre la tierra de modo más universal y evangélico, el Santo demostraría su beneplácito y su poder. El sacrificio con que esperamos el tiempo y el momento del Señor y nos abandonamos a las admirables disposiciones de su Providencia, es una preparación para el tiempo de la alegría cuya hora suena, de improviso, inesperadamente. "Sucedió, pues, que cuando menos se esperaba, casi sin que nos diéramos cuenta, se abrieran, silenciosamente, in Domino, una tras otra, nuestras primeras, pequeñas Casas de Caridad, para los pobres más infelices, incapacitados para el trabajo, viejos o enfermos de todo tipo, de cualquier sexo, de cualquier credo y también sin credo, que no encuentran pan ni techo sino que son rechazados por todos y que el mundo considera los desechos de la sociedad..." (de "Don Orione y las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad", págs. 15 y s). <175> El 20 de junio de 1927, el Arzobispo de Génova, Mons. Minoretti, futuro cardenal, bendijo la primera estatua dedicaba en Génova al Cottolengo y más precisamente, en la Casa de Quarto. En efecto, se aproximaba el centenario de la primera fundación del Santo (setiembre de 1827-setiembre de 1927). En esa circunstancia, Don Orione repartió un folleto en el que escribió: "Mis queridos benefactores; todo por Dios, todo por las almas, ¡todo y siempre in Domino! Humildes y fieles a los pies de la Santa Iglesia, del Papa, de los Obispos, de los Párrocos, de los sacerdotes y de toda autoridad; ¡como hijos, como siervos, como guiñapos! ¡Siempre adelante, así, bajo la mirada de la Divina Providencia, colocándonos a los pies de todos, para consolar y ayudar a todos con dulce caridad in Domino! "¡Oh Divina Providencia, oh Divina Providencia! Nada resulta más amable y

agradable que Tú, que maternalmente alimentas al pájaro del aire y a la flor del campo: los ricos y los pobrecitos! ¡Tú abres los senderos de Dios y ejecutas los grandes designios de Dios en el mundo! "¡En Ti depositamos toda nuestra confianza, oh Santa Providencia del Señor, porque nos amas mucho más de lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos! Con la ayuda divina ya no quiero ponerte a prueba; ya no quiero atarte las manos; ya no quiero arruinar tu obra, sólo quiero abandonarme enteramente en tus brazos, sereno y tranquilo. ¡Haz que te tome como eres, con la simplicidad del niño, con la fe amplia que no tiene límites! 'Fe, fe, pero de calibre...', del calibre de la del Beato Cottolengo, que encontraba luz por todos lados y veía a Dios en todos y en todo. ¡Divina Providencia! ¡Divina Providencia! "Dame, a mí, pobre siervo y obrero tuyo, y a las almas que ruegan y trabajan en silencio y sacrificio de su vida junto a los pobrecitos, da a nuestros queridos benefactores esa grandeza de corazón, de caridad que no mide el bien con el metro ni con cálculos humanos: la caridad que es suave y dulce, que se hace toda a todos, que encuentra su felicidad en el poder hacer todo bien a los otros silenciosamente; la caridad que edifica y unifica en Jesucristo, con simplicidad y candor. "Benefactores del Pequeño Cottolengo, Jesús ha dicho: Lo que hagáis por estos pequeños, lo haréis por mí mismo. ¡Qué palabras para quien mantiene viva la fe! ¡Qué aliento para ser misericordiosos y caritativos! ¡El amor de Cristo relumbra en nuestros corazones y relumbrará siempre en el amor al prójimo y una gran luz de dios se levantará sobre Génova y Liguria! "¡Oh Santa Providencia! Inspiradora y madre de aquella caridad que es la divisa de Cristo y de sus discípulos: anima, reconforta y recompensa ampliamente en la tierra y en el cielo a todos los que, en el nombre de Dios, hacen de padre, de madre, de hermanos, de hermanas a los infelices recogidos en el Pequeño Cottolengo de Génova. "Mis queridos benefactores, os espero: ¡que nadie falte! "Que las bendiciones de los pobrecitos nuestros os acompañen durante toda la vida. Deo gratias! Deo gratias!". <176> "Don Orione a las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad", págs. 15 y s; 245 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 209 y ss; fasc. Zambarbieri, págs. 700 y ss; Venturelli, págs. 878 y s, 1008, 1088; Sciaccaluga, págs. 770 y s; C. Bertolotti, págs.456, 710, 921; "Don Orione y la Virgen", págs. 12, 720 y s, 884, 945, 947, 1227.

XL - Los "regalos" de la Virgen. Los cimientos del nuevo santuario de Tortona

De este modo y debido a la generosidad de los genoveses, se anunciaban diversas casas del Pequeño Cottolengo. "Una constelación de casas, la constelación de la caridad, rodeará a Génova": tales las palabras del Fundador. Desde el comienzo la Casa de Quarto de los Mil fue el tronco central, poblada más que ninguna de aquel muestrario humano típico del Cottolengo, que nos hace pensar en la parábola evangélica concerniente a "los lisiados, los ciegos, los mudos...". En el mundo existe la raza blanca, la negra, la amarilla, la roja y después viene... el Cottolengo <177>. Y bien, precisamente en la Casa de Quarto, Don orione se enfrentó con una dificultad. El mismo cuenta el hecho (estamos en 1927): "Un buen día alguien me dijo que debíamos irnos de Quarto, de la Casa de Quarto: también hubo alguien que me dijo: 'El martes, usted será recibido por el Jefe del Gobierno, que tiene la mejor predisposición para impedir que los pobres del pequeño Cottolengo sean echados de Quarto'. Agradecí a quien así se interesaba para que yo pudiese ser recibido por Su Excelencia, Mussolini, y el interés para que nuestros pobres no fuesen arrojados a la calle; pero me pareció, después de haber rezado un poco, que ese no era el camino del Señor y agradecí la audiencia. Tomé el Rosario y me volví hacia la Virgen de la Guardia... - Tú eres la madre de la Divina Providencia...; los pobres son las pupilas de los ojos de Dios...; no pisaré ciertos escalones ni golpearé ciertas puertas si no siento que tal es, precisamente, la voluntad de Dios. Como debo caminar en la humildad te pido, tú que eres la madre de Jesús, de todos los humildes, de todos los pobres, me hagas sentir tu voluntad, y sin alharaca porque el espíritu del Cottolengo no es de alharaca - nos donéis una casa que pueda bastar para nuestros pobres". Pasaron los días y Don Orione siguió esperando el "regalo", con absoluta simplicidad, como un niño aguarda su regalo de Navidad. Y es preciso decir que esperaba, en su interior, que fuera precisamente un regalo, porque la Casa de Quarto había sido alquilada y le había costado veintiséis mil liras al año. Ahora, pedía nada menos que una casa "de Providencia".

Los días de espera no fueron muchos. Llegó una carta del alcalde de Génova ofreciendo una casa en Portoria de parte del Municipio. Don Orione fue a verla y se estremeció. Se trataba de un edificio viejo, arruinado, especia de ratonera a pesar de que las habitaciones eran grandes, altas, a la antigua... Alguien se apresuró a decirle: "Pero, Don Orione, ¿ cómo podrán vuestros pobres vivir en una casa tan destartalada?". Sin embargo, un alto y querido recuerdo aleteaba en ese caserón abandonado: Catalina Fieschi, la gran genovesa, había pasado por allí, había vivido allí, curando a muchos enfermos... Don Orione pensaba: "¿No alcanza un precedente así para darnos ánimo?". Y existía, sobre todo, otro argumento: ¡la Virgen nunca hace una gracia a medias! Esa casa, en el estado que se hallaba, equivalía a "media" gracia; por lo tanto, era necesario esperar otra complementaria. Como por verdadero milagro, el municipio reparó los dormitorios, puso en funcionamiento los servicios, limpió las paredes, pisos, cañerías; parecía que Catalina Fieschi pasease invisible por los corredores dando órdenes e inspirando restauraciones... Cuando el arzobispo Minoretti, que conocía la casa, volvió a visitarla después de las reparaciones, miró habitación por habitación, asombrado. ¿Se trataba del mismo edificio?... Sí, respondió Don Orione: "Nos dieron una Casa de Divina Providencia, sin pagar nada de alquiler y la refaccionaron íntegramente". Y de todas las cosas extraía las consecuencias, como se lo había oído hacer tantas veces a su buena

conocido, lejos del rumor de las controversias ideológicas y de tantas palabras humanas...; en una pausa de quietud que asciende desde el silencio de los campos y ocupa todo, muros, almas de hombres finalmente simplificadas. San Alberto de Butrio es el antiguo convento donde Don Orione reunió una pequeña comunidad de frailes ciegos, que caminan "como sombras, blancos y silenciosos, distanciados de los sentidos y concentrados en su mundo interior". Los peregrinos que llegan allí beben a pleno pulmón un aire que los renueva. "Yo llegaba al singular monasterio - nos narra Gallarati- Scotti - en una hora difícil de turbaciones y amarguras, de aversiones, de crítica y de duda, y allí encontraba una serenidad de conciencia en paz, abierta hacia lo eterno. Estaba inseguro, confuso, enredado en conflictos no resueltos. Don Orione era simple, seguro, con la alegre frescura del que siente que todo el mundo está penetrado por Dios. Vivía en una esfera que era la del milagro...". Tomás Gallarati-Scotti, hombre de letras y de pensamiento, dirá un día, refiriéndose a Don Orione: "No era un hombre culto. No conocía más que su lengua. No tenía arte en la escritura, ni vanidad de publicar. No tenía tiempo para leer muchos libros... El amor fue su genio". Para Gallarati-Scotti queda atrás el período de turbación y la crisis juvenil que tanto lo habían acercado a los modernistas, pero la amistad con Don Orione no termina sino que continúa siendo uno de los puntos. ¿Qué le enseña Don Orione a este milanés inteligente y célebre? Nada que tenga que ver con la rezar el doctrina o la disciplina eclesiástica... sino una cosa simple: rezar el "Padre nuestro". Después de la muerte de su padre, Gallarati-Scotti vive un momento difícil: la división de la herencia causó algún resquemor familiar y el duque no llega a superar cierto rencor hacia una persona muy cercana - entre otras cosas, benefactora de los orioninos - que cae enferma. Gallarati-Scotti se confiesa con Don Orione. Este le pregunta con severidad: "¿Sabes rezar el 'Pater noster'? Mira que no te doy la absolución si no lo sabes decir bien, especialmente la última parte". Y agrega: "X... está gravemente enferma, del corazón y de una penosa crisis espiritual. Sólo tú puedes curarla: se necesita tu oración...". Tomás reza, y siente desenredarse el nuevo ovillo, diferente de los anteriores. La enferma curará: "27-3-1939: Queridísimo Don Orione - escribe al enterarse de la mejoría - me ha conmovido su telegrama. Su recuerdo ya constituye, de por sí, una gran bendición para mí. Usted sabe con qué ánimo lo sigo y lo escucho y cómo sé que usted me comprende. He rezado; fatigosamente - en cada plegaria hay un poco de Gethsemaní - de acuerdo a lo que deseaba. Y me alegra saber que la persona está mejor... Que Dios acepte mis dificultades particulares para resolver las de otros. Tengo muchos deseos de hablar de los grandes conflictos en curso. No puedo dejar de alegrarme. Y sin embargo, temo que la Iglesia pueda ser arrastrada hacia las cuestiones mundanas por su mismo deseo de paz. No quisiera declinase la altura lograda con la muerte de Pío XI y con la encíclica de Pío XII. Ruegue por uno de mis hijos, que tiene una fiebre que nos inquieta y mantiene alejados del resto de la familia, que está en la montaña. Envíele su bendición, al menos espiritualmente. Feliz Navidad y buen año nuevo en Cristo". "Querido Don Orione - escribe el duque en otra carta -, mi tercer hijo está enfermo con fiebres que me preocupan mucho. Me siento perdido. Me vuelvo hacia usted con fe, para que rece, rece y haga rezar para que el Señor lo sane. Sé que la Virgen no se resiste a sus plegarias. Respóndame y ayúdeme. Suyo T.G.S.". Tomás Gallarati-Scotti aprendió, con mucha fe, a golpear en la puerta de Don Orione... "Querido Don Orione, quisiera tenerlo junto a mi lecho de muerte, porque no conozco ningún otro sacerdote que pueda consolarme", dijo cierta vez. "¡Voy, voy, seguro que voy!", responde serenamente Don Orione. "Usted sabe que, a veces, no hay tiempo de avisar...". "No importa, lo sabré y estaré junto a ti". Es una promesa, y Gallarati-Scotti comprende su valor sobrenatural. Sí, "Don Orione estará siempre cerca de sus amigos y sobre todo a la hora suprema" <192>.

"Recibo también hombres ya hechos, con tal que sean libres: campesinos, artesanos, viudos, basta que tengan buena salud y buena voluntad. Cuantos se sientan llamados y en condiciones de darme una mano para ejercer el apostolado de la caridad en los colegios, oratorios festivos, colonias agrícolas, escuelas profesionales: tipografías, talleres mecánicos, carpinterías, laboratorios de artes y oficios, y también en los hospicios, asilos que la mano de la Providencia abre para la salvación de la juventud o el consuelo de los humildes: todos pueden encontrar su destino, su puesto de trabajo porque en estas instituciones de caridad, 'multae sunt mansiones'. "Quien persevere se quedará con vosotros, enfermo o sano, para toda la vida.

"Los ermitaños de la Divina Providencia. "Luego, para los desengañados del mundo que quieren entregarse a Dios para una vida de recogimiento, de oración y de olvido, tenemos los ermitaños. "Los ermitaños de la Divina Providencia viven en la paz de la soledad, rezando y trabajando; se admiten aspirantes también jóvenes, como ya lo hacía San Benito. "Las Pequeñas Misioneras de la Caridad. "¿Y luego? Aún no he terminado porque también tengo Hermanas. "La Divina Providencia actúa. Desde hace algunos años me viene desarrollando una nueva congregación de religiosas, llamadas las Pequeñas Monjas Misioneras de la Caridad... "No sé cuántas son. Pero sé que, en general, se parecen un poco a las hormigas: se afanan, crecen, se multiplican, como las hormigas. Pero para las necesidades resultan siempre pocas porque me las piden de todas partes: para asilos, escuelas maternales, hospitales, refugios de mendigos, etc. "Por lo cual, si vuestra señoría me enviase buenas vocaciones para religiosas, le estaría muy agradecido. "Existe también una sección de religiosas para las viudas. También tenemos las religiosas ciegas, que son las Sacramentinas. "Y luego, y luego... si la Divina Providencia sigue con su juego veremos, dentro de pocos años, qué podrá salir de las manos del Señor. "Es Nuestro Señor el que lo hace todo, es Nuestro Señor el que juega, digamos. Aquél que habló por boca de la burra de Balaam, no encontró sobre la tierra criatura más mísera que yo para que se conozca que todo bien proviene de él. "No busco dote, no pongo ningún límite de edad, sólo busco que tengan buen espíritu, buena salud, buena voluntad de amar y servir a Jesucristo; de trabajar en humilde obediencia, de sacrificarse en la caridad, de hacer el bien a los pobres, sirviendo a Jesús en los más pobrecitos. "Porque nosotros somos para los pobres, incluso para los más pobres y abandonados. "Vocaciones, buenas vocaciones, muchas vocaciones. "Mire un poco, querido señor y hermano mío en el Señor, cuántas preocupaciones viene a darle, cuántas personas viene a pedirle, este 'Fray Galdino' de la Divina Providencia. "El Fray Galdino de Manzoni se contentaba con buscar, recolectar nueces; yo, por el contrario (¡será por culpa de los tiempos que progresan!) si Vuestra Señoría se descuida, terminaré por buscarlo y llevarlo también a usted. Y, ¿quién lo sabe? Quizás, un día... Si Dios quisiera... "¡Almas y almas! ¡Busco almas! Busco, con la divina ayuda y con la de vuestra Señoría, hacer una obra que suscite buenos religiosos, santos sacerdotes, apóstoles. ¿Quién no querrá ayudarme? Hacedme esta caridad, ¡por el amor de Dios bendito!..." <181>. Don Orione

<180> "Don Orione y la Virgen", págs. 541 y s; 545, 736; Diario del Cardenal La Fontaine (vol. III, pág. 312); "La Virgen de la Guardia", 30 de noviembre de 1926; "Don Orione y la Virgen", págs. 1445 y s; fasc. G. Rota, 11.I; fasc. Ravano, 12, 13, I; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 465 y s. <181> "Cartas de Don Orione", v. I, pág. 255 (5.9.1920), 405; idem v. II, pág. 20 y s (15.8.1927).

XLII - Las iniciativas se multiplican - Operativo "ollas rotas" El "Pequeño Cottolengo" en desarrollo Adquisición del Paverano

La "colecta" obtuvo resultados explosivos: setecientos pedidos llegaron de todas partes de Italia. En dos días, Don Orione, Tortona, y la Pequeña Obra se hicieron célebres. Había esperado un buen éxito pero no había previsto semejante plesbicito. Naturalmente, también el Colegio "Paterno", convertido en casa vocacional, resultó insuficiente para albergar a los aspirantes. El 16 de octubre de 1927, el Fundador escribió a las otras Casas de la Pequeña Obra para pedir ayuda financiera o práctica: "La capilla está llena, el comedor está lleno, y deben ingresar por lo menos otros setenta. ¿Dónde los pondré? No lo sé. La Virgen me ayudará. Pienso que deberemos organizar por lo menos dos turnos en la capilla y dos en el comedor. Debí comprar nuevos lechos, colchones, colchas, sábanas... "Todos (los benefactores) respondieron con santo entusiasmo; ¿no responderán ahora mis hijos?". Todo esto, se entiende, después de haber realizado la necesaria selección entre los pedidos recibidos. Por otra parte, Don Orione cedía mil veces su lecho y su propia habitación, durmiendo sobre el suelo en el rellano de las escaleras con tal de no rechazar a los verdaderamente llamados por Dios. De modo que la respuesta a los aspirantes en quienes reconocía un verdadero llamado sobrenatural, la envió a vuelta de correo de allí en más: y fueron muchos años. Porque la pesca milagrosa no se resolvió en un momentáneo torbellino, sino que se prolongaría en el tiempo y los pedidos continuarían llegando. Así Don Orione, de inmediato, después de haber llenado el "Paterno", se puso a crear aspirantados por todas partes: en Voghera, en Campocroce de Mirano, en Montebello, en Roma, en San Bernardino de Tortona y luego, las "casas de prueba" en Polonia, Argentina, Brasil. Fue una manera de descomprimir al "demasiado lleno" instituto vocacional central; de ahí en más, todos los institutos de la Obra debieron tener siempre a disposición una zona para posibles aspirantes. Entre los nombres citados, detengámonos en Voghera. Era el convento de los franciscanos, aquel en que el niño Luis Orione fuere recogido de modo... brusco por el fraile testarudo, y enseguida, con tanta caridad, por el padre guardián. Al volver a ver las viejas paredes rejuvenecidas por la oleada de los nuevos habitantes, Don Orione lloró de gratitud. Por el mismo 1927 se inauguró en Roma la casa de la calle Sette Sale, Instituto Divino Salvador para los estudios eclesiásticos superiores. Durante el año escolar, los primeros clérigos asistieron a las clases de humanidades en el Máximo, en el Apolinar o en el Pontificio Seminario Mayor; en 1930-31, convertidos ya en estudiantes de filosofía y teología, frecuentaron la Universidad Gregoriana o de nuevo el Pontificio Seminario Mayor, en las clases superiores. Mientras tanto, y casi furtivamente, para no perder tiempo, Don Orione aprovechó una breve estadía en esa casa para instituir el "pan de San José", en favor de los clérigos pobres.

La "pesca milagrosa" se extendió también a los ermitaños. Ya en 1923 se había abierto la abadía de San Alberto de Butrio como casa madre, con el célebre fray Ave-María, un hijo del pueblo, ciego, que se había convertido en ermitaño orionino y que durante más de cuarenta años iluminó a los pueblos que rodeaban a Voghera. En los años que siguieron a la "colecta" las vocaciones se multiplicaron. En octubre de 1927 la Pequeña Obra fue invitada a ascender las laderas escarpadas del Soracte. Majestuosa y aislada, esta montaña que se encuentra a cuarenta kilómetros de Roma, fue hecha como de propósito para elevar almas a Dios. A través de los siglos, las órdenes contemplativas

de los tiempos! Ojalá no se oscurezcan de nuevo. Ruega para que no me queme. En cuanto a chamuscarme, paciencia. Algo tiene que pasar...". 1923: "Cada día que pasa estoy más triste y no sé por qué. Ahora que mi ciclo vital se va a cerrar vuelven a atormentarme las horribles melancolías que hicieron triste y recogida mi juventud. La existencia es un gran peso. Y el trabajo no basta, como antes, para hacérmela soportable. ¡Qué Dios me ayuda!... Ruega también por mí". 1926, en respuesta a una carta certificada de Don Orione: "La impresión inmediata fue de reconocimiento afectuoso y de pena. Elegiste la mejor parte: dar, dejándome a mí la otra, recibir...". 1928: "Hubiera querido ofrecerte algo más que una pobre visita. espero que los días transcurridos y sobre todo el buen Señor hayan curado tus enfermedades. Cuánta pena produce ver sufrir a los justos. Hemos rogado por ti con fervor en estos días. Confío en que Dios no haya despreciado nuestras súplicas". Sin fecha: "Yo no he elegido "optimam partem", como hiciste tú. Pero ya no puedo hacer otra elección y por otra parte es un deber trabajar en este campo árido e ingrato y también en el interés del Reino de Dios... Ruega y haz rezar por mí...". Don Orione sabe quién es Don Brizio. Lo ha visto trabajando por los huérfanos de la Mársica; sabe además hasta qué punto es capaz de humildad y de ocultamiento este ser intransigente. Al director del colegio San Jorge de Novi, donde Don Brizio pasará los últimos veinte años de su vida. Don Orione se lo presenta con las palabras de un padre a un hijo predilecto y admirado: "¡Cuidadlo! Haced que tenga abrigo. Es vegetariano y quizás tenga pocas calorías, procuradle ropa de abrigo y vigilad que la use porque sé que, a escondidas, da como limosna todo cuanto, salvando la decencia, puede dar. ¡Cuidadlo porque trabajó con los huérfanos y se entregó totalmente por los huérfanos!". Los años transcurrieron, toda una vida no pasó inútilmente hacia la meta de la paz. Don Brizio ha envejecido, tiene una larga barba que se vuelve gris y un mechón de cabellos blancos sobre la frente altísima e irradiante. Ahora es, quizás, como nunca, el amigo de Don Orione. En su trabajosa jornada aún tiene tiempo para miles de lecturas que mantienen despierta la vivacidad de su intelecto; y Don Orione, sin tiempo para las lecturas, se llega hasta Novi y absorbe un poco de aquella gran vida de pensamiento del escritor y magnífico intérprete del Dante. Pero en la jornada de Don Brizio existe una hora más suya, la hora en que celebra la misa con gestos recogidos que dejan entrever un íntimo, ilimitado fervor. La celebración de Don Brizio resulta inolvidable para quienes la presenciaron. Entre las posibilidades que ofrece la liturgia, ha afirmado su predilección por la misa "ad tollendum schisma": son los textos que invocan la unidad de los cristianos y un solo Pastor sobre la tierra: "ut unum sint...". Todas las veces que el calendario litúrgico lo permite, el misal de Don Brizio traslada la señal a esa página. Quizás Don Orione sea de los pocos que saben que el antiguo amigo de los modernistas, del que un obispo había dicho: "Para mí, Don Brizio no es católico"..., ofrece todos los días su Misa, sus acciones, sacrificios mínimos o grandes, para que todos los cristianos se conviertan en una sola cosa en la caridad de Cristo <191>.

Y nos resta mencionar, entre los jóvenes modernistas de ayer, a uno al que Don Orione vio vivir de cerca: el duque Tomás Gallarati-Scotti.

Desde los primeros contactos en Messina, Don orione también le dirige, con palabras precisas, su súplica por la unidad, por la sumisión: "Amo inmensamente vuestra alma y os pido que cumpláis con todo el amor de hijo cuanto nuestro buen Padre sabe que puede desear de vos. Vuestra alma encontrará su paz, cuando vos, como un niño, os abandonéis sobre el corazón de la Iglesia como sobre el corazón de la madre de nuestra fe". Pero el verdadero encuentro entre Don Orione y Gallarati- Scotti tuvo lugar más tarde, en 1932, en San Alberto de Butrio, lejos de la Messina trágica y agitada que habían

José De Luca había comentado en "L'Osservatore Romano" una carta de Don Orione sobre el crucifijo. Recibió una llamada inesperada; era Bonaiuti: "Querido Don José, cuánto bien me hicieron las palabras de Don Orione leídas en "L'Osservatore Romano". Escribe nuevamente sobre Don Orione, te lo suplico. ¡Oh, cuánto consuelo trajeron a mi alma!" <190>.

También hay otra larga historia, la de una vida entrecruzada a cada paso con la de Don orione, un hombre que dirá de él: "Es el ángel que la Providencia puso en mi camino": Don Brizio Casciola. La historia comenzó hace muchos años, cuando Don Orione entró en contacto, después del terremoto de Messina, con el grupo de modernistas y encontró "almas y almas". Don Brizio, ilustre estudioso del Dante, entrenado en los problemas del pensamiento, es un hombre duro y generoso. Se encuentra en graves dificultades con las autoridades eclesiásticas y sufre hasta la exasperación. En 1912 se desempeña como rector de una colonia agrícola de Erba; al año siguiente, ruega a Don Orione interceda ante el Papa para que le sea restituida la facultad de oficiar misa, de la que fue privado treinta meses antes: "Me ha producido un gran placer saber que el Santo Padre se interesa en mí con benevolencia y que no me hayas olvidado. Te suplico vuelvas a ver al Santo Padre y le ruegues la gracia de permitirme, al menos, celebrar misa en mi casa...". En una carta de 1915, lo vemos volcar hacia Don orione un ánimo exacerbado por las órdenes que le ligan las manos y le cierran la boca: "Para mí, éstos fueron días de pasión... Si Dios me concedió un modesto talento para que l haga fructificar y me he aplicado a ello con profundo desinterés, los hombres que dicen representar a Dios acá se han opuesto con un ensañamiento feroz; pero, sin embargo, no faltaron los resultados: las mismas personas que me hubieran favorecido y exaltado si yo me hubiese comportado como un hipócrita, si hubiese actuado y actuase cínicamente. Ahora puedo, debo estar seguro de actuar en el interés de Dios, de su Causa - que es verdad y es justicia absoluta - cuando yo, en contra de mi instinto e interés superior, me abandono a estos hombres y aliento, por mi cuenta, a perpetuación de sistemas farisaicos que arruinan las conciencias y desacreditan cada día más a la Iglesia. "¿A quién favorece mi sacrificio? "¿Y si el sacrificio no está apoyado por la razón, no es más bien una insensatez y un pecado? "Te expongo crudamente la duda, la tentación que me asalta todos los días. ¿Quién me demostrará que no tengo razón? "¡Reza por mí!". Don Orione se prepara desde el principio para inculcar en esta alma de luchador, humildad y dulzura, esa dulzura suya que deriva de una irresistible plenitud espiritual. Se trata de un período tempestuoso, que dura mucho tiempo. En 1916, Don Brizio es director de la sección masculina del Pratonato de Avezzano "Casa Familia". Quizás en el 16 escribe a Don Orione: "Te agradezco mucho el pensamiento de venir. Pero cuida que no represente un peligro para ti. Tuve días tremendos. No sé qué fuerza me sostuvo. En otros tiempos no hubiera resistido...". Desde entonces, en el arco de los años, las cartas de Don Brizio llegaron a Don Orione llevándole todos los movimientos, ya altivos, ya humildes de un alma en camino, hasta trazar casi el diario de una existencia distendida poco a poco hasta lograr la paz:

1919: "Me doy cuenta de la persistencia del vínculo querido que me liga a ti y deseo que me quede un lugarcito, aunque sea el último, en la gran familia que con dolor y amor has venido educando". 1920: "Me alegro de que te hayas restablecido. Pero debo lamentar que tú y Don Sterpi desechéis siempre mi intervención en favor de tu salud. No debemos tentar a Dios... "Como sacerdote católico acepto participar en el congreso de Roma de la federación de estudiantes por la cultura religiosa, fundada y dirigida hasta ayer exclusivamente por protestantes. El cardenal Vicario me aprobó con simpatía. ¡Signo

o eruditas habitaron en esas crestas aireadas. El 20 de octubre de 1927, las Hermanas de la Pequeña Obra se establecieron en el antiguo convento de Santa Cruz en San Orestes, en que se sucedieron las Agustinas y las Doroteas. Las orioninas abrieron un asilo para los niños del monte; en 1929, el instituto tomó el nombre del "Niño Jesús". En 1931 los Teatinos, establecidos allí desde hacía mucho tiempo, no pudieron seguir dirigiendo su convento y se lo ofrecieron a Don Orione. El padre Andredi, el último presidente teatino partió y en el viejo convento quedó un cuidador laico y dos muchachos para ayudarlo. El 11 de abril de 1931, Don Orione, acompañado por Don Fiori y por el señor Bronzatti, visitó esa sede y tomó posesión de ella para sus ermitaños y, de haber podido, se hubiera quedado también él... Desde ahí arriba, abarcaba el mundo con una sola mirada. Pero en medio de aquel hervidero de iniciativas vocacionales, reservó un lugar importante a la recuperación de las vocaciones traicionadas o casi extinguidas: los sacerdotes del error, el peligro, de la desesperación que abdica... Aproximarse a ellos cada vez que la Providencia lo permita y reavivar la última llama que la gracia mantiene encendida en lo más profundo. En muchos casos, los contactos personales, a veces breves, podían resultar beneficiosos: una conversación podía hacer girar el timón. En muchos otros, era necesario un intercambio prolongado de pensamientos, de cartas, una ayuda permanente... y, quizás, la más hermosa de todas las ayudas: un refugio. Paredes, un palmo de tierra, una ayuda: una casa a la que transportar el peso del pasado o del presente atormentado, y meditar, y rogar lejos de la agresión tentacular, continua, de las circunstancias mundanas. Don Orione creó, en 1932, este asilo para sacerdotes en peligro, caídos, apóstatas, pero dispuestos a transformarse: la villa "Eremitorio de San Luis", en Varallo <182>. Mientras tanto, su corazón permanecía prisionero en San Bernardino, en el gran huerto regalado por los señores Marchese. Hoy, nosotros, utilizando su lenguaje, podríamos decir que los había sembrado y que el corazón de un santo germina. Los fosos de los cimientos se rellenaron rápidamente y el muro se separó de la tierra. Ya estaba en funcionamiento el movimiento pendular de los clérigos que transportaban piedras, ladrillos, cal, hacia los albañiles. Regularidad, suficiencia, el material no escaseaba, los muros macizos crecían rápidamente. Bajo el paso blanco de las nubes, los ojos de Don orione medían el trozo de cielo que era necesario ocupar: ¿cuántos años pasarían antes de ver un techo, allá arriba?

Un tema profundo acompañaba aquella visión anticipada. Durante toda su vida Don Orione había amado a la Virgen y le había ofrecido el amor de los pueblos según las manifestaciones que la misma Misericordia Divina les concedió en ella y a través de ella. En tantos y tantos momentos la Virgen había aparecido encendiendo aquí o allá llamas particulares y más altas de amor, y su presencia y las circunstancias habían sido variadas y habían sido variadas y habían permanecido fijas en aspectos precisos de devoción. Para Don Orione, esa historia verdadera y múltiple de las relaciones visibles, verificables entre María y los hombres, constituía una temática rica y un continuo incentivo a la fe; y ahora, para el templo votivo que estaba construyendo, había elegido la veneración a la Virgen de la Guardia; pero, ya desde hacía tiempo, y más ahora que los muros surgían en su interior, se afirmaba una "centralidad" entre los valores históricos marianos, mejor dicho, surgía su "esencia": María, "Madre de Dios". Quince siglos antes, en 431, en el Concilio de Efeso, se había venerado a la Virgen bajo este precioso título: María, Madre de Dios; ahora, el mismo se le presentaba cada vez más claramente a Don Orione, ayudado, acompañado en esta orientación por coincidencias exteriores. 1931 signaría el decimoquinto centenario de Efeso y precisamente ese año se terminaría el nuevo santuario de la "Teotokos", por lo menos en sus estructuras esenciales. Ninguna confluencia de datos hubiera podido ser más elocuente y viva; por otra parte, ya desde

1924 el Fundador había indicado, para el culto mariano más característico de la Pequeña obra, el tema divino de la "Mater Dei": "Queremos confesar siempre, también en el culto a María, la divinidad de Jesucristo, tal como nuestro corazón, nuestra mente, nuestra fe, lo creen, lo aman, lo adoran... Queremos venerar, aclamar y amar a María, como los Padres del Concilio de Efeso, como el pueblo cristiano de Efeso y de todo el mundo católico de toda edad y de toda raza la aclamaron: Madre de Dios y madre nuestra. "No queremos simplemente entender a la Virgen como el tipo ideal de la mujer perfecta, y basta; no. Después de rogar tantos años tomé la decisión de venerar e nuestras casas a la Virgen bajo el título de Madre de Dios. Este título es también una afirmación dogmática contra quienes niegan la divinidad de Cristo. Nuestra obra debe estar, hasta en sus devociones, apegada esencialmente a los dogmas. No me conformo con Mater Christi. No, quiero conocerla, amarla, servirla y venerarla tal cual es: Madre de Dios. De este título se derivan todos los otros: Inmaculada, Auxiliadora, Corredentora, Dolorosa: no sería tal si no fuese Madre de Dios..." <183>. Mientras tanto, en 1928-29, Don Orione hablaba así a sus clérigos obreros: "¿Y, habéis hecho la prédica del buen ejemplo? ¿Recordáis a San Francisco y Fray León? ¿Recordáis qué ojos sorprendidos mostraba la gente? Pero habéis estado muy bien y la procesión de la Virgen, una procesión de nuevo tipo, salió bien" <184>. El 28 de abril de 1929, recordaba: "Hoy se cumple un año desde que iniciáramos los trabajos...". El 26 de agosto de 1930: "Con los clérigos tenemos el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo..., no permitimos que falte nada a los maestros albañiles...". Y el pueblo, alrededor, se conmovía. Las viejas lavanderas, las fidelísimas de la primera hora, hubieran quitado de la mano a aquellos muchachos los cubos y las herramientas-símbolo. La mujer de un tal Partarelli, socialista intransigente que rompió el crucifijo en el palacio el obispo, dijo: "También mis hijos se casaron por iglesia después de haber visto trabajar a los sacerdotes de Don Orione". Uno de los socialistas de San Bernardino expresó: "Si me confesara, quisiera hacerlo con esos sacerdotes que trabajan en el santuario. Justamente con ese de barba". Y señalaba con la mano al clérigo Costamagna, alma de la empresa. Don Orione decía: "Existe la idea de que el sacerdote es un poco... ¿cómo decirlo? explotador de los sudores del pueblo. Pero este invierno los rojos de San Bernardino vieron... Los que cosecharon buen nombre en San Bernardino son los clérigos trabajadores y las religiosas con su comportamiento humilde y laborioso".

Un gran fervor acompañó los tres años que transcurrieron entre el 16 de abril de 1928 (comienzo de los trabajos) y el 29 de agosto de 1931 (bendición del santuario). En 1929 Don Orione inició la publicación de la revista "Mater Dei", y quiso que fuera su director un valioso erudito mariano, el padre Antonio da Trobaso, de los Franciscanos Menores. En 1931, la revista fue elegida como órgano oficial por el Comité Romano nombrado para los festejos. Mientras tanto, las iniciativas irrumpían en la mente de Don Orione: en la Navidad de 1930, con el impulso de manifiestos y periódicos, logró reunir cuarenta mil personas (el doble, por entonces, de la población de Tortona) en torno al pesebre viviente. Una especie - si se quiere - de "misterio" medieval o de evocación, como en Oberammergau, pero trasladada del tema de la Pasión al del Nacimiento, con figuras vivas que representaban los personajes de Belén, en mayor escala, hasta el cortejo de los Magos, a través de la ciudad. Otra iniciativa, opuesta a la primera, tenía que ver con las ollas rotas de Tortona y los alrededores. En efecto, se necesitaba mucho cobre para forjar la bella estatua de la Virgen de la Guardia que se pondría en la fachada, a pleno sol. Con tal fin, Don Orione pidió socorro por los barrios y los campos solicitando solamente "ollas rotas". El mismo realizó el singular pedido de iglesia en iglesia, predicando hasta en dos o más barrios por día. Con esta iniciativa, se convirtió, oficialmente, en el sacerdote de las "ollas rotas" y, con un gesto práctico, logró conmover

XLIV - Almas en camino: Bonaiuti - Casciola - Gallarati - Scotti

"Caro amigo, el portador de la presente es un queridísimo amigo y hermano. Tiene necesidad de luz y de socorro espiritual; se las puedes brindar abundantemente. Recíbelo con tu gran caridad". "Roma, 21-VI-1934. Amigo santo y venerado, felicidades, felicidades, felicidades, del proscrito y de su madre, siempre dolorida. El recuerdo de las palabras que me dijo, en horas inolvidables, se mantiene siempre fructífero en mi corazón. ¡Espero la hora del Señor! Siento la acción de la plegaria que usted eleva por mí. Dios lo bendiga en su gran trabajo, siempre...". "Roma, 12-XII-1938. Querido amigo, te presento a un joven amigo mío. Te explicará su caso. Se trata de un agonizante a la vera del camino, golpeado, maltratado, abandonado. Eres el buen samaritano. Todos lo saben; yo lo sé más que ninguno. Lo pongo en tu camino. No lo dejarás agonizar. Lo recogerás y cuidarás... No agrego ninguna palabra; todos tus segundos son preciosos. Yo... estoy siempre sediento de tu recuerdo. Ruego y recuérdame. E. Bonaiuti". Tenía aproximadamente cincuenta años pero aparentaba más. Venía a menudo a la calle de la Sette Sale y buscaba a Don Orione; se presentaba, simplemente, como "Don Ernesto". Allí, en el umbral de la casa orionina, olvidaba que era el escritor, el estudioso de inteligencia pasional que había recogido los hilos del movimiento modernista, años después de la condena, haciéndolo revivir en sus propios escritos. Olvidaba haber enseñado en las cátedras universitarias o estar en contacto con intelectuales de toda Europa; era simplemente un sediento, alguien que sufría: "Don Ernesto". Entonces era cuando salía a luz todo el tormento que, en realidad, llevaba siempre en su corazón, pues Ernesto Bonaiuti no encontró jamás dulzura fuera de la Iglesia y nadie, quizás, como Don Orione, supo que era capaz de llorar. Hacía ya más de treinta años que Bonaiuti había iniciado la carrera de escritor, con su colaboración en la "Revista de Estudios Religiosos" (1901), la dirección de la "Revista histórico-crítica de las ciencias teológicas" y, finalmente, de "Investigaciones religiosas". En la época en que llevaba en Roma la cátedra de Historia del Cristianismo, había publicado varios estudios sobre el cristianismo primitivo, interesándose en particular por el gnosticismo y el siglo IV cristiano: El cristianismo en el Africa romana: Ensayos sobre el cristianismo primitivo. Historia del ascetismo cristiano; otros puntos centrales de interés de Bonaiuti fueron Joaquín da Fiore y la reforma luterana. Pero desde 1931 había suspendido la enseñanza universitaria y meditaba una obra de amplias dimensiones que saldría, en tres volúmenes, casi diez años más tarde: Historia del Cristianismo. Tenía un estudio severo, una biblioteca catalogada cuidadosamente, donde un día mostraría a un visitante los dos objetos más queridos y familiares: un rosario, que perteneciera a su madre, y un relicario, regalado por Don Orione... Don Orione lo había seguido a lo largo de su camino, temblando, en la caridad que lo consumía, por reencaminar hacia la salvación a los vacilantes y a los apóstatas... Había hecho lo posible por salvarlo del naufragio. Participaba en la tragedia de un hombre que se alejaba cada vez más. "Don Ernesto" sentía esa mirada y esa oración que acompañaban su vida. Conoció los recursos ingeniosos, secretos de la caridad de Don Orione. Bonaiuti se encontraba en dificultades económicas; un día una señora llevó una donación a Don orione, quien la agradeció y le dijo: "Le ruego ponga la suma en un sobre y la envíe a la dirección que le indico". "Mala suada fames", dice el poeta latino: el hambre es mala consejera. Si a ese profesor, expulsado de la Universidad romana, le llegara a faltar el pan, quién sabe por qué caminos peores podía encaminarse...". Un episodio que tuvo lugar después de la muerte de Don Orione: Don

suprema elevación del puro espíritu, del todo en Dios. Sus silencios, sus sueños, sus horas no conocidas por nadie, sus cara a cara con Dios, nadie podrá describirlos jamás; ni ese enamoramiento que, como decíamos, lo convertía en un hermano de Francisco de Asís, como él, llagado por dentro y cantando, como él siempre alegre, siempre vivo, siempre desbordado de amor como un arbusto, siempre arrollador con su amor como un viento, un fuego, un torrente. Este pobre italiano, tosco, burdo, rústico, fue, en Italia, una de las obras más ardorosas y esplendorosas del poder de Dios. Italia cuenta con muchos enamorados de Dios, dolorosos y fuertes, amorosos hasta la locura y castos, tempestuosos y serenos, a menudo poetas y siempre creadores: Don Luis Orione es uno de ellos" <189>.

<188> En su hermoso libro "P. Cappello: el Confesor de Roma", Civiltà Cattolica, III ed. págs. 198 y s. <189> En "Nueva Antología", agosto de 1940, págs. 273-285.

a decenas de poblaciones hasta un punto nunca antes logrado. En Lungavilla, en Rivanazzano, en Monleale, en Bazaluzzo, en Fresonara, en Viguzzolo, en Casalnoceto, en Castelnuovo Scrivia, en Molino dei Torti, llegaba a iglesias repletas porque la estafeta de su nombre funcionaba egregiamente por su propia cuenta. Ascendía al púlpito y hablaba de la Madre. Era un discurso lleno de fuego y ternura, era amar y comunicar amor: aquellas gentes todavía espontáneas salían de la iglesia con los ojos llenos de lágrimas. En el centro de la iglesia había siempre un montón majestuoso de ollas rotas (y quien no tenía rotas las llevaba nuevas) que constituía la retribución al predicador. El tesoro era cargado y acumulado en San Bernardino. El 1º de febrero de 1931, en Castelnuevo Scrivia, después de la prédica, fue a la sacristía para hacerse curar un forúnculo que desde hacía quince días le atormentaba en el cuello: se le había metido dentro, impertérrito, como... compañero de predicación; según él no podía encontrar uno mejor. Y mientras estaba así, con el cuello torcido, sobre una silla, sufriendo la medicación un tanto primitiva de un clérigo que lo acompañaba, entró el doctor Carlos Stopini, excelente médico del hospital de Castelnuovo. El médico exclamó: "Pero Don Orione, ¡cómo puede andar por el mundo en estas condiciones!... Sabe que es un grave peligro; se trata de un forúnculo grande ya como una nuez. ¡Rápido, vayamos ahora mismo al hospital!". A decir verdad, Don Orione ya se había dado cuenta por el dolor, pero respondió: "Le agradezco mucho, doctor. Le agradezco realmente mucho; está bien, vayamos al hospital, pero antes déjeme llegarme un momentito hasta Molino de Torti, donde me esperan"; llegó, predicó, y los entendidos dicen que fue su más bello sermón sobre la Virgen. La misa de las ollas rotas superó a las otras. Al regresar a Castelnuovo Scrivia, a las 20,30, el doctor Stopini le extrajo del cuello el gran forúnculo, le cauterizó la herida y lo obligó a guardar cama para medicamentarlo en el hospital de Tortona. "Pero, querido doctor - decía Don Orione - todos trabajan, se esfuerzan y yo acá cómodo, cómodo, sin hacer nada".

La visible protección de la Virgen se mantuvo sobre la construcción del santuario: el 18 de octubre de 1930 cayó un clérigo desde una altura de 18 metros y no se rompió ni un hueso; lo único roto fueron las medias. Don Orione decía: "El santuario fue construido con el Ave María. Yo no tenía nada, las mujeres rezaban en la pequeña iglesia y las lavanderas rezaban muchos rosarios por lo clérigos; las religiosas cuando salían y veían a los clérigos allá arriba, decían: "Quisiéramos subir nosotras también", pero, como no podían, decían muchas Ave María". En la madrugada del 29 de agosto de 1931, Monseñor Grassi bendijo el santuario; Don Orione con sus sacerdotes cargaron en las espaldas la estatua de la Virgen y él la colocó sobre el nuevo trono. La Congregación estaba presente en su totalidad: los representantes de las Casas habían venido hasta del extranjero. A la siesta, la enorme procesión ascendió al Castillo y hablaron, sucesivamente, Don Orione y Don Benedicto Galbiati. Era el "gloria" confiado a dos voces humanas. El 27 de setiembre tuvo lugar otro "gloria", esta vez más sonoro: Lorenzo Perosi dirigió su "Resurrección de Cristo" en la nueva iglesia. Digamos que no había sido fácil lograr ese acontecimiento musical: uno escapaba por acá, otro desaparecía por allá, comenzando por el Maestro, a menudo enfermo: "Iré mañana, no... dentro de una semana..., no", y en los rápidos cambios de fechas lo ayudaban las buenas y hábiles hermanas a las que también les resultaba difícil establecer un día preciso. Don Orione había hecho varias veces el camino entre Roma y Tortona, incansable. nadie más tenaz que él... En el momento de la ejecución, cuando la gran epopeya sacra llenó la iglesia, permaneció oculto... La Italia musical se había reunido allí para escuchar las divinas páginas del Oratorio... y tributó a Don Lorenzo una ovación infinita... Don Orione se unió a la multitud, llorando... y no sólo por goce musical: su alegría era más compleja <185>.

Luis Queirolo era un joven genovés asolado por una enfermedad que no perdona, de lento curso. Un día se encontraba en la cocina; la cocinera había apenas llegado y dejado allí, sin abrirlos, los paquetes de las compras. Por casualidad, Luis miró los envoltorios; el de la verdura era un folleto de propaganda de Don Orione. Tuvo la curiosidad de leerlo; hablaba del Pequeño Cottolengo genovés que por entonces estaba en sus comienzos, describía necesidades y esperanzas y los huerfanitos o las viejas enfermas y deformes. Se trataba de temas tristes para un joven enfermo, pero... ¡el lenguaje! Era un modo de decir las cosas que hacía reconocer entre miles el aliento caritativo de Don Orione; sólo él amaba y hablaba así.

Llevó a su habitación las páginas rotas, terminó de leerlas, se quedó pensativo. era hijo único, había perdido al padre hacía años, y la madre, Angela Solari, viuda de Queirolo, era una señora profundamente religiosa. Quizás ese mismo día, Luis le dijo algo que la conmovió hasta lo más íntimo: - Mamá, cuando ya no esté, ayuda la Pequeño Cottolengo. Angela sintió que las lágrimas fluían con vehemencia, tomó fuerzas y respondió lo mejor que pudo, prometiendo hacerlo. El mal se agravó y Luis cerró los ojos. Quizás entre sus últimas visiones estuvieron las casas del Pequeño Cottolengo, tal como las imaginaba o como se las habían descrito. Angela Queirolo amaba a su hijo con una verdadera pasión de madre. Al quedar sola, visitó las casas de la calle Camoscio y se encontró envuelta por el enjambre de las huérfanas, sintió entonces, con una claridad inexplicable, la nueva tarea que su hijo le había indicado, la integración recíproca frente a aquellas niñas solas: ella, madre; ellas, hijas. Se convirtió en una gran benefactora de las huérfanas y las enfermas. Casi todos los días pasaba revista, con regalos y buenas palabras, al increíbles conjunto allí reunido: tan infelices todas que la desventura de alguna atenuaba la de las otras y viceversa, por una misteriosa ósmosis de resistencia al sufrimiento. Angela se sentía correspondida. No era cierto que estuviera allí para ayudar a esas pobrecitas, sino que ellas la ayudaban también. La entrenaban en la ciencia más ardua y profunda: vivir sin nada; ella era sana, libre, rica, pero no tenía ya nada, pues había perdido a Luis. En aquel recinto prodigioso existía un centro vivo, el sacerdote que había reunido aquella casa de beneficencia y que tenía para cada una de las amparadas la palabra justa y oportuna. También tuvo una palabra para ella, le habló de El, de la "felicidad" de El, como nadie lo hubiera podido hacer. Poco a poco, Angela sintió que de su desolación, de su desierto, florecía con plenitud una nueva vida: suya y de El porque El era quien ordenaba y ella quien ejecutaba. Su actividad en pro del Pequeño Cottolengo se reforzó semana a semana y, casi como una compensación que no hubiera osado pedir, aquel "hortus conclusus" del dolor se convirtió también para ella, como para las asiladas, en el reino de la paz. Ya en 1932, convertida en parte activa, comprometida en el desarrollo del Pequeño Cottolengo, comenzó a sugerir a Don Orione expandirlo; en 1933 le llevó un millón, que él depositó en el banco, a la orden de una obra aún nebulosa. En ese mismo año la Junta Provincial de Génova declaró el edificio del Paverano, utilizado como manicomio femenino provincial, inadecuado para las exigencias modernas y lo puso en venta.

Alrededor de Don Orione se formó algo así como una conjura inconsciente: varios amigos, sin que ninguno supiera las intenciones del otro, lo impulsaban a adquirirlo. Entre ellos se encontraba el párroco de la Santa Fe que "tenía necesidad de un pararrayos más para su parroquia, en pleno desarrollo, en Corso Cerdeña". Don Orione inició las tratativas. Lo representaba Don Sterpi, y por la otra parte actuaba el rectorado de la Provincia. A principios de agosto de 1933, Don Orione, después de Misa y antes de descender del altar, pidió el documento de obligación de compra del Paverano, con el

acuerdo a una figura estereotipada; la inteligencia verdadera descubre sus múltiples diferencias.

"Don Orione es el hombre de la época de Pío X; Don Bosco tiene el aire de los tiempos de Pío IX; un tiempo calumniado pero bellísimo aunque triste. La beata Cabrini se ve bien junto a León XIII, con su ardorosa inquietud. Don Orione, al comenzar su obra en el último decenio del siglo pasado, se propuso como consigna y divisa: "Instaurare omnia in Christo"; es extraño, pero esta misma frase paulina será elegida como tema y programa de su pontificado por el Papa Pío X, no bien elegido pontífice. Se sabe cuán profunda fue la amistad entre Don Orione y Pío X... Resulta extraño cómo estas dos almas de hombres simples reencontraron fuentes antiquísimas de vida cristiana; ignorantes de la historia, redescubrieron y reabrieron a la vida de los cristianos fuentes de la tradición que parecían perdidas. No diremos nada del pontificado de Pío X, pero se recordará que la Iglesia conoció la mayor renovación de los últimos tiempos gracias a Pío X: en las leyes, en las curia, en la liturgia, en la praxis parroquial, en la vida del clero, tanto de los seminarios como de las parroquias, en la vida sacramental y en la de las órdenes religiosas. Verdaderamente "instauravit omnia"; que es un poco restauración, un poco reparación, un poco renovación. "En la vida de Don Orione asistimos al mismo reencuentro. Hay en él algo de San Benito y de San Francisco, de Cottolengo y de Don Bosco. La misma libertad de impulsos, de movimientos, de creaciones. De San Benito tomó la soledad, de San Francisco el enamoramiento, de Don Bosco, el ansia infatigable del pescador que tiende sus redes. "Pero al observar bien de cerca a Don Orione se nos revela un alma que sus obras por sí solas no revelan. Ya se sabe cómo son las obras. Apenas surgidas, viven su propia vida. Son como los hijos que se parecen al padre y viven de su vida pero siendo irremediablemente otra cosa, otra alma. También es sabido que, algunas veces, las obras, como los hijos, afligen al padre: lo limitan, lo encierran, lo oprimen. Un autor termina por sentirse prisionero de sus libros, tanto más si sus libros tienen éxito. Don Orione, que creó todas las obras que creó, no estaba todo él en ellas. Guardó para sí un secreto y este secreto permaneció denso e impenetrable. "Sumamente ejemplar en todos los deberes, exacto, preciso, respetuoso, listo para observar las conveniencias y delicadezas habituales entre los hombres, algo suyo, celosamente suyo y libre frente a su Dios hacía la alegría y la tortura de su alma oculta. Hombre de pueblo, sin embargo nunca iba a casa de otros, de visita, sin presentarse impecablemente ordenado, limpio, gentil. No estaba con los que, so pretexto de naturalidad, andan desaliñados, sucios, descuidados. Recomendaba a los suyos, junto con la extrema pobreza, la extrema gentileza. Ser cortés constituía la primera caridad. En la mesa comía y quería se comiese con alegría, jovialmente. No tenía paz si los enfermos no eran atendidos meticulosamente. Era el hombre de las atenciones más maternales, más amorosas. Comía con sus comensales, reía con sus amigos, se enfermaba con sus enfermos. Veneraba todas las autoridades y "ex animo", no por protocolo; a todos escuchaba, a todos estimaba, a todos servía. "Y sin embargo, este hombre vivía en virtud de una vida indecible, que para nosotros, que no tenemos su amor, puede parecer casi una muerte. Pocos pudieron lanzar una mirada en el fuego interior de su alma: candente y al mismo tiempo abrasante, fuego secreto como Dios, presente como Dios. Pero algo podía verse, algo se traslucía. Apenas podía, pasaba por alto el sueño. Cuando no lo hacía en comunidad, no se sabe ni dónde ni cuándo comía. Se lo vio dormir sobre la tarima de los altares, extendido en la noche, viviente. Cierta vez se lo vio durmiendo en un pesebre, por amor a quien había nacido en un pesebre. "Bastaba hablar con él, para que se transparentase una vida milagrosa. Por dentro, lo consumía un amor que no debía darle descanso ni un segundo, aunque algunas veces le diera el estremecimiento del éxtasis, la

podríamos lograrlo mejor y más fácilmente. Sé muy bien que existen rigidísimos moralistas, maestros severos que desdeñan estos fervores populares que, a su juicio, son fatuos, y sonríen ante quien resulta su víctima: "at mi, sum paulo infirmior: unus multorum". "Por lo tanto, vi varias veces a Don Orione y sin ninguna dificultad. Le hablé, me habló. Verdaderamente sus ojos despedían luz y sus palabras curaban; toda su persona, vivísima, inquietísima, estaba en paz; y al besar su mano, uno se detenía como para abrevar en esta paz. Cierta vez, al salir de su casa, me apreció que hasta el sol era diferente: si las calles bajo el sol se me hubieran proclamado calles del paraíso terrenal, lo hubiera creído. "Pero un día, un calificado amigo - uno de esos amigos que no me dan órdenes porque tienen el arte de hacerse obedecer en sus simples deseos - me rogó que me mantuviera atento respecto a Don Orione porque podría llegar el momento en que debiera escribir sobre él. Que me acercara, pues, con los ojos abiertos, que me informase, que lo estudiase, que recogiese documentos, discursos. Accedí al deseo de mi amigo, preparé y extendí mi red; pero por más que maquiné, pedí, supliqué, Don Orione ya no me dejó verlo más. Estudiadísimas llamadas telefónicas, largas esperas frente a su Casa, esquelitas suplicantes, todo en vano. No quería decirle una mentira; se necesita coraje para decírsela a los santos: mejor le hubiera dicho claramente que quería escribir sobre él. Quizás hubiera renunciado a escribir sobre él con tal de que me recibiese. Ya no pude verlo más. "Algún tiempo antes de su muerte me llegué hasta donde se alojaba; estaba, pero muy ocupado; me hizo decir que tuviese paciencia. Esperé, esperé inútilmente. Retomé, finalmente, dolorido por una culpa que no me parecía tal, el camino hacia mi casa; sufría amargamente. Si por lo menos hubiese podido verle el rostro, los ojos cándidos, cordiales. Los amigos calificados, pensaba, son calificados pero también un problema. Y, además, este maldito escribir, escribir, escribir, me amargaba la vida una vez más. En eso escuché, detrás de mí, el ruido de un taxi. Estaba en la plaza de San Pedro ad Vincula, solitaria y resonante como un patio antiguo. Me volví, y el taxi pasó al lado: Don Orione, desde la ventanilla, me saludaba con las dos manos y me decía - o así me pareció -: "Adiós, Don José". Y se fue. "Al poco tiempo moría, la noche del 12 de marzo a las 22.15. "Don Orione, muy pobre por su origen y creador de innumerables obras, vivió pobre y murió pobre, extrañadísimo en San Remo. En realidad, poco después de haber llegado allí para reposar, al no poder partir más , murió. Su rostro era el de un hombre pobre: no había tomado ese barniz, esas líneas, ese no sé qué de compuesto, presentable y social que petrifica el rostro de un hombre que hizo mucho y tiene peso en el mundo. El mismo Cardenal Gasparri, que permaneció en su estado natural hasta el fin, tenía un fruncimiento del ceño y una rigidez que le contraían el rostro y casi se lo adulteraban. Como en los niños que ponen una cara especial para ganar una carrera en casa o con otros niños, así en el rostro del Cardenal Gasparri estas turbaciones no parecían naturales y eran fugaces: pero existían y eran frecuentes.

"En el rostro de Don Orione, en el rostro del humilde, no aparecía ninguna "importancia", ninguna "máscara": además de la naturaleza, había una luz, una transparencia, una fuerza, una dulzura, una "gracia" que le venía de una vida interior secretísima, suya, ardiente y sobrehumana.

"Hay un color del tiempo, también para los santos. Y un color de los lugares. Los santos no son abstracciones sino precisamente, lo contrario de una abstracción. Nada de metafísico, es decir, más allá de lo natural; nada de poético, es decir, de "hecho"; nada de histórico, es decir, narrado "post eventum": son, por el contrario, como un torrente, un río, un bosque, una ciudad, un monte. Tienen esas líneas, esos colores, esas luces, esas sombras. Un santo es diferente de otro santo no sólo como gracia sino también como naturaleza. La iconografía, la fácil hagiografía y hasta la devoción ven a los santos de

compromiso de asistir a trescientas enfermas mentales; lo firmó y dispuso que fuera llevado a destino inmediatamente sin que el portador se demorara en otras cuestiones. El 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo, patrono de Génova, se realizó el definitivo intercambio de firmas, en la sede de la administración provincial <186>. Cuando llegó el momento de entregar un millón como anticipo de pago, Don Orione extrajo de los enormes bolsillos varios millares de billetes de cien, quinientos y mil frente al ecónomo de la Provincia y al tesorero atemorizados ante la posibilidad de tener que contarlos. - Pero, la caja fuerte ya está cerrada, ¿qué haremos? - objetó uno de ellos. Don Orione contestó: "Si no reciben ahora este dinero, con tantas urgencias como tengo, mucho me temo que tome otro camino...". Luego de un tiempo, y hablando con un joven: "Ahora no tengo ni un céntimo. Pero... Recuerda que nuestros institutos pagos son nuestro pasivo, mientras que los gratuitos son nuestro activo. La crisis existe para los hombres, no para Dios... Ahora se necesitaría comprar la lavandería de Rubattino, así se podría lavar toda la ropa blanca de tres mil personas". - Pero, ¿cómo se enteró de que estaba en venta? - En Génova, apenas subí al tren, me alcanzó un señor que me hizo la propuesta de adquirirla... A los pocos días, la lavandería era de Don Orione <187>.

<182> "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", junio 1931; Carta colectiva del 16.10.1927; fasc. Varallo Sesia, págs. 24, 415, 460, 538; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, pág. 522; "La luminosa noche de un ciego (Fray Ave María)", Roma, 1964; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", octubre 1933. <183> "Don Orione y la Virgen", págs. 238, 258, 274 y s, 281 y s (para la revista "Mater Dei"), págs. 691 y s; 1515; (devoción) 1403 y s; fasc. "Mater dei" (revista) págs. 147, 334, 537, 577, 898, 929. <184> En gran parte el mérito de la construcción del Santuario debe asignarse a Don Sterpi, quien soportó el peso de su administración, de los contactos con los obreros, empresas constructoras, proveedores, autoridades. Si alguna vez, en los años de la Fundación de la Obra, había sido para Don orione un "hombre de la Virgen", lo fue por segunda vez en 1928-29, cuando por su mala salud fue llamado a Tortona, desde Venecia, donde era director desde 1919, para que se curase mejor, atendiendo al mismo tiempo a las "vocaciones" reunidas por Don Orione en la famosa recolección de 1927 ("Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 503 y s). <185> "Don Orione y la Virgen", págs. 729 y s; 1274 y s; 1534 y s; 1542 y s; 1548 y s; 1587 y s; 1625, 1629 y s; 1640 y s; 1046 y s; 1720 y s. <186> Don Orione explicaba por qué quiso que ese importante acto tuviera lugar en el día de San Lorenzo, mientras la toma de posesión se realizó el 30 de noviembre: "San Lorenzo no sólo fue el gran diácono y mártir de la Iglesia, sino también el Santo de los pobres. Su oficio consistía en brindar fe, pan y consuelo a aproximadamente cinco mil pobres, mantenidos por la caridad de los primeros fieles. Cuando el tirano decidió le fueran confiscados los supuestos tesoros de la Iglesia, San Lorenzo pidió tres días; reunió a todos sus pobres y condujo al perseguidor frente a aquella turba de lisiados, viudas, huérfanos y viejos, y señalándolos, dijo: ¡Estos son los tesoros de la Iglesia! ¡San Lorenzo es, por lo tanto, también el santo patrono de los pobres!" ("Don Orione a las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad", pág. 357).

<187> "El corazón de los genoveses y el Pequeño Cottolengo de Don Orione", Número único en el 25 aniversario de la fundación; "Don Orione y la Virgen", págs. 417, 454, 512, 720, 732, 1094 y s.

XLIII - Padre Cappello, el "Confesor de Roma"; José de Luca, el amigo de los literatos

El Padre Cappello, el "confesor de Roma": un pequeño ser de rostro pálido, de rasgos sutiles, ojos vivos y agudos, cabellos blancos. Tenía su confesionario en la iglesia de San Ignacio y siempre lo esperaba una fila de personas, tan larga como la nave. Las almas se dirigían al Padre Cappello buscando dirección espiritual y también para hacerle consultas canónicas: era el canonista más grande de Europa. Tenía la mano liviana y segura como ningún otro para desenredar ovillos y para señalar con brevedad el camino recto, luminoso, a quien durante años anduviese a tientas. En la hilera de los que solicitaban su consejo nos encontramos con un postulante singular: Don Orione. Le pedía consejos de un tipo muy particular. El padre Mondrone escribe <188>: "Impulsado por su fuego interior y por el dinamismo que éste le infundía, Don Orione deseaba moverse con la libertad necesaria para el trabajo de un apóstol. Pero como también estaba dominado de una inmensa prudencia y de una sujeción incondicional y filial a la Iglesia, tenía una suerte de sexto sentido para advertir una realidad o una apariencia jurídica que no podía pasarse por alto. De ahí nacían a veces dificultades que obstaculizaban su camino. "A menudo el corazón le permitía intuir que las razones de la caridad tienen tal predominio que desembocan casi con seguridad en una solución incluso en los casos en que, desde un punto de vista legal, podrían presentarse más dificultosos. "Entonces se ponía a estudiar, a buscar la debida coexistencia entre las leyes de la caridad y las de la legislación eclesiástica. Así solía afanarse día y noche para expresar sus visiones y encontrar los verdaderos motivos que justificasen las intuiciones del corazón, sin contravenir las disposiciones del Derecho canónico y otras prescripciones particulares de la jerarquía. "Inteligencia viva, intuitiva, pero no ejercitada en la exégesis jurídica, Don Orione sentía, en esos casos, la necesidad de apoyarse en la opinión de un canonista. Encontró esa ayuda en el Padre Cappello, que se le reveló como 'la guía segura para dirimir dudas en problemas, en caminos que conducen a la equidad y la justicia'. "Entre los temas tratados por Don Orione con el Padre Cappello figuró - nos cuenta Don Cesaro - el relativo a la puesta al día de las Constituciones de acuerdo al nuevo código de derecho canónico. Con este fin el Fundador había realizado algunos sondeos entre personas competentes y el estudio fue terminado por el cardenal Boggiano. Durante este período, sometía estudios e investigaciones al consejo del Padre Cappello, a quien pedía su parecer. "El siervo de Dios, en el transcurso de este trabajo de actualización, se debatía en algunos puntos que no deseaba transformar para la fisonomía de su congregación. Cifras, apostillas, apuntes de su puño, atendían, entre otras cosas, a esta cuestión: que él mismo y su familia religiosa no estuvieran demasiado ligados a fórmulas o constricciones que pudieran obstaculizar el impulso de dedicación del espíritu, las eventuales posibilidades de adaptación a nuevas formas y circunstancias. "Para poder salvar mejor las almas - decía - es necesario saber adoptar ciertos métodos y no fosilizarse en ciertas formas si éstas ya no resultan de nuestro agrado o se vuelven anticuadas y fuera de uso". Y además: "Son nuevos los tiempos. Fuera los temores, no vacilemos; marchemos a su conquista con un espíritu ardiente e intenso de apostolado, de sana e inteligente modernidad. Lancémonos a las nuevas formas, a los nuevos métodos de acción religiosa y social, bajo la guía de los Obispos, con fe firme, pero con criterios y espíritu amplios". En otras palabras, quería solidez de espíritu eclesiástico, pero ductilidad en la acción realizada hasta el límite de lo necesario.

"Este pensamiento - observa Don Cesaro - que dominaba en todos los apuntes del siervo de Dios, se resolvió con equilibrio en la edición final de las Constituciones, realizada por obra del visitador apostólico, el Abad Manuel Caronti. Recuerdo sin embargo que aquél también era compartido plenamente por el Padre Cappello, que proporcionaba las sugerencias jurídicas para codificar todo lo ya existente y nada que no estuviese prescrito, excepto lo que se refería al fin, a los medios y al espíritu. Intuición viva e instancia apostólica en Don Orione; claridad y equilibrio jurídico en el Padre Cappello; actuación conforme y lineal de un compromiso vivo (alma y cuerpo) por parte del Abad Caronti". "Nos parece ver a Don Orione, precisamente a él que se maneja con dificultad entre reglas y fórmulas, al punto que a veces se le escapa: "El Señor me hace la gracia de comprender cómo puede uno llegar a ser un hereje...". Cuando las cartas de Don Orione llegaban al Padre Cappello - nos lo cuenta Don César que a menudo ofició de intermediario entre ambos - el jesuita las recibía, las leía y mientras lo hacía se le formaba la más bella sonrisa del mundo: "Dígale a Don Orione que si todos los problemas fueran como los suyos y planteados como él los plantea, existiría una inmensa paz en todo el mundo...". "A veces sucedía que el Padre Cappello era quien debía recurrir a Don Orione, cuando tenía entre manos almas o situaciones particulares en las que sólo podía intervenir la caridad de Don Orione. Entonces le tocaba a éste sonreír largamente, con alegría, como si todo fuese fácil, tan fácil... Y aunque muchos directores de nuestros institutos no lo sepan, ellos eran los ejecutores de la ajustada e iluminada armonía existente entre los dos sacerdotes". Hubo también una disensión que se volvió muy dolorosa para Don Orione y en la que recibió el pleno apoyo jurídico del Padre Cappello. "Se trataba de la reivindicación de la iglesia parroquial de San Miguel en Tortona, entregada a la Pequeña Obra junto con la casa y los otros anexos, todo asegurado y legalizado con actos de la autoridad competente y por un rescripto del mismo Pío X. En realidad, no se trataba de acumular bienes patrimoniales, como se le quería endilgar al pobre Fundador, sino de poner en dificultades a todo un complejo de obras e intereses de la Pequeña Obra y de su porvenir que allí se concentraban. "Estoy dispuesto a renunciar al beneficio - escribía Don Orione - pero la iglesia está tan insertada dentro de nuestra Casa Matriz, que en el caso de que no nos la hubieran dado, habrían surgido problemas y divergencias interminables. ¿Para qué, después de tanto trabajo realizado, con la ayuda de Dios, meternos en semejante berenjenal?". Don Orione acabó por ceder libremente gran parte del derecho del beneficio parroquial, llegando a obtener la iglesia, tal como lo deseaba. "Esto era lo que exigía la equidad y la justicia misma", comentó el Padre Cappello.

Como todos saben, Don José De Luca era un sacerdote que, durante toda su vida, ejerció un apostolado particular: el de la literatura. Escritor prestigioso, mantuvo un amplio contacto con el ambiente de cultura laica: conoció y fue amigo de literatos y artistas, quienes, gracias a su estilo de limpidez incomparable, leyeron obras sobre Dios y los santos. Este hombre de cultura y de letras cuenta, sobre sí mismo y Don Orione, y lo describe tal como lo conoció e intuyó, como lo adivinó en sus lineamientos secretos: "Hacía algunos años me había propuesto acercarme a Don Orione. Venía a Roma a menudo y por lo tanto no debía resultar difícil encontrarlo. Justamente entre sus mayores y más maravillosas cualidades estaba la de saber ver a todos, de alcanzar a todos. De hecho me acerqué a él cada vez que lo quise y siempre "ob remedium animae". Siempre sucede que, en presencia de un hombre piadoso que goza de fama de santo, se despierta en los fieles un nuevo fervor, no sólo de curiosidad o fanatismo - aunque ligero -: se trata de un fervor real, sólido, bueno porque surge de un deseo de ser mejores; y al estar próximos a quien es extremada y heroicamente bueno, parecería que nosotros

cualquier dureza y rigor. Todavía más importante que las incitaciones y directivas particulares - agitar el árbol, desarrollar los altos estudios - resulta la continua, profunda y universal alusión a la unión de las almas y los corazones. La esperanza y sentimientos evangélicos afloran a menudo en las páginas del epistolario, o más bien las escriben. Si la lapicera es "la unión", la tinta es igualmente "la unión"; la exhortación es la unión y el ejemplo personal es también, siempre, la unión. Nunca antes Don Orione pronunció palabras que revelen su vínculo espiritual, intelectual y afectivo con sus hijos, una ligazón que la vastedad del océano transforma en ternura, una afinidad que la separación eleva a nostalgia. ¡Y qué ternura y nostalgia de padre! De ella surgen con la vivacidad del sentimiento, y con la autoridad del ejemplo, las recomendaciones a los hijos de que se amen y unan bajo la guía de Don Sterpi. ¡En esta instancia el Fundador une a todos, sacerdotes, clérigos, hijos espirituales, religiosos y, obviamente, asilados, huéspedes-patrones! "Mis queridísimos hermanos sacerdotes, y vosotros, mis hijos en Cristo, y también vosotras, oh religiosas, buenas hijas de dios, a todos vengo en el Señor a deciros la buena palabra que os inflame cada vez más de amor a Dios y de caridad entre vosotros y a confortaros en el servicio de Dios y de las almas... "...¡Rezaré mucho por vosotros! Démonos cita a los pies de Jesús: allí nos encontraremos unidos siempre en la íntima ligazón de la caridad; y unidos en torno a Jesús '¡quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!' ". Y, respecto a Don Sterpi: "Escuchadle, obedecedle, agrupaos todos, oh mis sacerdotes, en torno a él; rogad por él como por mí; confortadlo de todas las formas... Uníos en torno a él y a los sacerdotes más ancianos, en un solo corazón y una sola alma...". Con relación a sus disposiciones personales: "Oh mis hermanos tan queridos y amados, me parece oír las campanas de mi patria lejana sonando a gloria; aquel himno suyo despierta en mí los recuerdos más santos, cantan la resurrección de Cristo y me hacen llorar de fe, de alegría, de amor a Dios, de amor a vosotros, de amor a nuestra Italia. ¡Ah!... 'la sangre no es agua', dijo un gran Arzobispo, émulo de San Carlos. "... Os digo que no puedo elevar el espíritu al Señor sin rezar por vosotros; haced así vosotros por el alma mía" <205>.

<204> "Buenos Aires, 30 de abril de 1935, XIII. - Reverendo y querido Don Orione, no le expresaría un sentimiento que tengo en el corazón si no le dijera con cuánto placer, aceptando la invitación que me cursara en su carta del 26 de abril del corriente, asistí a la colocación de la primera piedra de la Obra del Cottolengo Argentino. Todos nuestros compatriotas saben qué grande y luminosa es la acción desarrollada en nuestro país por aquel José Cottolengo que la Iglesia elevó a la dignidad de los altares y que Italia considera uno de sus mejores hijos. Ver surgir una obra similar en la Argentina, cuya tierra fue fecundada por el trabajo de millares de italianos es, además de algo sumamente útil desde el punto de vista espiritual, un testimonio de gratitud por parte de Italia, que ha visto abrir generosamente los brazos de la República caballeresca y amiga a las multitudes de hermanos nuestros llegados a las orillas del Plata. Al iniciar tan filantrópica institución, usted no sólo ha cumplido con uno de los deberes de caridad cristiana que lo convierten en un apóstol ya conocido de exquisita bondad, sino que también ha contribuido a una de esas afirmaciones de la italianidad en el exterior, que aureoladas, alumbradas y valorizadas por la luz de la fe, hacen que la obra sea todavía más estimada y que los desamparados bendigan esa tierra lejana desde la que vienen tales mensajeros de piedad evangélica. No omití referir a Su Excelencia, el Jefe de Gobierno, la sugestiva ceremonia a la que asistí el domingo pasado y estoy seguro de que él, admirador de Cottolengo desde que pudo constatar en Turín su magnífica obra asistencial, se alegrará e saber que también en la Argentina surgirá una Institución benéfica, cuya simiente fue arrojada a manos llenas por un hombre de su valor, Reverendo y querido Orione.

<190> Fasc. Bonaiuti, 6. VII, págs. 42, 142, 159, 187, 237, 285, 330, 332, 336, 418, 442, 552, 711, 908 y s. <191> Fasc. Brizio Casciola, 17, V, págs. 143, 159, 336, 4000, 552, 709, 908, 1186. <192> Fasc. Gallarati-Scotti, n. 36, págs. 396 y s; 417, 480, 504, 514, 522, 708 y s, 907 y s, 1020, 1037, 1149.

XLV - Don Orione parte por segunda vez

El segundo viaje de Don Orione a América del Sur representó un típico punto de llegada... de Don Orione, es decir, un punto de partida. Pero hablábamos de "llegada", porque en esa estadía en Brasil vemos reflejados, en una síntesis humilde y deslumbrante, muchos resultados de la vida y de la obra del Fundador: los resultados vitales, las características íntimas de u personalidad, tal como se conformaron hasta ese momento, así como los puntos firmes de la ascesis y las cumbres de la virtud por él alcanzadas. En efecto, resulta de sumo interés trazar las líneas de una existencia tan dinámica exterior e interiormente, hasta el punto que, por la rapidez con que se desarrolla, casi escapa a quien quiera fijar contornos y fechas. Sucede que mientras nos aplicamos a analizar ciertos elementos, éstos aparecen ya superados por el ímpetu del amor en que se mueve Don Orione. Uno de los resultados íntimos más evidentes es, por lo tanto, el distanciamiento integral: el Fundador se separa de la criatura (la Congregación en Italia) que le costó un inmenso trabajo y que es el fruto de gracias espléndidas. Se aleja de ella, la deja en manos de Don Sterpi; va, como un principiante, hacia el nuevo mundo. Tiene entonces más de sesenta años y está dispuesto a renovarse a través de obras nuevas en un ambiente que es, en gran parte, también nuevo. La constatación de esta fuerza de distanciamiento nos permite penetrar más profundamente en Don Orione para rastrear su verdadera fuente; esta fuerza surge del secreto esencial en él de "convertirse" - según sus propias palabras - hora por hora, de progresar renovándose, rechazando y destruyendo escorias, ligazones, vínculos consigo mismo, progresar simplificando todo en el amor, sin pretender descanso o reposo, no sólo con el compromiso de quien comienza a amar sino con el ímpetu del que ya gustó amplia, indeciblemente del amor y quiere, por lo tanto, quemar cuanto obstaculiza o distrae. Sólo con una disposición básica como ésta puede surgir la facilidad, la desenvoltura con que Don Orione se desarraiga de este mundo que Dios le permitió suscitar. Por otra parte, este mismo motivo profundo se revela, precisamente, durante el viaje a América del Sur desde 1934 a 1937, en una connotación exterior de Don Orione que en esos años llega a la culminación de su validez: la influencia que ejerce sobre los demás. La superación del "yo", la plena disponibilidad de sí, planteados como base de todo su pensamiento, obra y vida, posibilitan, una cada vez más amplia invasión de la gracia, y ésta, a su vez, suscita una total y concentrada actividad de amor por parte del alma. Actividad que desemboca, por sí misma, hacia el exterior, y, a pesar de cualquier intento de ocultamiento, aparece tan lúcida como ardiente y produce, casi indefectiblemente, efecto sobre los demás.

Lo que sucede alrededor de Don Orione durante aquellos años podría ser mal interpretado, por una mirada superficial, como un fenómeno de sugestión colectiva; por el contrario, se trata de una acción real, ininterrumpida, de la gracia, la que se multiplica en un alma y en las almas y se convierte en un coro suscitando consensos y convicciones nuevas, eliminando obstáculos, haciendo surgir obras inesperadas. En este soplo superior se mueve Don Orione, casi convirtiéndose en su vehículo y su canal concreto.

Hay otro elemento que debemos profundizar; un elemento de conflicto que vuelve toda la cuestión compleja y centelleante. ¿Por qué parte, realmente, Don Orione? Para hacerse instrumento de Dios en el nacimiento de un mundo nuevo más allá del Océano, como lo fuera en el surgimiento de un mundo nuevo en Italia. es la causa segura, indiscutible. Pero, además de esta finalidad perentoria, quemante, otras realidades actúan sobre la partida. La Pequeña Obra de la Divina Providencia en italia es una potencia que

económico; consolad, de modo especial, a los más necesitados y a los más abandonados, como hacía San José B. Cottolengo. Dios estará con vosotros y tendréis gran recompensa en el Cielo. "¡Jóvenes de la Federación de la Juventud Católica Argentina! Cooperad con todas vuestras fuerzas en el ascenso de las multitudes hacia Cristo. ¡Impedid que la democracia se oriente y degenere hacia un materialismo socialista y ateo! ¡Con el fervor de vuestra actividad, preparad para vuestra nación días de prosperidad y de gloria!...". Impulsar las almas, especialmente las de los jóvenes, hacia el compromiso social y la defensa de la fe en los obreros: ¡dos de los más ardientes ideales de Don Orione! Intuía que el peligro consistía en abandonar a las clases trabajadoras a la influencia de los negadores de Dios. En julio de 1935 envió un extenso artículo a una revista católica, dedicado a los obreros italianos en la Argentina: "Italianos, ¡conservad la fe!". Los veía asediados por numerosos peligros, lejos, convertidos en instrumentos de enriquecimiento para los demás; los incluía en la órbita de su plegaria, de su invitación y el discurso se volvía ardiente, se hacía argumentación, admonición, súplica. Mientras tanto, la intensa obra desarrollada en la Argentina, donde las Casas parecían surgir bajo sus pasos, no impidió que Don Orione mantuviera activas relaciones con la Congregación en Italia. La "Congregación en Italia", significaba, en síntesis, "Don Sterpi": a través del mismo, podía llegar a todas y cada una de las Casas. Por eso, el eje principal de la correspondencia se mantiene entre los dos directores sin dejar de lado a otros corresponsales. Del conjunto de consejos y directivas salidos de Argentina hacia Italia, nos llaman la atención dos elementos: la energía con que Don Orione aconseja "sacudir el árbol" y la premura con que repite: "doctrina, doctrina". "Sacudir el árbol". En mayo de 1935 escribió a Don Sterpi: "A vos os digo: agitad la planta y haced caer las hojas que no estén bien sostenidas; no esperéis, hacedlo rápido, os lo digo en el nombre del Señor... Que sean promovidos a la Ordenación sólo quienes tengan un verdadero espíritu de fe, una vocación segura, humildad, oración y sacrificio. Si no estáis seguros, no admitáis, en absoluto... Liberad a la Congregación de aprovechadores y sanguijuelas; los ambiguos dañan a los demás y perjudican terriblemente. Son como los enfermos contagiosos. Os recomiendo mucho esto".

Poco después, el 11 de mayo: "Sacudid la planta para que caiga lo que no esté fuertemente prendido. Pobres de aquellos Superiores que, por mal entendida tolerancia, mantienen en la Congregación elementos que no son nuestros; que dormitan y dejan aletargarse a los clérigos. Que no se tolere el vicio, ni el escándalo, ni a los tibios; sin miramientos, ni privilegios para nadie: que se vigile y se haga todo con mucha conciencia". El otro elemento que surge es la preocupación por los estudios: "Nuestra Congregación - escribe el 9 de julio de 1935 -tiene necesidad de ser no sólo una fuerza religiosa, de fe, de caridad, de apostolado para las almas, sino también una fuerza doctrinaria, de sana y purísima doctrina filosófica y teológica". Por eso los clérigos que estudian teología en Roma deben doctorarse. "La Pequeña Obra debe llevar entre las manos y sobre el corazón los Santos Evangelios, y a Santo Tomás; está claro que en la actualidad todo el mundo sabe; sabrán mal, pero saben; constituye una suprema necesidad ser fuertes y estar bien pertrechados en defensa de la fe y la Iglesia. "La ignorancia no nos hará santos; mucho nos ayudará a llegar a dios no solamente la virtud, la humildad y la caridad, sino la ciencia de Dios...". En otra carta, del 14 de octubre de 1935: "hemos hecho tantos sacrificios, 30, hagamos 31. Que con el próximo año lectivo, la Congregación abra para sus hijos las clases de teología con profesores propios ¡no sólo con título sino bien preparados!". Junto con estas admoniciones y exhortaciones, abunda en el epistolario de América su sentimiento paternal: es como el aire que circula por todos lados entre palabra y palabra e impregna el pensamiento liberándolo de

XLVIII - El surgimiento de las Casas. Correspondencia con Italia

El 27 de abril de 1935, el General Justo, Jefe de Estado, recibió en su residencia a Don Orione, y el 28 se colocó la primera piedra, con la participación del Presidente. Se reunió una multitud enorme: además del General Justo y su señora, el Nuncio, dos Obispos, el embajador de Italia, Arlotta, y su señora, el Ministro de Marina argentino, diplomáticos, autoridades, un gran sector de la alta sociedad capitalina y mucho, mucho pueblo... El embajador Arlotta escribió a Don Orione, el 30 de abril, una carta que expresaba admiración y asombro <204> y el mismo día en que se colocó la primera piedra llegaron ofrecimientos para otros dos pabellones. Entre mayo y junio de 1935, doña Dámasa Saavedra ofreció la posesión de una casa en el corazón de Buenos Aires, en la calle Carlos Pellegrini, con capilla. El ofrecimiento tiene mucha importancia: permite a Don Orione establecerse en la ciudad, mientras hasta entonces se había visto obligado a viajar constantemente entre Victoria y Lanús, distantes varios kilómetros. Y también le permite recoger a los primeros huéspedes del Pequeño Cottolengo, pues el edificio de Claypole se está levantando, pero aún no está techado. De este modo los primeros se ubican en la calle Carlos Pellegrini, tanto más cuanto que la casa tiene lugar suficiente para los comienzos: es más bien residencial, mucho más apropiada como lugar para los dirigentes de una orden religiosa que para hospedar a muchos necesitados; pero, por ahora, éstos son pocos: un ex-sacerdote; un muchacho sordomudo con la madre viuda y una hermana tuberculosa; un niño de nueve años, huérfano de padre y abandonado por la madre, con el brazo izquierdo inutilizado; una viejecita francesa, quizás protestante; un viejo italiano despedido de una clínica que se queja porque está incapacitado para cualquier trabajo y no tiene a nadie en el mundo; un hombre de 46 años, con las manos sin dedos... "La casa tiene dos plantas; no debe pagar nada: fue ofrecida por la Providencia; además, me gusta porque es simple pero limpia. ¡Deo gratias!". Por su ubicación, esa casa se convertiría en la sede central del Pequeño Cottolengo argentino. El 2 de julio de 1935 nace otra casa del Pequeño Cottolengo en Avellaneda, ciudad por entonces con entre cien y doscientos mil habitantes. Los comienzos son muy humildes: abre sus puertas a tres necesitados, con la asistencia de dos religiosas provenientes de la casa de Floresta, en Buenos Aires. El 25 de julio, el Arzobispo, Monseñor Copello, llega a la calle Carlos Pellegrini, donde la familia creció rápidamente y donde se encuentra ya el primer grupo de "buenos hijos" del Cottolengo: ninguno habla, ninguno sabe comer por sí mismo ni vestirse. Así, la familia se inicia con los más infelices. Después de celebrar misa a las 8, el Arzobispo atraviesa uno de los pórticos del edificio donde, en un piadoso grupo se ha reunido el muestrario más doloroso que una mente humana pueda imaginar: hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños; deficientes, ciegos, huérfanos, sordomudos, lisiados, mutilados, un enano, una enana y hasta una madre con los brazos completamente anquilosados que no le permiten atender al bebé de tres meses. El prelado se muestra sumamente conmovido, como todos los presentes.

El pensamiento de Don Orione bulle, alto y límpido, por sobre estos institutos que nacen "en cadena". En julio de 1935, dirigiéndose a los jóvenes católicos argentinos reunidos en Congreso, dice; "Bajo la guía de vuestro Arzobispo... consagrad vuestra actividad al Programa Social Cristiano que el inmortal pontífice León XIII os dio en su encíclica Rerum Novarum. "Con la mirada alzada hacia el cielo, fortificados con el Pan de vida, lanzaos, queridos jóvenes, entre el pueblo, y trabajad para su mejoramiento social y

asciende, se propaga, se arraiga y conquista y que, sin embargo, aún se siente perturbada por falencias y debilidades, sobre todo financieras, inevitables en un organismo que se ha desarrollado aceleradamente. ¿Sobre qué terreno crece? Sobre la tierra de Dios, pero salpicada por lodazales que no son de Dios, rastros malsanos de malas intenciones y maledicencias. En estos mezquinos recintos, cuanto se refiere a Don Orione parece un poco apestado; para algunos, Don Orione es un vanidoso: un vanidoso del apostolado, un imprudente, un confusionista. ¿Tiene la varita mágica de las deudas? ¿Cómo confiar en él? Se lo acusa - acusación grave y triste - de ser un ladrón de vocaciones o, si se quiere, un propagandista de las vocaciones: hace, hace, hace cosas que después deberán deshacerse; y no faltan aquellas voces de Messina, un cuarto de siglo atrás, que decían que su nombre fue encontrado ¡en una lista de una casa de mala vida! Basta con eso, en ocho o diez cerebros estrechos, para poner en guardia a miles de personas contra un hombre, contra un sacerdote que hizo brotar de las tierras más secas, treinta casas para todos los dolores humanos, treinta instituciones para todas las osadías de la caridad... Ocho o diez cerebros estrechos, que todavía hablan, aunque en voz baja, como quien utiliza "caridad" en propios juicios, venenosamente severos y, en realidad, difunden microbio tras microbio... Si fuera por él, Don Orione gozaría; pero está la Congregación, hija y señora, criatura y madre; pertenece a la Pequeña Obra, ocupa en ella el primer plano y siente las flechas que llueven. Al convertir a Don Orione en blanco de los ataques, también es atacada la Pequeña Obra... Por su parte, se trata de una cuestión de generosidad inmensa y profunda; se podría reaccionar, tomar por el pecho a los maldicientes,aclarar, poner las cosas en su lugar. ¿No sería el camino justo? Quizás. Pero existe también otro camino: el de demostrar que, libre e íntegra, la Pequeña Obra no necesita para vivir y prosperar de los "despropósitos" y de las "imprudencias" de Don Orione. Se aleja, eso es todo; y sigue esa voz que lo llama a encender nuevos fuegos más allá del mar. Es tan vasto y brillante el horizonte de la caridad, supera tanto los límites del mundo que ¿por qué dejarse atrapar por las mezquinas redes de Tortona? Dios elige para nosotros tierras nuevas, almas nuevas; sólo interesa un detalle: el misionero llevará consigo las murmuraciones de los ocho malévolos como sus mejores compañeros de misión, para beber en ellas, paso a paso, a través de éxitos y triunfos, la saludable hiel de la humanidad: su naturaleza es ardiente y siente vivas las heridas, salvo que las traslade, de inmediato, a la zona del amor, del ofrecimiento, del júbilo, y las convierta en cristales y puntas de luz... Y si las nuevas circunstancias resultan prósperas, la naturaleza ya encontrará la forma de contraponer en secreto, cada vez, el chillido de la maledicencia para recordarle que también él es un siervo inútil, inútil... Los últimos días en Italia, los días previos a la partida, transcurrieron entre brazos extendidos y rostros conmovidos moviéndose a su alrededor. Apenas se difundió la noticia, quisieron saludarlo todos, desde sus hijos de la Pequeña Obra, hasta los beneficiados y benefactores. Todos lo rodearon. Hubiera sido difícil determinar de quién surgía más alta la llama de la gratitud. Aquello parecía una competencia en que los benefactores querían encontrar su lugar a la cabeza de la columna y resultaba que el mismo estaba ocupado ya por los obispos y el pueblo. Desde luego, el pueblo anónimo, inmenso, innumerable: ¡qué hermoso contemplar en los últimos diez días de setiembre de 1934, en Tortona, en el santuario de la Virgen de la Guardia sin terminar, ese mar de cabezas, y en las plazas, aquel empedrado de manos que se agitaban en un "viva"! Y también estaban los obispos Cribellati y Albera, y luego todo se trasladó a la presencia del Obispo Grassi... Y mientras tanto, parecía que ninguno de los que habían aportado diez liras o un millón quería renunciar a estar presente para agradecer a Don Orione por haber aceptado su ayuda.

Los días se sucedieron y el Fundador recibió testimonios profundos de sus hijos: el más querido, esa necesidad extrema de confiarse y recibir sus consejos, sus directivas,

por parte de muchos y de los mejores.

En las primeras horas del 24 de setiembre se hallaba en Génova, en el "Pequeño Cottolengo" de Santa Catalina, donde estaban benefactores y numerosos amigos que invadieron el locutorio y los lugares disponibles; buscaban a quien "cuando tiene poco, da mucho a los pobres". ¡Don Orione, Don Orione! Bendíganos una vez más, nos encomendamos a sus plegarias, no nos olvide!". Era la hora de la partida. Don Orione debía embarcarse en el "Conte Grande", junto con Don Cerasani, Don Felici y Don Lorenzetti. En ese mismo barco debían viajar al congreso eucarístico internacional de Buenos Aires, el Cardenal Pacelli, Delegado Pontificio, y varios obispos y muchas personalidades diplomática de alto rango. Por eso, el Fundador se desplazó del "Santa Catalina". "Como Dios quiso - refiere a uno de los participantes de aquella despedida - llegamos a la calle. Sacerdotes, religiosas, clérigos, señores y señoras le tributaban hermosos testimonios de simpatía. Se arremolinaban a su alrededor, lo empujaban, casi lo alzaban y llevaban de acá para allá, a su placer. Esta vez es todo nuestro y él lo sabe y sonríe bonachonamente. ¡Al menos una vez, cada cuarenta años, mandamos nosotros! Luego condesciende a posar junto a algunos grupos de clérigos y señores. En un momento dado, una religiosa avanza sosteniendo en sus brazos a una niña paralítica, con la carita y las manos blancas como la cera. Don Orione se entristece, la bendice y le pone las manos sobre la cabeza. La niña gime, luego abre los ojos y sonríe. "El tiempo corre, el automóvil ya está listo; todos se arremolinan a su alrededor para no perder siquiera estos últimos momentos... ¡Padre! ¡Padre! ¡Espere un momento más! Pero la puerta del automóvil se cierra y el coche se dirige hacia el puerto. ¿Lo volveremos a ver? Se ha dicho y repetido que nadie puede ascender a la nave, y como confirmación se afirma que personas respetables no pudieron obtener el ambicionado permiso de subir a bordo. Pero nada de esto nos convencía. ¿Qué hacer? ¿Resignarse? No, ¡lo veremos una vez más...! Y con esta esperanza nos dirigimos rápidamente al puerto. "Ayúdate, que el cielo te ayudará; como Dios lo quiso nos encontramos todos, sacerdotes y clérigos, religiosas y benefactores, sobre la hermosa nave italiana en la que se encuentran nuestros misioneros. Don Orione está en el camarote. Ahí está, finalmente... ¡todavía con nosotros! Nos apretujamos a su alrededor, queremos que nos hable, que nos escuche. En ese momento llega el Cardenal legado con su comitiva. Las tropas que se encuentran en el muelle se ponen en posición de firmes ante el "atención" y presentan armas al representante papal. Su Eminencia aparece en el puente de proa, devuelve el saludo y bendice. "Nosotros estamos en la popa. El muelle se halla repleto de personas. Los representantes del "Pequeño Cottolengo" sobresalen por sus particulares vestimentas. Un grupo de niños llama a gritos: ¡Don Orione! ¡Don Orione! El agita festivamente su pañuelo y sonríe. "Las demostraciones de afecto y veneración a nuestro amadísimo Superior y a los misioneros conmueven a todos los presentes. El tiempo pasa... suena una sirena. ¡Es necesario descender! La pasarela comienza a rechinar sobre las cadenas; nos apresuramos; ahora la retiran... pero el vínculo de la caridad se ha hecho más sólido y estrecho. Suena por segunda vez la sirena. En la proa, las tropas rinden, una vez más, los honores militares. Don Orione, siempre fiel a sí mismo, siente la imperiosa necesidad de dar vida a esa masa y grita sus aclamaciones ¡Viva el Papa! ¡Viva Su Eminencia el Cardenal Legado! ¡Viva el Cardenal Minoretti! ¡Viva Italia! ¡Viva Génova, la fuerte! Desde el muelle responden vivamente y agitan los pañuelos. En un determinado momento, entre las aclamaciones, grita con voz altísima, llama: ¡Don Sterpi! Este llora detrás de un grupo de sacerdotes. Hemos podido oírlo, y eso nos basta. Al tercer toque de sirena se sueltan las amarras. "La nave se separa del muelle lentamente, como a pesar suyo... "Son las 11 horas del 24 de setiembre de 1934".

ni siquiera reduciendo la propiedad a una franja angosta. Y bien; encuentro en todo eso una alegría perfecta, ¡bendito sea por siempre el Señor! Te doy carta blanca; haz las cosas como siempre las hiciste, en el amor a Nuestro señor, a la Virgen Santísima, a la Santa Iglesia y a la Congregación, y que la mano de Dios escriba, sobre la carta blanca que te doy, cuanto quiera. "Algunos miembros del clero nos han quitado el honor; es bien poco que ahora nos quieran quitar lo que un obispo y un Papa nos dieron, la parroquia... "Con la ayuda que me da el señor perdono a todos, amo a todos y siempre trataré de hacer el bien a todos, al menos con la oración. Y haré rezar... "No os aflijáis, que estoy tranquilo en el Corazón de Jesús Crucificado...". Mientras tanto, vivía en su habitual levitación de gracia activa hacia los "desamparados". En la cima de sus sueños, en la cumbre hacia la que ascendía, estaban ellos, sus patrones, pobre montón humano de harapos y horrores. Día y noche soñaba con recogerlos y servirlos en la nueva casa donada por Dios <202>. ¿Quién podía detener a Don orione cuando estaba "lanzado"? Parecía arrastrar detrás suyo a personas y cosas; y esta vez estaba verdaderamente lanzado; he aquí un "manifiesto" que hizo imprimir, bajo la forma de un mínimo opúsculo, para distribuir en amplia escala, anunciando al pueblo la fundación del nuevo instituto:

"El 'Pequeño Cottolengo' Argentino "Buenos Aires, 13 de abril de 1935 "¡Deo gratias! Confiados en la Divina Providencia, en el gran corazón de los argentinos y de toda persona de buena voluntad, iniciamos en Buenos Aires, en el nombre de Dios y con la bendición de la Iglesia, una humildísima obra de fe y de caridad que tiene como objetivo dar asilo, pan y consuelo a los 'desamparados', a los abandonados, que no pudieron encontrar ayuda y refugio en otras instituciones de beneficencia. "La obra toma vida y espíritu de la caridad de Cristo, y su nombre de San José B. Cottolengo, apóstol y padre de los pobres más infelices. "En la puerta del Pequeño Cottolengo no se le preguntará al que entra si tiene un nombre, sino sólo si tiene un dolor... <203>.

<200> En el cual habitaron, temporariamente, en los primeros momentos, las religiosas de Don Orione. <201> "Cartas de Don Orione", v. II, pág. 155. <202> A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1, IV; Dutto, "Don G. Zanocchi", Avezzano, 1965, págs. 90 y s; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", años 1934-1935, passim; fasc. Montagna, 24. II. <203> "Cartas de Don Orione", v. II, pág. 255 y s. Ver luego el Apéndice.

señora, Emilio Cárdenas, Tomás Cullen, Alfonso Ayerza, Abel H. Lacarra, Nicolás Campo, Amadeo Barousse, Ovidio Bianchi, Enrique Cuomo...

¿Pero cuántos eran, en relación a tantos generosos, los que pedían? esto dicho sin establecer ninguna discriminación en el campo espiritual y en el campo material: gente de alcurnia necesitada de Dios, gente humilde ansiosa de paz, de pan y almas y almas...

Hay una carta escrita por los religiosos orioninos de Lanús que nos brinda noticias espontáneas, inmediatas, de las jornadas de Don Orione en Argentina, de sus obras, de lo que para él significaba los otros... Es ingenua y alegre precisamente porque nos permite captar a Don Orione de improviso, "desenmascararlo" en una especie de "contra luz" insoportable para él... En efecto, para los otros, él era, lo quisiera o no, aquello... que no hubiera querido ser, es decir, un hombre venerado, y todos se lo disputaban.

"Todos los domingos Don Orione viene a encontrarse con nosotros en la Casa de formación de Lanús y siempre nos trae alguna noticia de Italia; viene ese día porque tiene un poco de tiempo libre. Los días de semana está ocupadísimo: obispos, párrocos, superiores de otras congregaciones, oficiales, grandes señores, abogados, ricos, pobres lo persiguen para poder homenajearlo, visitarlo, recomendarle alguna cosa, alguna necesidad, invitarlo a sus casas, a sus iglesias y a sus colegios, para celebrar misa, para oficiar, para predicar, para dar la comunión, para confesar, para bendecir a un enfermo, para predicar un curso de ejercicios, para asistir a una reunión. "Los jesuitas, los salesianos, la Obra del Cardenal Ferrari, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ministros de estado, todos compiten por obtener su presencia. Le ofrecieron radio y un automóvil para que pueda hablar y volar a todas partes. "Todo Buenos Aires lo conoce. Cualquier instituto, sea religioso o estatal, se siente complacido con su visita. ¡Cuántas fotografías le sacan, públicamente o a escondidas,par guardarlas como un recuerdo dulce y sagrado! Don Orione deja hacer y siempre se humilla diciendo: 'Tienen la manía de las fotos y de invitarme siempre. ¿Qué puedo hacer? El Señor se sirve de mí para hacer el bien; si no fuera para hacer el bien me hubiera negado siempre'. Esto es lo que nos dice y lo que muchas veces le escuché decir por radio, humillado por deber hablar ante personalidades del estado y grandes damas. "¡Pobre Don Orione! ¡Si hubiese sabido que circulaban estas noticias sobre su persona y que nosotros, tardíos exégetas, las recogeríamos frescas y bien conservadas de la pluma de sus hijos!... O quizás lo intuía, porque ciertas cosas no pueden ocultarse y entonces, en lo profundo de sí mismo, las sustituía con otras noticias, con otras voces; se obligaba a no escucharlas y a escuchar, por el contrario, el extravagante murmurar de algunos coterráneos que miraban a través de lentes sucias e invertidas: para ello, todo lo que Don Orione intentaba hacer, aquello por lo que combatía tanto, era algo oscuro, mezquino, dudoso... "En realidad, amaba esa maledicencia y la utilizaba como un inapreciable contrapeso del enorme éxito que lo rodeaba. La saboreaba, así de amarga como era, trataba de convencerse de ella y, mientras tanto, le servía como encantadora terapia contra el infame amor propio, lepra escondida, y sonreía satisfecho. "Sólo algunas veces se entristecía y se ponía firme: cuando las murmuraciones indicaban hechos tan precisos como absurdos. Reaccionaba con tristeza y con firmeza, no por sí mismo, sino por la Congregación. Así, del otro lado del océano, cada tanto reabría y desempolvaba esa maleta de extrañas medicinas llegada de Italia, que actuaba como una especie de 'primeros auxilios' contra el vértigo del éxito".

Una carta dirigida a Don Sterpi el 23 de marzo de 1935, nos ilumina sobre el estado de ánimo del Fundador: "18 horas. 23 de marzo de 1935. Acabo de recibir tu carta del 14/3 por avión, en la que me dices que no quieren darnos la parroquia de San Miguel,

Generalmente las aguas son tranquilas y casi ninguno sufre de mareos; los sacerdotes pueden celebrar misa casi todos los días. Don Orione y los suyos son asiduos concurrentes a la capilla donde celebran misa el Cardenal y los obispos, entre los que se encuentra el Primado de Bélgica. Personalidades y pasajeros rodean al cardenal Pacelli, besan su mano y él exclama: "¡Besad la mano de Don Orione, que es un santo!". Cierto día una señorita se arrodilla frente a Don Orione, en presencia del purpurado y le dice: "¡Bendígame, Padre!". Este, embarazado, lo señala diciendo: "Pero, ahí está Su Eminencia..." y el Cardenal, sonriendo, le contesta: "Bendígala, Padre; es mi sobrina...".

Siente gran estima y verdadero afecto por el Fundador y no pierde ocasión de demostrárselo. Durante el viaje, Don Orione frecuenta la tercera clase, donde se encuentran los inmigrantes y los pobres. En ciertos casos, hace recuperar casi súbitamente la fe de algunos alejados de la Iglesia; en otros necesita un conocimiento más profundo y las semanas de convivencia en la nave proporcionan la oportunidad. Casi sin esfuerzo, se convierte en "el confesor del Conte Grande". Cuando el barco se detiene en Río de Janeiro, un grupo de señoras de la ciudad envía al Cardenal Pacelli un cesto de frutas exóticas; se las regala a Don Orione, quien las ofrece a sus amigos de tercera clase. En esa oportunidad el Fundador pudo descender a tierra, donde fue recibido por sus misioneros; él mismo lo cuenta en una carta colectiva: "En Río de Janeiro se quedó Don Juan Lorenzetti, destinado al Brasil, y nosotros nos detuvimos bastante tiempo como para visitar el Instituto que tenemos allí. Está al pie del Corcovado, sobre cuya cima se levanta, majestuoso, el monumento al Cristo Redentor, la estatua de Cristo más alta de cuantas existen en el mundo. Nuestro Instituto tiene Capilla pública, escuelas y un amplio terreno a su alrededor. Es propiedad de la Congregación y está libre de deudas. Llegamos a Santos al anochecer; estaba oscuro; allí encontramos a Don Mario Ghiglione, Don Martinotti y a sus sacerdotes amigos llegados de San Pablo. Estuvimos muy poco tiempo, pero nos hizo mucho bien volver a ver a nuestros queridos hermanos. Pedí a Don Angel Depaoli que viniera con nosotros a la Argentina para el Congreso Eucarístico y para que conociese a sus hermanos de ese país y del Uruguay en los que nunca había estado. Llegamos a Santos al anochecer; estaba oscuro; allí encontramos a Don Mario Ghiglione, Don Martinotti y a sacerdotes amigos llegados de San Pablo. Estuvimos muy poco tiempo, pero nos hizo mucho bien volver a ver a nuestros queridos hermanos. Pedí a Don Angel Depaoli que viniera con nosotros a la Argentina para el Congreso Eucarístico y para que conociese a sus hermanos de ese país y del Uruguay en los que nunca había estado. "El vapor no atracó en el puerto de Montevideo; allí llegamos a las 9 de la noche y ya estaba muy oscuro; el vapor se detuvo lejos del muelle. No nos dejaron descender y dijeron que nadie podría subir; las luces del puerto parecían lejanas. Ya sin esperanzas fui a acostarme y me adormecí, pero me despertó en seguida gente que entraba al camarote; y me encuentro con Don Montagna, Don Szymkus y el grupo de los nuestros, todos contentos. Me levanté de inmediato y podéis imaginar qué alegría, ¡qué fiesta! Pero todo fue demasiado breve; entonces les prometí que pronto iría a verlos, una vez que terminara el Congreso; de Buenos Aires a Montevideo sólo hay siete horas de navegación". "A Don Sterpi, viernes 5 de octubre de 1934: "Recibí vuestro telegrama: os lo agradezco, haced rogar por mí. Acá no dispuse de tiempo libre; me he convertido en el confesor del barco; se pudo realizar algún bien. Deo gratias. Mi pierna anda bastante bien (Don Castagnetti me hace masajes, es un buen ejemplo para todos). Eduino y su mujer descenderán mañana en Río. A bordo somos muy bien vistos y sumamente estimados y aprovecharemos la circunstancia para hacer el bien. Viajan seis obispos y un arzobispo. Saludos para todos y recen por mí...". La noche del 9 de octubre el "Conte Grande" entra lentamente al puerto de Buenos Aires. "A Don Sterpi, 13 de octubre de 1934, Parroquia

de Victoria, Argentina. "Viaje buenísimo; todo aquí es un triunfo de Jesús; las palabras no alcanzan para describirlo. Deo gratias. Encontré a todos con buena salud, también nosotros estamos bien...".

El Congreso se inauguró el 10 y concluyó el 14 de octubre. Don Orione vivió en él jornadas inolvidables, participando en aquel triunfo eucarístico junto con los hermanos llegados del Brasil. "El Congreso Eucarístico - escribirá después - fue un milagro; más de dos millones de fieles participantes sintieron que el Papa estaba acá, con nosotros, y que el triunfo de Nuestro Señor era, al mismo tiempo, un triunfo del Papa y de la Iglesia y de todo cuanto de social, de grande, de sobrehumano, de divino, la Iglesia y el Papa son, representan y proclaman. "La grandiosa celebración pública de fe, de amor, de adoración a Jesús Eucaristía en la Argentina superó todos los Congresos Internacionales Eucarísticos que existieron y no sé cómo y dónde podrá ser superada; sólo el Paraíso puede ser mejor. ¡Hemos entrevisto y gustado por anticipado del Paraíso!...". Y en otra carta: "¡Un espectáculo inefable! Pude ver qué es y cómo es de grande la misericordia de Dios: más grande que los cielos. ¡Vi decenas de millares y millares de obreros, de robustos trabajadores, de jóvenes, florecientes de vida; médicos, abogados, oficiales, profesores universitarios, diputados, ministros, confundidos en columnas, confesarse en las plazas, a lo largo de los caminos, de las calles de esta gran capital! ¡Más de 200.000 hombres, como atraídos por un imán, en interminable torrente, avanzan compactos, orando, cantando y postrándose a los pies de Cristo!; adorar a Cristo, recibir a Cristo sobre la gran Plaza de Mayo, frente a la casa de gobierno de esta República Argentina. Los he visto fraternizar, abrazarse en Cristo, jurar su fe, su amor a la Patria, ¡llorar de amor! ¡Fue un espectáculo único en el mundo! "¿Qué sentían? A Cristo! ¿Quién estaba? Cristo, queridos hermanos; Cristo Nuestro Señor que resucitaba en esos corazones; estaba Jesús, estaba el Señor pasando por esta metrópolis y descendía junto a su pueblo. El Legado Papal exclamaba: '¡Pero esto es el Paraíso!' " <193>.

<193> A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1.IV; "Cartas de Don Orione", v.II, págs. 111 y s; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 534 y s; fasc. Dutto, págs. 430-464; fasc. Argentina, págs. 399, 464, 485, 556, 570 y s; 699, 712 y; 718 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 268 y s; fasc. Don Sterpi, 18-1 s; fasc. Cerasani, 2. V; C. Torriani, "Madre Teresa Michel", III ed. 1960, pág. 130.

XLVII - El "Pequeño Cottolengo" Argentino

Ya el 8 de diciembre de 1934, las Damas de Caridad de San Vicente de Paúl ofrecieron a Don Orione un edificio nuevo y amplio en Lanús <200>, con dos grandes terrenos, uno para huerta, a dos kilómetros aproximadamente de la ciudad, "con un bellísimo camino"; Don Orione lo destinó, de inmediato, para colmar las necesidades señaladas, es decir, la institución de un noviciado y seminario menor de la Obra en la Argentina. Y su regocijo fue enorme. A través de ese don de la Providencia lograría, en el futuro, magníficos frutos para el desarrollo de la Obra. El primer día de 1935 celebró la primer misa en la capilla de la casa; el 7 de enero reunió en ejercicios a los sacerdotes y estudiantes de teología con los futuros novicios. El Exordio sería, según el estilo del Fundador, una búsqueda más íntima y directa de Dios. "Hoy escribo con gran exaltación". Era el 6 de enero <201>. Un mes después, el Nuncio lo llamó con urgencia para hacerle comunicaciones importantes: la señora Carolina Pombo de Barilari ofrecía veintún hectáreas con quinta y casa, a veinticinco kilómetros de Buenos Aires, en la localidad de Claypole. Su valor ascendía a doscientos mil pesos, lo que en nuestro empobrecido lenguaje actual significa doscientos millones de liras. La noticia hizo reflexionar al Fundador. ¿No era una indicación clara y espléndida de la Divina Providencia para dar su surgimiento al "Pequeño Cottolengo" argentino? Se trataba de otro objetivo que debía cumplirse para completar el apostolado en Argentina. Y, en este momento, se dio un intercambio de señales entre la Providencia y el Fundador: éste manifestó el destino que se proponía dar a la nueva propiedad como "Pequeño Cottolengo Argentino", y la Providencia respondió indicando la aprobación del proyecto: en efecto, la señora Pombo de Barilari agregó treinta mil pesos para la construcción de un primer pabellón y una hermana suya ofreció también treinta mil pesos para un segundo pabellón... ¡Todo sucedía en febrero de 1935, y Don Orione había llegado hacía escasos cuatro meses! El reconocimiento le "anudaba la garganta", lo enternecía hasta el fondo del corazón; era preciso cantar, cantar la misericordia de Dios. Al mismo tiempo se dieron también nuevos anuncios: otras señoras ofrecieron otros pabellones y el ideal entrevisto en la lejanía del sueño se esbozaba allí, virtualmente en un presente tangible. Un gran refugio, desconocido hasta entonces en el Nuevo Mundo, para los más infelices, para los rechazados, los "desamparados". Don Orione repetía siempre: "En la puerta del Pequeño Cottolengo no se le pregunta al pobre si tiene nombre o religión, se le pregunta si tiene algún dolor". Mientras tanto se produjo algo que se parecía a un despertar múltiple, colectivo, en el ambiente de la riqueza argentina, entre gente que quizás se adormecía sobre su enorme y fabuloso bienestar. Muchas señoras y hombres de negocios rodearon a Don Orione. Querían hablarle, aprender cómo se hace caridad; de ahí a aprender a Cristo no había sino un paso: un Cristo más verdadero que el que habían creído conocer y frecuentar hasta entonces. Cuando hablaban con aquel pobre sacerdote llegado desde lejos se encontraban como ante espejos refractarios y captaban un perfil espiritual de sí mismos hasta entonces ignorado. ¿Qué había sido de su existencia? Quien pudiese seguir el diario de Don Orione en esos días se asombraría por la abundancia de las visitas para donar o para recibir, es decir, quienes pedían y quienes ofrecían. Doña María Unzué de Alvear y Doña Adelina Harilaos de Olmos, benefactoras insignes, muy conocidas en Buenos Aires y condecoradas por la Santa Sede, ofrecieron cada una un pabellón para el Cottolengo; Doña María Baudriz ofreció otro; de un modo u otro se interesaron en la obra las señoras Anchorena de Elortondo, Alvear de Bosch, Cárdenas, Lacarra, Guillermina A. R. de Goyena y Esther Varela de Pouthon, Martín Jacobé y

por la intensidad de la vida religiosa. A los costados de la iglesia se levantan, actualmente, dos importantes institutos educacionales: el "Colegio José Manuel Estrada", primario, con 500 alumnos, y la "Escuela Profesional Pablo Tavelli" que, dotada de modernas máquinas, constituye el mejor centro profesional de Mar del Plata: centenares de alumnos frecuentan sus cursos. <197> Los Hijos de Don Orione fueron a esta localidad de la provincia de Buenos Aires, cerca de La Pampa, en 1931. Aquí, además de la parroquia del pueblo - también dedicada a San José -dirigen un colegio parroquial, muy bien instalado. Luego se abrió un Colegio Santa Catalina, de las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad, con internado para las niñas del campo. <198> En 1933 Don Zanocchi logró tener una casa residencial en la ciudad de Buenos Aires, en el populoso y abandonado barrio de "La Quema" - zona depósito de basura - aceptando una nueva parroquia de gente pobre y obrera, sin templo parroquial, pero rica en promesas apostólicas. La nueva parroquia, que realizó un enorme bien entre esa gente simple y buena, tiene, actualmente, su templo parroquial, uno de los más bellos y modernos de Buenos Aires. <199> Fasc. Don Sterpi, 19-1 y s; A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1.IV; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961; págs. 543 y s; Dutto, "Don G. Zanocchi", Avezzano, 1965, págs. 69 y s; 88 y s.

XLVI - Ojeada sobre la Argentina El circuito de la Providencia

No bien puso pie en la Argentina, Don Orione comenzó su dulce bregar por Cristo y las almas. Al saludar a los benefactores genoveses, antes de dejar Italia, había dicho: "Voy a América decidido a actuar con mucho coraje. Trataré de lanzarme más allá de las metas logradas: a Chile, Panamá, México, rogando al Señor multiplique sus obras. Hablo del Sur pero no excluyo a Norteamérica. No ciertamente las grandes ciudades...". Ahora, ya desde el campo de acción, escribe: "Jesucristo hace que todos sean un solo corazón y un solo espíritu, 'cor unum et anima una', a los pies de la Iglesia y del 'dulce Cristo en la tierra', el Papa: ¡pequeños, humildes, firmes, fieles, amantes de amor filial dulcísimo, la Iglesia, los Obispos y la Santa Sede, hasta nuestra consumación, hasta el martirio!". Si - como sostenía - el Congreso Eucarístico de Buenos Aires resultó "el mayor triunfo que Nuestro Señor haya recibido en el Santísimo Sacramento", su fruto más duradero y verdadero no podía ser sino una explosión de iniciativas y obras suscitadas en el nombre de la caridad. Dios y caridad. Tanto más ahora, cuando las almas estaban aún inclinadas hacia la piedad, el bien, precisamente por la participación en los misterios de la Eucaristía "vinculum unitatis". Don Dutto, siempre junto a Don Orione, anotó por esos días: "La inolvidable apoteosis del eucarístico "Dios con nosotros" ha suscitado en los corazones fermentos divinos de amor fraterno. El terreno está, pues, preparado: es necesario sembrarlo... "Entre los pueblos olvidados de América Latina existe la imagen de la miseria desnuda, sin disfraces artificiosos, y terribles y angustiantes desproporciones del sufrimiento y la injusticia del mundo.

"Don Orione se siente acuciado por la urgencia de llevar alivio al dolor condensado en las criaturas más extraviadas, indefensas, olvidadas o directamente marginadas de la sociedad civil. "Y así comienza a hurgar en los tugurios, en los callejones, en los barrios de mala fama, en busca de lisiados, disminuidos, incurables, despreciados, alcohólicos, dementes: los convierte en sus patrones, les lava las llagas con sus manos, los sirve. "También acá en la tierra, Don Orione llama al trono real a los pequeños, a la escoria de la humanidad; y la promesa de Dios "como los lirios del campo y los pajaritos del aire..." se cumplirá. El amor del hombre, del que Dios tiene necesidad, edifica el reino y el que no tiene casa, recibe ahora un techo, el que no tiene padre ni madre los encuentra ahora, el alienado o deforme o caído en la desesperación, se convierte, nuevamente, en una criatura humana". Y otro hijo de la Divina Providencia, Don Montagna, comenta: a Don Orione, providencialmente, la oportunidad de conocer personas y cosas de esa nación; dentro de poco conocerá también otras nuevas. En esos días, tuvo afortunados encuentros con dignatarios eclesiásticos, autoridades, sacerdotes de primera posición en el terreno de la cultura, apostolado, la administración pública. Aprovechará estas relaciones para el bien que se propone realizar. "Son vías abiertas en las cuales, en poco tiempo, transitará su actividad prudente, pero decidida y vigorosa. "Un día (más tarde) el Nuncio Apostólico, Monseñor Fietta, le preguntará cómo hizo para ganarse tan felizmente la simpatía del pueblo argentino: 'Excelencia - responderá el Siervo de Dios - un paso adelante y otro atrás', con lo que quería significar que el pueblo argentino no es afecto a los apresuramientos y las aventuras, sino reflexivo y prudente; para que apoye una iniciativa debe estar bien convencido de su posibilidad y conveniencia; pero una vez que se compromete con una causa, no la abandona. Por lo tanto, se trataba de actuar con tacto y mesura y, sobre todo, de proponer iniciativas surgidas de necesidades reales".

En setiembre de 1934 Don Orione encontró, a su llegada a la Argentina, cinco casas masculinas de la Pequeña Obra y tres femeninas: en Brasil cuatro y tres masculinas en el Uruguay. Existían, en total, doce institutos de los cuales cinco los había fundado personalmente entre 1922 y 1923. Los otros eran vástagos plantados y crecidos en el estilo orionino, pero sin el impulso directo, personal, de Don Orione, y la carencia se hacía sentir. No se tambaleaban pero llevaban impresa en el tronco o en las hojas la ausencia del Fundador. Reforzar, reinsertar, refundir, todo esto, en algunos casos significaba volver a fundar; Don Orione advirtió de inmediato la importancia de la tarea. ¡Extender el servicio de Dios, hacerlo conocer más allá de las ciudades en las pampas, en las cordilleras! ¿Pueden existir límites terrenales para el amor? Las casas existentes eran: 1) Victoria, Buenos Aires. Casa central - la primera - con parroquia y colegio para jóvenes pobres, abierta en 1922 por el mismo Fundador <194>. 2) Puerto Mar del Plata. Colegio de "La Sagrada Familia", inaugurado en marzo de 1924, en el barrio del puerto, patrocinado por las Damas de San Vicente de Buenos Aires, para los hijos de obreros y pescadores, en gran parte italianos <195>. 3) Mar del Plata. Obra San José. El 19 de marzo de 1932, en un suburbio de la ciudad de Mar del Plata, muy abandonado desde el punto de vista religioso, se había inaugurado una nueva iglesia dedicada a san José, surgida a partir de un humilde oratorio para impartir la enseñanza del catecismo a los niños de la zona <196>. 4) Cuenca, Tres Algarrobos. Parroquia y colegio San Juan, instituidos en 1932-33 <197>. 5) Buenos Aires - Parroquia de Nuestra Señora de la Divina Providencia, instituida en 1935 <198>. Las tres casas de las Hnas. eran las siguientes: 1) Buenos Aires - Casa Noviciado en la zona de Floresta, propiedad de la obra, cercada, construida entre 1931 y 1934, a la que se le había sumado, justamente en 1934, un bellísimo salón que costó ¡20.000 liras! 2) Buenos Aires - Casa de la Beata Imelda, en el centro de la ciudad, cerca del Congreso de la Nación, con asilo infantil, fundada entre 1933 y 1934. 3) Tres Algarrobos (Buenos Aires), hacia La Pampa - Colegio de Santa Catalina con escuela elementales, taller de costura, internado y oratorio. Fundado en 1934. Tales las casas de la Pequeña Obra en la Argentina. En aquel mundo naciente, se manifestaban con claridad dos necesidades, dos esperanzas: a) Una casa de aspirantes y un noviciado para religiosos, que permitiera un desarrollo autónomo de la Pequeña Obra en la Argentina. b) El surgimiento de un "Pequeño Cottolengo" argentino, que completaría en sus aspectos esenciales la presencia de la Congregación en ese pueblo. Consciente de las "directivas de funcionamiento" que la Providencia había impreso a la Pequeña Obra, Don Orione comprendió rápidamente las dos lagunas y las dos posibilidades, remitiéndose, como era su particular estilo, a los signos y soluciones de Dios.

En las primeras tres semanas tomó contacto con los grandes y con los humildes, con el Arzobispo Copello, con el Nuncio, Monseñor Cortesi; el 4 de noviembre de 1934 fue presentado por el Arzobispo al Jefe del Estado, el General Justo; visitó a Monseñor Alberti, obispo de La Plata, y se acercó a las multitudes: típica la de los pescadores que vivían en Mar del Plata,en una zona de grandes contrastes: los dos mundos más opuestos que se pueda imaginar: como elegante centro balneario, la ciudad reunía durante los meses de verano a una verdadera multitud de ricos y de sibaritas; a su lado, otra multitud, compuesta de obreros y pescadores. El contraste entre ambos mundos incrementaba en los pobres -y en ese tiempo era necesario denominarlos así, pobres - el surgimiento de resentimientos sociales. Tampoco en este caso vaciló Don Orione: buscaba gente a quien socorrer, y, por lo tanto, sabía hacia qué polo debía orientarse. Pero mientras se volvía hacia los más pobres, sucedió que los ricos, los más ricos, se volvieron hacia él.

De tal modo, se había establecido el circuito de la Providencia. El mundo obrero era pintoresco: se trataba, en general, de trabajadores portuarios, hacinados junto con sus familias en ese punto del estuario en que se alzan las instalaciones de los muelles y espigones. Habitaban casuchas de madera o zinc, improvisadas y precarias, pero en muchos casos los escasos jornales no permitían que se las echara abajo y se las sustituyera por edificaciones más dignas. Muchos de sus habitantes eran italianos y la villa formada se presentaba, a primera vista, como una de esas aglomeraciones que, en las ciudades costeras, ofrecen tema a los pinceles o las plumas de los artistas: tres mil personas sufrían allí dentro. Cuando Don Orione llegó por primera vez, en 1922, el abandono moral era todavía más grave. Niños y jóvenes crecían sin idea de religión, muchos sin bautizar, casi todos sin Primera Comunión, los matrimonios eran casi todos civiles y los moribundos no conocían sacerdotes. Mezclados con los obreros estaban los pescadores, cuyas casuchas se alineaban también en formaciones separadas, más cercanas a la playa. El fulgor de las luces y de las aguas parecía alumbrar de propósito para poner en evidencia los trapos que colgaban aquí y allá. La presencia de los orioninos desde 1922 había dado frutos, y ahora muchos obreros se acercaban a Dios. Cada año, esa piedad entremezclada de miserias se manifestaba en aspectos solemnes y alegres, el 17 de enero, con la procesión que reunía a todos, incluso a los incapacitados, durante un kilómetro y medio, hasta llegar al mar. El sacerdote bendecía las naves, los barcos y las aguas, y la gente comprendía y aceptaba el valor del gesto. Todo, en definitiva, dependía de Dios: los destinos humanos y las tormentas del océano y la invocación del sacerdote podía aplacar o alejar las fuerzas adversas. Esta barriada, este apéndice humano imprescindible para la metrópoli, recibía atenciones particulares por parte de las autoridades eclesiásticas y los benefactores laicos; los orioninos se hallaban insertados hasta tal punto en el centro del movimiento, que se habían convertido en el puente de socorro. Y es preciso decir que el tránsito de la caridad se mantenía a buen ritmo; pero después de la llegada de Don Orione, por segunda vez, en 1934, fue como un resurgimiento, como un nuevo brillo, como un despertar <199>.

<194> Don Zanocchi - llamado por Don Orione en 1922 - fue su primer rector y párroco. Incluso antes de que la iglesia se convierta en parroquia, se preocupó por dar a Victoria un Colegio para la educación cristiana de la juventud, base de la vida cristiana. El 26 de abril de 1925, fiesta de la Virgen del Buen Consejo, de quien era muy devoto, bendecía la piedra fundamental del nuevo colegio, que quiso dedicar a San José: el "Colegio San José" fue inaugurado a principios de marzo del año siguiente, 1926, al comenzar el año escolar. Estos humildes principios tuvieron un gran desarrollo y constituyen hoy un importante Centro, con escuela primaria, secundaria e industrial, frecuentado por más de 1.000 alumnos. Luego se sumó una escuela de tipografía, también dedicada a San José. Al mismo tiempo inició su publicación el periódico "Pequeña Obra de la Divina Providencia" (el día de la fiesta de la Virgen de la Guardia de 1924), al principio un modesto periódico de la congregación en lengua española y que mereció el elogio de Don Orione que, desde Italia, felicitaba a Don Zanocchi, agregando: "... ¡y está muy bien hecho!". <195> Los comienzos fueron muy humildes, en una vieja casa alquilada y adaptada. Hoy, el humilde colegio primitivo, ha sido sustituido por un moderno y gran Instituto que se levanta junto a una amplia y bella iglesia pública dedicada a la Sagrada Familia. La población, que en 1924 no superaba los 3.000, supera hoy los 30.000 habitantes, y la iglesia de la Sagrada Familia funciona como una parroquia importante y bien instalada. El colegio alberga más de 500 alumnos, con cursos primarios y secundarios. <196> La iglesia, grande y bella, se convirtió en parroquia el 25 de octubre de 1942, fiesta de Cristo Rey, y es una parroquia importante por el número de feligreses y

pobre, campestre, está sobre una parte alta del terreno, tiene buen clima y agua, es propiedad de la Pequeña Obra, cultivada por los ermitaños: "Hay un huerto, gallinas, vacas lecheras; está, diría, fuera del mundo; haremos las cosas de a poco y la Virgen de las Flores nos ayudará... El Santuario vendrá a su tiempo... Casi toda la casa es todavía de madera...". Al día siguiente participa en la "jornada del pescador"; el 23 de febrero bendice en Mar del Plata la primera piedra del colegio "José Manuel Estrada", con escuela primaria para niños pobres.

El 17 de marzo escribe, desde Mar del Plata, al Visitador: "Don Sterpi le habrá comentado que pusimos pie en el Chaco, por la insistencia de los dos Obispos y de la Nunciatura y por la necesidad de esas almas. Acepté con reservas y cuando todos habían rechazado; hasta el Inspector de los Salesianos dijo haber rechazado. Recé un poco, quizás demasiado poco... Creo que los otros no aceptaron por el calor insoportable y la enorme pobreza; pero nosotros queremos ser pobres y para los pobres. Pensé que si V.E. hubiese estado aquí me hubiera dado la bendición, y pensé en todas aquellas almas y en Jesucristo y que mi madre decía que a falta de caballos, trotan los asnos, y nosotros somos precisamente los pequeños asnos de la Providencia, o, al menos, deseamos serlo. "Si estuviera aquí, le pediría ir al Chaco para morir allí, para consumirme y vivir como un verdadero misionero. Sáenz Peña es una ciudad de cerca de 20 mil habitantes, con otros 10 mil esparcidos en la campiña a distancias enormes; se necesitan horas y horas de automóvil para llegar a ellos. Hay protestantes de varias sectas que trabajan allí y tienen salas evangélicas, iglesias, bibliotecas, etc.; existe una sinagoga, pues hay muchos judíos; la iglesia católica funciona en una habitación y el altar consiste en tres tablas sobre dos caballetes; además hay una pequeña pieza para dormir. "La mayor parte de los muchachos son hijos naturales, la mayor parte de las familias no se funda en la Iglesia; hay muchísimos sin bautizar; cuando se logra casar a las hijas se trata de casar también a las madres. La corrupción de las costumbres, acentuada por el clima, es espantosa. Envié a un sacerdote lombardo de 50 años, que siempre fue un ángel y que creció desde muchacho en la Divina Providencia. La gente vive mal y muere sin ninguna asistencia religiosa: ¿se puede dejar morir a la gente como perros? Acepté "sub conditione", porque sentía el alma lacerada y recordaba las palabras del Santo Padre: "No os detengáis en las ciudades, marchad al interior, donde pocos o casi nadie va, porque no hay ganancia". Aquí el Chaco es considerado peor que la Patagonia, todo está por hacerse, todo es sufrimientos, todo sacrificios, por el Señor, por las almas, por la Santa Iglesia. "Hay protestantes, judíos, comerciantes que se enriquecen y están allí por el algodón y... ¿no habrá un sacerdote por las almas, por los pobres? "Porque los ricos son todos judíos, protestantes, especuladores del "oro blanco" (el algodón) y los católicos son todos pobres. "Acepté in Domino, y también in Domino estoy dispuesto a retirarme, de buenos modos, con la misma rapidez e impulso, con impulso y alegría, diría; bastaría un gesto suyo y el Señor suscitará otros que trabajarán más y mejor que nosotros, estropajos de la Divina Providencia. "Había escrito hasta aquí, cuando fui llamado por teléfono por Su Excelencia el Nuncio: me daba la noticia de que había hablado, hacía poco, con ciertas religiosas - me parece que dijo de la Capitanio - quienes habiendo oído sobre la gran pobreza de nuestros misioneros del Chaco y la necesidad de tener un poco de ropa blanca, camisas y sábanas - porque ahora no tienen absolutamente nada - decidieron hacer un poco de ropa blanca. ¡Deo gratias! "Piense que allá hay un sacristán sin sacristía y un cocinero sin cocina - es un buen polaco -; mandan a buscar dos veces por día un poco de "comida" con la "vianda". "Y ahora termino. Excelencia, excuse la extensión de mi carta y permítame pedirle me deje un poco más acá; y, si Dios le inspirase dejarme aquí siempre, porque así se hiciera mi bien y el de la Pequeña Obra, déjeme aquí para

Reverendo y querido padre: desearía que creyera en mis sentimientos de deferencia y devota simpatía. El Embajador Real ARLOTTA" <205> "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 548 y s; A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1. IV; "Don Orione a las Pequeñas hermanas Misioneras de la caridad", págs. 360 y s; fasc. Don Sterpi, 19-1 y s; Dutto, "Don G. Zanocchi", Avezzano, 1965, págs. 93 y s.

XLIX - El vuelo sobre las cumbres. De ambos lados de los Andes

En una carta íntima de fines de 1935 o comienzos de 1936, se esbozan ante nosotros los resultados obtenidos en un año o poco más. Don Orione la escribió como un resumen al superior de una de sus comunidades, a la que debía pedir un compromiso reforzado, vibrante. Como todo incentivo ofrecía a sus hijos lo que "Dios había hecho" a través suyo "en poco más de un año". "1) Casa de Noviciado y de aspirantado en Lanús; 2) Casa del Cottolengo en Avellaneda; 3) Cottolengo en Claypole, en terreno nuestro, 4 pabellones para albergue de necesitados, dos de $ 50.000, otros dos de $ 35.000, más la cocina de $ 25.000, más la primera iglesia a San José B. Cottolengo que se levanta en el mundo, además, ahora se refaccionará todo el nuevo pequeño pabellón, situado a la entrada, donde se hallará el asilo infantil para los niños de Claypole y la administración del Cottolengo; 4) la casa de Carlos Pellegrini; 5) el Colegio de San Bernardo, propiedad de la Congregación y $ 11.000 anticipados por los trabajos; 6) Santuario de Itatí, con escuelas mantenidas por nosotros; 7) Colegio con iglesia parroquial en Rosario, con 500 alumnos (todos de primaria); 8) se pagó la deuda de Victoria; 9) puesta en marcha de las escuelas de Victoria, San Fernando, Cuenca, Lanús, con maestros propios; 10) inauguración de las aulas y finalización del campanario en Mar del Plata, habiendo recibido $ 19.000 para el pago, de $ 22.000; 11) concentración de todos los clérigos y estudiantes de teología en Victoria, Lanús y Mar del Plata, para que estén bien formados y concurran a clase regularmente...; 12) la Casa de Nueva Pompeya fue liberada de elementos internos extraños aunque buenos; 13) adquisición de una hermosa casa para nuestras Hnas. en San Miguel, con la plena aprobación del Arzobispo de La Plata y del Arzobispo Copello; la casa tiene terreno, y ya nos pertenece; 14) tratativas en curso para un instituto en Entre Ríos, donación de la señora María Unzué Alvear; 15) ya acepté dos nuevas casas en Mendoza, más un reformatorio, más 50 hectáreas de terreno fuera de la ciudad. Todo pasa a nuestra propiedad; 16) en mayo se inauguran dos casas en Santiago de Chile (Cottolengo chileno) y otra cerca de Valparaíso para la formación religiosa de los aspirantes chilenos y para la santificación del clero chileno. Y no es todo: ¡todo esto fue hecho por Dios, por la Divina Providencia!". ¡Así escribía Don Orione aproximadamente quince meses después de su llegada a la Argentina! Concedámonos un instante de estupor, breve, porque los hechos nos acosan y dentro de muy poco seguiremos a Don Orione en el acto de despedirse de los suyos en la estación de Buenos Aires para partir hacia Mendoza, desde donde partirá nuevamente, hacia Chile, sobrevolando los Andes a más de 5.000 metros de altura... (estamos en 1935). Anotemos mientras tanto que, en la lista citada, Don Orione olvida mencionar la partida de misioneros italianos hacia la Argentina y Brasil, y también hacia Estados Unidos, donde se establecen en Jasper Indiana, en diciembre de 1935, y hacia Inglaterra, donde dos sacerdotes italianos se instalan en Gales para asistir a los obreros italianos. En este momento la Congregación florece más que nunca en el campo juvenil de los aspirantes, los seminaristas y los novicios. Incluyendo Tortona, Voghera y montebello, los jóvenes ascienden a 400; en el noviciado de Bandito de Bra, 150; en Roma, en la Casa de la calle Sette sale, 50 estudiantes siguen los cursos de la Gregoriana o del Pontificio Ateneo Lateranense. Cada año ingresan al instituto centenares de jovencitos.

De este modo, el comienzo de 1935 encuentra a la Congregación plenamente "lanzada". En enero, Don Orione escribe a Don Sterpi: "Tuve que aceptar una Casa en la

LII - Fundaciones en el interior. Comienza el viaje del adiós

Carta a Don Sterpi del 2 de enero de 1937: "Es la primera vez que os escribo en este nuevo año; a vos y a todos, los saludos y los votos más santos de estos hermanos y de los del Uruguay, donde estuve el 29 y el 30 de diciembre... Demos gracias al Señor, a la Santa Iglesia y a la Pequeña Obra por esa porción de vida que Dios quiera concedernos y que la Santísima Virgen siempre nos asista... "Estoy mejor: lo advertiréis en el estilo... Comienzo a vivir y a trabajar: Deo gratias... "Ayer todavía debieron hacerme una doble extracción de sangre; ¡oh! siento que soy viejo... "Os aseguro que ahora estoy bien; es el corazón que hace sus bromas, y la diabetes; estoy a régimen, pero bien. Estén tranquilos; a pesar de cualquier noticia que os llegue a través de extraños, creedme a mí, que soy un hombre de bien, a pesar de que me encuentro en América. Deo gratias...". El trabajo lo acosa, ya no hay límites de tiempo ni de sacrificio personal. Un clérigo escribe a sus amigos, clérigos en Italia: "Al recibir la noticia de la muerte de Don Adaglio, lloró como un muchacho. Ahora llora con facilidad y está muy sensible; por ejemplo, por la muerte de la señora Queirolo lloró, como si hubiese sido su madre y aún la recuerda. Habla de Don Sterpi con una dulzura tal porque sabe que sufre mucho; quisiera viajar a Italia pero está muy resignado y hace bromas sobre las fechas... Nosotros no nos hallamos muy al corriente porque no estamos ya con él como al principio; se puede decir que Don Orione no existe más en Buenos Aires para nosotros. Si el Padre Contardi va a verlo, debe perder medio día, porque Don Orione tiene visitas desde la mañana hasta las nueve de la noche, y después, el teléfono, Dios mío, qué cosa, a cada momento, así como también la portería. Son pobres que piden entrar a Claypole, o señores que quieren hablar, y así, gira y gira con el auto continuamente. Dice Don Orione: si contara los kilómetros que llevo recorridos en el auto, resultarían más de 10 viajes desde Italia a América... Parece mentira, y sin embargo, ¡ya ha cambiado dos autos!...". Pero hay en el aire una preparación de despedida. La partida madura, aun en las cosas, en las circunstancias y es una realidad grande y triste: Don Orione en menos de tres años creó un mundo, conmovió multitudes y deberá dejar todo lo más rápido posible. La nota profunda consiste en una premonición difusa, existente en todos, de que no volverá. Su cuerpo está consumido. En el fondo - sus colaboradores lo entienden - se halla en la etapa de la supervivencia, hecha más de espíritu que de carne y hueso, es la llama que aún arde y lo lleva velozmente de aquí para allá... ¿Cuánto podrá durar? Cuando se sorprende su rostro en ciertos instantes de repliegue o de distensión, especialmente con los ojos cerrados, se advierten profundos surcos, el colorido casi inexistente. Después, cuando los ojos se abren, ¡resurge la luz, la energía, cuánta energía y cuánta luz! Mientras tanto, inicia de verdad el viaje de despedida de las Casas. La conciencia que existe en los otros está en él más clara que nunca; cuando habla de su recorrido, agrega: "por última vez, quizás...". Pero, probablemente en razón de esta premonición, mantiene vivo, rápido, el ritmo de las visitas a nivel, digamos, de alta producción...

El 3 de enero de 1937 bendice la capilla de Santa Teresita del Niño Jesús, en Victoria; el 17 de enero completa las tratativas para hacerse cargo definitivamente del santuario de Nuestra Señora de Itatí (Corrientes). También en enero, durante una visita a La Floresta (Uruguay) abre el noviciado para Hnos. Coadjutores y participa en los turnos de ejercicios allí y en Argentina. La Casa de los Hnos. Coadjutores se encuentra a setenta kilómetros de Montevideo y tiene setenta hectáreas de campo a su alrededor: es

llega a noventa internos. Un grupo de clérigos orioninos lo visita y uno de ellos describe así la escena: "... Desde lejos escuchábamos voces estridentes de mujeres y vozarrones de viejos que loaban a María, Madre de la Divina Providencia. Miramos. En la serenidad de la tarde, avanzaban hacia nosotros, como una procesión: rezaban el rosario, intercalando entre los misterios algunos cánticos. Viejas deformes, cojas, incapaces de caminar, eran socorridas por las religiosas y por otras internas más fuertes. Los viejos mendigos dejaban una impresión más fuerte, porque se veía en ellos el cuerpo consumido, los brazos tostados por el sol. Don Orione es el custodio de todos estos objetos preciosos de la compasión humana: llevaba a un inválido que no podía caminar. ¡Qué santo espectáculo de caridad pasaba delante nuestro!".

Respecto del Fundador, el clérigo agrega: "Cuando celebra la Santa Misa la piedad aparece en su rostro tan pálido que al mirarlo se reza con fervor...". Ese fervor inducía a Don Orione a participar, no obstante el fárrago de iniciativas y actividades, en los Cursos de Cultura Católica que se realizaban en la Casa de la calle Carlos Pellegrini, con gran afluencia de ilustres participantes. Un día de setiembre de 1936 llegó hasta allí Jacques Maritain, invitado por el doctor Casares, director de los cursos, a pronunciar una conferencia. Se encontró con Don Orione: dos vidas, dos actividades a lo largo de las áridas playas del mundo. Su diálogo fue simple, de profunda comprensión. El hombre de pensamiento admiró al hombre de corazón. Otros encuentros tuvieron lugar entre las dos grandes almas con un único objetivo: el Amor. 1936 se cerró, para Don Orione, con una Navidad íntimamente gloriosa en el "Oceanía", enorme nave de la marina mercante italiana, anclada en el puerto de Buenos Aires. Se celebraron, simultáneamente cinco misas en la "Noche buena", en los tres grandes salones y en las dos cubiertas superiores. Luego Don Orione habló, desde el puente, a los reunidos y a todos los italianos de la república, porque sus palabras fueron transmitidas por radio: "... Oh Jesús, que eres todavía Jesús en medio de nosotros, siento la necesidad que tenemos de Ti, en esta hora del mundo. ¡Mira, oh Jesús, que perecemos! ¡Sálvanos una vez más! Da a los pobres, a los obreros, a las masas proletarias y a los ricos tu luz de verdad y de justicia, tu caridad, esa caridad que es vida, hermandad y salvación; que nada pide y todo da; que por sí sola, y por siempre, unifica y edifica en Cristo para esta vida y la eterna. Haz sentir a todas las gentes que, por sobre los intereses humanos, opiniones, pasiones y partidos, se eleva el Evangelio y con el Evangelio el gran padre de las almas y de los pueblos: el "dulce Cristo en la tierra"; con el Evangelio se elevan los obispos, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios". Y, hablando del día siguiente, Navidad: "Lo pasaré con los pobres, con los más pobres de Buenos Aires, y viviré con Jesús pobre y Jesús endulzará mi exilio" <211>.

<211> "Cartas de Don Orione", v. II, pág. 365 (3.8.1936); fasc. págs. 19-85 y s; 29-272 y s; A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1. IV; fasc. págs. 51-44 y s; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 566 y s; fasc. 59-15 y s; fasc. 50-13, 95-226; "Mañana de Italia", de Buenos Aires, 1935, passim.

ciudad de Rosario, que es la segunda de la Argentina y tiene cerca de 600.000 habitantes; no pude decir que no ni al Nuncio ni al Obispo de Rosario; son escuelas elementales para niños pobres y una iglesia pública que pronto será parroquia...". Y el 20 de enero: "El sábado 25 de enero tomaremos posesión del Santuario y Parroquia de Itatí (Corrientes). Los acompañará el mismo Obispo, hijo de venecianos, Monseñor Vicentín; vino hasta aquí para llevarlos y parten el jueves a la mañana, es decir mañana; harán 36 horas de tren y después seis u ocho de navegación por el río Paraná; van hacia los confines de la Argentina, frente al Chaco y al Paraguay; allí, el río Paraná separa a la Argentina del Paraguay... "Yo partiré el lunes o martes próximo para Chile y me detendré dos días en Mendoza, donde el señor Obispo se ofreció a incardinar a algunos clérigos...". El 29 de enero: "Estoy en Mendoza después de veinticuatro horas de tren, a 1.100 kilómetros de Buenos Aires, hoy no celebré misa pero, gracias a Dios, pude comulgar. "Soy huésped de los salesianos que me acogieron con una bondad abrumadora. "Me condujeron hasta el señor Obispo, quien me atendió muy cordialmente, y me dio, sin que se las pidiese, todas las facultades; se habló de las obras que podrían realizarse aquí en favor de la juventud más necesitada y de otras cosas y me sentí reconfortado por su bendición. Me dijo que me esperaba a mi vuelta de Chile. El P. Bonetti y el Director de "Don Bosco" de Mendoza me presentaron al Gobernador. El Gobernador me esperaba y mantuve con él un coloquio que seguramente conducirá a buenas cosas, siempre de acuerdo a nuestro objetivo: la juventud más necesitada. Propondrá una ley adecuada y si Dios quiere antes de que torne a partir para Europa, tendremos ya una institución de mucha caridad y de educación cristiana para tantos niños necesitados de fe, moralidad y pan. "También ayer mismo vi a un señor que me ofreció 50 hectáreas de buen terreno con agua, a 1.000 metros sobre el nivel del mar, donde la Divina Providencia levantará una Casa de Salud para los pobres y para los sacerdotes. Mendoza está a 700 metros sobre el nivel del mar, es un lugar encantador y muchos vienen desde Buenos Aires para encontrar reposo y salud. También visité al Juez de Menores, excelente persona que desarrolla un verdadero apostolado "pro-juventud". Hoy celebré misa acá, con los salesianos. De noche pude descansar. Espero que el viaje sea bueno, con la ayuda del Señor. Los médicos, que hace algunos meses no me aconsejaban volar en avión a tanta altura, fueron ahora más humanos. Me dijeron que llevara un poco de éter por si el corazón se resentía. Telegrafiaré desde Chile para vuestra tranquilidad. Orad y haced orar. Parto a las 15". La "Casa de Salud" a que aludía Don Orione debía ser instalada en un edificio ofrecido por la señora Reynal; la donación tenía una prehistoria dolorosa trocada en luz. Unos años antes el marido y el único hijo de la señora atravesaron en automóvil un paso a nivel sin barrera y fueron atropellados por un tren: apenas se logró recomponer los cuerpos. ¿Cómo dar la noticia a la señora? Transcurrieron años de lágrimas. Luego, poco a poco, revivió en el consuelo aún a su alcance: beneficiar a los demás, en memoria de sus seres queridos. Entre las donaciones que hizo se halla la hermosa casa ofrecida a Don Orione.

"Desde Santiago (Chile), 30 de enero de 1936 "¡Almas y almas! "Heme aquí en Santiago de Chile, luego de sobrevolar en Avión Panagra la Cordillera de los Andes a aproximadamente seis mil metros de altura. El viaje duró algo más de una hora y cuarto y fue excelente. ¡Deo gratias! En muchos momentos respiré oxígeno, pero más por precaución que por verdadera necesidad. Comencé a ver la candorosa Cordillera de los Andes y precipicios y abismos atemorizantes. ¡Qué hermoso mirar desde 5.000 metros el Aconcagua, monte que se eleva soberano entre los demás de los Andes! ¡Qué candor me inspiraron! "El aeroplano pasó entre el monumento a Cristo Redentor, sobre la Cordillera, en el límite de Argentina y Chile y la cumbre del Aconcagua. Pude observar muy bien

todo; también pasé sobre el lago de los Incas, extremadamente azul. "Me esperaban dos sacerdotes salesianos, un italiano, Don Mangoni, de Alba, y un polaco, prefecto del colegio de Don Bosco, donde hallé una acogida más que fraternal. A mi llegada el Director no se encontraba en Santiago; llegó más tarde y ¡qué casualidad! es uno de los hermanos Rabagliati (tres sacerdotes salesianos) de Occimiano; estábamos juntos en el Oratorio de Turín cuando murió Don Bosco; era menor en edad y estudios pero lo recuerdo bien. Esta noche recordamos juntos esos tiempos felices y me parecía estar aún en Italia y que nada había cambiado desde entonces...". "31 de enero, primer día, de mañana. "¡El Señor sea loado! Descansé bien con la reliquia del Cottolengo junto a mí. He dicho ya todo el oficio divino y celebré aquí, en la iglesia de los Salesianos, mi primera santa misa en Chile, en el altar del Niño de Praga. Es una iglesia grande, con tres naves, de estilo gótico; sobre el altar mayor reina un cuadro de María Auxiliadora, copia facsimilar del de Turín, un poco más pequeño. La iglesia es parroquia y el colegio es muy grande; tiene más de 700 alumnos, en parte estudiantes y en parte artesanos. Hoy, con la ayuda de Dios, comenzaré a hacer algunas cosas en Chile en nombre de la Divina Providencia". "A la siesta del 31 de enero (a Don Sterpi). "Te envié un "cable" para tu tranquilidad, y también telegrafié a Buenos Aires. Ayer no pude, porque no llegué a tiempo para retirar dinero chileno que una benefactora había depositado a mi cuenta en un banco de aquí. Una verdadera Providencia y ¡Deo gratias! "Tendremos en Santiago una hermosa casa con capilla en una ubicación céntrica, en una de las calles principales. La visité esta mañana, acompañado por la misma donante que vino especialmente de la Argentina. Ahora están trabajando los albañiles y ella paga todo. La casa no es muy grande pero se adapta para hacer el bien y está amueblada; pienso ubicar allí a nuestras Hnas. si lo aprueba el Excelentísimo Arzobispo. Por el momento ni el Arzobispo ni el Nuncio se encuentran en Santiago; espero verlos pronto. Pasado mañana estaré en Valparaíso, donde reside la más numerosa colonia italiana de Chile y celebraré la santa misa en un instituto que se nos dará, en las cercanías de Valparaíso, y el otro será para los jovencitos, especialmente los hijos de inmigrantes italianos. ¡Viva Italia! Hoy o mañana visitaré al embajador italiano; sé que desea verme y yo también lo deseo. Espero que todo vaya bien. "Y ahora termino. Hoy siento un poco cansado el corazón, pero arde en deseos de consumirse por la Iglesia y las almas. Rogad por mí, haced rogar mucho. No sé si podré viajar pronto al Perú: es difícil. Por cierto, deberé regresar aquí nuevamente antes de viajar a Italia - si así lo quiere el Señor - y luego iré también a Lima. "Como ya dije, enviad a las seis hermanas en el "Oceanía"; estaré en Buenos Aires para recibirlas y si no pudiera ir, lo harán Don Zanocchi y la Superiora que está en la Argentina. Comprendo que necesitaré mayor personal: preparadlo bien; mandadme religiosos y religiosas que tengan mucho amor a Dios y salud; con amor vendrá el resto. ¡Adelante in Domino!...".

El 2 de febrero, Don Orione está en Valparaíso, "la ciudad más grande del sur de Chile". "Una vez en la ciudad, saludé al Obispo y llegué a un pueblito de 500 habitantes, 50 kilómetros más adelante, y vi la casa que nos habían ofrecido. Me gusta más que las otras y la destinaré al aspirantado chileno. Detrás de la casa se extienden, admirables, los Andes; delante hay un hermoso jardín cultivado y luego viene la playa bañada por el Pacífico. "Al regresar a Santiago, fui de nuevo a ver al Nuncio y al Arzobispo, quienes quedaron muy contentos, éste me ofreció cuatro "cuadras" de terreno para levantar el "Pequeño Cottolengo Chileno". "También el Embajador italiano en Chile se mostró sumamente amable conmigo; me habló de Don Sterpi, a quien conoció en Tortona, y del santuario de la Virgen de la Guardia, que visitó. Se mostraba entusiasmado y quería que me quedara a almorzar con él, a toda costa; pero como le expliqué que los religiosos no

Crisólogo, 'el Beato Pedro vive, preside y otorga la verdad de la fe a quien se la pide' (Ep. ad Eut. n. 2) y eso mediante obras de misericordia espiritual y corporal y las siguientes instituciones, destinadas sea a la educación y formación católica de la juventud más humilde y abandonada, sea a conducir las multitudes hacia Jesucristo y su Iglesia, por la vía de la caridad: Oratorios festivos - patronatos - guarderías infantiles - Institutos para externos - asociaciones pías - centros y círculos de acción católica para niños, aspirantes, jóvenes, estudiantes y obreros - escuelas de religión - escuelas y colegios para niños pobres - escuelas agrícolas - profesionales - comerciales - industriales y de magisterio - obras de prevención para los menores abandonados - reformatorios - institutos para los hijos de reclusos - casas de redención social - secretariados - patronatos para cárceles y hospitales - refugios para huérfanos y deficientes - Casas de la Divina Providencia para menores de todo tipo y para rechazados de la sociedad - leprosarios y lazaretos - casas de reposo para la vejez - cátedras ambulantes populares de propaganda religiosa - prensa - bibliotecas populares - escuelas de propagandistas - escuelas para la formación de publicistas católicos - catecismos - prédicas - peregrinaciones - obras de prevención contra la propaganda protestante - círculos militares - obras deportivas - escuelas apostólicas - institutos misioneros - seminarios para proveer vocaciones a los obispos y a sus diócesis - convictorios eclesiásticos - retiros sacerdotales - casas de santificación para el clero... y aquellas obras de fe y caridad que, según las necesidades de los países y de los tiempos, quisiera indicarme la Santa Sede, como más aptos para renovar a la Sociedad en Jesucristo. "Sólo excepcionalmente se tolerará la aceptación de institutos de instrucción media, clásica o técnica, cuando la juventud, a causa de escuelas laicas y protestantes, corriese grave peligro y los Excelentísimos obispos no pudieran cumplir con este objetivo de otra manera. "4) Esta humilde Congregación, basada en la infinita bondad y la ayuda de la Divina Providencia es, esencialmente, para los pobres y para el pueblo".

Es ese delta del amor que se ramifica cada vez más, tanto más cuando la vida de Don Orione se aproxima al fin. Es preciso subrayar esta multiplicidad de intervenciones en la sociedad por parte de un Instituto que no tiene medios propios y que se encuentra enteramente confiado a la Providencia: la amplitud de la enumeración responde a la variedad de las urgencias y es su fruto. Esto nos revela un carácter importante: la Obra surge de las necesidades de la época y responde a ellas; se trata de una ligazón muy estrecha que remarca su valor providencial: "El Instituto abraza las obras de misericordia espiritual y corporal destinadas, sea a la educación y formación católica de la juventud más humilde y abandonada, sea a conducir a las multitudes hacia Jesús y hacia la Iglesia por el camino de la verdad, y las obras de fe y de caridad que, según las necesidades de los países y de los tiempos, quisiera indicarnos la Santa Sede, como más aptos para renovar a la sociedad en Jesucristo". El 11 de noviembre de 1936, Don Orione inaugura, en Buenos Aires, el consultorio médico gratuito, proyectado tiempo atrás, para los obreros "de cualquier tendencia". "Espero poder abrir otros, con la ayuda divina, en algún centro obrero. ¡Es necesario ir hacia el pueblo de todos los modos más santos y traerlo hacia la fe! Ayúdenme rezando. Puse la iniciativa a los pies del Divino Samaritano y de María Santísima, Salus infirmorum, Mater Charitatis... "Ahora apunto hacia Avellaneda, una ciudad de más de 100.000 habitantes, el conglomerado obrero más importante de la Argentina, separada de Buenos Aires por el Riachuelo; tengo local; verá si puedo hacer comenzar el primer consultorio y luego el segundo in Domino; rezad, rezad; será una nueva forma de Cottolengo, un desarrollo de la Obra, según las necesidades de los tiempos". Y cinco años después: "Pronto podremos pasar desde Corrientes al Chaco, en medio de los indios...". Mientras tanto, el "Pequeño Cottolengo" de Claypole prospera y

patrias... Don Orione recibió las primeras noticias con la profunda participación y la aguda percepción que siempre lo caracterizaban. Su inteligencia se extiende cada vez más en rayos adivinatorios. El 25 de julio escribe: "... Nos llegan noticias muy dolorosas de España. Pienso: ¿por qué el mundo está tan conmovido, infeliz, y se precipita en la barbarie? Porque no vive en Dios, sino de egoísmo. Mirad; los nacidos en la misma tierra, que hablan igual lengua... los que debieran ayudarse, consolarse, se dividen, se odian, se masacran...". Y el 18 de setiembre: "Acá se vive un momento de temor; si las cosas van mal en españa, algún movimiento comunista puede surgir también en Argentina, que siente mucho lo de España y tiene fuertes grupos y algunas provincias (Córdoba) en manos de los comunistas...". Es cierto que la revolución, con sus aspectos funestos, con sus interrogantes bañados en sangre, vuelve más intenso el trabajo íntimo del Fundador. Por otra parte, está convencido de que es necesario prevenir a la multitud de la revolución, sanando las llagas sociales con las que ella tiñe su bandera escarlata. ¿Cuál es, por lo tanto, su reacción ante la guerra fratricida de España? Un total abandono en Dios, oraciones y sacrificios más ardientes y una acción caritativa más amplia, completa y febril. Bajo la impresión de la terrible experiencia española, siente más que nunca que el mundo está en peligro, que es urgente ayudarlo a volverse cristiano. La "Pequeña Obra" se comprometerá en una gama creciente de finalidades caritativas: no circunscribir, no especializar demasiado, no limitar el amor; el mundo se cubre de tinieblas, encendamos miles de llamas de amor, todas las posibles. En verdad, siempre pensó así, no hay nada sustancialmente nuevo; pero lo que en un tiempo casi se le hubiera podido reprochar por imprudente, ahora ya no. El mal se manifiesta tan titánico, que una legítima audacia está justificada. Cuando le llega la exigencia del Visitador Apostólico de aclarar las constituciones del Instituto, comenzando por lo concerniente al fin principal y el particular de la "Pequeña Obra", el Fundador responde con una larga lista de obras que, a primera vista, parecería árida como la burocracia y utópica como el sueño, pero que es, por el contrario, un difícil pero real poema de amor. Y a quienes le dicen que es un poco extensa y variada la reseña de las obras previstas, les responde: "Comprendo que esa lista de instituciones no gustará; pero la hice para que se comprenda mejor el espíritu de la Congregación, que es para los pobres y por lo tanto muy diferente a otras..." (julio de 1936). Y agrega: "De la lista de obras debe decirse: así es como la redactó Don Orione, luego de años de oración".

Vale la pena leer íntegramente la humilde enumeración: "Buenos Aires, miércoles 22 de julio de 1936 "Querido Don Sterpi: "¡Gracia y paz de Nuestro Señor! "Os mando la última y definitiva redacción del Capítulo I de las Constituciones; ésta anula cualquier otra precedente que haya enviado. "1) El nombre de la Congregación es "Pequeña Obra de la Divina Providencia, o sea, Congregación de los Hijos de la Divina Providencia. "La Congregación fue colocada bajo la especial protección de María Santísima, Inmaculada y Misericordiosísima madre de Dios y nuestra; de San Juan y de los Beatos apóstoles Pedro y Pablo. "2) El fin principal y general de esta humilde Congregación es la santificación de sus miembros, mediante la observancia de los tres votos simples de pobreza, castidad y obediencia y de estas Constituciones. "Luego de por lo menos diez años de vida religiosa irreprensible se puede admitir un cuarto voto de consagración al Papa, con especial obligación de servir en todo y por todo al Pontífice Romano, de ofrecer la vida por los infieles y por el regreso de los protestantes y de las Iglesias separadas a la unidad de la madre Iglesia. "3) El fin particular y especial consiste en propagar la doctrina y el amor a Jesucristo y a la Iglesia, especialmente en el pueblo; atraer y atar con un vínculo dulcísimo y estrechísimo de mente y corazón, a los hijos del pueblo y las clases trabajadoras, a la Sede Apostólica, en la cual, de acuerdo a las palabras de San Pedro

pueden comer afuera, se hizo invitar por los salesianos y comimos juntos. Parecía muy feliz y quiso tomarme varias fotografías. "Al regresar atravesamos los Andes bajo un cielo serenísimo; fue un regreso feliz, tanto más cuanto que ya conocíamos las jugarretas que el avión podía hacernos. Sólo la última parte del viaje se vio algo turbada por la amenaza de un temporal; en efecto, entramos a la provincia de Mendoza en medio de densas nubes, por arriba y por abajo; no se veía otra cosa; entonces, elevé la mente al Señor y recé. "Cuando descendí en Mendoza me acordé de las palabras del Obispo y fui a verlo. Me recibió con alegría y se mostró dispuesto a ordenar a nuestros clérigos no bien se los presente. Le agradecí tanta bondad y nos separamos confortados por el Cielo. "Fui de nuevo a saludar a la donante de la Casa de Mendoza y a mis queridos salesianos. El gobernador de la ciudad, enterado de mi regreso, me mandó llamar y trabé relación con él. "Luego de algunas cortesías mutuas, me ofreció el reformatorio que vi y acepté sin vacilaciones. Acordé con él que en mayo, cuando volviera a pasar por Mendoza (en viaje a Chile, para inaugurar el Pequeño Cottolengo Chileno) ajustaríamos los detalles".

Desde Mendoza, Don Orione viajó por ferrocarril a Buenos Aires. El tren corría entre las viñas extendidas sobre las pendientes, viñas floridas, célebres en América Latina. Veinticuatro horas de viaje: oportunidad de recogerse larga, íntimamente con Nuestro Señor y ofrecerle la gratitud más exultante. Entre los numerosos viajes del Fundador, éste de Mendoza-Santiago (seis días) había resultado de los más fáciles y además incomparablemente hermoso y triunfal en sus resultados. Todo había ocurrido como en un sueño y, sin embargo, fue realidad de la Providencia. Haber llevado hasta el Pacífico y a más de una playa el estandarte humilde, "el estropajo" simbólico de la nueva congregación, resultaba para Don Orione un infinito consuelo. Servir a Dios de un océano a otro, él, pobre entre los pobres. Las imágenes de los felices resultados obtenidos en esos días se alternaban y mezclaban ahora con el maravilloso recuerdo de los Andes, impreso en lo más profundo de sus pupilas: nieves sin confines, abismos azules veteados de ónix y orlados por helados reflejos de luz; el vasto, claro zafiro azul verdoso extendido en medio de tanta blancura, el lago de los Incas, evocador de pueblos lejanos e historias inverosímiles; el gran sentimiento de elevación que le había quedado en el alma como una contraseña o como una ebriedad... El tren corría ahora por la llanura, a través de las pampas grisáceas y verdes, despobladas. A menudo los inmensos álamos impedían la visión, pero aquí y allá se abrían zonas sin vegetación, franqueadas a la mirada. ¡Cuánta vida hubiera podido moverse en aquella soledad! ¿O Dios quería reservar para sí, para sus hijo futuros, esas tierras? ¿Sería incomprensión y debilidad de los hombres modernos, que permitían que tanta tierra permaneciese sin cultivar? Don Orione conocía la pobreza de muchos pueblos, y los sufrimientos que había podido palpar aparecían, ahora, como imágenes vivas, en aquella inmensidad. Y todo se traducía en plegaria. Una vez más, ofrecía como podía, a la justicia y la misericordia de Dios, tantas miserias y tantas riquezas, en la súplica dominical: "Fiat voluntas tua, adveniat regnum tuum...", el reino del amor. El rumor del tren traía a la memoria, en la vasta soledad, la vida y el movimiento de las libres criaturas: "Al alejarme de Mendoza en el tren vi una innumerable cantidad de palomas blanquísimas que volaban en el cielo oscureciendo el sol; las seguí con la mirada y las vi descender en un campo vastísimo, donde había muchísimas más, de modo que podría creerse que ese terreno estaba irradiado por el sol...". ¿No es acaso esa visión el símbolo expreso de las más humildes presencias naturales? "Almas y almas" era la consigna que lo guiaba de gente en gente; aquella bandada tenía, quizás, un significado auroral de esperanzas, de augurio. Al atardecer se produjo un fenómeno parecido: "Más adelante, mientras nos acercábamos cada vez más a Buenos Aires, vi de nuevo en el cielo una enorme cantidad de seres que volaban y eclipsaban el sol como lo

habían hecho antes las palomas; pensé que se trataba de langostas, pero comprobé, cuando se acercaron al tren, que eran mariposas de un color violáceo ceniza". Quizás eran las frágiles alas de la despedida humana: también él estaba convencido, en su interior, de que no volvería a ver esas tierras a las que ya amaba como a una segunda patria. Porque los fundadores también tienen corazón <206>.

<206> Fasc. Sterpi, págs. 19-50 y s; "Don Orione y la Virgen", págs. 493 y s; A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1. IV; "Obra Antoniana de las Calabrias", 1.6.1935; fasc. págs. 110-250 y s; fasc. pág. 51; "La Virgen de la Guardia", años 1935-36, passim.

LI - El "delta" del amor

En aquellos años parecía que su inteligencia se abría cada vez más en extensos rayos, siempre bajo el impulso de sus nuevas experiencias: "Queridos hijos míos en Jesucristo - escribió en julio de 1936 -, veo derrumbarse todo un pasado, aunque en parte ya estaba en ruinas; las bases del viejo edificio social están minadas; una conmoción cambiará, quizá pronto, el rostro del mundo... "¿Qué surgirá de entre tantas ruinas? "Somos Hijos de la Divina Providencia; ¡no desesperemos sino más bien confiemos mucho en ella!". Qué valor genuino tienen estas palabras grandes y proféticas. Para comprenderlo, conviene recorrer brevemente las etapas del apostolado de Don Orione. Se puede hablar de etapas, de desarrollo. Desde el comienzo, su pensamiento caritativo había estado abierto a todos los dolores, a todas las urgencias del prójimo; sin embargo, durante los primeros treinta años (1894-1924), su consigna había sido: "¡salvemos a los niños!". Sus numerosas y a menudo heroicas empresas habían tenido como objetivo constante, la salvación de los más pequeños. Arrancarlos del marasmo del mundo, formarlos en Cristo, insertarlos en la "Ecclesia". Es el período "salesiano" del Fundador: la imagen aún viva de San Juan Bosco alimentaba, guiaba su praxis del bien. Pero en el espíritu de amor de Don Orione existía una tendencia irrefrenable a abrirse, a dilatarse: el torrente tendía a ramificarse. Sabemos que otro de sus "ideales" era San José B. Cottolengo. Y bien, muy pronto tuvo lugar esa praxis sorprendente: las casas orioninas, verdaderas colmenas de juventud, no permanecieron cerradas para los viejos, los deformes que se arrastraban por las calles golpeando de puerta en puerta. Llegaban hambrientos a las puertas de Don Orione y eran recibidos, aunque fuera por una noche o por pocas noches... Vimos cómo en algunas casas se había formado así un "depósito" de desechos humanos: depósito provisorio que era preciso remover al alba o a los pocos días, pero mientras tanto, se producía algo inverosímil: se reunían los dos extremos de la vida, la infancia bullente de esperanzas y la vejez destrozada por los padecimientos. Como referimos, en 1924, el ideal copiado a San José B. "Cottolengo" se abrió paso junto a la obra inspirada por Don Bosco, ya rica en Casas y "casos", tan original, tan "orionina" en su dinámica íntima y exterior. La Casa de Marassi, las primeras mujeres, los primeros hombres, restos unos y otras de una humanidad demasiado apresurada como para tolerarlos. Y este ideal tomado del Cottolengo se expandió revestido de ardor orionino, traducido en términos nuevos de audacia casi fanática. Hemos seguido, paso a paso, conquista por conquista, los varios canales en los que irrumpe el ímpetu caritativo de nuestro Padre, en Italia, más allá del océano; pero resulta difícil seguir los pasos y las conquistas de un Fundador como Don Orione. El tiempo transcurrió y nos da la impresión de que fue, desde el primer momento hasta el último, un viento vivo sobre una corriente rápida: el río corre, a velocidad creciente, desborda, forma riachos y corrientes nuevas. El amor se convierte en un delta.

En 1936 se producen dos hechos completamente diferentes entre sí pero que inadvertidamente se vuelven incomitantes. La visita apostólica del Abad Caronti hace necesaria una precisión respecto a las finalidades de la Obra orionina; por lo tanto, el Fundador se ve obligado a calificar y a delimitar; pero ¿qué se delimita, qué se precisa, cuando el corazón está lleno hasta desbordar? El otro hecho, aparentemente lejanísimo y totalmente extraño: la revolución española. En julio de 1936 la tragedia se desata. Pero no es ni lejana ni extraña sino muy próxima al espíritu de la Argentina. España, la gran madre de naciones lanzadas hacia un desarrollo rápido, está en llamas. Ningún corazón argentino permanecerá frío frente a la sangre de la gloriosa patria histórica, patria de las

ver a este Fundador que suscitara un mundo, que ahora, ante una simple orden de la Santa Sede, "se cuadra" <209> sin vacilar, declarándose el "último" en su propia Congregación. El 26 de junio de 1936 escribió a Don Sterpi: "Me haréis conocer los términos del documento que el Visitador Apostólico os presentará y de cuanto os diga para saber si podemos o no dispone todavía de alguna cosa y hasta dónde. Bendigo nuevamente. Viva Jesús...". "Tres veces Deo gratias - escribió nuevamente a Don Sterpi el 12 de agosto de 1936 - por el Santo Visitador que nos ha enviado... Estoy contento de que venga para la fiesta de la Guardia...". Y el 9 de setiembre: "No quisiera que el Visitador temiese disgustarme al tomar las determinaciones que considere necesarias o útiles para el bien de la Pequeña Obra; ¡no! ¡no! Si alguna vez advertís este temor, os ruego le digáis cómo pienso y que cuanto haga me placerá...". El 28 de octubre de 1936: "Decidle que se quede siempre con nosotros, al menos, todo lo que pueda...". La visita apostólica del abad Caronti estaba destinada a durar muchos años, hasta 1946, es decir, hasta bastante después de la muerte de Don Orione. Sería interesante seguirla en los detalles que fueron forjando un constante agradecimiento y veneración recíprocas, y basta leer los testimonios del mismo Caronti para comprender estos sentimientos. También es preciso decir que la visita misma precisó, bajo muchos aspectos, figuras, institutos, tareas y finalidades. La Congregación maduraba a la luz de los últimos años del Fundador; en esta maduración influían enormemente las experiencias que el propio Fundador realizaba en América latina, así como en otras partes del mundo, e influía también la gran tragedia de la guerra de españa, cuyas primeras escaramuzas tuvieron lugar entre junio y julio de 1936. Vale la pena que nos detengamos brevemente en esta hora particular de la vida, el pensamiento y la obra de Don Orione <210>.

<207> Carta de Don Orione a Don Sterpi, del 27.6.1936.

<208> En marzo de 1935 fue trasladado desde Nola (Nápoles) a la Cátedra de San Marciano en Tortona, Mons. Egisto Domingo Melchiori, de origen bresciano, y que fuera profesor del futuro Pontífice Paulo VI. Don Orione, con su impulso habitualmente generoso, quiso festejar la incorporación a la diócesis del nuevo Electo, enviando una carta colectiva que exaltaba la grandeza del ministerio episcopal. Se trata de un trabajo logrado como investigación y magnífico por los sentimientos de devoción, obediencia y fidelidad a la Iglesia, al Papa y a los Obispos que allí se expresan (en "Cartas de Don Orione", v. II, págs. 177 y s). <209> No bien tuvo la confirmación de que el Abad Caronti era el visitador apostólico, Don Orione redactó una circular a todos sus hijos, diciendo, entre otras cosas lo siguiente: "¡Oh, bienvenido sea el Enviado del Señor y de la Sede Apostólica! Con la ayuda divina, lo seguiremos alegremente y nada nos resultará más dulce que escucharlo, secundarlo, obedecerlo y amarlo en el Señor. Viene a nosotros en nombre del Señor y con Autoridad Apostólica. Desde hoy, es mi y vuestro superior inmediato: me coloco y os coloco a todos en sus manos; yo, con gran alegría, sólo soy y seré el último de vosotros hasta que la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de la Santa Sede deseen mantenerme en la Pequeña Obra de la Divina Providencia; la cual Obra declaro no haber sido fundada por mí, ni constituida con medios humanos, ni conservada y acrecentada por mí sino por gracia y voluntad del Omnipotente y Providentísimo Dios y Señor Nuestro Jesucristo, a pesar de mi miseria y mi pecado. Y ha surgido por la intercesión maternal, especialísima de la Beata Virgen María, Inmaculada Madre de Dios y nuestra" (de "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs 553 y s). <210> "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 553 y s; fasc. Don Sterpi, 19-1 y s; A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1, IV; "Cartas de Don Orione", v. II, págs. 177 y s.

L - Los despojos humanos de Claypole Un leprosario "in pectore" - El Visitador Apostólico

Ya en Buenos Aires, ¡qué diluvio de decisiones a tomar! No había transcurrido aún un año desde que se colocara la primera piedra en el "Pequeño Cottolengo Argentino", en Claypole; ahora estaban listos, en su simple diseño arquitectónico, en estilo californiano, los primeros seis pabellones y la iglesia. "Haced rezar - recomendaba a los suyos de la Argentina y de Europa - para que todo se haga según el espíritu propio del Cottolengo...". Era su verdadera preocupación. El resto - la fiesta popular, las celebraciones, la presencia de autoridades -era, según su pensamiento y costumbre, la necesaria armadura de una sustancia de valores y de frutos mucho más elevada y urgente, y sólo servía para engrandecer esta sustancia, fijarla en el corazón y hacer que fuese amada y luego recordada.

Se aproximaron los días fijados para la inauguración de la construcción de Claypole, 21-22 de mayo de 1936; un telegrama de Pío XI coronó la gloria de Don Orione: "Nuncio Apostólico, Buenos Aires. Espiritualmente presente inauguración nueva maravilla Divina Providencia, Santo Padre bendice de corazón al Pequeño Cottolengo Argentino, insignes benefactores, benefactoras y autoridades, feliz de que la naciente y gloriosa iniciativa de beneficencia cristiana, aliviando miserias humanas, asegura para esta noble nación abundantes bendiciones divinas. Card. Pacelli". Finalmente, el 22 de mayo, se abrieron las puertas de Claypole. Los pobres, los lisiados, los infelices estaban en su interior, trasladados desde el edificio de la calle Carlos Pellegrini en que se los alojara temporariamente. Ahora estaban instalados en la verdadera sede, construida para ellos, espaciosa, subdividida en seis pabellones - pronto surgirían otros -, provista de una hermosa iglesia casi terminada; y eran allí los patrones, según el criterio del Fundador, para que el personal asistente pudiera verdaderamente "servirlos", sirviendo en ellos a Cristo Señor. Había llegado por fin la hora en que "recibirían". Las "autoridades" (las más altas) se dirigían hacia ellos, con una solemnidad casi desconocida hasta entonces en Buenos Aires porque era, sí, grandeza exterior, pero rica por una conmoción que los presentes nunca habían experimentado hasta entonces. Los deformes, los enanos, los mancos, los tullidos... son verdaderamente los dialécticos más agudos. "Querido Don Sterpi, "Vuestra carta vía aérea del 15 de mayo llegó el 21 a la noche, cuando regresaba, molido, de la inauguración del Cottolengo de Claypole; allí todo anduvo tan bien que cualquier expectativa fue superada, con mucho. El mismo Presidente de la República actuó como padrino y fue madrina la más insigne benefactora, doña Carolina Pombo de Barilari. Estaban presentes cuatro obispos, más el arzobispo monseñor Aragone, quien viajó desde Montevideo, y Su Excelencia el Nuncio Apostólico, Monseñor Cortesi. Estaban también el Embajador de Italia y señora, y muchas otras autoridades nacionales, eclesiásticas y provinciales. Dijo un espléndido discurso Su Excelencia Reverendísima, Monseñor Serafini, Obispo Auxiliar y Vicario General de La Plata, que representaba también al Arzobispo, Monseñor Alberti, enfermo. Su eminencia Reverendísima el señor Cardenal Fossati, y el Reverendísimo Padre Riberi, Superior de la Pequeña Casa de la Divina Providencia de Turín, enviaron dos reliquias "ex ossibus" de San José B. Cottolengo. "Además de la bendición de la nueva iglesia, dedicada al santo de los más infelices, y de los pabellones, el Nuncio Apostólico bendijo la primera piedra de dos nuevos pabellones. Todos quedaron muy satisfechos y ¡Deo gratias!, ¡Deo gratias! Aún estoy cansado, pero me siento muy bien gracias a Dios y a vuestras oraciones. En estos

días nos reunimos aquí casi todos los sacerdotes, tanto de la Argentina como del Uruguay, y ayer se realizó una hermosa y fraterna reunión".

Pero los proyectos brotaban: un consultorio médico, gratuito para los pobres, un leprosario... El consultorio empezó a funcionar pronto: "Ayer, 23 de junio (1936), estuvo aquí Don Orione para visitar una casa donada, cerca de la parroquia. Nos dijo que quería convertirla en un consultorio médico gratuito para los pobres... Almorzó con nosotros; estaba muy contento con este nuevo proyecto, hablaba de él con entusiasmo y nos mostraba el enorme bien que haría. Vino nuevamente con el presidente de los Médicos Católicos, que son más de trescientos..., siempre alegre y contento...". La carta refiere luego un pequeño episodio que explica muchas cosas: "Para que tengáis una idea de sus grandes ocupaciones, ayer, inmediatamente después de almorzar, cuando el Padre César Di Salvatore fue a la calle Carlos Pellegrini para hablarle, encontró en el atrio y en la antecámara una multitud de personas que aguardaban turno para hablarle. El Padre César debió regresar sin poder verlo, tras una larga espera, porque eran muchas las personas que esperaban". Para el leprosario tampoco faltaban los primeros reclutas: "Don Perduca me escribió una carta muy linda diciéndome que si se abría un leprosario, se ofrecía por Jesucristo hecho leproso. Mientras escribo, Don Dutto está aquí, hablando con una pobre mujer leprosa... "Con la ayuda del Señor espero hacer una especie de Cottolengo para los leprosos, pero como ya existe una obra de ese tipo, es necesario ir despacio por razones obvias... "Hace algunos meses, y durante algún tiempo, creí que ya lo tenía, pero ahora estoy advertido y sólo quedaron algunas huellas. Pero como ayer leí que en Adua se abrirá próximamente un leprosario, mandé un telegrama a Italia cuya copia os envío: "Excelencia Devecchi, Ministro de Educación, Roma: Confiando en la ayuda divina y con la previa y debida aprobación de la Santa Sede, me ofrezco con mi personal religioso masculino y femenino, íntegramente italiano, para el Leprosario de Africa Oriental; nos consideramos afortunados de poder dar la vida sirviendo a Cristo en los hermanos infelices. Telegrafía para obtener prioridad. Le ruego a Su Excelencia me dispense, por caridad, su interés personal. Por favor, nada de publicidad. ¡Dios bendiga a Italia! Saludos. Don Orione <207>. "Ya pueden decirle al querido Don Perduca que se prepare y elijan entre los nuestros y entre las Misioneras de la Caridad, almas del Señor magnánimas, dispuestas para servir a Jesucristo en los leprosos y leprosas y a morir algunos años antes por el amor de Dios y los hermanos leprosos. Deben desearlo y pedirlo por escrito, libremente y con madura reflexión. Yo, mientras tanto, rezaré y me preparo". La sucesión de eventos y obras, y las dificultades de los tratamientos sanitarios paralizaron la iniciativa; sin embargo, siempre permanecerá como una esperanza en el ánimo del Fundador.

Mientras tanto crecen las dificultades en torno a la Congregación en Italia. Los malévolos estrechan el cerco agresivo y el ataque aflige a Don Orione hasta provocarle lágrimas de sangre. En el interín, la señora Queirolo Solari, insigne benefactora que hiciera posible el "Pequeño Cottolengo" genovés de Paverano, enfermó y se agrava semana tras semana; solicita su presencia y él le hace saber que espera volver a la patria...

Su muerte lo entristece profundamente. En una carta a las Hnas., fechada el 5 de octubre de 1936, revela sus sentimientos: "Por cierto resulta una pena inmensa para mí no poder haber estado presente, pero me consuela saber que Don Sterpi, el canónigo, y muchas de vosotras la habéis rodeado de santo afecto cristiano. Que haya sufrido tanto por mi lejanía también constituye un verdadero dolor para mí y se lo ofrezco al Señor como homenaje a esa gran alma, si es que aún necesita homenajes. En el Cielo, donde

espero esté ya, lo comprenderá todo y comprenderá también los motivos por los cuales dejé pasar un mes y luego otro - para no hacerla sufrir más - ocultándole mis tribulaciones; quizás se hubiera muerto antes, de dolor. ¡Que todo sea por el amor de Dios!". E insistiendo sobre el motivo del dolor, agrega en la misma carta: "Cada hoja que cae, cae porque Dios lo quiere o lo permite; y todo lo que Dios quiere y permite es para nuestro bien y para el bien de nuestra Congregación. ¡No debemos perder el ánimo! El Señor, para corregirnos, para hacernos tener la cabeza baja, para hacernos más buenos, para hacernos más parecidos a El, nos arroja sobre las espaldas un fragmento de la Santa Cruz. ¿Qué debemos hacer? ¡Abrazarla! ¡Abrazarla! ¡Abrazar la Santa Cruz! No basta venerarla, incensarla en el altar; es necesario amarla, abrazarla, recibirla: a Jesús se lo ama y sirve en la Cruz, crucificados". Los temas aludidos en la carta son explicados más claramente en una carta al sobrino de la señora Solari Queirolo: "Comprenderá que nunca le hubiera dado a entender a su tía - debía actuar así para no ocasionarle un gran dolor - que no es sólo el Cottolengo Argentino ni el trabajo lo que me mantiene alejado; sólo ahora me atrevo a sugerirle el motivo por el cual no tomo un avión o no regreso de cualquier manera. Querido Señor Pío (Solari), me he arrojado al mar casi como un Jonás, con la esperanza de salvar la pobre barca de mi Congregación, no de las deudas sino de furiosas persecuciones. Ahora podrá entender algo...".

Don Orione esperaba que al partir hacia la Argentina, las hostilidades cesaran; pero no ocurrió así y en 1936, como vimos, la situación se mantenía <208>. Por eso, hacía algún tiempo él mismo, después de haber pedido consejo, le había ordenado a Don Sterpi solicitara a la Sede Apostólica el envío de un representante a la Obra. "No tememos a la Iglesia - decía - como no se teme a la madre que se ama...". El 19 de junio de 1936, Don Sterpi se dirigió a la Sagrada Congregación de Religiosos. Cuando Don Orione se enteró, le escribió: "La última carta tuya es del 19 de junio, en Roma, fiesta del Sagrado Corazón, con el breve informe de la visita a Monseñor Pasetto. Deo gratias, siempre, de cuanto Dios quiere y permite. Estoy muy contento de que el paso se haya dado en la fiesta del Sagrado Corazón". El 10 de julio la Santa Sede nombró Visitador Apostólico al conocido liturgista padre Manuel Caronti, benedictino, abad de San Juan Evangelista, en Parma. Veinte días antes, el 21 de junio, presintiendo este nombramiento, Don Orione había enviado un telegrama que asombró al mismo Padre Caronti, quien testimoniaría luego que no conocía el nombramiento, y a los funcionarios de la Curia Romana. "Abad Caronti, Benedictinos, Parta. Sumamente complacido Vuestra Señoría Visitador Apostólico Pequeña Obra Providencia, me pongo en sus manos con todos mis pobres hijos. Disponga con amplitud. Estaremos felicísimos con cualquier disposición. La Congregación es suya en humildad, amor, obediencia filial y devota. Don Orione". Tres días después escribió a Don Sterpi: "Conocí al abate Caronti en Parma. Por lo que oí de él y por la impresión que recibí, no podríamos tener un visitador mejor. También Don Brizio me habló a menudo de él, como de un religioso sumamente digno, de criterios equitativos y no mezquinos. Es cierto que esta visita es provocada por personas no benévolas, pero sobre nosotros están el Señor y la Virgen Santísima. Lamentaría que el abate Caronti no aceptase. Pensemos que si el Señor dispuso y permitió todo esto, será siempre para nuestro mayor bien". Don Sterpi le comunicó no saber nada sobre la designación del Padre Caronti y Don Orione esperó en paz la confirmación hasta la tarde del 11 de julio, cuando recibió el anuncio telegráfico. El 26 de agosto de 1936, el Padre Caronti inició la visita canónica oficial con una ceremonia simple, muy devota, en el santuario de la Virgen de la Guardia en Tortona, durante un rito de oración; estuvieron presentes las comunidades residentes en la ciudad y los representantes de numerosas casas de la Obra. Inmediatamente Don Orione quiere "alinearse". Resulta conmovedor

la nonagenaria condesa Bianchi de Lavagna. Frente a una multitud de invitados humildes y encumbrados, el Cardenal dijo: "¡Fue Santa Catalina <216> sin duda quien inspiró a Don Orione!". Podría pensarse que, entre tantos maravillosos éxitos, Don Orione se dejara absorber por los nuevos ambientes, por los nuevos climas, hasta llegar a olvidar el nido originario de Tortona. Nada más falso. Seguía vinculado a su Tortona y, en especial, a su San Bernardino, como un niño a su casa. Todo lo que allí pasaba revestía para él una importancia viva, doméstica, punzante; lo que en otros lugares acaso le hubiera pasado casi inadvertido, ocupaba un lugar importante si sucedía en Tortona...

El 29 de agosto de 1938, durante la fiesta de la Virgen de la Guardia en el santuario del barrio de San Bernardino, nos encontramos con un episodio sugerente, o mejor dicho, una palabra reveladora de su amor al terruño. El Obispo, Monseñor Melchiori, había ratificado la orden, impartida el año anterior, de no extender la procesión más allá de la plaza de la Catedral: debía renunciarse a ascender hasta la torre del Castillo. El obispo tenía sus razones para dar esa orden: la procesión nocturna de la Virgen de la Guardia era, por cierto, una enorme manifestación de fe popular, pero la prolongación hasta la medianoche, a la intemperie, de esa inmensa concentración, ofrecía los inevitables inconvenientes del cansancio, la confusión, la dispersión. Por su parte, Don Orione sentía con fuerza el otro aspecto del problema: para él, poco significaba el cansancio y el tiempo cuando se trataba de honrar a la Virgen. Era una tradición de treinta años, que había penetrado en el corazón del pueblo. Aunque sufriendo en lo más profundo de su ser, obedeció prontamente, y sin evidenciar su pesar indujo a los suyos a aceptar la orden de la curia. Entre el 28 y el 29 de agosto de 1938 tuvo lugar la vigila del pueblo, la gran noche de la gracia: ¡Durante toda la noche, hasta el mediodía siguiente, se contabilizaron doce mil comunicaciones! Al día siguiente, después de la última misa, se realizó el ágape fraternal en la Casa matriz de la Pequeña obra, hallándose presentes Monseñor Pascucci, del Vicariato de Roma, el Padre Ignudi, Don Pensa y numerosos colaboradores de la Pequeña Obra. La procesión debía realizarse esa noche, a partir del crepúsculo. Don Orione, que se había prodigado hasta el límite de sus fuerzas desde los días precedentes, sentía ahora todo el cansancio físico y permaneció en oración, tardando en bajar a comer. Con cierto retraso, se reunió con los demás comensales. Las mesas se habían dispuesto en el patio de la Casa matriz, bajo una protección de toldos. Antes de que la comida finalizara, comenzaron a caer unas gruesas gotas y se anunció una lluvia torrencial. Don Orione se levantó de improviso, empujado por una exaltación que los presentes no comprendieron: "¡Domina est! ¡Domina est!...", exclamó, mientras señalaba la estatua de la Virgen. A primera vista, la alegría por la lluvia parecía un contrasentido, pero revelaba una preocupación del Fundador que ahora se empezaba a aquietar: "Le pedí a la Virgen una lluvia de gracias y bendiciones... ¡Y todo esto - agregó, como dirigiéndose al Obispo Monseñor Melchiori, que no estaba presente - para complacer a Vuestra Excelencia!...". Para quienes no conocían el desarrollo de los hechos, el enigma parecía complicarse, pero la cuestión era muy simple: Don Orione, fino conocedor de la psicología popular, temía que la orden de limitar la procesión provocase malhumores, críticas y desilusiones entre la multitud, acostumbrada durante tantos años a aquel gran final nocturno en la cima de la colina, a la luz de las candelas y las estrellas, junto a la alta torre que dominaba y simbolizaba a Tortona... Faltaría, así, la parte más sugestiva quizás para ciertos pliegues del alma popular... El Obispo no había actuado por capricho sino con razones fundadas, y Don orione lo reconocía; personalmente, aceptó la orden de modo humilde y sumiso; pero también sabía que a veces el pueblo tiene ciertas exigencias, ciertas "prepotencias" afectivas, ingenuas, a las que no quiere renunciar: se trataba, precisamente, del pueblo de San

siempre, e interneme o lánceme donde mejor le parezca in Domino, que siempre me sentiré muy feliz in Domino. "Sólo tengo un deseo: amar al Señor y a la Santa Iglesia, las almas, los pobres, los niños pobres, los abandonados, la clase pobre, los obreros, los comunistas. Quisiera morir por estos hermanos míos y ser olvidado por todos, vivir y morir olvidado por todos, a los pies de todos y sólo amar a Jesús, la Santa Iglesia y a todos y perderme en el Señor; yo, indignísimo, que pequé tanto, que fui tan malo con el Señor y la Virgen y que no atesoré los dones del Señor. Ayúdeme, querido Padre Visitador, ¡ayúdeme! Y después quédese siempre con nosotros, con los hijos de la Divina Providencia, que tienen tanta necesidad de usted, necesidad de su ayuda, de su caridad. "Que Vuestra Excelencia sea siempre nuestro Visitador, que no nos abandone; verá qué contento estará el Señor y cuántas gracias hará a V.E. y a Su Comunidad; todos rezaremos por Su Excelencia tanto como no se lo puedo decir. Basta, terminaré. Bendígame junto con estos queridos hijos. Todos besamos sus manos con veneración y gran amor in Domino...".

Y, finalmente, ¡la visita a las Casas del Brasil! Es necesario decir "finalmente", porque la visita estaba programada desde 1935: Don De Paoli y los demás de Río, de San Pablo, lo llamaban a grandes voces. "El 23 del corriente (marzo de 1937) parto desde aquí con el Augustus y pasaré la Pascua contigo - escribe a Don Paoli -; considera este acto como señal de un particular afecto en Jesucristo y de estima... "Avísale a Don Arlotti; cuando llegue, él tendrá sin duda las funciones religiosas y el trabajo de ministerio parroquial; y también tú tendrás tus ocupaciones; no quiero molestar; basta con que envíen una persona al puerto...". 27 de marzo: visita a la Casa de La Gavea y al Obispo de Niteroi; el 28, al Cardenal Arzobispo de Río de Janeiro. Y, de inmediato, una oferta sugestiva que Don Orione no pudo aceptar por falta de personal: una iglesia ubicada en una posición entre las más bellas del mudo, en lo alto de una pequeña península conocida como "de los Navegantes", que asoma sobre el puerto de Río: la "Virgen del Buen Viaje". Don Orione deja allí el corazón y la imaginación...; luego, San Pablo, donde es preciso hacer notar el compromiso heroico de los sacerdotes de la Obra: "En San Pablo - escribe el Fundador a una insigne benefactora de Europa - tengo cuatro sacerdotes en una barrio pobre de veinte mil habitantes, obreros en su mayoría y que no tenía iglesia. Ahora tienen una hermosa iglesia,la única de San Pablo con cúpula, coronada por un hermoso crucifijo, todo de cobre. Ahora ya es parroquia, pero resulta demasiado pequeña. Hemos adquirido dos casas para agrandarla. Mis sacerdotes son pobrísimos y se sacrifican por las almas". En San Pablo se encuentran también las Casas de la madre Michel...; y la madre Michel tiene importancia para Don Orione. después de la visita, él le escribe: "Tuve las más bellas noticias de las Hermanas por parte de las autoridades eclesiásticas...; hablé con las Hermanas reunidas en Rua Itapirú, hoy hablé con las novicias, reunidas en su capilla después de la Santa Misa. Ayer conferencié largo rato con la madre Provincial...; hoy escuché a la Maestra de Novicias. Regresaré a Rua Itapirú y escucharé a las Hermanas, de modo que todas puedan abrir libremente su espíritu en el Señor. Y Nuestro Señor me ayudará: haré con caridad cuanto pueda...". De regreso a la Argentina, Don Orione espera aún que el Abad Caronti venga a visitar la Pequeña Obra al Nuevo Mundo y el epistolario se acrecienta en ese sentido. En realidad, dada la extrema delicadeza y la humildad de su sentir, el Fundador se encuentra con las manos atadas: "... Todavía no sé bien si puedo hacer algo y hasta dónde - o si no puedo hacer nada -. No quisiera realizar actos sin tener autoridad para ello y me alegraría mucho si se me relevara de toda responsabilidad...". Ante consejos de mayor peso, se mantiene también en este admirable desprendimiento de sí mismo. "Con plena adhesión de mente, corazón y obra - escribe el 5 de mayo de 1937 - recibo el consejo, lleno de práctica

sabiduría, que Su Excelencia Reverendísima me da, de suspender nuevas fundaciones. ¡Deo gratias! "Me siento feliz de poder decirle que en su palabra siento, abrazo y adoro la voluntad del Señor, y en gran alegría de espíritu, bendigo al Señor y a Vuestra Excelencia Reverendísima". Con dos semanas de distancia, el 17 de julio (1937): "Ahora que tenemos al Visitador, buenísimo y más que un padre, yo, como es natural, me siento, por deber y por delicadeza, un poco atado".

Hasta el punto que, cuando el mismo Cardenal Copello apoya un proyecto de fundación ofrecido por una pía señora, Don Orione le hace decir: "Cuando la Santa Sede envía un Visitador Apostólico, para ciertas fundaciones que requieren un personal considerable, se necesita el permiso del Visitador, así como también es conveniente que exista un "placet" del Visitador en todo". Mientras tanto se produce como una maduración de la Obra difundida por América Latina. El 22 de abril llegan refuerzos de Italia: un sacerdote, seis clérigos, cuatro hermanas; para junio se prepara, con la aprobación del Visitador, la ordenación de seis clérigos; todo mientras tiene efecto la visita de despedida del Fundador a las distintas casas y se esfuman las esperanzas de que el abad Caronti viaje a América. El 12 de junio escribe a Don Sterpi: "En la próxima semana iré al Chaco y a Itatí; necesitaré unos diez días; son tres días de viaje por río de ida y otro tanto de vuelta. Esperé hasta ahora para saber si venía el Visitador, para poder viajar juntos; pero no recibí carta y ya no tengo tiempo, pues debo hacer otras visitas a Casas y a Obispos: ¡ruit hora! Rogad que el Señor y la Virgen me asistan como hasta aquí". Siete días después: "No pude ir todavía al chaco; suspendí el viaje para no abandonar a un enfermo que murió el 18 (junio de 1937) y al cual difícilmente hubiera podido tener acceso otro sacerdote: recibió todos los sacramentos y murió bien: ¡Deo gratias!" <212>.

<202> Carta de Don orione del 23-1-1937; fasc. Venturelli, "Argentina, Brasil, Chile, Uruguay"; carta de D. De Paoli del 17.6.1937; A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1.IV; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", 1935-36, passim; fasc. Don Orione a D. Dutto, Migliore, passim; "Don Orione y la Virgen", págs. 1836 y s; 1748 y s.

LV - La nueva sede romana Crecimiento y fundaciones en Génova - "¡Domina est!..."

El 16 de enero de 1938 se inauguraba solemnemente en Roma la nueva sede del Instituto S. Felipe Neri, en la calle Appia Nueva, en la parroquia de Todos los Santos. Habían transcurrido treinta años desde que la campanilla de Don Orione resonara por primera vez en la "Nueva Patagonia", del suburbio romano. Resulta fácil regresar con la imaginación a la barraca transformada en capilla, a la imagen de un pobre sacerdote "loco" que reunía a los niños y un poco a todos los pobladores, con caramelos y monedas y que, ya en la capilla, realizaba grandes caramelos y monedas y que, ya en la capilla, realizaba grandes gestos oratorios para atraer la atención de sus prodigiosos oyentes y hablar después de Jesús... Habían pasado treinta años y ahora, 16 de enero de 1938, estaban presentes los pobladores del barrio en racimos colmados, y muchos otros venidos hasta de los Castelli Romani y dos cardenales, Salotti y Boetto, nueve obispos, varios superiores generales, varias docenas de monseñores representantes de Institutos y Congregaciones vaticanas, estudiosos ilustres y pastores, como el Padre Vaccari S.J., Ignudi, Gilla-Gremigni y muchos otros. Entre los laicos, el senador Federzoni, presidente del Senado y la señora Lantini, los senadores Giampietro, Montressor, Cavazzoni, Boggiano Pico, el vice gobernador de Roma, el delegado provincial de enseñanza, el ingeniero León Castelli y muchos otros personajes... La Casa era un edificio grandioso y moderno construido por el ingeniero León Castelli a ritmo acelerado, una casa para todos los hijos del pueblo con habitaciones luminosas. El aula magna tenía capacidad para dos mil personas. Un espléndido mensaje de Pío XI, transmitido por el Cardenal Secretario de Estado, Pacelli, coronó la alegría general; tanto más cuanto que, en el momento de la inauguración, el instituto hospedaba ya, "orioninamente" ochocientos cincuenta niños y muchachos para los cursos escolares. Pronto llegarían a mil doscientos. Para completar, aunque sea de modo sumario, la visión de las obras de mayor trascendencia en el triángulo Milán-Roma-Génova, anotaremos que, en mayo de 1939, se realiza en Génova una reunión de autoridades y amigos porque se abren otras dos secciones en el "Pequeño Cottolengo Genovés"; y el 26 del mismo mes, se realiza la inauguración del santuario de la Virgen de Caravaggio en la aldea de Fumo (Pavia); también en Génova, el 30, se abre la casa para señoras venidas a menos en la villa Durazzo, en Pino de Molassana, sombreada por cedros, encinas y robles seculares. Un bello y digno edificio, adornado con mayólicas finas de Savona, perteneciente al período de Luis XIV, y con valiosas pinturas; una inscripción en mármol recuerda que fue construida por un tal De Negris, en 1668, para "su descanso y el de su esposa". Luego la villa pasó a pertenecer a los Durazzo. Ahora se encuentra habitada por señoras que, después de haber conocido los esplendores de la vida acomodada, encontrarán allí un consuelo a su decadencia. "No hay mayor dolor...", pero el recuerdo del pasado ya no las atormentará en ese marco de antigua y serena belleza. ¡Con qué espíritu Don Orione se preocupó de prepararles un ambiente agradable! El, padre de los pobres, también puede compenetrarse del estado de ánimo de quienes perdieron sus riquezas. De inmediato surge un rasgo orionino: ¿a quién confiaría en especial a estas mujeres venidas a menos? "Tuve la inspiración de dirigirme a las señoras de las más conspicuas familias genovesas...". Así logra una continua afluencia de cuadros, muebles, objetos de adorno, con lo que la "Villa Santa Catalina" se vuelve acogedora, de buen gusto... <215>. El 30 de mayo, día de la inauguración, las flamantes huéspedes hacen los honores de la casa, como en sus buenos tiempos, y con qué finura, capitaneadas por la princesa Petrovich y por la decana,

Pozzoli, págs♦ 641 y s; Zambarbieri, págs. 684, 703 y s; F. Capelli, 29-1; Venturelli, "Don Orione después del regreso de América", 10, I; Del Corno, págs. 104 y s; "La c'e la Provvidenza", publicación especial del Pequeño Cottolengo de Don Orione, Milán 1964.

LIII - Las grandes aguas del Paraná Un sacerdote para treinta mil almas. Despedida

Finalmente se realiza el viaje sobre las enormes aguas del Paraná, en vapor, hacia el Chaco. "Voy a Sáenz Peña, en el Chaco, y luego al santuario de Itatí, frente al paraguay, donde se habla guaraní... Hay en mi ánimo un gran amor y un gran dolor al mismo tiempo, no lo puedo ocultar, pero todo sea por el Señor, las almas y nuestra fe".

Don Orione es siempre el mismo: deja hablar al corazón, no tiene temor de sentirse disminuido. La despedida, que madura en las almas y en las circunstancias, lo entristece enormemente. Ahora tiene, frente a sí, la extensión brillante del Paraná; no parece un río, sino una larga tira de mar que separa dos mundos; pero, cuánta luz, qué bamboleo de resplandores: se transforman en oro, en púrpura, en amatista... A ambos lados, las pampas se esfuman también en una claridad verdosa. Con los ojos llenos de esta maravilla, Don Orione alaba a Dios. Mendigo de Dios, mensajero de Dios hasta los confines de la tierra, las largas horas de navegación constituyen una pausa providencial, un reposo íntimo, el único posible: recogimiento, unión ininterrumpida con el Señor. Pero este tiempo privilegiado asume la impronta típicamente orionina: la dulzura debe expandirse, trasladarse a los otros. Tres cartas admirables surgen de tanta paz, durante los tres días de navegación: sobre la fe, sobre la Virgen, sobre el Papa. Las enviará a la Congregación desde el Santuario de Itatí. El 25 de junio desembarca y se dirige en automóvil a Resistencia, capital del Chaco; saluda al Obispo, pero está con él sólo unos minutos; continúa viaje hacia Sáenz Peña, segunda ciudad del Chaco, a doscientos kilómetros de la capital, y allí visita la parroquia mantenida por Don Contardi: el encuentro conmueve profundamente a ambos religiosos. Desde su llegada en febrero, hasta ahora, Don Contardi hizo milagros: se habla del "renacimiento cristiano" de Sáenz Peña. Refaccionó y amplió la capilla, nuevo altar, bancos nuevos; su sede tiene tres habitaciones; vive en entera pobreza; él, personalmente, inauguró las sábanas el 13 de junio, fiesta de San Antonio... Tiene una población de más de 30.000 almas y grandes núcleos de gente muy lejana y abandonada, colonias de indios; una conocida como "Pampa del Infierno", se encuentra a más de 100 kilómetros de distancia. Hay un estado de cosas que conmueve el sentimiento misionero de Don Orione; frente a una situación como ésa ¡qué no podría hacerse!... ¿Y tú?..., pregunta con afecto de Padre a Don Contardi. Ese simple "tú" cargado de interrogantes, queda suspendido en el aire... El otro lo mira, riendo abiertamente, con seguridad... Yo, Padre, soy... perfectamente feliz. Estos son los grandes momentos de la paternidad espiritual de Don Orione: ofrecer a Dios un "hijo misionero" como aquel, ¡he ahí la gloria más simple y grande! A la mañana siguiente, a las 11, Don Orione deja Sáenz Peña y "a nuestro querido Don Contardi, y al saludarlo, quizás por última vez, sentí en el corazón lo que la lengua no pudo expresar. ¡Pero todo sea por el Señor!".

Desde Sáenz Peña, el Fundador regresa en tren a Resistencia. "Llegamos alrededor de las 17. En la estación me esperaban el Obispo, Monseñor Nicolás de Carlo, hijo de italianos, y con él estaba el sacerdote Don Corti, nativo de Voghera, allí desde hace dos años: es el párroco de Resistencia. "Me llevaron a la casa del Obispo, no puedo decir "palacio episcopal". Su Excelencia me cubrió de gentilezas, como ya lo había hecho en mi fugaz pasaje a Sáenz Peña. Es un Obispo misionero, diligente, todo ardor, un verdadero temperamento del sur de Italia. Quiso acompañarme en un rapidísimo paseo para que viese a esta ciudad que en menos de cincuenta años, desde que surgiera la

primera choza, cuenta ya con más de 50.000 habitantes sólo en el centro. Y cuenta con sólo una iglesia, ni grande ni bella, y tres sacerdotes, incluido el Obispo: tres apóstoles; el Obispo es de un dinamismo propio de San Pablo". El coloquio tiene acentos intensos, especialmente cuando el Obispo insiste en contar por lo menos con un sacerdote que lo ayude: "... al menos uno. Usted sabe cómo estamos aquí: nosotros tres tenemos ochenta y quizás noventa mil almas, y qué almas, con qué disposición, ¡y dónde están ubicadas! Y Don Contardi, más o menos solo, treinta mil almas, más otros muchos miles...". El Obispo habla con la extraordinaria vivacidad que irrumpe de su misma urgencia profunda, devoradora: la preocupación quema en él cualquier retórica, y la verdad surge neta, cortante. En la habitación clara y semi-vacía las palabras adquieren una precisión casi despiadada... Sobre las paredes de revoque blanco un crucifijo ocupa el alma y el espacio. Don Orione siente que el discurso le desciende hasta el alma con una fuerza estrujante: un sacerdote, ¡por lo menos uno! Varias veces, en los últimos meses, recorriendo su itinerario de misión, sintió elevarse ese grito y cómo hubiera querido, cada vez, repartirse, multiplicarse, multiplicar sus propias fatigas y sufrimientos en una presencia personal pluralizada, en una consumación. En realidad, en ese momento, ya no puede decidir ni por sí mismo ni por los otros: sólo puede recibir y transmitir el pedido, el más acuciante de los reclamos, la más generosa de las exigencias. Luego llega a Resistencia un enviado del Obispo de Corrientes, Monseñor Vicentín, que debe acompañarlo. Proseguir, pues, hacia el gran interior. Hace cincuenta años, los campos que ahora atraviesa eran, en su mayor parte, salvajes, pero en 1937 su aspecto ha cambiado: aunque a mucha distancia unas de otras, aparecen pequeñas ciudades blancas, bajas, que le hacen recordar la primer aldea conocida en el Nuevo Mundo, quince años antes, cuando llegara por primera vez: Mar de España. Cuando llega a Corrientes encuentra la acogida afectuosa del Obispo. Monseñor Vicentín es argentino, hijo de friulanos, tiene algo más de cuarenta años y una fuerte contextura física, "muy equilibrado, culto y diligente"; fue párroco y después Vicario General de la arquidiócesis de Santa Fe. Don Orione es acompañado por uno de sus sacerdotes, Don Juan Lorenzetti, quien oficia de "buen secretario". Allí, en el centro de América del Sur, le hacen objeto de cortesías de perfecto estilo, como hubiera podido suceder en Buenos Aires; el Obispo le ofrece una cena de honor, e invita a varios "notables" de la ciudad. Hasta los brindis adquieren, en aquella distancia infinita, un valor único; todos los presentes son conscientes de encontrarse en un mundo en formación, mundo de almas, de conquistas, de construcción de nuevos caminos y nuevos puentes, no sólo geográficos: los caminos del ideal son más valiosos que los terrenales. Este grupo de sacerdotes de Cristo, que eligieron el exilio para servir a Dios y al prójimo, se regocijan y estremecen por la rápida expansión de una civilización que debe llevar, ante todo y sobre todo, a Jesús en su espíritu, en sus actos; pero, ¡cuántas dificultades, desilusiones, traiciones! también aquí, como por cualquier parte, el problema misionero se entrecruza con el de la riqueza, también necesaria para abrir de par en par montañas cerradas y aprisionar aguas rebeldes, para llenar de casas y fábricas los desiertos; pero ¡ay de quien abuse de la riqueza! Son urgentes sacerdotes, sacerdotes... Así, en la frugal mesa del Obispo de Corrientes, los comensales se sienten puntales, pioneros de Dios; es bella la lejanía, querido el exilio cuando se trabaja en primera línea en los confines del mundo. A las cinco de la mañana Don Orione vuelve a partir, y Monseñor Vicentín está en la puerta para despedirlo. Despedida afectuosa, el auto parte rápido, el Obispo saluda, de lejos, al viejo Fundador que no volverá a ver.

Hacia Itatí, el santuario-meta de este viaje fantástico. Los caminos, recientemente abiertos a través de tierras inmensas, no son billares. Golpes y sacudidas: como un largo

que se había colocado la primera piedra del nuevo edificio, pero aún faltaba medio millón para terminar de pagar el terreno, dos días después se decidió a abordar a su marido y le expuso sus propias dudas: "Sabes que, en estos últimos años, fracasaron muchas obras buenas en Milán. No quisiera que ésta tuviera el mismo fin. No lo quisiera por Don Orione y por ser una obra tan necesaria, pero también por ti, porque tu nombre está vinculado a este instituto y un fracaso sería malo también para ti...". Una hora después, bien temprano, Don Orione llamaba a la puerta de la familia Cavazzoni. Dejamos nuevamente la palabra al senador, que nos cuenta así aquel "buen día" extraordinario: " 'He venido para hablar un poco con ustedes de la reunión que debe hacerse dentro de pocos días en la Universidad Católica. Por las razones que conocéis propondría que fuera suspendida y postergada'. Yo tenía una opinión diferente y le respondí que suspender la reunión, frente a las dificultades bien conocidas, significaba un acto de miedo y dar la razón a quienes no la tenían. 'Tenemos el apoyo del cardenal y de muchos amigos. ¿Por qué dejar que los otros digan que debimos suspender la reunión? Dirían, por cierto, que lo hicimos siguiendo órdenes superiores y lo utilizarían para sus fines...'. "Don Orione se puso serio y dijo: 'Oremos al Espíritu Santo para que nos ilumine'; y así diciendo, se arrodilló; nosotros lo imitamos; apoyó la cabeza sobre la mesa, con la cara inclinada hacia el suelo... Nos hizo recitar oraciones y luego se levantó y dijo: 'No, suspendamos la reunión, las obras de caridad deben hacerse con caridad. Y si para defender mis obras debo faltar a la caridad, estaría dispuesto a destruirlas'; y en seguida agregó: 'Soy de mármol con respecto a la fe y a la esperanza, pero me dejo reducir a pedazos para realizar las obras de caridad en caridad'. Luego se volvió paternal, sereno, y agregó: 'Por lo que respecta al medio millón, no os preocupéis. Ya lo tenemos'. Y después de una pausa, dirigiéndose a mi mujer: 'El senador Cavazzoni jamás quedaría mal por Don Orione'. "Mi mujer se sintió enormemente turbada: nos encontrábamos frente a un santo. ¿Quién, si no el señor, le había referido las dudas de ella? Sentimos, una vez más, que con él era dulce trabajar y sufrir. Cuando Don Orione nos dejó, mi mujer pudo desahogar su íntima alegría conmigo, que había quedado tan asombrado y conmovido como ella. Finalmente le dije: 'Querida mía, de ahora en adelante, fíjate en lo que piensas cuando pienses en Don Orione'. "La reunión en la Universidad Católica se realizó un mes después de lo previsto, en enero de 1939; Don Orione habló sobre "La Providencia existe", de un modo inolvidable. El 30 de marzo del mismo año, el terreno estaba definitivamente pagado, las nuevas construcciones se hicieron al poco tiempo y una carta del cardenal Schuster autorizaba a retomar y mantener el nombre de 'Pequeño Cottolengo Milanés'...". Cierto día, muchísima gente concurrió al Pequeño Cottolengo y dejaron sus donaciones a las personas encargadas de recibirlas. La señora Cavazzoni y la señora Rainoldi contaron el dinero y buscaron a Don Orione para comunicarle el brillante éxito obtenido, pero en vano; recorrieron todo el instituto, pero no estaba por ninguna parte. Se había hecho tarde y las dos señoras se disponían a irse, para lo cual atravesaron la pequeña iglesia. En un oscuro ángulo del altar - la pequeña iglesia estaba desierta y oscura - Don Orione oraba arrodillado en el suelo. "No nos vio ni nos escuchó. Oraba con tal abandono... Su actitud quedó grabada en mi espíritu y fue más eficaz que muchas predicaciones escuchadas sobre "cómo se ha de orar". Esperamos bastante tiempo y luego lo hicimos llamar para saludarlo y comunicarle la hermosa noticia de la importante suma que habíamos entregado a la superiora. No se conmovió. Todavía estaba más cerca de Dios que de las realidades materiales. 'Sí, sí, el Señor enviará al Pequeño Cottolengo todo lo necesario, si oramos. Pero es preciso estar con El, confiarse totalmente a El. Entonces, si fuera preciso, realizará milagros. Nosotros solos no conseguiremos nada' " <214>.

<214> Fasc. Cavazzoni, pág. 432; Manente, pág. 659; Moneta, págs. 245 y s; C.

Comenzó a decirse que la obra de Don Orione era inútil en Milán, sobre todo porque ya existía el Instituto de la Sagrada Familia de Cesano Boscone; que una gran ciudad como Milán no necesitaba una congregación extra-diocesana, que, como el instituto era nuevo, absorbía todas las donaciones destinadas a otras obras de la ciudad. "Hasta en la curia la lucha era sumamente dura. El mismo Vicario llegó a decir un día: 'Pronto Don Orione se irá como vino, es decir, con las manos vacías'. "Monseñor Moneta, director de Cesano Boscone, escribió una carta a Don Orione que él respondió con palabras de gran bondad. Evidentemente, sólo el afecto y la autoridad del cardenal Schuster salvaron, en aquellos primeros tiempos, el 'Pequeño Cottolengo milanés'. Nosotros, al corriente de todas las batallas orales y escritas, públicas y privadas que se libraban contra nuestro querido y gran amigo, estábamos indignados y sufríamos mucho. "En el interín se presentó la ocasión de comprar otro terreno que lindaba con Restocco; se necesitaba un millón: ¿dónde encontrarlo? La duquesa Mariana Visconti de Modrone aceptó reunir en su casa a varias personalidades de Milán para hacer conocer la figura y la obra de Don Orione y sus necesidades. La reunión se realizó el 26 de abril, y participaron algunos centenares de personas; Don Orione habló una vez más. Estaba cansadísimo, se llevaba a menudo la mano al corazón y las palabras surgieron débiles y con dificultad, en comparación con las que había pronunciado en el aula magna de la Universidad, que le conquistaron un público tan vasto. Pero los presentes se sintieron fascinados por su hablar llano, simple, traspasado de dulzura y caridad. Quizás un discurso lleno de celo y de calor hubiera causado menos impresión que aquel viejo pálido, endeble, con una voz tan débil que era preciso contener la respiración para escucharla, pero con una luz en los ojos que valía por todas las palabras. "Más tarde nos confesó que, durante el discurso, se había sentido muy mal; y que, con ese malestar, Dios había querido castigar su orgullo, porque se había preparado para pronunciar un hermoso discurso en la casa de los Visconti. En los meses siguientes, mucha gente iba al Cottolengo a buscar a Don Orione y llevarle donaciones, pero se estaba bien lejos de reunir la cifra necesaria para la adquisición del terreno; más aún, parecía que la Providencia imponía gravámenes sobre la naciente institución.

"A pesar de todas las dificultades, el 7 de diciembre de 1938 se colocó la primera piedra de la 'Villa de la Caridad' - como Don Orione gustaba llamar lo que sería luego el Pequeño Cottolengo Milanés -. Estaban presentes numerosas autoridades y muchísima gente... Cuando todos se fueron, esperamos a Don Orione para saludarlo; él, que había acompañado hasta el auto al cardenal, regresó con el rostro triste, y cuando estuvimos solos, nos dijo: 'Debemos suprimir la inscripción 'Pequeño Cottolengo Milanés', que se encuentra en el frente. Su Eminencia me rogó que lo haga así porque ese nombre fastidia a mucha gente'. 'Pero, Don Orione, volvamos a hablar con calma al Cardenal; cambiar el nombre es como arriar una bandera, como sufrir una derrota sin reaccionar. Llevaremos a S.E. todas las pruebas y le demostraremos que esta gente se equivoca. Cesano Boscone nunca se llamó Pequeño Cottolengo, sino Instituto de la Sagrada Familia, y numerosos documentos públicos así lo revelan. Esperemos antes de quitar el nombre, este nombre que queremos tanto y que es ya conocido en todo Milán'. 'No, no, quitad el nombre; los deseos de los obispos son órdenes para mí'. 'Pero, Don Orione, ya he obtenido el aula magna de la Universidad Católica para una reunión general de los amigos, fijada para el día 16, y ahora, ¿cómo haremos?.' 'Yo iré durante la semana a Milán y tomaremos las decisiones oportunas, mientras tanto, oremos'. "Y, antes de su partida, una faja cubrió en la fachada el nombre que tanto amábamos".

La señora Cavazzoni, presente en el coloquio, quedó sumamente turbada. sabía

ataque de epilepsia destinado a durar tres horas; "Fue un viaje muy veloz, lleno de sobresaltos, por un camino de baches y montículos, de modo que para no agravar mi mal de riñones, tuve que mantener rígidos los brazos durante todo el tiempo, bien plantados y firmes sobre el asiento, para salvarme, en una maniobra continua de altos y bajos. Me parecía estar en la Montaña rusa. Finalmente surgió el santuario de Itatí. Se me fueron el cansancio y el dolor de riñones. Todo desapareció. Cuando entré, la iglesia estaba repleta de devotos; me arrodillé en el fondo, en el rincón del publicano, y sentí toda la felicidad de encontrarme en la casa de la Virgen...". Sobre todo, fueron horas de plegaria; Don Orione consideraba a Itatí la avanzada de la gran devoción a la Virgen, uno de los motivos guía de la Congregación; hasta allí había llegado ese amor, reviviendo un santuario que se encuentra entre los más insignes de las tierras centrales de América del Sur. Transcurrieron dos noches, que a Don Orione resultaron singularmente profundas, en el lento aparecer de cándidas constelaciones. Plegarias de despedida, oración de padre que confía a la Virgen a sus hijos demasiado lejanos, desperdigados en aquella vastedad. "Antes de volver a partir para Italia, Don Orione nos saludó, nos dio las buenas noches por última vez. Hablaba con voz baja: 'Parto para Italia, dijo, quizás no nos volvamos a ver'. Qué conmoción, las lágrimas caían por el rostro: era el padre que se iba y todos teníamos la sensación de que sería la última vez que lo veríamos en la tierra. Lo acompañamos hasta el barco que iba hacia Corrientes y que pasa todas las noches. "Había celebrado la Misa con la iglesia cerrada, a medianoche, en el "camarín" donde se conserva la estatua, a los pies de la Virgen, mirándola insistentemente... Una misa particularmente devota, de tres cuartos de hora. Estábamos solamente nosotros. Conservamos el amito: se hallaba íntegramente bañado en sudor. Después fuimos al vapor hacia la una de la madrugada. Había mucha gente en el santuario para despedirlo, pues habíamos avisado; hacía dos años que estábamos allí y la gente nos quería. La fama de Don Orione se había expandido... Viajaba con él el hijo del secretario del ministro de Educación, Cullen, si no me equivoco, quien, en tiempos pasados, firmara su aprobación para la eliminación de la enseñanza religiosa en las escuelas; ahora este muchacho no daba demasiados motivos de consuelo a su padre y a su madre; Don Orione lo había llevado de viaje para influir sobre su conducta futura. El muchacho, que se hallaba en el mismo camarote de Don Orione, contó luego que a la noche se despertó; Don Orione no se había acostado, sino que estaba rezando... "La pequeña embarcación podía cargar un centenar de viajeros; su nombre era "Iguazú", que significa "mucha agua". El río - el alto Paraná - corría majestuoso; el puente estaba descubierto; los camarotes se hallaban debajo. "Esperando que el barco llegase, recuerdo que, habiéndose levantado un fuerte viento, Don Orione se pudo detrás de una embarcación dada vuelta que se hallaba en la orilla... Cuando la nave partió, desde el puente nos hacía señales de saludo, nos bendecía; contestábamos a sus saludos, pero había en todos mucha tristeza. "Así lo vimos partir, sobre las aguas del río, sobre aquel pequeño puente que se alejaba cada vez más rápido, mientras aún no habían sido vencidas las tinieblas de la noche...". En aquel momento, los hijos de la Divina Providencia volvieron a pensar en la súplica nacida del corazón del Fundador cincuenta años antes: "Ante el resplandor de tu rostro vendrán, Madre adorada, las bárbaras tribus y dejarán su arco y su carcaj, su natural fiereza... Oh Virgen, a tus pies veo un pueblo que se abraza y habla un solo lenguaje aunque está formado por seres de índole, costumbres, colores y lenguas diferentes...".

El 29 y el 30 de octubre transcurrieron en plena navegación y Don Orione celebró los días de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo escribiendo a los suyos de Italia una admirable carta- meditación paulina: "En estos días continuaré la última visita a las

Casas; rogad que lleve a todos el espíritu del Señor... "Os mando saludos de todos; no lo decimos, pero ya sentimos la separación inminente. "Hoy es la conmemoración de San Pablo, que anunció el Evangelio no con sabiduría de palabras, para que no fuese inútil la Cruz de Cristo, sino que predicó a Cristo Crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos; pero la locura de Dios es más sabia que los hombres y la impotencia de Dios es más fuerte que todos los hombres. "Que el gran apóstol nos ayude a predicar también a nosotros, especialmente con el ejemplo de una vida humilde y llena de espíritu de caridad, a Cristo y a Cristo Crucificado, y que no sepamos otra cosa que Jesucristo y éste Crucificado. Y difundamos la devoción al Crucificado, demasiado abandonada; y nuestra prédica sea tal como Pablo la quiere, como la quiere la Santa Iglesia no con persuasivas palabras de sabiduría humana, sino con la demostración del Espíritu y la divina fuerza, porque nuestra fe, como dice el Apóstol, no se apoya en la sabiduría de los hombres sino en la fuerza de Dios...". Los últimos quince días de Don Orione en la Argentina marcaron un asalto colectivo de afecto y veneración. La gente asistía a su misa, lo esperaba antes, después, conformándose con intercambiar con él una palabra, con recibir una bendición; lo visitaba a cualquier hora del día, invadía constantemente el locutorio, el atrio, la portería... Millares de personas se acercaban y cada una esperaba durante horas de turno. De noche, cansado y sonriente, extraía conclusiones, según su humildad: Hoy, aquí, tuvo lugar un caso de exaltación colectiva... A las 6,30 del viernes 6 de agosto se hallaba a bordo del "Neptunia", después de haber escapado del asedio del pueblo que se mantuvo hasta una hora después de haber embarcado: estaban presente el Nuncio Apostólico, Monseñor Fietta, quien reemplazara a Monseñor Cortesi; el Obispo Auxiliar de Buenos Aires, Monseñor Devoto; el embajador de Italia, Guariglia; Don Ranicri, inspector salesiano en Buenos Aires; el superior de la "Obra del Cardenal Ferrari", Don Gallone... Muchas personalidades relevantes de la sociedad porteña, muchas personas humildes... Durante algún tiempo el espacio se llenó de esa despedida, de esas manos levantadas, de aquel tremolar de pañuelos, de esos rostros dirigidos hacia Don Orione, el cual, desde el "Neptunia", saludaba a todos con el afecto de que era capaz. La nave zarpó, se deslizó, magnífica, entre las otras, y se alejó: la figura de Don Orione permaneció durante unos minutos como un punto vivo...

A bordo, Don Orione asumió, nuevamente, la tarea que lo había ocupado tres años antes, al viajar hacia América: se convirtió en centro para numerosas almas; no por casualidad debía pasar las tardes y las noches confesando, hasta la medianoche. Esa era para él, la realidad más amada, acompañada de una sugestión muy particular: a la capilla, los ruidos de voces de la nave llegaban amortiguados y dominaba, en cambio, la inquietud del mar y el chapoteo constante de las aguas contra la quilla; a medida que descendía la noche, ascendía el silencio, y lo único que se oía era el eco incesante del Océano. En el pequeño confesionario, ante su magisterio de ministro de Dios, se arremolinaban las almas, se alternaban voces de arrepentimiento y de esperanza... A veces, después de la marcha del último penitente, el sacerdote permanecía en oración, frente al Santísimo: transido de amor y adoración, pocas veces podía "sentir" de manera tan clara, nítida, la "centralidad" de Cristo como ante ese tabernáculo, centro único, divino, silencioso, de aquel amasijo de alegría, dolor, interés, poder, que la enorme nave trasladaba de un continente al otro: Cristo... Hubo, en su apostolado, un momento abierto a todas las miradas. Un futbolista famoso en ambas márgenes del Atlántico, Nicolás Riccardi, paraguayo de origen italiano, viajaba de América a Europa por motivos profesionales. Almorzaba y cenaba con un grupo de jóvenes que charlaban de todo, también de religión; algunos eran enteramente escépticos y Riccardi declaró: - Yo ni siquiera estoy bautizado. Uno de ellos, Liporace, sugirió: - Habla con Don Orione. Riccardi

con algunas menciones ilustrativas sobre la personalidad de la personalidad de Don Orione y sobre sus obras de caridad esparcidas por Italia así como más allá del Océano. "Cuando Don Orione se enteró, se atemorizó y me escribió una carta, en la que me pedía que pronunciara en su lugar el discurso central; me decía que no se sentía seguro y que no sabría hablar en el aula magna de una universidad. Su carta expresaba textualmente: "Le voy a pedir un gran favor. Presiento que no sabré hablar, que no podré decir nada del tema anunciado: sé muy bien qué me sucederá. Estaré presente, sí, y seré puntual, pero hablar es otra cosa, Excelencia. Le ruego que usted pronuncie la verdadera conferencia, para que toda esa gente no se sienta burlada. Le pido una caridad. ¡No se podrá negar!". "Se hicieron las invitaciones, pero en los últimos días surgieron algunas dudas. ¿No había sido demasiado osado elegir el aula magna de la Universidad Católica para un sacerdote casi desconocido en Milán? ¿No hubiera sido mejor conformarse con un local más modesto? "La conferencia estaba anunciada para las 16 del 19 de diciembre de 1937. A las 15 y 40 la sala se hallaba desierta. Estábamos sobre ascuas a pesar de confiar en la Providencia. "Pero el mal augurio no se cumplió. En efecto, de pronto la gente comenzó a llegar y para las 16 el aula magna estaba tan repleta que centenares de personas no encontraron ubicación. "Abrí la reunión hablando de las obras de Don Orione en Italia y en el exterior e, inmediatamente Don Orione, solicitado con insistencia, subió humildemente al estrado y habló. "No hizo ninguna referencia a sus institutos; por el contrario, elevó un himno a la caridad, tan sublime, que tanto los presentes como los que escuchaban por altoparlantes desde afuera se sintieron entusiasmados y todos (¡y cuántos eran!) se fueron con la convicción de que sólo un santo podía hablar de ese modo. "Así comenzó su vida en Milán, oficialmente, el "Pequeño Cottolengo Milanés".

"Luego de ese contacto con millares de personas ya podía pensarse en ampliar la obra. Sin embargo, los primeros proyectos estuvieron dirigidos a mejorar el viejo edificio y a levantar, a medida que llegaban fondos, otros pequeños pabellones para los muy pobres que esperaban hospitalidad. En aquellos tiempos la idea de un edificio único, monumental, hubiera parecido una locura. Las donaciones apenas alcanzaban para la vida de cada día y por cierto, no permitían pensar en ninguna grandiosidad. "Cierto día, por la tarde, fui con mi mujer a ver a Don Orione a Restocco, después de una fatigosa jornada. Lo encontramos muy alegre; como de costumbre nos hizo todo tipo de cumplidos y, con un tono chispeante pero conmovido, nos dijo: 'Debo contaros algo, haceros una confidencia. ¿Sabéis que el Pequeño Cottolengo no será como lo pensamos hasta ahora? No, será una construcción grandiosa, única, moderna, con amplios corredores y galerías luminosas. Habrá allí tanta luz y tanto sol, y todo será tan bello, que los forasteros, antes de abandonar Milán, vendrán a ver el Cottolengo. Y debemos hacer todo según los criterios más avanzados de la ciencia y de la técnica, para que no se diga que la Iglesia y la caridad de Cristo están atrasadas'. "Preguntamos a qué se debía el cambio de dirección y de dónde se obtendrían los fondos. Vaciló y luego, sonriendo, nos respondió: 'Soñé cómo será el 'Pequeño Cottolengo Milanés', y recorrí en sueños amplios pabellones, largos y espaciosos corredores, y pude ver una gran iglesia. La Virgen me hizo ver el Cottolengo: pero, si me lo mostró en sueños, significa que ya no estaré cuando la obra se realice'. "Luego de que el sueño nos fuera revelado con tantos detalles, sobrevino un período de dificultades. Con la reunión realizada el 19 de setiembre de 1937 en la Universidad Católica, el Pequeño Cottolengo había salido del silencio: en Milán la prensa hablaba, nuevos benefactores venían a traer donaciones y a pedir bendiciones a Don Orione. Pero, al crecer en popularidad, aumentaron también las disensiones que, desde el principio, habían acosado a la obra por la cuestión del nombre y que ahora, al ver que el instituto se afirmaba en el campo de la caridad, tomaban nuevos bríos.

Colonna, en Milán. Sucedía en noviembre de 1993. Ahora Don Orione había regresado de América y necesitaba acomodar a esos hijos de Milán en vista de una actividad que prometía mucho; y aquí, el "gesto" orionino: preparar los pabellones para cuatrocientos lechos destinados a los desechos de la humanidad y crear, así, el "Pequeño Cottolengo Milanés". De este modo, el Fundador salía al encuentro de maravillas y dolores sin cuento. Fue una obra de alta alegría y de calvario, apuntalada por las intervenciones del Fundador, quien no pudo eximirse de hablar - y no una sola vez - en el aula magna de la Universidad Católica, en favor de la naciente institución, ante miles de personas, suscitando un indescriptible entusiasmo. Palabras humildes y magistrales que revelaron, a la generosa Milán, la Obra de la Providencia, y, como se dijo, marcaron "el encuentro entre un hombre de Dios y una ciudad-príncipe de la caridad cristiana". Milán se conmovió. Poseemos testimonios preciosos sobre la cuestión: testimonios vastos y particularizados de un ilustre protector y seguidor de Don Orione, el senador Cavazzoni; vale la pena citarlo: "Conocí el 'Pequeño Cottolengo' casualmente, en el invierno de 1935. En esos tiempos estaba muy ocupado en compromisos profesionales, en la vida pública italiana, pero sobre todo, en Ginebra, en la Sociedad de las Naciones; muy raras veces me encontraba en Milán. Sin embargo, un domingo, fui con mi mujer y mis hijos a dar un paseo hasta el Olona, no muy distante de mi casa de la calle Washington, que en agosto de 1943 resultaría completamente destruida por las bombas. "En los prados blanqueaba aún la nieve; el día era sereno. Un campanilleo atrajo nuestra atención. Descubrimos una pequeña iglesia; Jesús nos llamaba, de modo que entramos. Después de rezar advertimos que, junto a la iglesia, se levantaba un pequeño instituto de caridad. ¡Qué pobre era entonces el "Pequeño Cottolengo milanés!"... De inmediato nos impresionó la simplicidad y la serenidad del ambiente. Ningún lujo, sino una absoluta pobreza; ningún artilugio para atraer benefactores sino una enorme fe en la Providencia.

"En esos dos años (1936-1937) conocí a los sacerdotes que se alternaron en la dirección del minúsculo asilo de paz... Después me acerqué a Don Carlos Sterpi que, en ausencia de Don Orione, lo sustituía dignamente. Y de entonces proviene mi enorme admiración por este sacerdote humilde, incansable realizador. Don Orione, el poeta, el arquitecto de los audaces designios, el impulsor; Don Sterpi, el constructor, el fidelísimo e inteligente ejecutor; constructor de obras y forjador de almas. "Estos sacerdotes orioninos, cortados por el mismo molde, hicieron crecer en mí el deseo de conocer a su jefe y fundador... El encuentro tuvo lugar en el verano de 1937, cuando Don Orione regresó del Brasil, una de las veces en que fue a celebrar la santa misa al 'Pequeño Cottolengo milanés'. Recuerdo que la mayor impresión que recibí en ese primer encuentro fue durante la santa misa, cuando, preparándose para dar la Comunión, elevó la santa hostia para el "Ecce Agnus Dei" y levantó sus grandes ojos hacia el cielo. Sensación de santidad. "Algunos días después, Don Orione vino a nuestra casa. Con su característica bondad nos dijo que la Providencia nos había elegido a los dos como sus colaboradores; que hiciéramos por el "Pequeño Cottolengo milanés" cuanto quisiéramos y que actuáramos como su secretaría en Milán, pues tenía mucha necesidad de ayuda y consejo. "El 4 de noviembre de 1937 escuché, junto a un grupo de benefactores y benefactoras, en la pequeña iglesia de Restocco, un discurso dirigido a las internas del instituto; inmediatamente después le rogué que repitiera esas palabras llenas de amor a Dios y de caridad para el prójimo en un ambiente más amplio, para conseguir, además de un bien espiritual, aumentar notablemente la pequeña falange de sus colaboradores. Don Orione aceptó y empezamos a organizar la reunión. "Luego de descartar teatros u otros locales públicos, pensé en el Aula Magna de la Universidad Católica. Le hablé al Padre Gemelli, quien accedió de inmediato. Los periódicos de la ciudad anunciaron el evento

fue y se sintió golpeado por la "verdad" del hombre de Dios. Precisamente de Dios quiso hablar con él y con el capellán de a bordo, Don Ferrucio del Cortile; las conversaciones se internaron en los más profundo. Riccardi se conmovió ante las explicaciones de Don Orione y planteó pregunta tras pregunta, meditó, deseó el bautismo, que se le dio con la máxima solemnidad. Fue padrino el presidente del Senado, Luis Federzoni, y madrina doña Lina Federzoni, y el rito tuvo lugar el 22 de agosto de 1937 en el salón de primera clase transformado en capilla, con la presencia de más de cien personas. El 24 de agosto, a las 7 de la mañana, el "Neptunia" llega al puerto de Nápoles, atraca, los viajeros se miran... tienen la impresión de que entre Río de Janeiro y Nápoles el mundo agotó sus recursos de belleza. ¡Qué grupo compacto recibe a Don Orione, y con qué entusiasmo! Gente de la Obra, amigos, el general Beaud, el ingeniero Marengo, el comendador Grossi, el Obispo Cribellati y los orioninos más importantes, Gatti, Parodi, Rota, Opessi, Sciaccaluga. Una señora que viajó en el "Neptunia" se acerca y dice, aludiendo a Don Orione: "El era nuestro santo...". Don Orione quiere viajar de inmediato a Pompeya y allí celebra la Misa con inmensa gratitud; de inmediato se reúne a su alrededor una enorme masa de peregrinos. ¿Cómo supieron de quién se trataba? ¡La misa de Don Orione constituye una página que permanece en el libro de tantas, tantas vidas! Quienes asistieron a ella no la olvidaron nunca. ¡Todo el grupo, junto con el Fundador, regresa a Nápoles para la fiesta de bienvenida! Luego, Don Orione parte para Roma junto con otros y llegan a las 20 al instituto San Felipe Neri, donde los recibe una... multitud: la gran manifestación sólo se dispersa hacia las 22. A la mañana siguiente, Santa Misa en la capilla de Sette sale; luego, visitas durante todo el día; a las 22,15, Don Orione, acompañado de Don Gatti y de Don Parodi, parte para Parma y se encuentra finalmente con el Abad Caronti. Continúan después hacia Tortona; en Montebello encuentra a 50 sacerdotes suyos, encabezados por Don Sterpi y Monseñor Pablo Albera, reunidos para los ejercicios espirituales. Por la noche, tardía, del 26 de agosto, transitando por Pontecurone, se detiene junto a su hermano Benedicto. Mientras tanto, en Tortona, la gente espera en el santuario de la Virgen. El tiempo pasa, Don Orione se demora con su hermano. Recién entre las nueve y media y las diez, cuando ya la multitud se dispersa y regresa a casa, un automóvil desemboca, lentamente, en la plazoleta, dobla hacia el santuario, entra en el patio... Sacerdotes, clérigos y pueblo acuden: "¡Es Don Orione! ¡Es Don Orione!" <213>.

<213> "Cartas de Don Orione", Vol. II, pág. 449 (27-28- 29.6.1937); Dutto, "Don G. Zanocchi", Avezzano, 1965, págs. 95 y s; A. Bianchi, "Don Orione en Sudamérica", 1.IV; fasc. Garona Garbia, pág. 673; B.R. Iarmennia, págs. 680 y s; L. Federzoni, págs. 612 y s; D. Liporace, "El Soldado de la Caridad", ed. Guadalupe, 1961, passim; "Don Orione y la Virgen", pág. 1750.

LIV - El regreso de Don Orione El "Pequeño Cottolengo Milanés"

Don Orione había traído de América no dinero - como algunos ingenuos creyeron - sino dos realidades: primero, una preciosa experiencia, a nivel intercontinental, de los problemas pastorales y apostólicos más profundos; segundo, un agravamiento de su enfermedad básica, la angina pectoris. El primer elemento venía a insertarse en la preocupación principal que retomó a su regreso a Europa: dar a su Instituto una consistencia de personal y de preparación que hiciera posible su supervivencia después de su muerte. Por eso se veía obligado a acelerar el ritmo y una sed incansable de obras fermentaban en él, como levadura, no obstante la edad y los achaques. Los achaques. Palabra que nos remite al segundo elemento del que hablamos. Conocimos durante años a un Don Orione que sufría del corazón, y estamos habituados a sus dolores afanosos, a sus noches insomnes... En la Argentina, el malestar habíase vuelto mucho más frecuente, pero Don Orione decía a Don Cerasani: "No escribas nada a Europa. ¿Qué escribes a Italia sobre mi enfermedad? Eres un secretario que no guarda los secretos. ¡No te diré nada más...!". Esta exigencia al buen Cerasani de guardar silencio era perentoria: bastante se preocupaban Don Sterpi y los demás por el Fundador, preguntaban de continuo y le mandaban recomendaciones... Lo que necesitaban era paz, por lo menos en esa cuestión, asediados como estaban por miles de problemas. En 1936, en Lanús, durante un curso de ejercicios, los malestares cardíacos le impidieron continuar; enfermó seriamente pero se repuso pronto. A un año de eso, de vuelta en Italia, a menudo los presentes advertían que "cualquier esfuerzo, por mínimo que fuera, lo abatía". Pero se prodigaba plenamente: necesita que se dejase una "referencia" (para su humildad no existían las palabras "ejemplo", "modelo"...), un modo concreto de cómo debía vivirse en la Congregación. El esfuerzo produjo, espontáneamente, un slogan: "Morir de pie". "San Benito - dijo un día Don Orione a sus hijos - murió de pie, en pleno trabajo; es la esperanza más bella...". Era la hora del compromiso decisivo: ¿qué importaba que las fuerzas disminuyeran? Varios estímulos confluían en esa actividad que podríamos llamar "compendiadora": a) la "visita apostólica"; b) la perspectiva de la aprobación pontificia de las constituciones de la Obra; c) las más recientes directivas de la Santa Sede respecto a la formación cultural de los seminaristas seculares y regulares; d) una visión más vasta de las exigencias, incluso intelectuales, que el mundo actual impone al magisterio sagrado, obtenida en su viaje al exterior.

De acuerdo con sus directivas se dispuso - como ya se venía haciendo, por otra parte - que prudentes y hasta estrictos criterios guiasen la selección de los estudiantes destinados a la Universidad Pontificia:

"Como sabes, siempre dije, y era muy natural, que debíamos mandar nuestros mejores clérigos, bajo todos los aspectos, a estudiar a Roma, a la Gregoriana. No importaba que fueran de nacionalidades diversas con tal de que lo merecieran bajo todos los aspectos. "Mi pensamiento no ha cambiado en estos años y desde la lejana América, cuando quería conformarme, pensaba en el querido grupo de clérigos de Sette Sale como aquellos que prepararían para nuestra pequeña Congregación un porvenir grande en el Señor, muchas consolaciones para la Iglesia y el Corazón de Dios...". Esa rigurosa selección era posible porque los cuadros de las fuerzas juveniles de la Obra eran abundantes. El 8 de noviembre de 1938 escribe: "Aquí, en Tortona, tenemos 120 novicios, 170 filósofos, 100 clérigos en tirocinio (práctica apostólica)...". En la Navidad del

mismo año se produjo la ordenación de once sacerdotes de la Pequeña Obra. La Providencia favorecía evidentemente las vocaciones y la Congregación recogía ahora, en abundancia, el fruto de la "pesca milagrosa" de 1927. Esta abundante cosecha comprometía cada vez más al Fundador; sucedía, en cierta forma, también con él, lo que sucede siempre, en un momento dado, con las obras bien pensadas e instituidas: las fuerzas del creador comienzan a declinar, mientras la obra se agranda entre sus manos. Es el momento más difícil y conmovedor: el secreto del Fundador puede y debe alcanzar ahora cimas heroicas, potenciar victoriosamente a las fuerzas terrenales de por sí empobrecidas, con un mayor abandono en Dios y con un más íntegro desprendimiento y sacrificio de sí mismo. Es la hora de la despedida y, por lo tanto, de la más apremiante tentación afectiva: amar más humanamente a la Congregación, la criatura fruto de la propia dedicación, de la propia vida, el fruto de toda una vida, sentirla más como cosa propia... Don Orione conocía bien esta tentación: vivió, más que prodigiosamente, el desprendimiento total y la propia "inutilidad" segundo a segundo, transfiriendo a lo sobrenatural cada detalle de su actividad cotidiana.

Actividad que, para los demás, parecía casi increíble, sobre todo en relación con las condiciones de salud del protagonista. Pues sus hijos lo invitaban, se trasladó, día a día, de una Casa a la otra de la Congregación, presenciando inauguraciones y nacimientos, de obras. Afloraba ahora toda la red de iniciativas que Don Sterpi urdiera durante la ausencia de Don orione y cuyo epílogo había reservado al Padre, con delicado pensamiento. La presencia del Fundador agregaba, en cada caso, un enriquecimiento. Era lo que Don Orione llamaba "colocar jalones": las obras de Milán, Génova y Roma fueron, sin lugar a dudas, las más importantes y en ellas se grabó la impronta del Padre. Estas consistieron en: 1) la ampliación del "Pequeño Cottolengo Milanés"; 2) apertura, en Roma, de la gran Casa dedicada a San felipe Neri; 3) creación, en Génova, de las nuevas secciones para el "Pequeño Cottolengo Genovés" y, como veremos, apertura de otras casas. El 22 de febrero de 1938, Don Orione tomó una decisión de utilidad interna de la Obra, pero que reflejaba un aspecto que no era ni menor ni secundario en su ansia del bien: leyó y entregó a algunos miembros seleccionados el documento con que constituía la modesta pero tan anhelada "Oficina de prensa" de la Congregación.

En Milán había conversado de negocios, en 1932, con una de las enclaustradas insignes de nuestro siglo, Angelina, de la familia de los príncipes Paterno Castello, convertida en la carmelita descalza María de Jesús, y fundadora, directa o indirecta, de las Carmelitas de Milán y de Legnano. Ella pensaba vender la primitiva sede de la fundación milanesa en Restocco, localidad suburbana despoblada, para trasladar la comunidad a Milán. No conocemos mucho de estos encuentros entre Don Orione y la comunidad de Sor María ni cuántas veces los dos grandes se ocuparon de negocios. Si existían en el mundo dos "desprendidos" de los bienes terrenales, eran ellos: doña Angelina se había desvinculado - ¡y con cuántas dificultades, superadas heroicamente! - de un prestigioso mundo de hermosas residencias en Catania, en el castillo de Mirabella, en Roma, en Monza, y se había recluido en el Carmelo mientras su marido, Don Ignacio, entraba con los Barnabitas. De este acontecimiento, producido entre 1925 y 1929, habló toda Italia. En sus primeros días como carmelita, sucedía que a veces Sor María pedía... una silla: - Pero, Sor María, no tenemos sillas... - ¡Oh, qué belleza - exclamaba -, qué belleza extrañar las sillas! Los dos - Don Orione y ella - hablaron, pues de "negocios", de compraventa, de precios, de pagos. Estos dos soberanos de la pobreza voluntaria se pusieron de acuerdo y Don Orione envió rápidamente sus "correos" a la villa del Restocco, mientras las Carmelitas ya se habían trasladado a la calle Marco Antonio

todos salieron, Don Bariani intenta quedarse con el Fundador, pero Don Sterpi le hace señas para que lo siga: - Llama al canónigo (Perduca) y ven con él a verme. Ya en el estudio, les dice: - ¡Atención! No seré yo quien se haga responsable de enviar a San Remo al Director, porque va a morir allá. Tiene los ojos húmedos. Los baja. Los demás callan <222>.

<222> "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 580 y s; fasc. Zambarbieri, págs. 761 y s; fasc. Venturelli, págs. 1044 y s; Sparpaglione, págs. 347 y s; "Don Orione y la Virgen". págs. 1793 y s; fasc. M. Schiro, 11, IV, varios; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", marzo-abril 1940.

Bernardino, vuelto a la fe después de años de alejamiento y blasfemia, y Don Orione sabía muy bien ¡cuánto había costado este retorno! Por eso, aguardó una ayuda del Señor para que se disipara cualquier malentendido y nadie se sintiera defraudado; y he ahí ¡la lluvia!... Esa lluvia visible, que justificaba, aun frente a los más remisos, la renuncia al cuadro final y más seductor... Todo volvía a encauzarse en un orden y un desarrollo "natural". Cuando el amor es verdadero, total, se desborda y permite las libertades más familiares, más filiales de lenguaje, de apóstrofe, de referencia, en fin, de lo que se quiera, y Don Orione, en ese momento, se sentía más que nunca hijo, un hijo exultante pues todo se había arreglado de un modo superior a cualquier esperanza... El Padre Ignudi, como santo hombre que era - entre otras cosas, eminente conocedor de Dante Alighieri - interpretó las palabras de Don Orione y reubicó las interpretaciones de los presentes, con un oportunísimo comentario tomado de la Divina Comedia: "Amor me mueve, que me hace hablar...". Y Don Orione, rápidamente, volviéndose hacia él: "Gracias, Padre, usted me comprende" <217>.

<215> "Quisiera que fuese una casa bella - insistía Don Orione en esos días -, digna habitación de las nobles señoras que vivirán en ella; las grandes huéspedes deben encontrar no sólo un bienestar común sino un verdadero sentido de comodidad, de dignidad, y una elevada y enorme luz de consuelo en todos los aspectos" (de "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", junio de 1939). <215> La gran espiritual genovesa del siglo XV, perteneciente a la insigne familia de los Fieschi. <216> "Don Orione y la Virgen", págs. 1785 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 325 y s; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 568 y s; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", 1937- 38, passim.

LVI - Almas en camino: Lantini y Malcovati

En la primavera de 1938, un llamado telegráfico llegó a Tortona: invitaba a Don Orione a trasladarse a los alrededores de la ciudad de Luca, donde residía un anciano, enfermo de gravedad e inaccesible espiritualmente, cuyos familiares habían concluido: "Aquí hay que llamar a Don Orione".

El enfermo era padre del ministro Ferruccio Lantini, y había sido, a su vez, un hombre conocido y una autoridad. Aunque ahora se encontraba cerca del fin, y no solicitaba sacerdote, cuando le dieron el nombre de Don Orione dijo que si, que era un sacerdote al que estimaba. Don Orione recibió la llamada en un momento difícil: le habían organizado una conferencia en el aula magna de la Universidad del Sagrado Corazón para el día siguiente. Respondió que iría inmediatamente después de hablar allí. Y en efecto, así lo hizo. Cuando subió al automóvil fue recibido por su dueño, hombre de personalidad extraordinaria: alto, poderoso, con una voz "tan grave que parecía un gruñido". Se trataba del alto funcionario público Aquiles Malcovati, hombre conocidísimo en la industria, en la política y en diversos campos; también era célebre por cierta influencia, casi misteriosa, sobre los políticos de la época: le bastaba recomendar una diligencia ministerial para que la misma fuera rápidamente aprobada y resuelta. Este poder oculto había golpeado la imaginación de la gente y se había convertido, de algún modo, en un personaje legendario. Malcovati tenía un rostro de "imperator" y utilizaba tonos perentorios. En ciertos momentos, su fisonomía se endurecía. Ello aumentaba su ascendiente sobre los demás, acrecentado por una falta de prejuicios que lo hacía temible. De joven, durante la guerra, llevaba una camiseta con la siguiente inscripción: "No quiero sacramentos", inscripción clarísima, teniendo en cuenta las circunstancias; aunque se hallara a punto de morir, los compañeros estaban advertidos: "No quiero sacramentos...". Se pusieron en camino: un hombre grande, grueso, poderoso, y el pobre Don Orione, más pequeñito que nunca. En el trayecto, Malcovati le contó: "Los Lantini son grandes amigos míos; Ferruccio es un hombre extraordinario. Quiere mucho a su padre y desea asistirlo de todos los modos posibles. Me pidió el favor de que yo viniera a buscarlo". Don Orione se informó respecto del enfermo: cuántos años tenía, qué había hecho en la vida, en qué estado se encontraba... - Se encuentra mal, muy mal. Es una lástima, porque fue un hombre notable. Ocupó puestos directivos elevados y siempre fue recto y coherente consigo mismo. Religión, nada, pero honestidad, mucha. Por lo menos la religión tal como los sacerdotes la entendéis. Nunca puso los pies en una iglesia. Y lo que no comprendo es por qué ahora los familiares se empeñan en hacerle cambiar de idea en su última hora. ¿Por qué?... Dejémosle morir en paz, es mucho mejor. ¡Yo ya se lo dije! Don Orione guardó silencio y luego dijo: - Bueno, en realidad, no está escrito que ha de morir. Personalmente, pienso que no morirá. Malcovati lo miró, como diciendo ¿qué sabes tú?... y Don Orione continuó: - Mientras exista vida, existe también una posibilidad, de modo que tenemos el derecho y el deber de resolver las cuestiones más importantes. - Hum... - dijo el otro -, si usted confía en convertir al abuelo Lantini, hará un agujero en el agua, se lo aseguro. Lo conozco y está bien anclado. Durante toda su vida rechazó vuestra fe. No la aceptará ahora. Se está muriendo, ya no lo podréis capturar...

El automóvil avanzaba a gran velocidad y las campiñas corrían, rapidísimas, a sus costados. Don Orione pensaba que ese hombre hablaba de anclas y puntos firmes en medio de aquel pasar de imágenes fugaces que simbolizaba la existencia. Esa era la realidad terrenal: una fuga, un tumulto de apariencias que escapan a la carrera; he ahí

Después de algunos días, Don Orione obtuvo el permiso de levantarse. Se sentía mejor. El 20 de febrero celebró Misa junto con sus clérigos a las 5,30 de la mañana. Tomó frío y contrajo una bronquitis, que lo postró durante diez días. Se inició entonces una controversia entre Don Sterpi y los médicos por un lado, y Don Orione, por el otro; en realidad, Don Sterpi era apoyado por toda la Congregación y el objetivo era que Don Orione se cuidase. Don Sterpi hizo que todos rezaran y pidió: "Rueguen también que la Virgen le dé ¡un poco... de juicio!". Una inmensa oleada de afecto rodeaba al Fundador. El 2 de marzo, Don Orione pudo moverse nuevamente, pero el profesor Manai, que lo quería y veneraba, le aconsejó un cambio de clima. El clima de Tortona era frío, húmedo, neblinoso; para un cardíaco, que también sufría de bronquitis, era necesario un descanso en la Riviera. La idea era tan justa, que la aceptaban todos; Don Sterpi encargó a Don Bariani se la propusiera al enfermo, que no aceptó. Don Bariani, convencido de la necesidad de obtener su aprobación, habló del tema con el profesor Manai. - Me enteré - dijo Manai - que ustedes tienen dos Casas en San Remo. ¡Es providencial! Es preciso enviarlo a San Remo para que pase allí algunas semanas de convalecencia. ¿Está bien? - Sí, sí... - fue la respuesta, en tono evasivo. Transcurrió un instante de silencio; luego Don Orione miró al médico y dijo con claridad: - ¡A San Remo, no! Dígame la verdad, es un sacerdote quien les pide que sean explícitos: ¿estoy llegando al fin? Si es así, quiero abandonar esta habitación y morir en la pobreza. Quiero estar entre los pobres... Soy un pobre hijo de la tierra, mi padre era un picapedrero, toda mi familia era pobre; si debo salir de aquí, quiero ir a morir entre los pobres, al instituto de Borgonovo, la Casa más pobre de la Congregación. Quiero morir rodeado de niños que no tienen a nadie, abandonados, en una Casa que vive y practica la pobreza. El sentimiento de Don Orione es claro: San Remo es un lugar de lujo y hasta las casas que ellos poseen allí deben mantenerse bien acondicionadas... No quiere morir "entre palmas y rosas". En efecto, muy raramente visitó aquellos institutos, cuya oportunidad y necesidad no deja de reconocer. El solo nombre de San Remo le produce vértigo. Pero los otros no piensan de igual modo. Cuando llega el Visitador Apostólico, el Abad Caronti, se muestra ansioso en tal sentido e insiste en que el enfermo se deje trasladar a San Remo. Es un duro golpe contra la defensa de Don Orione. ¡Justamente el Visitador se lo ordena!... El doctor Codevilla acostumbra visitar dos veces por día a los enfermos de la enfermería de la Casa matriz; a Don Orione lo visita cada dos o tres días. Don Bariani dice al Fundador: - Hoy el doctor vendrá a visitarlo. A nosotros viene a vernos dos veces por día, en cambio a usted hace dos o tres días que no lo ve. - ¿Ah, sí? - responde Don Orione -. ¿Vendrá el doctor? Bueno, cuando venga, trata de reunir la mayor cantidad de gente: Don Sterpi, el Canónigo, todos los que puedan venir...

Don Bariani se pone en movimiento. Cuando le avisa a Don Sterpi, éste le pregunta: - Pero, ¿qué se propone el Director? - No sé; insistió en que reuniera mucha gente. llega el doctor Codevilla y encuentra la habitación repleta, mientras Don Orione dice alegremente: - ¡Oh cuánta, cuánta gente! Está sentado, y también el médico lo está. Todos los demás permanecen de pie, en semicírculo. - Oh, qué bello es estar todos juntos así... Luego, cambiando súbitamente de tono, clava en el doctor una mirada intensa: - Querido doctor, debo decir una cosa importantísima. Intentan enviarme a San Remo por todos los medios y obedeceré e iré; pero recuerden bien (y en este punto se volvió solemne y levantó la mano, dirigiendo a su alrededor sus extraordinarios ojos, para mirar bien el rostro de los presentes, uno por uno) recuerden que volveré de San Remo, pero en un cajón... Todos permanecen rígidos como estatuas, mientras Don Orione cambia de tono y toma nuevamente un aire jocoso: - Y ¿qué dice usted, doctor? ¿Qué dice? Cambiemos de tema. Y hablan de otras cosas. Don Sterpi calla. Cuando

instrumentos más eficaces, de algún modo le parece estar presentes él mismo en sus hijos, a los pies del Padre santo a toda hora. De inmediato, envía el anuncio a la Casa Matriz y agrega, aludiendo a sí mismo: "Nunc dimittis...".

Al regresar de Génova, la noche del 8 e febrero de 1940, se aferra a la baranda para subir las escaleras que llevan a la dirección; debe detenerse casi en cada escalón y responde con una forzada sonrisa a quienes lo saludan. Se esfuerza por comer algo en la cena, para tranquilizar a los otros. Va a descansar y pasa una mala noche. Hacia las cuatro y media se difunde una voz preocupada: "¡Don Orione está mal!". Se encienden las luces de la Casa Matriz antes del amanecer. La "Crónica" narra: uno de los enfermeros oyó en la habitación un ligero ruido, luego un gemido sofocado; acude y encuentra a Don Orione en el lecho, jadeante, transpirado, presa de un violento ataque. Le prodiga los primeros auxilios y luego corre a avisar a Don Sterpi y a los otros sacerdotes de la casa. Ponen al moribundo, envuelto en las mantas, sobre una poltrona, para facilitarle la respiración; se lo mantiene erguido y se lo ayuda con oxígeno. El rostro, cadavérico, azuloso, la respiración entrecortada. De tanto en tanto, dirige los ojos al cielo, invocando, varias veces: "Jesús, Jesús...". La pequeña habitación de Don Orione se llena de sacerdotes: Don Sterpi, Don Bariani y otros. Mientras todos se mueven ansiosos a su alrededor, llega el doctor Codevilla, médico de la Casa matriz; al ver a Don Orione, prorrumpe en llanto; de inmediato le hace las curaciones necesarias. Los clérigos, inquietos y tristes, son mantenidos en el umbral. Después de un rato, parece volver en sí y murmura: "El Santo Viático". Don Camilo Bruno, párroco de San Miguel, corre a la sacristía y mientras tanto se prepara el cuartito. El enfermo recibe el Santísimo con viva piedad, con conciencia, aunque no puede hablar; advierte todo, reconoce a todos. Unos instantes después pide la Extremaunción, que Don Bruno le administra de inmediato. Mientras tanto los clérigos ingresan lentamente a la capilla y rezan. Finalmente el enfermo mueve la cabeza, que había abandonado sobre el pecho, levanta los ojos, llenos de gratitud. Luego dice: "Estoy mejor", y fatigosamente invita a recitar la Salve Regina y a los sacerdotes a celebrar según su intención. Cuando llega, jadeando, Don Perduca, enfermo de las piernas, Don Orione, al verlo, dice en un susurro: "Pero, ¿por qué habéis venido? ¿Cómo estáis? Cuidaos... Id a reposar". La mañana transcurre en plegarias especiales, en todas las casas de Tortona y de Italia. Don Sterpi, al comprender que el peligro inmediato desapareció, consiente en trasladar a Don Orione a otra habitación, llamada del reloj, pared por medio con la capilla. A la siesta, nueva zozobra, porque la crisis se repite. Llega el profesor Manai, director del hospital de Alejandría, y le practica una sangría; hacia la noche puede decirse que se conjuró el temor de una catástrofe. En los corazones renace la esperanza. Tres días después, Don Orione expresa el deseo de escribir a sus hijos de América. Está sumamente débil: un mínimo esfuerzo sería contraproducente. Insiste: "En la enfermería - dice con un hilo de voz - debe haber una mesita con una ménsula móvil; así podré trabajar desde la cama...". Temen por él y se lo cuentan a Don Sterpi, quien pide le rueguen quedarse tranquilo por unos días. La invitación se pronuncia con palabras de afligida emoción. Una sombra de tristeza vela el rostro de Don Orione; luego los ojos se le encienden; "Díganle a Don Sterpi que renuncio a la salud, a la vida, pero que quiero cumplir con mi deber hasta el final...". Trata de escribir algunas líneas. "No puedo", suspira: la lapicera se le cae de la mano. "Escribe tú", pide al joven Zambarbieri, pasándole el papel. Y le dicta hasta bien entrada la noche una carta de muchas páginas para sus hermanos de las Casas de América. Comienza así: "Os escribo con un pie en la tumba y quisiera que recibáis estas palabras como de uno que está por morir...". Son las últimas disposiciones para aquellas Casas, el testamento espiritual para sus hijos lejanos.

todo. ¿Por qué los hombres rechazaban la posibilidad de encontrar el verdadero, el único punto firme: Dios? Querría haber preguntado: "¿Anclado? ¿A qué cosa? ¿A qué realidades que ahora desfilan delante suyo, eclipsándose con rapidez, una detrás de otra? ¿Qué es lo que queda a un moribundo?". Pero pensó que era mejor no decir nada; se limitó a decir: "Por cierto que no intento imponer mi religión a Lantini". Había que rezar. Inició tácitamente un rosario y ambos permanecieron en silencio, mientras el automóvil recorría la línea costera Génova-Bracco para llegar a Viareggio y desde allí a Luca. Quizás Malcovati murmuraba para sí; Dijo que Lantini no morirá por ahora. ¿Cómo puede decir eso?...".

Llegaron a casa de Lantini y Don Orione fue conducido junto al lecho del enfermo. Estaba exhausto, pero lúcido. - Recuerdo - dijo Don Orione con su tono vivo, lleno de cordialidad - cuando usted dirigía la estación de Génova: ¡cuánta responsabilidad! Me acuerdo bien, ¿sabe? ¿Y sabe quién lo conoció bien, como subalterno suyo? Mi hermano Alberto, que se ha pasado la vida en el ferrocarril... Lantini se reanimó: nada más oportuno que aquel recuerdo, que ese testimonio del momento culminante de su existencia y de su acción. Vivo entre los vivos, ¡qué hermoso aquel tiempo! - ¡Y ahora, mire - suspiró - ...y ahora! - ¡Animo, ánimo!, dijo con seguridad Don Orione - va a mejorar. ¡Tenga fe, mejorará! Con la llegada de Don Orione, había entrado una oleada real, visible también para todos los presentes, de coraje, de vida. Algo casi misterioso. Los familiares se alejaron. El sacerdote se encontró cara a cara con el enfermo y el coloquio duró dos horas. Cuando se abrió la puerta, el ministro Lantini, su mujer, los demás familiares, hallaron transformado al abuelo. Lloraba de consuelo y parecía haber recobrado las fuerzas. Nadie se animó a interrogar a Don Orione, que perfectamente discreto no explicó cómo había transcurrido la conversación. Sin embargo, cuando, de regreso, en el auto conducido por Malcovati éste le preguntó: - ¿Qué sucedió?, - respondió: - Todo anduvo bien. Recibió los sacramentos y desea que yo vuelva. Malcovati aminoró, instintivamente, la velocidad del auto y se dirigió hacia su compañero, mirándolo con ojos desorbitados. - ¿En serio?... - murmuró. - Sí, de veras, Deo gratias. ¡Deo gratias! Y regresaré, ¿sabe? Pero, le pediría que usted me acompañara con el auto. - Favores como éste no se rehusan - dijo Malcovati, mientras en su interior crecía un sentimiento hostil hacia Don Orione. Lo acompañaría todas las veces necesarias pero él no, no se dejaría ganar. Se sentía sólido como una roca. Lantini padre no murió sino que mejoró y fue trasladado a una alegre y sombreada casa de salud en la campiña de Lucca, entre encinas y plátanos, donde permaneció un año. Mientras tanto, había establecido un acuerdo con Don Orione: éste viajaría desde Génova casi todas las mañanas para llevarle el consuelo Malcovati, en señal de la de su visita sacerdotal. Un tercer personaje participó del pacto: Malcovati, en señal de la gran amistad que los unía y a pedido expreso de Don Orione; él sería el conductor.

Viaje a viaje, las horas de auto ya no fueron silenciosas como la primera vez. Hablaron, y mucho. ¿De qué? El principal tema era, por cierto, el de las obras de Don Orione: episodios, proyectos, fundaciones, deudas, dramas de niños o de viejos abandonados y sus preocupaciones interminables, desvelos, gracias... y sobre todo, en cada hecho, en torno de cada figura, un gran aliento de caridad, un amor extraordinariamente diferente de ese del que habla el mundo: un amor áspero, esencial, fuerte, pero a la vez verdadero, ¡verdadero! Lo que el sacerdote decía era increíblemente nuevo y Malcovati, no obstante su conocimiento del mundo jamás hubiera podido imaginar una novela como esa. Sucedía que el pequeño sacerdote, simple hasta la rudeza, era también el príncipe de la dulzura: le removía precisamente a él, el legendario

Malcovati, las experiencias más sutiles y las prudencias y astucias políticas... ¿Qué significaba fundar un instituto sin tener ni una lira en el bolsillo? Una nota surgía de todo aquello: el "carácter" del protagonista, el arrastre poderoso y singular de su carácter. Fue, al comienzo, lo que golpeó con más fuerza a Malcovati: un hombre de fuerza, entreveía en su interlocutor una fuerza más sólida y activa que la suya. Luego, poco a poco, aprendió a discernir en la gran maraña de la narración, un hilo diferente: hilo extraño, desconcertante, que lo dejaba incrédulo pero que, a veces, le apretaba la garganta y le llenaba los ojos de lágrimas... - Virgen querida, hace tantos años que estás aquí y nunca te pedí ni una moneda en alquiler... Era algo que pertenecía a la infancia, a la fábula, a la más fabulosa ingenuidad o, quizás... al "Cielo". Pero, ¿existía el "Cielo", tal como lo describía Don Orione, casi como si lo viera con aquellos ojos suyos tan agudos? A cada instante, en los relatos Don Orione, el cielo asomaba entre las murallas, los pagarés, las toscas sonrisas de los desventurados, la alegría de los niños antes inconsolables, a través de aquel gran sentido de cielo abierto, de salvación, de victoria, de victoria sobre el dolor y el pecado, que animaba toda la leyenda de Don Orione. Pero, ¿era una leyenda?... En realidad, la gran verdad de Don Orione terminó por atrapar al "experto" Malcovati. El auto ascendía sobre el Bracco, punto obligado del trayecto entre Génova y Lucca; a medida que ascendía, un sentido de irresistible amplitud llenaba los pulmones y el alma. En lo alto, la montaña era estupenda; y "Dios habita entre los montes", murmura Don Orione. Cuando llegaron a la cima, Malcovati detuvo el automóvil y dijo, bruscamente: - Yo, ¿lo ve? estoy dispuesto a aceptar la idea de Dios. Y ayudaré, ayudaré a los pobres. pero no quiero confesarme. No quiero someterme de este modo a Roma. Y quedó a la espera, con un temblor del que no se hubiera creído capaz, quedó a la espera... Don Orione respondió: - Usted es un hombre justo y de honor. Recuerde: la caridad es el fruto más puro de la religión. Y concluyó, lentamente: - Usted es caritativo. - Pero... yo no podría confesarme... ¡con ningún otro sacerdote! - Está bien. Arrodíllese aquí, junto a mí y hábleme de usted. Dígame todo lo malo y pida, pida el perdón del Amor... Y lo malo de toda una vida fluyó de verdad, en perfecta humildad, en medio de aquel marco imponente: el mar, los valles, las altas cumbres; dos voces humanas se alternaron en la acusación, el arrepentimiento y la absolución y el "consumado hombre de mundo", Malcovati, lloró largamente, profundamente aliviado. Cuando llegó a Tortona, con Don Orione, recibió a Jesús Eucaristía: desde chico no había vuelto a recibirlo. Conversión verdadera que operó en forma gradual, pero plenamente, en la vida de su protagonista: Malcovati se retiró poco a poco de los negocios y se estableció, en la recogida paz campesina de una pequeña villa entre Florencia y Roma. Había ayudado - y continuó ayudando mientras pudo hacerlo - a la Pequeña Obra de la Divina Providencia; ahora ambicionaba ser un desconocido, un anónimo. Se había convertido, pero se encontraba aún en el mundo cuando murió su viejo amigo Lantini, un año después de su primer encuentro con Don Orione. Un año de fidelidad a los sacramentos y de serenidad creciente: una posibilidad de vida concedida a aquel negador, para que conociese la extraordinaria dulzura del amor <218>.

<218> Fasc. Lantini, págs. 237, 494, 734; Malcovati, págs. 337, 765, 1037; Douglas Hyde, "God`s Bandit - El Bandido de Dios", 1957, págs. 153 y s.

LIX - No a San Remo - Obediencia para San Remo

Viene al caso comentar esta carta: "¡Qué bien hablaba de nuestra hermana muerte corporal Don Orione! ¡Qué bien hablaba, ahora que convivía con él, que crecía en él y lograba, con la gracia de Dios, convertirla en creciente vida del espíritu! Hablaba bien de ella, porque la pre-vivía, la pre-gustaba, quizás... ¿Quién sabe cuántas veces este espíritu gigantesco habrá saboreado el agotamiento extremo de las fuerzas terrenales como un preludio a la obtención plena del Amor?". Hacia fines de noviembre de 1939, Don Orione regresa a su casa tras una semana en Roma; a raíz de un descarrilamiento, debe trasladarse de un tren a otro bajo la lluvia y enferma de pulmonía. En la tarde del 28 de noviembre tiene un ataque muy fuerte, que se prolonga; por un tiempo no viajará a Génova, ni a Milán: sus días fijos, martes y jueves, se suspenden. En Tortona, el mes de diciembre es neblinoso, frío, restrictivo; sería insoportable si no exigiera un sacrificio vivo y agotador; por ello, se vuelve activo y provechoso. Por otra parte, si el Fundador debe suspender las visitas a milaneses y genoveses, tiene al resto de Italia y al mundo del que debe ocuparse más que nunca. En su corazón se encuentran, en particular, Albania e Inglaterra. Allí germinan los vástagos más recientes, en climas ásperos. Valora en su justo término el porvenir de los Balcanes, considera la importancia que Albania podría asumir como punto estratégico espiritualmente. ¡Y valora también la importancia de cualquier foco de irradiación católica en el mundo anglosajón! "Me parece que se debería hacer más propaganda vocacional entre los hijos de italianos e irlandeses: es la gente que persevera con mayor facilidad"; y hablando de América Latina, en una carta a Don Zanocchi: "¡Urge organizar bien cada Casa con pulso firme ¡os lo pido tanto! Entreguémonos, con caritativa dulzura, a la comprensión de los pobres, de los humildes, de los pequeños, pero también demos a la Congregación una organización más decidida, más firme, más formativa, mi querido Don Zanocchi. Debemos bullir de fe y de caridad, y tener sed de martirio e infundir esta sed y este fuego de ardiente amor a Dios y a las almas a todos los miembros de la Congregación. "Apostolado y martirio; martirio y apostolado..., vivir la divina locura de las almas. Debemos ser los borrachos de la caridad y los locos de la cruz de Jesús crucificado; pero fuertes, no flojos". Y el 19 de diciembre de 1939, escribe nuevamente a Don Zanocchi: "Aquí, para Navidad, tendremos dos diáconos, 14 subdiáconos, 7 de las últimas menores; 2 de las primeras menores. Todos están en 4º o 5º año de Teología, y por lo tanto serán sacerdotes para 1940; para 1940 tendremos unos 30 nuevos sacerdotes. ¡Animo! ¡Se necesita más vida, más energías! En Génova, al saludarme, el Nuncio me dijo que el Santo Padre, en la audiencia de despedida, le habló muy bien de nuestra Congregación...". El 19 de diciembre de 1939: "Nosotros también, gracias a Dios, estamos bastante bien; el más enfermo soy, todavía, yo, que no me he recuperado pero puedo hacer algo y viajar a Génova, a Milán, a Roma; estoy en pie y espero la llegada de la buena estación". La última nota tiende, evidentemente, a tranquilizar a las comunidades de América; cuando Don orione estaba allá, desde el Nuevo Mundo, debían llegar a Europa buenas noticias; ahora, era al revés. Lo cierto es que, para Navidad quiso celebrar las tres santas misas, en el santuario y junto a las Hermanas sacramentinas y a horas intercaladas y distanciadas: "Porque - decía - es mi última Navidad". Pero ya en enero reanuda de verdad los viajes a Milán y a Génova; pero vuelve a caer con bronquitis y sigue enfermizo, casi un mes. Por esos días le llega una noticia que lo exalta: los teléfonos vaticanos solicitan personal orionino. Para él significa una gran alegría servir tan de cerca a la Santa Sede en uno de sus

la sociedad moderna. Meditando sobre el cartel de la Casa Matriz, Carlos Castello, de la Universidad de Génova, escribe una hermosa página sobre la caridad orionina, también vivida por él: "Había en él una gran severidad hacia sí mismo, un enorme amor a toda la humanidad; este amor, fruto de la caridad, infinita como el mar y como el mar siempre igual y siempre nueva, le inspiraba, incesantemente, nuevas iniciativas. Las obras de los convalecientes y los retiros breves son las últimas actuaciones: la primera facilita el restablecimiento de la salud de los cuerpos; los segundos, de las almas. Probablemente, se trata de diferentes formas de poner en práctica un solo pensamiento. Sin embargo, nos advertirá que los retiros breves no fueron idea suya: el cardenal Schuster había realizado algunos, cuando tenía menos ocupaciones y como se trataba de una obra buena y santa, realizada para conocer y glorificar mejor a Dios, quería retomarla y continuarla. "No bien la Divina Providencia le concedió una residencia apartada (Villa Solari, en Fegino de Génova), comenzó de inmediato, en noviembre de 1939, predicando con el ejemplo, probablemente para indicar a su Congregación que también era un campo que debía ararse y del que podían extraerse buenos frutos. "Estuvo en esa casa dos días; al principio se había propuesto hacernos guardar silencio, pero al segundo día ya lamentaba que no hubiese un armonio o un piano "para servir a Dios en la alegría". Quería alegría a su alrededor y la difundía, porque permite meditar sobre las cosas con serenidad y tranquilidad; por eso, la noche del 1º de noviembre, en vez de hablar sobre la muerte, como había sido su primera intención, habló sobre la misericordia divina: con el corazón abierto a la esperanza, en la perspectiva de alegrías más bellas y más grandes que las terrenales. A la mañana siguiente podría, también, hablar de la muerte. Conviene recordar las palabras escuchadas entonces. La meditación sobre la muerte, fijada para la primer noche quizás hubieran podido pesar demasiado sobre el espíritu de algunos de los presentes; a la mañana siguiente, cuando el día se bañaba con la nueva luz, habló a personas jóvenes y llenas de vida, de la muerte, con fuerza, como si viera ante sus ojos el ciclo de la vida, de las civilizaciones y de los hombres de todas las épocas, desde los más grandes hasta los más hombres de todas las épocas, desde los más grandes hasta los más humildes. ¡Cómo hablaba del cuerpo que se torna polvo y del alma a la que se concede contemplar al Dios creador, para adorarlo siempre más y mejor! Cosas todas que permanecían en el corazón, con sus palabras sobre la vida moral, sobre el pecado, sobre la justicia y la misericordia de Dios, sobre la Virgen y el Papa. "Pensaba que este retiro sería seguido por otros; a todos los hombres y a todos los jóvenes de las más diversas condiciones, desde profesionales hasta obreros, y estudiantes, ¡a todos, se les debe decir una buena palabra para que ésta germine y produzca obras de bien, con la meditación del bien que la humanidad tanto necesita! "El surgimiento de los retiros breves - descansos para meditar y orientarse - era, en Don Orione, el fruto de una manifestación de caridad muy adecuada a la sociedad moderna, aún absorbida por la vorágine de una existencia sumamente activa..." <221>.

<221> "Don Orione y la Virgen", págs. 1790 y s; "Don Orione", publicación mensual, octubre 1973; fasc. C. Castello, 21, II.

LVII - "¡Doctor, tengo la cabeza dura!..." - El mundo en llamas

El 31 de marzo de 1939, Don Orione se trasladó a Alejandría para visitar los trabajos de construcción de la "Escuela de Artes y oficios", levantada con fondos donados por la señora Ernestina Larrea. Después de la visita, se vio obligado a reunirse con los sobrinos de la difunta, sumamente descontentos. La conversación fue muy dolorosa: más que una discusión fue un enfrentamiento, porque durante casi todo el tiempo habló una sobrina de la difunta, apoyada por los otros parientes, y Don Orione escuchó, sufriendo, con la cabeza inclinada y retorciéndose las manos. La sobrina tendía a arrasar con todo, incluyendo la validez del legado realizado por su tía a la Pequeña Obra porque - decía - un sacerdote de la obra la había engatusado. Después, enfocó las críticas hacia la memoria misma de la tía... Entonces Don Orione levantó la cabeza y fijó en el rostro de su interlocutora dos ojos que eran fuego y llanto, y le reprochó con tristeza: - ¡Usted no tiene derecho de hablar así de su tía! La conocí bien y sé hasta qué punto fueron generosas sus intenciones al dejar a la Pequeña Obra los medios para levantar la Escuela. Las otras voces se acallaron y la conversación terminó. Don Bariani, que lo acompañaba, llevó afuera a Don Orione. Mientras atravesaban en auto la plaza Marconi, vio que Don Orione se llevaba a la boca el pañuelo, echándose con ansiedad sobre el respaldo del asiento. Salta del auto, se dirige a un bar y busca una bebida fuerte y se la lleva a Don Orione, quien la rechaza: - ¡A casa, a casa, a Tortona! Don Bariani insiste en llevarlo al hospital. - Como quieras... Toma la calle Roma, se detiene en una farmacia para hacerle dar una inyección: el farmacéutico sacude la cabeza, juzga que el caso es muy grave y entonces Don Bariani llama a la Cruz Roja. Durante el trayecto ve que Don Orione no se reanima y no sabe cómo contener el llanto. En el hospital el médico de guardia, doctor Siro Mazza, y el profesor Manai, rodean al enfermo: Si se lo hubiese llevado hasta Tortona hubiera muerto en el camino, dicen. mientras tanto, los teléfonos esparcen la noticia. El primero en saberlo es Don Sterpi, que acude de inmediato; también de las otras casas acuden sacerdotes, monjas, párrocos, y el Obispo de Alejandría y amigos. Después de una hora de terribles afanes, que transcurre entre la vida y la muerte, Don Orione dice, con una voz renaciente y con una semisonrisa: - Doctor, soy piamontés, tengo la cabeza dura... Algunas hermanas están angustiadas, y él les dice: - No os preocupéis, aún no llegó la hora. La crisis termina y Don Orione... ¡quiere irse! El doctor Mazza no se lo permite. - Pero, doctor, es un mal pasajero; resuelto, ya puedo retomar el trabajo. - Usted debe hacer reposo y permanecer aquí, en nuestro hospital por unos días. Pocos, pero es necesario. Breve discusión. Don Orione se resigna, se queda, se convierte en un paciente dócil, respetuoso de las órdenes, y también, en el centro del hospital: a su alrededor se arremolinan niños, religiosas, enfermos, almas, almas. Después de seis días, viaja a Tortona en el auto de unos amigos y allí, en la Casa matriz, se lo recibe con una alegría indecible, conmovedora: - ¿Ven que estoy de nuevo aquí? Vuestras plegarias me ayudaron a regresar. ¡Démonos ánimo para trabajar por el Señor! A Don Calabria, que le escribió alegrándose de su mejoría, le contesta: - He resucitado. Y así a miles que lo saludan. "Resucitar", significa trabajar, trabajar, trabajar, pero, en el interín, el grave problema de Alejandría abrió los ojos a todos; una certeza dolorosa domina todos los ánimos: Don Orione está enfermo. Sigue siendo el de siempre. "Siempre recordaremos - escriben los jóvenes de entonces - la ardorosa virtud, el impulso que nos comunicaba en la Casa matriz. Aproximadamente 130 estudiantes de diversos años recordaremos con qué ansia de bien nos hablaba; se acercaba a nosotros a mitad del estudio a ver, a

estimularnos hacia una aplicación siempre más intensa; nos leía las notas, nos contaba cosas hermosas de la Congregación, nos hacía partícipes de sus experiencias en América, que habían ampliado su horizonte del bien..." <219>.

En el mismo mes de mayo de 1939, Don Orione había adquirido en Polonia más de cien hectáreas para iniciar una nueva colonia agrícola. Se trataba de un momento extraño y difícil en la historia del mundo: esperanzas de paz se abrían entre los fantasmas de la guerra y muchos comprendían que, para la civilización occidental, la alternativa era de vida o muerte. La primavera de 1939 presentó grandes sorpresas. El 24 de marzo, Europa despertó con el fragor de los tanques alemanes que ocupaban Checoslovaquia. El golpe - aunque previsto - era serio también para Mussolini, que intuía el peligro de ver a Italia excluida, para siempre, del Oriente Europeo y así, prácticamente, de cualquier influencia sobre el continente. Como respuesta, el fascismo puso en práctica el plan preparado de antemano: entre el 12 y el 13 de abril, ocupó Albania, para obtener una apoyatura válida y poder contrabalancear el poderío nazi, que se expandía hacia los Balcanes. Pero tras esta doble acción de ambos regímenes totalitarios, la excitación se adueñó de las democracias occidentales y las impulsó a un enérgico rearme. Es cierto que algunos - tanto en Inglaterra como en Francia - pensaban que Hitler se conformaría con los triunfos ya obtenidos; pero otros creían lo contrario, conociendo las graves condiciones en que se encontraban las finanzas alemanas. Con respecto a Mussolini, podía suponerse razonablemente, y se suponía, que no pensaba más en la guerra. El presupuesto estaba asegurado para Italia, el prestigio italiano se hallaba garantizado también en el exterior. Es cierto que seguían existiendo, como últimos epígonos del "risorgimento", los problemas de ciertas minorías italianas y, sobre todo, subsistían los problemas mediterráneos: Suez y Gibraltar parecían inconciliables con la existencia de una gran nación, deseosa de un libre pasaje a través de los océanos... Pero, por cierto, no se trataba de problemas urgentes ni tan graves como para provocar una gran guerra. La incógnita con Mussolini no consistía, pues, en dificultades o exigencias intrínsecas del fascismo, sino en el vínculo con Hitler, que éste no daba señales de aflojar; Mussolini, con todo, insistía en confirmar su solidaridad con el Führer. En la dirección del gobierno italiano, la personalidad de Galeazzo Ciano se afirmaba cada vez más; su orientación era opuesta a la de su suegro en cuanto a política internacional: antibelicista, era también antialemán, cuando no directamente pro-occidental. En aquellos meses, Ciano actuó como un freno constante; y cuando el 23 de mayo de 1939 se firmó el "pacto de acero" entre Italia y Alemania (según el cual cada nación debía alinearse de inmediato junto a la otra, si una de las dos entraba en guerra), Italia obtuvo, al menos, el compromiso secreto de evitar la guerra hasta 1943. El reconocimiento de la falta de preparación italiana fue oficialmente sancionado y se delinearon claramente las responsabilidades para el futuro. Sólo que, a pocos meses del "pacto de acero", el nazismo echó sobre el brasero europeo otro problema candente: las minorías alemanas de Dantzig y del corredor polaco debían regresar al seno del Reich y Polonia debía volver a sus límites continentales, étnicos e históricos. En Berlín estaban convencidos de que este golpe también pasaría. Tratándose de una cuestión puramente alemana, basada en elementos de nacionalidad indiscutibles y referentes a una nación que, históricamente, siempre había tenido límites bien definidos, el Führer y von Ribbentrop se negaban a pensar que constituiría la chispa de un incendio pavoroso. Aunque los polacos se negaran a ceder Dantzig la guerra - pensaban los nazis - no superará las fronteras de los dos países interesados y, dada la enorme superioridad alemana sobre el débil adversario, la acción no podía durar más de dos semanas. Una excursión sólo un poco más extensa que el paseo checoslovaco.

Al pensar de esta manera, el Führer subestimaba el compromiso que Inglaterra

distinguir pues llevará un libro en la mano. "Seremos seis o siete, no más, pues la casa y la capilla son verdaderamente pequeñas. "Si vienes desde Lombardía, tienes un tren directo con tercera clase que parte de Milán a las 12,15 y llega a Génova a las 14,35. "Con la esperanza de tenerte conmigo, te saludo con un hasta pronto y pido para tus pasos la protección del Señor. Tu afectísimo en Cristo". Esta carta, que parece tan personal, está dirigida no a uno sino a muchos, a todos... "¡Almas y almas!". Es el germen y la invitación para los retiros breves y quiere ofrecer la posibilidad de algunas jornadas de oración y recogimiento a personas habitualmente atadas a su actividad: profesionales, industriales, empleados... De este modo, Don Orione logra que, a través de los "retiros breves", la buena palabra llegue a muchos descuidados o fatigados, en la hora de descanso: el sábado, el domingo; una tregua en la lucha de todos los días, un poco de verde, ambiente campestre, el cielo, y tiempo suficiente para alzar los ojos y contemplar el cielo. En esa distensión momentánea, la palabra llega, cala en lo más hondo; por otra parte, es la hora propicia, necesaria, como la palabra pronunciada sin estruendo y de manera personal, "ad hominem". Luego, el pensamiento de Don Orione se desovilla, como un hilo de luz que aclara otras pausas de la humanidad. Pausas mucho más importantes que un simple fin de semana: los períodos de reposo, impuestos por las enfermedades y las convalecencias. Es necesario captar estos silencios forzados para llegar hasta el alma. Hace cuatro siglos, un guerrero encarnizado y fatuo se convirtió, durante una convalecencia, en un santo gigantesco. ¡Almas y almas! Hablemos, pues, a las almas durante la inmovilidad del cuerpo, durante la dolencia de la carne. Y así, surge la obra de atención a los convalecientes. Don Orione plantea su extraordinaria contienda de vida o muerte - de la verdadera vida, de la verdadera muerte - en pasillos aireados, con amplios ventanales y encinas o plátanos que susurran cerca. El duelo contra la muerte es superado, el enfermo es, ahora, un victorioso: pero un victorioso débil, atemorizado aún por la sombría aventura de la que se liberó y saborea la victoria, o renacimiento, se empeña en reforzarla; por lo tanto, hablémosle de Dios, al que, en realidad, le debe todo. Ese gran Acreedor, que está por encima de todos los balances y todas las deudas, pagas o impagas. Dios no quiere estar "a mano" con nosotros, sino, por el contrario, desea siempre renovarnos el crédito, un crédito infinito; hablémosle de Aquél a quien se lo debe todo y al que mañana le deberá todavía más, cuando, recuperadas plenamente sus fuerzas, salga de la casa de reposo y retome sus armas cotidianas. En ese instante, podrá elegir entre las armas del mundo y las de Dios: ¿quién sabe si finalmente no empuñará estas últimas?

En el corredor que conduce a la habitación de Don Orione en Tortona, hay un cartel de un valor sorprendente: entreabre las profundidades del alma del Fundador: "Pereunt et imputantur": perecen y se nos pedirá cuenta. Terrible admonición de amor, viviente en la Comunión de los santos y fundamento del compromiso más necesario y noble: la fraternidad humana, la corresponsabilidad humana. "Pereunt et imputantur". En realidad, en este dístico lo que cuenta es el primer término: "pereunt". Basta, para el amor. Aunque no nos fueran imputados, ¿no sería suficiente el hecho de que mueran para conmovernos, inflamarnos, consumirnos? De cualquier modo, el dístico es tremendamente abarcador: vale también para los tibios, habla a los adormilados, pues quienes están por morir "impuntantur". Este reclamo está hecho para conmover, para herir las fibras más laxas y los rincones más perezosos de nuestra naturaleza; nos recorre, nos posee, nos atraviesa por entero. Toque de atención para los olvidadizos, llama a todos a reunión, recluta a todos, es el anticipo de la trompeta final que un día separará a los leales de los traidores. Los "retiros breves" son una de las expresiones más completas de la caridad orionina, una de las formas más delicadas y adecuadas para

Puerta de San Sebastián, cerca de la parroquia de Todos los Santos. Don Orione telegrafía a los suyos: "Gracias por habérmelo dicho; iré de inmediato en tren". A la tarde, en la Puerta de San Sebastián, se desarrolla una escena grandiosa: pueblo y notables de la parroquia, en gran número, se han reunido a la espera de Pío XII; mil doscientos alumnos del San Felipe, gritan su devoción; el Papa se conmueve; el automóvil se detiene, una inmensa ovación rodea al Pontífice. Tratan de tomarle la mano, de besársela; mientras él busca con la mirada a alguien: Don Orione se aproxima y besa el anillo del Pontífice. En ese mes de octubre, la actividad del Fundador resulta sorprendente: las reuniones habituales se alternan en Milán, en Génova, donde la ampliación del Pequeño Cottolengo despierta gran admiración. Una noche, Don Orione regresa de Milán a Tortona, literalmente extenuado. Le llega una llamada de Rapallo, una voz de mujer: - Padre, ¿reconoce mi voz? Soy Sturla... Nos conocimos en Argentina; ahora me encuentro en Rapallo junto a mi hijo... Padre, está enfermo, condenado a morir y pide verlo, pide su bendición. - Señora, lo comprendo muy bien. Quisiera estar allí, junto a su hijo. Pero estoy extenuado. No me atrevo a moverme esta noche. - Padre, ¡si usted supiera lo que es ver morir a un hijo de veintiocho años! - Voy para allá. Estaré con ustedes. Y llega a tiempo para confortar, para bendecir. La vida continúa a ese ritmo. El espíritu crece, mientras la muerte hace su obra en la carne. Y el hombre Orione lo sabe. Siente la debilidad, la falta de respuesta de la sangre a la apelación de la voluntad: en su interior, pide socorro, con delicadeza, al Señor: "Dios mío, dame fuerza". Son palabras secretas, no quiere que otros lo adviertan demasiado; pues lo llenan de premuras, de admoniciones. ¿Qué sucedería si comprendieran verdaderamente en qué estado se encuentra? Quizás lo aprisionarían entre las rejas de su temor. Y él no quiere rejas para el amor. Sólo el Señor sabe cómo está. De modo que si se incrementan ciertas llamadas de la caridad, ¿por qué negarse? Mientras tanto, sigue realizando nuevas obras. Por ejemplo, el domingo 5 de noviembre, una fila de sacerdotes, entre los que se encuentra Don Orione, con ornamentos solemnes, lleva preciosos relicarios de santos y mártires al santuario de la Guardia, en Tortona; el rito conmueve a la multitud, pareciera que, invisibles, las presencias de aquellos humildes gigantes de la santidad aletean en el ábside, envuelven el altar. Es la restauración de un antiguo y sugestivo rito: la fiesta de las reliquias. Los que conocieron de cerca a Don Orione, advirtieron siempre ese elemento "volcánico" de su personalidad, que no sólo se expresaba en la acción sino también en la creatividad: genio creador de ideas apostólicas que llenó un período de cincuenta años, testimonio de un hombre. Por otra parte, se trataba, casi siempre, de ideas que podían y eran traducidas a la realidad. Y bien, esta característica suya continúa vigente. Crece la fiebre creadora, mientras avanza la muerte en el cuerpo.

"Tortona, 9 de noviembre de 1939 "¡Almas! ¡Almas! ¡Amado en el Señor, la gracia de Dios y su paz estén siempre con nosotros! "La Divina Providencia me ha ofrecido, en los alrededores de Génova, en una ubicación tranquila, una humilde casa de campo, que me parece muy adecuada para el recogimiento. "Leemos en el Evangelio que Jesucristo solía reunir cada tanto a sus discípulos en la quietud de la soledad, pues la soledad es apta para hacer conocer la vanidad de todas las cosas y la propia nada y para hacer sentir mejor la voz del Señor, para separarse del mundo y elevarse hacia Dios con la oración. "Yo también quisiera apartarme, por lo menos durante algunos días, de las ocupaciones demasiado externas y recogerme en el silencio y en la paz de esa humilde residencia, para escuchar mejor la voz de Dios y hablar con Cristo de corazón a corazón. "¿Querrías unirte a mí en este retiro breve, del sábado 11 hasta la tarde del lunes 13? "Sería preciso que estuvieras el sábado a las 15 en Génova, en la entrada de la Estación Príncipe, donde te esperaré o donde encontrarás un sacerdote mío que te será fácil

había asumido - con fecha 31 de marzo-6 de abril de 1939 - de asistir militarmente a Polonia si era atacada; compromiso que Inglaterra se aprestaba a ratificar, como efectivamente lo hizo, el 25 de agosto de 1939. Así, en el momento del enfrentamiento germano-polaco, y aun antes de que la guerra se declarase, la posición de varios países estaba ya bien definida: Polonia podía contar, al menos, con la ayuda de Inglaterra, mientras que Alemania estaba al corriente de que su aliado italiano no podría participar en el conflicto. Sin embargo, Italia hubiera combatido de inmediato por los compromisos asumidos por Mussolini, si Alemania le hubiese proporcionado los elementos necesarios. Por otra parte, además del juego de las potencias occidentales, contaba la posición de Rusia. A pesar de que el coloso comunista no estuviera preparado en absoluto para una acción ofensiva, Hitler sabía que no podía actuar contra Polonia, y menos contra Occidente, sin tener las espaldas seguras. Por eso, desde mayo la diplomacia alemana se preocupó por obtener un tratado recíproco de no agresión con Moscú, y las tratativas concluyeron en el "pacto de no agresión" germano-soviético, firmado el 23 de agosto por Ribbentrop, Stalin y Molotov. Por graves que se consideren las responsabilidades de los diferentes protagonistas de la tragedia mundial, es evidente que el acto se cuenta entre los más cargados de consecuencias irremediables: en esas horas de altísima tensión y de pavorosas preocupaciones para todos, si la actitud rusa hubiera sido reservada y no un "vía libre" para los proyectos belicosos del nazismo, quizás se hubiese impedido la guerra mundial. La única explicación del enorme paso en falso dado por Rusia puede ser el siguiente: los tanques alemanes, después de haber recorrido Polonia, penetraron en Rusia, tomando al gigante por sorpresa. Por su propia salvación, y para ganar tiempo, el Kremlin firmó el pacto de no agresión. Los sucesos de los días siguientes son demasiado conocidos. El 23 de agosto, día del pacto germano-soviético, Roosevelt envió un mensaje a Victor Manuel III, pidiendo que Italia ejerciera su enorme influencia para evitar el desencadenamiento de la guerra. El Rey respondió en sentido positivo, declarando haber trasmitido el mensaje a su gobierno y que éste estaba haciendo "todo lo posible para obtener la paz con justicia". Al mismo tiempo, Roosevelt se esforzó por realizar tratativas directas entre Berlín y Varsovia, pero su intento no prosperó. El 24 de agosto, el Sumo Pontífice, Pío XII, pronunció un discurso en Castelgandolfo, invitando a los gobiernos a utilizar la fuerza de la razón y no la de las armas. El 25, como dijimos, Inglaterra ratifica sus compromisos en favor de Polonia. Del mismo modo, Hitler escribe a Mussolini explicándole las razones del pacto con Rusia; se declara preparado para una acción fulminante y que, si Italia se hubiera encontrado en circunstancias similares, hubiera contado con su plena comprensión. A esta carta, Mussolini y Ciano responden que Italia no estará lista para participar en una guerra hasta 1943, pero que podría combatir de inmediato si Alemania le envía los medios para hacerlo. Como consecuencia de la respuesta obtenida de Roma y de la ratificación del compromiso inglés, Hitler decide suspender las acciones, temporariamente. Pero no espera mucho tiempo, porque a fines de agosto y principios de setiembre, los alemanes ocupan parte del territorio polaco, de inmediato, se produce un ultimátum inglés y francés de desocupar las zonas invadidas, respuesta negativa del Führer; el 3 de setiembre, Inglaterra y Francia se declaran en guerra contra Alemania; pero ya el fragor de los tanques alemanes invade las llanuras polacas. El 1º de setiembre, en Roma, se reúne el Consejo de Ministros bajo la presidencia de Mussolini y se propala a toda la nación el anuncio de que Italia no tomará iniciativas de operaciones militares. Las razones de esta posición son múltiples y se basan en los siguientes hechos: 1) La reivindicación alemana tiene una inspiración puramente nacionalista y como tal, se refiere sobre todo a Alemania; 2) conviene localizar el conflicto, lo cual es posible por su carácter; 3) la intervención de Italia provocaría la entrada en guerra de otras naciones <220>.

<219> "La Pequeña Obra de la Divina providencia", abril 1939; "Don Carlo Sterpi", Roma 1961, págs. 580 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 330 y s. <220> "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", 1937, 1938, 1939, passim; fasc. Gemelli, 12.II; fasc. Bidone, págs. 863, 928; "Don carlo Sterpi", Roma, 1961, págs. 664 y s.

LVIII - "Invenciones" del amor - "Pereunt et imputantur"

En aquellos días, la actividad de Don Orione en el santuario de la Guardia en San Bernardino, fue más intensa que nunca. El 29 de agosto, la gran fiesta anual y la procesión se desarrollaron en una atmósfera de angustia, esperanza e imploración. La guerra amenazaba pero no se habían iniciado las primeras escaramuzas; el pueblo rezaba y recordaba. Veinte años antes, el santuario surgía por un ímpetu de gratitud, cuando la nación debilitada invocaba la paz y, realmente, había sonado la hora de la paz. La procesión resultó espléndida, se extendió hasta la catedral, y las plegarias reflejaron la aflicción. ¿Qué sucedía en el ánimo de Don orione? Quizás suponía que era su última fiesta de la Virgen de la Guardia y un profundo sentimiento de despedida le enternecía el alma. Despedida de los suyos, del pueblo que conociera equivocado y blasfemo y que habíase vuelto fiel. ¿En qué valle dejaba esas almas? La guerra amenazaba. ¿Cómo sería la guerra con las armas actuales, con los odios actuales, tan diversos de los anteriores más vastos, omnicomprensivos? Todas las tragedias de la destrucción que él, Don orione, viviera - Messina, Avezzano, la primera guerra - resurgían en su interior con sus imágenes, volviendo más profunda su súplica y más completa su superación en el abandono a la Virgen. Debieron ser horas extraordinariamente complejas las que vivió en medio de sus hijos y del pueblo que amaba en aquella "pascua de los hombres", como llamaba a la extraordinaria concurrencia de hombres y jóvenes a la comunión en la noche entre el 28 y el 29 de agosto. El 1º de setiembre, Italia declaraba su neutralidad mientras los tanques de Hitler recorrían Polonia. Don Orione reunió a sus clérigos polacos el 3 de setiembre en el santuario de la Guardia para implorar la paz. Cuando tomó la palabra, ya entrada la noche, estaba pálido y preocupado: "Se abre - dijo - el telón de una tragedia cuyas dimensiones no podemos prever... ¿Qué será mañana del mundo, de Italia, de la Congregación, de nosotros? Vivimos por la fe y creemos que sobre todos y sobre todo está el señor que guía a los pueblos y conduce a las naciones, especialmente en los períodos más borrascosos de su historia... Opongamos rosarios a los cañones y manos unidas en oración a las que empuñan las mortíferas armas. La plegaria siempre resultó la fuerza de los débiles y la iglesia consiguió con ella sus triunfos. Siempre los pueblos invocaron a la Virgen y Ella siempre acudió... la gente siente que no puede ni debe creer en los hombres sino que toda su confianza debe depositarla en Dios y en la Virgen porque los hombres por sí solos no hacen sino desastres, si no los guía la luz divina...". Después, dirigiéndose directamente a los clérigos polacos que debían partir para Polonia: "En esta hora os amo más que cualquier compatriota vuestro. Mi corazón tiembla por vosotros, mis queridos hijos, en estos terribles momentos, y lloro con vosotros... "He mandado tener vuestra bandera sobre el altar; pasad frente al altar y besadla. Este beso será como un beso de Dios a vuestra patria; que sea la promesa de que cumpliréis con vuestro deber de hijos de la Iglesia y de súbditos fieles de vuestra tierra...".

En aquella hora, Don Orione reza más que nunca. Sus ojos están fijos en el Papa, en la obra que éste desarrolla en favor de la paz: "Nada se pierde con la paz - dijo a las naciones - ...todo puede perderse con la guerra". El 21 de setiembre de 1939, Don Orione obtiene la primera audiencia con Pío XII, el nuevo Papa, que lo llena de consuelo. Luego lo vuelve a ver en una ocasión particular. El 28 de octubre de 1939 recibe el aviso de que en Tortona los alumnos del Pontificio Instituto San Felipe de Roma, saludarán al Santo Padre a su regreso de Castelgandolfo al Vaticano; en el camino, lo encontrarán en la

Indice

LX - El adiós

Pero, a pesar de todo, el viaje está decidido. Don Orione tiene grabado en su corazón el recuerdo de un clérigo de la Obra, prometedor estudiante de Universidades Pontificias, Juan Scoccia que, a los veinte años, ofreció su vida por él: "Estoy convencido de que debería haberme ido al otro lado; pero algún alma debe haber rezado mucho. Ese querido clérigo ofreció su vida por mí. No me había dicho nada... ¡Adelante! ¡Aún queda un poco de camino! Todas estas muertes de personas queridas me indican que debo prepararme... Bendigo a Dios por estos avisos que me envía. Deseo verdaderamente estar preparado todos los días, tanto más cuanto que presiento no estar lejos la hora de la llamada. Y es el Señor quien me va preparando para la gran separación...". En aquellos días, inicia una serie de despedidas, muy "suyas"; el 6 de marzo escapa de la Casa matriz y se hace llevar en automóvil a la Catedral. Allí reza durante largo tiempo sobre la tumba de San Marciano, mártir, primer obispo de Tortona; ruega, agradece, recuerda... Su primera juventud, encendida de celo, rodeada de cientos y cientos de pilluelos... y de favores divinos, y las dificultades, su cuartucho sobre la bóveda de la iglesia y las vigilias frente a Jesús Eucaristía. El recuerdo se hace más íntimo, y el "gracias", se vuelve más tierno, filial, total; es toda una vida que el Señor le concedió para vivirla a su servicio y el de sus hermanos. Sabe que recibió mucho y le parece haber hecho poco: es el balance de un santo, que todo lo dio pero hubiera querido dar inmensamente más. Cuando se levanta del reclinatorio, dice a Don Callegari, el chófer: "Vayamos al Santuario de la Guardia, a saludar a la Virgen...". Al mediodía - es la fiesta grande de Tortona - desciende al refectorio y lo rodea una extraordinaria oleada de afecto de sus hijos. El huésped de honor de la jornada es la Virgen Santa, cuya imagen es colocada delante suyo en el centro de la mesa y los clérigos cantan motetes para honrarla. El 7 de marzo, todo está listo para la partida, pero Don Orione la posterga. Don Bariani se permite una libertad: - Señor Director, usted se burla de nosotros... - No, deseo que antes de partir se ordene mi registro de misas. Confía el encargo al joven Zambarbieri, a quien estima de modo particular. Cuando éste, al día siguiente, le lleva el registro al día, le dice: - ¿Ves? Así pasamos el último día juntos... Pocos minutos antes, mirando su hábito, tan deteriorado y remendado: - Pobre sotana mía, ya no da más, como mi vida. El mismo viernes se despide del obispo Monseñor Melchiori. El mismo Melchiori nos cuenta: "Recuerdo la última vez que vi a Don Orione antes de que partiera, casi a la fuerza, para San Remo. A la mañana siguiente yo debía ordenar, si no recuerdo mal, a once diáconos de su Obra; nunca había habido tantos diáconos en la Congregación. Y ese hombre digno de veneración, antes de partir - aún me conmuevo al recordarlo - quiso ascender las escaleras del palacio episcopal y se fatigaba, y cuando le hice decir que no se tomara ese trabajo, que yo descendería, dijo: 'No, quiero subir yo' ". Luego, con esos actos de humildad que confundían al Obispo pero que en él era expresión de un sentimiento íntimo y la razón de la vida intensa y del impulso que había sabido dar a la Congregación, se arrodilló delante del Obispo y dijo: "Hubiera tenido remordimientos si hubiera partido para San Remo sin venir a agradecerle por la Ordenación'. Y me pidió permiso para que los nuevos diáconos lo acompañaran al día siguiente, a la estación. 'Que me acompañen a la estación mis diáconos' ".

Luego se traslada al San Bernardino junto a los pequeños seminaristas del Seminario de la Guardia, a los clérigos que viven a la sombra del santuario, a las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad y a las Hermanas Sacramentinas ciegas; ¡a todos les cuenta su alegría y su íntima satisfacción por hallarse entre las esperanzas

de la Obra y las almas consagradas a la caridad! Durante la siesta del viernes 8 les dice a los once subdiáconos que serán ordenados al día siguiente por el Obispo: "Cuando sentimos disminuir nuestras fuerzas, cuando la vida se nos va, los ancianos sentimos un gran consuelo contemplándoos a vosotros, a quienes confiamos el Evangelio, la cruz, la estola, el altar, todo...". Después de las plegarias de la noche, en la pequeña capilla, da los últimos "Buenas noches". "Nadie sabe y siente como yo que mi vida - aunque aparentemente sea, por la edad, floreciente aún - pende de un hilo y que todos los momentos pueden ser los últimos. Debo agradecer a Dios y mi agradecimiento puede ser sólo éste: "¡Misericordia Dei quia non sumus consumpti!"... Sólo la misericordia del Señor permite que esté aquí para hablarles. Por lo tanto, me veo delante y cerca de la muerte como nunca la había sentido. "Tratad de amar siempre al Señor, caminad por el sendero del Señor, no deseéis otra cosa que vivir según vuestra vocación, cumpliendo no sólo con la ley de Dios, los mandamientos de Dios, sino también los consejos de la perfección, los votos religiosos que os ligan a la Iglesia y a la Congregación. "¡La primera gran Madre, es María Santísima! "¡La segunda madre, es la Santa Iglesia! "¡La tercera, pequeña pero también gran madre, es nuestra Congregación! "¡No quiero vivir y morir entre palmas sino entre los pobres que son Jesucristo!"

Al alba del sábado 9 de marzo, Don Orione celebra misa, distribuye la Comunión; no puede sostenerse, debe apoyarse en el altar con la mano izquierda que sostiene el copón, mientras los presentes van pasando uno tras otro. Luego se dirige a Don Gatti y le ruega que lo escuche: "¡Deseo confesarme, una confesión "ad mortem"! Se dirige nuevamente a la habitación; cuando sale, confía la llave al encargado. Hace llamar al clérigo Costamagna, a quien se le da todos los días una cierta suma para los gastos cotidianos de la comunidad. Se la da y le dice que en el futuro se la darán otros... El dinero - luego controlado - habrá de alcanzar exactamente hasta el 13 de marzo. En el corredor aguardan dos filas de sacerdotes y clérigos; les sonríe y apresura el paso, visiblemente emocionado. Sube al auto con el ingeniero Marengo, con el joven Zambarbieri, siempre fiel, y con Modesto, el clérigo enfermero que lo acompañará a San Remo y lo asistirá. Luego el tren, la soledad. Modesto permanece junto a él. Don Sterpi pidió a Don Bariani que lo acompañara también él, pero Don Orione, al verlo preparado para partir, le dijo: - No, gracias; no es necesario que me acompañes, tienes mucho que hacer acá, puedes ser tan útil, quédate, quédate... Don Bariani obedece, pero, mientras el tren transporta al Fundador hacia San Remo, se produce el siguiente diálogo entre Don Sterpi y Don Bariani, en la Casa matriz: - Cómo... ¿estás aquí? - Sí, el señor Director me dijo que no debía ir con él, me aconsejó quedarme. Don Sterpi se muestra muy firme: - El Director te necesita, te ruego que abordes de inmediato un automóvil y te reúnas con él en San Remo. Nunca te alejes de él.

Villa Santa Clotilde. San Remo. El aire de Tortona tiene el color del plomo en comparación con el de San Remo, pura luz; el pensionado se encuentra entre palmares; puede sentirse, muy cerca, la respiración del mar. La primera visita de Don Orione es para la capilla, luego quiere ver la sacristía y allí descubre un retrato suyo colgado de la pared; se le oscurece el rostro y dice a Modesto: - Saca eso de ahí... Modesto vuelve el retrato hacia la pared. La habitación es la que Don Sterpi le destinó, en disposiciones realizadas días atrás; es suficientemente amplia y hermosa. Por un desperfecto, la luz no funciona y solamente una lamparilla de noche arde sobre la chimenea, frente a la Inmaculada. Mientras tanto, llega Don Bariani y lo ayuda a instalarse. - ¿Qué te parece esta habitación? - le pregunta Don Orione, y continúa: - A mí me parece una capilla ardiente... Es distinto de lo que hubiera deseado, humilde, olvidada... Se detiene en la

deseo tan vehemente de encontrar a su Amado y de reunirse con él que toda dilación, por mínima que sea, se le vuelve demasiado larga, grave y molesta. Siempre cree encontrar al Amado; y cuando su esperanza se siente defraudada (lo que sucede casi a cada momento), se consume en su propio deseo, según la afirmación del Salmista que dice: Mi alma se consume por el deseo de la morada del Señor". ¿Se ha completado el retrato? No lo sabemos; quizás podríamos proseguir escalando los peldaños difíciles de los dones infusos y de los favores místicos... Pero, tal cual está ahora, este retrato logra mostrarnos, al menos en mínima parte, el secreto de Don Orione, en las líneas características de su espiritualidad. "Su visión del pobre como elemento de una clase social en movimiento, que ha de ser árbitro de la vida mundial y de tanta proyección aún en la misma Iglesia; el valor de su profunda visión eclesial, sólidamente fundada en el Obispo de Roma y en el colegio episcopal en comunión con él; el tipo de vida espiritual que - en base a sus fines apostólicos - modelaba en sus hijos espirituales y en sus mismos alumnos y amigos..." <234>. "No es difícil descubrir un fuerte vínculo entre acción y contemplación: el pobre, al que servimos, nos revela la presencia de Cristo, la sencillez de vida, despojada hasta de las formas 'artísticas' de la existencia religiosa, nos hace penetrar mejor en la casita de Nazareth, el trabajo manual nos aproxima a los treinta años de vida oculta de Cristo, el curar los sufrimientos del cuerpo místico introduce en el misterio de la Cruz y explica esa típica devoción de Don Orione por el crucificado. Todo ello es más práctico que teórico. Pero, paradójicamente, si Don Orione hubiera desarrollado más el aspecto especulativo de su interioridad y evidenciando mejor las líneas directrices de su devoción, habría resultado menos original y menos parecido a sí mismo, perdería la simplicidad que constituye una de sus características" <235>. Si, finalmente, quisiéramos hallar la componente típica de la espiritualidad de Don Orione, podríamos encontrarla - y no sólo por un hecho casual, sino con toda intención - en el amor a lo que nos atreveríamos a definir como un "clima de pioneros", en la fundación, clima que logra mantenerse aún después de concluida la misma. Y "... si quisiéramos, en el espíritu del Concilio y en particular reflexionando sobre la bellísima descripción de los ejemplos de Cristo que nos ofrece la Lumen Gentium en el n. 46, preguntarnos cuál de las actitudes del Redentor buscó comentar Don Orione con su vida, nos gustaría poder decir, si la observación no resulta un poco audaz, que este modelo puede encontrarse en un Cristo "arremangado" (trabajando)" <236>. ¿No es eso lo que caracteriza "aquel deseo tan vehemente de alcanzar al Amado" y de "consumirse en su deseo", que nos describe, evocando las palabras del Salmista, San Juan de la Cruz? Luis Orione "se consume por el deseo de la morada del Señor".

<228> Noche oscura, II, cap. XIX, I. <229> En Espiritualidad orionina, Roma, 1947, pág. 11. <230> I. Terzi, op. cit., pág. 5. <231> I. Terzi, op. cit., pág. 41. <232> Noche oscura, II, cap. XIX, I. <233> Noche oscura, idem. <234> I. Terzi, op. cit., pág. 5. <235> Idem, pág. 6. <236> Idem, págs. 43-44.

nosotros os unís a los más pobres y míseros siervos de Dios; deberéis renunciar a todos los intereses terrenales, a todas las comodidades para abjurar a perpetuidad de vuestra voluntad. Aquí no tenéis nada que esperar sino fatigas y padecimientos por amor a Jesús Crucificado, buscando sólo el amor en Jesús y en Jesús las almas, pues, si buscarais otra cosa, traicionaríais el espíritu de nuestra profesión" <231>. Descubre este universo del dolor, a la luz de la gracia, que invade, precisamente, el espacio de alma que Don Orione desembarazó de las presencias del mundo. "Pero - escribe San Juan de la Cruz - desde este grado se comienza inmediatamente a ascender al segundo. Y el segundo hace que el alma busque a Dios incesantemente siguiendo el consejo de David: Buscad siempre el rostro del Señor; y buscándolo en todas las cosas, no os detengáis en ninguna, hasta que no lo hayáis encontrado. Así hizo la esposa que, después de haber preguntado a los guardias por el Esposo, inmediatamente los dejó y siguió adelante. Y así hizo María Magdalena, que no se detuvo ni siquiera en los ángeles del sepulcro. En este grado, el alma se muestra tan solícita que en todas las cosas busca al Amado; en cuanto piensa, corre de inmediato con el pensamiento al Amado; en todo lo que dice, en todas las cosas que le suceden, inmediatamente habla y trata del Amado..." <232>. Y bien, Orione ha "descubierto" el dolor humano en la luz de Cristo. Este descubrimiento lo invita a amar cada vez más al Cristo salvador y consolador y a todos los crucificados como él y con él. Donde más crece la insensibilidad respecto de las cosas humanas y se hace más intensa la búsqueda de Dios en sus infinitas perfecciones y en las innumerables llagas de la humanidad. Orione es, al mismo tiempo, un contemplativo y un caritativo en la realidad; por lo tanto, en él, este segundo grado de amor prepara y potencia un compromiso superior de oración y de apostolado concreto que estallará muy pronto en el tercer grado, el amor "operativo". "El tercer grado es el que impulsa al alma a actuar y le infunde calor para no decaer. De este grado nos dice el Rey Profeta: Bendito el hombre que teme al Señor, que se desvive por actuar de modo de cumplir con sus santos mandamientos. Porque si el temor, que nace del amor, le infunde ese deseo tan ardiente ¿qué no le infundirá el amor mismo?".

A pocas personas pueden aplicarse estas afirmaciones del "Doctor místico" tan bien como a Luis Orione. A quien ya a los dieciocho años vemos recogiendo, entre ironías y murmuraciones de los canónigos, y a costa de privaciones indecibles, ese anónimo ramillete de muchachos que crece, más y más, hasta ser una turba inmensa... ¡Qué espléndida cosecha de hijos-de-nadie, hijos de muertos, de míseros, de monstruos... hijos, hijos de una sociedad rebelde, vulnerada, privada de paz, olvidadiza, cínica, incapaz de amar el don divino de un niño! En las más diversas zonas de Italia y luego de ultramar, bajo los escombros, como en Messina, entre la nieve como en Avezzano, estaba Luis Orione, inclinado sobre los pequeños herederos del pecado y del llanto de los demás; ¡y cuánto amor encerraba ese gesto de un fundador perdidamente pobre y paternal! Son treinta años dedicados a la salvación de los pequeños, en Cristo, por Cristo y con Cristo. Y, sin embargo, el "amor operativo" no tiene límites. "El cuarto grado es aquel en el que se produce en el alma un sufrimiento cotidiano por causa del Amado, que no se agota jamás. Porque el amor vuelve fácil y casi inexistentes incluso las cosas más grandes y pesadas" <233>. El retrato se enriquece. Don Orione ha amado profundamente el dolor en Cristo y por Cristo. También se tomó el tiempo de suscitarlo en su cuerpo y en su alma con frecuentes actos de renunciamiento o de búsqueda directa; envuelto sin descanso en una torrente de actividades, de preocupaciones, paredes que levantar o apuntalar, dudas, humillaciones... Y bien: ¡vive Dios! Precisamente es lo que Luis Orione acepta, anhela, busca; él, consolador de las heridas de los otros. Pero he aquí la contraseña de lo que San Juan llama el quinto grado del amor; "Aquí, el alma siente un

puerta. - ¿Yo aquí? Escucha Bariani, vámonos, vámonos a casa, no me siento a gusto, no puedo quedarme aquí; hazme esta caridad, mira el horario de los trenes. Don Bariani hace lo que puede para convencerlo de que debe reposar aunque sea algunas horas; desde ese instante ya no volverá a insistir, obedeciendo en todo a Don Bariani como un niño. Al amanecer está sereno y transcurre la jornada con el rostro satisfecho, incluso alegre. Por la mañana Don Bariani regresa y le cuenta: Fui a celebrar misa a lo de las Hermanas Carmelitas y metí la pata. Olí un poco de tabaco, que es mi vicio, y manché un poco el amito antes de vestirlo. Debías haber escuchado a la priora, ¡qué sermón me dio!... Don Orione lanza una carcajada, y cada vez que escucha las campanas vecinas que suenan para llamar a las Carmelitas al coro, dice a Don Bariani: - ¿Oyes? ¡Las Hermanas te llaman!... Cuando la priora viene a visitarlo, dice a Don Bariani: - ¿Sabes quién vino a verme? La superiora. ¡Todavía está enojada con la mancha de tabaco! Y de nuevo ríe con ganas. Ahora que se instaló, transcurre largas horas en la pequeña mesa despachando correspondencia. Algunas cartas son importantes. A sus hijos de América Latina les escribe; "Con el barco 'Oceanía', os mando, el 28 de marzo, algunos sacerdotes y cuatro clérigos con estudios realizados en la Gregoriana - dos de ellos son doctores en teología y filosofía - para que enseñen a vuestros clérigos y también a las hermanas... Os envío buen personal en todos los aspectos; mientras escribo, están recibiendo la ordenación un subdiácono, 12 diáconos que serán sacerdotes en San Pedro y dos sacerdotes: una parte en Roma, los "gregorianos", y otra parte aquí. Deo gratias! Estoy mejor de salud, gracias a Dios. Continúen rezando...". Se interesa particularmente en esta expedición de misioneros. Las cartas que escribe se acumulan, rápidas, a pesar de la extensión de algunas. Cada tanto, Modesto ve que interrumpe, alza los ojos al cielo y murmura: "Jesús, Jesús...". Permanece absorto, en oración. Luego retoma la pluma. Modesto y Don Bariani "sienten" que en Don Orione la unión con Dios es continua. Cuando advierte su presencia, les dice: "no nos olvidemos de Dios. Debemos amar al Señor". Sin que lo quiera, o sin que se dé cuenta, la verdad íntima aflora en cualquier ocasión, por mínima que sea. Hay en él un fervor humilde, constante, que lo colma y transporta. Una noche, Modesto permaneció de pie al comenzar a rezar el rosario, para que el Padre no necesitara arrodillarse, cosa que lo cansaría. Pero Don Orione se arrodilló de cualquier modo y hubo que seguir su ejemplo. La concentración en la correspondencia no le impedía cumplir con los ejemplos y los horarios de la comunidad, en la capilla y en la casa <223>.

<223> Sparpaglione, "Don Orione", págs. 336 y s; fasc. Zambarbieri, n. 2, págs. 764 y s; Venturelli, 10, I; M. Schiro, 11, IV; E. Bariani, 17, 1, págs. 1065 y s; C. Bairardi, págs. 94 y s; A. Perduca, págs. 64 y s.

LXI - "Morir de pie"

Mientras Don Orione se preparaba para trasladarse de Tortona a San Remo, en un lugar lejano, en San Giovanni Rotondo, provincia de Foggia, tenía efecto un breve diálogo entre el Padre Pío y el sacerdote romano Don Umberto Terenzi, párroco del Divino Amor y fundador de la Congregación de las Hermanas Oblatas del Divino Amor. Hablaban de temas diversos, cuando de pronto el Padre Pío exclamó: - ¿Sabes que Don Orione está mal? - Pero no, Padre: estuvo muy mal a principios de febrero; llegaron a darle la Extremaunción, pero ahora está curado y hasta celebró misa después de los ataques al corazón. - Sí, lo sé; entonces me lo escribieron desde Génova. Pero ahora te digo que está mal; dicen que está bien, así lo creen, pero está mal. Don Terenzi se sintió impactado. Conocía a Don Orione y lo veneraba; por otra parte, el tono del Padre Pío no podía dejar lugar a dudas. En su interior, Don Terenzi se preguntaba: "¿Qué pudo saber el Padre Pío y cómo? El Padre Pío y Don Orione no se conocían personalmente; sin embargo, Don Orione había dicho a Don Terenzi: - Nunca lo vi y el hecho de que nunca nos hayamos encontrado me sirvió para lograr que las Autoridades eclesiásticas superiores le restituyeran el libre ejercicio del ministerio sacerdotal - confesión, prédica, misa en público - que le estuvo vedado durante diez años por una resolución del Santo Oficio. Por su parte, el Padre Pío había hablado varias veces a Terenzi de Don Orione como de una persona conocida;y Terenzi comenta: "Sólo Dios puede saber de qué naturaleza era el conocimiento entre ellos" <224>. Ahora el Padre Pío hablaba claro y Don Terenzi tuvo la impresión de que quería preanunciarle la muerte de Don Orione. Por ello, decidió trasladarse a San Remo lo antes posible y llegó a Génova el 11 de marzo de 1940; celebró misa en el "Pequeño Cottolengo", averiguó dónde se hospedaba Don Orione y a las 11,20 volvió a partir. A las 14,30 se encontraba, en San Remo, en la Villa Santa Clotilde. Don Orione descansaba y, mientras esperaba, Don Terenzi encontró a una vieja conocida suya, la señorita Ana María Golstavob, que habitaba allí. "Las Hermanas - le confió - aprovechan estos breves descansos de Don Orione para remendarle la sotana pero, en realidad, ¡no saben por dónde empezar! Cuando Don Orione llegó, festivo y cordial, confirmó, sin saberlo, esa minúscula noticia: - Perdóneme si lo hice esperar, pero me estaban arreglando la sotana... Y se internaron, de inmediato, en un intercambio de noticias. Don Terenzi, como fundador, estaba atravesando un momento algo difícil porque el Visitador Apostólico, padre Lazzaro d'Arbone, capuchino, había enviado dos Hermanas Sacramentinas de Bérgamo, para la formación de las monjas del Divino Amor, en vista de la aprobación eclesiástica. Don Orione habló, a su vez, del Abate Caronti. - ¡Qué hombre! Me gustaría que estuviera también con vosotros. Cuando estuve mal (aludía al último ataque de febrero de 1940, que lo había reducido casi a la muerte) viajó de inmediato a Tortona, y estuvo allí, con un amor, con un interés verdaderamente conmovedores. ¡Qué dignidad! ¡Cuánto quiere a la Congregación! ¡Cuánto bien nos ha traído! ¿Usted sabe que fue él quien salvó las obras de Don Calabria? ¡Qué hombre! ¡Es un verdadero regalo de Dios!

Y refiriéndose a la situación por la que atravesaba el Divino Amor, agregó: - Es una prueba del Señor ¡Qué sería de nosotros si no existieran las pruebas! Yo dudaría de la voluntad del Señor respecto a la Obra del Divino Amor. Al contrario, precisamente porque es una obra de Dios, el Señor la somete a esta enorme prueba. Mientras tanto, Don Terenzi había logrado preguntarle: - ¿Y usted cómo está, padre? - Bien. Tuve algunos problemas a principio de febrero, pero me repuse. Se me ha sumado una bronquitis que me dejó un poco de catarro. ¡Pero no es nada! A Don Terenzi se le debió representar,

LXIII - Los grados del amor

Hablando del primer grado del amor, San Juan de la Cruz escribe: "El primero hace que el alma se enferme de amor, con beneficio suyo; y en este grado habla la Esposa cuando dice: 'Os suplico, hijas de Jerusalén, que si encontraseis a mi Amado, le digáis que desfallezco por su amor'. Sin embargo, esta enfermedad no tiende a la muerte, sino a la gloria de Dios, pues en ella, el alma abandona al pecado y a todas las cosas que no son Dios, por amor a El, según lo dicho por David: 'Mi alma abandonó todas las cosas, esperando de Ti la salvación'. Como un enfermo pierde el apetito y el gusto de todos los alimentos y cambia el color, así en este grado de amor, el alma pierde el placer, y el deseo de todas las cosas y como los amantes, cambia el color, es decir, la vestimenta de la vida anterior... en nada puede encontrar apoyo o placer, consuelo o reposo" <228>. El testimonio que bajo este aspecto nos ofrece Luis Orione niño, o más bien adolescente, es, como vimos, de una transparencia perfecta: a los diez, a los doce años, está separado del gusto y de las exigencias del mundo. La precoz elección de una vida en un convento franciscano, la perseverancia salesiana, el deseo de imitar a Don Bosco, la constancia en su preparación para el sacerdocio regular, constancia aún más heroica pues implica la enuncia a la apoyatura que ofrece la vida religiosa, la fidelidad definitiva de la superación final durante el período del subdiaconado y diaconado; todo ello constituye la primera parte de un retrato que se corresponde con la imagen trazada por San Juan de la Cruz. Don Ignacio Terzi escribe <229>: "La insistencia en ese desapego que no implica abulia, ni masoquismo espiritual, sino liberación de todo lo que obstaculiza la ascensión a Dios, es muy evidente en Don Orione. Podríamos multiplicar las citas, pero nos parece suficientemente significativa la síntesis que él mismo hace en la conocida carta del 31 de enero de 1912 a Blas Marabotto, escrita desde Messina: "Considera, hijo mío, que quien es llamado por el señor debe, verdaderamente, dar un adiós definitivo a la vida del mundo y a los pensamientos seculares y entregarse con la más tierna piedad y asiduidad al servicio divino; huyendo prudentemente de toda sombra de peligro o distracción, renegándose a sí mismo por amor a Nuestro Señor... El verdadero religioso renuncia a todos los intereses de aquí abajo". Precisamente en esta atmósfera de desapego del mundo germinan los grandes temas de la futura espiritualidad orionina: en el desprendimiento de la riqueza nace el amor a la pobreza y a los pobres. Desvinculado del mundo, el joven Orione comprende en profundidad el valor de la privación y la eminente dignidad de los desheredados. Su atención se concentra sobre la realidad: "pobres", y encadena sus exigencias espirituales en función de la búsqueda de una justicia social más válida. Por otra parte, es demasiado realista y observador como para no captar la característica del mundo de los pobres: su alcance social, su inmediata preeminencia sobre las demás categorías sociales, el pasaje de los pobres desde un estado de inferioridad a una posición dominante en la dinámica social <230>.

Pero el ojo del apóstol no se detiene aquí: sobrepasa la vastísima plataforma de la infelicidad humana - la pobreza -, para descender los escalones que conducen a sombras más densas todavía.

Descubre y considera, con creciente amor, un inmenso horizonte poblado de huérfanos, abandonados, deformes, deficientes; poblado también de todo tipo de enfermos, marginados, desechos del torbellino humano. Muy pocos hacen suyo el Sermón de la Montaña como un clérigo, "el más pobre de Tortona", Luis Orione, quien, convertido en fundador, dirá un día: "Sin embargo, debéis recordar bien: al uniros a

(incluso en medio de nuevos y maravillosos fermentos de espiritualidad) a la verificación del clásico e irónico aforismo de Miguel de Montaigne: "Los pensamientos supracelestiales van, a menudo, del brazo con conductas infraterrenales". Don Orione no; primero hace y después enseña, como Cristo. Como bien dice Parynguère: "Cristo tiene muchos discípulos que hablan bien, pero tiene hambre de apóstoles que Lo vivan". Por cierto, Don Orione pertenece a los segundos. Su ejemplo puede conmover un poco tanto a los excesivos quietistas, que se buscan a sí mismos en la seguridad de un determinado orden de cosas, como a ciertos progresistas, que se buscan a sí mismos en la exhibición personal o en la liberación de duras leyes ascéticas con el pretexto de los tiempos; esto prueba que él, impulsado por Dios para un siglo determinado es, sin embargo, modelo fiel de la santidad y para siempre. Su principal ejemplo es el de "Dios en él".

<227> Revista "Don Orione", diciembre 1973.

como un relámpago, la figura del Padre Pío, y quizá debió pensar: Estos santos no siempre se ponen de acuerdo. La conversación se desarrolló ágil, desenvuelta, como sucedía siempre que en ella participaba Don Orione; a las 16,30 se asomó Don Bariani: - ¿Pero qué sucede? - Venga aquí, Padre (le indicaba que pasara a la habitación contigua, donde estaba Modesto), debe merendar. - ¿Merienda? ¡Pero qué merienda! Nunca he merendado, después no puedo cenar. - Pero venga, venga, es un refrigerio (una yema de huevo con caldo), debe tomarlo. Obedeció y tomó el caldo. Se retiró a escribir hasta las 19. Cenó solo, no comió casi nada y luego asistió a la cena de Terenzi, Bariani, Ghiglione y Modesto, hablando de los graves acontecimientos del momento, especialmente de Polonia. Después, todos se fueron a dormir. Martes 12 de marzo. Cuenta Don Terenzi: "Asistí a su misa, ayudada por Modesto. Procedía con lentitud, tosió varias veces y se lo veía agitado. Dio la comunión a Modesto y a otras personas de la casa. Regresó a la sacristía después de la Misa y entonces fui para oficiarla yo. Modesto debió salir por un momento. Entonces él, al ver que me revestía solo, me ayudó como un sacristán, sin omitir ninguna ceremonia. Le dije que ofrecía la Misa a la Virgen por él y por sus obras. Me lo agradeció de todo corazón. Mientras tanto, Modesto tardaba y yo hacía lo posible para retrasarme porque comprendía que si no me ayudaría en la misa. Pero lo advirtió y dijo: - Vamos, vamos ¡venga que yo lo ayudaré en la misa! - Padre, por favor. Vaya a sentarse. Está cansado. - Qué va... venga, venga. Yo lo ayudo. Y me obligó a salir. Para no cansarlo puse el bonete sobre la grada del altar, en vez de dárselo a él. Pero se inclinó y lo recogió del suelo, lo tomó y apoyó sobre la mesita. Yo, mientras tanto, hice señas a las hermanas, para que llamaran a alguien. Y dije: - Padre, vaya a sentarse. Me ayudarán las hermanas. - Vamos, vamos. ¡Comience! Se arrodilló en el suelo con las manos juntas, compuesto como un sacristán y siguió ayudándome hasta el Evangelio. Finalmente llegó Modesto y entonces consintió en dejarle el puesto, pero fue a arrodillarse al primer banco - muy incómodo - y se quedó inmóvil, arrodillado, durante toda la misa. Luego salió y se retiró a su habitación a escribir". Comienzo de la jornada. Las horas de la mañana transcurrieron y la pluma de Don Orione no se detuvo. Escribió muchas cartas, meditadas, quizás sufrientes...

A mediodía - recuerda Don Terenzi - comenzaron a llamarlo para el almuerzo. Pero no aparecía. Modesto hizo calentar tres veces la sopa y Don Bariani dijo: - Pero, Padre ¿en qué se convertirá este pobre arroz? - Coman, coman ustedes, no hagan esperar a Don Terenzi. Fue necesario obedecerle. Sin embargo, advirtió que Don Bariani y yo comíamos lentamente para esperarlo y nos dijo: - Coman, coman tranquilos. No piensen en mí; no puedo suspender. Saben que si voy a comer, pierdo el hilo y luego no lo vuelvo a hallar. Finalmente llegó y se sentó a la mesa. Apenas había comenzado la sopa cuando vio que Modesto decía algunas palabras al oído de Don Bariani. - ¿Qué sucede? - Nada, nada, ¡coma la sopa que se enfría! Después de algunas cucharadas: - Pero, dígame. ¿Vino alguien? - Sí, pero ahora, por favor, esté tranquilo, coma. Breve pausa. - Pero, ustedes saben que no me gustan las medias palabras; ¿quién es? - El canónigo Perduca y el señor Pedevilla (benefactor de Tortona) y un clérigo argentino. Pero quédese tranquilo, ya se les ha llevado algo para comer. Y, apenas terminada la sopa: - Pero ¿qué me hacéis hacer? ¡Este no es modo de recibir a ciertas personas! Abre la puerta y se presenta en la sala de audiencia, donde están sentados los recién llegados. - Perdónenme - les dice con gran cordialidad - estoy allá ocupado con un Monseñor de Roma... y él mismo lleva el vino y los vasos hasta que los ve empezar a comer. Luego torna a su mesa. - Pero Padre - le dicen - ¡la comida se ha enfriado! - ¿Y qué importa? Ahora todo está bien; les dije que estoy ocupado con un Monseñor de Roma... - Pero, Padre, yo no soy Monseñor - dice Don Terenzi. - ¿Monseñor?... Para la Virgen usted es

más que un monseñor. Ahora, cuando terminemos de comer, los presentaré. El coloquio continúa con vivacidad, sobre varios temas. Don Orione habla casi siempre él. Al terminar la comida se reúnen todos para tomar el café y Don Orione narra episodios lejanos, importantes, respecto al Cardenal La Fontaine y tantos otros; el tiempo pasa y llega la hora de la despedida. ¡Con cuánta premura Don Orione recomienda a sus huéspedes se cuiden en el viaje! A fuerza de insistencia, Don Bariani logra, finalmente, que Don Orione se retire y también Don Terenzi decide partir de San Remo a las 20,30. Una vez más, durante el lapso restante, hablan del Santuario del Divino Amor. Y Don Orione dice a Don Terenzi: - ¡Cuánto bien hará a su espíritu de obediencia y de comprensión! (refiriéndose a sus monjas, que se encuentran bajo la dirección de las otras religiosas). Así, cuando se encuentren solas, podrán comparar y todo les parecerá más fácil, pensando en el tiempo de prueba. De este modo se cimenta la unión entre ellas y se forman en la verdadera obediencia... Para eliminar el personal laico al servicio del santuario, dice: - Optima idea la de los auxiliares; rogaré a la Virgen para que os envíe personal. Don Bosco decía: 'Es mejor hacer fuego con la leña del propio bosque', y lo decía, precisamente, refiriéndose a los auxiliares y a eliminar las fuerzas extrañas de su obra. A ustedes no les puede faltar personal. Una vez constituido el primer núcleo, cada año, para la época de la peregrinación, otros, al verlos, se les unirán, ¿no lo creen así? Y con respecto a la celebración del segundo centenario (1940) de la Virgen del Divino Amor: "Cumplid con el programa que trazaran los superiores; pero hay que moverse, hay que moverse mucho. Sería necesario que el centenario se distinguiera por la iniciación de algunas de las obras para el nuevo santuario". Con respecto al traspaso de la Obra Pía al Santuario: "es difícil. Es una obra grande ¿no? Por lo tanto, rezad. En lugar de pedir una audiencia a Mussolini, ¡haced que él vaya al Divino Amor!...". "Eran casi las 20 - cuenta Don Terenzi -. Hora de despedida. Don Orione se preocupó de que Don Bariani preparase el automóvil para acompañar a Don Terenzi a la estación. Se levantaron de la mesa y fueron a la habitación de al lado. Don Terenzi le pidió que escribiese una bendición para las Hijas del Divino Amor. Don Orione escribió, sobre una tarjeta postal de San Remo: '12/3/1940 ¡Ave María y adelante! ¡Ave María y adelante! A las hijas de la Virgen del Divino Amor. Don Orione. Una bendición grande y rueguen por mí'. La puso en un sobre y escribió la dirección: 'A las religiosas, hijas de la Virgen del Divino Amor. Roma". Cuando Don Terenzi se despidió, Don Orione lo abrazó: - Padre, ¿qué me dice? - ¡Creced en el amor a la Virgen y esparcidlo por todas partes!

Al quedar solo se puso nuevamente a escribir. Escribió a Don Zanocchi: "Estoy acá sólo por algunos días, por orden de los médicos, para mejorarme... Estoy mejor. Finalmente no podéis lamentaros de que no os envío personal. Les mando buen personal de espíritu y bien preparado...". Se detuvo, quedó pensativo, meditando sobre la esperanza que le era más querida: guiar personalmente a los misioneros a los pies del Papa, antes de la partida, para que recibieran su bendición. El recuerdo del Papa le resultó particularmente dulce en ese momento: fue un 12 de marzo del año anterior, cuando Pío XII fue coronado en San Pedro con un rito de incomparable belleza y serenidad. Don Orione volvió a pensar en aquellos momentos que le parecieron cercanos, tangibles <225>. Durante una hora, la habitación solitaria se pobló de presencias grandes, vivas y extraordinariamente consoladoras... Luego Don Orione retomó la pluma y escribió a un benefactor: "En realidad hubiera debido recomenzar mi actividad; pero vine acá únicamente para conformar a tanta buena gente. Estoy resignado; pero, gracias a Dios, espero poder retomar pronto mi modesto trabajo para la niñez necesitada de fe y de un oficio que les proporciones el pan, y para nuestros queridos pobres...". Eso escribía a las 21 horas del día 12 de marzo... Dios le permitía una gran realidad: la consigna "morir

estimada por muchos.

Aquí podríamos adentrarnos y analizar en detalle sus sufrimientos íntimos de Fundador. Debió sentir hondamente, mucho más de lo que podemos imaginar, las estrecheces, las renuncia, las quemantes responsabilidades de esta misión. "¡Si tú, que reformas una Orden, sufres tanto - le habría dicho Nuestro Señor a Santa Teresa - piensa en lo que deben sufrir los fundadores!". Pero, repitámoslo, para estar en sintonía con nuestro tema: si Don Orione siente y sigue el impulso de avanzar, es ciertamente porque siente las instancias de los hermanos, pero mucho más porque prueba la presión irresistible de la gracia, que le repite la voluntad de Dios. A veces puede suponerse que Don Orione, al aconsejar a otros, pinta, inconscientemente, sus propias situaciones y dificultades personales y que, al pedir renuncias y sacrificios, está recordando a sí mismo y a los demás sus sacrificios. Así, cuando escribe a Blas Marabotto, de Messina, el 31 de enero de 1912: "No pasar a formar parte de una gran Orden sino de una pobre y pequeñísima institución. Si vienes con nosotros, que somos pobres, deberás también hacer vida de pobre... vivir crucificado... ¡no deberás esperar ya nada del mundo!". Y en el diálogo con Don Dutto, en octubre de 1922: "Si vienes con nosotros encontrarás desorden, pero se trata de un desorden aparente. Nuestra naciente congregación es como un túnel en construcción. Por acá, cae tierra, por allá, se desprenden piedras, corre agua. Si te unes a una Congregación antigua, te encontrarás, por el contrario, con un túnel amurallado, con un orden material". ¿Puede afirmarse que no haya experimentado, en sus vicisitudes de Fundador, estos pesares y tentaciones? Y, más explícitamente, a la joven condesa Valdettaro (Tortona, 16 de marzo de 1918): "Este es un Instituto donde todo está por hacerse y usted estuvo donde ya todo estaba hecho y ordenado. Se necesita una gran paciencia y una gran fe en el Señor. Es como si usted viese piedras, fosos, cimientos, carretillas, obreros y todo lo que se necesita cuando se edifica. Pero ¡qué diferencia cuando el edificio ya está listo!... Tener paciencia significa sostener al Señor y sostener a las almas, es un estudiar constante, mejor que en los libros, es un hacer nosotros, en cuanto podamos, lo que Dios hace con nuestras almas". Y después Don Orione extrae una conclusión que no puede dejar de hacernos reflexionar seriamente como religiosos herederos y continuadores suyos. "¡Oh, cuántos institutos, como las almas, se mantuvieron humildes y pequeños, a los pies y en los brazos del Señor, llenos de fervor, de espíritu de Dios, de santa pobreza, de fidelidad, de dulcísima caridad fraternal y de celo, en las horas y en los períodos de formación, y luego decayeron en las horas de esplendor, cuando las constituciones ya estaban hechas, las Reglas aprobadas y parecía que ya nada podía faltar para formar santos!".

Don Orione vive y practica siempre un principio ascético fundamental: "No somos nosotros, sino Dios". Y la sed de Dios, alimentada paradójicamente por la misma imposibilidad de quietud contemplativa, provoca en él, temperamento tan viril y concreto, arranques propios de un místico claustral: "¡Tú eres mi Dios, ven, arranques propios de un místico claustral: "¡Tú eres mi Dios, ven, oh Jesús! ¡Me atrevo a extender mis manos hacia Ti, arrojar la vida y el corazón a tus pies. Eres mi amor!". Cómo habría reaccionando hoy, él, a pesar de haber sido tan abierto a los tiempos y a los problemas nuevos, contra ciertas formas elegantes de amor propio antepuestas, con las más bellas motivaciones espirituales, al puro y exigente amor de Dios que "se eleva sobre las ruinas de lo nuestro personal".

"Durus sermo", se dirá. Pero precisamente él, siempre tan caritativo con todos, tan paternal con sus hijos, se vuelve duro en los términos, mejor, exigente, cuando se trata de santidad: la misma exigencia que contiene el Evangelio de Cristo. Hoy asistimos un poco

signada por la sed de Dios, veremos que en él predomina un sentido de entera generosidad hacia Dios, ante cualquier programa de fundación o de servicio apostólico. Pareciera sentir el eco de la Lumen Gentium (VI, 44a): "Darse totalmente a Dios, sumamente amado". ¡Aquí está todo lo que Luis Orione es; hasta el punto que elige, en primera instancia, la vida contemplativa en la austeridad recogida de un claustro franciscano y está dispuesto, en un momento dado, a renunciar al sacerdocio y a sus satisfacciones apostólicas para permanecer en la casa del Señor toda la vida! Esta tendencia contemplativa vuelve a aflorar con fuerza en sus largas vigilias eucarísticas, en su espontáneo recaer en la plegaria hasta en los mínimos lapsos que le deja su trabajo absorbente; por otra parte, resulta difícil distinguir su trabajo de la plegaria porque está embebido de Dios y lo realiza "con la ayuda del Señor" (Mc. 16, 20). La acción divina que, por un lado, lo impulsa cada vez más a la secreta intimidad con Dios, no le permite, sin embargo, la simple (en apariencia) "quietud contemplativa", para hacerle sentir y desear una misión de servicio por sus hermanos, cada vez más sin condiciones, en la búsqueda de Dios, sobre todo, en el hombre.

A esta altura se va delineando lo que diferencia a Don Orione, apóstol de su siglo, de, por ejemplo, los santos del Renacimiento (Ignacio, Jerónimo Miani, Cayetano de Thiene) época en que la afirmación del individuo era relevante hasta desembocar en el culto de la persona. Nuestra época es, típicamente, social y comunitaria. Pero, para nosotros, la dimensión "apostólica" de Don Orione queda, en este momento, un poco en segunda línea. Nos concentramos, más bien, en su íntima relación con Dios, que continúa siendo su gran secreto, secreto que se trasluce en sus frecuentes escapadas a la soledad y el silencio. Asociamos, espontáneamente, un pensamiento de Paul Sabatier (Vida de San Francisco): "El poeta, el artista, el santo, tienen necesidad de estar solos cuando el espíritu los agita... Infeliz de aquel que no conserva en el fondo del corazón algún secreto que no dice, que no puede decir porque al revelarlo no sería comprendido. Secretum meum mihi". Pero no debemos pensar en la vida interior de Don Orione en una perspectiva que pudiese parecer romántica. Su espiritualidad consiste, esencialmente, en aceptar siempre los planes de Dios. En el fondo, la santidad no radica en satisfacernos aunque fuese del modo más elevado y místico, sino en complacerlo a El. Y presenciamos entonces la renuncia a la quietud de un claustro, a la paz de una congregación bien encaminada junto a un gigante como Don Bosco, a la misma seguridad de un servicio sacerdotal en una diócesis como Tortona, por una simple firma en blanco en un papel sobre el cual Dios pueda escribir todo cuanto desee. "¡Aquí estoy!" (Is. 6, 8) para cualquier servicio, sin rehusarse jamás. Quizás radique precisamente en esto, al menos en gran parte, la esencia de la espiritualidad del Fundador y del carácter de su Congregación. "Oh Dios, preservadme de la funesta ilusión, del diabólico engaño (adviértase la fuerza de los términos) de que yo, como sacerdote, deba ocuparme, únicamente, de las personas que vienen a la iglesia o a cumplir con los Sacramentos, de las almas fieles, de las mujeres pías. Es cierto que mi ministerio resultaría así más fácil, más agradable, pero yo no viviría de ese espíritu de caridad apostólica hacia las pequeñas ovejas descarriadas que resplandece en todo el Evangelio... ¡Sólo cuando haya muerto de cansancio tres veces, por correr detrás de los pecadores, sólo entonces podré buscar un poco de reposo entre los justos!". Así se confiesa Don Orione, ya en 1917. Prefiere el servicio sin consuelos espirituales. Son una imperfección. Nos encontramos, con otros términos, frente al perfecto anonadamiento clásico de San Juan de la Cruz. "Nunca recogeré flores". Por lo tanto, nada de consuelos. "No temeré a las fieras": ninguna dificultad me detendrá. "Traspasaré los fuertes y fronteras"; en nuestro caso, las fronteras del "santo" formalismo eclesiástico, para hacer carrera, o de la prudencia "pía",

de pie" se haría realidad y gracia. Y por un don particular Dios le permitió, en aquellos últimos momentos de su vida, olvidar cuanto había intuido tan claramente durante semanas y meses: que la muerte crecía en él a grandes e inexorables pasos. Pero él debía morir de pie y casi ignorando los lazos y los límites de la muerte corporal. De pie, con su ilimitada confianza en Dios, con un abandono tan pleno que ya no necesitaba hacer las cuentas con la vida y con la muerte. La vida y la muerte se habían convertido en una sola cosa y se resolvían en una realidad: amor y servicio. Se dispuso a rezar las oraciones nocturnas; ya había rezado el rosario antes de cenar. Entró en su habitación, se arrodilló. Había sido una jornada intensa, con visitas queridas, de consejos útiles, de contactos epistolares - ¡muchas cartas! - y todas las palabras habían sido dichas por Cristo y para Cristo; para Don Orione estaba implícito y era perentorio y natural que se dijeran todas las cosas para el bien y al servicio de Cristo. Sonó el teléfono y Don Orione respondió; era la voz, tan conocida, de un hombre de negocios y también político, Aquiles Malcovati. En esos momentos, la voz de Aquiles Malcovati simbolizaba lo mejor del apostolado de Don Orione; ya mencionamos sus conversaciones anteriores y vimos cómo sintetizaban las características más sobresalientes del don concedido a Don Orione para afrontar a las almas. Ahora, ignorando las verdaderas condiciones de salud de Don Orione, Aquiles Malcovati le pedía una enésima obra de caridad: - Padre, hay una pobre mujer enferma, abandonada por todos..., necesita ayuda... se la debería hospedar de inmediato en algún Pequeño Cottolengo. - Está bien, querido amigo. Llévela de inmediato a Génova; yo me encargaré de avisarles. Aquiles Malcovati, hombre dedicado ya por entero a las obras de bien; Luis Orione, a menos de una hora de su muerte. "Fue su último 'sí' a los hombres", comentaría luego el Cardenal Siri en 1957, en una espléndida conmemoración. Son las 21,30, las 21,40... Don Orione se ha retirado a su habitación y escribe aún un poco más. El apagado murmullo del mar llega hasta la habitación... una respiración monótona y posesiva; quizás, ese murmullo evoca en Don Orione el ritmo del Océano, tantas veces oído y el rumor de otros mares, y el correr de algunos ríos que hacían recordar al mar; ¡cuántas aguas recorrió este pequeño sacerdote que hoy escribió durante tantas horas!

Cartas, cartas; por hoy, la última firma. El enfermero Modesto se asoma, le pregunta si necesita algo, le da las buenas noches y Don Orione responde; ¡Que descanse! ¡Loado sea Jesucristo! Modesto se retira, pero deja la puerta de la habitación abierta, por una costumbre de cautela que le parece, y en realidad es, sumamente necesaria. Don Orione se recoge en oración: "Deus charitas est". La unión con su Dios es tan plena que, a pesar de distracciones y ocupaciones, permanece inmutable; pero es evidente que no bien callan las voces del mundo, la intimidad se hace más perfecta todavía: amar, servir, sufrir, he aquí su trinomio predilecto; la disponibilidad del alma se mantiene siempre ilimitada y vivísima. Es la "manera", la consigna de la unión que Dios le concede a su siervo Luis y que éste, durante tantos y tantos años acepta y concreta del modo más profundo: amar en la alegría, en el sufrimiento, en los desprecios, en la satisfacción, amar muriendo, muriendo de pie... Todo es amor, todo es gracia. Son, aproximadamente, las 22,30. Modesto escucha un quejido. Acude. - Mira - le pide Don Orione, con serenidad - ¿no sería necesaria una inyección? - Enseguida, Señor Director. Prepara ampolla y jeringa, pero Don Orione agrega: - ¡Espera un poco!... Se queda con la mirada fija adelante. - Y, Señor Director, ¿le damos la inyección? - No, parece que ya pasa... Pero la frente se le cubre de sudor, los ojos se nublan, el rostro es cadavérico. Modesto propone las gotas de coramina y Don Orione responde: - sí, sí... Bebe en tres sorbos, agitado. Modesto insiste en hacerle la inyección; responde que sí pero se sofoca y hay que sentarlo en la cama, con la espalda apoyada en dos almohadas. El enfermero

corre a llamar a Don Bariani; cuando regresa, encuentra a Don Orione intentando descender del lecho. Lo acomoda como puede, le da oxígeno. Llega Don Bariani; mientras tanto, también acude la superiora de la casa, Sor Rosario, y pregunta si puede entrar. Don Bariani, conociendo al enfermo, dice primero que no; pero como el enfermo se agrava, la llama: -Entre, hagamos algo... está muy mal. Sor Rosario se precipita, está por acercarse a Don Orione, que tiene la cabeza apoyada en el pecho del enfermero Modesto; pero cuando él la ve, la mira con ojos bondadosos y le pide, con un gesto de la mano, que se aleje. Don Bariani se precipita a buscar un médico. Un sudor frío desciende por la frente reclinada de Don Orione. El enfermero, para aliviarlo, acerca el sillón y lo sienta envuelto en mantas, abre el tubo de oxígeno, intenta dárselo al moribundo, a quien sostiene con su brazo derecho. Sor Rosario se asoma nuevamente. Modesto le hace señas para que entre. Don Orione está en los umbrales de la muerte. A pesar de la angustia física, se lo ve perfectamente sereno, con los ojos vueltos hacia el cielo: - ¡Jesús, Jesús!... Luego, vuelve los ojos hacia el enfermero: es una mirada de gratitud que él no olvidará nunca. - Voy, voy... ¡Jesús! ¡Jesús! Reclina la cabeza. Son las 22,45 del 12 de marzo de 1940 <226>.

<224> El Padre Pío y Don Orione no se conocieron personalmente. Es obvio que se da, entre las almas santas, un conocimiento que traspasa a las personas y penetra en lo más profundo de los secretos de Dios, a través de la plegaria y la participación en los mismos dones, privilegios y penas que Dios otorga a sus predilectos. Amaron a Dios con igual empeño, convirtieron a quienes sufren en el objetivo de su vida, se nutrieron con un amor filial y encendido por la Iglesia y el Papa" ("La Pequeña Obra de la Divina Providencia", noviembre de 1968). <225> Don Orione, en esa circunstancia, había telegrafiado al Sumo Pontífice Pío XII: "Beatísimo Padre: los Hijos de la Providencia, los más pequeños de todos, humildemente postrados a los augustos pies de Vuestra Santidad, declaran en la plenitud de sus sentidos, devotísima obediencia,votos fervientes y todo su amor y vida. Suplican a Dios escuchar los gemidos con Vuestro corazón paternal; como ya Gregorio Magno, vea Vuestra Santidad Angel colocar espada, y gran y divina luz de verdad en la caridad de Cristo difundirse de la tumba de los Beatos Apóstoles sobre la tierra toda. Santo Padre, dignaos bendecirnos. Sacerdote Luis Orione ("La Virgen de la Guardia", abril de 1940). <226> Fasc. U. Terenzi, págs. 308 y s; M. Schiro, 11. IV; G. Rambaldi, 9. III; E. Bariani, págs. 1066 y s; C. Baiardi, págs. 97 y s; Zambarbieri, pág. 766 y s; "Don Carlo Sterpi", Roma, 1961, pág. 586 y s; "Don Orione y la Virgen", págs. 2134 y s; 2146 y s; 2150 y s; Sparpaglione, "Don Orione", págs. 349 y s; "La Pequeña Obra de la Divina Providencia", marzo-abril 1940.

LXII - Recordándolo

Uno de nuestros más profundos conocedores, Ignacio Terzi, escribe, reflexionando sobre Don Orione <227>. "Cuando un hombre se entrega verdaderamente a Dios y se convierte en su discípulo, Dios lo impulsa a una obra: la salvación del siglo en que vive. Dios le hace ver el mundo enfermo; le concede la mirada de Cristo para observar sus llagas y le da algo del corazón de Cristo para comprenderlas. "Cuando el hombre comprende y se decide a convertirse en uno de lo obreros de quienes habla el profeta, surgidos para salvar a un siglo, entonces Dios le inspira la inteligencia necesaria para emprender la obra". Así medita el P. Alfonso Graty en su conocido libro Los manantiales. Y no nos parece exagerado referir este texto, sumamente adecuado, a nuestro Fundador. ¡El hombre de su siglo, impulsado por Dios a salvar a su pueblo! La vida de Don Orione, aun desde su niñez, aparece orientada hacia una misión especial. En él se cumple plenamente la afirmación de Alfred de Vigny: "Una gran vida es un pensamiento de la juventud, concretado en la edad madura". Hoy se lo reconoce con frecuencia y el reciente centenario lo ha vuelto a ratificar. Don Orione es el hombre de su época: sus instituciones, sus métodos, son eficaces anticipaciones de las nuevas exigencias sociales y de las directivas conciliares. Es un juicio formulado por eclesiásticos, laicos y hasta no creyentes, que consideramos lícito suscribir con satisfacción pues no se trata de autocomplacencia sino de magnificar una obra de Dios. Bajo el ejemplo de la misma Virgen María, los santos y la recta ascética cristiana supieron siempre distinguir entre nuestra pobreza personal y la grandeza de las gracias que Dios misericordioso nos concedió. "¡No se preste atención a ciertos sentimientos de humildad -nos enseña Teresa de Avila - que nos llevan a creer que, por humildad, no se deben considerar los dones que Dios nos hace! ¡Debe comprenderse bien, en cambio, que estos dones nos fueron dados sin ningún mérito de nuestra parte y por eso es necesario agradecérselos a Dios!".

Pero a esta altura y precisamente por coherencia con tales principios, quisiéramos que el significado de Don Orione fuera correctamente comprendido y planteado. El citado texto de Gratry nos señala claramente la premisa: "Cuando un hombre se entrega verdaderamente a Dios...". Tal la base y el punto de partida o, mejor aún, aquí está y aquí se resuelve todo. Don Orione fue el que fue porque, en primer lugar, testimonió una dedicación plena y completa a Dios y a su voluntad. Y eso solo explica su atractivo. Es, en primer lugar, una obra maestra de la gracia, y todas las demás grandezas en el plano humano, operativo, social, no son nada si no se apoyan y reencuentran en esta premisa. Cuando se escucha el soplo del Espíritu, no cuentan ni el estilo literario ni la impronta cerebral. De este modo, no cuentan tanto el medio material o el método a través del cual se manifiesta la acción de Dios, sino la acción misma. Don Orione testimonia, en primer lugar, un poderosísimo sentido de lo divino, en un mundo secularizado, inmerso en las cosas humanas, tendiente al horizontalismo. Su persona, su decir, su actuar, dejaban traslucir, de inmediato, algo que venía de un mundo más elevado que el nuestro. En él, todo era visto en función de lo divino, lo eterno, lo sobrenatural. En su hablar, en la convicción, que expresaba una experiencia casi sensible de las realidades de la fe, se manifestaba (más que en sus conceptos o en sus expresiones) ese poder de la Gracia resultante del contacto fascinante entre Dios y el hombre. Ahora bien, bajo este tema central y dominante ¿es posible decir alguna cosa que trascienda cuanto de genérico y religioso se dice de todos los siervos de Dios? Pensamos que sí, aunque más no sea para invitar a otros a recorrer y sondear estos admirables filones que quizás hayan permanecido inexplorados hasta hoy. Si empezamos por su infancia, precozmente

